

eman ta zabal zazu



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

EL DESEO NACIONAL

LA GRAMÁTICA DEL SURGIMIENTO DE LOS
SUJETOS NACIONALES

TESIS DOCTORAL

GORKA ROMAN ETXEARRIETA

2015

DIRECTOR

IGOR FILIBI LÓPEZ

“Todo lo que puede ser imaginado es real”.
(Pablo Picasso)

Índice

Agradecimientos	1
Introducción	3
1. Sociedad Internacional. El Reconocimiento	
1.1. El canon nacional.....	9
1.2. El canon y los modelos de conducta nacional.....	14
1.3. El reconocimiento como elemento básico en el desarrollo de la identidad política y nacional.....	17
1.4. La Escuela Inglesa. El reconocimiento en el seno de la Sociedad Internacional.....	24
2. Las dos dimensiones del nacionalismo. El caso vasco	35
2.1. Dimensión vertical del nacionalismo vasco. <i>Euskal Herria</i>	40
2.1.1. La lengua.....	46
2.1.2. La cultura.....	51
2.1.3. Los símbolos.....	55
2.1.4. La religión.....	57
2.1.5. La historia.....	58
2.2. Dimensión horizontal del nacionalismo vasco.....	60
3. La política y lo político. Procesos constitutivos de los sujetos nacionales	65
3.1. La constitución de los sujetos políticos.....	69
3.2. Contexto histórico. Los Fueros vascos.....	73
3.3. Las guerras carlistas y la derogación de los Fueros.....	77
3.4. La constitución de los sujetos nacionales	81
4. Nacionalismo vasco	
4.1. El surgimiento de un movimiento político moderno.....	87
4.2. Surgimiento de los sujetos políticos vascos.....	110
4.3. Del nacionalismo vizcaíno a la nación vasca.....	119
4.4. Nuevas estrategias discursivas del nacionalismo y retóricas de la identidad.....	141

5. Violencia e identidad nacional.....	153
5.1. Tipología de las violencias.....	157
5.2. Violencia e identidad.....	166
5.3. La cognición en la identidad y la violencia.....	171
5.4. Violencia y constitución nacional. Los casos de Palestina y la antigua Yugoslavia.....	179
5.4.1. Palestina.....	180
5.4.2. Yugoslavia.....	184
6. Violencia y constitución de la nación vasca.....	189
6.1. Tipología y conflicto nacional.....	192
6.2. La violencia en la constitución de la identidad vasca.....	201
6.3. Actores, violencia e identidad.....	210
7. El poeta nacional.....	225
7.1. Etnogénesis.....	227
7.1.1. La etnogénesis vasca.....	234
7.2. El poeta.....	241
7.2.1. Aproximación teórica al lenguaje performativo, y su rol en la sociedad y en la política vasca	245
7.2.2. Lenguaje y construcción nacional.....	263
7.3. La articulación ideológica e institucional de la nación vasca.....	265
8. El deseo nacional.....	277
9. Reflexiones finales.....	297
<i>Introduction.....</i>	<i>305</i>
<i>The national desire.....</i>	<i>311</i>
<i>Final reflections.....</i>	<i>327</i>
Bibliografía.....	335

Agradecimientos

La presente tesis doctoral no es tan solo el resultado de un proceso analítico y creativo que comienza tras la finalización de mis estudios universitarios predoctorales. Ésta es el producto de un largo trayecto académico que comienza en el año 1996 y que no hubiera sido posible sin la ayuda de *ama* y *aita*. No hay regalo más bonito que dar a un hijo, que lo que uno mismo no pudo disfrutar años atrás; una educación universitaria, unos valores basados en el esfuerzo y un apoyo incondicional que se plasmarían en la consecución de esta tesis doctoral. Es por ello que este trabajo debería considerarse también un logro de ellos. Este no es más que el homenaje a unas ilusiones depositadas en unos hijos, movidas por una constante ilusión por verlos crecer y lograr sus objetivos en la vida. *Eskerrik asko bihotzez!*

Igor Filibi, mi director, sin el cual este estudio tampoco hubiera sido posible, merece una especial mención. Recuerdo cuando un día de 2010 escuché por primera vez a Igor hablar mientras impartía una clase de master en la UPV-EHU. Me fascinaron tanto sus conocimientos como su manera de compartirlos con nosotros. Supe en aquel momento que él sería el mejor director con que podría contar. Pues bien, hoy es el día en que me reafirmo en el acierto de haberle pedido que me supervisara, ya que sin su constante esfuerzo, implicación, conocimiento, gestión, complicidad y ánimo, esta tesis doctoral probablemente no hubiera llegado a buen puerto. Espero que tras estos años de trabajo conjunto podamos proyectar hacia el futuro esta relación, ya que en este continuo proceso de aprendizaje, Igor representa un activo de muchos kilates.

Este estudio es en parte la continuación de otro proyecto doctoral que tuve que dejar a un lado por diversos motivos, pero que espero retomar en un futuro próximo. Quería agradecer en este sentido a los que fueron mis mentores en aquella ocasión. Francisco Ferrandiz, quien fue mi profesor durante la licenciatura en Antropología Social y Cultural, así como mi director de master y doctorado en la Universidad de Deusto, también merece un destacado reconocimiento. El me infundió el amor por la antropología y me guió sabiamente durante largos años en lo que hoy es mi pasión, el estudio de las personas y de la cultura.

También quisiera agradecer a Glenn Bowman su supervisión en mi estancia como investigador en la Universidad de Kent en Canterbury durante el curso académico 2008-2009. Él también supo contagiarme el amor que hoy siento por la antropología y sobre todo por el estudio de los movimientos nacionalistas en los que él es un referente a nivel internacional. A éstos dos antropólogos también quería agradecerles su amistad y disponibilidad en cualquier momento. *Cheers!*

2 | Agradecimientos

También quería agradecer a Ur Apalategi, Jefe del Departamento de Estudios Vascos de la Universidad de Pau et des Pays de l' Adour, por acogerme como investigador en dicha universidad y poder aprender más acerca del movimiento nacionalista vasco en Iparralde.

Y no por último menos importante, todo lo contrario, quería agradecer a Iratxe su paciencia y apoyo durante las largas horas de estudio que me han impedido compartir más momentos con ella. Esos momentos serán en adelante el recuerdo de una necesidad por luchar por aquello que se *desea*.

Eskerrik asko guztioi!

Introducción

En la era de la aldea global, las naciones no han perdido la legitimidad que ostentaban décadas atrás. Éstas continúan siendo los sistemas políticos hegemónicos de antaño, y aun siguen orientando la *realidad* sociopolítica de nuestras sociedades, así como la de las relaciones internacionales.

Puede que los flujos económicos, culturales y migratorios derivados de la globalización, hayan *hibridizado* (Young, 1995) algunas de nuestras costumbres, ciertos hábitos de consumo e incluso valores y creencias que considerábamos inmutables, no obstante continuamos estructurando nuestro mundo mediante categorías cognitivas y simbólicas que constantemente se nutren de lo nacional.

Deporte, cultura, arte y prácticamente el resto de esferas ligadas a nuestro día a día, se encuentran empapadas del espíritu nacional que nuestros padres y abuelos también han conocido. La nación, su esencia e influencia, cambian, mutan, pero ésta no se disipa ni desaparece. La nación continúa constituyendo identidades políticas que son articuladas mediante elementos de carácter etnosimbólico. Elementos que permanecen en un estado de latencia a la espera de que algún factor externo los active. Hablamos de un *momentum* decisivo donde los sentimientos y aquellos elementos que nos conforman como individuos pero también como parte de una comunidad (una lengua, unas creencias o unos valores), toman una especial relevancia y comienzan a orientar nuestro comportamiento ante el resto de sujetos.

Pero, ¿Cuáles son las fuerzas que impulsan a las personas a sentirse parte de una comunidad nacional?, ¿Por qué se sienten éstas orgullosas ante los logros y victorias de la comunidad de la que forman parte?, ¿Por qué *desean* formar parte de ese ente invisible pero *real* llamado nación?, ¿Por qué precisan del reconocimiento nacional de los otros?

Renan consideraba que lo que induce a una sociedad a actuar como una nación es contar con un pasado y unas obligaciones en común, y por ello “en lo tocante a los recuerdos nacionales, los duelos valen más que los triunfos; porque imponen deberes; piden el esfuerzo en común”. (Renan, 1988: 83)

El romanticismo alemán entendió la nación como la unión de los individuos en torno a una comunidad cultural y lingüística erigida a partir del concepto de *Volksgeist* o espíritu del pueblo. Para éstos la nación era el despertar, el resurgir de un capital etnosimbólico que había sido ignorado durante un largo periodo de tiempo.

4 | Introducción

Otros autores más contemporáneos, sin embargo, consideran que las naciones son el resultado de una serie de condiciones materiales e intereses de clase (Brown, 2000), que se orientarán al logro de sus propios objetivos. Éstas no serían más que *comunidades imaginadas* (Anderson, 1983) capaces de unir destinos en pos de la articulación de un ente nacional que salvaguardará una serie de intereses individuales pero compartidos a la vez.

Por el contrario, autores como Glenn Bowman (2001, 2003) serán muy críticos con este tipo de interpretaciones, tachándolas de estáticas y acusándolas de dar explicaciones que se cumplirían *per se*, ignorando además elementos tan relevantes como el rol de la violencia de carácter nacionalista. Este rol de la violencia al que nos referimos aquí guiará gran parte de nuestro estudio.

Sean cuales fueren las diferentes interpretaciones sobre los movimientos nacionalistas y el surgimiento de las naciones, debemos puntualizar que estamos ante un canon político moderno y estandarizado que se ha extendido eficazmente por todo el planeta en poco más de dos siglos. Éste además no tendría visos de que vaya a menguar su influencia a nivel tanto individual como social a corto plazo.

Son muchas las preguntas pero más las respuestas que afloran y se desprenden de los estudios referentes al surgimiento, estandarización y expansión de los movimientos nacionalistas y de las naciones. En la presente tesis doctoral intentaremos contestar algunas de esas cuestiones, para lo cual hemos propuesto un tipo de estudio fundamentalmente teórico que analizará cada uno de los elementos que consideramos imprescindibles en los procesos de activación de una conciencia nacional, que con el tiempo derivará en la articulación de un determinado movimiento nacionalista. Nuestro caso de estudio será el movimiento nacionalista vasco y por extensión la nación vasca, una nación que, aunque carente de Estado que la represente en el complejo entramado de las relaciones internacionales, es bien conocida por la comunidad internacional tanto por desarrollar una remarcable actividad política y diplomática, como por haber contado hasta hace bien poco con el último conflicto armado activo en Europa.

El principal concepto teórico que guiará el desarrollo de este estudio será el *deseo nacional*, una categoría de análisis que creemos estaría tras todo proceso de activación y constitución nacional tanto en el pasado como en el presente.

Como ya avanzábamos previamente, éste es un estudio predominantemente teórico, por lo que no contaremos con un apartado específico como tal. Las nociones y conceptos teóricos que empleemos, serán aplicados de un modo concreto en cada uno de los capítulos que tratarán de desvelar el surgimiento,

funcionamiento y difusión del movimiento nacionalista vasco. Podríamos sugerir, pues, que nos encontramos ante un estudio que primará la transversalidad analítica, en tanto en cuanto las aportaciones teóricas empaparán cada uno de los capítulos orientados al estudio específico de los diversos detonantes en el surgimiento de los movimientos nacionalistas.

El primero de los capítulos de este estudio se centrará en el análisis de las relaciones internacionales y de la sociedad internacional, ya que éstas regularían en gran medida el marco de las relaciones que las naciones establecen entre sí, para evitar posibles conflictos políticos o militares mediante el uso de la política y la diplomacia (Yongtao, 2010). También trataremos de definir y analizar el canon nacional, una categoría que será copiada por el resto de naciones, debido a las ventajas logísticas, estructurales e ideológicas que ofrece. La nación como estructura política se propagaría, pues, gracias a que se trata de un modelo estandarizado que ofrecerá una serie de ventajas a las comunidades políticas, a las que éstas no podrán renunciar, ya que hacerlo las dejaría en una situación de desventaja ante el resto de comunidades.

En el segundo de los capítulos se incidirá en la influencia que las dos dimensiones del nacionalismo tienen sobre los procesos constitutivos nacionales (McCrone, 1998). La dimensión vertical se asociará a los elementos etnosimbólicos, la horizontal por su parte, estará ligada a las condiciones materiales de cada momento. Sin unas condiciones socio-históricas apropiadas que creen el caldo de cultivo propicio, y sin un capital cultural y simbólico que proporcione unas bases objetivas sobre las que construir algo nuevo, el surgimiento de las naciones no sería posible. La lengua, la cultura, la religión, la historia, la política o la economía serán tan solo algunos de los elementos asociados a las dos dimensiones del nacionalismo. No podemos obviar la importancia que los rasgos etnosimbólicos tienen en la articulación ideológica de las cosmologías nacionalistas, que con el tiempo derivarán en la constitución de entidades tan sólidas y aparentemente tan antiguas como las naciones. Los rasgos etnoculturales al ser compartidos por la comunidad, pueden ejercer un poder constitutivo orientado a la construcción de la nación, sin embargo éstos precisarán de una serie de factores externos que los activen.

Los rasgos de identificación grupal se hacen objetivos sólo cuando se dotan de significado social. Este es el *momento* propiamente ideológico, subjetivo y político del nacionalismo, es decir, el que formula los componentes culturales de la nación simbolizándolos y mitificándolos más allá de su contenido empíricamente objetivable. (De la Encina, 2004: 266)

En el tercer y cuarto capítulo trataremos de esclarecer y definir cuáles son los elementos que diferencian a lo político de la política, ambos aspectos básicos en

los procesos de construcción nacional. Las naciones son constituidas a partir de algo que ya existe, un capital etnocultural, unos valores, una historia. No obstante, estos elementos deben *performativizarse* (Bourdieu, 1985) para que adquieran la relevancia suficiente que les permita dar inicio a un proceso de construcción nacional. Estos procesos constitutivos deberán contextualizarse inicialmente en un espacio ligado a lo político, un espacio de reivindicaciones y constantes conflictos y negociaciones, de donde deberá nacer un ente nacional reconocido. Una vez que el proceso de formación haya finalizado, hablaremos de la política, una herramienta necesaria para gestionar, proteger y difundir la nación.

La violencia es un factor que a menudo no se tiene en cuenta en los procesos de construcción nacional. No obstante, en la presente tesis doctoral argumentamos que la violencia es un factor decisivo en el surgimiento de las naciones. En el capítulo cinco analizaremos varios de los tipos de violencia que presumimos se encuentran en la base del surgimiento de los movimientos nacionalistas. La violencia articulada por el Otro nacional, ayudará a constituir un Nosotros que se le oponga (Bowman, 2001, 2003), mediante la articulación de una contra-violencia de carácter defensivo. Por otro lado, se dará una sublimación de un capital etnocultural diferencial, que se presentará como superior e inmutable.

A pesar de existir una serie de elementos externos a la comunidad que resultan fundamentales en la activación de los procesos orientados a la construcción de una nación y en el despertar de una conciencia nacional basada en los elementos etnosimbólicos de la comunidad, en el capítulo seis argumentamos que para que este proceso sea posible, resulta necesario contar con la figura de un poeta nacional. Un poeta que recoja y difunda el sentir etnosimbólico de la comunidad, para que ésta lleve a cabo un proceso de construcción nacional. Cuando a mediados del siglo XIX Iparragirre compuso su famosa canción “Gernikako Arbola”, éste probablemente no era consciente de que estaba estableciendo las bases ideológicas, morales y emocionales, para que décadas más tarde el movimiento nacionalista vasco surgiese con gran fuerza en el seno de la sociedad vasca.

En el último de los capítulos de la presente tesis doctoral, haremos una compilación de los elementos y nociones teóricas expuestas previamente, para tratar de dar forma al que es el epicentro de nuestra investigación, el *deseo nacional*. En este séptimo capítulo trataremos de analizar y desvelar el rol de los impulsos y nociones de carácter emocional, cognitivo y simbólico que orientarían el comportamiento de los sujetos hacia una dinámica de construcción nacional. La figura del deseo resulta fundamental en los procesos de constitución política o nacional, ya que sin un anhelo, una ambición, una esperanza que impulse a los

sujetos a luchar por lograr ser parte de un grupo, de poco serviría contar con un capital cultural y simbólico compartido, si éste no se convirtiera en la referencia ideológica *deseada* por la comunidad.

Por último, convendría aclarar que la presente tesis doctoral se desarrollará dentro de los parámetros exigidos para lograr una mención internacional. Por esa razón, parte de ella será escrita y expuesta en inglés. Por otro lado y debido a que estamos realizando un estudio que se centra en gran medida en el análisis del nacionalismo vasco, la lengua que ideológicamente se le asocia, aparecerá constantemente en la presente tesis doctoral en forma de alusiones históricas, citas literales o conceptos asociados a la cultura, la lengua y en definitiva a la nación vasca. Los otros dos idiomas que serán empleados para la realización y defensa del presente estudio, serán el castellano y como ya mencionábamos con anterioridad, el inglés.

1. Sociedad Internacional. El Reconocimiento.

1.1. El Canon Nacional

Hablar de identidad política en el presente, va casi indisolublemente asociado al concepto nación. Las naciones se han erigido en sistemas hegemónicos en el seno de las complejas relaciones internacionales que dibujan los mapas geopolíticos en la actualidad. Nada huye a la esfera de lo nacional y el resto de ámbitos socioculturales se ven casi inexorablemente subyugados a sus formas y expresiones cotidianas. La política, la cultura, el arte o el deporte en general están a menudo impregnados de la esencia nacional que estructura y canaliza sus propias expresiones. Es por ello difícilmente cuestionable la influencia que el nacionalismo tiene sobre nuestras vidas. Este se puede presentar como un sutil sentimiento de pertenencia que se activa durante momentos inesperados como eventos deportivos, estancias en el extranjero o periodos en los que se dan conflictos bélicos.

Viajar o vivir en el extranjero puede fomentar una serie de sentimientos de unidad nacional, de filiación y de pertenencia a un determinado grupo o comunidad cultural, lingüística o nacional, debido en gran medida al desarraigo que se sufre al abandonar el círculo familiar o de amistades, que habitualmente conlleva además la necesidad de crear nuevos lazos sociales que den seguridad ante los peligros y miedos reales o irreales que se perciben en la nueva sociedad de acogida.

Las diásporas se constituyen en este sentido, en espacios transnacionales físicos pero sobre todo simbólicos que ofrecen a sus miembros la mayor parte de los elementos etnosimbólicos que dejaron atrás cuando decidieron emigrar. Ashcroft, Griffiths y Tiffin (2006) señalan que las diásporas tienen una lógica dual, ya que por un lado se reivindica una identidad histórico-cultural de origen y por otro se da una adaptación a la nueva cultura de destino, que se manifiesta traduce en una constante construcción y reconstrucción de las identidades político-nacionales.

Los conflictos armados muestran por otro lado, los procesos mediante los que se activan los movimientos nacionalistas y las dinámicas de construcción nacional. El antropólogo Glenn Bowman (2001) señala que los movimientos nacionalistas son estrategias defensivas que se articulan ante una violencia externa, que constituye en última instancia a los miembros de una comunidad etnocultural, en sujetos connacionales que deben luchar juntos contra un "otro" enemigo que amenaza su propia existencia. Bowman afirma que la violencia

puede ayudar a establecer fronteras entre los diferentes grupos y dar así paso al surgimiento de las naciones. La violencia puede además ser un elemento clave en el desarrollo de alianzas intergrupales que derivan a menudo en la constitución de nuevos sujetos y comunidades políticas enfrentadas al “otro” étnico y nacional. Jeffrey Juris (2003) también coincide con Bowman y afirma que la violencia es básica para la forja de identidades políticas.

La nación como institución sociopolítica no nace por lo general de la noche a la mañana, ya que es en gran medida el resultado de un largo proceso de cambios que sufren las estructuras políticas previas. Sin embargo estos procesos históricos pueden sufrir un súbito *momentum* constitutivo, que materialice la propia idea nacional en cuestión de unas pocas décadas como es el propio caso vasco, donde este proceso eclosionó tras la derogación de los Fueros en 1876 y se materializó con el nacimiento del Partido Nacionalista Vasco en 1895.

Los *protonacionalismos* constituidos durante el renacimiento europeo mayormente en la Italia de los siglos XV y XVI, y gracias en gran medida a los importantes comerciantes y a una burguesía que intenta romper con los rígidos esquemas sociales, económicos y culturales de la Edad Media, establecerían en el futuro un tipo de estructura política, social y cultural implementada mediante modelos que nosotros denominaremos el *canon nacional*.

Las naciones y el sistema internacional del estado-nación, son ahora un elemento natural en el escenario de la política internacional, ya que cuentan con un *patrón* con el que trabajar. Las entidades políticas perciben enormes incentivos para mutarse en estas estructuras que privilegian al estado, y que incentivan además la estructura del sistema internacional contemporáneo. Pero esto no fue siempre así (...) El cambio del sistema internacional ocurre debido a una serie de transformaciones que se dan en el seno de la identidad colectiva de actores cruciales, que colectivamente constituyen las unidades de las que el propio sistema se compone¹. (Hall, 1999: 49)

El canon establece una serie de nociones y estructuras políticas estandarizadas para una determinada comunidad política, que se extienden rápidamente a lo largo y ancho del viejo continente². Se trata de un modelo que se intenta imitar gracias al éxito que este tiene en la consecución de sus intereses y objetivos políticos. Solo las estructuras políticas que se adapten al contexto sociocultural contemporáneo con éxito, serán susceptibles de ser copiadas por el

¹ Traducción propia.

² Algunos autores entre los que podríamos destacar a Benedict Anderson (1983), afirman que el nacionalismo es un fenómeno originado inicialmente en las antiguas colonias inglesas de ultramar conocidas hoy como los Estados Unidos de América.

resto de comunidades. Este el caso de la nación, bien sea el modelo francés, el alemán o el estadounidense.

A pesar de que algunos autores como Benedict Anderson (1983) sitúan el surgimiento del nacionalismo a finales del siglo XVIII, y otros lo hacen coincidiendo con la Revolución Francesa, podríamos sugerir que hasta cierto punto sus orígenes se remontan varios siglos atrás, con la puesta en marcha de procesos y estrategias de legitimación que los diversos reinos idean para afianzar su propia legitimidad ante los súbditos de la sociedad que rigen. Este proceso se llevará a cabo mediante la articulación de ejércitos oficiales, de símbolos representativos como las banderas y estandartes, y sobre todo mediante la homogeneización cultural y lingüística.

Los trabajos sobre la gramática de la lengua castellana que los Reyes Católicos encargaron a Antonio de Nebrija³ a finales del siglo XV, dan fe de la importancia que una lengua nacional, común y estandarizada, tendría para la unidad del reino. La lengua conforma por lo general, uno de los ejes centrales de la dimensión vertical de los nacionalismos. Esta dimensión se estructura en torno a elementos objetivos de tipo étnico y cultural que sustentan gran parte el entramado etnonacional. La lengua nacional se hace hegemónica en la nación, con la consecuente marginalización y desaparición de los diversos dialectos y lenguas minoritarias que coexisten en el mismo espacio geográfico. Con el paso del tiempo, la lengua nacional se constituye así misma en un recurso preferente para la educación y adoctrinamiento en las escuelas nacionales. En estas últimas la nación siempre estará presente por medio de símbolos nacionales como las banderas, los himnos o el propio contenido educativo. Ghassan Hage (1995) señala que como cualquier otro sujeto simbólico, los sujetos nacionales no preceden al imaginario nacional. Dicho de otra manera, el lenguaje nacional y el imaginario que este evoca, son los principales responsables en la construcción del sujeto nacional. El sujeto nacional se adapta en definitiva, a un contexto socio-histórico previo, asumiendo un determinado rol dentro del imaginario nacional existente y expresándose en consecuencia. Si la unidad nacional de los nuevos sujetos políticos logra sus objetivos de un modo efectivo, el resto de sociedades, culturas o comunidades querrán también imitar ese mismo modelo. Cuando este esquema se convierte en un sistema hegemónico en el seno de las relaciones internacionales, hablaremos de canon o modelo estandarizado nacional.

El canon se erige paulatinamente en un modelo de referencia para el resto de naciones y los beneficios de copiarlo o adaptarse a él aumentan

³ Entre sus obras deberíamos destacar también, *Gramática Castellana y el Diccionario latino-español*, ambas escritas en 1492, el *Vocabulario español latino* (1494) y *Reglas de ortografía española* (1517).

exponencialmente. A medida que este modelo se extiende y adquiere mayor relevancia, se convierte también en el criterio de legitimidad internacional de referencia, que derivará con el transcurso del tiempo en la constitución de alianzas y en el estallido de conflictos internacionales como la Primera y la Segunda Guerra Mundial. La sociedad internacional actual se crea en ese marco y nace para regular de alguna manera las relaciones entre naciones. Podríamos considerar que en cierta medida, esta es el producto de una diplomacia que se fundamenta en el concepto de canon nacional.

Del mismo modo que se ha señalado la conexión íntima entre la constitución de las naciones y el patrón estandarizado internacional de organización de las comunidades políticas (Hall, 1999), también se ha observado la conexión en la actualidad entre los procesos de globalización y de identidad nacional (Edensor, 2002: 29).

Las teorías sobre el surgimiento de las naciones y del nacionalismo como ideología, son numerosas y en ocasiones contradictorias. Entrar en este tipo de debates difuminaría el objetivo del presente estudio, que no es otro que lograr descubrir cuales son los mecanismos simbólicos objetivos que posibilitan su surgimiento, frente a las estructuras sociopolíticas previas. Existen diversos parámetros en el análisis de los nacionalismos en tanto en cuanto a su origen y modalidad.

a) El nacionalismo francés, heredero de la Revolución francesa, se estructura a partir de un sistema político bien definido mediante el cual se intenta instaurar una homogeneidad lingüística y cultural, que va acompañada por un discurso político en el que se ensalzan los valores, obligaciones y derechos de los ciudadanos como miembros de la nación. Conceptos como contrato y soberanía adquieren relevancia en este nuevo contexto sociopolítico.

b) El caso alemán por otro lado, se constituye mediante un proceso que ha sido realizado a la inversa, ya que a partir de una homogeneidad cultural y sobre todo lingüística, se invoca la unidad nacional que reside en el *Volksgeist*⁴.

c) El nacionalismo estadounidense es en palabras de Benedict Anderson (1983), el resultado por una parte, del surgimiento de una clase social interesada en soltar las amarras que le unen a la metrópoli colonial, y por otra de la

⁴ El concepto de *Volksgeist* nace con el prerromanticismo alemán. Este defiende la existencia de naciones independientes y diferenciadas, a cada una de las cuales les corresponden unos rasgos constitutivos inmutables (culturales, raciales, psicológicos, etc.), y por lo tanto son ahistóricos, anteriores y superiores a las personas que forman la nación en un momento determinado.

expansión de los medios de comunicación que permiten a la sociedad conocer y entender el ideario nacionalista contemporáneo, necesario en el proceso constitutivo de los nuevos sujetos políticos.

Sean cuales fueren las tipologías en el surgimiento de los movimientos nacionalistas, la hipótesis encargada de guiar el desarrollo de la presente tesis doctoral, se fundamentará principalmente en el hecho de que existen una serie de fuerzas intrínsecas y extrínsecas⁵ al individuo, que le inducen a tomar parte del proyecto nacionalista. Es en este contexto, donde el concepto de *canon nacional* adquiere mayor relevancia.

⁵ Entre las que podríamos encontrar el ansia de poder, la aceptación social, el prestigio, la protección e instinto de supervivencia, etc.

1.2. El Canon y los modelos de conducta nacional

Por lo general, las naciones no son percibidas por el ciudadano de a pie como entidades políticas deliberadamente constituidas en pos de la obtención de una serie de objetivos bien definidos, ya sean estos de carácter económico, político, cultural o religioso. En este sentido, la mayoría de los miembros de una determinada nación probablemente desconocen que forman parte de un entramado sociopolítico extremadamente complejo, que se rige por unas normas y deberes compartidos por la mayoría de naciones. Esto en buena medida se debe a la banalización del nacionalismo, cuyos símbolos se vuelven omnipresentes –pero invisibles– en la vida cotidiana (Billig, 1995).

Al igual que el resto de estructuras políticas previas, la nación es el resultado de un proceso dinámico y diacrónico en el que el cambio y la adaptación a las nuevas circunstancias son clave para su propia supervivencia. Existen sin embargo una serie de corrientes que sugieren que las naciones perecerán o mutarán, intentando adaptarse a las nuevas condiciones socioeconómicas y retos que la incipiente globalización impone implacablemente. La delegación de parte de la autonomía política nacional en macro-estructuras internacionales como la Unión Europea, podría sugerir un posible debilitamiento de la soberanía nacional ante entes socioeconómicos que habrían ido paulatinamente acaparando el poder de decidir en infinidad de ámbitos, que con anterioridad serían competencias nacionales en exclusividad.

Esta posible pérdida de soberanía nacional, es también advertida por los sujetos nacionales que perciben su identidad como amenazada ante una serie de influencias y decisiones externas que escapan a su control. El canon nacional que una determinada nación ostenta, puede verse en consecuencia amenazado ante la pérdida de soberanía nacional. En este sentido, no son pocas las voces que reclaman una mayor independencia nacional ante la influencia que los *mercados* e instituciones transnacionales ejercen sobre ellas.

En palabras de Francisco Letamendia (1997), las naciones se desarrollan de un modo cuasi-mimético mediante un *juego de espejos*. Este se manifiesta por medio de conflictos centro-periferia. El conflicto reside en gran medida en el hecho de que los nacionalismos periféricos o subalternos son incómodos para los nacionalismos centrales o hegemónicos, ya que los primeros logran desenmascarar a los segundos al reivindicar exactamente los mismos derechos, normas y estructuras socio-políticas. Es aquí donde el concepto de canon adquiere mayor relevancia, debido a que no todas las comunidades nacionales pueden tomar parte en este proceso. Para ser sujeto con derecho de participación y decisión, será requisito imprescindible contar con el correspondiente reconocimiento político ante los demás.

Letamendia sugiere además, que las naciones periféricas participan en un juego de mimetismos tratando de adquirir el mismo estatus o canon político que las naciones hegemónicas a las que pertenecen. El reconocimiento internacional ofrece por otro lado un sólido modelo de referencia, ya que este puede otorgar en gran medida un canon con bases diplomáticas y jurídicas que las naciones periféricas precisan y ansían. Las naciones que reivindican un estatus propio en el seno del marco internacional europeo, lo hacen desde esta misma perspectiva. Entre los ejemplos más claros tendríamos las propuestas presentadas tanto por Cataluña como por Euskadi en pos de su soberanía nacional:

- El borrador presentado por las dos formaciones mayoritarias en Cataluña (ER y CIU) el día 10 de enero de 2013, define a ésta como "sujeto político y jurídico soberano", y en él se expresa su voluntad de "ejercer el derecho a decidir y hacer efectiva la constitución de Cataluña en un nuevo Estado dentro del marco de la UE"⁶.

- En el programa electoral que el EAJ-PNV (partido político actualmente al frente del Gobierno Vasco) presentó para las elecciones autonómicas del año 2012, se realizaba la siguiente valoración en cuanto a un posible futuro estatus político de Euskadi:

En definitiva, un sistema de autogobierno que permita el desarrollo de una comunidad vasca con identidad propia, plural y abierta al mundo, que incluya también la institucionalización de las relaciones con Nafarroa e Iparralde, en la medida en que así lo demande la ciudadanía, sobre la base del "territorio euskara", el territorio cultural compartido que ubica a la comunidad vasca en el mundo. La nueva Eurorregión de la UE, Euskadi, Nación en Europa.⁷

Las naciones hegemónicas con voz propia en las organizaciones políticas y militares internacionales (OTAN, ONU, UE, etc.) no están por la labor de renunciar a su soberanía nacional y a los territorios que han sido internacionalmente reconocidos como suyos, a pesar de que existan comunidades políticas y nacionales periféricas que opinen lo contrario. En este contexto conflictual de carácter político, cultural y militar en el peor de los escenarios, las

⁶ EITB. (10/1/2013). CiU y ERC pactan una declaración de soberanía para ser Estado. *EITB*. Recuperado de <http://www.eitb.eus>

⁷ EAJ-PNV. (2012). *Programa Electoral – Parlamento Vasco 2012 – Compromiso Euskadi*. Recuperado de <http://www.eaj-pnv.eus>

⁸ Incluso territorios no reconocidos por la comunidad internacional como es el caso de Israel y los asentamientos ilegales de los colonos sionistas en territorio palestino, o las zonas conquistadas por los milicianos pro-rusos en el Este de Ucrania. En ambos casos se incumplen sistemáticamente las diversas resoluciones dictadas por las autoridades internacionales sin que haya grandes consecuencias o penalizaciones.

naciones luchan por sus propios intereses, en la mayoría de los casos profundamente dispares. Mientras que las naciones periféricas bregan por una soberanía y autodeterminación nacional que puede sustentarse sobre diversos argumentos como la lengua, la cultura, la historia o la religión, las naciones hegemónicas buscan lograr otra serie de objetivos como el control político y económico sobre sus territorios. En los casos en que los nacionalismos centrales y periféricos luchan por una serie de objetivos políticos dentro de un mismo espacio nacional (por ejemplo los casos de Euskadi y Cataluña en el seno del Estado Español), las demandas, las retóricas políticas y las posiciones ante la idea de que es una nación, son profundamente antagónicas. Mientras que las naciones sin estado reivindican el derecho a ser una nación soberana que cuente con un reconocimiento político y jurídico en el seno de la sociedad internacional, las naciones centrales o hegemónicas denuncian que ese escenario sería en la mayoría de las situaciones anticonstitucional y contrario a las leyes de su propio sistema político-jurídico, ya que vulneraría su soberanía nacional. En el hipotético caso de que una nación sin estado llevara a cabo un proceso de independencia al margen de la nación central, existirían muchas posibilidades de que esta no contara con el reconocimiento internacional necesario, debido en gran medida a la presión diplomática que la nación central pudiera ejercer internacionalmente. La globalización ha instaurado un sistema diplomático, económico, comercial y cultural altamente interconectado e interdependiente, que impide a los entes políticos no reconocidos formar parte de él, y por lo tanto prosperar como nación⁹.

Resulta necesario recordar que las relaciones internacionales se estructuran en gran medida en torno al reconocimiento político (Cornago, 2013). Las naciones que no lo obtengan, difícilmente podrán formar parte de la sociedad internacional. Lograr un nivel de reconocimiento satisfactorio tanto interna como externamente, marca la diferencia entre ser una nación sin Estado o un Estado reconocido internacionalmente de pleno derecho en el seno del sistema diplomático y político internacional. Es por esto que el proceso de constituirse en una nación, a menudo confundida con el Estado bajo la fórmula Estado-nación, se convierte en buena medida en una *lucha por el reconocimiento* (Honneth, 1997).

⁹ Probablemente uno de los casos más conocidos a nivel mundial es el de Cuba, Estado cercado económica y diplomáticamente desde octubre de 1960 por los Estados Unidos debido a la existencia de un conflicto político-militar (aunque en el presente tan solo político). Este conflicto derivado de la Guerra Fría se traduce en la casi total exclusión del escenario político internacional de Cuba, que aunque dispone de soberanía nacional se ve incapaz de tomar parte de las relaciones internacionales en igualdad de condiciones. Este escenario parece que progresivamente se va transformando tras el proceso de cambio iniciado por la administración del presidente Obama, aunque ello no sin importantes resistencias internas.

1.3. El reconocimiento como elemento básico en el desarrollo de la identidad política y nacional

El Estado español, plurinacional en teoría, ha sido testigo durante siglos de múltiples conflictos de carácter etno-nacional. Los dos movimientos nacionalistas más activos en este sentido, han sido el catalán y el vasco. Ambos movimientos han mostrado históricamente su interés en solventar los diversos conflictos de carácter político e incluso militar, mediante una negociación política de igual a igual con el nacionalismo español. Tanto los dirigentes franquistas como los diversos Gobiernos surgidos durante la etapa post-franquista, se han negado tajantemente a reconocer a los interlocutores del nacionalismo vasco y catalán como sujetos políticos con los que tratar asuntos de carácter nacional ya recogidos en la Constitución española.

A pesar de que los partidos y los movimientos nacionalistas fueron legalizados tras el proceso conocido como *transición española*, sus aspiraciones nacionales han chocado frontalmente una y otra vez contra los postulados políticos de un nacionalismo español, que constantemente ha aludido a la Constitución española para reivindicar la unión geográfica y política del país. El no reconocimiento por parte del Estado español de las naciones vasca y catalana como entes poseedores de una soberanía política y territorial propia, ha derivado en el surgimiento de diversos conflictos políticos y armados.

Los nacionalismos periféricos aspiran ahora a lograr otro tipo de reconocimiento que supere la disyuntiva dualista entre nacionalismo subalterno y hegemónico, dando un salto cualitativo hacia una esfera internacional en la que se intentará conseguir en el caso de Europa, un lugar como Estado miembro en el seno de la Unión Europea. Durante las dos últimas décadas los partidos nacionalistas vascos y catalanes han comprendido que la sociedad internacional y más concretamente la Comunidad Europea, representan una oportunidad inmejorable para lograr sus aspiraciones nacionalistas ante el inmovilismo de un Estado español, que evidentemente no está dispuesto a ofrecer ninguna concesión de carácter nacional. Este cambio de estrategia política de los movimientos nacionalistas periféricos, es claramente apreciable en los programas políticos al menos desde comienzos de los años 90, cuando el proceso de integración profundizó la dimensión política, cristalizando en la Unión Europea (Keating, 1988, 1998):

La activación de retóricas políticas y la construcción del Otro nacional son tan solo algunas de las estrategias que los Estados hegemónicos han desarrollado para deslegitimar y desactivar los movimientos nacionalistas periféricos. Sin embargo, este tipo de estrategias de carácter dualista también se utilizan desde los nacionalismos periféricos que acusan al nacionalismo central o hegemónico de

ser impuesto, antidemocrático y de atacar el carácter identitario de sus propias naciones. A menudo se activan además estrategias que implican el uso de la violencia, como pueden ser los casos de ETA en el País Vasco, del IRA en Irlanda del Norte o de la OLP en Palestina.

Ghassan Hage (1995) afirma que a pesar de las voces que inciden en las profundas diferencias existentes entre los nacionalismos situados en Oriente y Occidente, todos se rigen por un mismo patrón a la hora de activar su imaginario nacional en contra de sus Otros internos. Hage también sugiere que en la actualidad todos los nacionalismos comparten una lógica de exterminación inherente a sus propios procesos constitutivos. Estos procesos de exterminación no se refieren exclusivamente a actos de violencia física en forma de crímenes de guerra como pueden ser los perpetrados en la antigua Yugoslavia o en Palestina. El concepto *exterminación* utilizado por Hage puede ser también aplicado a situaciones en las que se reproduce una violencia de tipo estructural (Galtung, 1969) y/o simbólica (Bourdieu, 1994, 2001) por parte de una nación, grupo o comunidad hegemónica o dominante, hacia otra periférica o subalterna. El no reconocimiento de un grupo, sociedad o comunidad, podría ser considerado en cierto modo como un acto de exterminación cultural e identitario, ya que a menudo esta postura conlleva una marginación y subyugación de los elementos etnoculturales de la comunidad política no reconocida.

Toda nación busca y lucha por su propio reconocimiento ante sus ciudadanos y ante el resto de naciones, ya que un aislamiento internacional prolongado no permitiría la subsistencia de esta. Es por ello que las relaciones internacionales y el reconociendo externo se sitúan en la base de cualquier proceso de construcción nacional. Las naciones son en definitiva “ficciones muy arraigadas” como las define Bourdieu (1991) o “comunidades imaginadas” como las denomina Benedict Anderson (1983). Estas son sin embargo, *realidades* sociopolíticas que orientan y coaccion comportamientos y que necesitan ser reafirmadas y reconocidas constantemente por los propios sujetos nacionales y por el resto de naciones. La

diplomacia y las guerras serían las expresiones más visibles de estas relaciones entre naciones¹⁰.

Liu Yongtao (2009) hace hincapié en la importancia del lenguaje y de los discursos políticos para el desarrollo de las relaciones internacionales. Yongtao sugiere que estos se perciben como naturales a pesar de ser un constructo sociocultural, mediante los cuales se organizan y establecen las diversas relaciones de poder y subordinación entre los sujetos políticos y las naciones. Es en el seno de este orden instaurado por las naciones internacionalmente reconocidas, donde las naciones periféricas tienen que luchar y hacerse un hueco para poder ser escuchadas y así reivindicar su propio estatus y reconocimiento ante el resto. El lenguaje empleado en las relaciones internacionales no es neutral, ya que cuenta con un componente altamente performativo que influye directamente en el desarrollo de estas. El lenguaje empleado en las relaciones internacionales constituye en parte la base de los juegos de poder establecidos para su desarrollo e implementación. Estas estrategias discursivas son las que instauran en última instancia, el rígido sistema en el cual se desarrollan las prácticas de dominación. Una nación que no maneje satisfactoriamente la *gramática* política predominante en el seno de las relaciones internacionales, estará abocada al fracaso en el sentido más literal¹¹.

Yongtao incide en que el lenguaje utilizado para el desarrollo de las relaciones internacionales no es aséptico, ya que este es utilizado habitualmente para establecer relaciones de carácter asimétrico. Este tipo de lenguaje performativo contiene además una serie de elementos y características que lo alejan del lenguaje común.

¹⁰ Todas las naciones siguen esta estructura y un claro ejemplo de los dos extremos citados anteriormente estarían representados en el caso de Siria, un conflicto que ha copado las páginas de los principales periódicos durante los años 2012 y 2013. A pesar de que la mayoría de los países pertenecientes a la ONU han condenado enérgicamente los ataques perpetrados por el ejército oficial del citado país en contra de su propia población civil, las alianzas internacionales que la cúpula política de Siria mantiene con Rusia y China, junto con el derecho a veto con que estas cuentan ante el órgano de Naciones Unidas, hace imposible una intervención militar en Siria por parte de la OTAN. Queda claro pues, que el reconocimiento y las alianzas internacionales con terceros países pueden marcar la diferencia para una determinada nación y sobre todo para sus líderes políticos.

¹¹ En 2003 Irak fue atacada por los Estados Unidos y sus aliados de un modo unilateral, sin que la comunidad internacional tomara cartas en el asunto. Si los líderes políticos iraquíes hubiesen contado con un sistema de relaciones internacionales más desarrollado e influyente, quizá el desenlace de los hechos hubiera sido diferente.

El lenguaje performativo fue estudiado por primera vez por J.L. Austin (1962) en su trabajo “Como hacer cosas con palabras”, y revisado y reformulado posteriormente tanto por Pierre Bourdieu (1999) como por Maurice Bloch (1992, 1998), aunque con diferentes argumentos y matices. Austin habla de una *magia* de ciertas palabras y enunciados que son capaces de realizar lo que afirman. Se trata de enunciados que tienen la virtud de hacer *real* y consagrar lo que expresan. Estos enunciados y lenguajes cuasi-sagrados son respetados por la comunidad en que se expresan y manifiestan. Este tipo de lenguaje solo resultará performativo si es articulado por la persona correcta y de un modo adecuado. Así, un bautismo o comunión cristiana tan solo será válido y tendrá sentido si es formulado mediante un lenguaje correcto y por el locutor adecuado; un sacerdote ligado a la Iglesia Cristiana que haga uso de un lenguaje religioso apropiado. Si esto no fuera así, el ritual no tendría sentido y lo enunciado carecería de valor a ojos de los miembros de la comunidad.

Para Pierre Bourdieu (1985, 1999) el lenguaje resulta performativo gracias a una autoridad delegada que el locutor recibe de la comunidad. En palabras de Maurice Bloch (1975, 1998) sin embargo, la performatividad del lenguaje se deriva de una serie de formulas rituales repetitivas y de ciertos convencionalismos estereotipados. Bien sea por medio de enunciados realizativos (Austin), de convencionalismos estereotipados (Bloch) o de una autoridad delegada (Bourdieu), el lenguaje performativo puede considerarse como una herramienta de control de la opinión y del comportamiento de los sujetos políticos. Este tipo de lenguaje que se manifiesta principalmente en la esfera de la política, de la religión o de las leyes, cuenta con un notable poder performativo, por lo general orientado a la construcción, desarrollo y defensa de comunidades políticas o etno-culturales. Los movimientos nacionalistas y sus líderes han hecho tradicionalmente uso del lenguaje performativo, ya que este ha resultado ser un mecanismo altamente efectivo a la hora de llevar a cabo sus propios proyectos políticos.

El discurso político puede ser fácilmente regulado y controlado por aquellos que cuenten con un estatus y reconocimiento superior ante la comunidad internacional, ya que es aquí donde la *realidad* política internacional es conceptualizada. Las naciones hegemónicas acuden al uso y abuso del concepto *realidad* para imponer sus propios intereses y necesidades ante el resto de naciones. La utilización de discursos dualistas se ha convertido por otra parte en una constante en la actualidad. Liu Yongtao (2010) se hace eco de los esquemas dualistas que George Bush, Presidente de los Estados Unidos de América, planteó para describir un supuesto mundo polarizado en el que solamente existían dos bandos: Nosotros los demócratas y Ellos (los Otros) los terroristas. Nada pudo escapar tras los ataques del 11S en 2001, a esta lógica dual y simplista de confrontación política, y cualquier persona, institución o nación que

se situase fuera del esquema planteado, sería observada y tratada con un evidente recelo institucional.

Cabe señalar que una utilización efectiva de este tipo de lenguaje no estaría al alcance de cualquier sujeto político, ya que según señalan J.L. Austin y Bourdieu (1985, 1999), tan solo algunos miembros tendrán acceso a su uso legítimo y *realizativo* (Austin, 1962). La utilización efectiva del lenguaje performativo estaría por lo tanto estrechamente ligada a la delegación social, o dicho de otro modo, esta se sustentaría en el *reconocimiento* político tanto interno (nacional) como externo (internacional). El lenguaje performativo tiene el poder de articular enunciados que por el simple hecho de ser articulados, han de obedecerse, respetarse y cumplirse. Si todos los miembros de una determinada comunidad tuvieran la posibilidad de hacer uso del lenguaje performativo, este perdería toda su eficacia, ya que se encuentra estrechamente ligado a un uso simbólico pero efectivo, que por lo general se encuentra en manos de unos pocos individuos jerárquicamente privilegiados (clases políticas, estamentos religiosos, personajes carismáticos, etc.).

Liu Yongtao (2009) destaca tres características de los discursos empleados en las relaciones internacionales. Se trata de un tipo de lenguaje que no se limita a un simple sistema de signos destinado a una comunicación aséptica entre seres humanos. Hablamos además de un sistema de comunicación heredero de una serie de condiciones socio-históricas. Es este un elemento de la cultura humana que no funciona independientemente, sino que está estrechamente relacionado con otra serie de mecanismos performativos como los símbolos condensados. Por último, Yongtao sugiere que el lenguaje y los discursos políticos en las relaciones internacionales están orientados al logro y defensa de una serie de voluntades políticas, étnicas y normativas. Podríamos sugerir en definitiva, que el lenguaje no es una simple herramienta de comunicación, sino que puede ser un sofisticado instrumento de control y dominación en las relaciones sociales y políticas locales e internacionales.

La importancia de ser reconocido como sujeto político o como nación en el seno de las relaciones internacionales es evidente, ya que una no aceptación por parte de la comunidad internacional imposibilitaría cualquier intento de constitución nacional. Este es el caso de los *estados de facto*, quienes a pesar de tener estructuras sociopolíticas estables, un territorio bajo control, además de poder encargarse de las necesidades básicas de sus propios ciudadanos, no son reconocidos como Estados de pleno derecho. De este modo se les impide su ingreso en el entramado diplomático de la sociedad internacional. Pegg (1998: 16) afirma que la sociedad internacional tiene actitudes conservadoras respecto a los Estados de facto, ya que lo desconocido puede llegar a producir desconfianza. Este rechazo por parte de la sociedad internacional a los procesos de

autodeterminación protagonizados por los Estados de facto, es un hecho generalizado que está además ampliamente documentado (Ker-Lindsay, 2012).

El reconocimiento puede manifestarse tanto en los micro-contextos como en los macro-contextos en los que las relaciones internacionales se establecen y desarrollan. Dicho de otra manera, el reconocimiento se puede dar en una esfera local, regional o nacional, y en otra global e internacional. Por lo general las naciones buscan el reconocimiento de la sociedad internacional, ya que es en este escenario globalizado donde deben gestarse los tratados y acuerdos entre los Estados. No obstante, el reconocimiento también debe darse a nivel local o nacional, y es en este tipo de procesos donde se constituyen inicialmente los sujetos políticos y nacionales. En palabras de Hage (1995) toda nación establece un marco en el cual se constituyen los sujetos nacionales y su correspondiente Otro nacional. La *otredad* es a menudo asociada al fenómeno migratorio, y las posturas etnocentristas y xenóforas se reproducen en determinados contextos donde las retóricas nacionales se radicalizan mediante discursos dualistas articulados en contra de los primeros. Hage (1995) también señala que indiferentemente del capital nacional que haya adquirido un inmigrante en la nación de acogida, este no será considerado “natural”, ya que se trataría de un tipo de capital etnocultural y nacional adquirido y no recibido de nacimiento (este hecho permitiría en última instancia la legitimación y reconocimiento de los sujetos políticos en el contexto de ciertos nacionalismos de carácter étnico). Existiría por lo tanto una clara contraposición entre nacer nacional y hacerse nacional. Del mismo modo que las naciones necesitan ser reconocidas internacionalmente, los sujetos también requieren ser reconocidos por su propia comunidad nacional.

El reconocimiento internacional es por lo tanto sumamente importante para la existencia de cualquier nación, más aun en un escenario cada vez más globalizado e interconectado como el actual. Nos encontramos en el presente ante un escenario internacional en el que se establecen reglas y dinámicas para el comercio, la inmigración, la creación y expansión de grandes corporaciones transnacionales y por supuesto la diplomacia y las relaciones internacionales que regirán todos estos procesos y otros muchos. Los grandes flujos de divisas y de personas de la actualidad se encuentran en gran medida controlados por las naciones más poderosas, y es en el seno de este complejo contexto de relaciones y alianzas internacionales, donde resulta indispensable el reconocimiento del resto de naciones para poder así actuar en igualdad de condiciones.

Presumimos además que en los contextos donde las retóricas políticas y los intereses nacionales se imponen a los discursos sobre justicia e igualdad, las naciones hegemónicas son las que imponen las reglas del juego, casi siempre orientadas a su propio beneficio. Liu Yongtao (2009) señala que los Estados que

se encuentran en posiciones dominantes en el seno de la política mundial, tienen un mejor acceso al entramado discursivo y de significación política mediante el cual se controlan las relaciones internacionales. Es en este contexto donde los nacionalismos periféricos tienen que competir por lograr un reconocimiento que les permita desarrollar su propio entramado de relaciones internacionales.

Este proceso, muy complejo y central en la constitución de los sujetos políticos reconocidos, se regula en buena medida sobre la base de un cierto modelo, patrón o canon establecido internacionalmente como estándar en cada periodo histórico (Hall, 1999).

1.4) La Escuela Inglesa. El reconocimiento en el seno de la Sociedad Internacional

Las relaciones diplomáticas entre comunidades políticas han marcado tradicionalmente la senda que debía seguirse en el complejo sistema de guerras y alianzas. Desde los belicosos tiempos de los griegos con su particular estructura sociopolítica basada en las ciudades-estado, la diplomacia se ha instituido como la principal estrategia para evitar guerras o para aliarse en pos de la construcción de amplias uniones políticas y militares que aseguren su continuidad en el tiempo. El complejo *juego* de alianzas y conquistas que se ha dado a lo largo de la Historia, difícilmente ha permitido huir de las normas y estructuras establecidas a los entes políticos no involucrados en el sistema internacional.

Barry Buzan (1993) sugiere que existe una estructura formada por círculos concéntricos que clasificaría y describiría a las naciones en su afán por crear una serie de relaciones internacionales que les aseguren el acceso a derechos, recursos y privilegios de diverso nivel. Esta misma idea se reproduce en los trabajos de otros autores de la Escuela inglesa pertenecientes a diferentes corrientes, ya que en última instancia queda patente la existencia de sociedades, culturas y naciones hegemónicas y subalternas que se relacionan mediante una lógica jerárquica que otorga y desposee, que reconoce y excluye, y que crea y destruye aliados y enemigos.

Los procesos constitutivos en el seno de las relaciones internacionales han sido estudiados por múltiples corrientes, siendo la Escuela inglesa y sus principales autores los encargados de dar una visión más contemporánea de estas. La Escuela Inglesa de las relaciones internacionales defiende la existencia de una sociedad de Estados en el ámbito internacional que se opone a la idea de una condición de anarquía que suponga la ausencia de gobernantes y de un Estado mundial. Estos examinan fundamentalmente las tradiciones de las teorías internacionales pretéritas, situándolas al igual que hizo Martin Wight a mediados del Siglo XX, en tres divisiones; realistas, racionalistas y revolucionarias. En líneas generales, la Escuela inglesa apoya la tradición racionalista, buscando una vía a medio camino entre la política del poder del realismo y un utopismo revolucionario (Linklater, 2010).

Resulta necesario recordar que los procesos de poscolonización influyeron notablemente en el desarrollo de las relaciones internacionales como las conocemos en el presente. Tras este proceso en el que las grandes potencias mundiales perdieron la mayoría de sus colonias, un nuevo sistema diplomático comenzó a forjarse en el seno de las relaciones internacionales. La dicotomía existente entre Oriente y Occidente se hace más obvia, y se acrecienta aun más al separarse los caminos entre colonia y metrópoli como resultado de las revueltas y

procesos que dan paso a la independencia de las futuras naciones. Andrew Linklater (2010) también se hace eco de este antagonismo que marca en la actualidad las relaciones entre naciones hegemónicas y subalternas. Linklater incide en el hecho de que la Escuela inglesa parte de la idea de *sociedad de estados*. Esta última habría sido forjada en un contexto europeo siendo posteriormente exportada al resto del planeta para incorporarla a las nuevas naciones no occidentales, siempre que estas aceptasen los principios del orden internacional dictados por los poderes occidentales. Lo que marcaría la estructuración de las relaciones internacionales en opinión de numerosos autores de la Escuela inglesa, sería el devenir de las luchas de poder existentes entre naciones que buscarían su propia seguridad. Nos encontraríamos aquí ante un acercamiento *realista* que en parte se alejaría de una concepción revolucionaria. Se incidiría además en la posibilidad de una convivencia pacífica entre entes políticos sin tener que hacer uso de la amenaza de la fuerza. No obstante, ambas perspectivas son criticadas en parte por Wight (1991), ya que, según este, las grandes potencias han logrado crear acuerdos multilaterales mediante los que el uso de la fuerza queda limitado y controlado. Bull (1977) también recalca el hecho de que los Estados comparten un claro interés por establecer y mantener un orden internacional, corroborado por medio de acuerdos y tratados que aseguren su pervivencia en el tiempo y hagan respetar su soberanía nacional.

La importancia de los tratados no se limita a las naciones y Estados tradicionales, sino que se hace extensible a los nuevos Estados que pasan a formar parte de la esfera internacional tras los procesos de descolonización de los siglos XIX y XX. Sin embargo, este proceso no es *gratuito*. Los nuevos Estados tendrán que asumir una serie de valores, normas y leyes dictadas por las naciones occidentales. Estas se encuentran condensadas en los principios de las relaciones internacionales. En palabras de algunos autores entre los que cabría destacar a Bull y Watson (1984), el mero hecho de aceptar una serie de reglas y leyes no sería per se suficiente para que las nuevas naciones (antes colonias) pasen a formar parte del complejo organigrama de las relaciones internacionales. Esta circunstancia se daría en parte debido a que un uso activo e intensivo de la diplomacia es indispensable en este tipo de procesos. Bull (1977) también se hace eco de los procesos globalizadores y de su influencia en el desarrollo de las relaciones internacionales, ya que percibe una supuesta cultura cosmopolita de la modernidad con un rol equivalente al de la idea de la Europa de la civilización, en un estadio inicial del desarrollo de la comunidad internacional. En referencia a los ya mencionados procesos globalizadores, Bull se opone drásticamente (al igual que lo hacen muchos Estados no-occidentales y un gran número de autores englobados en la Escuela inglesa) al intervencionismo humanitario por parte de las grandes naciones occidentales, ya que estos actos ponen en peligro el orden internacional establecido.

Podríamos sugerir en definitiva, que muchos de los autores encuadrados en la Escuela inglesa defienden una idea basada en la sociedad de Estados. Esta sería en opinión de los últimos, la manera más efectiva de promover una coexistencia pacífica entre las diversas comunidades políticas. Linklater (2010) señala en esta misma línea, que la Escuela inglesa representa una teoría que trata de explicar y defender una serie de prácticas occidentales, a la vez que reconoce la necesidad de crear nuevos nexos y acuerdos entre las naciones occidentales y las no-occidentales.

Algunos autores pertenecientes a la Escuela inglesa entre los que podríamos destacar a Barry Buzan (1993), coinciden en la necesidad de distinguir entre sistema internacional y sociedad internacional, aludiendo a la previamente citada estructuración de las relaciones internacionales en círculos concéntricos¹². La idea de sociedad internacional se retrotrae en palabras de Buzan hasta los postulados de Hugo Grotius, quien afirma que esta se fundamenta en la tradición legal clásica y en la idea de que la ley internacional constituye una comunidad para aquellos que forman parte de la comunidad internacional jurídico-legal. No se puede obviar que la idea de sociedad internacional ha sido defendida por muchos de los autores pertenecientes a la Escuela inglesa, entre los que podríamos destacar a Martin Wight, Hedley Bull o Adam Watson (Buzan, 1993). Wight intentó localizar el nacimiento de la sociedad internacional en la Europa moderna, sin embargo esta idea tan solo fue secundada por Watson. Otros autores de la Escuela inglesa abogan sin embargo por postulados que inciden en la *ficción* y el *deseo* que se encuentra tras toda estructuración de una supuesta sociedad internacional y una sociedad de Estados (Buzan, 1993).

La sociedad internacional es en palabras de Bull y Watson (1993: 330):

Un grupo de estados (siendo estos habitualmente un grupo de comunidades políticas independientes), que no simplemente forma un sistema, sino que establece mediante el diálogo y el consenso una serie de reglas comunes e instituciones para canalizar sus relaciones y reconocer de mutuo acuerdo el interés por mantener los tratados establecidos.¹³

¹² La teoría de los círculos concéntricos afirma que las naciones que se sitúan en el centro (normalmente una), son las que determinan en gran medida la estructuración y funcionamiento de las relaciones internacionales. Las naciones que se sitúan en círculos cada vez más lejanos al centro, contarán con menos peso en las decisiones que se tomen, siendo prácticamente excluidas y en ocasiones pudiendo incluso ser atacadas diplomática e incluso militarmente. Este podría ser el caso de naciones como Irak en los años 90 o Vietnam en la década de los 60 y los 70.

¹³ Traducción propia.

Sistema internacional y sociedad internacional son dos conceptos no equivalentes. El primero puede existir sin una sociedad internacional, pero lo contrario sería imposible. Mientras que un sistema se compone de Estados que se relacionan mediante la guerra, la diplomacia o el comercio, la sociedad internacional necesita de la creación de instituciones y tratados que profundicen, defiendan y divulguen los acuerdos adoptados. Bull (1977) incide en el hecho de que la sociedad internacional está estrechamente ligada al concepto de orden internacional, ya que esta ofrece las herramientas necesarias para evitar contiendas que supondrían costosas pérdidas para las naciones y Estados envueltos en ellas. Otro elemento que resulta indispensable para el surgimiento de la sociedad internacional, sería la existencia de una cultura e identidad compartida por los Estados que la forman. Este hecho facilitaría a su vez el desarrollo de una idea común basada en un Nosotros.

La idea de una sociedad internacional que comparte una serie de rasgos identitarios y normativos se ve cuestionada en parte por la repentina irrupción de un nuevo proceso y cambio político global como es el postcolonialismo. Éste pone en tela de juicio los postulados, idearios e imaginarios sociopolíticos, culturales y nacionales defendidos a ultranza por los Estados hegemónicos que hasta ese momento idean, controlan y hermetizan el complejo entramado de las relaciones internacionales. Una serie de nuevos actores políticos (las excolonias) entrarán en escena y todo el entramado diplomático mundial tendrá que ser repensado y replanteado para dar acceso a las nuevas *realidades* nacionales que reivindican su derecho a ser reconocidas como tal. Ante este hecho Wight se plantea la necesidad de una sociedad mundial que asuma y reconozca a las diversas unidades políticas, ya que sin esta tampoco sería posible la pervivencia en el tiempo de una sociedad internacional. La principal diferencia entre ambas estribaría sin embargo en palabras de Bull, en que la sociedad mundial se sustenta en unidades a nivel de los individuos, y la sociedad internacional se constituye a partir de los Estados. Buzan (1993) concluye que sociedad internacional y la sociedad mundial son dos *realidades* paralelas que necesitan la una de la otra para poder desarrollarse satisfactoriamente.

Sugeríamos anteriormente que los entes políticos que conforman el entramado de las relaciones internacionales y más concretamente la sociedad internacional, necesitan compartir una cultura e identidad que les posibilite un sentimiento de pertenencia a una determinada institución. Buzan afirma que el no compartir una cultura concreta puede conllevar un no reconocimiento que en el peor de los casos derivaría en conflictos de carácter diplomático e incluso bélico. El mutuo reconocimiento entre comunidades y entes políticos, resulta por lo tanto, imprescindible en la articulación de estructuras supranacionales orientadas a canalizar las relaciones internacionales y constituir entramados políticos como los sistemas internacionales y la sociedad internacional. Muchos de los autores

pertenecientes a la Escuela inglesa proponen un hipotético modelo internacional anárquico (Buzan, 1993: 343) como punto de partida para un desarrollo diacrónico de las relaciones intergrupales, intercomunitarias e internacionales según el momento histórico. Se incide además en el hecho de que en algún momento tras experimentar continuos contactos de diverso carácter (comercial, diplomático, bélico...), las unidades políticas sentirán el *deseo* y la necesidad de constituir un tipo de orden internacional que derive en la creación de una sociedad internacional. Esta nueva estructura sociopolítica parte de una esfera local, aunque pronto se extenderá a un contexto internacional en el cual las relaciones se organizan en los anteriormente mencionados círculos concéntricos. El hecho de compartir un mismo sistema sociopolítico y una misma cultura a la hora de relacionarse, implica que los Estados reconozcan al resto de entidades políticas de su entorno de mutuo acuerdo como iguales.

La expansión de la sociedad internacional comienza en el contexto del sistema de Estados europeo estudiado inicialmente por Heeren en 1809 en su obra "History of the Political System of Europe and Its Colonies". Richard Little (2008) afirma que Heeren ha desarrollado una serie de conocimientos de profunda relevancia que no han sido suficientemente valorados ni analizados por los integrantes de la Escuela Inglesa. En palabras de Little, Heeren se erige en un precedente incontestable para la articulación de las teorías de la Escuela inglesa y de otros muchos autores, que han acudido a su concepto de sistema de Estados para poder analizar por separado y establecer diferencias entre el mundo medieval y el mundo moderno. Por otra parte, algunos autores entre los que deberíamos destacar a Keene (2002), inciden en el hecho de que la Escuela inglesa no tiene suficientemente en cuenta la *realidad* colonial que traza en el presente la senda de las relaciones internacionales. Heeren sugiere que el sistema de Estados europeo estaba estrechamente ligado al desarrollo de un sistema colonial que se extiende a lo largo y ancho del planeta a partir del siglo XVI. Lo definió como "la unión de una serie de Estados contiguos, con una serie de características, una religión y una estructura social similares, que además están unidos por una reciprocidad de intereses"¹⁴. Los Estados que conforman esta unión de intereses no son análogos, ya que como explicábamos con anterioridad mediante la teoría de los círculos concéntricos, algunos de ellos cuentan con un rol predominante y hegemónico en la toma de decisiones. A pesar de todo, existe en palabras de Heeren, una cierta libertad interna y una estabilidad e independencia mutua entre los miembros del sistema de Estados europeo.

Al igual que Buzan (1993), Heeren advierte que es necesaria una identidad política compartida para poder estructurar sistemas internacionales como es el

¹⁴ Traducción propia. Heeren (1857: vii).

caso del sistema de Estados europeo. En el caso europeo se daba una unidad de tipo moral y religioso a pesar de estar dividida políticamente. Tanto Heeren como la Escuela Inglesa compartirán esta apreciación.

Las colonias y la economía política fueron también en palabras de Heeren elementos clave en el desarrollo del sistema político europeo, ya que se traducen en un voraz mercantilismo que asumía que la explotación de las colonias de ultramar era el único medio para desarrollar el bienestar nacional. Y es mediante este proceso colonial, que se constituyen las nuevas alianzas y se intensifican los procesos diplomáticos ante las violentas guerras que sumirán a Europa en constantes baños de sangre.

Los procesos coloniales darán con el tiempo paso a los procesos de descolonización y al postcolonialismo. Las comunidades que durante siglos fueron explotadas principalmente por las potencias europeas, se constituyen en entes políticos que exigen reconocimiento y pasan de ser meras comunidades culturales, religiosas o lingüísticas, a convertirse en comunidades nacionales que reivindican su estatus como nuevo sujeto político. Es en este contexto de surgimiento de nuevas estructuras políticas, donde el concepto *estado de facto* entra en juego. Scott Peg (1998) estudia con detenimiento el surgimiento de los Estados de facto en el seno del anteriormente analizado sistema internacional, señalando que estos son:

...entidades secesionistas que reciben un gran apoyo popular y que han logrado ofrecer una serie de servicios gubernamentales a su propia población en un determinado territorio, sobre el que mantiene un control efectivo durante un periodo de tiempo considerable¹⁵.

Como resultado directo de los procesos de descolonización, las nuevas comunidades políticas intentan adquirir el mismo status y los mismos derechos que el resto de Estados, ya que estos dan acceso al complejo entramado de las relaciones internacionales. Robert Jackson (1986, 1987) sugiere que entre estos también se encontrarían los cuasi-estados; Estados que son internacionalmente reconocidos como entes jurídicos y que poseen los mismos privilegios y derechos que cualquier otro Estado, aunque carecen de cualquier tipo de capacidad para asistir o garantizar los servicios básicos a su propia población. Los anteriormente mencionados Estados de facto resultan ser estructuras sociopolíticas antagónicas respecto a los cuasi-estados, ya que los primeros cuentan con un notable apoyo popular y son capaces de garantizar los servicios necesarios a sus respectivas poblaciones además de ostentar el control sobre un determinado territorio. No obstante, los Estados de facto se encuentran ante la tesitura de no ser

¹⁵ Traducción propia. Scott Pegg (1998: 1).

reconocidos internacionalmente y por lo tanto se considerarán entidades políticas ilegítimas a ojos de la sociedad internacional.

La sociedad internacional gestiona la existencia de los Estados de facto de diversos modos. En ocasiones se da una oposición activa incluso mediante el uso de embargos y sanciones económicas como es el caso de la zona Norte de Chipre, mientras que en otras se limitan a ignorar su existencia evitando a toda costa cualquier tipo de contacto comercial o diplomático. Finalmente se puede dar una tercera variante que se basa en una aceptación parcial del Estado de facto en cuestión.

También existen diversos modos mediante los que la sociedad internacional puede establecer relaciones con los Estados de facto. En ocasiones ciertas organizaciones humanitarias, inversores o Gobiernos de otros Estados, presionan política y diplomáticamente para que el Estado que ejerce un determinado veto lo deje a un lado y permita que se entablen relaciones con el Estado de facto en cuestión. Algunas veces también se ponen en marcha dinámicas que permitan a un determinado Estado de facto formar parte de una organización económica internacional, como podría ser el caso de Hong Kong. La última de las estrategias para entablar relaciones con Estados de facto se fundamentaría en el desarrollo de relaciones estables en los sectores tecnológico, cultural y económico, siendo uno de los mejores exponentes el caso de Taiwán.

Los Estados de facto suelen habitualmente toparse con las trabas derivadas de las leyes internacionales, ya que por lo general estos no suelen ser considerados por la sociedad internacional como entidades jurídicas reconocidas. Sin embargo, tanto el Gobierno de Los Estados Unidos de América como el Tribunal Internacional, admiten que a un determinado Estado de facto pueda otorgársele un reconocimiento legal o jurídico a pesar de no mantener con él ningún tipo de relación diplomática. Presumiblemente estas situaciones son posibles debido a que existen intereses tanto políticos como económicos por parte de los Estados que las impulsan.

Las naciones interesadas en entablar contactos de diversa índole con naciones no reconocidas o Estados de facto, han encontrado una serie de resquicios jurídicos mediante los que justificar sus acciones, como el Artículo 74 de la Convención de Viena y el Artículo 3 de la Convención de Ginebra de 1949 (Pegg, 1998: 14).

Los Estados de facto intentan a menudo incorporarse al sistema legal internacional, ya que de este modo tendrán mayores posibilidades en su intento por ser reconocidos internacionalmente. Uno de los sucesos de esta índole más

reciente, lo ha protagonizado Palestina al obtener un reconocimiento internacional como Estado Observador¹⁶ dentro de las Naciones Unidas. No obstante, a este nombramiento se han opuesto vehementemente diversos Estados miembros como era previsible con Israel a la cabeza¹⁷. Una de las primeras acciones que ha llevado a cabo la Autoridad Palestina, ha sido la de denunciar a Israel ante el Tribunal de Derechos Humanos de La Haya por cometer crímenes contra la humanidad. Palestina como Estado de facto y reconocido además como Estado observador y por lo tanto como parte interesada del entramado jurídico internacional, ha puesto de manifiesto la guerra de intereses jurídicos, económicos, sociales y políticos existentes entre muchos de los Estados que forman parte de la comunidad internacional.

Pegg (1998: 15) afirma que no existe ninguna razón aparente por la que las leyes internacionales no se puedan acomodar en el contexto de las relaciones internacionales a los Estados de facto. Sugiere también, que el actual sistema de Estados soberanos podría mutarse en un sistema de Estados que incluyese a la vez a otro tipo de entidades de carácter económico o político que optasen a una serie de derechos y responsabilidades, mientras que fueran excluidos de otros. Pegg afirma que los Estados de facto cuentan en el presente con algún tipo de existencia jurídica, por lo que no existen razones objetivas para no incorporarlos al sistema jurídico internacional.

En palabras Pegg (1998: 16) de la sociedad internacional se muestra en general conservadora ante estas situaciones, ya que lo nuevo produce temor. En este tipo de situaciones se opta habitualmente por el “diablo conocido” (el sistema existente) antes que por el “diablo desconocido” (regímenes que reivindican su independencia). Los miedos que suscitan los procesos de secesión e independencia de los Estados de facto son numerosos, y van desde la preocupación acerca de la capacidad que el nuevo Estado pueda tener para hacerse cargo de su propia población económica, política y socialmente, hasta el complicado proceso en la gestión de las minorías nacionales pertenecientes al Estado de facto en cuestión.

Una de las mayores eminencias en resolución de conflictos a nivel mundial, Johan Galtung, afirma que en el caso vasco el nuevo Estado emergente debería incluir a las tres principales *realidades* nacionales que se encuentran en el territorio (vascos, españoles y franceses), y da las siguientes recomendaciones para un hipotético proceso de independencia que acabe con el conflicto político

¹⁶ Este es el mismo estatus con el que cuenta el Vaticano.

¹⁷ La iniciativa fue presentada en la ONU por el presidente de la Autoridad Palestina, Mahmud Abbas, el 29 de noviembre del 2012 y logró el apoyo de 138 de los 193 países que forman parte de la Asamblea. Se registraron nueve votos en contra, incluidos los de Israel y Estados Unidos, y el número de abstenciones fue de 41.

entre el nacionalismo español representado por el Estado central y el nacionalismo vasco. Algunos de los aspectos que Galtung presenta como indispensables, están estrechamente relacionados con elementos identitarios, con el reconocimiento interno y externo, y por supuesto con la sociedad internacional y la vinculación a esta.

Euskadi obtendrá paulatinamente mayor reconocimiento internacional mediante:

.La obtención de un pasaporte reconocido por Francia, España, la Comunidad Europea y el resto del mundo.

.El euro será la moneda de Euskadi.

.Euskadi desarrollará con el tiempo su propia política exterior.

.Los habitantes de Euskadi contarán con una doble nacionalidad de facto.

.El proceso debería incluir a las élites políticas, económicas y a la gente en general.

Galtung (2004: 97)

En palabras de Pegg (1998) la comunidad internacional podría establecer un determinado criterio a la hora de gestionar eventuales procesos de independencia como el caso vasco, protagonizados por lo general por los diversos Estados de facto y entes políticos inmersos en procesos de construcción de su propia soberanía nacional. Sin embargo, también afirma que lograr un criterio común se antoja casi imposible debido a que la sociedad internacional jamás aceptará los procesos de secesión como legítimos¹⁸. A medida que la importancia del modelo de referencia (el canon) se extiende, también van aumentando los incentivos y los beneficios de copiarlo, y llegado un punto, este se convierte en el criterio de legitimidad internacional de referencia. Esto permite a quien controla dicho modelo (Estados y sujetos hegemónicos), establecer las bases de una organización jerárquica en el seno del sistema internacional.

Podríamos sugerir además, que paralelamente al proceso anteriormente descrito, es preciso que también se de un reconocimiento en un contexto local de los sujetos políticos en el seno de una nación, siendo un hecho este, trasladable a

¹⁸ El 6 de diciembre del 2012, el presidente de la Comisión Europea, José Manuel Durão Barroso, explicó en torno al posible proceso de secesión de Escocia, que la independencia de Escocia “no tendría un impacto neutral” y los tratados “dejarían de serle aplicados”, por lo que para estar en la UE “tendría que volver a pedir el ingreso”. El texto deja claro también que Reino Unido seguiría formando parte de la UE. En Oppenheimer, W. (6/12/2012). Una Escocia independiente saldría de la UE. *El País*. Recuperado de <http://www.elpais.com>

macro-contextos como el sistema de relaciones internacionales en el que el reconocimiento también resulta imprescindible para constituirse como nación.

Pegg finalmente sugiere en este sentido, que la sociedad internacional puede ignorar o aceptar un Estado de facto en cuestión sin comprometer en ningún momento sus propias normas o integridad territorial, preservando además en todo momento la integridad jurídica de sus Estados miembros. Es por esta razón que las naciones periféricas ubicadas en el seno de Estados miembros de pleno derecho de la sociedad internacional, se encuentran ante obstáculos casi insalvables a la hora de plantear sus aspiraciones soberanistas, y poder así lograr un reconocimiento internacional imprescindible en el mundo globalizado en el que vivimos en el presente.

2) Las dos dimensiones del nacionalismo. El caso vasco

Los movimientos nacionalistas buscan por lo general el reconocimiento de sus comunidades nacionales, bien sea ante una nación central o ante la comunidad internacional. Estos procesos constitutivos no se basan exclusivamente en parámetros políticos, sino que a menudo acuden a una serie de elementos de tipo etnosimbólico más relacionados con expresiones culturales, lingüísticas o religiosas.

El nacionalismo cuenta, según McCrone (1998), con dos dimensiones bien diferenciadas que a pesar de todo se interrelacionarían e influenciarían mutuamente. Por una parte, una dimensión horizontal sincrónica, relacionada con las condiciones materiales y políticas de la comunidad, y por otra, una dimensión vertical diacrónica, ligada a las costumbres y usos étnicos, culturales y simbólicos.

Para comprender el fenómeno del nacionalismo resulta imprescindible atender a dos dimensiones centrales (MacCrone): una vertical, relacionada con la continuidad histórica de la comunidad y sus recuerdos y elementos compartidos (lengua, pasado y símbolos comunes); y una dimensión horizontal, relacionada con las condiciones materiales concretas (económicas, sociales, políticas y culturales) de un determinado momento histórico. (Filipi, 2007: 263)

La existencia de ambas dimensiones se antoja indispensable en la articulación de todo nacionalismo, aunque las especificidades de cada movimiento nacionalista marcarán su propia estructura interna y externa, dando así pie a la creación de nacionalismos de tipo étnico, cultural, religioso o económico entre otros. En la presente tesis doctoral se defiende la idea de una doble influencia de las dimensiones horizontal y vertical en el desarrollo del nacionalismo, ya que tanto los componentes objetivos relacionados con elementos culturales y étnicos, como las condiciones materiales de cada momento, aportan su respectiva impronta al desarrollo del nacionalismo vasco.

Tradicionalmente los nacionalismos se han estudiado como movimientos vinculados por una parte, al concepto de nación francesa fundamentado en la figura del ciudadano adscrito a un Estado que otorga una serie de derechos y deberes, y por otra, a una versión nacionalista que se basa en el romanticismo alemán de Herder, que aboga por la unión de los individuos en torno a una

comunidad cultural y lingüística erigida a partir del concepto *Volk*¹⁹, y que se traduce en un *revival* del folklore nacional tradicional.

Ligada a la noción de nación francesa, algunos autores hablan del nacionalismo liberal o *voluntarista*, cuyo arduo defensor fue el filósofo y revolucionario italiano Mazzini. Este consideraba que una nación surge de la voluntad de los individuos que la componen y del compromiso que estos adquieren para convivir y ser regidos por unas instituciones comunes. Es pues la persona, quien de forma subjetiva e individual decide formar parte de una determinada unidad política a través de un compromiso o pacto. Desde ese punto de vista, cualquier colectividad será susceptible de convertirse en nación por deseo propio, bien separándose de un Estado ya existente, o bien constituyendo una nueva *realidad* mediante la libre elección. La nacionalidad de un individuo estaría por lo tanto en palabras de Mazzini, sujeta a su exclusivo *deseo*.

Una nación es la asociación de todos los hombres que, agrupados por la lengua, por ciertas condiciones geográficas o por el papel desempeñado en la historia, reconocen un mismo principio y marchan, bajo el impulso de un derecho unificado, a la conquista de un mismo objetivo definido. La patria es, ante todo, la conciencia de la patria. (Smith, 1994: 12)

Mazzini hace además hincapié en el hecho de que existe una *conciencia de patria*, que se traduciría en poseer a la vez una conciencia de ser sujeto nacional; una conciencia en definitiva de tener y pertenecer a una patria o nación. Es sin embargo necesaria para la eclosión de este tipo de sentimiento patriótico y nacional, la existencia de una serie de elementos objetivos comunes como la lengua, los símbolos (nacionales y condensados) y la cultura en general, que sean capaces de aglutinar sentimientos de pertenencia en torno a ellos.

Algunos autores entre los que podríamos nombrar a Herder y Fichte, inciden en la importancia del nacionalismo conservador u orgánico. Según estos, la nación conforma un órgano vivo que presenta unos rasgos externos hereditarios, expresados mediante una lengua, una cultura, un territorio y unas tradiciones comunes, madurados a lo largo de un extenso proceso histórico. La nación posee una existencia objetiva que estaría por encima del deseo particular de los individuos. Este tipo de razonamiento articulado en torno al nacionalismo, fue el esgrimido por la mayoría de los protagonistas de la unificación alemana. Fichte afirmó en 1808 que;

¹⁹ Término en lengua germana que significa pueblo o tierra. Fue utilizado por el Romanticismo alemán con la intención de despertar un sentimiento nacional que se encontraba latente en el seno de la comunidad cultural.

Quien había nacido dentro del ámbito de la lengua alemana era considerado ciudadano por partida doble; por una parte, era ciudadano del Estado en que había nacido, a cuya protección era encomendado; por otra, era ciudadano de toda la patria común de la nación alemana. De la misma manera que, sin lugar a duda, es cierto que, allí donde hay una lengua específica, debe existir también una nación específica con derecho a ocuparse de sus asuntos con autonomía y a gobernarse ella misma, puede a su vez decirse que un pueblo que ha dejado de gobernarse a sí mismo tiene también que renunciar a su lengua y confundirse con el vencedor a fin de que surjan la unidad y la paz interior. (Fichte, 1971: 262)

Las características de ambas concepciones del nacionalismo deberían ser consideradas paralelamente y como parte de un mismo fenómeno, ya que podríamos estar cometiendo un grave error al intentar simplificar la esencia de estas y obviar así su extrema complejidad. Por otro lado, el *deseo* de los sujetos políticos por constituirse en entes nacionales al que alude Mazzini, es irreductible e innegable en todo proceso nacional que haya de fructificar. Sin *deseo* no existiría nación alguna, ya que la ausencia de voluntad política nacional impediría los movimientos precisos para su constitución. Por otra parte, este deseo y voluntad deberían sustentarse sobre una base sólida y tangible que otorgue legitimidad y sensación de unidad al grupo en cuestión. Es en este contexto donde entrarían en juego los elementos étnicos, culturales y lingüísticos proclamados habitualmente por los diversos nacionalismos, y que se situarían en su dimensión vertical.

El nacionalismo vasco es en gran medida el resultado de una serie de procesos sociales, culturales y políticos que han precisado de un largo periodo de tiempo para adquirir la forma y significación actual. Los elementos objetivos pertenecientes a la dimensión vertical del nacionalismo vasco son extraordinarios tanto por su carácter diferencial en el seno del continente europeo, como por su remoto origen, aún sin desvelar en gran medida a pesar de los esfuerzos realizados por lingüistas, arqueólogos y antropólogos. Los arcaicos rasgos diferenciales característicos de la cultura vasca en su conjunto, han sido habitualmente utilizados por la comunidad política del País Vasco para reivindicar una identidad nacional basada en elementos de carácter etnocultural. En cierto modo el nacionalismo vasco habría utilizado una serie de argumentos próximos a los postulados románticos del nacionalismo alemán. Según éste, la nación se derivaría de la legitimidad política de su estatus como hogar del grupo étnico, y de su función de protección de la comunidad nacional y de su capacidad para posibilitar la existencia de una vida social y cultural. El nacionalismo étnico moderno estaría fuertemente influenciado por un lado por las ideas de Johann Gottfried von Herder quien promovió el concepto de *Volk*, y por otro por el filósofo Johann Gottlieb Fichte.

A pesar de que un gran número de autores asumen que las dimensiones vertical y horizontal del nacionalismo están estrechamente unidas, existen expertos como es el caso de Anthony D. Smith (2000), que señalan que los nexos entre el nacionalismo étnico y los diversos factores económicos son más sutiles o quizá no tan evidentes a simple vista.

Así hallamos movimientos nacionalistas étnicos tanto entre grupos económicamente atrasados como entre grupos de economía bien desarrollada, en situaciones de mejora económica y de declive de la economía, incluso entre grupos que se encuentran en situación de estancamiento económico. No parece existir un patrón fácilmente identificable que nos permita explicar la relación que se da entre los factores económicos y el nacionalismo étnico. Por otro lado sí contamos con evidencias claras de la posibilidad del surgimiento de sentimientos y actividades de carácter étnico al margen de otros factores, en especial de los económicos". (Smith, 2000: 127)

A pesar de que la importancia de los elementos de carácter etnosimbólico localizados en la dimensión vertical parece incuestionable, existen también una serie de condiciones materiales y políticas imprescindibles en los procesos de constitución nacional. No son pocos los autores que como Brown (2000), sugieren que el nacionalismo vasco fue el resultado de una estrategia política y sobre todo económica, ideada por una burguesía vasca tradicionalista temerosa ante la poderosa oligarquía española y los flujos migratorios que aportaron mano de obra desde España para la industria pesada del País Vasco. Las estrategias políticas contemporáneas entre las que podríamos nombrar el capitalismo, el socialismo y el foralismo, podrían entenderse en este sentido como condiciones materiales y políticas concretas que influenciarían el desarrollo de la dimensión horizontal del nacionalismo vasco de finales del siglo XIX y principios del XX. Muchos autores modernistas se centraron exclusivamente en la dimensión horizontal, para explicar el desarrollo del nacionalismo, dejando en múltiples ocasiones a un lado los componentes etnosimbólicos que posibilitan en la mayoría de los casos la activación de una identidad grupal y nacional. En esta misma línea, Igor Filibi (2007: 264) afirma que:

Las explicaciones modernistas, dominantes en la doctrina, se han centrado en la dimensión horizontal, abordando las relaciones del nacionalismo con el industrialismo (Gellner), con el capitalismo (Hobsbawm) o con la construcción del Estado (Tilly, Mann, Breuilly).

Parece obvia, pues, la existencia de una correlación entre el nacionalismo vasco y las condiciones materiales y políticas de cada momento. Resulta interesante en este sentido la apreciación que realiza Filibi sobre las interpretaciones que los autores modernistas elaboran respecto al concepto de nación desde una perspectiva un tanto hegemónica en términos políticos:

...los autores modernistas: que son, en su inmensa mayoría, hostiles al nacionalismo y que uno de sus máximos objetivos es mostrar la parte de “invención” y “construcción” de la nación que presenta. Claro que sólo se centran en este aspecto de las naciones sin Estado, siguiendo un argumento de la variedad “nosotros somos patriotas, tú eres nacionalista”. (Filipi, 2007: 264)

Es por esta razón que en el presente capítulo se hará hincapié tanto en la dimensión vertical como en la dimensión horizontal de los nacionalismos, analizando en profundidad ambas como características inherentes al nacionalismo vasco. Este último podría considerarse en parte, como el producto de la interacción de ambas dimensiones junto con la existencia una serie de procesos asociados por un lado a las retóricas políticas y al lenguaje performativo, y por otro al uso de la violencia como estrategia para la implementación de categorías dualistas sobre identidad que con el tiempo derivarán en la constitución de las identidades nacionales.

2.1) Dimensión vertical del nacionalismo vasco. *Euskal Herria*

A pesar de contar con estrechas similitudes de carácter ideológico, estructural y discursivo, los diversos movimientos nacionalistas tienen a menudo especificidades idiosincráticas que los distinguen entre sí. Son numerosos los autores, en su mayoría de corte modernista, que se refieren al nacionalismo como un fenómeno moderno que se expande por todo el planeta como resultado de procesos de mimetismo como los estudiados por Francisco Letamendia (1997). En su obra “Juego de espejos”, éste hace alusión a los conflictos nacionales centro-periferia que son el resultado de una lógica dualista mediante la que las naciones periféricas buscan obtener las mismas estructuras y condiciones sociales, económicas y políticas que las naciones centrales. Parece necesario atribuir a los elementos objetivos o etno-simbólicos un relativo protagonismo en el seno de estos procesos constitutivos, ya que estos permiten en gran medida que se produzca la activación de ciertos procesos políticos relacionados con el nacionalismo.

La nación no es sólo un fenómeno moderno, derivado de la Revolución francesa, sino que existe alguna medida de continuidad nacional entre formaciones sociales anteriores (ethnies) y posteriores a la Revolución (naciones). (Filipi, 2007: 265)

Los elementos étnicos que aportan a la cultura vasca su carácter diferencial respecto a las naciones colindantes, son habitualmente presentados como rasgos identitarios y etno-simbólicos propios que justifican por sí mismos la existencia de una nación vasca soberana. El euskera, la única lengua pre-indoeuropea en el continente europeo junto con el húngaro y el finés, se ha convertido en uno de los baluartes nacionales de los vascos. Este da a su vez nombre a la nación vasca, *Euskadi* o *Euskal Herria*²⁰ y a su gentilicio, *euskaldun*. Existen también otra serie de rasgos culturales distintivos como la arquitectura, la gastronomía, la mitología o el deporte que dan fe de esa especificidad identitaria de los vascos respecto al resto de culturas y naciones vecinas.

²⁰ El término *Euskal Herria* contiene una serie de matices que refuerzan la idea de la nación vasca. Son múltiples los debates acerca de las diferencias entre los términos *Euskadi* y *Euskal Herria*. El término *Euskadi* fue acuñado por el fundador del nacionalismo vasco, Sabino Arana, con la intención de otorgar un nombre a la entidad política vasca con aspiraciones nacionales de finales del siglo XIX. Hoy en día el término *Euskadi* se utiliza por lo general para denominar a la Comunidad Autónoma Vasca que comprende tres territorios: Bizkaia, Gipuzkoa y Araba. El término *Euskal Herria* sin embargo, engloba los siete territorios considerados por los nacionalistas vascos como parte de la nación vasca, que serían además de los tres anteriormente mencionados, Lapurdi, Behe Nafarroa, Zuberoa y Nafarroa.

Como comentábamos en líneas precedentes, *Euzkadi*²¹ como ente político fue concebido por Sabino Arana, quien también fundó el EAJ-PNV²². Sin embargo, la comunidad vasca como ente cultural, lingüístico y en menor medida político, se remonta a tiempos en los que la estructuración nacional del presente, incluso la de los imperios y reinos medievales previos, no contarían con la vigencia e importancia actual. Anthony Smith (1998) afirma que para comprender la creación y expansión de las actuales naciones es necesario hacerlo de un modo diacrónico y,

Abordarlas a lo largo de amplios periodos de tiempo (*la longue durée*) y no atar su existencia a un periodo particular de la Historia o a los procesos de modernización. Ha de abordarse una investigación histórica que puede desmitificar una serie de ficciones tanto como reforzar los recuerdos compartidos y aspiraciones de los miembros de la nación, su *etnohistoria*, aportando evidencia documental de sucesos y personajes reverenciados por la comunidad. Al mismo tiempo, puede revelar los procesos de larga duración en que se insertan el auge de las naciones y a difusión del nacionalismo. (Smith, 1999: 10)

Estibaliz Ortiz de Urbina (2005) sugiere que el pueblo vasco no sufrió hasta la constitución de la Corona de Castilla, ni grandes conquistas ni una marcada influencia cultural exterior. Los diversos califatos árabes que gobernaron la Península ibérica hasta la reconquista llevada a cabo por los Reyes Católicos a finales del siglo XV, nunca alcanzaron tierras vascas. Siglos antes, uno de los mayores imperios de la Historia, Roma, tampoco contaría con la influencia que tuvo en otros puntos geográficos del imperio. El País Vasco se divide en cuanto a su orografía en dos partes; *Ager Vasconum* y *Saltus Vasconum*. *Ager Vasconum* o la zona no montañosa que comprende a los territorios en los que se hablaba *euskara* y la cultura vasca era la predominante, se extiende a lo largo y ancho de los territorios que hoy en día conocemos por el nombre de Araba y Navarra. En estas regiones la influencia del Imperio romano fue mayor y así lo atestiguan los vestigios históricos y restos arqueológicos. Sin ir más lejos, el nombre de la actual capital de Navarra, Pamplona, proviene del nombre latín *Pompaelo*. Existe también un importante número de yacimientos arqueológicos como el del poblado de La Hoya (Laguardia, Araba) que dan fe de la notable colonización romana que existió en un periodo protohistórico vasco.

La otra de las zonas del País Vasco, *Saltus Vasconum*, se sitúa a lo largo y ancho de un territorio casi infranqueable debido a las pronunciadas y elevadas

²¹ A pesar de que hoy en día la grafía ha cambiado a Euskadi, originariamente se escribía Euzkadi.

²² Las siglas se traducen en Eusko Alderdi Jeltzalea o Partido Nacionalista Vasco. Este partido político ha liderado el Gobierno Vasco prácticamente desde su creación en 1895.

cumbres del sistema montañoso que divide ambas zonas. El impacto de la cultura romana en esta zona fue mínimo y en la mayoría de los lugares ni siquiera se dio.

Existen una serie de autores greco-latinos entre los que podríamos destacar a Estrabón, que dejaron constancia mediante diversos escritos de la cultura vasca de la época. Esta podría en parte entenderse como un tipo de protocultura que establecería las bases para posteriores estructuras sociopolíticas y culturales. Este famoso explorador romano junto con otros autores entre los que deberíamos destacar a los geógrafos Pomponio Mela y Ptolomeo, el naturista Plinio el Viejo y los historiadores Tito Livio y Lucio Anneo Floro, permitieron delimitar a las tribus predecesoras de los vascos, conocidas como autrigones, caristios, várdulos y berones, así como constatar cual fue la influencia que estos recibieron tras los continuos contactos con los romanos.

Existía una alianza que estos grupos de población establecen en torno a las clientelas pompeyanas; al hecho de que sus territorios fueran conocidos y atravesados por las legiones romanas; y respecto a la fundación de la primera colonia romana en el valle del Ebro: colonia Victrix Iulia Lepida (Velilla del Ebro, Zaragoza). (Ortiz de Urbina, 2005: 63)

Sin embargo, Caristios y várdulos no son mencionados durante el desarrollo de las guerras civiles, ni en el posterior enfrentamiento de Roma contra cántabros y astures (29-19 a.C.) con el que concluye el proceso de conquista romano en Hispania.

Ortiz de Urbina (2005) afirma que las recientes evidencias arqueológicas en la provincia de Álava permiten considerar la presencia de unidades militares romanas en su territorio en momentos previos a este período del proceso de conquista y posteriormente, en época flavia. La impedimenta legionaria y los testimonios monetales hallados en la intervención arqueológica en el cerro de Andagoste (Jócano, Cuartango), se ha puesto en relación con la existencia de un campamento romano ocupado breve tiempo, posiblemente debido a un combate, durante las décadas de los años 40 al 30 a.C. Este frente de batalla se establece como una referencia precisa para situar el momento en que las legiones romanas penetran en los territorios montañosos y costeros que separan a cántabros y vascones. Esta penetración pudo significar la ocupación de la región septentrional de Araba y de las áreas costeras de Guipúzcoa y Bizkaia, una vez que la Llanada Alavesa y el área burgalesa de la ribera del Ebro habían sido conquistadas por Roma con anterioridad, a partir del desarrollo de las guerras sertorianas, de la conquista de Aquitania (56 a.C.) y previamente al inicio del enfrentamiento contra cántabros y astures.

En el caso vasco es evidente que el latín, lengua oficial del imperio romano, no marginó a la lengua autóctona como sucedió en la mayoría de las colonias romanas. El euskera ha continuado siendo la lengua materna de los vascos durante siglos y ha sido capaz de sobrevivir a periodos de contacto lingüístico y cultural como el representado por el latín. Éste también ha logrado resistir ante los duros ataques protagonizados por diversos regímenes entre los que deberíamos destacar al Franquismo.

Es por esta razón que la lengua vasca se ha convertido en uno de los elementos culturales centrales de los vascos. Se trata en definitiva de un símbolo condensado de la cultura vasca y de su resistencia ante los ataques externos sufridos durante siglos. Los vasco-parlantes se denominan así mismos *euskaldunes*, un término compuesto, que se divide en *euskara* y *-duna*. La primera de las palabras hace referencia a la propia lengua vasca, la segunda, “duna”, es una posposición que significa literalmente *el que posee*.

Mediante la exposición de ejemplos este hecho resulta más obvio:

- *Fededuna*: *Fede* (fé) + *-duna* = persona creyente o que tiene fe.
- *Txapelduna*: *Txapela* (un tipo de gorra vasca) + *-duna* = persona que lleva puesta una *txapela*²³.
- *Euskaldun*: *Euskara* + *-duna* = persona que habla euskera (que lo posee).

El nexa existente para los vascos entre lengua e identidad es evidente, ya que según esta máxima lo que hace vasco a un vasco es el euskera. También es cierto que esta apreciación puede ser en ocasiones controvertida y confusa, ya que muchas personas que no son capaces de hablar euskera se consideran vascos y *abertzales*, mientras que existen sujetos nativos en euskera que se consideran exclusivamente españoles.

El euskera es un elemento aglutinador de la cultura vasca que se ha convertido con el paso del tiempo en un símbolo capaz de condensar valores y tradiciones. Prácticamente toda manifestación nacional parte de la lengua y al igual que en la mayoría de los nacionalismos de corte étnico (y de otros tipos

²³ Para los vascos llevar una *txapela* es a menudo señal de victoria en algún tipo de actividad deportiva o lúdica. La palabra *txapeldun* se utiliza para denominar al ganador de alguna competición. Los jugadores de *eskupilota* o pelota mano y los *bertsolaris* por ejemplo, cuentan sus victorias en las grandes finales por *txapelas*.

también), el idioma nacional se ha convertido en el epicentro de las expresiones nacionalistas.

En la presente tesis doctoral se defiende, entre otras, la idea de que los nacionalismos se originan en gran medida gracias a la existencia de dos dimensiones (la vertical y la horizontal) que a pesar de ser diferentes resultan totalmente complementarias. En un momento histórico concreto, los elementos de carácter etnosimbólico se fusionan con las condiciones materiales contemporáneas para dar lugar al nacimiento del nacionalismo vasco. Existieron presumiblemente a finales del siglo XIX, una serie de condiciones materiales y etnosimbólicas como la lengua, la violencia, la religión, la economía o el *deseo* de ser sujeto político, que propiciaron el surgimiento de este movimiento.

Todo nacionalismo necesita una serie de elementos objetivos de carácter etnosimbólico que los diferencien del resto. También son necesarios en este sentido los símbolos condensados nacionales que ensalcen la propia comunidad nacional ante el resto de naciones.

La bandera nacional, un poderoso *símbolo condensado*²⁴, ejemplifica claramente la necesidad de las naciones por crear símbolos performativos que les diferencien del resto (no existen dos banderas nacionales iguales). La diferencia se encuentra en la base de la identidad tanto cultural como política, y las naciones buscan en todo momento crear lenguajes culturales diferenciados del resto para poder así establecer una serie de bases objetivas mediante las cuales fundamentar la existencia y exaltación de su propia comunidad. Los elementos etnosimbólicos objetivos permiten establecer los límites de una comunidad respecto al resto. Estos elementos objetivos anteriores a las concepciones modernas de nación, serían en gran medida los responsables de la estructuración cognitiva y simbólica de ciertas estructuras sociopolíticas.

El filósofo francés y colaborador de Durkheim, Lévy Bruhl (2003), planteaba una dicotomía entre sociedad tradicional y sociedad moderna. Éste afirmaba que en las sociedades primitivas los individuos no captaban el mundo como en las sociedades modernas, ya que la racionalidad y los sistemas cognitivos actuales estaban ausentes. El pensamiento primitivo no se orientaba hacia la objetividad de las cosas, sino al *misterio*. Las categorías clasificadoras y cognitivas de los primitivos por lo tanto, serían diferentes a las nuestras. Entre sus conclusiones

²⁴ Desde la Antropología Social y Cultural se afirma que existen una serie de símbolos que se denominan condensados, mucho más poderosos que los símbolos referenciales. Los símbolos *condensados* pueden expresar cosmovisiones y sentimientos de un modo altamente performativo y suelen ser parte imprescindible de las estructuras y estrategias políticas e identitarias nacionales.

más importantes destaca la que señala que los primitivos tienen un pensamiento místico, y por lo tanto el proceso por el que perciben la *realidad* no es la elaboración de conceptos (percepción-diferenciación-clasificación), sino que la naturaleza sería una homogeneidad en la que todo participaría de todo. No habría ley de contradicción y por lo tanto tampoco habría identidad (no hay diferenciación sujeto-objeto, que es la base de nuestro pensamiento).

Leví Strauss, máximo exponente del estructuralismo antropológico, concebía las sociedades humanas y su estructuración interna como altamente dualistas, por lo que fue muy crítico con los postulados de Bruhl. Lévi Strauss (1966) afirma que el pensamiento primitivo es igual que el actual, y que éste responde a la misma lógica clasificatoria. La mente establece discontinuidades en la continuidad de la *realidad* mediante contrastes y relaciones (metáfora-metonymia). Edmund Leach (1976) también defendía que al percibir dividimos en segmentos el continuo *real*, esto es, lo dividimos en cortes, secuencias y conjuntos. Por lo tanto, el proceso clasificatorio humano se basa en crear oposiciones y continuos. Este tipo de funcionamiento clasificatorio humano es fácil de encontrar en la vida diaria. La simbología de los colores y el lenguaje del tráfico vial (rojo significa peligro, amarillo precaución y verde seguridad) es tan solo una de las múltiples situaciones donde este proceso clasificatorio resulta evidente. En palabras de Lévi Strauss (1972), los códigos culturales copian a los naturales mediante las herramientas de la metáfora (semejanza) y la metonymia (contigüidad), que es equivalente a paradigma y sintagma. Edward Sapir (1921), un famoso antropólogo-lingüista, fue probablemente el primero en concebir la mente clasificatoria humana de este modo tan relacionado con el estructuralismo, hecho que después influyó en autores tan relevantes como Noam Chomsky.

Los elementos objetivos encuadrados en la dimensión vertical del nacionalismo, son los que posibilitan en gran medida el surgimiento del sentimiento de comunidad que se encuentran en la base de los movimientos nacionalistas. Tanto el nacionalismo alemán como el nacionalismo vasco, por poner dos ejemplos, surgen de una serie de movimientos románticos que exaltan los elementos objetivos diferenciadores de sus respectivas culturas como son la lengua y el folklore. Es necesario que los elementos etnosimbólicos seleccionados para la reivindicación de la comunidad nacional contengan un carácter original, diferenciado y único que posibilite la distinción respecto al resto de comunidades culturales y naciones. En ese proceso se constituyen y *performativizan* nuevos símbolos nacionales que remarcan la singularidad e independencia de la comunidad nacional en cuestión. Las banderas, los himnos o los ejércitos nacionales entre otros, serían el producto directo de estas estrategias constitutivas. Los diversos movimientos nacionalistas aluden constantemente a este tipo de elementos objetivos para fundamentar su ideología política, ya que son efectivos aglutinadores y condensadores de valores y cosmologías nacionales.

Cualquier tipo de ataque interno o externo en contra de estos, puede derivar en revueltas o conflictos tanto internos como internacionales. Los líderes políticos tratan constantemente de gestionar su poder *performativo* para reforzar sus propios fines políticos, que se traducen en un encumbramiento de la nación como *sinécdoque*²⁵ de la vida social, cultural y política.

Analizaremos a continuación algunos de los elementos etnosimbólicos localizados en la dimensión vertical del nacionalismo vasco, que posibilitaron en gran medida la articulación de un movimiento nacional vasco a finales del siglo XIX.

2.1.1) La **lengua** es uno de los elementos de mayor relevancia en los procesos constitutivos nacionales. Existen multitud de ejemplos de comunidades lingüísticas que han decidido tomar el camino de la construcción nacional por diversos motivos. El caso de Quebec en Canadá, una región francófona en el seno de un país anglófono, es un referente a nivel internacional debido a que en las últimas décadas han ejercido en diversas ocasiones su derecho a convocar un referéndum de independencia. Uno de los principales argumentos esgrimidos por la comunidad quebequense, es la existencia de una lengua nacional diferente a la de la nación central. En este sentido, diversos tribunales quebequenses y canadienses han dictado múltiples sentencias que aluden a la lengua como elemento de conflicto. La disyuntiva inglés-francés se ha erigido por lo tanto en uno de los ejes centrales en la articulación de retóricas nacionalistas en Quebec.

El caso vasco también evidencia la importancia que el lenguaje tiene a la hora de construir una nación. Mencionábamos previamente que *Euskaldun* es como muchos de los vascos nacionalistas se denominan a sí mismos, palabra que significa literalmente el que habla o posee el euskera. Los nacionalistas vascos también se denominan a sí mismos *abertzales*, palabra que en euskera significa nacionalista o amante de la nación vasca. Las palabras tienen la capacidad de describir *realidades* sociales, culturales y políticas, y las anteriormente mencionadas *euskaldun* y *abertzale*, cuentan con un componente performativo (Austin, 1962; Bourdieu, 1972) que las refuerza como símbolos condensados.

Ashcroft, Griffiths y Tiffin (2006) señalan por otro lado, que el lenguaje se erige en uno de los elementos más importantes a la hora de articular estrategias defensivas ante las potencias colonizadoras. La imposición de un determinado idioma por parte de los imperios colonizadores y la exclusión de las lenguas nativas, ha sido una práctica muy extendida durante los procesos de colonización.

²⁵ Aludimos a esta figura literaria que se utiliza para representar a *la parte por el todo*, ya que en el contexto de nuestra cita, la nación condensa en cierto modo los ámbitos político, social y cultural que se manifiestan en la vida cotidiana de la comunidad.

Estos autores afirman que la instauración de una serie de lenguas estandarizadas por parte de las metrópolis, responde claramente a una efectiva estrategia de control cultural. La lengua ofrece los términos con los que se clasifica la *realidad* y además instaaura un sistema de valores determinado en el seno de la sociedad. Mediante este sistema impuesto se fundamentan los discursos sociales, económicos y políticos. Estos autores también afirman que mediante el uso de una determinada lengua se pueden nombrar las cosas y consecuentemente tomar el poder sobre ellas. Es en este contexto donde se percibe con claridad el *deseo* de las naciones de instaurar un único idioma nacional entre sus ciudadanos, excluyéndose el resto de lenguas nativas. El caso francés es uno de los que mejor ilustra la *realidad* lingüística anteriormente citada. La mayoría de las lenguas minoritarias en territorio francés han desaparecido o están sufriendo un grave retroceso debido a las políticas lingüísticas llevadas a cabo por el Gobierno central galo. Éste también ha sido el caso del euskera en la zona de *Iparralde*²⁶, aunque en las últimas décadas ha vivido un moderado auge en el número de hablantes gracias a los esfuerzos realizados por la comunidad vascófona.

La lengua es un elemento básico en el desarrollo de las identidades nacionales y se ha convertido consecuentemente en una herramienta de homogeneización cultural y de imposición en muchos casos. El dominio de una lengua nacional es por ejemplo, requisito indispensable en los procesos de naturalización en la mayoría de los países. Por lo general tan solo un idioma suele considerarse como idioma oficial de una nación. Éste suele enseñarse en las escuelas públicas que se encuentran bajo el control del Estado. La lengua se torna en este sentido, en uno de los elementos fundamentales en cualquier proceso de construcción nacional. En los contextos de colonización, homogeneización y asimilación cultural, la lengua se ha convertido en una efectiva herramienta de control político y cultural, y así lo denuncian no pocos autores encuadrados dentro de los estudios postcoloniales como Tiffin. Sin embargo, Ashcroft, Griffiths y Tiffin (2006: 261) también afirman que existen múltiples estrategias de resistencia ante las imposiciones lingüísticas de las naciones colonizadoras. Entre ellas podríamos destacar el rechazo y la subversión. Ashcroft (2006) señala que la lengua es un elemento básico del capital cultural de cualquier nación y por consiguiente esta será defendida hasta límites insospechados por sus habitantes.

Centrándonos de nuevo en el caso vasco, observamos que la lengua se encuentra en el epicentro de la activación del nacionalismo. A pesar de existir un sentimiento de comunidad política anterior a la constitución del nacionalismo vasco que se visibiliza mayormente tras la derogación de los Fueros, tomaremos

²⁶ Territorio que reúne a las tres provincias vasco-francesas situadas en el Suroeste del Estado Francés. En esta área se encuentran *Lapurdi*, *Zuberoa* y *Behe Nafarroa*.

como punto de partida algunos de los postulados ideológicos y políticos de Sabino Arana, el fundador de este movimiento.

Sabino Arana tomó el territorio histórico de Bizkaia como punto de partida para activar su dialéctica nacionalista, aunque posteriormente asumió que Euskadi debería comprender los siete territorios en los que el euskera era la lengua nacional: *Bizkaia, Gipuzkoa, Araba, Lapurdi, Zuberoa, Behe Nafarroa y Nafarroa*.

El nacionalismo aspira, como es sabido, a la independencia absoluta del pueblo vasco, restaurándose éste conforme a lo esencial de su tradición religiosa política, y constituyendo a la parte de acá del Pirineo y el Bidasoa, la Confederación de todos los antiguos Estados de la raza. Sabido es que son seis: Laburdi y Zuberoa, al norte del Bidasoa y el Pirineo; Vizcaya, Guipúzcoa y Álava al Sur, Navarra a un lado y otro de dicha línea. (Arana, 1965)

Al igual que hizo Arana, los movimientos nacionalistas de todo el mundo recurrieron a los elementos lingüísticos y culturales para articular mensajes y dialécticas dualistas basadas en el esquema *Nosotros vs. Ellos*, con el fin de construir una comunidad política a partir de las diferencias respecto al resto de culturas. La lengua constituía en palabras de Sabino Arana el rasgo diferencial de la *raza vasca*.

La diferencia del lenguaje es el gran medio de preservarnos del contacto de los españoles y evitar el cruzamiento de las dos razas. Si nuestros invasores aprendieran el euskera, tendríamos que abandonar éste, archivando cuidadosamente su gramática y su diccionario, y dedicándonos a hablar el ruso, el noruego o cualquier otro idioma desconocido para ellos. (Arana, 1965)

La dialéctica nacionalista de Sabino Arana se orientó a la creación de una comunidad política y cultural vasca en contraposición a la española. Para lograr sus objetivos se basó fundamentalmente en la singularidad que otorgaba a los vascos su lengua *pura* y única, ante el enemigo español o *maketo*²⁷ al que consideraba inferior.

Con que, ¿es anti-español el Euzkera? Es la primera vez que lo oímos de labios maketos. ¡Ya lo sabéis, euzkaldunes, para amar el Euzkera tenéis que odiar a España! Así lo pensábamos nosotros; pero ahora es un español el que lo dice...y del enemigo el consejo. (Arana, 1965)

²⁷ Maketo era el término mediante el que se definía a los inmigrantes españoles que acudían a Euskadi a trabajar, y cuya característica principal era el total desconocimiento del euskera. Este concepto que cuenta con evidentes connotaciones políticas culturales, es aun usado por una pequeña parte de la población localizada por lo general en zonas rurales.

El nacionalismo vasco fue duramente perseguido e ilegalizado tras la victoria de las tropas franquistas en la guerra civil española que finalizó en 1939. Durante el periodo de la dictadura franquista que finalizó en 1975 con la muerte del dictador, el euskera fue prohibido bajo pena de prisión e incluso de muerte. Durante este periodo la lengua de los vascos sufrió un grave retroceso, marginándose su uso a un contexto privado lejos de la esfera pública. Sin embargo, y como señalan Ashcroft, Griffiths y Tiffin (2006), existen múltiples estrategias de resistencia ante las imposiciones lingüísticas entre las que deberíamos destacar el rechazo y la subversión. Fueron muchos los autores que escribieron en euskera durante la prohibición, e incluso se crearon escuelas clandestinas, las *ikastolas*, para la enseñanza de la lengua vasca. La organización armada ETA, fundada en 1958 por una serie de miembros que fueron expulsados de las juventudes del Partido Nacionalista Vasco (EAJ-PNV), se constituyó inicialmente como un movimiento cultural en defensa del euskera y de la cultura vasca. Con el tiempo sin embargo, se optó por una estrategia de resistencia armada en contra del Gobierno franquista.

Tras el periodo franquista y con la legalización de los partidos políticos nacionalistas, resurge el ansia por recuperar la lengua de los vascos y florecen las *ikastolas*²⁸ a lo largo y ancho de la geografía vasca gracias al esfuerzo de los padres que buscan una educación íntegramente en euskera para sus hijos. En 1982 fue creada la radio televisión vasca. EITB se fundó con el objetivo de difundir el euskera y la cultura vasca a todos los hogares de Euskadi. Los partidos nacionalistas que contaban con la mayoría política en el País Vasco, se encargaron de activar todos los recursos disponibles para la recuperación de la lengua. En un comienzo, los nexos existentes entre el movimiento nacionalista vasco y el euskera eran evidentes, sin embargo, con el tiempo la sociedad vasca en general ha tendido a un sistema de bilingüismo e incluso al actual trilingüismo (euskera, castellano e inglés). El sistema educativo vasco está dividido en tres modelos que se caracterizan por un uso desigual del euskera. En el modelo A el euskera es estudiado como una asignatura más. El modelo B combina ambas lenguas de un modo más equilibrado. En el modelo D sin embargo, prima el uso del euskera y éste se establece como lengua vehicular para el aprendizaje. Hoy en día la mayoría de los alumnos optan por el modelo educativo íntegramente en euskera, esto es, el modelo D.

En la tabla que presentamos a continuación se recogen los datos estadísticos que muestran el porcentaje de alumnos matriculados en cada uno de los modelos educativos en el año 2014 (Recuperado de <http://www.eustat.eus>).

²⁸ Centros privados, normalmente cooperativas creadas por las asociaciones de padres, donde la lengua vehicular para la docencia de las asignaturas troncales es el euskera.

Curso académico 2011/2012

	Modelo A	Modelo B	Modelo D
Educación infantil	3,9%	22,1%	73,6%
Educación primaria	7%	27%	65,3%
Educación secundaria	14%	27,6%	57,7%
Bachillerato	44%	1,6%	53,7%
Total	11,1%	23,3%	65%

La *realidad* lingüística actual en Euskadi, es en gran medida el resultado de un largo proceso político que nace con Sabino Arana y el nacionalismo vasco, pasando por la represión sufrida durante la época franquista, y que se afianza en las casi cuatro décadas post-franquistas. En este sentido, existen en el País Vasco identidades lingüísticas altamente enfrentadas que no siempre se corresponden a los modelos y explicaciones convencionales. El panorama sociolingüístico vasco ha sido a menudo constituido en términos políticos, a pesar de que existen excepciones como la de euskaldunes (refiriéndonos a los vasco-parlantes) que se consideran así mismos españoles y no vascos, la de nacionalistas vascos que no saben hablar en euskera y la de ciudadanos que bien sabiendo o no hablar en euskera, no aluden a una identidad nacional determinada o lo hacen a ambas. Este gran amalgama de sujetos lingüísticos y de tendencias políticas divergentes, complica aun más si cabe, la ya de por sí complicada esfera sociopolítica vasca.

Durante siglos, pero particularmente durante los procesos dictatoriales españoles, el euskera ha sido a menudo víctima de los usos diglósicos que condenaban a la lengua ancestral de los vascos a la esfera privada, mientras que el castellano o el latín eran considerados como lenguas vehiculares en la arena de lo público. Gracias al resurgimiento experimentado sobre todo a partir del final de la dictadura franquista, el euskera pudo recuperarse lentamente del retroceso que supuso su ilegalización y persecución, hasta lograr ser hoy en día la lengua vehicular escolar elegida por la mayoría de los padres vascos para la educación de sus hijos.

El hecho de que muchos nacionalistas vascos de las áreas rurales optasen en tiempos pretéritos y especialmente durante la época franquista, por la utilización del castellano como lengua vehicular para su vida pública, denota la existencia de factores políticos y sociolingüísticos que afianzaron el uso diglósico de la lengua autóctona. La manifiesta hegemonía y la subalternidad existente en el seno de la

sociedad vasca, se materializó en el uso de la lengua que con el tiempo supuso un duro golpe para el euskera, viéndose esta prácticamente abocado a un uso simbólico.

La actitud respecto al euskera de los partidos políticos durante la transición de los años 70 y hasta nuestros días ha sido bien distinta. Las actitudes y posturas han sido profundamente dispares, ya que mientras algunos han tomado la lengua como símbolo político e identitario, otros se han esforzado en denostar su relevancia cultural tachándola de lengua secundaria y arcaica, e incluso en ocasiones ligando esta al uso de la violencia.

2.1.2) En antropología el concepto cultura se refiere a un *todo* sociocultural. La **cultura** es lo que diferencia a los animales de los seres humanos y es por lo tanto una categoría aplicable a cualquier elemento producido socialmente. Paul Bohannan (1992: 13) recuerda las palabras de Tylor (1871), quien señala que se trata de, “el todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la ley, la moral, las costumbres y cualquier otra capacidad adquirida por el hombre como miembro de una sociedad”.

Éste propone las siguientes características para definir que es la cultura:

- . Toda actividad humana es cultural y aprendida.
- . La cultura es el medio de nuestra individualidad y nuestra personalidad.
- . La cultura es el medio de las relaciones sociales humanas.
- . La cultura puede ser considerada como una serie de símbolos.
- . Sólo parte de nuestra cultura es consciente.
- . La cultura debe estar a la vez en la mente y en el entorno.

La cultura estaría compuesta por herramientas, símbolos y valores. Bohannan (1992) señala que estos tres aspectos de la cultura humana pueden contar con una serie de rasgos diferenciales que distingan a las diversas comunidades entre sí. Sin embargo, analizándolas detenidamente veremos que la mayoría de las estructuras, características y funciones, aunque con diversos matices, son prácticamente las mismas. Las herramientas son todos aquellos elementos que el hombre ha producido y produce con la finalidad de subsistir y mejorar la calidad de vida tanto del individuo como del grupo. Los valores y los símbolos son categorías que pertenecen al mundo de los sentimientos y que permiten a una determinada sociedad o nación mantenerse unida. Desde una perspectiva *durkheimiana* podríamos considerar que los valores compartidos por

los miembros de una misma comunidad conforman el *pegamento social* que los une.

La cultura es uno de los elementos que deberíamos destacar dentro de la dimensión vertical de los nacionalismos. Esta es específica de cada sociedad, y las herramientas, valores y símbolos que la componen adoptan las formas y expresiones particulares del contexto en que se encuentran. Las características culturales plasman en última instancia, la singularidad y especificidad de cada nación. La cultura nacional es percibida por los componentes de una determinada comunidad como *cuasi-sagrada*, y esta establece a menudo las posibles alianzas internas y externas. Parece lógico pensar que existan nexos diplomáticos más fluidos entre naciones que compartan una serie de rasgos culturales, a pesar de ser entes políticos independientes entre sí. La *Commonwealth* o las alianzas del Estado español con los países de Latinoamérica, son buenos ejemplos de este extremo. De este modo se posibilita por ejemplo, la existencia de una serie de flujos migratorios y culturales transnacionales que derivan a menudo en la constitución de asociaciones diaspóricas, que no son sino extensiones de la nación en el extranjero.

El concepto cultura en un sentido genérico resulta sumamente extenso y normalmente se tiende a utilizar el plural *culturas* para referirse a cada una de las expresiones culturales e identitarias de cada nación, grupo o comunidad. En un mismo Estado nacional pueden coexistir simultáneamente varias culturas nacionales, pero se tiende a ensalzar y defender una sola. Normalmente cuando se habla de rasgos culturales distintivos, se acude a elementos relacionados con la tradición, los rituales, la música o el folclore en general. Estos representarían en última instancia la singularidad de una nación. Todas las naciones construyen, rescatan o moldean de un modo u otro este tipo de elementos para plasmar la antigüedad, tradición e historia que justifique su existencia y subsistencia en el tiempo. Los elementos vinculados al folclore nacional cuentan con un poderoso valor performativo que hace que los miembros de una nación los respeten, valoren y representen. En contextos donde los conflictos nacionales y políticos son manifiestos, los elementos culturales pueden trasladarse de la esfera privada a la esfera pública, dándose confrontaciones de carácter simbólico-ritual.

Las confrontaciones en el terreno de la cultura son muy comunes entre nacionalismos enfrentados. El Estado español aprobó en 1981 la ley de símbolos mediante la cual, entre otras cuestiones, se obligaba a que todos los ayuntamientos y edificios públicos mostrasen la bandera española, a pesar de la férrea oposición de municipios e instituciones donde la opinión pública y política mayoritaria era contraria a esta medida. El Estado español ha logrado instaurar de esta manera una serie de símbolos no aceptados por la mayoría de la población local mediante el poder judicial e incluso mediante la fuerza policial. La ley de

símbolos española muestra una tendencia generalizada entre las naciones hegemónicas que buscan implantar sus símbolos nacionales en el seno de las naciones periféricas.

La Ley 39/1981, de 28 de octubre o ley de símbolos como es comúnmente conocida, recoge los siguientes artículos y puntos mediante los que se establece que el símbolo nacional por antonomasia, la bandera nacional, debe estar presente en las instituciones públicas autonómicas con predominancia sobre los símbolos nacionales locales:

Artículo tercero

Uno. La bandera de España deberá ondear en el exterior y ocupar el lugar preferente en el interior de todos los edificios y establecimientos de la Administración central, institucional, autonómica, provincial o insular y municipal del Estado.

Artículo cuarto

En las Comunidades Autónomas, cuyos Estatutos reconozcan una bandera propia, ésta se utilizará juntamente con la bandera de España en todos los edificios públicos civiles del ámbito territorial de aquélla, en los términos de lo dispuesto en el artículo sexto de la presente ley.

Artículo quinto

Cuando los Ayuntamientos y Diputaciones o cualesquiera otras Corporaciones públicas utilicen sus propias banderas, lo harán junto a la bandera de España en los términos de lo establecido en el artículo siguiente.

Artículo sexto

Uno. Cuando se utilice la bandera de España ocupará siempre lugar destacado, visible y de honor.

Dos. Si junto a ella se utilizan otras banderas, la bandera de España ocupará lugar preeminente y de máximo honor y las restantes no podrán tener mayor tamaño.²⁹

Habitualmente cuando se habla de rasgos culturales distintivos, se tiende a nombrar elementos relacionados con el folklore de una nación o comunidad etnocultural. A menudo se acude al concepto *folk*³⁰ para explicar el surgimiento de una serie de movimientos nacionalistas. Tanto el romanticismo inglés como el

²⁹ BOE. (1981). Ley 39/1981, de 28 de octubre (núm. 271). Recuperado de <http://www.boe.es>

³⁰ El término inglés *folklore* fue acuñado en 1846 por el arqueólogo británico William John Thomson, quien deseaba crear una palabra para denominar lo que hasta entonces se definía como *antigüedades populares*.

alemán, buscaban crear un sentimiento de unidad en el seno de sus sociedades mediante la defensa y exaltación de una serie de características etnoculturales. Herder mantuvo que cada pueblo posee su *genio* único y singular, que aparece como fundamento por excelencia del renacimiento cultural que debía permitir reunificar a los pueblos germánicos. El folklore reúne elementos tan variados como los cuentos, la música, los bailes, las leyendas, la historia oral, las supersticiones, las costumbres, la artesanía y otros muchos componentes asociados a la cultura popular. Algunos de estos elementos fueron rescatados y utilizados para reactivar el movimiento nacionalista vasco todavía en época franquista, aludiendo a su carácter único y diferencial. Tras la muerte de Franco y con la legalización de muchas de las expresiones nacionalistas en Euskadi, se da un resurgimiento de la cultura vasca mayormente en el ámbito lingüístico, pero también en campos como la danza, el teatro, el cine, la música, la gastronomía o la artesanía.

A menudo se ha incidido en la existencia de un protonacionalismo vasco anterior al movimiento nacionalista vasco fundado por Sabino Arana. Este sentimiento protonacional primigenio podría equipararse a los movimientos asociados al romanticismo que surgieron en toda Europa durante el siglo XIX. Desde 1853 a 1863, Anton Abbadie organizó los *Euskal Lore Jokoak* en la localidad de Urruña situada en la provincia de Lapurdi. Se trataba de unas jornadas culturales donde se rememoraban y practicaban la música, los bailes y la poesía tradicional de los vascos. Estos certámenes sirvieron para hacer una apología de la cultura ancestral del País Vasco. Probablemente, iniciativas de este tipo propiciaron a posteriori el surgimiento de un movimiento político y sociocultural que trataría de reunir y exaltar mediante una ideología política bien definida, los elementos etnosimbólicos de la comunidad vasca. A finales del XIX Sabino Arana comenzaría a estructurar una doctrina política específica, el nacionalismo vasco, que presentaría los elementos del folklore autóctono como superiores al del resto de naciones colindantes. Este fue probablemente un argumento decisivo para reivindicar la necesidad de constituirse como nación independiente.

Sabino Arana mediante sus postulados nacionalistas, establece que las diferencias de tipo etnográfico y cultural se deben en parte a un hecho racial. A finales del siglo XIX los argumentos esgrimidos contaban con un poderoso componente performativo, por lo que muchos de los habitantes de la época los asumieron con naturalidad. No debemos olvidar sin embargo, que Sabino Arana no hace más que adoptar una posición política fundamentada en conceptos etnosimbólicos muy extendida en el resto de naciones europeas de la época.

Si hubieran estudiado una migaja de Geografía política y hubiesen tenido una pizca de sentido común, sabrían que al norte de Marruecos hay un pueblo cuyos

bailes peculiares son indecentes hasta la fetidez, y que al norte de este segundo pueblo hay otro cuyas danzas son honestas y decorosas hasta la perfección: y entonces les chocaría que el alcalde de un pueblo eusqueriano prohibiese bailar al uso *maketo*, como es hacerlo abrazado a la pareja, para restaurar en su lugar el baile nacional de Euskera. (Arana, 1965)

A mediados del siglo XX los postulados relativos a la raza fueron desechándose paulatinamente por su esencia polémica y éticamente dudosa. A partir de este momento los términos empleados poco tendrían que ver con la dialéctica política anterior de Sabino Arana. A pesar de que la identidad de los vascos se asocia actualmente en gran medida a diversos elementos etnosimbólicos, el componente étnico del nacionalismo vasco actual ha desaparecido en gran medida. Jeremy MacClancy (2007) señala que existen una serie de elementos contemporáneos que aportan un carácter diferencial a la cultura e identidad vasca, sin embargo también afirma que éstos poco o nada tienen que ver con los postulados raciales del nacionalismo vasco inicial. MacClancy sugiere que la identidad vasca y el nacionalismo vasco han sufrido importantes cambios en las últimas décadas, existiendo una serie de nuevos elementos de carácter cultural como son el fútbol o la gastronomía, que han aportado un nuevo sentimiento de orgullo nacional a los vascos lejos de aquellos postulados etnocentristas de la época.

2.1.3) Los ***símbolos*** son probablemente los más poderosos elementos de aglutinamiento nacional. Estos son potentes activadores que contienen una gran carga performativa, capaces de unir comunidades, grupos e individuos.

Desde una perspectiva antropológica podríamos afirmar que se trata de una unidad de significación o representación que transmite información en base a una relación analógica, arbitraria y convencional entre significante y significado. En esta última definición quedan reflejadas las tres principales características del símbolo:

.La arbitrariedad: Los símbolos son artefactos que representan cosas abstractas. Estos nos permiten formular cosmovisiones e ideas abstractas mediante objetos tangibles. Además se trata de una experiencia colectiva e intersubjetiva fijada en un objeto de forma perceptible. Este hecho muestra que el símbolo es un elemento social o grupal y no meramente individual.

.La representación: Esta se basa en la simbolización arbitraria y convencional. Gracias al hecho de ser convencional, el símbolo se esencializa, haciéndose así *cuasi-natural* y adquiriendo una fuerza considerable, pues los símbolos son capaces de estructurar y cohesionar la mente de las personas de una misma sociedad, comunidad o nación.

. *La analogía*: Raimond Firth (1973) señala que el símbolo es una herramienta o dispositivo de gran valor instrumental que consta de cuatro fases:

Instrumento de expresión	Aspecto estético
Instrumento de comunicación	Aspecto funcional
Instrumento de conocimiento	Aspecto cognitivo
Instrumento de control	Aspecto político

Los símbolos pueden ser instrumentos de poder con más relevancia en lo político y lo religioso que en otros ámbitos de la vida. Del mismo que los aspectos estéticos y funcionales están muy relacionados, los aspectos políticos y cognitivos también lo están entre sí. Mediante esa relación se entra en el mundo de los rituales, de lo extraordinario y lo sagrado. Los símbolos son en este sentido altamente performativos. Estos hacen referencia a los aspectos cohesivos y sociales que se reconstruyen mediante los ritos. Éste es el modo mediante el cual la sociedad se puede reconstruir a sí misma. Los símbolos son particularmente útiles en la esfera de la política y de la religión, ya que es en estos ámbitos de la vida social donde resultan más eficaces. Estos son capaces de orientar el comportamiento de los individuos de una sociedad.

Existen por otro lado, una serie de símbolos denominados *símbolos condensados* que toman un rol determinante en la construcción y supervivencia de las naciones. Estos son un tipo de símbolos que aparecen fundamentalmente en los rituales y cuya función es condensar valores, sentimientos y obligaciones. El símbolo referencial simplemente hace referencia a otra cosa y es prácticamente un signo. Por el contrario, el símbolo condensado se haya lleno de afectos y puede llegar a convertirse en obligación moral. En realidad, se pueden considerar artefactos focalizadores de los valores representativos de una determinada sociedad, ya que controlan y orientan el comportamiento de los miembros del grupo, comunidad o nación. Los símbolos condensados tienen un gran poder performativo, ya que muestran y ejemplarizan un orden que es el espejo de la sociedad. Las banderas nacionales son un claro ejemplo de los símbolos condensados. La bandera norteamericana por ejemplo, es un símbolo condensado que representa el *american way of life*, que a su vez es un espejo de la cosmología social, cultural y política de la nación.

Sabino Arana fue consciente de la necesidad de crear una serie de símbolos condensados para afianzar políticamente su proyecto nacional. La creación de una bandera, la *ikurriña*, que representase a la nación vasca en un contexto internacional, fue uno de sus mayores logros, ya que hoy en día ésta continúa

estando vigente y cuenta con oficialidad institucional. La *ikurriña* se ha convertido además en un instrumento altamente simbólico y ritual para los diversos movimientos nacionalistas a la hora de realizar sus reivindicaciones políticas.

2.1.4) **La religión:** Existe un dicho popular en euskera que reza, *euskalduna fededuna*. Su traducción literal sería, *el vasco es persona de fe*. La religión fue uno de los grandes pilares para Sabino Arana a la hora de articular el movimiento nacionalista vasco. *Jaungoikoa eta Lege Zaharra* es otra fórmula utilizada por los hermanos Arana y posteriormente adoptada por los miembros del EAJ-PNV. Las siglas del lema *Jaun Goikua eta Lege zarra* son "JEL", de las que se derivan los apelativos *jelkide* y *jeltzale*, con los que son conocidos los militantes del Partido Nacionalista Vasco. La denominación en euskera del partido es *Euzko Alderdi Jeltzalea*, utilizándose *Jeltzalea* en lugar de *abertzale*³¹.

Lege Zaharra traducido al castellano como "Ley vieja", hace referencia a los Fueros por los que se regían los territorios vascos hasta su abolición a partir de 1837. Este acontecimiento histórico que los vascos sintieron como injusto, con el tiempo se tradujo en el surgimiento de un sentimiento nacional vasco. *Jaun Goikua* o "Dios", hace referencia a la religión, en particular a la católica, de profunda implantación en Euskadi.

Nosotros, los vascos, evitemos el mortal contagio, mantengamos firme la fe de nuestros antepasados y la seria religiosidad que nos distingue, y purifiquemos nuestras costumbres, antes tan sanas y ejemplares, hoy tan infestadas y a punto de corromperse por la influencia de los venidos de fuera. (Arana, 1965)

A pesar de que tanto España como Francia son mayoritariamente católicas, la religiosidad se convierte en un elemento de ataque contra la influencia externa, ya que los movimientos anarquistas y socialistas llegados de España por medio de la inmigración, representaban un peligro para la religión y sobre todo para la cultura vasca. Por otro lado, la iglesia vasca siempre había estado alejada de la iglesia española. Los Jesuitas, una poderosa orden religiosa asociada al Santuario de Loyola, se habían encargado de preservar y fomentar la cultura vasca y el euskera durante siglos, incluso durante la dictadura franquista.

El enemigo religioso no residía tan solo en el extranjero, sino que también en el seno del territorio vasco. El socialismo se erigió durante décadas como el gran enemigo interno del nacionalismo tradicionalista y religioso de Sabino Arana. Surgió en esta época un notable flujo migratorio desde España hacia Euskadi debido a la existencia de una importante infraestructura industrial que

³¹ *Abertzale* significa nacionalista en euskera.

necesitaba de mano de obra exterior. Los trabajadores inmigrantes eran denominados *maketos* y fueron a menudo repudiados por los seguidores de Sabino Arana. Para ello se utilizaron abundantes argumentos de carácter étnico, moral y religioso. Muchos de estos inmigrantes formaron parte del movimiento socialista en defensa de sus derechos laborales.

Ya hemos indicado, por otra parte, que el favorecer la irrupción de los *maketos* es fomentar la inmoralidad en nuestro país; porque si es cierto que las costumbres de nuestro pueblo han degenerado notablemente en ésta época, débese sin duda alguna a la espantosa invasión de los *maketos*, que traen consigo la blasfemia y la inmoralidad. (Arana, 1965)

El socialismo vasco surgió durante las últimas décadas del siglo XIX coincidiendo con la etapa de la Restauración monárquica. El éxito de la huelga de mayo de 1890, que 30.000 trabajadores de la margen izquierda secundaron durante una semana, se tradujo en el logro de sus reivindicaciones. Este acontecimiento ayudó a que el PSOE se convirtiera en la referencia política y sindical de miles de trabajadores industriales de Vizcaya, expandiéndose rápidamente hacia zonas industriales de Gipuzkoa como Eibar, Tolosa, Donostia o Irún. En parte, los seguidores del socialismo vasco eran contrarios al nacionalismo tradicionalista de Sabino Arana por su carácter etnicista y religioso, y porque en opinión de muchos autores (Brown, 2000), éste era el resultado de una estrategia política de la burguesía vasca.

En Euskadi la religión no fue tan determinante para el surgimiento de un movimiento nacionalista como lo fue en los casos de Irlanda del Norte, Polonia o Palestina. No obstante tuvo un rol crucial en su constitución en cuanto a la forma político-ideológica que adoptó.

2.1.5) Toda nación necesita una **historia** y unos mitos en los cuales sustentar su imaginario ideológico. La figura de los antepasados y la existencia de una historia remota en el tiempo, proporcionan las bases necesarias para crear un mito nacional que establezca una singularidad incontestable respecto al resto de naciones. Las naciones han mostrado tradicionalmente (y aún lo hacen) la necesidad de descubrir e incluso inventar, *huellas* e indicadores históricos que sitúen sus orígenes lo más lejos posible en el tiempo. Los lingüistas, arqueólogos e historiadores nacionalistas se han esforzado tradicionalmente en argumentar que su cultura era más atávica que las del resto. La historia y la tradición también se encuentran ligadas al folklore, la cultura y la lengua, ya que cuanto más antiguas sean éstas, mayor legitimidad tendrán para los miembros de una nación

Ashcroft, Griffiths y Tiffin (2006) afirman que el surgimiento de las historias nacionales va acompañado de la expansión del colonialismo moderno que

comporta una anexión violenta del mundo no europeo. Es en ese contexto donde la Historia se convierte en un instrumento de control, y como Oswald Spengler señala, donde “la totalidad de las historias nacionales son absorbidas”³² (Spengler, 1962: 32). Ashcroft (2006) incide por otra parte en que las historias nacionales fundamentan la categoría del Nosotros frente a Ellos, y que toda nación construirá una determinada historia que la legitime como tal. Los mapas son también poderosos símbolos de representación del poder colonial. Estos cuentan con una notable potencialidad performativa que les permite representar (al igual que los símbolos condensados) cosmovisiones e identidades políticas basadas en un territorio nacional.

La lengua, la cultura, los símbolos y la historia son tan solo algunos de los elementos objetivos encuadrados en la dimensión vertical de los nacionalismos que legitiman y afianzan el imaginario nacional. Sin embargo, estos elementos no son por si solos capaces de activar un proceso de construcción nacional. Es preciso que otras fuerzas entren en juego para que el capital etnosimbólico se active y se performativice dando pie a nuevos procesos de construcción nacional.

³² Traducción propia.

2.2) Dimensión horizontal del nacionalismo vasco

Mencionábamos anteriormente que el nacionalismo de corte étnico ha dejado de tener, al menos en la mayoría de los países occidentales, la relevancia que tuvo durante el siglo XIX y parte del XX. Los grandes conflictos armados del siglo XX que degeneraron en la mayoría de ocasiones en actos de limpieza étnica, entre ellos los llevados a cabo por los Nazis durante la Segunda Guerra Mundial, o el ejército serbio y el croata durante la guerra de los Balcanes, llevaron en cierto modo a la sociedad internacional a excluir de su lenguaje político las retóricas asociadas al término raza y evitar así identificar a las naciones modernas con totalitarismos de carácter étnico

Por otro lado, la influencia ejercida por asociaciones y grupos de presión pacifistas y anti-xenófobos, han propiciado un cambio en la percepción de las nacionalidades, ya que se han introducido nuevos parámetros como la interculturalidad. La globalización, los flujos migratorios y las diásporas también han propiciado la expansión de nuevas cosmologías más permisivas con la diversidad cultural.

La modernidad ha influido notablemente en la mutación de ciertos elementos etnosimbólicos, dando como resultado nuevas manifestaciones en torno a la identidad nacional. Melucci sugiere que la modernidad no ha destruido las culturas e identidades premodernas, ya que éste asegura que muchas de ellas han tenido que transformarse en un proceso de adaptación a los nuevos tiempos.

Los nuevos sentimientos de pertenencia étnica no son meras herencias de una tradición enraizada en la historia del Estado-nación, sino que son el producto específico de los cambios que están teniendo actualmente en las sociedades complejas. La solidaridad étnica en la fase del capitalismo industrial se encontró así misma "dislocada" por la solidaridad de clase, entonces más relevante. Hoy en día esta solidaridad ha reemergido con una fuerza autónoma. Mientras que otros lazos de pertenencia grupal se han debilitado o disuelto, la solidaridad étnica responde a necesidades que operan no sólo en el plano material, sino también en el simbólico. (Melucci, 2001: 102)

Habitualmente la sociedad industrial ha relegado lo étnico a un segundo plano, e incluso lo ha neutralizado para desplazar el foco de atención política a la lucha de clases. Abundan en este sentido los casos en los que las propugnas socialistas y comunistas se han enfrentado al entramado etnonacionalista conservador. El auge que experimentan la tradición y lo étnico con los movimientos relacionados al Romanticismo y los primeros movimientos nacionalistas, se diluye paulatinamente en una serie de conflictos inherentes a la modernidad y a la industrialización. Los grandes flujos migratorios que arrastran

al campesinado y a los habitantes de las áreas urbanas de España hacia las urbes vascas en pleno proceso de expansión industrial, representan en opinión del nacionalismo vasco, un grave peligro para la subsistencia de los valores tradicionales y de los elementos etnosimbólicos locales.

Sabino Arana afirma que los inmigrantes procedentes de España representan un serio peligro para la identidad étnica de la nación vasca. También se muestra preocupado por la influencia que ejercen las nuevas estructuras de la modernidad.

Con esa invasión *maketa*... la impiedad, todo género de inmoralidad, la blasfemia, el crimen, el libre pensamiento, la incredulidad, el socialismo, el anarquismo... todo es obra suya. (Arana, 1965)

A pesar de la transformación que los nacionalismos sufren debido a la influencia de la modernidad, Igor Filibi (2007) sugiere que continúa existiendo una conciencia nacional difusa que se traduce en un sentimiento de pertenencia a una comunidad que cuenta con una determinada lengua y una serie de elementos culturales que le otorgan un carácter diferencial.

David Brown (2000) ofrece diversas teorías para explicar el surgimiento del nacionalismo vasco. Algunas de ellas se centran en aspectos etnosimbólicos, sin embargo también incide en la importancia de las condiciones materiales para su constitución. Éste afirma que el nacionalismo vasco podría ser un mito ideológico inventado en el siglo XIX por clases marginales como respuesta a la integración española y a la rápida industrialización. Desde esta perspectiva podríamos presuponer que la presión asimiladora castellana, la expansión de un Estado español centralista y la experiencia traumática de una rápida urbanización e industrialización, llevaron a las élites desplazadas y a las clases marginadas a construir nuevos mitos sobre los derechos políticos vascos, la pureza racial y la identidad cultural.

El acercamiento constructivista de Brown no otorga sin embargo, la relevancia necesaria a los elementos de carácter etnosimbólico en el surgimiento del nacionalismo vasco. Éste habla de un *mito ideológico inventado* que en cierto modo no presta la suficiente importancia al capital etnosimbólico e histórico de una cultura milenaria. Se antoja complicada no obstante, la constitución de una nación sin ningún tipo de elemento étnico o cultural que la justifique y que consiga activar la identidad nacional. Algunos autores como Gurutz Jauregi sin embargo, inciden en la existencia de una doble influencia en el resurgimiento de los nacionalismos clásicos, mediante la que se daría una aportación directa tanto de los elementos etnosimbólicos como de las condiciones materiales surgidas durante la industrialización. Jauregi advierte que:

El resurgir de la cuestión nacional en los países desarrollados en el momento actual, no resulta casual, sino que obedece a causas profundas, algunas de las cuales vienen de antiguo puesto que subsisten desde el momento en que se constituyeron los Estados nacionales modernos, y otras se derivan de modo directo del posterior desarrollo de la sociedad industrial y su transformación actual como sociedad tecnológica. (Jauregi, 1988: 168)

Brown (2000) sin embargo, describe el nacionalismo vasco como un mito ideológico creado durante el siglo XIX por clases marginales³³ como respuesta a la integración española y a la rápida industrialización. Este mito nacionalista provee a los individuos de un sentimiento de pertenencia a una comunidad y explica el malestar de la sociedad vasca a partir de la conculcación de los derechos de ésta. Para ello, construye un movimiento político que trata de recuperar dichos derechos, los Fueros.

La presión asimiladora, la expansión del Estado español centralista y la experiencia traumática de una rápida urbanización e industrialización, llevaron a las élites desplazadas y a las clases marginadas a crear nuevos mitos sobre los derechos políticos vascos, la pureza racial y la identidad cultural. Surgen de este modo una serie de discursos dualistas que contraponen la esencia *noble* y *virtuosa* vasca, al Otro español culturalmente *inferior* y políticamente *amenazador*. En palabras de Brown, de este nuevo sentimiento identitario vasco surgieron dos mitos. Por una parte un mito cívico que definía a la comunidad vasca en términos de territorio y en relación a una reclamación del autogobierno de los Fueros, y por otro el mito etnocultural, que definía la comunidad vasca en términos de pureza racial. Brown afirma que el fundador del movimiento nacionalista vasco, Sabino Arana, reconstruyó las ideas de identidad, la historia y la cultura del pueblo vasco. Arana era hijo de un miembro de la nobleza rural. Sus ideas nacionalistas nacerían por lo tanto del deseo de evitar a su familia un declive social. Las élites tradicionales vascas sufrían la presión del centralismo, la asimilación y la industrialización. Se habían posicionado a favor de la monarquía absoluta que les había otorgado los Fueros, pero tras la derrota del carlismo no tuvieron modo de acceder a los nuevos mandos de poder. Por otro lado, el proceso de industrialización marginó a la pequeña burguesía vasca, incapaz de competir con la nueva oligarquía. La respuesta de las élites venidas a menos fue simple pero eficaz, ya que acudieron a estrategias discursivas dualistas confrontando un Nosotros, los buenos, contra Ellos, los malos. Se creó por lo tanto una nueva identidad vasca en contraposición a la española mediante

³³ La burguesía tradicional vasca se ve amenazada ante la fuerte irrupción de la oligarquía española, debido en parte a que ésta es desposeída del poder e influencia con que había contado tradicionalmente. La industrialización desmantela la estructura sociocultural clásica y surge un fuerte rechazo desde las filas más conservadoras hacia la industrialización.

la utilización de efectivas fórmulas dialécticas y retóricas que calificaban a los inmigrantes y a las nuevas castas empresariales, de opresores, corruptos, inferiores y *maketos*.

El conflicto derivado de la derogación de los Fueros en 1876, junto con la irrupción en la vida política y económica de la oligarquía española, y de la llegada masiva de mano de obra desde España, creó un contexto de inseguridad y desarraigo en el seno de la burguesía tradicionalista vasca y el campesinado, que como medio de defensa articuló un movimiento nacional propio. Esta ya era una estrategia ideológica en plena expansión por el antiguo continente. Valiéndose de las condiciones materiales de la época y del desconcierto que estas causaron en el seno de la sociedad tradicional vasca, se tomaron los elementos simbólicos necesarios para la articulación de un nacionalismo defensivo que se basó principalmente en una cosmovisión etnocultural. Los vascos contaban con una serie de características etnoculturales singulares, que Sabino Arana utilizó hábilmente para erigir una barrera sociocultural defensiva y salvaguardar así los valores tradicionales de su propia comunidad.

3) La *política* y lo *político*. Procesos constitutivos de los sujetos nacionales

La vida política de los Estados y las naciones en general, se materializan en la arena de lo *político* y de la *política*. Estos son dos conceptos bien diferenciados que aluden a distintas *realidades* de un mismo fenómeno. En términos generales, la *política* se refiere a las acciones y manifestaciones institucionalizadas que se bautizan con el mismo nombre. Entre éstas podríamos destacar a los partidos políticos o los comicios electorales. Lo *político* sin embargo, se refiere al:

Momento de apertura o indecibilidad, cuando un nuevo orden social se encuentra en el punto de su establecimiento, cuando sus límites son discutidos. La *política*, por el contrario, es lo que ocurre *dentro* de los límites marcados por aquel orden. (Edkins, 1999: 126)

Chantal Mouffe (2007), una de las fundadoras junto con Ernesto Laclau de la corriente filosófica conocida como posmarxismo, en la que se repiensa la herencia marxista en el seno de las transformaciones sociales durante la postmodernidad, propone entender la *política* como el conjunto de prácticas correspondientes a la actividad política tradicional, mientras que lo *político* debería referirse al modo en que se instituye la sociedad. Esta distinción no ofrece sin embargo, por sí misma, unanimidad de interpretación de lo *político*. Podríamos entender por lo tanto, lo *político* como aquello que está vinculado al momento de lo instituyente y la *política* como el ámbito relacionado con la administración de lo instituido. Algunos conciben lo *político* como un espacio de libertad y deliberación pública, mientras que otros lo consideran un espacio de poder, de conflicto y de antagonismo. Mouffe se alinea con quienes defienden esta última visión.

Concibo *lo político* como la dimensión de antagonismo que considero constitutiva de las sociedades humanas, mientras que entiendo a *la política* como el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando la coexistencia humana en el contexto de la conflictividad derivada de lo *político*. (Mouffe, 2007: 16)

El antagonismo es por lo tanto constitutivo de lo *político*, por lo que cualquier oposición, si alcanza la fuerza suficiente para agrupar a los seres humanos, puede terminar expresándose en términos de amigo/enemigo, adquiriendo entonces un carácter político. En palabras de Bowman (2001), el término *antagonismo* acuñado por Mouffe y Laclau se refiere a una confrontación en la que una de las partes o sujetos se encuentra en peligro, “ya que la presencia del Otro, evita que

yo pueda ser un Yo completo”³⁴. Un antagonismo es percibido, en palabras de Bowman, como una amenaza a la subjetividad de la persona amenazada, y es por esa razón que la percepción de ésta depende en gran medida no solamente de los condicionantes culturales sino también de las especificidades contextuales.

Antes que ellos, Schmitt (1998) también señaló que la distinción básica de lo político radica en el esquema enemigo/amigo, pero lo hace trasladando el problema a una esfera internacional. Martín Retamozo (2009) afirma que la radicalidad de la categoría de enemigo en el concepto de lo político de Schmitt, sitúa primordialmente a lo político en el plano internacional. Deducimos de estas propuestas, que lo político se nutre en parte del esquema dualista *Nosotros vs. Ellos* presente en la mayoría de los procesos de constitución nacional o política. En palabras de Retamozo, el conflicto es constitutivo de lo político a pesar de que “el pensamiento político ha buscado cancelar la dimensión conflictiva al proponer formas de organización e instituciones presuntamente acordes con un postulado de paz perpetua o armonía” (2009: 71). En este sentido, Schmitt subraya la necesidad de neutralizar el conflicto interno por parte de un Estado que es absolutamente soberano.

Para Chantal Mouffe (2007) el reconocimiento de la naturaleza conflictual de la política es el punto de partida para comprender los objetivos de una política democrática, ya que se debe establecer la distinción nosotros/ellos de modo que sea compatible con el pluralismo. Si lo político, así entendido, pertenece a nuestra condición ontológica, habremos de reconocer su carácter inerradicable. Sin embargo, parece posible controlar el antagonismo encarnado por la relación amigo/enemigo y reducirlo a una forma que no destruya la asociación política. Esto sólo se puede conseguir estableciendo un vínculo común entre las partes en conflicto, de modo que se reconozcan como oponentes legítimos o como adversarios, y no como enemigos irreductibles. Mouffe llama a esta forma de relación *agonismo*. Podríamos considerar que su propuesta se encuentra ligada a los procesos de construcción de los sujetos políticos, ya que el reconocimiento de éstos, se basa en parte en la legitimidad que sus Otros les otorgan como entes políticos o nacionales. Por otra parte, esta propuesta se apoya en el reconocimiento de que todo orden social es el resultado de la articulación de relaciones de poder y no de un *orden natural* resultado de la expresión de una objetividad ajena a las prácticas contingentes que lo producen. De este modo, se puede constituir un orden hegemónico que puede ser puesto en entredicho por otras prácticas que se le oponen (anti-hegemónicas) orientadas a la instauración de una nueva forma de hegemonía. En este sentido, la noción de hegemonía resulta ser clave para comprender la posibilidad de un *pluralismo agonístico*. No se trata de eliminar el antagonismo y sustituirlo por un consenso racional (en el

³⁴ Traducción propia. Laclau & Mouffe (1985: 125).

que los oponentes sean reducidos a meros competidores), ni de mantener el antagonismo bajo la forma amigo/enemigo (en el que cada uno percibe las demandas del otro como amenazantes e ilegítimas), sino de transformar el antagonismo en agonismo, de domesticarlo y reconducirlo a las formas del modelo adversarial. La dimensión antagónica está siempre presente, es una confrontación real, pero que se desarrolla bajo condiciones reguladas por un conjunto de procedimientos democráticos aceptados por los adversarios.

Para Hannah Arendt (1996) la política es aquello que emerge o aparece cuando los hombres se encuentran para tratar los asuntos comunes a partir de la palabra y la acción. El discurso permite presentarse ante los otros y establecer un espacio compartido y público en el que se respeta la pluralidad y puede surgir algo nuevo. Sin embargo, autores como Schmitt (1998) o Mouffe (2007) señalan que lo político implica conflicto, idea que probablemente se derive de la constante lucha inherente a todo proceso de constitución política.

Coincidiendo con los autores anteriormente citados, Jenny Edkins (1999) afirma que la *política* (*politics*) pertenece al ámbito de lo social, mientras que lo *político* (*political*) se refiere al momento fundacional del orden social. Desde esta perspectiva lo político representa al momento de apertura durante el que se constituye un nuevo orden social y los límites son replanteados. La política por el contrario, es lo que se materializa cuando el nuevo orden se ha institucionalizado.

La importancia estriba en el hecho de que el proyecto político crea sujetos políticos mediante procesos de lucha y contestación social. Hall (1991) plantea la idea de que los sujetos políticos no se reconfiguran, sino que se crean, y para exponerlo acude al contexto inglés y a la articulación ambigua y subjetiva de la *negritud*. Hall (1989) también afirma que los sujetos políticos, entendidos desde una perspectiva etnicista, son el producto de una serie de procesos históricos que forjan y moldean las diversas identidades culturales. La contestación a la hegemonía que se da desde la marginalidad étnica, política o cultural, es en palabras del autor, fundamental para el éxito de los procesos constitutivos de la identidad. En palabras de Hall, el sujeto negro en el Reino Unido se constituye en sujeto étnico desde lo histórico, lo cultural y sobre todo desde lo político. La lucha en la arena de lo político resulta determinante por lo tanto, en la constitución de los sujetos políticos.

Aludiendo a Mouffe y Laclau, Edkins (1999) señala que estos proponen un proceso de construcción de los sujetos políticos que no aplica categorías marxistas, ya que estas son incompatibles con conceptos como hegemonía. Por el contrario, éstos sugieren que la identidad y los sujetos políticos se constituyen mediante estructuras discursivas que articulan prácticas que a su vez constituyen y organizan las relaciones sociales. Parten de una premisa que

señala que si el poder es el requisito de cualquier identidad, la desaparición repentina del poder derivaría en la desintegración del producto social. Mouffe y Laclau (1985) inciden en el carácter abierto y políticamente negociable de la identidad, y señalan que la sociedad es un concepto subjetivo.

Claude Lefort (1991) también incide en la necesidad de diferenciar los conceptos *política* y *político*. Lefort alude al carácter instituyente y simbólico de lo político, mientras que se centra en la política para remitirse a la esfera de lo instituido, a un sector particular de actividades, relaciones e instituciones, que encontramos en la sociedad junto a otros campos como lo económico y lo jurídico.

Recapitulando la información aportada por los autores citados, podríamos considerar que lo político precede a la política. Lo político puede entenderse como un proceso o un periodo durante el que se constituye y se instituye la sociedad. Hablamos de un proceso en el que el conflicto está presente. Desde esta perspectiva, los discursos dualistas y las dinámicas enemigo/amigo se encuentran en la base de la constitución de los sujetos políticos y nacionales. La política por el contrario, se refiere a la institucionalización de lo político. El conflicto es gestionado por la política y las formas subyacentes de lo político se estandarizan y asimilan en la esfera pública.

Desde esta perspectiva los procesos de construcción nacional y más específicamente los procesos en los que los sujetos políticos se constituyen, responden a lo político, a pesar de que posteriormente se institucionalizarán mediante la política. Cada uno de los periodos históricos en el devenir de los procesos de construcción nacional cuenta con una serie de características de tipo social y cultural, pero sobre todo político, que marcarán su futuro. Los sujetos políticos son los protagonistas necesarios en todo proceso nacional, ya que son éstos los encargados de activar las dinámicas sociopolíticas que harán posible el surgimiento de la nación.

3.1) La constitución de los sujetos políticos

Al plantearnos el cómo y el porqué del surgimiento de los sujetos políticos, se nos presentan un gran número de incógnitas y preguntas. ¿Cómo se constituyen los sujetos políticos?, ¿Cuál es su lógica espacial y que territorio y población incluirán?, ¿En base a que criterios se articulará el nuevo sujeto político? Existen un gran número de posibles respuestas que en conjunto ofrecerán una sólida base teórica para nuestro estudio.

En los siguientes apartados se tratará de desvelar el origen de los sujetos políticos en el País Vasco desde una perspectiva fundamentalmente histórica, por lo que acudiremos constantemente a los estudios de historiadores tan reputados como Juan Ignacio Paúl (1978), Manuel Estomba, Donato Arrinda y Luis Castrejana (1980) o Imanol Villa (2006) entre otros. No obstante, también acudiremos a otros campos científicos en busca de respuestas acerca del surgimiento de la identidad nacional vasca.

Uno de los posibles activadores para la constitución de los sujetos políticos es la violencia, y más concretamente la *violencia constitutiva* formulada por Glenn Bowman (2003). Bowman señala que los movimientos nacionalistas pueden entenderse como estrategias defensivas ante ataques externos. Para hacer frente a la violencia *constitutiva* que amenaza la existencia de una determinada comunidad, se articula otro tipo de violencia denominada *defensiva* que se caracterizaría por la utilización de una serie de retóricas políticas y discursivas (aunque estas derivan habitualmente en el uso de la violencia física) orientadas a la autodefensa. Estas dinámicas *reales* o *imaginarias* de ataque/defensa, amigo/enemigo se traducen en la implementación y auge de los movimientos nacionalistas. Bowman basa su teoría en el análisis de los casos de la antigua Yugoslavia y Palestina. En el caso de esta última, por ejemplo, afirma que Palestina no existió como ente político nacional hasta la llegada de los sionistas que reclamaron y confiscaron por la fuerza las tierras que durante siglos habían gestionado las diversas tribus de la zona. La amalgama étnica de la antigua excolonia británica, representada por una infinidad de tribus ancestrales sin unidad política ni nacional alguna, activó ante la incipiente amenaza del pueblo israelí, una serie de estrategias político-culturales de carácter defensivo entre las que destacaría la fundación de la nación palestina. La constitución de los sujetos políticos palestinos, se manifestaría en este primer momento contextualizado en la arena de lo *político*, donde las lógicas amigo/enemigo marcarían el devenir del futuro sociopolítico de la zona.

A pesar de que la hipótesis de Bowman resulta convincente, nos surgen una serie de dudas razonables, ya que parece indispensable que en los procesos

constitutivos de los sujetos políticos se manifiesten una serie de elementos adicionales que analizaremos a continuación.

Todo movimiento nacionalista puede ser contextualizado históricamente, ya que estos dejan un rastro fácil de seguir para los historiadores, los investigadores sociales y los politólogos. Los nacionalismos pueden considerarse como procesos y movimientos políticos que a menudo se fundamentan en elementos etnosimbólicos que se retrotraen a épocas pasadas (dimensión vertical del nacionalismo), aunque por lo general también responden a una serie de condiciones materiales localizadas en un contexto analizable sincrónicamente (dimensión horizontal del nacionalismo). La arena de lo social y de lo político en la que se crea un determinado movimiento nacionalista, es la misma que determina la articulación de los sujetos políticos. Sin embargo, resulta complicado establecer un solo factor como detonante de las dinámicas constitutivas de los sujetos políticos, ya que son varios los elementos que intervienen en este proceso. Como mencionábamos anteriormente, la violencia desempeña un rol fundamental en este proceso. Sin embargo, existen también una serie de criterios morales y de justicia que influyen directamente en él.

Los sujetos políticos no lo son hasta que toman conciencia de su nuevo estatus, hecho que sin embargo no ocurre espontáneamente, sino que es el resultado de un largo y complejo proceso dialógico. Mouffe (1985, 1999) y Laclau (1985) afirman que la identidad de los sujetos políticos se consagra mediante estructuras discursivas que articulan prácticas que a su vez constituyen y organizan las relaciones sociales. Podríamos pensar por lo tanto, que la constitución de los nuevos sujetos políticos es el resultado de un proceso de negociación que se activa en la dimensión de lo político. Hablábamos con anterioridad de las dinámicas enemigo/amigo que establecen la base conflictual de lo político, y es en esta dimensión donde se constituyen también los sujetos políticos, ya que éstos son el resultado de los discursos y *realidades* dualistas que responden al esquema Nosotros, los buenos Vs. Ellos, los malos.

Planteábamos en el capítulo anterior que la diferencia se encuentra en la base de la identidad cultural y que las naciones buscan en todo momento crear *realidades* diferenciadas del resto para poder así establecer las bases objetivas mediante las cuales fundamentar la existencia y exaltación de su propia comunidad nacional. También señalábamos previamente que el estructuralismo antropológico concebía las sociedades humanas como altamente dualistas. En opinión de esta corriente teórica, la mente humana establece discontinuidades en la continuidad de la *realidad* mediante contrastes y relaciones (metáfora-metonymia). El proceso clasificatorio humano se basaría por lo tanto en la creación de oposiciones y continuos. Esta misma lógica se manifiesta en diversos aspectos de la vida social, cultural y política de los seres humanos. La esfera de lo

político se nutre de la misma ecuación dualista e instaura una serie de diferencias de tipo sociopolítico que tienen como resultado la constitución de las diversas ideologías e identidades, y el posterior surgimiento de los sujetos políticos. Estos últimos se caracterizan por su independencia, singularidad y autonomía respecto al resto. Pero de nuevo se nos presentan incógnitas sobre los procesos que posibilitan el surgimiento de los sujetos nacionales y sus respectivas identidades políticas. Tratando de dar una respuesta satisfactoria a estas preguntas, acudiremos al caso del nacionalismo vasco para analizarlo con detalle.

Advertíamos en el apartado de las dimensiones del nacionalismo sobre la existencia de una serie de elementos de tipo etnosimbólico que aportan una base estable a los movimientos nacionalistas a la hora de plantear sus postulados políticos. Estos elementos objetivos denotarían la existencia de una comunidad cultural y/o lingüística pretérita, que probablemente no se habría constituido aun en un ente político nacional. En el caso vasco existe un momento bien definido que se asocia al surgimiento del movimiento nacionalista. No obstante, sus raíces ético-morales, políticas y socioculturales se remontarían a épocas anteriores. Sabino Arana, considerado el padre del nacionalismo vasco, redactó sus primeros textos nacionalistas durante las dos últimas décadas del siglo XIX y principios del XX. Sus ideas necesitarían aun algún tiempo hasta ser asimiladas e internalizadas por sus seguidores y la sociedad vasca en general, inmersa en aquella época en conflictos derivados de la industrialización, la lucha de clases o la influencia de la política y la cultura española en la vida local. Pronto se fundaría el EAJ-PNV, un partido político mediante el que su ideario nacionalista se expandiría rápidamente.

Sabino Arana no se inventó una ideología de la nada, sino que dio forma a un sentimiento identitario que ya existía previamente. Además, la constante expansión de los movimientos nacionalistas a lo largo y ancho de Europa era una *realidad* manifiesta. Arana articuló una ideología política que fusionó por un lado un fuerte sentimiento etnocultural ancestral y por otro una sensación de injusticia latente desde la derogación de los Fueros Vascos en 1876. Los elementos etnosimbólicos que posibilitaron la creación del nacionalismo vasco, comprendían una lengua arcaica y sin parentescos lingüísticos conocidos, una cultura diferenciada, una historia llena de alusiones a la grandeza del pueblo vasco y otra serie de elementos de corte étnico que reforzaban la idea de los vascos como un pueblo jamás conquistado. Todos estos elementos se vieron potenciados por un sentimiento de injusticia derivado de diversas normas, leyes y prohibiciones impuestas por España, que se tornaron visibles con la derogación de los Fueros. Podríamos pensar que la expansión y centralización del nacionalismo español fueron en última instancia las que provocaron la constitución del nacionalismo vasco como respuesta defensiva a una agresión social, cultural, y sobre todo política, externa.

El carácter conflictual de las relaciones políticas y diplomáticas entre España y el País Vasco se podrían retrotraer en cierto modo hasta la Edad Media. La nación española fue en gran medida el resultado de un proyecto político gestado durante el mandato de los Reyes Católicos. Estos se encargaron de unificar por la fuerza una serie de reinos y señoríos a los que fueron imponiendo una lengua, un ejército, unas leyes y una historia en común. Ciertas regiones entre las que se encontraría el País Vasco, mantuvieron una serie de privilegios (los Fueros) gracias a los diversos acuerdos de carácter diplomático gestados entre reinos.

3.2) Contexto histórico. Los Fueros vascos

El 30 de julio de 1476 el rey Fernando el Católico recibe la pleitesía de las Juntas Generales de Bizkaia sitas en Gernika, tras jurar los Fueros del Señorío de Vizcaya. No obstante y en opinión de varios historiadores entre los que podríamos destacar a Alice Gould, es la Reina Isabel la que da mayor legitimidad a los Fueros vascos dentro del sistema proto-nacional español. Mediante el *Juramento de Isabel*, ésta aprueba los Fueros y reconoce la existencia de un tipo de autogobierno vasco. Los Fueros constituyen el sistema político y legislativo que los vascos acatarán hasta su derogación tras las segundas guerras carlistas en 1876.

En palabras de la historiadora estadounidense Gould (1933), los nombres de los Reyes Católicos figuran en la Sala de Juntas del Señorío de Gernika, aunque el de Isabel la Católica ha sido a menudo obviado por los historiadores. Gould sugiere que Fernando el católico juró los Fueros en 1476 e Isabel hizo lo propio en 1483. En opinión de la autora, Isabel fue la más interesada en que los Fueros fueran aprobados.

En la Sala de Juntas del Señorío, donde figuran los nombres de los Reyes de Castilla que como Señores de Vizcaya acudieron personalmente a Guernica a jurar los Fueros, no se encuentra noticia alguna de la Reina Católica. No es extraño que, ante tal omisión, historiadores serios y documentados afirmen que ella no vino nunca en persona a prestar tal juramento, pero tal afirmación carece de fundamento, siendo aquella reina precisamente, la que, más que otro soberano alguno, procuró cumplir sus obligaciones de jurar los Fueros del Señorío, acaso hasta pecar en ello por redundancia y exageración. (Gould, 1933: 654)

Gould también incide en el hecho de que los Fueros vascos fueran jurados por los Reyes Católicos en tres ocasiones, más exactamente en los años 1473, 1476 y 1483. Esta insistencia respondía al interés de Fernando e Isabel (sobre todo el de ésta) por fortalecer los lazos diplomáticos con un territorio que les permitía tener acceso al mar y contar con diestros marineros para sus expediciones, ya que los vascos eran conocidos por ser experimentados hombres de mar. El reconocimiento de los Fueros iba asociado a cada uno de los tres territorios (Araba, Gipuzkoa y Bizkaia) de un modo independiente.

Pero no parece que la repetición del juramento de los Fueros radique en divergencias entre los dos soberanos, sino en su deseo de congraciarse y asegurar hasta el último extremo al Señorío cuya lealtad y ayuda les era de suma importancia. En esto, como en casi todos sus actos, parece que los Reyes se miraron y fueron mirados como una sola persona. Se hizo el juramento solemne en tres ocasiones: en 1473, 1476 y 1483, además del juramento general a las

villas en 1481, tratado por bastantes autores como si fuese confirmación del Fuero del Señorío. En 1473, Isabel aceptó el Señorío de Vizcaya, aunque vivía su hermano Enrique, contra el cual los vizcaínos se habían rebelado, quejándose de las mercedes que éste había hecho de tierras que había jurado no enajenar. Sería interesante averiguar los motivos que le decidieron a aceptar de Vizcaya en 1473 lo que rehusó admitir de Castilla en 1468. Ello es que aceptó, jurando los Fueros en manos de Gómez Manrique, en la villa de Aranda de Duero, como sabemos por su carta de confirmación, en la cual nada dice de Fernando, que se hallaba entonces en Aragón. Pensamos si acaso su prudencia le llevara a aprovechar esta ausencia de su marido para prestar aquel juramento, como seguramente aprovechó en el año siguiente otra ausencia de Fernando para coronarse, con espada desnuda llevada delante, como reina de Castilla. (Gould, 1933: 655)

El Señorío de Bizkaia estaba dividido en tres áreas con Gobierno y jurisdicción propios. Por una lado la Bizkaia nuclear o tierra llana, las Encartaciones y la Merindad de Durango. Durante los siglos XII y XIII, las Villas y las ciudades fueron dotadas paulatinamente de cartas pueblas, por lo que dejaron de depender de los Fueros de Bizkaia. Las Villas, las ciudades, las Encartaciones y la merindad de Durango solamente acudirían a las Juntas Generales de Gernika mediante representación local, en momentos donde se debatieran temas y asuntos de interés común. Con el tiempo y especialmente tras el nacimiento del nacionalismo vasco, Gernika pasaría a considerarse la capital histórica y simbólica de los vascos.

El territorio histórico de Araba por su parte, se dividía en diferentes áreas de las que la mayoría optaron por adoptar la legislación del Reino de Castilla. El señorío o Cofradía de Arriaga se gobernaba por juntas y normas propias y elegía a su Señor, hasta que en 1332 optó por integrarse en el seno de Castilla y adoptar sus leyes. El Señorío de Ayala toma la misma determinación en el año 1487 a pesar de tener un Fuero vigente desde el año 1373. En el área de Laudio sin embargo, se optó por la aplicación de los Fueros de Bizkaia.

En el caso de Gipuzkoa se daba la peculiaridad que desde el año 1200, ésta estaba integrada en la Corona de Castilla acatando su legislación. A partir del año 1463, tras varios intentos baldíos, se constituyen los Cuadernos de Ordenanzas de la Hermandad de Gipuzkoa.

En Navarra, tierra de la *lingua navarrorum* (o del euskera), el desenlace político fue muy distinto. El poderoso Reino de Navarra tras siglos de hegemonía militar, fue asimilado por la Corona de Castilla al igual que le sucedió al resto de Reinos, Señoríos y comarcas de la Península Ibérica (con la excepción de Portugal) perdiendo de esta manera una gran parte de su identidad político-jurídica.

Por otra parte, los tres territorios de la actual zona vasco-francesa también conocida como Iparralde, fueron asimilados con el tiempo por Francia. Durante largos siglos los territorios de Iparralde habían conformado un fértil escenario para la cultura y la lengua de los vascos, donde está floreció y se fortaleció gracias al surgimiento de la Escuela de Sara. El primer libro redactado e impreso íntegramente en euskera del que tenemos noticia fue escrito por Bernard Etxepare en el año 1545 bajo el título “Linguae Vasconum Primitiae”. Al igual que Etxepare, originario de Behe Nafarroa, los grandes autores clásicos de la literatura vasca entre los que podríamos nombrar a Axular o Sarako Etxeberri, nacieron y desarrollaron sus obras en tierras de Iparralde. Siglos más tarde, en 1853, Anton Abbadia, organizaría en la misma zona (Urruña, Lapurdi) una serie de actividades de carácter etnocultural que por muchos son consideradas como el preludio al nacionalismo vasco. Estas jornadas conocidas como los *Lore Jokoak* fueron organizadas durante el siglo XIX. En ellas la música, las danzas y la poesía vasca eran ensalzadas como patrimonio cultural de los vascos. Estas jornadas son consideradas como parte de un renacimiento de lo vasco, contextualizable en el seno de los movimientos románticos europeos de la época.

Los Fueros como referencia legislativa y política, el euskera como lengua cuasi-sagrada de la comunidad y el complejo sistema simbólico y ritual de la cultura de los vascos, conformaban las bases identitarias latentes que se manifestaban con mayor ímpetu durante procesos de carácter bélico o conflictual. En la tierra de los vascos existía una lengua común, unas características culturales y una serie de ritos arcaicos que conformaban en definitiva un entramado etnosimbólico latente que era compartido por la comunidad. Los diversos conflictos bélicos y especialmente las sanciones derivadas de las carlistadas, se presentaron como peligros percibidos por la comunidad de los vascos. Estos posibilitaron la activación de una identidad política que hasta entonces se había mantenido latente. Esta violencia constitutiva habría permitido pues, el surgimiento de sujetos políticos allí donde solo existían sujetos culturales (Bowman, 2003).

Tan solo Navarra, Álava, Gipuzkoa y Bizkaia conservaron sus Fueros de origen medieval tras la guerra de sucesión española a principios del siglo XVIII. Los Fueros se mantuvieron hasta el siglo XIX, momento en el que el sistema foral entra en profunda crisis. Es en esta época cuando el sistema foral entra en colisión con el sistema constitucional español. En Euskadi existía una visión tradicionalista e idílica de los Fueros que fue defendida por el carlismo en las áreas rurales. En el bando contrario se encontraban los liberales, más populares en las áreas urbanas, que defendían un engarce de los Fueros en el modelo constitucional español. Como resultado de las disputas políticas entre ambos

bandos, los vascos sufrieron varias guerras civiles conocidas como las guerras carlistas. Tras la derrota carlista los Fueros fueron abolidos en 1876.

Este trascendental acontecimiento que supondría la derogación de unos derechos históricos que los vascos consideraban casi sagrados, junto con la instauración de un régimen político-jurídico extraño y no considerado como propio, originó un sentimiento de injusticia en el seno de una gran parte de la población del País Vasco, que con el tiempo encontró en España la imagen del mal y de una inferioridad de tipo etnocultural (varios de los escritos de Sabino Arana, fundador ideológico del nacionalismo vasco, dan buena fe de ello). Décadas después, el nacionalismo vasco surgiría y se fortalecería como respuesta defensiva ante los ataques llevados a cabo por el nacionalismo español. El nacionalismo vasco se apropió del creciente sentimiento de pertenencia predominante en áreas rurales, dándole forma y articulándolo políticamente, mientras que en las ciudades y zonas industriales, el movimiento obrero representado por el socialismo se hizo fuerte y se expandió con rapidez. A pesar de este hecho, el nacionalismo vasco también contó con un notable apoyo en los núcleos urbanos, siendo Bilbao uno de sus bastiones políticos.

3.3) Las guerras carlistas y la derogación de los Fueros

Las carlistadas o guerras carlistas fueron un elemento clave en la activación de los sujetos políticos en el País Vasco. Se trata de un conflicto surgido en el seno del sistema dinástico español que acabó influenciando profundamente el futuro político y nacional de los vascos. Entre sus consecuencias más directas deberíamos mencionar la disolución de los Fueros vascos el 21 de julio de 1876. Este acontecimiento provocó un malestar generalizado entre el campesinado y la sociedad tradicional del momento, que con el tiempo derivó en el surgimiento de un movimiento nacionalista.

Tras la muerte en septiembre de 1833 de Fernando VII, Rey de España, los problemas derivados de la sucesión al trono desencadenaron una guerra que duraría más de cuatro décadas. El trono debía recaer en manos de Isabel, aunque al ser ésta menor de edad, María Cristina debería ser reina regente hasta que la primera alcanzara la mayoría de edad. El infante Don Carlos no acató la decisión, dando así comienzo a un conflicto fratricida que iba más allá de las simples apariencias, ya que los dos bandos representaban cosmologías profundamente opuestas. Entre las causas más evidentes deberíamos destacar la guerra dinástica entre Carlos e Isabel, la defensa y ataque a los Fueros y el enfrentamiento entre defensores y detractores del Antiguo Régimen. Entre los liberales se encontraban las autoridades eclesiásticas, la alta burguesía, los habitantes de las ciudades y la alta nobleza. Entre los carlistas sin embargo, se encontraba el clero llano, la baja nobleza y sobre todo el campesinado.

En el País Vasco las carlistadas estallaron en dos momentos diferentes. El primero comprendía el periodo que iba desde 1833 hasta 1839, y el segundo el periodo entre 1872 y 1876. El entuerto de la sucesión dinástica se presentaba como el principal problema, sin embargo, el conflicto giraba principalmente en torno a la cuestión de la tradición y del progreso. Por otro lado, ambos bandos contaban con la ayuda que les brindaban las potencias militares europeas del momento. Los liberales, que no disponían de representación política desde el año 1823, fundaron junto con los conservadores, los moderados y los progresistas un nuevo partido político en torno a la figura de la infanta Isabel. Contaron con la ayuda de la armada de la cuádruple alianza, formada por Francia, Inglaterra, España y Portugal.

El bando de los carlistas, mayormente conformado por monárquicos y campesinos, contaba con la ayuda de Austria, Prusia, Rusia y Nápoles. En el Sur del País Vasco el carlismo contaba con mayor aceptación, y estos abogaban por la defensa de la tradición y la religión, mientras que los liberales optaban por un mayor centralismo del Estado español.

Las primeras carlistadas se desarrollaron entre 1833 y 1839. Tras la muerte de Fernando VII, Donostia y Pamplona quedaron bajo control liberal, mientras que Bilbao y Vitoria fueron rápidamente conquistadas por los carlistas. Si bien Donostia estaba en manos de los liberales, la mayor parte de la provincia de Gipuzkoa era pro-carlista. La primera carlistada se dividió en tres periodos diferentes. Durante el primero, los carlistas se apoderaron de las zonas rurales con el general Zumalakarregi al mando, sin embargo no pudieron apoderarse de las grandes ciudades en manos de los liberales. Durante el segundo periodo surgieron diferencias en el seno del bando carlista y los liberales comenzaron a lograr victorias fuera de las grandes ciudades. Durante el tercer periodo surgió una dura crisis entre las filas carlistas. Los liberales vieron la oportunidad de lograr el fin de la contienda mediante un ofrecimiento en el que destacaría el mantenimiento de las instituciones forales. El acuerdo quedó sellado mediante el simbólico abrazo de Bergara entre el carlista Maroto y el liberal Espartero, el 30 de agosto de 1839. Ante esta situación Don Carlos tuvo que rendirse y huir a Francia.

Las segundas carlistadas se desarrollaron entre 1872 y 1876. Los alzamientos carlistas se sucedieron en todas las provincias vascas, pero especialmente en Bizkaia y Navarra. Las batallas entre carlistas y liberales concluyeron con diferente resultado. Mientras tanto se proclamó la República.

Durante la República se extendió la irreligiosidad y la anarquía, hecho que reforzó al movimiento carlista como bando antagónico. Don Carlos volvió a entrar en la Península Ibérica por Navarra, viendo que el carlismo se fortalecía paulatinamente. Resultó clave la conquista por parte de éstos de Gipuzkoa tras la toma de control de las fábricas de armas de Eibar y Soraluze. En Bizkaia tan solo Bilbao y Portugalete continuaban en manos de los republicanos. En Navarra y tras la famosa batalla de Montejurra, Estella cayó en manos de los carlistas al igual que otras muchas áreas de Araba.

La mayoría de las grandes ciudades de Euskadi y Navarra se encontraban sitiadas por los carlistas. En diciembre de 1874 Alfonso XII subió al trono tras la disolución de la República. Morines fue nombrado general y rompió el sitio a Pamplona en febrero 1875. Posteriormente los carlistas también serían derrotados en Gasteiz y Araba. Cuando finalizaron las campañas de Cataluña y del centro de la Península Ibérica, las tropas liberales se desplazaron al País Vasco para combatir a los carlistas, que paulatinamente fueron derrotados en Gipuzkoa y Bizkaia. Carlos y sus seguidores huyeron de nuevo a Francia.

Tras la rendición carlista el 2 de marzo de 1876 en el castillo de la Población, las Cortes de España aprobaron el 21 de julio de 1876 la ley que disolvió los Fueros vascos. Este hecho dio paso a un periodo de intenso malestar,

mayoritariamente entre los habitantes de las zonas rurales, que derivó con el paso del tiempo en la consolidación de una nueva identidad política vasca opuesta a la española.

A pesar de que la derogación de los Fueros se oficializó en marzo de 1876, el sentimiento de injusticia que percibe y experimenta una gran parte de la sociedad vasca y que posteriormente derivará en el surgimiento del nacionalismo vasco, nace tras la primera derrota carlista en 1839. Durante el periodo que transcurre entre las dos guerras carlistas, los liberales imponen una serie de normas de carácter político y jurídico que además se implantan en un espacio etnocultural *sagrado* para muchos vascos, y que provocan en palabras de De la Granja, “una crisis de identidad entre los vascos, que lo consideraron un castigo para todos, fuesen carlistas o liberales, y contribuyó a la radicalización del fuerismo, que a partir de 1876 tuvo unos rasgos pre-nacionalistas mucho más patentes que antes de la abolición foral”. (Filibi, 2007: 143)

Igor Filibi (2007: 402) sugiere además que los ataques en contra del sistema cultural y político vasco, se dan durante un largo periodo de tiempo que comienza en 1839 y finaliza en 1876 con la derogación de los Fueros.

A este ataque le seguiría otro aún más devastador, cuando primero se dividió el Estado -siguiendo el ejemplo francés- en provincias artificiales que ignoraban las fronteras tradicionales, luego se abolieron algunas partes de los Fueros y, finalmente, el 5 de enero de 1841 fue abolido, unilateralmente y “sin razón alguna”, el “pase foral”, que permitía acatar sin obedecer la legislación contraria a lo dispuesto en los Fueros. Como respuesta a estas agresiones se constituyó una “unanidad fuerista” en toda la sociedad vasca, agrupando tanto a liberales como a carlistas. Los ataques al sistema foral se alternaban con las constantes agresiones a la lengua y cultura vascas. La prohibición de que los niños hablasen en euskera en la escuela se remonta, al menos, a 1730, estableciéndose ya el denominado “castigo del anillo”; se tienen noticias de que en 1766 el conde de Aranda prohibió la publicación de obras en euskera, y en 1772 se prohibieron los libros de contabilidad en dicha lengua a favor del castellano; en marzo de 1801 se prohibía representar obras teatrales en euskera, y en 1857 se recogía por ley (art. 88 de la “Ley Moyano”) la obligatoriedad del castellano y la supresión total del euskera de la enseñanza pública, completando así la prohibición ya establecida en 1768 por Carlos III mediante Real Cédula, etc.

La segunda derogación de los Fueros en 1876 actúa como detonante ante una sucesión de acontecimientos que habían comenzado décadas antes. Durante el periodo que comienza tras el famoso abrazo de Bergara el 29 de agosto de 1839 entre el general carlista Maroto y el general isabelino Espartero (símbolo de la rendición del bando carlista), y concluye con la derogación definitiva de los Fueros en 1876, la sociedad vasca experimenta una serie de acontecimientos que

posibilitarán a partir de 1876 la rápida estructuración y fundación de un movimiento político que marcará el futuro del país; nos referimos por supuesto al nacionalismo vasco. Durante estas cuatro décadas la preocupación sobre los Fueros y su posible abolición aumenta exponencialmente, extendiéndose de un modo notable el ya mencionado sentimiento de injusticia. Por otro lado, se toma conciencia sobre los derechos político-jurídicos históricos que hasta ese momento se daban por sentados. Es ésta la razón por la que el nacionalismo vasco surge y extiende por la geografía vasca en tan solo dos décadas tras la derogación de los Fueros en 1876. El nacimiento de este nuevo modelo político moderno trasciende los límites y normas del foralismo previo, ya que toda intención por recuperar los viejos Fueros queda desechada a partir de 1876. En este nuevo momento constitutivo de la esfera de lo político, los aranistas consideran que resulta imposible retroceder a las estructuras tradicionales previas y se reivindica la necesidad de crear un nuevo marco político-jurídico que satisfaga las nuevas ansias soberanistas de una gran parte de la sociedad vasca.

Otra de las consecuencias derivadas de la derogación de los Fueros en 1876 y el posterior surgimiento del nacionalismo vasco, es la fractura ideológica que se percibe entre este último y el carlismo tradicionalista que busca la reinstauración del sistema foral. En palabras de Igor Filibi (2007), Arana es partidario de un sistema cercano al federalismo e incluso al confederalismo, mientras que los foralistas abogan por una centralización del poder político.

El pensamiento de Arana se basa en la soberanía política de los grupos civiles locales más pequeños, los municipios, considerados como la primera creación de las ‘repúblicas’ vascas mediante la voluntaria confederación. En contra de esta idea, los carlistas entendían el foralismo como una “devolución de poderes” que implicaba la existencia de un Estado central, si bien reducido. Los nacionalistas aranistas, como se ha visto, se adhirieron a un concepto confederal que carecía de un centro institucionalizado de autoridad. (Filibi, 2007: 405)

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX, los acontecimientos políticos se suceden a un ritmo vertiginoso, debido en gran medida a que las alianzas y enemistades políticas habían sido constituidas previamente como consecuencia de los conflictos de carácter político y bélico. Todo ello derivará en una rápida constitución de los sujetos políticos y en el surgimiento de un nuevo proyecto nacionalista que influenciará profundamente el futuro político, social y cultural de Euskadi.

3.4) La constitución de los sujetos nacionales

El nacionalismo vasco se erige a finales del siglo XIX y principios del XX como una eficaz herramienta orientada a la gestión de un arraigado sentimiento de injusticia latente entre los vascos. En palabras de Igor Filibi (2003) existía desde el siglo XVII una conciencia de identidad diferenciada entre los vascos, que a pesar de no traducirse en términos políticos se plasmó en una serie de agrupaciones de carácter sociocultural.

Los primeros antecedentes asociativos se remontan a 1612, fecha de la redacción de los estatutos de la *Ilustre Hermandad Vasconzada de Nuestra Señora de Aránzazu*, en la Ciudad de los Reyes (Lima, Perú) (Igartua, 2000: 1-2). Esta Hermandad agrupaba a todos los residentes “naturales del Señorío de Vizcaya, Provincia de Guipúzcoa, Provincia de Álava, Reino de Navarra y de las cuatro villas de la costa de la montaña”, y para dejar constancia de que se trataba de “un asunto puramente vasco”, sus estatutos disponían “que todos los que hubiesen de ser recibidos en ella sean originarios de las partes y lugares referidos... a fin de ejecutar entre sí y con los de su nación obras de socorro mutuo” (Igartua, 1995: 59). Este modelo asociativo se extendería rápidamente por todo el continente (Ciudad de México, Santiago...), y se basaba en un radical igualitarismo entre sus miembros, sin excepción alguna: su lema era “todos los vascos somos iguales”. (Igartua, 2000: 3)³⁵

Existe por lo tanto, ya en esta época, un canon de tipo etnocultural entre los vascos que los impulsa a constituirse en comunidades socioculturales locales y diferenciadas del resto, en lo que podríamos considerar una proto-diáspora que se traduciría con el tiempo en la fundación de varias *Euskal Etxeak* en ultramar.

De las palabras de Filibi se puede deducir que existía por un lado una noción de *vasquedad* (que incluiría a las diversas provincias vascas y a Navarra), y por otro que esa sociedad estaría fundamentada en la igualdad y la reciprocidad, elemento éste equiparable al *gizabidea*³⁶ que se ejercía en tierras vascas. Existe en cierto modo por lo tanto, una noción de unidad etnocultural tradicional que estaría ligada a unos determinados territorios geográficos y a una serie de características socioculturales.

³⁵ Igor Filibi (2001). *La dimensión exterior de la autonomía vasca: apuntes socio-jurídicos sobre las Euskal Etxeak* (Centros Vascos). Inédito.

³⁶ Se denomina así a la normativa social, cultural y moral (ya que también tendría connotaciones religiosas) que regía las vidas de los vascos en áreas rurales. Esta les convidaba a ayudar a sus vecinos y tratarlos como iguales. La vida en comunidad estaría por lo tanto por encima de los intereses individuales.

Los elementos etnosimbólicos adyacentes a toda comunidad cultural pueden constituirse, articularse y manipularse consciente e inconscientemente en procesos donde estas comunidades pasan de ser culturales, a comportarse de un modo político y/o nacional. Los procesos en los que los sujetos políticos son constituidos, se caracterizan por su esencia discursiva y negociadora, o dicho de otra manera, los sujetos políticos son el resultado de un proceso dialógico en el que la mediación entre las diversas partes o actores enfrentados es esencial. Mouffe (1999, 2007) señala que el reconocimiento de la naturaleza conflictual de la política ayuda a descubrir cuales son los objetivos de una política democrática. La distinción nosotros/ellos debería ser compatible con el pluralismo, estableciendo simultáneamente un vínculo común entre las partes en conflicto y posibilitando así un reconocimiento entre oponentes legítimos, y no como enemigos irreductibles. Para Hannah Arendt (1996) el discurso permite presentarse ante los otros y establecer un espacio compartido y público en el que se respeta la pluralidad y puede surgir algo nuevo. Es este carácter negociador que pretende gestionar los dualismos identitarios evitando procesos de alienación y exterminación de tipo cultural o étnico, el que determinará si en un contexto con identidades y sujetos políticos enfrentados, la solución se limitará al uso de la violencia o si por el contrario existirá una voluntad de reconocimiento del Otro político.

El reconocimiento del adversario parece en ocasiones una quimera, y es por ello que a menudo se torna imprescindible la participación de mediadores en los conflictos entre naciones, comunidades y grupos enfrentados. La aniquilación del Otro nacional ha sido una de las principales estrategias políticas y militares llevadas a cabo durante gran parte del siglo XIX y XX por múltiples actores. En el presente este tipo de estrategias aun siguen llevándose a cabo. La violencia ha sido y continúa siendo un recurso recurrente a la hora de abordar los conflictos de carácter étnico. No deberíamos sin embargo obviar, el hecho de que la violencia no es solamente física, sino que existen procesos en los que ésta puede ser simbólica (Bourdieu, 1997), estructural (Galtung, 1969 y 1975) o performativa (Juris, 2003). Además, la violencia puede considerarse como legítima si ésta es ejercida por la policía, los servicios secretos, los ejércitos y otra serie de organismos asociados al Estado, siempre que este último cuente con el debido reconocimiento internacional.

Contar con el debido reconocimiento internacional puede llegar a legitimar el uso de la violencia, aludiéndose por lo general a conceptos y nociones ligadas al terrorismo. De esta manera, los asesinatos selectivos llevados a cabo por los servicios secretos de las naciones hegemónicas, son a menudo considerados como estratégicos y necesarios, mientras que la misma estrategia ejercida por miembros de un Estado no reconocido internacionalmente, sería tildada de terrorismo y probablemente conllevaría una serie de sanciones (embargo

económico, intervención militar, bloqueo diplomático, etc.). Las acciones violentas y el contexto en el que estas se producen, pueden ser fácilmente manipuladas por los Gobiernos y los medios de comunicación. El antropólogo norteamericano Jeffrey Juris (2003) afirma que los medios de comunicación cuentan con la habilidad para descontextualizar las imágenes de violencia y reinsertarlas en marcos interpretativos alternativos, que son un claro ejemplo en las dinámicas de la lucha por la hegemonía. Los grandes medios de comunicación han estado ligados históricamente a los poderes políticos. En este contexto, las naciones o grupos no reconocidos nacional e internacionalmente se encontrarían ante una situación de clara desventaja respecto a sus rivales políticos.

Los dirigentes de la policía y del Gobierno pueden manipular las imágenes violentas, sacándolas de contexto y reinsertándolas en narrativas que presentan a los activistas como criminales peligrosos o terroristas responsables de actos de violencia sin sentido. (Ferrándiz y Feixa, 2005: 190)

A parte de por su capital etnocultural, a finales del siglo XIX los sujetos nacionales vascos se constituyen en gran medida como resultado de dos hechos; por una parte la falta de reconocimiento y por otra la existencia de un sentimiento de injusticia en el seno de la comunidad. Este último estaría estrechamente ligado al concepto de *violencia constitutiva* que analizaremos más adelante. El sentimiento de injusticia es el resultado de una serie de acciones de carácter real o imaginario llevadas a cabo por el Otro/enemigo, que se perciben como peligrosas para la subsistencia del grupo o nación. Ante la violencia que se percibe como contraria (violencia constitutiva), se activan normalmente una serie de estrategias defensivas que se encuadran en lo que Glenn Bowman (2003) define como violencia defensiva. En ciertos contextos la falta de reconocimiento por parte de uno de los actores podría ser percibida como un ataque a la propia comunidad.

Como veíamos en apartados anteriores, el reconocimiento es esencial para la constitución de una nación bien sea en el seno de otra nación central o en un contexto internacional. Una nación no reconocida como tal carecerá, al igual que les ocurre a los Estados de facto, de toda potestad para intervenir en los asuntos que regulan y orientan el comportamiento de la sociedad internacional. El poder (o su ausencia) para opinar y votar derivado del reconocimiento internacional, afectará directamente al status de la nación en cuestión, en la toma de decisiones que se dan en la arena de la política global. La ausencia de reconocimiento internacional, además de mermar el poder de decisión y actuación de una determinada nación, podría conllevar una serie de reacciones por parte de esta que irían desde un aperturismo contrastado como es el caso de la nación Palestina (obviando las dificultades a las que ésta se enfrenta debido al aislamiento internacional al que le somete Israel), hasta un hermetismo total

como es el caso de Corea del Norte (que se traduce en la escalada de un conflicto de corte político y diplomático, cada vez más cerca de degenerar en un conflicto armado).

Los sujetos nacionales pueden constituirse o activarse por diversas razones, aunque probablemente la sensación de injusticia es la que influye de un modo más determinante en este proceso. Bowman (2003) sugiere que la violencia constitutiva (no necesariamente física) es percibida de un modo real o imaginario. Ésta podría además derivar en un sentimiento de victimismo que se extendería rápidamente por la comunidad o nación afectada. Como víctimas de un ataque externo e injustificado, los componentes de un determinado grupo, etnia o nación deciden entonces articular una serie de estrategias que pongan fin a la injusticia que padecen. Este sentimiento de injusticia es en gran medida el responsable de que los componentes de un grupo étnico o cultural decidan modificar su estatus sociopolítico constituyéndose en sujetos políticos. Éstos necesitan contar además con un espacio específico y bien delimitado geográficamente en el que sus derechos no sean cuestionados y suprimidos por amenazas externas. Es en este contexto donde la nación se erige como el modelo a seguir, ya que ésta representa un canon de referencia a nivel internacional capaz de satisfacer políticamente las demandas de la comunidad. La nación se convierte así en el hogar anhelado por los *poetas nacionales*³⁷ y por la literatura nacionalista heredera directa del romanticismo alemán e inglés.

Salman Rushdie (1991) toma las palabras de Milan Kundera (1978) para recordar que la lucha de un hombre contra el poder, es la lucha de la memoria en contra del olvido. Rushdie sugiere que los poetas y los políticos son enemigos irreconciliables, ya que ambos luchan por la defensa de su nación, aunque los primeros lo hacen negando la *verdad oficial* mediante sus escritos. A pesar de las palabras del Rushdie, no debemos obviar que existe una estrecha conexión entre los procesos de construcción nacional y la tarea desempeñada por políticos y poetas en conjunto. En el caso del nacionalismo vasco resulta evidente que tanto la aportación de Iparragirre (el poeta) como la de Arana (el líder político) fueron determinantes. Sabino Arana se sirvió en gran medida de un rico legado etnocultural que Iparragirre ya habría alentado con anterioridad mediante su producción artística. Iparragirre vivió en pleno romanticismo y éste lo marco profundamente. Se trata de un período muy convulso de la historia de la Península Ibérica, ya que con el estallido de las guerras carlistas y la subsiguiente abolición de los Fueros y de los privilegios del antiguo régimen, el panorama político se enrarece y los conflictos se multiplican por doquier.

³⁷ En posteriores apartados estudiaremos el relevante rol que juegan los poetas como líderes carismáticos en la construcción de la nación y en la divulgación de sus valores culturales, políticos e ideológicos.

La constitución de los sujetos políticos se manifiesta en dos dimensiones, la de los sentimientos y la de la política, ambas marcadas por una lucha en contra de la injusticia impuesta por el Otro. Es durante este proceso de carácter conflictual e incertidumbre social donde lo político adquiere protagonismo, ya que las identidades políticas y nacionales se encuentran en un proceso de negociación y definición constante que no concluirá hasta que la política sustituya a lo político. No obstante, existen casos como el vasco, donde ambas esferas se *hibridizan* y permeabilizan, ya que diversas naciones conviven juntas en un mismo espacio geográfico, entremezclándose una variedad de percepciones sobre injusticia/justicia y política, que hacen imposible la existencia de una única cosmovisión. Hablamos entonces de procesos abiertos o cerrados en falso donde algunos sujetos políticos se ven a si mismos actuando en la esfera de la política, mientras que otros consideran que no son sujetos de pleno derecho y demandan un cambio del marco establecido aludiendo a una lucha y negociación inconclusa en la esfera de lo político. Las diversas formaciones políticas del País Vasco muestran constantemente sus diferencias en este sentido, ya que mientras las formaciones nacionalistas españolas (PSOE, PP y UPyD) afirman que el marco jurídico y político establecido (y cerrado) es el que dicta la Constitución española, el PNV defiende el cumplimiento del Estatuto de Gernika aunque entiende que el proceso de autogobierno no está cerrado y debe intensificarse, y Bildu (la izquierda abertzale) habla abiertamente de construcción nacional orientado a la independencia dentro de un proceso aún abierto e inconcluso. La situación actual de la esfera política vasca es el resultado de acontecimientos pasados que no pudieron ser gestionados y *cerrados* adecuadamente en su momento. Esto sucedió debido en parte a que una serie de conflictos, de carácter bélico primero y político después, lo impidieron.

Los sujetos políticos vascos se constituyen a partir de una serie de acontecimientos históricos determinantes para ellos y su capital etnosimbólico. Las bases de la identidad vasca ya existían en la Edad Media (una lengua propia, unos derechos y privilegios representados por los Fueros, una historia y una serie de características culturales diferentes a la de las naciones colindantes), aunque ésta se encontraba en un estado de latencia a la espera de algún acontecimiento traumático que la activase para. La derrota militar sufrida durante las guerras carlistas derivó en la derogación de los Fueros que a su vez supuso una segunda derrota, esta vez de carácter político. La derogación de los Fueros en 1876 se interpretó como una imposición dictada desde las cúpulas políticas de Madrid, hecho que rápidamente alentó entre los vascos un sentimiento de injusticia. Este sentimiento unió con el tiempo diversas tendencias políticas en el seno del País Vasco. Pronto se traducirían en movimientos de carácter cultural y político a favor de la identidad vasca y su constitución como nación. Políticos, *bertsolaris* y poetas como Iparragirre, supieron representar y canalizar en público el descontento y la sensación de injusticia que sentía el grueso de la sociedad vasca

mediante sus canciones, poemas y obras artísticas. La doctrina política que nacería de ese sentimiento de injusticia, sería articulada y expuesta a la sociedad vasca por los hermanos Arana a finales del siglo XIX.

Tras la derogación de los Fueros en 1876 surgieron por parte de los vascos diversas iniciativas de carácter político y diplomático para recuperarlos, aunque ninguna logró sus objetivos. Durante este periodo los vascos intentan sin éxito rescatar un sistema político en vigencia desde el siglo XII (el primer Fuero fue otorgado a la Villa de Balmaseda en 1199). Ante la imposibilidad de recuperar los derechos y privilegios que disponían los Fueros, surgió entre los vascos la necesidad de articular un nuevo marco de carácter político-jurídico para controlar sus decisiones como lo habían hecho durante los últimos siete siglos.

A finales del siglo XIX Sabino Arana publica sus primeros escritos sobre identidad y nación. En un primer momento se centra en un nacionalismo vizcaíno que pronto hará extensible al resto de territorios vascos, incluyendo a Navarra y a las tres provincias vasco-francesas. Arana fundó un movimiento político moderno y contemporáneo, más allá de la simple reclamación de recuperar los Fueros, orientado a canalizar un arraigado sentimiento de injusticia que con el tiempo derivaría en un proceso de construcción nacional.

4) Nacionalismo vasco

4.1) El surgimiento de un movimiento político moderno

En 1893, durante una cena organizada para celebrar la publicación de su primer libro, Sabino Arana pronunció el conocido *Juramento de Larrazabal*. No son pocos los expertos que definen éste acontecimiento como el comienzo de su actividad política y el inicio del nacionalismo vasco.

Y no atribuyáis a la soberbia lo que sólo sería efecto del intenso dolor que me causaría el envilecimiento de los vizcaínos y la muerte de mi Patria; yo no quiero nada para mí, todo lo quiero para Bizkaya; ahora mismo, y no una sino cien veces, daría mi cuello a la cuchilla sin pretender ni la memoria de mi nombre, si supiese que con mi muerte había de revivir mi Patria. (Arana, 1965)

En junio y agosto de 1893 se publicaron los primeros dos números de la revista *Bizkaitarra*, siendo Arana denunciado por ello. Este hecho hizo que su popularidad aumentara considerablemente. *Bizkaitarra* se erigió en el medio que Sabino Arana utilizaría para dar a conocer sus ideas nacionalistas. *Bizkaitarra* estaba dirigido exclusivamente al consumo interno de los vizcaínos y pretendía despertar en ellos la conciencia nacional y ganar adhesiones. Esta revista experimentó un notable auge en poco tiempo.

En 1894 los hermanos Arana fundaron el *Euskeldun Batzokija* bajo la apariencia de una sociedad cultural, en el número 22 de la calle Correo de Bilbao. En la ceremonia inaugural realizada el sábado 14 de julio de 1894, el socio de más edad, Ciriaco de Iturri, ex-oficial carlista, izó por primera vez la *ikurriña*³⁸. El 12 de septiembre de 1895, la autoridad gubernativa ordena el cierre de la sede de la sociedad por “no cumplir los fines para los que fue creada”, por “ser su Círculo un foco perenne de rebelión y un peligro para la nación” y por varias acusaciones más (Villa, 2006). Hoy en día los *batzokis* son sedes culturales y políticas del PNV (Partido Nacionalista Vasco) presentes en la mayoría de los municipios de la geografía vasca.

³⁸ La *ikurriña* es la bandera oficial del País Vasco. Para el nacionalismo español tan solo representa a la Comunidad Autónoma Vasca dentro del Estado Español (Bizkaia, Araba y Gipuzkoa), sin embargo, para los nacionalistas vascos representa a las siete provincias de la nación vasca (Bizkaia, Araba, Gipuzkoa, Nafarroa, Lapurdi, Behe Nafarroa y Zuberoa), de ahí la conocida frase “Zazpiak bat” (las siete provincias unidas).

En julio de 1895 se eligió el primer Consejo Regional de Vizcaya, el *Bizkai Buru Batzar* (BBB), conformando así el primer órgano decisorio del Partido Nacionalista Vasco. En agosto del mismo año la sociedad recién creada fue denunciada, acumulando Arana su octava denuncia y su sexto procesamiento por artículos publicados en *Bizkaitarra*. Esta vez fue denunciado por “excitación a la rebelión”, por lo que fue condenado por su artículo 14 en esta revista a once meses y un día de arresto mayor y multa, ingresando posteriormente en prisión. En septiembre del mismo año el periódico y la sociedad fueron clausurados.

Las denuncias y encarcelamientos que sufrió Arana propiciaron que su popularidad aumentase exponencialmente en el seno de la sociedad vasca, además de acrecentar el sentimiento de injusticia ya existente entre los vascos. A partir de 1895 el nacionalismo vasco fundado por Sabino Arana empezó a materializarse en la constitución de los nuevos sujetos políticos que demandaban un nuevo marco político-jurídico. Éste es un elemento clave en el devenir futuro del nacionalismo vasco, ya que el nuevo movimiento nacionalista ya no busca la reinstauración del antiguo sistema foral, sino que demanda un nuevo escenario político, jurídico y social. Se intenta romper con el pasado e instaurar un nuevo sistema que responda a las demandas de los nuevos sujetos políticos. El nacionalismo vasco rompe con el esquema tradicional foral, ya que se trata de un nuevo movimiento moderno heredero de las vanguardias políticas e intelectuales europeas. No obstante, éste estará basado en gran medida en un entramado etnosimbólico tradicional. No podemos olvidar, que al igual que el romanticismo y que el resto de nacionalismos europeos, el nacionalismo vasco busca sus raíces en la historia, en las tradiciones y en las costumbres del mundo rural, bautizadas mediante el término folklora. Por otro lado, se redefine el término nación y se replantean las fronteras geográficas que ésta debe abarcar, incluyéndose a las siete provincias vascas. Los buenos resultados electorales en las elecciones municipales de 1905 en el País Vasco, no hicieron sino reforzar el proyecto nacionalista de Sabino Arana.

El surgimiento de una nueva fuerza política representada por el PNV, fue fundamental para el nacimiento, desarrollo y fortalecimiento del nacionalismo vasco. Durante las tres siguientes décadas el nacionalismo vasco no haría sino fortalecerse, hasta que tras la guerra civil española el General Francisco Franco impusiera un régimen dictatorial que prohibiría cualquier expresión pública de la política, cultura, lengua e identidad vasca.

Desde la derogación de los Fueros en 1876 hasta el final de la guerra civil española en 1939, en la arena de lo político se dan una serie de cambios trascendentales para el devenir futuro de la nación vasca. Ante la imposibilidad de ejercer los derechos y privilegios otorgados por el sistema foral vasco, surge un fuerte sentimiento de injusticia entre los agentes políticos y ciudadanos de

Euskadi. Éste derivará con el tiempo en la constitución de los nuevos sujetos políticos que reivindican un nuevo marco jurídico y político. Las nuevas demandas, manifestaciones y expresiones públicas tienen un carácter reivindicativo y pretenden subvertir el sistema impuesto por las esferas políticas centralistas españolas. Es éste un conflicto manifiesto en la esfera de lo público que se extiende tanto a zonas rurales como a las grandes urbes de Euskadi. España comienza a verse como el enemigo de la sociedad vasca, y el nacionalismo vasco se encarga de hacerlo público.

Nosotros odiamos a España con nuestra alma, mientras tenga oprimida a nuestra Patria con las cadenas de la esclavitud. No hay odio que sea proporcionado a la enorme injusticia que con nosotros ha consumado el hijo del romano. No hay odio con que puedan pagarse los innumerables daños que nos causan los largos años de dominación. (Arana, 1965)

Arana expresa mediante sus discursos dualistas el sentimiento de injusticia que sufren los vascos ante los ataques a las estructuras políticas tradicionales de las que disponían. La palabra injusticia se repite constantemente en sus escritos y discursos, hecho que muestra la insatisfacción reinante en el seno de la sociedad vasca del momento. Este tipo de ataques externos percibidos en contra de la comunidad propia, refuerzan en palabras de Bowman (2001, 2003) la unidad e identidad interna del grupo, siendo en ocasiones la constitución de la nación (como respuesta defensiva) la estrategia más efectiva.

En el caso vasco el conflicto centro-periferia se adueña de la arena de la política y transforma las relaciones existentes entre los diversos agentes. Señalábamos con anterioridad que lo político representa al escenario donde los sujetos políticos se constituyen en el seno de procesos conflictuales. Lo político se refiere al momento fundacional del orden social y representa al momento de apertura durante el que se constituye un nuevo orden social y los límites son replanteados. La política por el contrario se materializa cuando el nuevo orden surgido de lo político se institucionaliza. Edkins (1999) define lo político como un momento de despolitización (refiriéndose a la política y no a lo político), ya que el momento más político es el momento de decisión, concretamente el periodo en el que la política es obviada. La importancia reside en que el proyecto político crea sujetos políticos mediante procesos de lucha y contestación social.

A finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, nos encontramos ante un escenario de duras luchas dialécticas que se materializan mediante los escritos de Arana tanto en la revista *Bizkaitarra* como en *Baserritarra*. Es esta una etapa en la que los discursos dualistas se hacen protagonistas, multiplicándose el uso del esquema *Nosotros vs. Ellos* que busca reforzar las alianzas intergrupales

mediante la oposición entre *patria* y *enemigo*. Arana así lo atestiguó mediante una carta escrita a un amigo:

"Bizkaitarra" fue tal como fue porque así hacía falta entonces; pero se ha de ver, andando el tiempo, que no era el león tan fiero como le pintaban: nació a un pueblo que había olvidado a su Patria y olvidándola, a una sociedad relajada y rebajada, sin dignidad, sin nobleza de miras, sin generosidad, sin altivez, y donde era lo cuerdo seguir la corriente inmunda, y por esto se asombraron todos al leerlo. Pero lo que tuvo de duro en la elección de materias y en la forma de tratarlas fue necesario entonces. Hoy, y sobre todo en Bizcaia, ya no haría falta hablar contra España (aunque siempre es conveniente ridiculizarla con disimulo) y yo mismo, que a los ojos de los que no me conocen debo ser una fiera, que no puedo estar más que riñendo con todos, yo escribiría hoy un periódico en el que nada, lo más mínimo se dijese contra España. ¿Es acaso condición precisa, para ser un periódico nacionalista el hablar contra España? "Baserritarra" bien poco habló sobre esa nación,... comparado con "Bizkaitarra" pero también a "Baserritarra" le llegó su turno". (Arana, 1965)

Los movimientos nacionalistas se caracterizan en parte por su retórica excluyente mediante la que se incluye y esencializa lo propio y se rechaza y denuesta lo extraño. Los elementos etno-simbólicos del grupo son defendidos y contrapuestos a los del resto de culturas, naciones o grupos, que son tildados de inferiores, bárbaros y carentes de cualquier valor. Es en este contexto donde los discursos dualistas entran en juego y agrandan la brecha entre comunidades.

En palabras de Glenn Bowman (2001, 2003) la violencia (no necesariamente física) sirve para crear sujetos e identidades que están sujetas a las formas de violencia que buscan víctimas, o dicho de otra manera, la violencia percibida y *sufrida* (Hage, 1995) puede crear alianzas entre víctimas y asignarles una identidad previamente inexistente o que se encontraba en un estado de latencia. Este autor también afirma que la violencia es clave en la construcción simbólica de un enemigo común que alíe en una misma lucha a los miembros de una determinada comunidad (y víctimas de esa violencia). La comunidad debe articular estrategias que salvaguarden su integridad del *enemigo*, ya que su violencia puede suponer el fin de su cultura, de su pureza étnica y de su lengua. Esta violencia podría suponer en el peor de los casos la eliminación de sus propios individuos, ya que pueden darse actos de *limpieza étnica*. Bowman (2001, 2003) sugiere que la nación se erige en la estrategia más eficaz para proteger a la comunidad atacada, ya que el espacio geográfico asociado a ésta ofrece una sensación de seguridad necesaria para sus miembros e intereses.

La identidad se convierte en este tipo de contexto político en un recurso de poder utilizado para acceder a las esferas políticas y tener así la capacidad de controlarlas. Es por esta razón que el *deseo nacional* tampoco es un elemento

neutro, sino que al igual que en el caso de la identidad, instituye relaciones de poder. Lo hace mediante el establecimiento e institucionalización de las relaciones sociales y políticas de un modo jerárquico y vertical. La identidad puede ser incluyente o excluyente, y quien no pertenezca a *nuestra* comunidad podrá ser (y habitualmente lo es) considerado como *el enemigo*. El nacionalismo vasco ha evolucionado durante más de un siglo pasando de ser un movimiento de carácter etnocultural excluyente, a constituirse en un movimiento político inclusivo de carácter cívico (Brown, 2000). Este hecho se debe en parte, a que si bien en un primer momento el nacionalismo vasco debió adquirir esa dinámica excluyente para poder constituirse así mismo en contraposición al *enemigo* político, religioso, lingüístico y cultural encarnado por los *maketos*, con el paso del tiempo se optó por incluir a los individuos excluidos con anterioridad, ante el cambio que el propio sistema internacional estaba experimentando (sobre todo tras el final de la Segunda Guerra Mundial y la animadversión que empezaron a suscitar los nacionalismos de tipo puramente etnocultural). El nacionalismo vasco primigenio encontró en la esfera de lo étnico y de lo cultural, el recurso más eficaz para trazar las fronteras identitarias y políticas que le permitirían constituirse a sí mismo. El Otro *maketo* serviría a Arana como chivo expiatorio al que reprochar las injusticias políticas (derogación de los Fueros e instauración de un sistema político extraño) que España había cometido en contra del pueblo y la cultura vasca.

Esta estrategia política fue altamente eficaz en un sentido puramente conflictual y dualista. Las dos partes quedaron claramente enfrentadas, con lo que la identidad grupal de los vascos se constituyó políticamente y se refrendó con el nacimiento del Partido Nacionalista Vasco en 1895. No obstante, con el paso del tiempo el propio PNV observó que para convertirse en un movimiento hegemónico en Euskadi debería reconsiderar su estrategia excluyente e intentar captar las decenas de miles de votos que representaban los inmigrantes españoles. En el futuro se intentaría incluir a estos mediante la constitución de un nuevo nacionalismo cívico. Las estrategias discursivas cambian repentinamente tratando de atraer a los que en el pasado fueron considerados *enemigos*, e intentan hacerles ver que el verdadero enemigo se encuentra en Madrid y en sus políticas centralistas. La hegemonía política del nacionalismo vasco durante el periodo democrático del siglo XX resulta evidente, pero tras el fin del régimen franquista este no se encuentra representado exclusivamente por el PNV, ya que la izquierda abertzale (IA) irrumpe con fuerza en el nuevo escenario político. A pesar de que la IA aboga por un nacionalismo cívico en el que podrán incluirse a los trabajadores inmigrantes que así lo deseen (sea cual sea su procedencia y peculiaridades étnicas), eventualmente surge la necesidad de crear nuevos *enemigos* (Fuerzas de Seguridad, políticos españoles y colaboradores o chivatos) ante los que sustentar una identidad enfrentada pero constituyente a la vez.

La utilización de categorías dualistas y excluyentes basadas en los conceptos de Nosotros y Ellos, fueron necesarias para la constitución del primer nacionalismo vasco y de los sujetos políticos adscritos a él. Los acontecimientos históricos previos a la fundación del Partido Nacionalista Vasco en 1895, propiciaron que en la arena de lo político se gestasen una serie de retóricas de corte étnico que facilitaron a su vez el surgimiento de un movimiento nacionalista moderno, que buscaría una ruptura con el pasado foral y con la nación central que controlaba y regía su voluntad política. El *deseo nacional* parte del cambio en el espacio político de referencia que se repiensa como un *aquí* en vez de un *allí*. Esta dinámica política es similar al de los procesos de descolonización donde las antiguas colonias y sujetos subalternos, reconsideran el rol central de la metrópoli y luchan por constituir un nuevo centro político en el seno de su nación (aun en construcción). Este intento de desplazamiento del centro político por parte del nacionalismo periférico (Letamendia, 1997), se traduce en una reconfiguración de los sujetos políticos locales. Mientras que en el plano nacional hablamos de un movimiento geográfico del centro político, a nivel individual hablaríamos de un tipo de *conversión* plasmado mediante el *deseo nacional*. De este modo la referencia política pasa de ser Madrid a convertirse en Euskadi (aunque inicialmente para Sabino Arana ese centro se situara en Bizkaia). La *conversión* política a nivel individual podría equiparse hasta cierto punto a una conversión de tipo espiritual o religioso, ya que los referentes ideológicos mutan o son sustituidos por otros, debido en gran medida a un cambio surgido en la esfera de los valores. Los sujetos perciben de su entorno una serie de valores culturales, éticos y políticos que determinan en gran medida su comportamiento social. Por otro lado, éstos asumen una serie de símbolos de carácter performativo (Austin, 1962; Bourdieu 1972) como la *ikurriña* y otros valores nacionales, que igualmente rigen sus vidas. Los sentimientos y símbolos compartidos pueden llegar a tener un carácter altamente performativo. Éstos resultarían fundamentales en la conversión individual que mencionábamos con anterioridad.

Tanto el movimiento del centro político de un *allí* a un *aquí*, como los procesos individuales de conversión política, no hacen sino fundamentar las dialécticas dualistas y retóricas reactivas basadas en la fórmula *Nosotros; los buenos vs. Ellos; el enemigo*. Esta estrategia se basaría en un esquema retroalimentado donde la categoría del Otro sería la que invitaría al cambio de centro político y de valores personales. Éstos últimos afianzarían, legitimarían y fomentarían el uso de categorías y retóricas dualistas.

Se percibe en Letamendia (1997) la idea de que los nacionalismos centrales y periféricos se justifican mutuamente, ya que éstos estarían inmersos en una lógica de acción-reacción. Los movimientos políticos del Otro nacional son contrarrestados por la política del Nosotros nacional, perpetuándose en el tiempo un “juego de espejos” que fundamenta y alimenta las retóricas nacionalistas de

ambos (y en particular las de los más extremistas). Lo mismo que España constituye a la nación vasca, esta última constituye a España como nación. Se trata de un proceso retroalimentado mediante el que los opuestos/enemigos nacionales se constituyen y refuerzan entre sí. Del mismo modo que el nacionalismo vasco inicial encontró en la política, en la cultura y en la simbología de la nación española su Otro nacional, necesario por otro lado para su propia articulación como movimiento político, el nacionalismo español se ha alimentado históricamente del nacionalismo vasco y se ha fortalecido gracias al conflicto político y armado derivado de este.

Por otro lado, la nación no puede ser articulada sin unos sujetos políticos que la sientan como propia, o dicho de otra manera, la nación debe ser la patria de los sujetos nacionales (aunque antes estos deben ser constituidos como tales). Por lo general, los sujetos nacionales deben contar para su constitución con un capital nacional (Hage, 1996) de carácter fenotípico, lingüístico, cultural, político o religioso, aunque dependiendo del caso puede que alguno de estos aspectos no resulte imprescindible. Al igual que en otros ámbitos de la vida civil, los sujetos políticos se sitúan en torno a una estructura vertical que define los roles de cada uno. En lo más alto de la pirámide se situarían las personas con un mayor capital nacional, mientras que en lo más bajo se encontrarían el Otro. En este caso, el término Otro podría ser asignado a un extenso abanico de sujetos que iría desde los inmigrantes hasta los *enemigos* de la nación (tanto internos como externos).

Medir cuantitativamente el deseo nacional puede comportar una serie de complicaciones de tipo metodológico, sin embargo, autores como Ghassan Hage (1996) o Axel Honneth (1997) aportan en varias de sus investigaciones una serie de parámetros de medición aplicables a nuestro objeto de estudio: el *deseo nacional*. Afirmábamos con anterioridad, que el grado del capital nacional marca en cierto modo la constitución de los sujetos políticos en el seno de sus naciones. Aquellos que cuenten con un mayor capital nacional ocuparán las posiciones superiores en un sistema altamente vertical y jerárquico. Por el contrario, aquellos que posean un capital nacional débil o simplemente no lo posean, podrán ser relegados a las posiciones más bajas o incluso ser excluidos de él.

La pertenencia nacional es en palabras de Hage, un elemento vital para que los sujetos puedan sobrevivir dignamente en un determinado contexto nacional. Contar con un suficiente capital cultural es también necesario en palabras de Bourdieu (1987). Éste último señala que el capital cultural representa la suma de valores, estilos o conocimientos de tipo social, que se manifiestan mediante un sistema de relaciones entre individuos y grupos. Éstos además cuentan con un capital cultural (en nuestro caso también nacional) distinto. Las luchas para definir o acumular dicho capital se suceden constantemente. También se incide en el hecho de que más que el nivel del capital nacional acumulado, lo

verdaderamente relevante es como se adquiere, ya que este proceso determinará el nivel de reconocimiento y legitimidad del sujeto nacional en cuestión ante la comunidad. Hage también señala que más allá de la cantidad de capital nacional acumulado, el hecho de ser adquirido en vez de ser *heredado* de nacimiento, lo devalúa y le resta reconocimiento ante la comunidad nacional. El hecho de no ser reconocido como sujeto político nacional, implica una posible inclusión en el grupo de los Otros intra-nacionales. Éste recuerda la situación de exclusión que sufren los inmigrantes por parte de la comunidad nacional, debido en gran medida a su origen y a que su capital nacional ha sido en cierto modo adquirido y no recibido de un modo “natural”.

Hage afirma que la pertenencia nacional puede ser de cuatro tipos: *familiar* u *hogareña*, *gubernamental*, *soberana* y *funcional*. La primera define la nación como un lugar seguro en el que cobijarse. La nación es vista como un hogar, como un espacio en el que la protección de los individuos está asegurada. Esta idea es muy similar a la propuesta por Glenn Bowman (2001, 2003) quien señala que la nación y el nacionalismo buscan ofrecer un espacio seguro a los miembros de una comunidad ante la violencia constitutiva ejercida por el Otro/enemigo. La *pertenencia gubernamental* está relacionada con el sentimiento de posesión que los sujetos políticos tienen respecto a su nación de referencia. El contar con un determinado capital nacional otorga a los sujetos nacionales esa sensación de posesión o pertenencia nacional. Hage (1996) señala que es en este tipo de pertenencia donde deberían contextualizarse las expresiones como “esta es mi nación”, y que cuentan con un notable poder *performativo* (ya que pueden considerarse como *enunciados realizativos*³⁹). En la base de este tipo de pertenencia se encuentran elementos como el orden o el deseo nacional que los sujetos políticos sienten como propios y deben defender constantemente. La *pertenencia soberana* hace referencia a los modelos en que se utilizan discursos basados en el Nosotros. A pesar de que existen ciertas similitudes entre la *pertenencia gubernamental* y la *pertenencia soberana*, esta última se diferencia porque, en primer lugar busca el fortalecimiento del *deseo* de la comunidad de controlar su propio territorio para poder así afianzar la nación como ente gobernante; y en segundo lugar porque se trata de un sujeto que mira hacia afuera más que hacia adentro, ya que busca comunicarse internacionalmente por medio de la diplomacia o la guerra. En palabras de Hage el imaginario nacional piensa en la comunidad como una unidad reconocida internacionalmente, o dicho de otro modo, la *pertenencia soberana* se centra en la existencia de un sujeto internacional. Los sujetos nacionales deben esforzarse para que la nación persista de un modo local y global. El deber nacional que se apareja a este esfuerzo orientado al éxito y subsistencia de la nación, se encuentra condensado en la

³⁹ En Palabras de J.L. Austin (1982) existen una serie de enunciados de tipo *performativo* que cuentan con una capacidad *realizativa* o que *hacen lo que dicen*, gracias al poder que les otorgan los convencionalismos, los símbolos socioculturales y la delegación social.

pertenencia funcional. En opinión de Hage, el sujeto nacional legitima su propia existencia mediante la participación individual en los procesos grupales que literalmente precisan el correcto funcionamiento de la nación.

Del mismo modo que Hage (1996) indica que la pertenencia nacional se identifica con el *hogar*, con la sensación de poseer una nación, con el deber nacional, o con la categoría de un Nosotros que se constituye tanto nacional como internacionalmente; Axel Honneth (1997) ve imprescindible la noción de *reconocimiento* en el seno de los procesos sociopolíticos entre los que podríamos considerar el propio nacionalismo. En palabras de Felipe Hernán (2011: 46), “el objetivo de Honneth es elaborar una teoría sociológica-moral del sufrimiento humano -producto de la falta o el mal reconocimiento- y de éste, como posible motor de las luchas sociales –luchas por el reconocimiento-”.

Los procesos en los que los sujetos políticos son constituidos, se fundamentan en gran medida en la existencia de un reconocimiento por parte del resto de sujetos políticos y de naciones. Estas últimas precisan de un reconocimiento internacional, ya que sin éste cualquier intento por tomar parte en las relaciones diplomáticas globales resultaría infructuoso. Hage (1996) también incide en la importancia de las relaciones internacionales para la existencia de una *pertenencia soberana*, ya que los sujetos nacionales deben preocuparse del contexto internacional además de su propia *realidad* interna.

Los sujetos luchan en la arena de lo político para lograr un reconocimiento que los convierta en agentes políticos con voz propia en el seno de un determinado sistema nacional o internacional. Las retóricas dualistas pretenden constituir un Nosotros desde la categoría del Otro. Sin embargo, los sujetos políticos necesitan ser reconocidos como tales, tanto internamente en el seno de su propia comunidad nacional, como externamente en un contexto internacional. Desde una perspectiva individualista, el reconocimiento resulta fundamental para formar parte del Nosotros y por lo tanto de la comunidad nacional *deseada*, ya que un sujeto rechazado por su origen, etnia, cultura o falta de capital nacional, verá frustrados todos sus intentos por adherirse a dicha comunidad. Del mismo modo, las comunidades políticas y/o nacionales, necesitan ser reconocidas en el sistema diplomático internacional para poder acceder a los recursos que las hagan competitivas en un mundo cada vez más globalizado. La diplomacia internacional es la que dicta en última instancia cuales serán las comunidades nacionales que bien formen parte del Nosotros, o bien sean marginadas mediante la categoría del Otro en un sistema macro. Estas últimas harán lo mismo con los individuos a un nivel micro. Bien sea en un micro-contexto como en un macro-contexto, la categoría del Otro es indispensable para constituir un Nosotros. Esto sucede debido a que las identidades políticas son por lo general constituidas a partir de dualismos identitarios (Strauss, 1973; Bowman, 2001, 2003). Los

sujetos políticos necesitan ser reconocidos tanto por la comunidad a la que pertenecen, como por sus adversarios políticos. Sin este reconocimiento los sujetos no contarían con suficiente legitimidad política. Honneth (1997) señala que el ser humano sólo se constituye como tal en relación a otros seres humanos en un medio intersubjetivo de interacción. Es por esa razón que el reconocimiento es el elemento fundamental de constitución de la subjetividad humana. Honneth afirma que el reconocimiento se manifiesta en tres esferas diferentes: *el amor, el derecho y la solidaridad*. La esfera del amor se basa en las relaciones primarias entre padres e hijos o entre amigos. La esfera del derecho cuenta sin embargo con un carácter más universal, ya que en ella se expresan los derechos universales.

Es en esta esfera donde se efectúan las luchas por el reconocimiento, aspecto dinámico del orden social o motor de la historia si se quiere en términos *hegelianos*, pues cada lucha ampliará el horizonte de valores morales de la sociedad, lo cual puede propiciar que nuevos grupos emprendan luchas de reconocimiento. (Hernán, 2011: 48)

Hernán señala que en la actualidad la esfera del derecho es la que procura la libertad individual de los sujetos, posibilitando el libre ejercicio de sus capacidades. La aportación teórica de Honneth (1997) se asemeja en cierta medida a la idea de la esfera de lo político de Hannah Arendt (1996) y de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau (1985), quienes entienden la *política* como el conjunto de prácticas correspondientes a la actividad política tradicional, mientras que lo *político* debería referirse al modo en que se instituye la sociedad. Lo político estaría vinculado al momento de lo instituyente, mientras que la política lo estaría con el ámbito de la administración de lo instituido. Lo político se caracterizaría en opinión de Honneth, por una demanda de reconocimiento de los individuos que quieren constituirse en sujetos políticos, mientras que la política se caracterizaría por la institucionalización y puesta en práctica de ese reconocimiento.

Ese reconocimiento derivado de las luchas de poder en la esfera de lo político, es imprescindible para la constitución de los sujetos políticos. Del mismo modo que se lucha por lograr un reconocimiento político, la defensa de éste puede fomentar los conflictos entre los sujetos políticos. Podríamos intuir por consiguiente, la existencia de una estrecha relación entre los procesos conflictuales en la esfera de lo político y el reconocimiento de los sujetos políticos, ya que estos últimos luchan por constituirse como tal, en un escenario sociopolítico en plena construcción.

Hage (1996) sugiere que toda pertenencia nacional es simultáneamente *hogareña, gubernamental, soberana y funcional*, a pesar de que no todos los sujetos nacionales reivindicarán los cuatro tipos de pertenencia con la misma

intensidad. El capital nacional acumulado por cada uno de los sujetos resulta determinante a la hora de reivindicar cada tipo de pertenencia. El capital cultural y nacional acumulado es en definitiva, el que permite a los sujetos formar parte de la comunidad nacional de un modo satisfactorio.

Hage sugiere que existe además un tipo de imaginario nacional que se fundamenta en las categorías “motherland” o patria y “fatherland” o suelo patrio. El concepto patria se asocia a la pertenencia al hogar nacional, ya que alude a ideas como protección, calor emocional o seguridad nutricional (Hage, 1996: 473). Los himnos nacionales también se contextualizarían en el terreno del *motherland*. La patria haría referencia por lo tanto a los elementos *maternales* que ofrece la nación, todos ellos asociados a la protección. Este concepto de Hage se asemeja en gran medida a la concepción que Glenn Bowman (2001, 2003) tiene sobre la nación. Bowman señala que tanto los movimientos nacionalistas como la nación en sí, buscan proteger a los sujetos nacionales de la violencia ejercida por sus *enemigos*. Tanto Hage como Bowman observan en la nación un aspecto protector para los sujetos políticos. Ambos subrayan además la importancia del imaginario nacional en el proceso constitutivo de los sujetos políticos.

El segundo de los términos propuestos por Hage (1996) para la definición del imaginario nacional, el suelo patrio, se refiere a los elementos de carácter masculino asociados a la ley y el orden. Hablaríamos de un espacio estructurado verticalmente y que regularía el orden nacional desde arriba, mediante un poder asociado a la *pertenencia soberana* y a la *pertenencia gubernamental*. El imaginario nacional surgiría por lo tanto de dos esferas interrelacionadas. Por un lado encontramos un suelo patrio que se asocia a los tipos de *pertenencia gubernamental* y *soberana*, y por otro nos encontraríamos una patria ligada a los tipos de *pertenencia hogareña* y *funcional*. Mientras que las prácticas soberanas aseguran y defienden un territorio común asociado a la patria (manteniéndolo como un cuerpo indisoluble), las prácticas gubernamentales estructuran y organizan ese espacio (Hage, 1996: 477). La idea de la defensa de la comunidad nacional está presente también en los trabajos de Glenn Bowman (2001, 2003), quien señala que la violencia y las estrategias para hacerle frente, se encontrarían en la base de toda construcción y estructuración nacional. Bowman señala que la identidad política no es una categoría cerrada, ya que esta puede ser reformulada en cualquier momento. La percepción o sospecha de la existencia de un peligro para la comunidad, puede degenerar en la articulación de estrategias de tipo político-cultural como el nacionalismo (Bowman, 2003: 55).

Las retóricas nacionalistas pueden derivar en la constitución de bloques dualistas (Nosotros vs. Ellos), que posibilitarían la constitución y legitimación de la comunidad nacional. La *otredad* nacional y el imaginario asociado a ésta, es tanto para Hage (1996) como para Bowman (2001, 2003) un elemento esencial en

la construcción de las naciones. Hage señala que el imaginario nacional ofrece al sujeto político la motivación necesaria para la construcción nacional. Del mismo modo que cualquier sujeto simbólico, los sujetos nacionales no preceden al imaginario nacional. En palabras de Hage, al igual que cualquier otro tipo de lenguaje, el lenguaje nacional y el imaginario que este determina, preceden al sujeto nacional. Los sujetos, de un modo individual y en consonancia con el capital nacional adquirido tanto social como históricamente, asumen una determinada posición en el seno del ya presente imaginario nacional, haciéndose notar además a través de los diversos tipos de pertenencia nacional. Es éste en palabras de Hage, el proceso mediante el que los sujetos nacionales son constituidos. En los procesos de construcción nacional, el sujeto nacional no solo está construyendo la nación, sino que se está construyendo a si mismo. De este modo, el sujeto nacional estará asociado a la madre patria (*motherland*) sentimentalmente, mientras que lo estará al suelo patrio (*fatherland*) en función del *deseo nacional*. Los sujetos asociados a la patria mediante el deseo nacional, estarán dispuestos a dar su vida por defenderla (Hage, 1996: 478), ya que el deseo nacional (grupal y compartido) es antepuesto a la misma vida (individual).

La figura de la *otredad* es esencial en este tipo de procesos de construcción nacional, ya que ofrece las categorías cognitivo-simbólicas necesarias para sustentar el ideario político nacionalista. Hage sugiere que la *otredad* de la madre patria (*motherland*), es percibida por los sujetos nacionales como corpórea, sin embargo la *otredad* del suelo patrio (*fatherland*), se percibe como un ente incorpóreo que amenaza al deseo nacional. Éste también afirma que el Otro es excluido de la lógica nacional, ya que se percibe como peligroso, hecho que derivaría a su vez en una posible *exterminación* (física y/o simbólica) de la *otredad*. Hage señala que la historia de la nación puede interpretarse en términos de domesticación. Puede entenderse como una domesticación de la clase obrera por parte de la clase dominante, de las mujeres por parte de los hombres o de las minorías culturales por parte de las mayorías culturales. En definitiva, la madre patria (*motherland*) implica una domesticación de la *otredad* y su posicionamiento en un determinado lugar en el seno de la nación (habitualmente en los límites físicos y simbólicos). La constitución nacional implica en definitiva vaciar la nación de *otredad*.

En los procesos de construcción nacional el reconocimiento se erige en el elemento de mayor importancia. Hage (1996: 481) indica que en la guerra de *Bosnia*, lo que se “limpió” a los ojos de los serbo-bosnios, fue todo aquello que era percibido como un peligro para el *deseo nacional* serbio y su propio reconocimiento. Bowman (2003) señala refiriéndose a este mismo conflicto, que los serbios de Serbia presintieron un gran peligro en contra de su propia nación, debido en gran medida a los relatos que escuchaban sobre violentos actos ejercidos en contra de sus compatriotas más allá de las fronteras de la República

de Serbia. Las retóricas políticas de los serbios sobre la violencia sufrida en su contra por parte del resto de grupos étnicos, derivó con el tiempo en la constitución de la patria en un sentido materno. Los musulmanes bosnios pasaron a formar parte de la *otredad* que debía eliminarse, ya que por una parte habían sido históricamente los enemigos de los serbios, y por otra porque impedían la constitución de la nación serbia como tal. Tanto Hage (1996) como Bowman (2003), inciden en el hecho de que las naciones perciben en el Otro un obstáculo para su propia constitución y para su supervivencia. Es por esta razón que necesitan *domesticarlo* o eliminarlo.

En palabras de Hage los procesos de construcción de la patria desde una perspectiva masculina, buscan conformar un sujeto colectivo que ocupe un lugar en el orden simbólico internacional. Como todo proceso de constitución simbólica de los sujetos, éste es un proceso que también necesita del reconocimiento del resto de sujetos. Únicamente al lograr ese reconocimiento, podrá la unidad comunitaria ser capaz de considerarse a sí misma como un ente nacional. Entonces será partícipe del orden simbólico internacional y dueña de la categoría Nosotros (Hage, 1996: 481). Tan solo las naciones que cuenten con una integridad corporal, que se les reconozcan unos límites geográficos bien delimitados, que obedezcan a un deseo nacional común y que tengan un claro control legislativo sobre su territorio, serán reconocidas internacionalmente. El suelo patrio (*fatherland*) definido por Hage, presupone que el Otro no poseedor del suficiente capital nacional se comporta como un elemento contrario al *deseo* nacional (*counterwill*), debilitando así a la propia comunidad nacional. Hage sugiere que en este contexto los sujetos nacionales deciden “domesticar” y “erradicar” al Otro nacional, ya que éste es considerado como un suelo patrio alternativo al suelo patrio nacional existente (y que además es hegemónico).

En ocasiones, las alianzas entre víctimas (los Otros) o entre sujetos políticos subalternos, derivan en la formación de movimientos sociales que repercuten directamente en la dimensión horizontal del nacionalismo que analizábamos con anterioridad. Los nacionalismos se manifiestan mediante dos dimensiones que distan entre sí. La dimensión vertical, más estática, se compone de los elementos etnoculturales directamente asociados al capital nacional. Entre los componentes más determinantes de la dimensión vertical del nacionalismo, deberíamos destacar la lengua nacional, la religión, la cultura o los rasgos étnicos en general. Los sujetos subalternos poco o nada pueden hacer por cambiar y adaptarse a los rasgos étnicos y fenotípicos de la comunidad nacional de destino. No obstante, la dimensión horizontal asociada a las condiciones materiales del momento, ofrecería una serie de alternativas a éstos en la esfera de *lo político* y *la política*.

La esfera horizontal, al contrario que la vertical, no se fundamenta exclusivamente en un determinado capital etno-simbólico, sino que alude a las

condiciones materiales y sociopolíticas de un tiempo y un espacio concreto. Igor Filibi (2007) señala refiriéndose al caso vasco que:

Este caso ejemplifica perfectamente los dos ejes que estructuran el nuevo nacionalismo: una dimensión vertical o histórica que conecta con el pasado y permite la continuidad del movimiento nacionalista; y una dimensión horizontal que, en base a las condiciones de un momento histórico y sus conflictos sociales, explica su articulación concreta en un lugar y tiempo determinados. (Filibi, 2007: 274)

Esta dimensión horizontal se encontraría relacionada con las condiciones materiales concretas, como las económicas, las sociales, las políticas y las culturales de un determinado momento histórico. Se trata de un hecho contextual y de carácter sincrónico, que no se ve influenciado de un modo tan determinante por los elementos etnosimbólicos, al igual que sucede en el caso de la dimensión vertical.

Los nuevos sentimientos de pertenencia étnica no son meras herencias de una tradición enraizada en la historia del Estado-nación, sino que son el producto específico de los cambios que están teniendo actualmente en las sociedades complejas. La solidaridad étnica en la fase del capitalismo industrial se encontró a sí misma “dislocada” por la solidaridad de clase, entonces más relevante. Hoy en día esta solidaridad ha re-emergido como una fuerza autónoma. Mientras que otros lazos de pertenencia grupal se han debilitado o disuelto, la solidaridad étnica responde a necesidades identitarias que operan no sólo en el plano material, sino también en el simbólico. (...) Este punto de vista viene apoyado por todos aquellos análisis que sostienen que la identidad étnica se está transformando progresivamente en una “identidad simbólica” en el seno de sistemas en los que las connotaciones “materiales” de la etnicidad se han diluido en el gran crisol de la sociedad de masas. (Melucci, 2001: 102)

La existencia de un espacio para la participación política representado por la dimensión horizontal, proporciona a las víctimas de los nacionalismos étnicos una vía para evitar su “domesticación” y posible “exterminación” (Hage, 1996). Las víctimas de los nacionalismos étnicos pueden llegar a asociarse y constituirse en sujetos políticos, y participar de este modo en la vida política de la nación en cuestión. Los procesos de constitución en los que las víctimas se convierten en sujetos políticos, responderían en gran medida a las mismas necesidades, dinámicas e imaginarios de los sujetos políticos hegemónicos. No obstante, existen una serie de elementos determinantes para afirmar que estos procesos no son exactamente los mismos, ya que en el caso de los sujetos políticos hegemónicos se ostenta el poder sociopolítico y cultural, mientras que en el caso de las víctimas o los sujetos subalternos, las estrategias discursivas, políticas e identitarias se crean a partir de una posición de inferioridad que se materializa por medio de los diversos tipos de violencias sufridas por las víctimas, como son la

violencia estructural (Galtung, 1969, 1975), la *violencia simbólica* (Bourdieu, 1997) o la *violencia constitutiva* (Bowman, 2001, 2003). La violencia estructural impide a los sujetos subalternos tomar parte en las estructuras sociopolíticas hegemónicas que son en última instancia las que determinan los roles socioeconómicos y políticos de los sujetos nacionales. La violencia simbólica por su parte, se encarga de que los ciudadanos subalternos perciban e interioricen su posición de inferioridad como algo natural, haciendo que éstos reproduzcan los escenarios donde se legitiman y perpetúan las estructuras sociopolíticas de un sistema vertical basado en una desigualdad que los excluye constantemente. La violencia constitutiva que ya hemos mencionado con anterioridad, es aquella violencia real o imaginada que un determinado grupo etnocultural percibe como amenazadora y que lo impulsa a constituirse en un ente nacional.

Señalábamos con anterioridad que la violencia percibida es un elemento fundamental en todo proceso de construcción nacional. La función última de ésta es la defensa de los sujetos políticos y de su capital etnosimbólico. Las víctimas de procesos de exclusión, “domesticación” o “exterminación” (Hage, 1996), se ven ante la necesidad de asociarse y organizarse para su propia autodefensa. Las alianzas resultantes de este tipo de procesos escapan en ocasiones a las lógicas etnosimbólicas, ya que la dimensión horizontal de los nacionalismos se fundamenta en gran medida en elementos asociados a las luchas sociales por el reconocimiento y por el control del poder político.

Con los procesos de democratización experimentados por muchas naciones (occidentales por lo general) a partir de la segunda mitad del siglo XX, surgen dinámicas asociativas en la dimensión horizontal que buscan el *empoderamiento* de los sujetos en el seno de las comunidades nacionales. Las víctimas de los sistemas nacionales clásicos entre los que podríamos mencionar a las mujeres, los homosexuales, las minorías étnicas, los seguidores de religiones minoritarias o los sujetos pertenecientes a clases económicas y políticas subalternas, se asocian en multitud de ocasiones para hacer frente a las clases dominantes y reclamar así su propio reconocimiento como sujetos políticos de pleno derecho.

En toda dinámica nacional que implique la exclusión, la demonización, la domesticación o la eliminación del Otro (tanto interno como externo), los discursos y retóricas dualistas ocuparán un lugar destacado. El lenguaje es una poderosa herramienta a la hora de articular identidades y crear comunidad. Éste incluye y excluye eficazmente a los sujetos políticos en el seno de una determinada institución, organización o comunidad. No podemos obviar que el lenguaje es uno de los más poderosos instrumentos de control social, ya que nos proporciona los términos mediante los cuales la *realidad* es construida y clasificada. Nombrar es conocer e interpretar, y por esta razón el lenguaje es un sistema de valores mediante el cual se construye *realidad* social, pero también

mediante el cual se apodera de ella. “Nombrar el mundo es entenderlo, conocerlo y tener control sobre él”⁴⁰ (Ashcroft, Griffiths and Tiffin, 2006: 262).

El lenguaje otorga el valor y significación necesarios a las naciones para que los sujetos tengan interés y necesidad de integrarse en ellas. Hablamos en definitiva del *deseo* que los sujetos políticos muestran por formar parte de la nación. Jutta Wedels (1996) analiza como se construye el “interés nacional” e incide en que se trata de una construcción social que necesita de una reciprocidad entre líderes políticos (oficiales del Estado) y una audiencia representada por los sujetos políticos. El interés nacional surge de un proceso de representación mediante el que los oficiales del Estado aluden a un contexto internacional. No obstante, cuando se hace referencia al sistema internacional, se obvia la existencia de un importante número de naciones sin Estado a las que aplicar ciertos parámetros resulta complicado.

Intuimos que el deseo de ser nación y de contar con una patria, es un ingrediente esencial en la constitución de una nación. Llegados a este punto, nos surgen sin embargo una serie de dudas; ¿De donde emana el interés hacia esta?, ¿Es acaso el resultado de una estrategia ideada por las élites o es por el contrario el resultado de un proceso necesario en el seno de toda sociedad moderna?

Tampoco deberíamos olvidar que las naciones surgen y se constituyen en gran medida de un modo mimético, ya que en un determinado momento éstas pasan a representar un canon estandarizado para las relaciones entre comunidades políticas (bien sean reinos, imperios u otro tipo de organización sociopolítica).

Jutta Weldes (1996) afirma que los Estados son entes o actores aglutinadores, que representan y comparten actitudes y valores con los sujetos que agrupan. Los intereses de los sujetos son además representados por las acciones del Estado, ya que así se logra un tipo de comportamiento que podríamos definir como simbiótico. El interés nacional que menciona Weldes se fundamenta en los usos lingüísticos particulares e históricos, y en el contexto social. Éstos serían por lo tanto el producto de un constante proceso social de construcción de significaciones, que se materializaría en las acciones y reacciones de los sujetos políticos. El interés nacional que cita Weldes se aproxima en gran medida a nuestra idea de *deseo nacional*. En ambas se alude a la importancia del lenguaje en la constitución de los sujetos políticos, ya que gracias a éste los sujetos cuentan con una referencia o canon en el terreno de los valores y de los símbolos de carácter político y cultural. Los sujetos políticos pueden llegar a sentir interés y deseo por formar parte de una determinada comunidad nacional, ya que los

⁴⁰ Traducción propia.

símbolos que representan a esta (bandera, idioma, religión...) pueden a su vez generar una serie de sentimientos y adhesiones compartidos. Los valores y la adhesión a unos determinados símbolos sociopolíticos, deben ser constantemente ratificados y manifestados por los líderes políticos (en la esfera de lo político y especialmente en la arena de la política), ya que éste es en opinión de Weldes, el modo para que surja el *interés nacional*.

Los símbolos pueden además, ser instrumentos de poder con más relevancia en lo político y religioso que en otros ámbitos de la vida. Desde el campo de la antropología cultural se afirma por un lado que los aspectos estéticos y funcionales de los símbolos están muy relacionados, y por otro que los aspectos políticos y cognitivos funcionan de un modo similar. Mediante esa relación es posible entrar en el mundo de los rituales, de lo extraordinario y de lo sagrado. Éstos hacen referencia a los aspectos cohesivos y sociales que se reconstruyen mediante los ritos. Hablamos aquí del modo mediante el cual la sociedad se puede reconstruir a sí misma. Los símbolos condensados son particularmente útiles en la esfera de la política y de la religión, ya que es en estos ámbitos de la vida social donde resultan más eficaces debido en gran medida a su capacidad para orientar el comportamiento de los individuos de una sociedad. Los símbolos resultan fundamentales en el desarrollo y establecimiento de las relaciones sociales que posibilitan la constitución de los sujetos políticos.

Los símbolos condensados tienen un rol determinante en la construcción y supervivencia de las naciones. Aparecen fundamentalmente en los rituales y su función es condensar valores, sentimientos y obligaciones. El símbolo condensado se haya lleno de afectos y puede llegar a convertirse en obligación moral. La bandera norteamericana por ejemplo, es un símbolo condensado que representa al *american way of life*, que a su vez es un espejo de la cosmología sociocultural de la nación a la que representa simbólicamente. Ésta se constituye mediante una poderosa *sinécdoque* (que representa a la parte por el todo) por la que un gran número de ciudadanos *patriotas* estarían dispuestos a dar sus vidas. Todas las naciones necesitan una serie de símbolos condensados que aglutinen a los sujetos y a sus valores políticos en una misma comunidad nacional, que por lo general se caracteriza por su oposición al resto de símbolos y comunidades nacionales periféricas. Esta esencia conflictual y dualista reside en la base de la mayoría de los procesos de construcción de la identidad.

Sabino Arana se encontró a finales del siglo XIX ante la necesidad de tener que crear una serie de símbolos condensados que desligaran simbólicamente a los nuevos sujetos políticos vascos (aun sin constituirse del todo) de la política y de los valores nacionales de España. Para ello fue esencial crear la *ikurriña*⁴¹ y otra

⁴¹ Bandera oficial del País Vasco creada por Sabino Arana.

serie de símbolos condensados mediante los que los nuevos sujetos políticos pudieran sentirse parte de la nación vasca, que en gran medida fue constituida en contraposición a la española. Sabino Arana articuló un lenguaje político altamente performativo y fundamentado básicamente en los valores culturales, religiosos y etnosimbólicos de la cultura tradicional vasca. En el País Vasco la lengua fue el símbolo principal, al igual que en el caso del nacionalismo francés y del alemán, para la constitución y unión de los sujetos políticos.

El euskera había sufrido durante décadas el constante menosprecio y marginación por parte de muchos de los habitantes del País Vasco (mayormente de las grandes urbes). Esta situación degeneró con el tiempo en un uso diglósico de la lengua y prácticamente limitó su utilización a una esfera privada. El nacionalismo vasco se fundamentó básicamente en una serie de elementos etnosimbólicos que ayudaron a construir ideológicamente la nueva nación. El capital etnocultural preservado en los pequeños núcleos urbanos y las aldeas, fue clave en esta estrategia de carácter político-cultural. La lengua, la religión y los componentes etnoculturales tradicionales, conformaron la columna vertebral de la ideología del nacionalismo vasco. Todo ello se condensó en la frase “Jaungoikoa eta Lege Zaharra” acuñada por los hermanos Arana, cuya traducción literal es “Dios y Ley Antigua”. Ésta hace referencia por un lado al carácter profundamente religioso del pueblo vasco de la época, y por otro a los Fueros derogados en 1876. De las siglas “JEL”, que son una abreviación de “Jaungoikoa eta Lege Zaharra”, se deriva el término *jeltzale*, que es utilizado para denominar a los miembros del Partido Nacionalista Vasco.

Los argumentos lingüísticos, religiosos, políticos y culturales que mencionábamos previamente, pasan a formar parte a finales del siglo XIX y principios del XX, de la retórica nacionalista empleada en el País Vasco. El lenguaje político adquiere especial relevancia, ya que su performatividad (Austin, 1982; Bourdieu 1985) cuenta con la capacidad para constituir sujetos políticos que apoyen la causa nacionalista. Los discursos dualistas basados en argumentos etnosimbólicos se hacen progresivamente con el protagonismo en la arena pública, y los símbolos ligados a la cultura vasca en general, se apoderan de la esfera de lo político. Este tipo de símbolo adquiere un mayor valor y se *performativiza*, cuando los miembros de un determinado grupo perciben que su defensa resulta imprescindible para la supervivencia de la comunidad cultural, política y/o religiosa. La percepción de un peligro externo a la comunidad, deriva habitualmente en la articulación de discursos dualistas orientados a defender lo propio y rechazar lo extraño (Bowman, 2001, 2003). Éste hecho se percibe en múltiples escritos de la época, sobre todo en aquellos que tienen como autor a Sabino Arana. Tras ser encarcelado mientras se encontraba enfermo de gravedad, Arana y el problema que suponía el movimiento nacionalista que él mismo fundó, empezaron a adquirir su *verdadera* dimensión para los políticos

españoles. Segismundo Moret, presidente del Congreso español, afirmó en el año 1902 sobre Arana que: "Será más gallardo que muera en la cárcel; además la tranquilidad de España bien vale la vida de un hombre" (Valencia, 2011: 19).

En cuanto a la performatividad asociada al uso de discursos políticos de carácter dualista utilizados durante esta época, debemos recordar que éstos se dan en un contexto donde existen una serie de procesos de carácter dialógico y conflictual que lo impregnan todo. El conflicto reside en la base de la arena de lo político, ya que los sujetos políticos tratan de constituirse como tal en oposición al resto. Tanto el PSE en oposición al nacionalismo vasco, como el PNV en oposición al movimiento obrero y a la inmigración procedente de España, articulan mensajes dualistas orientados en gran medida a su propia constitución como sujetos políticos. Son discursos orientados en gran medida a fortalecer la integridad e influencia de la comunidad a ojos de sus seguidores.

Los discursos dualistas y las retóricas discursivas utilizadas en la arena de lo político, buscan por lo general una serie de objetivos ideológicos a los que Edkins (1999) se refiere como "momentos fundacionales del orden social". Desde esta perspectiva lo político representa al momento de apertura durante el que se constituye un nuevo orden social y los límites son replanteados, dando así lugar a la constitución de nuevos sujetos políticos. El lenguaje y las estrategias discursivas son elementos clave en los procesos de lo político, ya que estos instauran los parámetros mediante los que se definirá el nuevo escenario para la política. Liu Yongtao (2010) señala que el lenguaje puede ser utilizado instrumentalmente para representar y (re)construir actos y *realidades* sociales. Los sujetos políticos inmersos en un proceso de constitución, *luchan* en la arena de lo político para establecer sus propios intereses políticos. Por lo general éstos se oponen al resto de intereses, ya que no solamente se representan significaciones, sino que se produce significado. La producción de significado podría por otro lado, asociarse a conceptos como el poder y la hegemonía. En palabras de Yongtao, el lenguaje es por una parte un sistema simbólico y por otro una forma de poder social. Ashcroft, Griffiths y Tiffin (2006) señalan por otro lado que el lenguaje es el más poderoso instrumento de control cultural, ya que instaura una serie de sistemas de valores difícilmente contestables por los miembros de la comunidad.

En los procesos de construcción nacional el lenguaje se hace protagonista, ya que cuenta con una influencia directa sobre las decisiones que se toman en la esfera de lo político. Ashcroft, Griffiths y Tiffin también afirman que definir y nombrar la *realidad* supone tomar el control sobre ella, básicamente debido a que el lenguaje dominante se convierte en el medio para conocerla y describirla. Estos autores indican sin embargo que existen diversas respuestas ante el lenguaje colonial hegemónico, entre las que se deberían destacar el rechazo y la

subversión. Las dinámicas de dominación y rechazo se manifiestan habitualmente en la arena de lo político, ya que los sujetos intentan constantemente imponer su percepción de la *realidad* al resto. Esta lucha entre cosmovisiones opuestas es inherente a la dimensión de lo político, y tan solo cuando se de paso a la política podremos pensar que el proceso conflictual ha finalizado. No obstante, existen multitud de casos (entre ellos el vasco) en los que este proceso se ha cerrado en falso, hecho que da pie a continuos conflictos de carácter político e incluso armado que denotarían la fragilidad de la dimensión de la política en ciertos escenarios.

La constitución de los nuevos sujetos políticos en el seno de la nación vasca durante los siglos XIX y XX, está estrechamente ligada al cambio discursivo que se da en político. Por una parte se establecen nuevos parámetros dialécticos mediante los que describir la nueva *realidad* sociopolítica, pero por otra también se define que es la nación vasca. Ésta se considerará un nuevo ente político que deberá sustituir al sistema foral previo.

Como mencionábamos con anterioridad, en el caso vasco lo político representa a un proceso que se ha cerrado en falso, ya que tan solo algunos miembros de la sociedad vasca consideran que han logrado el estatus deseado (en su mayoría nacionalistas españoles), mientras que otros muchos opinarán todo lo contrario, y así lo atestiguan muchos de los escritos de la época, entre los que deberíamos destacar los de el propio Sabino Arana. Los sujetos políticos en Euskadi comienzan a constituirse durante las guerras carlistas, aunque este proceso se intensifica tras la derogación de los Fueros en 1876. No es hasta finales del siglo XIX cuando Sabino Arana es capaz de articular un sentimiento de pertenencia nacional mediante una doctrina política. El nacionalismo vasco sin embargo, sufriría numerosas escisiones, reinterpretaciones y modificaciones de carácter tanto ideológico como estructural a lo largo del siglo XX. Es por ello que hablar de nacionalismo vasco en singular, nos haría incurrir en un posible error.

La derogación de los Fueros en 1876 da paso a un vertiginoso proceso político mediante el que los nuevos sujetos políticos comienzan a constituirse. Se trata de un proceso que parte de un sentimiento de injusticia derivado de la abolición del sistema sociopolítico tradicional de los vascos y de la instauración de un nuevo sistema político extraño. Tanto el marco jurídico como las *reglas de juego* impuestas para relacionarse con España, cambian súbitamente con lo que gran parte de la ciudadanía y de la clase política vasca se encuentran *desorientadas* ante la nueva situación sociopolítica. Casi de inmediato surge entre la gente un sentimiento de injusticia que propicia la aparición de voces discrepantes con la situación actual. Durante casi dos décadas se intentan recuperar y restablecer los Fueros mediante la negociación política, pero todos los esfuerzos resultan baldíos.

Hobsbawm enfatiza la conexión entre el descontento por la agresión unilateral del Estado español a los Fueros y el surgimiento de la nación vasca, al observar la velocidad del proceso de articulación del nuevo movimiento nacionalista, dado que “el desplazamiento ideológico del autonomismo vasco de la defensa o la restauración de antiguos Fueros feudales a un argumento lingüístico-racial fue repentino: en 1894, menos de veinte años después del fin de la segunda guerra carlista, Sabino Arana fundó su Partido Nacionalista Vasco (PNV)”. Es un caso verdaderamente excepcional, pues “se granjeó cierto apoyo de las masas después de 1905 y virtualmente barrió en las elecciones locales del periodo 1917-19 (exceptuando los votantes obreros de Bilbao)”. (Filipi, 2007: 404)

La imposibilidad de restituir el sistema foral tradicional que había estado vigente durante siglos, provoca por un lado el ya mencionado sentimiento de injusticia y por otro el surgimiento de una serie de líderes políticos carismáticos como Sabino Arana, que intentan dar un vuelco al panorama político del momento. A mediados de la década de los 90 y ante la imposibilidad de recuperar el sistema político y jurídico tradicional, se da un cambio de perspectiva en el seno de la sociedad vasca que deja de mirar al pasado y sufre en cierto modo, un proceso de *conversión* que ya mencionábamos con anterioridad.

El nacionalismo vasco, un movimiento moderno con bases tradicionales, es el resultado de este cambio radical en la cosmovisión sociopolítica de la sociedad vasca. Los sujetos políticos aun en proceso de construcción buscan un nuevo marco de referencia sociopolítico y logran articularlo gracias a los profundos cambios que se llevan a cabo mediante las estrategias discursivas y la retórica política local. Una importante parte de la sociedad vasca de la época se siente agredida por las políticas impuestas desde España tras la derrota en la segunda guerra carlista y la posterior derogación de los Fueros. Ante esta sensación de injusticia surgen nuevas tendencias políticas que tratan de romper con el marco sociopolítico previo.

En este contexto de descontento político generalizado, los miembros de la comunidad sienten la necesidad de unirse y articular una nueva estrategia que ponga fin a lo que ellos consideran una injusticia impuesta desde el exterior. Este hecho también da paso al surgimiento de discursos que buscan la confrontación y que derivarán con el tiempo en la implementación de retóricas dualistas. Los intereses políticos de España son presentados en este momento como contrarios a la voluntad general de la sociedad vasca y este hecho degenera en la identificación de la nación española con el enemigo irreconciliable del País Vasco. Glenn Bowman (2003) señala que la identidad surge de la identificación, y que la idea de nación es generada a partir de una *fantasía* sobre un territorio utópico que debe ser ocupado por aquellos que sufren una misma violencia ejercida por un enemigo común. Los dos elementos que cita Bowman son constituidos en un breve periodo de tiempo por el nacionalismo vasco. Ésta presenta por un lado a

España como un irreconciliable enemigo de la comunidad y por otro reivindica el surgimiento de un espacio nacional que salvaguarde los derechos, la integridad e identidad de los vascos. La constitución de un enemigo común es en palabras de Bowman (2003), un elemento clave en la unificación y consagración de los integrantes de una determinada comunidad política, ya que estos comparten un mismo fin; luchar juntos contra un mismo peligro externo. La figura del enemigo es habitualmente construida en torno a una serie de estrategias discursivas que implementan el uso de términos, conceptos y nociones que reproducen el esquema “Nosotros, los buenos Vs Ellos, los malos”. Bowman afirma que en el caso de la antigua Yugoslavia las estrategias discursivas establecidas por el Estado son transformadas deliberadamente para crear la categoría del enemigo. Este objetivo se logra mediante la elaboración y propagación de historias (reales o ficticias) sobre la violencia ejercida por un Otro que anteriormente era considerado vecino y sujeto connacional.

Al igual que en el caso de la antigua Yugoslavia (y prácticamente del resto de naciones) donde el nacionalismo serbio se consideró así mismo como hegemónico entre el resto de repúblicas, el nacionalismo vasco inicial pretende convertirse en una nueva corriente política mayoritaria y dominante en Euskadi. Por esta razón los movimientos nacionalistas deben crear nuevas categorías identitarias y articular discursos políticos que las sustenten. El Otro pasa a convertirse en la antítesis en la que reflejarse para constituirse como sujeto político y poder así crear una comunidad nacional propia sustentada en la categoría del Nosotros. Los discursos dualistas y las confrontaciones identitarias resultan básicos en los procesos de constitución nacional y en la de los sujetos políticos adscritos a éstas. Este dualismo étnico, cultural, religioso o político no se limita a una esfera supranacional, sino que a menudo se manifiesta de un modo nacional o intra-grupal. Ghassan Hage (1995) afirma que cualquier nación busca la hegemonía étnica interna y la subsecuente homogeneidad cultural. Toda diferencia deberá ser “eliminada” para llevar a cabo este propósito. Mediante este proceso de eliminación de lo diferente se fortalecen los lazos de la comunidad nacional y se cohesiona la identidad cultural y sobre todo política del grupo. Podemos pensar por lo tanto, que en un contexto con nacionalismos enfrentados eliminar⁴² al Otro fortalecerá al Nosotros. Glenn Bowman (2003) también sugiere que la formación nacional y la disolución estatal están estrechamente relacionadas con el concepto de *violencia imaginada* y *enemigo nacional*. Éstos se encontrarían en el epicentro de la estrategia defensiva que conocemos con el nombre de nacionalismo.

⁴² La eliminación del Otro no se limita a un acto físico, sino que puede tratarse por ejemplo de una exclusión del poder político, del mercado laboral o del sistema educativo. Podría referirse al uso de la violencia estructural (Galtung, 1969, 1975) o de la violencia simbólica (Bourdieu, 1997), la primera orientada a apartar a los sujetos subalternos de todo control político y la segunda encargada de inculcar a éstos la idea de su propia inferioridad en el seno de un sistema que lo perpetuaría en el tiempo.

Bowman afirma que la violencia percibida en el Otro es el elemento clave en la elaboración de la identidad nacional que se constituye como un recurso para la autodefensa. La amenaza y la violencia que el Otro ejerce contra el Nosotros, es definida por Bowman como *constitutiva*. Los nuevos sujetos políticos/nacionales que se sienten amenazados por esa violencia externa⁴³, articulan una violencia defensiva que se materializa por medio de los nacionalismos. Estos nuevos sujetos políticos también buscan ser homogéneos y hegemónicos dentro de sus comunidades nacionales, por lo que la violencia constitutiva puede reproducirse, esta vez en el seno de la nueva comunidad nacional en contra de cualquiera de las minorías étnicas que permanezcan en ella. Ghassan Hage (1995) recuerda que los procesos de construcción nacional que van desde la defensa de las comunidades culturales hasta las limpiezas étnicas, son estructuradas básicamente a partir de los mismo imaginarios nacionales. Hage también señala que las lógicas de “exterminación”⁴⁴ son inherentes a cualquier tipo de construcción nacional.

⁴³ La violencia constitutiva se percibe como externa a la comunidad nacional a pesar de que esta puede ser asociada a otra comunidad étnica o nacional dentro de un mismo Estado como sucedió en el caso de la extinta Yugoslavia.

⁴⁴ Este concepto utilizado por Ghassan Hage (1995) no se refiere exclusivamente a un tipo de exterminación física, sino que puede hacer alusión a acciones represivas de corte político, social, cultural o lingüístico.

4.2) Surgimiento de los sujetos políticos vascos

Existen diversas teorías en torno al surgimiento del nacionalismo vasco y de los sujetos políticos adscritos a él, siendo numerosas las voces que coinciden en la existencia de una serie de elementos de carácter discursivo que facilitan su constitución. Como mencionábamos con anterioridad, los discursos dualistas fomentan la unidad intergrupal de las comunidades nacionales. Este tipo de discursos se basan en una cosmovisión o percepción dual de la *realidad* en la que lo que caracteriza a la propia comunidad es ensalzada y defendido, mientras que lo externo a ésta es denostado y rechazado.

David Brown (2000) afirma que en el caso del nacionalismo vasco existen tres diferentes interpretaciones o teorías a la hora de explicar su constitución. Todas ellas están sustentadas en una perspectiva dualista. La primera señala que existiría una diferencia de carácter étnico que se manifiesta mediante una reclamación independentista del País Vasco sustentada en una serie de argumentos de tipo lingüístico, genético e histórico. Desde esta perspectiva el movimiento nacionalista vasco sería la expresión de una solidaridad que nace de una base lingüística, racial y cultural común. Brown recuerda que desde 1479 Castilla realiza múltiples intentos de ejercer e imponer un poder estatal centralizado con el fin de unificar y dominar la Península Ibérica. Las regiones vasca y catalana se intentaron incorporar por la fuerza, hecho que estimularía aun más la conciencia de distinción entre estas comunidades. Por otro lado, desde el siglo XIX la expansión de la cultura castellana y el rápido crecimiento de la industrialización, despertaron una conciencia colectiva latente hacia un movimiento nacionalista organizado. La intensidad del nacionalismo vasco obedecería pues, a la distinción vasca y a los ataques de Franco dirigidos a eliminar la cultura y lengua vascas.

La segunda de las interpretaciones sobre el nacionalismo vasco realizadas por Brown, señala que el apoyo a este movimiento político habría procedido de aquellas clases sociales más amenazadas en sus intereses por los cambios económicos y por la presión política española. De este modo, una serie de grupos sociales habrían dado su apoyo al movimiento nacionalista vasco siempre teniendo en cuenta sus propios intereses económicos, e intentado defender estos de las amenazas externas. En palabras de Brown, el nacionalismo vasco fue articulado a finales del siglo XIX por juristas, curas y una pequeña burguesía rural que hacían de élites políticas en las juntas generales de Gernika. Al ver su estatus político amenazado por el Estado español, y percibir una serie de agresiones en contra de su autogobierno provincial, los Fueros, estos deciden defender sus intereses tomando parte en las guerras carlistas de las que salieron derrotados. Tras la derrota y la derogación de los Fueros, algunos grupos marginales en el seno de la sociedad vasca (entre ellos una pequeña burguesía

rural), transformaron este sentimiento de injusticia en un movimiento político. Por otro lado, la rápida industrialización y las tensiones de clase generadas por ésta, propiciaron el surgimiento del nacionalismo vasco. La llegada de un gran número de inmigrantes para trabajar en la industria vasca, junto con la consolidación de una alta burguesía con intereses financieros en España, también contribuyó en la constitución del nacionalismo vasco, ya que entre estas dos clases quedaba otra clase media baja vasca que conformaría la columna vertebral del PNV. A partir de 1898 el Partido Nacionalista Vasco fue paulatinamente obteniendo el apoyo de industriales que se sentían excluidos del círculo oligopolístico. Durante la décadas de los 70 y los 80 del siglo XX, el apoyo a los partidos nacionalistas aumentó paralelamente al crecimiento del desempleo (Brown, 2000). Esto se debió en parte a que los trabajadores vascos atribuían la existencia de tan altas tasas de paro a la deplorable gestión económica española.

La tercera de las posibles causas a las que Brown alude tiene que ver con la construcción de nuevos mitos identitarios fundamentados en elementos etnosimbólicos. El autor afirma que desde esta perspectiva el nacionalismo vasco puede entenderse como un mito ideológico *inventado* a finales del siglo XIX por las clases marginales como respuesta a la integración española y a la rápida industrialización. Por lo tanto no serían los intereses socioeconómicos sino los sentimientos de inseguridad, los principales responsables en la articulación del nacionalismo vasco como respuesta a las amenazas que representan los rápidos cambios sociales. En esta misma línea, Bowman (2003) señala que la identidad nacional no es un elemento cerrado, sino que puede ser reformulada según el contexto. La sensación de temor ante lo desconocido experimentada por una gran parte de la sociedad tradicional vasca, se tradujo en la rearticulación de varias estructuras ideológicas y en la proliferación de prejuicios de tipo etnocultural.

Bowman señala que la percepción de un peligro común como el expuesto por Brown (2000) para el caso vasco, permitiría a los miembros de una determinada comunidad política reorganizarse mediante estrategias discursivas y así reformular su propia identidad mediante la constitución de la nación. Ésta será percibida como un lugar seguro para protegerse de los ataques externos. Brown también indica que los sujetos políticos buscan fórmulas ideológicas simples que puedan recuperar la sensación de seguridad perdida. El mito nacionalista es una de estas fórmulas, ya que provee a los individuos de un sentimiento de pertenencia a la comunidad y además explica el malestar a partir de la conculcación de los derechos de esa comunidad, ofreciendo como alternativa un movimiento político que tratará de recuperarlos. Desde esta perspectiva se puede considerar que la presión asimiladora castellana y la expansión del Estado centralista, además de la experiencia traumática que representa la constante e imparable urbanización e industrialización, conducen a las élites desplazadas y a las clases marginadas vascas a crear una serie de nuevos mitos sobre derechos

políticos, pureza racial e identidad cultural. Surgen entonces los discursos dualistas articulados en gran medida por Sabino Arana y por el nacionalismo vasco, que presentan a lo *nuestro* como algo virtuoso, valioso y único, ante los Otros españoles, poseedores de una cultura inferior, pero que sin embargo políticamente representarán una seria amenaza. Esta construcción reactiva de la identidad vasca facilitó en gran medida la constitución de las bases ideológicas del nacionalismo local. Al igual que en el caso vasco, Bowman (2000, 2003) afirma que en los conflictos nacionales de la Antigua Yugoslavia y Palestina, las estructuras discursivas dualistas fueron los recursos más utilizados por los miembros de un grupo étnico, cultural y/o religioso particular, para constituir de un modo más eficiente su propia comunidad nacional. Ésta representaría a una cultura totalmente opuesta a la de los Otros considerados invasores, colonizadores e inferiores tanto cultural como moralmente.

Las estrategias discursivas empleadas por los sujetos nacionales a la hora de articular retóricas de tipo dualista, se caracterizan en gran medida por su capacidad para la constituir e instaurar identidades reactivas. Brown (2000) afirma que en el caso vasco, las élites venidas a menos respondieron con simpleza y eficacia a estos problemas, acudiendo a la fórmula que contrapone al *Nosotros, los buenos* y al *Ellos, los malos*. Se articuló una nueva visión de una identidad vasca idealizada enfrentada a su vez a una identidad española demonizada.

Liu Yong Tao (2010) señala que el lenguaje es un elemento clave en la construcción e interpretación de los peligros en contra de la nación. De este modo, un determinado Estado tendrá la capacidad de organizar y estructurar su sistema de relaciones internacionales (y nacionales, ya que en ciertos casos hablamos de naciones centrales y periféricas en el seno de un mismo Estado), autorizando el uso de la fuerza y legitimando la defensa de sus intereses nacionales, mediante la alusión directa y explícita a la figura del *Ellos, los enemigos*.

De este modo un Estado o comunidad nacional puede manipular el discurso político para demonizar, criminalizar, destruir e incluso erradicar otro Estado rival/antagónico. (Yong Tao, 2000: 100)⁴⁵

Las retóricas de carácter dualista son efectivos mecanismos para el control social. Yong Tao (2000) advierte que los imaginarios dualistas que enfrentan al “mal” y al “mundo civilizado”, no dejan lugar a un pensamiento o posición neutral. Cualquier tipo de disidencia será por lo tanto susceptible de ser considerada como un ataque al *Nosotros*. Yong Tao también indica que una vez constituidos los enemigos de la comunidad nacional, ésta se refuerza con la

⁴⁵ Traducción propia.

excusa de luchar contra el “terror”, el “terrorismo” o el “mal”. Una nación puede además ejercer la violencia en contra de sus enemigos, siempre que esté legitimada por la sociedad internacional. La violencia se convierte de este modo en uno de los factores más determinantes en la constitución de las comunidades nacionales y de los sujetos políticos que las sustentan. En general, la creación de categorías dualistas como la de amigo/enemigo, son el resultado de elaboradas estrategias de carácter cognitivo-simbólico. En el caso de los Estados plurinacionales, este tipo de estrategias pueden llegar a radicalizarse debido a que en ciertas ocasiones la sociedad internacional los cataloga como asuntos internos que deben ser resueltos unilateralmente por la nación central.

La eliminación del adversario político (nacional e internacional) ha sido una constante durante los dos últimos siglos. Las estrategias discursivas y los actos simbólico-rituales que preceden a este tipo de eliminación ideológica, deben anteceder a los actos físicos de eliminación, ya que éstos necesitan estar suficientemente justificados ante la comunidad que ha de llevarlos a cabo. Desde la antropología social y cultural se defiende que la *liminalidad* ritual es un eficiente recurso para excluir a ciertos miembros del seno de una determinada comunidad o grupo, y poder así deshacerse de ellos de un modo no traumático. Hablamos de sujetos o personas en situación de transición ritual que pueden ser *eliminados* por la comunidad a la que ya no pertenecen. Se trata de un rito de paso en el que determinadas personas que se consideran *outsiders* y están en el límite social, pueden ser eliminadas. Este hecho no tiene porque ser necesariamente un asesinato, ya que es considerado como la eliminación (simbólica e institucional) de un sujeto que ya no pertenece a dicha sociedad.

Tanto Van Gennep (2008) como Victor Turner (1969) trabajaron el concepto de *liminalidad* ritual, señalando que los individuos pueden cambiar de estatus y rol social mediante el paso de una serie de estadios o límites. El estadio liminar es un estadio de muerte ritual. Hasta que no se traspasen una serie de límites que reintegren al sujeto en cuestión al seno de la comunidad junto con su nueva esencia y rol social, éste será susceptible de ser eliminado. Los sujetos que se encuentran en un estado liminar son tabú y representan una amenaza para la comunidad. Los geronticidios e infanticidios que se producían en muchas culturas tradicionales, serían un claro ejemplo de este fenómeno. Este tipo de acciones rituales de *eliminación* del rival político y nacional han sido llevadas a cabo en Euskadi en multitud de ocasiones durante el siglo XX. Los asesinatos políticos perpetrados tanto por ETA como por miembros vinculados a organizaciones paramilitares estatales (Triple A, Batallón Vasco-Español o el GAL) darían buena fe de ello. Joseba Zulaika (1996) incide en el carácter altamente simbólico y ritual de la violencia ejercida por ETA en contra de sus adversarios políticos y nacionales, sobre todo en el modo de llevar a cabo sus acciones armadas y de cómo éstas son presentadas ante el grueso de la comunidad. José Manuel Mata

también incide en la importancia de cómo se presentan estas acciones ante la sociedad en que se dan, ya que éstas no hacen sino buscar el fortalecimiento interno del grupo político y nacional: “la lógica radical no descansa tanto en los fines, sino en la misma acción, porque en ella se proyectan y cristalizan los valores perseguidos” (Mata, 1993: 178).

En cuanto a las estrategias orientadas a la constitución de los sujetos nacionales, debemos considerar que este tipo de maniobras políticas se han producido y reproducido constantemente durante los dos últimos siglos en el seno de las sociedades y naciones modernas. Nuevas categorías liminales han sido constituidas y todas ellas se han caracterizado por el uso de discursos dualistas orientados a reforzar la estructura nacional. Éstas establecerán nítidamente los parámetros de definición de los sujetos políticos nacionales, además de marcar claramente cuales serán los argumentos y razonamientos utilizados para la exclusión y rechazo social (incluso para la eliminación física) de ciertos individuos (y en determinados casos grupos enteros). Son múltiples los ejemplos en los que los sujetos políticos y nacionales constituidos en parte como resultado del uso de la violencia, han generado estrategias discursivas dualistas para la eliminación de sus Otros. Los casos de limpiezas étnicas perpetradas en la extinta Yugoslavia por el ejército serbio, en Ruanda por los *hutus* o en Camboya por los *Jemeres Rojos*, vinieron aparejados de una serie de estrategias discursivas de carácter dualista similares a las llevadas a cabo por algunas naciones occidentales en otros periodos. Yong Tao (2010) señala que los Estados en posiciones dominantes en el seno de las relaciones internacionales, tienen mayores posibilidades de establecer significados a las acciones que realizan (entre ellas la guerra). De este modo, George W. Bush fue capaz de establecer una serie de imágenes binarias o dualistas mediante la articulación de esquemas que presentaban a los soldados y ciudadanos de los Estados Unidos como héroes y patriotas que debían luchar contra “el mal” encarnado por “los terroristas”. Yong Tao también señala que conceptos como el “eje del mal” resultaron ser el producto de estrategias discursivas orientadas a la reafirmación de la nación propia y de sus sujetos nacionales, enfrentados a las naciones enemigas que representaban un peligro inminente para la “civilización”.

En Euskadi el uso de discursos dualistas ha sido una constante desde el surgimiento del nacionalismo vasco a finales del siglo XIX. Los procesos en los que los sujetos políticos son constituidos, están estrechamente ligados al uso de retóricas reactivas sobre identidad. En términos generales, las lógicas nacionalistas se fundamentan en dos hechos casi antitéticos; por un lado un mimetismo estructural y político que responde a la existencia de cánones o modelos estandarizados en una esfera internacional, y por otro el desarrollo de un dualismo cognitivo-simbólico e ideológico-político. Cuando hablamos de mimetismo nos referimos a la lógica de *contagio* que siguen los movimientos

nacionalistas en su surgimiento y estructuración. Dicho de otra manera, ciertas comunidades políticas deciden constituirse en naciones, ya que se percatan de las ventajas que ofrece esta estructura política moderna en un sistema internacional en el que la nación es el modelo de referencia. Francisco Letamendia (1997) hace referencia a ambas características de los nacionalismos (mimetismo y confrontación/reacción), definiendo las dinámicas de retroalimentación existente entre nación central y periférica como un “juego de espejos”.

Los nacionalismos no son fenómenos fortuitos ni aberrantes, sino el correlato social, en el terreno de la acción política colectiva y de la movilización social, de una forma universal de organización política, la del Estado-Nación, que en apenas dos siglos ha cubierto la superficie de la tierra... Los movimientos reactivos de las periferias mimetizan el proceso de creación llevado a cabo por el Estado-Nación de la Comunidad (Gemeinschaft) y, en ocasiones, de la Sociedad (Gesellschaft) nacionales; estas reacciones son susceptibles a su vez de provocar nuevas contra-movilizaciones del centro en forma de nacionalismos centralistas. (Letamendia, 1997: 182)

La lógica nacionalista cuenta con una esencia reactiva, ya que la fórmula *Nosotros vs. Ellos* serviría para afianzar las bases identitarias nacionales. De este modo, los discursos dualistas se multiplican allí donde una nación comienza a constituirse, especialmente en los casos donde el nuevo movimiento nacionalista intenta diferenciarse o independizarse de una estructura política a la que pertenecía con anterioridad.

Los grandes movimientos nacionales surgidos durante el siglo XX, han sido constituidos por lo general a partir de elementos identitarios contrapuestos al de las naciones vecinas. En ocasiones los discursos dualistas resultantes han degenerado en duros enfrentamientos bélicos responsables de la muerte de millones de individuos. Las dos guerras mundiales acaecidas en la primera mitad del siglo XX darían buena fe de ello. Los discursos políticos y la retórica sobre identidad empleadas para la constitución de sujetos políticos (patriotas dispuestos a dar la vida por su patria), también han sido una constante en el seno de los movimientos nacionalistas de los últimos dos siglos. Adolf Hitler fue capaz de articular un discurso nacionalista basado en una supuesta superioridad racial que derivó en uno de los mayores genocidios de la historia. La retórica política que invocaba a la supremacía de la raza aria sobre el resto de humanos, caló profundamente entre una multitud de alemanes que obedecieron fielmente los mandatos dictados por el nacionalsocialismo recogido en “Mein Kampf”. A principios del siglo XX los discursos sobre superioridad genética y racial no eran hechos aislados, siendo también uno de los principales recursos políticos de los que se sirvió Sabino Arana a la hora de articular el nacionalismo vasco. Entre sus retóricas sobre identidad y defensa de la nación vasca, se aludía constantemente a la inferioridad racial y cultural de los españoles. Sin embargo, se trataba de un

recurso político muy extendido en el seno de la mayoría de las naciones de la época, ya que ofrecía los elementos ideológicos necesarios para los procesos constitutivos nacionales que se daban por lo general en torno a elementos etnosimbólicos.

Nuestra raza, singular por sus bellas cualidades, pero más singular aún por no tener ningún punto de contacto o fraternidad ni con la raza española, ni con la francesa, que son sus vecinas, ni con raza alguna del mundo, era la que constituía a nuestra Patria Vizcaya; y vosotros, sin pizca de dignidad habéis mezclado vuestra sangre con la española o *maketa*, os habéis hermanado y confundido con la raza más vil y despreciable de Europa. (Arana, 1965)

Podemos intuir por lo tanto, que los nacionalismos de la época en general, y el vasco en particular, precisaron en gran medida una constante articulación y utilización de discursos políticos dualistas. La mayoría de ellos se fundamentaron en las diferencias fenotípicas y raciales encargadas de reforzar los lazos internos de la comunidad. Del mismo modo que España constituye ideológicamente a la nación vasca (por oposición), esta última constituye a España como nación. Se trata de un proceso retroalimentado mediante el que los opuestos/enemigos nacionales se constituyen y refuerzan entre sí. Hablaríamos aquí de un *juego de espejos* (Letamendia, 1997) mediante el que la nación central y los nacionalismos periféricos interactúan y se fortalecen mutuamente.

El nacionalismo vasco inicial se articula desde una postura política que se manifiesta en el terreno de lo político y que se encuentra en pleno proceso de desarrollo y definición. Los argumentos y conceptos políticos que rodean al nacionalismo vasco en esta primera etapa se fundamentan básicamente en la utilización reactiva de elementos etnosimbólicos encuadrados en la dimensión vertical de los movimientos nacionalistas, ya que ofrecen una serie de premisas ideológicas fácilmente objetivables que facilitan además el fortalecimiento interno de la comunidad nacional. No obstante, también existe un claro trasfondo que se fundamentaría principalmente en las condiciones materiales y políticas de la época, asociadas éstas a una dimensión horizontal del nacionalismo. Las diferencias genéticas, lingüísticas y culturales son utilizadas con el fin de reivindicar la superioridad de la cultura propia ante la inferioridad del resto, aunque su fin último sería lograr una serie de objetivos de tipo político.

Los discursos dualistas se suceden en la esfera de lo político que se encuentra en pleno desarrollo desde finales del siglo XIX, aunque conceptualmente podríamos hablar de una esfera de la política con el surgimiento de un nuevo sistema político vasco y una serie de estructuras políticas y jurídicas que le acompañan. Tras la derogación de los Fueros en 1876 comienza un proceso mediante el que se intenta restablecer el antiguo sistema foral vasco. Después de

dos décadas de esfuerzos infructuosos, se inicia un nuevo periodo en el que los sujetos políticos comienzan a constituirse en la arena de lo político gracias en gran medida al surgimiento del nacionalismo vasco como doctrina política. Se trata del comienzo de un proceso en donde el marco de referencia cambia por lo que se deben establecer nuevas normas y definiciones relativas a las estructuras político-jurídicas, a la nación en sí y a los sujetos políticos que forman parte de ella. El primer tercio del siglo XX ve como el Partido Nacionalista Vasco se fortalece debido en gran medida a la indignación y sentimiento de injusticia que la población vasca en general experimenta tras la derogación de los Fueros. En 1936 y con la guerra civil en curso se crea el primer Estatuto de Autonomía del País Vasco que derivaría posteriormente en la formación del primer Gobierno Vasco. El estatuto tan solo entró en vigor en Bizkaia y Gipuzkoa, ya que estas dos provincias fueron leales a la República Española, mientras que Araba y Navarra apoyaron el golpe de Estado franquista. Éstas últimas mantuvieron parte de sus privilegios forales mientras que Bizkaia y Gipuzkoa los perdieron por decreto del 23 de junio de 1937. Ese mismo año el Estatuto de Autonomía del País Vasco fue también abolido. Podemos hablar de un breve lapso de tiempo durante el que en Euskadi existió un proceso ligado a la política, con unas estructuras político-jurídicas en las que fundamentarse en el día a día. Sin embargo, tras la derrota sufrida ante las tropas franquistas, comienza una oscura etapa en la que los derechos políticos de la mayoría de los vascos son inculcados y los sujetos políticos ya constituidos (nacionalistas vascos, socialistas y anarquistas) son perseguidos, encarcelados y asesinados.

Comentábamos con anterioridad que lo político se caracteriza por ser un momento constitutivo de la política donde el conflicto está presente y donde los procesos dialógicos toman un rol preferencial. Hablamos de un estadio en formación que se caracterizaría por representar a la no política, o dicho de otra manera, se trata del momento previo a las instituciones políticas en donde los sujetos políticos han de constituirse mediante complejos procesos discursivos, conflictos y negociaciones. Autores como Schmitt (1998) o Mouffe (1999, 2007) señalan que lo político implica conflicto, idea que probablemente se derive de la constante lucha inherente a todo proceso de construcción de sujetos políticos. La política sin embargo, representa en palabras de Hannah Arendt (1996) aquello que emerge o aparece cuando los hombres se encuentran para tratar los asuntos comunes a partir de la palabra y la acción. El discurso permite presentarse ante los otros y establecer un espacio compartido y público en el que se respeta la pluralidad y puede surgir algo nuevo. Con la fundación del PNV en 1895 comienza a materializarse el producto de lo político en Euskadi. Conceptualmente podríamos hablar de la existencia de una política en Euskadi incluso desde la derogación de los Fueros en 1876 hasta nuestros días. Sin embargo, en ciertos periodos como la época franquista, deberíamos hacerlo teniendo en cuenta la existencia de una serie de estructuras e instituciones político-jurídicas

hegemónicas impuestas mediante la fuerza y en contra de la voluntad de una mayoría social. En este contexto de persecución e ilegalización de las ideas nacionalistas, los sujetos políticos no pueden mostrarse en la arena de la política con libertad, por lo que deben adaptarse a la situación y tratar de reconstituirse de nuevo desde lo político. El siglo XX ha resultado especialmente convulso en cuanto a lo político, ya que los sujetos nacionalistas en Euskadi han vivido numerosas persecuciones, ilegalizaciones y escisiones, además de haber sido testigos del nacimiento de ETA en diciembre de 1958. En palabras de Iker Casanova (2007) al constituir la organización,

Sus fundadores, más que a una organización, estaban dando cuerpo a un nuevo espacio político en Euskal Herria, aquel que aunaba la lucha por la liberación nacional y la liberación social: la izquierda abertzale. (Casanova, 2007: 15)

El devenir de lo político, el desarrollo de la política y la constitución de los sujetos políticos en definitiva, no ha sido homogénea en el territorio vasco (entendido éste como Euskal Herria y las siete provincias que reivindica como propias el nacionalismo vasco), dándose variaciones y especificidades propias en cada una de las provincias. El camino recorrido por los sujetos políticos nacionalistas hasta su constitución en la CAV⁴⁶, en Navarra, en las provincias vasco francesas y en el seno de la diáspora vasca, ha contado por lo tanto con una serie de peculiaridades que nos invitarían a hablar de nacionalismos vascos en plural.

⁴⁶ Comunidad Autónoma Vasca.

4.3) Del nacionalismo vizcaíno a la nación vasca

El País Vasco se ha caracterizado históricamente por sus peculiaridades lingüísticas, sociales y culturales. Hasta la segunda mitad del siglo XIX, las zonas rurales de Euskadi continuaban manteniendo una idiosincrasia cultural anclada en tiempos pretéritos. Sin embargo, durante las dos últimas décadas del siglo XIX, Euskadi experimentó en palabras de Jeremy MacClancy (2007) el proceso de industrialización más rápido del planeta. Los ricos depósitos de carbón posibilitaron el incipiente auge de una industria pesada que se nutriría del abundante hierro y acero de la zona. Como consecuencia del desarrollo del sector minero y de la industria metalúrgica, un gran número de astilleros navales fueron construidos en las márgenes de los ríos vascos, principalmente en el río Nervión a su paso por Bilbao y las poblaciones de lo que hoy se conoce como la margen izquierda. Miles de campesinos se trasladaron hasta los centros industriales para acabar residiendo en humildes poblados chabolistas, víctimas de unas paupérrimas condiciones laborales. A estos se les unieron un elevado número de inmigrantes procedentes de la España rural que buscaban un futuro mejor en tierras vascas. Jesús Mari Eguiguren (1984) señala que:

El proletariado de Vizcaya estaba integrado fundamentalmente por inmigrantes. En los últimos veinte años del siglo XIX, unas 60.000 personas habían emigrado a Vizcaya, procedentes primero de provincias vecinas, como Logroño, Álava, Navarra y Santander; y luego, de provincias más distantes como Galicia, Burgos, León y Valencia.

La casi totalidad de esta emigración se dirigía a cubrir el gran número de puestos de trabajo creados por la industrialización en la zona minera y fabril; así, en 1910, de los 13.000 obreros de las minas de Vizcaya, apenas llegaban a 3.000 los nacidos en la provincia, y en la zona fabril, aunque en proporciones inferiores, ocurría algo semejante. (Eguiguren, 1984: 107)

Sabino Arana y sus seguidores percibieron la rápida industrialización como un serio peligro para su posición en el seno de la sociedad tradicional. La cosmovisión tradicional vasca se vio seriamente amenazada por los nuevos habitantes que llegaron atraídos por la incipiente industrialización. Este hecho unido a la derogación de los Fueros en 1876, hizo eclosionar un movimiento nacional reactivo que buscaría convertir el histórico y tradicional territorio vasco en una nación independiente con competencias político-jurídicas similares al del resto de naciones. Al igual que la mayoría de los movimientos nacionalistas de la época, éste se caracterizaba por su carácter reactivo ante el resto de culturas y movimientos nacionalistas. Además, el nacionalismo vasco muestra una frontal oposición al sistema político y jurídico español, al movimiento socialista encarnado por los miles de trabajadores venidos de tierras españolas y al capital etnocultural que acompañaba a estos últimos. El nacionalismo vasco activó una

serie de discursos dualistas en contra de la inmigración venida de España, ya que ésta representaba un serio peligro para el estatus social y económico de los pequeños burgueses como Arana. La llegada masiva de inmigrantes como mano de obra barata para la industria pesada, también derivó en el surgimiento de un nuevo grupo de sujetos políticos, en este caso no nacionalistas. Hablamos de los simpatizantes del Partido Socialista Obrero Español de Euskadi.

Vizcaya, durante muchos años, será la única provincia del País Vasco donde el PSOE contará con una importante organización. Las características del desarrollo inicial del partido socialista en Vizcaya, fueron su temprana aparición y la rapidez e intensidad de su desarrollo posterior. El partido socialista crece y se extiende en Vizcaya, especialmente en la zona minera, con gran rapidez. Así, en 1887 se constituye la Agrupación Socialista de Ortuella y en abril de 1888, la de Sestao. (Eguiguren, 1984: 19)

El carácter reactivo del nacionalismo vasco resultó más evidente en tierras vizcaínas, ya que fue principalmente en esta provincia donde la expansión industrial y la inmigración se manifestaron con más fuerza. Es necesario recordar además, que durante su primera etapa Sabino Arana entendió el nacionalismo como un movimiento político asociado exclusivamente a la provincia de Bizkaia, aunque con el tiempo lo hizo extensivo al resto de provincias vascas.

Arana consideraba que los cuatro partidos católicos de la época, carlistas, euskalerrriakos, integristas y nacionalistas defendían las tradiciones y la cultura vasca. Éstos afirmaban que los inmigrantes suponían un serio peligro para el modo de vida tradicional de los vascos. Los obreros venidos de España, también definidos como *maketos*, representaban en opinión del nacionalismo de Arana, a la “mezquindad”⁴⁷ española y mostraban una evidente inferioridad étnico-racial y cultural. Los *maketos* encarnaban en opinión de Arana los dos mayores peligros para la cultura vasca: por una lado el secularismo y por otro una industrialización que pone en peligro la pervivencia de la sociedad rural ideal del imaginario nacionalista.

En su primera etapa, el nacionalismo vasco rechaza y denuesta el liberalismo (conservador o progresista) y en mayor medida el movimiento obrero representado por el Partido Socialista Obrero Español. Para evitar que los obreros vascos tuvieran que afiliarse a los sindicatos españoles, el nacionalismo vasco fundó su propio sindicato, Euskal Langileen Alkartasuna (ELA-STV). Además de considerar enemigos irreconciliables a los socialistas, Arana también se enfrentó ideológicamente al capitalismo, no porque se sintiese parte del

⁴⁷ Así se recoge en varios de los escritos de Sabino Arana. Principalmente en algunos de los artículos publicados en las revistas *Baserritarra* y *Bizkaitarra*.

proletariado, sino porque consideraba que el liberalismo capitalista representaba un grave peligro para la cosmovisión y para la vida tradicional de la nación vasca. En palabras de Eguiguren (1984), el sentimiento de rechazo entre el nacionalismo aranista y el PSOE era recíproco, y alude a la existencia en el seno del movimiento obrero de una corriente antinacionalista.

Si los socialistas mantuvieron una actitud tan sectaria hacia los republicanos, con quienes tenían tantas coincidencias, mucho más conflictivas habrían de ser sus relaciones con el nacionalismo vasco tal y como entonces se definió: integrista religioso, racismo y orientación derechista y reaccionaria.

Durante estos primeros años de lucha abierta con el nacionalismo aranista, se forjaron las tradiciones políticas e ideológicas que definirían la postura del PSOE en el País Vasco, y condicionarán su posterior evolución, sobre el tema vasco. Así, aunque posteriormente el PSOE evolucione ideológicamente y el nacionalismo vasco adopte posturas más democráticas y tolerantes, el antinacionalismo será una de las constantes del socialismo vizcaíno, y por extensión de todo el nacionalismo vasco. (Eguiguren, 1984: 104)

El enfrentamiento entre nacionalismo y socialismo vasco fue prácticamente inevitable debido a dos factores, por un lado la incompatibilidad política entre nacionalismo e internacionalismo, y por otro, el carácter reactivo y excluyente del nacionalismo vasco.

El movimiento socialista internacional de fines del siglo XIX y comienzos del XX era profundamente internacionalista. Aunque este internacionalismo no estaba en contradicción con la existencia dentro del socialismo europeo de corrientes que afrontaron el problema de las nacionalidades (tesis autonomistas de los socialistas austríacos, aparecidas entre 1902 y 1907); los fundadores del PSOE, a través de la influencia del guesdismo, recibieron precisamente la tradición del socialismo europeo más reacio ante el problema nacional, es decir, la del socialismo francés. (Eguiguren, 1984: 104)

El internacionalismo intenta eliminar las fronteras etnosimbólicas que dividen a la clase obrera internacional, ya que en parte las consideran junto con la religión, estrategias que el liberalismo, el capitalismo y el nacionalismo han articulado para debilitar al proletariado.

El segundo factor causante del antinacionalismo socialista, fue el carácter del primer nacionalismo vasco, que definió como una formación política derechista y reaccionaria. Por otra parte, Sabino de Arana hizo del "antimaquetismo" y de la hostilidad hacia los trabajadores inmigrantes existentes en Bilbao, una de las componentes básicas de su política y de su definición ideológica. Como era lógico, los socialistas respondieron también con dureza y agresividad a esta actitud nacionalista. (Eguiguren, 1984: 109)

El conflicto político existente entre socialismo y nacionalismo vasco se acentuó en las dos primeras décadas del siglo XX, hecho que ayudó al fortalecimiento de ambas doctrinas políticas. Comentábamos con anterioridad que la utilización de discursos dualistas endurece y dogmatiza las posturas de las partes enfrentadas, ya que la defensa y unión de la comunidad propia ante los ataques del Otro se antojan indispensables para la supervivencia del grupo. La amenaza hacia la identidad etnonacional vasca que representaba la llegada masiva de inmigrantes por un lado, y la exclusión social a la que los obreros españoles se enfrentaban por parte de éstos por otro, propició el desarrollo de retóricas reactivas que se manifestaron en la arena de lo político dando pie a duros conflictos ideológicos. Los discursos políticos también se endurecieron propiciando el fortalecimiento y expansión del nacionalismo vasco a lo largo y ancho de la geografía de Euskadi. Glenn Bowman (2003) afirma que la violencia imaginada ejercida por el enemigo de la nación, justifica la existencia de las movilizaciones defensivas que llamamos nacionalismos. Esta idea se sustenta en el hecho de que el antagonismo percibido y encarnado en el Otro, ayuda en el desarrollo y fortalecimiento de las identidades políticas. El uso de la violencia en las expresiones públicas de lo político, fue una constante en esta época.

Una de las características de la actuación de los socialistas vizcaínos en el periodo que va hasta 1910, fue la realización de una política laboral que destacó por su radicalismo y por el recurso constante a la fuerza y a la violencia como armas negociadoras. Esta práctica política contribuyó de forma decisiva, a dotar a la organización del PSOE en Vizcaya, de una personalidad diferenciada dentro del socialismo español. (Eguiguren, 1984: 94)

Las luchas ideológicas entre la pequeña burguesía nacionalista y el socialismo vasco no se limitaban a la esfera laboral, sino que se manifestaron de un modo más virulento y evidente en el terreno de la religión. Reza un conocido refrán en euskera “Euskalduna fededuna”, que literalmente significa *el vasco es persona de fe*. Éste da una nítida imagen de la cosmovisión de la época entre los nacionalistas vascos. El catolicismo fue una de las bases ideológicas del nacionalismo vasco articulado por los hermanos Arana. Sus raíces residían en el carlismo y los nacionalistas consideraban que el refugio de la fe debía ser la nación vizcaína. Se vuelve a incidir aquí en la idea de Bowman (2003) para quien la nación se convierte en el espacio para la salvaguarda de los valores de la comunidad nacional como la cultura, la lengua y sobre todo la religión. Éste recuerda que en el surgimiento de la nación palestina, la religión (el Islam) proporcionó las categorías culturales necesarias para la construcción conceptual de la comunidad nacional. El antagonismo religioso que representaba el sionismo proporcionó legitimidad a la articulación de una resistencia nacional, que con el tiempo tomaría la forma de lo que hoy conocemos como el Estado Palestino. En el caso de Euskadi, el ateísmo encarnado por el proletariado *maketo* representaba un serio peligro para la religión e idiosincrasia de la nación vasca. Para que los

vizcaínos pudieran salvarse colectivamente como pueblo, éstos debían independizarse de los españoles, un pueblo que había sucumbido al *virus* del liberalismo. A partir de ésta cosmovisión, los hermanos Arana articularon una doctrina política que buscaría la salvación colectiva de los vizcaínos en primer término, para posteriormente extenderse a todos los vascos. Sabino Arana aludía constantemente a la pureza moral y religiosa de los vascos, mientras que denunciaba vehementemente el ateísmo del proletariado español.

El vizcaíno que vive en las montañas, que es el verdadero vizcaíno, es por el carácter natural religioso. El español que habita lejos de las poblaciones es impío o como los bandidos andaluces. (Arana, 1965)

No fueron pocas las ocasiones en las que nacionalistas vascos y socialistas hicieron uso de la violencia, viéndose inmersos en una espiral que hubiera podido derivar en un conflicto generalizado en el seno de la sociedad de la época. En algunos de estos choques se produjeron víctimas mortales, hecho que da fe de la virulencia con la que se defendieron las ideologías y cosmovisiones particulares por parte de los sujetos políticos enfrentados entre sí.

No eran de extrañar los numerosos conflictos socio-políticos que se sucedían en las calles de muchos de los pueblos de todo Euskadi: el diario *Euzkadi*, en 1933, informaba de asesinatos asiduamente, hablaba de "los sucesos de Eibar y Lizarra", "los atropellos de Bermeo", un sinnúmero de detenciones, arrestos, multas a la prensa nacionalista, clausuras de *batzokis*, etc., muy frecuentes en aquellas fechas⁴⁸.

Durante esta época, los antagonismos identitarios, religiosos, culturales y políticos marcaron el surgimiento de diversos bloques ideológicos que se batieron en la arena de lo político en aras de constituirse como sujetos políticos de pleno derecho. Tanto el nacionalismo vasco como el socialismo o el liberalismo, hicieron uso de todos los recursos propagandísticos a su alcance para reforzar sus propias comunidades políticas.

Los años posteriores al nacimiento oficial del nacionalismo vasco en 1895, sirvieron para su expansión y consolidación en Euskadi. Durante la segunda década del siglo XX sin embargo, surgieron en el seno del PNV diversas corrientes que provocaron tensiones internas y escisiones.

Dentro del PNV, partido que ha crecido de forma considerable y que de alguna manera ha conseguido frenar la amenaza de desintegración de la conciencia

⁴⁸ Bikandi, A. (11 de mayo de 2013). *Historia de los vascos, sucesos de Usansolo 1933*. DEIA. Recuperado de <http://www.deia.com>

vasca, aparecerán dos líneas de debate, en cierta medida entremezcladas. Por un lado, aquellos que desean conseguir de España alguna forma de autonomía política y los que aspiran a la plena independencia. Éste es el origen de la división en 1921 del partido en dos grupos, *Aberrri* y *Comunión Nacionalista*, reunificados en 1930, o de la salida de *Jagi-Jagi* en 1934. Por otro lado, los defensores de la herencia ideológica de Arana y los partidarios de una modernización que elimine los aspectos más retrógrados de la misma, siendo el nacimiento en 1930 de *Acción Nacionalista Vasca*, partido que se define como progresista y aconfesional, la consecuencia más significativa de este debate. (Casanova, 2007: 17)

En esta época los sujetos políticos se encuentran aun inmersos en un proceso en el que las identidades no están del todo definidas. Las luchas intestinas en el seno de los partidos políticos y las posturas antagónicas respecto al resto, propiciaron en gran medida la existencia de un ambiente conflictivo en términos políticos, en el que las personas intentan constituirse en sujetos políticos y en ciertos casos en sujetos nacionales. En 1931 sin embargo, se instaura la República por un lado, y por otro los ayuntamientos del sur de Euskadi aprueban un proyecto de Estatuto para los cuatro territorios, el Estatuto de Estella, que es rechazado en las Cortes españolas. En 1936 y en plena guerra civil, se dan una serie de rápidos movimientos mediante los cuales los sujetos políticos nacionalistas intentan dar un carácter oficial a la nación que servirá para la defensa de su capital etnocultural. Tanto los nacionalistas como los socialistas vascos sufrieron por igual la violencia política represiva tras la derrota sufrida ante las tropas franquistas en 1936.

La guerra trajo la concesión apresurada de un Estatuto de autonomía para tres provincias vascas. Bajo ese Estatuto se constituyó un Gobierno Vasco, que organizó su propio ejército y dirigió todos los aspectos relacionados con la contienda y la organización de la vida civil durante ese período. El ejército vasco trató de contener el avance de las tropas fascistas pero la inferioridad en hombres y material eran tan abrumadoras que en unos meses las tropas de Franco habían tomado toda la Euskal Herria peninsular. En 1939 caía definitivamente el Gobierno de la República y el Estado español se convertía en una dictadura fascista. Cientos de miles de personas murieron en la guerra y tras la misma la represión causó la muerte de miles de republicanos más. Muchos tuvieron que partir al exilio. La izquierda española quedó humanamente desecha. (Casanova, 2007: 18)

La derrota sufrida ante las tropas franquistas marcó un largo punto y aparte en la constitución de los sujetos políticos que se había dado durante las décadas previas, ya que tan solo intentarlo suponría un encarcelamiento prolongado e incluso la muerte. Los elementos etnosimbólicos que habían posibilitado el surgimiento del nacionalismo vasco, sufrieron un evidente retroceso debido a la represión lingüística, cultural y política impuesta por la dictadura franquista.

La política franquista para Euskal Herria estaría en clara consonancia con esa filosofía y se propondría hacer desaparecer la nación vasca a través del genocidio cultural, de la prohibición de todos sus elementos esenciales, desde el folklore hasta la lengua. (Casanova, 2007: 19)

Durante las dos siguientes décadas la arena de lo político en Euskadi dejó de existir debido a las duras represalias impuestas por el régimen totalitario español, sin embargo, en la década de los 50 el panorama político cambió drásticamente con la irrupción de una nueva organización que protagonizaría e influenciaría profundamente la vida política, social y cultural durante las próximas décadas en el País Vasco; hablamos de ETA.

Ander Gurrutxaga (1985) sugiere que ETA nació como un amplio movimiento cultural, compuesto en su mayoría por jóvenes intelectuales y amantes de la cultura y lengua vasca. Una década más tarde, en los años 60, la estrategia armada marcó el comienzo de una nueva era donde la política en Euskadi cambiaría drásticamente⁴⁹.

Durante el convulso siglo XX en Euskadi, la arena de lo político se constituye, se destruye y se vuelve a constituir para una serie de sujetos políticos. Josetxu Martínez (1999) considera que la situación no es percibida de un modo homogéneo por todos los miembros de la sociedad vasca, ya que mientras unos cuentan con el beneplácito social, cultural y político del régimen dictatorial, otros muchos se ven marginados y reprimidos por las instituciones impuestas a la fuerza. Estos últimos tratan de reconstituirse constantemente desde la clandestinidad, siendo el nacimiento de ETA un claro ejemplo.

La arena de lo político ve a principios del siglo XX nacer a dos nuevos tipos de sujeto político en Euskadi; por un lado los nacionalistas vascos y por otro los socialistas. Desde el final de la guerra civil en 1936 hasta 1977, la inexistencia de cualquier tipo de proceso democrático en el País Vasco fue un hecho tangible. Casanova (2007) señala que tras la muerte de Franco el 20 noviembre de 1975, el régimen dictatorial comienza a perder legitimidad incluso entre sus partidarios, hecho que en parte se traduce en la aprobación de la Ley de Reforma Política el 6 de julio de 1976 por el Gobierno presidido por Adolfo Suárez. En 1977 comienza un nuevo escenario en donde lo político dará paso a la nueva esfera de la política,

⁴⁹ A pesar de que la influencia de ETA en la política española y en la constitución de los sujetos políticos vascos fue determinante, trataremos estos extremos en el capítulo dedicado a la violencia, ya que se trata de un factor relevante en el desarrollo de la identidad nacional.

surgiendo un amplio abanico de partidos políticos que verán la luz tras más de 40 años de dictadura franquista.

Las diversas imposiciones políticas y dictaduras que la sociedad vasca sufre históricamente por parte de España, posibilitan en gran medida el surgimiento y fortalecimiento de la comunidad nacional. El modo en que la comunidad nacional se constituye, responde a las dinámicas defensivas articuladas a partir de la idea de que la nación representa al espacio geográfico para la defensa del capital etnocultural de la comunidad (Bowman, 2003). Mientras que el primer nacionalismo vasco fundado por Arana puede considerarse como muy homogéneo, con el paso del tiempo surgen diversas escisiones y corrientes, por lo que hablar de nacionalismos vascos en plural, resulta más adecuado desde un punto de vista analítico. En el presente podríamos distinguir en términos generales, por un lado el nacionalismo tradicional representado por el PNV, y por otro la izquierda abertzale que sería el producto de diversas escisiones de este primer nacionalismo. Cada uno de ellos representa y defiende propuestas antagónicas en muchos aspectos. Mientras que el nacionalismo tradicional heredero directo del movimiento aranista optó en sus inicios por un nacionalismo de corte etnocultural, la izquierda abertzale representaría posturas más cercanas al nacionalismo cívico (Brown, 2000).

David Brown también sugiere que el nacionalismo cívico se centró en el mito de la autonomía foral, mientras que el etnocultural se fijó en el mito del pasado común. El trenzado de estos dos mitos se conseguiría por medio de un nuevo simbolismo del lenguaje. El euskera se articuló satisfactoriamente como elemento aglutinador de la comunidad nacional vasca.

La formulación nacionalista inicial en la que se unían el deseo de recuperar los Fueros tradicionales y la defensa de la pureza racial, tardó varias décadas hasta lograr una consistente unidad nacionalista enfrentada a la figura de España. Brown señala que dada la base racial del nacionalismo etnocultural y la propia erosión de la pureza racial, el propio movimiento nacionalista se puso en peligro. La cuestión racial, en vez de unificar, aumentó la rivalidad entre radicales y moderados (autonomistas y secesionistas) y entre los partidarios y detractores del desarrollo industrial.

Estas rivalidades fueron suavizándose cuando la marca de lo vasco se desplazó de lo racial hacia el compromiso con el euskera, la lengua de todos los vascos. Este desplazamiento fue lento y comenzó a partir de 1918. El euskera pasó a operar como un símbolo de la cultura vasca y de su autonomía cívica. Ser vasco no exigía hablar la lengua, sino que mostrar un compromiso hacia su defensa bastaría (Brown, 2000). En este sentido Jeremy MacClancy (2007) afirma que con la llegada de la izquierda abertzale comienza a defenderse la idea de que

ser *abertzale* se fundamenta más en acciones performativas como la defensa de la lengua y de la cultura vasca, que en contar con un determinado capital etnocultural. No obstante, Hage (1995) sugiere que el no contar con un capital etnocultural de nacimiento, supone en la mayoría de los casos una exclusión por parte de los miembros de la comunidad que han recibido este capital de un modo “natural”.

Los buenos resultados electorales cosechados durante este periodo mostraron que el nacionalismo más cívico comenzaba a lograr el objetivo de constituir los nuevos sujetos políticos y la nación vasca. Por otra parte, los ataques externos en contra de la lengua y cultura vascas tendrían una gran influencia en este cambio de tendencia política.

En las elecciones generales de 1933 el nacionalismo centrado en la lengua (y en la religión) movilizó al 41% en Bilbao, al 57% en Bizkaia, al 46% en Gipuzkoa y al 29% en Álava. En 1936 el Estatuto de Autonomía fue apoyado por el 84% de los votantes de las tres provincias vascas. Esta autonomía desapareció tras la guerra civil. El potencial unificador del nacionalismo vasco se mostró en 1933, las protestas de trabajadores en 1947 y 1951 y en el juicio de Burgos de 1970. Las tendencias disgregadoras se harían más evidentes en los 70.

El hecho de que el euskera operara como símbolo del nacionalismo etnocultural y del nacionalismo cívico, se debió también al ataque que este experimentó. En 1902 se prohíbe enseñar religión en ninguna otra lengua que no sea el castellano; posteriormente Franco prohíbe sencillamente su uso. Así, la implicación a favor del euskera fue un grito nacionalista aglutinante. (Brown, 2000: 88)

El nacionalismo vasco engrosó sus filas con trabajadores inmigrantes durante el franquismo, ya que muchos de estos se fueron identificando con la causa vasca (Brown, 2000). El mismo PNV sufrió varias escisiones hasta que en 1930 se fundó un nuevo partido laico y cercano a los postulados del socialismo. El nuevo partido político se llamaría Acción Nacionalista Vasca. “De otra escisión del PNV surgiría la organización previa a ETA; EKIN, formada durante 1951 y 1952 por un grupo de estudiantes de Bilbao con ideología nacionalista” (Casanova, 2007: 20). Ésta es una época donde los movimientos se multiplican en la esfera de lo político y los defensores de la cultura y lengua vasca intentan constituirse así mismos en nuevos sujetos políticos a pesar de hacerlo desde la clandestinidad.

ETA nace en diciembre de 1958 tras una reunión en la localidad guipuzcoana de Deba. Brown (2000) señala que en los 60, con el boom económico, la organización tomó la dirección del socialismo y se desplazó hacia el nacionalismo cívico comprometiéndose con el “pueblo trabajador vasco”, esto es, “con todos los trabajadores que a día de hoy viven en nuestra tierra, sin distinción de origen”.

Las actividades de ETA realizadas durante esta época generaron un gran fervor popular en las filas del nacionalismo vasco, muy especialmente durante el juicio de Burgos.

En palabras de Brown, el nacionalismo vasco se fraccionó entre los 70 y principios de los 90 debido a que no fue capaz de ofrecer un diagnóstico claro de la crisis económica y de las implicaciones de la transición. La crisis económica de 1973 golpeó el País Vasco con mucha fuerza. Los vascos contaban con dos diagnósticos simples y ambos culpaban a España de ella. El nacionalismo cívico de la izquierda abertzale identificó al capitalismo español como el gran *enemigo*. El etnocultural sin embargo, culpó a una inmigración española excesiva.

Esto significaba que mientras para unos los trabajadores inmigrantes eran víctimas del sistema capitalista además de compañeros, para otros representaban una amenaza. En este momento se vuelven a reproducir algunas estrategias discursivas dualistas de otros tiempos. Los sujetos políticos (en especial los nacionalistas) se constituyen a sí mismos y refuerzan su comunidad nacional, gracias en parte a la figura de un Otro venido de fuera. Por otro lado, las dialécticas reactivas resultan por lo general más habituales en tiempos de crisis y de conflictos bélicos⁵⁰.

Tras la muerte de Franco y con el inicio del proceso de transición que se vive en el Estado español, surgen numerosos partidos políticos. Sin embargo, la existencia en el País Vasco de una serie de especificidades de tipo político ligadas a un movimiento nacionalista en auge, dilatará en el tiempo el proceso político y las negociaciones en la era post-dictatorial, ya que sus aspiraciones nacionales son incompatibles con las de la nación central. Del mismo modo, las posibles convergencias políticas existentes entre las diversas corrientes nacionalistas en Euskadi durante el periodo franquista, cesarán en gran medida en el nuevo escenario político, debido por un lado a que los objetivos políticos comienzan a

⁵⁰ El aumento del apoyo electoral a los partidos ultraderechistas en países europeos inmersos en crisis económicas durante los últimos tiempos ha sido una constante. Habitualmente sus discursos dualistas encuentran de un modo más efectivo adeptos entre las clases más castigadas por la crisis. Podríamos tomar como ejemplo al partido político griego Amanecer Dorado, catalogado por expertos y políticos como una organización política de ideología neonazi. Esta organización liderada por Nikolaos Michaloliakos obtuvo el apoyo del 7% de los votantes griegos en las elecciones legislativas celebradas el 6 de mayo de 2012. Otro ejemplo sería el del partido ultraderechista francés Frente Nacional, liderado por Marine Le Pen, que consiguió ser la fuerza más votada en Francia en las elecciones al Parlamento Europeo del 2014 con el 25% de los sufragios.

distanciarse entre sí⁵¹, y por otro debido a que la unión surgida a partir de una lucha y resistencia ante un enemigo común que ya no existe (Franco y su régimen dictatorial han desaparecido), ha perdido parte de su vigencia y apoyo social.

Durante el régimen franquista el PNV y la izquierda abertzale comparten muchos objetivos estratégicos como la defensa de la lengua y de una serie de valores nacionales. Sin embargo, con la llegada de la democracia toman caminos diferentes debido a que la cosmovisión de ambos es también diferente. Bowman (2003) señala a este respecto, que compartir un enemigo común ayuda en la creación y consolidación de identidades políticas compartidas. Esta nueva escisión dentro de la lucha nacionalista, supone en la práctica el surgimiento de un nuevo grupo de sujetos políticos que además de considerarse nacionalistas lo harán desde posturas cercanas al socialismo. La constitución de sujetos políticos nacionalistas ligados a ideologías de izquierda, no es un hecho que se manifieste exclusivamente durante la transición española, sino que es el resultado de un largo proceso que comienza a forjarse tras el nacimiento de la organización Ekin en 1951.

El motivo de la creación de este grupo es la insatisfacción con respecto a las respuestas que el PNV ofrece en el terreno teórico y práctico al mundo nacionalista. Dos son las diferencias clave que separan a Ekin del PNV. En el plano teórico, la concepción aconfesional y progresista del proyecto. En el terreno táctico, la necesidad de trabajar de forma más activa en defensa de Euskal Herria. Partiendo de esas diferencias, pronto va a tomar cuerpo la reflexión sobre la necesidad de ir más allá de la creación de un mero grupo cultural, para conformar un movimiento político propio sobre unos parámetros ideológicos renovados. (Casanova, 2007: 21)

Éste es un momento durante el que a pesar de la clandestinidad a la que se encuentran abocados los partidos políticos, los nacionalistas vascos de diverso signo se encuentran inmersos en una profunda reconfiguración de sus posturas políticas. El nacionalismo etnocultural se enfrenta una serie de problemas ligados a su esencia reactiva que muchos nacionalistas perciben como contraproducente. Por otro lado, surgen nuevas posturas más progresistas y asociadas al marxismo, que con el tiempo se traducirán en el nacimiento de ETA. La ruptura entre el nacionalismo tradicional y un nacionalismo más contemporáneo y progresista, cambiará en el futuro la configuración y el reparto del poder político en Euskadi. Más de medio siglo después del nacimiento del nacionalismo vasco como movimiento político, la sociedad vasca será testigo del surgimiento de una nueva

⁵¹ Mientras que el PNV representaría al bloque Demócrata Cristiano en Euskadi, la izquierda abertzale estaría más ligada a posturas socialistas y comunistas (en los 60 y 70 más próximas al marxismo).

corriente política que pondrá en duda algunas de las cuestiones defendidas por el propio movimiento durante décadas.

A partir de 1977 aumenta el distanciamiento entre el nacionalismo tradicional representado por el PNV y la izquierda abertzale representada por Herri Batasuna. La nueva formación política *abertzale* y de izquierda irrumpe con fuerza en el panorama político vasco. Estos nuevos sujetos políticos presentan un carácter nacional más radical, ya que abogan por una independencia total del País Vasco. El PNV sin embargo, apostará por el desarrollo de un nuevo estatuto de autonomía. En este contexto donde los vascos tienen que decidir si admiten una constitución que supuestamente les proporcionará un Gobierno autónomo con el euskera como lengua co-oficial, la oposición entre autonomistas e independentistas se incrementará exponencialmente. Este hecho fue determinante a posteriori en la división interna del nacionalismo vasco.

Brown (2000) afirma que durante los años 90 las diferentes tendencias nacionalistas comenzaron a converger en una Comunidad Autónoma Vasca que proporcionaría un marco institucional encargado de promover el progreso cultural y la autonomía cívica. Este nuevo marco institucional iría reemplazando progresivamente al nacionalismo vasco de base reactiva. Brown también sugiere que a lo largo de los años 90 se produjo una marginación progresiva de la violencia, que fue acompañada de una serie de procesos políticos de gran relevancia para el futuro del País Vasco. En enero de 1988 se firmó el Pacto de Ajuria Enea para la normalización y pacificación de Euskadi, con el posterior acuerdo en 1990 en el seno del Parlamento Vasco que se aprobó por mayoría absoluta. De aquí surgió un compromiso para alcanzar la autodeterminación con el apoyo de HB, PNV, EE y EA. En 1997 tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco, ETA se vio forzada tras la presión de los partidos nacionalistas a firmar la declaración de Lizarra, en la que ésta renunciaba al uso de la violencia y reclamaba un referéndum de autodeterminación. En 1998 se formó el primer Gobierno de coalición completamente nacionalista.

Brown (2000) sugiere que la convergencia de los diversos nacionalismos vascos se produce fundamentalmente por la experiencia de vivir en una comunidad autónoma que ha permitido construir una identidad vasca menos reactiva. Muchos hijos de inmigrantes han optado por el aprendizaje del euskera del que hoy puede hacerse una defensa y promoción adecuadas. Esta nueva corriente nacionalista habría ofrecido un espacio adecuado tanto a la orientación cívica como a la etnocultural.

La arena de lo político en el País Vasco desde el fin del franquismo ha sido profundamente convulsa y ha propiciado la formación de diversos tipos de sujetos políticos. Aunque conceptualmente lo político queda cerrado con la redacción y

posterior aprobación de la Constitución Española y de los Estatutos de Autonomía, podríamos considerar que en cierto grado este proceso se cierra en falso. Todavía quedarían una serie de sujetos políticos de diversas Comunidades Autónomas como Cataluña, Galicia o el País Vasco, que aspiran a constituirse en sujetos nacionales y lograr un nuevo marco político-jurídico, que sin embargo no tendría cabida en el sistema constitucional español. En el caso de Euskadi se aprueba el Estatuto de Gernika mediante la Ley Orgánica del 18 de diciembre de 1979 con el rechazo de la Izquierda Abertzale, ya que ésta aspira a una independencia integral de España. Por otro lado, en Navarra se aprueba el Amejoramiento, que otorga al igual que en el caso del País Vasco, una serie de competencias⁵² a la Comunidad Autónoma por sus peculiaridades político-jurídicas de carácter histórico.

Mediante el Estatuto de Autonomía del País Vasco se establecen una serie de artículos que tratan de restituir parte de los derechos político-jurídicos derogados y prohibidos durante la dictadura franquista. De esta manera se intentan encauzar y apaciguar las ansias nacionalistas e independentistas de un gran número de personas que desean comenzar a trabajar en un proceso de construcción nacional. Durante la transición en Euskadi, los nuevos partidos y sujetos políticos comienzan a trabajar en la esfera de la política, aunque se constata la existencia de una serie de actores nacionalistas que abogan por el uso de la violencia política vigente desde la década de los 60. Éstos consideran que sus derechos políticos no se respetan, ya que estarían supeditados a la voluntad de España. En la arena de lo político los sujetos intentan constituirse mediante el uso de retóricas reactivas y dualistas, es por ello que las instituciones político-militares del Estado español y ETA se encuentran inmersas en un conflicto de carácter político-militar.

A partir de los 70 las posiciones enfrentadas sobre el uso de la violencia como recurso para la obtención de fines políticos, dividirán más aun al nacionalismo vasco. Podemos hablar entonces de la existencia de dos tipos de sujetos políticos en el seno del movimiento nacionalista que luchan por constituirse de un modo muy diferente. En 1978 el PNV convoca una manifestación masiva en contra de ETA, hecho que es respondido ese mismo año mediante la celebración de la primera manifestación de la historia de Herri Batasuna.

Un año tardará el partido en oficializar, en forma de enfrentamiento público entre vascos, sus posiciones de 1977. El impulso de Iruña y el abrazo de Madrid, se pusieron a prueba 12 meses. Después de ganar en las urnas las primeras elecciones,

⁵² En numerosos casos aun por transferir según lo establecido en el Estatuto de Autonomía del País Vasco, y así lo denuncian numerosas formaciones nacionalistas.

reanudar sus amistades madrileñas y abrir varias decenas de batzokis, los burukides se atrevieron con el test de de la calle convocando su primera manifestación contra ETA el 28 de octubre de 1978. En ese momento, las movilizaciones populares impulsadas por los grupos de la izquierda abertzale se habían convertido en verdaderos pulsos a la reforma, poniendo en continuo peligro el edificio de los pactos. (Lorenzo Espinosa, 2006: 275)

La división del nacionalismo vasco en dos bloques bien definidos continúa acentuándose debido a las decisiones políticas tomadas por ambas corrientes ideológicas. El 6 de diciembre de 1978 debía votarse la Constitución española mediante referéndum. La campaña propagandística fue especialmente dura, utilizándose retóricas dualistas que representaban al adversario nacionalista como enemigo de la patria vasca y viceversa. El PNV se abstuvo en la votación, mientras que la izquierda abertzale votó en contra. En el conjunto del Estado el respaldo a la Constitución española fue del 59%, mientras que en Euskadi tan solo logró un apoyo del 35% del censo.

El 18 de diciembre de 1979 se aprobó el Estatuto de Autonomía del País Vasco. La defensa y rechazo de este Estatuto también aleja posiciones entre los dos bloques nacionalistas mayoritarios en Euskadi, ya que lo que para algunos representa una base jurídico-política estable desde la que construir un proyecto nacional, para otros simboliza un obstáculo en ese proceso. Estos últimos aludirán a las limitaciones que el Estatuto impone a cualquier proceso futuro de decisión y constitución de los sujetos políticos nacionales vascos. La lucha entre los dos bloques nacionalistas en el País Vasco derivó en una confrontación dialéctica e ideológica directa que propició un escenario de rivalidad en el que las expulsiones, dimisiones y nuevas adhesiones se multiplicaron exponencialmente.

El 25 de octubre de 1979 el Estatuto era votado en las Vascongadas, con un inestable resultado de 831.000 votos a favor, 47.500 en contra y una abstención, que había sido solicitada por Herri Batasuna, de otros 644.000 electores. Esto significa que la autonomía fue aceptada sólo por el 53% del censo electoral vasco y que la suma de abstenciones iba mucho más allá de lo puramente técnico. Las cifras eran elocuentes y representativas de la fuerte oposición que al texto estatutario y sus intenciones iban a oponer a un gran número de vascos. (Lorenzo Espinosa, 2006: 289)

El rechazo de la izquierda abertzale al Estatuto de Gernika se basa en que muchos de los artículos recogidos por el Estatuto de Autonomía del País Vasco supeditan las decisiones de carácter político-jurídico a la Constitución Española. En opinión de un gran número de agentes políticos en el seno del nacionalismo vasco, este hecho conculca a la comunidad vasca la libertad de decidir su propio futuro político y nacional. El artículo 1 del Estatuto de Autonomía del País Vasco indica que:

El Pueblo Vasco o Euskal Herria, como expresión de su nacionalidad, y para acceder a su autogobierno, se constituye en Comunidad Autónoma dentro del Estado español bajo la denominación de Euskadi o País Vasco, de acuerdo con la Constitución y con el presente Estatuto, que es su norma institucional básica⁵³.

Desde esta perspectiva podríamos considerar que el momento constitutivo de España es también un momento constitutivo para Euskadi, ya que sus estructuras político-jurídicas se afectan e influyen mutuamente. El Estatuto de Autonomía Vasco se supedita a la Constitución española, hecho que no es del agrado de los sujetos políticos que reivindican una independencia total respecto a España⁵⁴.

El Estatuto de Autonomía del País Vasco tan solo satisfaría las aspiraciones políticas de una parte de los actores políticos de Euskadi. Los sujetos políticos cercanos a la izquierda abertzale exigen mayores cotas de independencia política respecto al Estado español, y la lucha ideológica llevada a cabo en la esfera política desde los inicios de *Herri Batasuna* hasta el presente, se solapa con la lucha armada en la que ETA ha estado inmersa durante más de medio siglo. La irrupción de ETA en el escenario sociopolítico del País Vasco en 1958, supone el comienzo de una nueva era en la que la violencia política pasa a ser un componente imprescindible para entender los acontecimientos sociopolíticos del futuro.

Durante los años 80 el PSOE se hace con la hegemonía política en el Estado español. El Gobierno entabla diversos contactos con ETA pero todos ellos resultan fallidos. Comienza entonces una nueva estrategia de terrorismo de Estado conocida como la *guerra sucia*, que termina con el desgaste político de la formación en el poder. En 1996 el PSOE pierde las elecciones a favor del Partido Popular (PP) de Aznar. Con la llegada del PP la estrategia político-discursiva del Gobierno español hacia los nacionalismos periféricos cambia de raíz. El uso de discursos dualistas y retóricas reactivas basadas en la identidad nacional se intensifican considerablemente. Estas dinámicas de confrontación directa derivan en una radicalización de los discursos y las posturas políticas. La actividad de

⁵³ Gobierno Vasco. (1979). *El Estatuto de Autonomía*. Recuperado de <http://www.euskadi.eus>

⁵⁴ La Comunidad Europea es en el presente el marco político y jurídico de referencia para un gran número de nacionalistas que reivindican su lugar en las instituciones europeas como ente nacional de pleno derecho. Éstos, observan al igual que los miembros de otras naciones periféricas, fórmulas jurídicas factibles en la legislación europea para lograr sus objetivos políticos y nacionales, ante las constantes negativas de los estados centrales en los que se encuadran.

ETA se endurece y en contrapartida las instituciones político-jurídicas españolas activan una estrategia de marginación e ilegalización de diversas organizaciones ligadas a la Izquierda Abertzale. Con el secuestro y posterior asesinato en 1997 del edil del PP en Ermua Miguel Ángel Blanco, se da en el seno de los partidos políticos estatales, de los medios de comunicación y de la sociedad española en general, una reacción sin precedentes en contra de ETA y de la Izquierda Abertzale, que degenera en una mayor radicalización de los discursos políticos. Los discursos políticos procedentes del nacionalismo español, serán orientados progresivamente a la construcción de una sinécdoque ideológica que identificará deliberadamente la violencia de ETA con las diferentes corrientes dentro del movimiento nacionalista vasco.

Los cambios políticos que va a generar el secuestro y muerte de Miguel Ángel Blanco van a ser enormes, pero no en el sentido que proclaman los defensores del Espíritu de Ermua, sino en uno bien diferente. Un nuevo enfoque de la situación vasca toma cuerpo en la derecha española, al atribuir la pervivencia de la lucha armada no ya a la existencia de la izquierda abertzale, sino al de todo el nacionalismo vasco. Pero como el nacionalismo vasco tiene su base en la existencia de la nación vasca, serán todos aquellos elementos constitutivos de la identidad nacional vasca los que deban ser eliminados. El ataque a la cultura, el folklore y otros elementos importantes de la identidad vasca va a ser sostenido. (Casanova, 2007: 417)

A partir de este momento los discursos que implementan la fórmula Nosotros vs. Ellos se normalizan en los medios de comunicación. En un breve periodo de tiempo se comienzan a tomar por los jueces españoles acciones legales sin precedentes desde la transición. El 28 de mayo de ese mismo año se da inicio al sumario 18/98 que en palabras de Casanova (2007: 424), “simbolizará la política de acoso a la izquierda abertzale del PP”. Es este un periodo en el que comienzan a ilegalizarse organizaciones, medios de comunicación (Egin, Egunkaria, etc.) y asociaciones ligadas a la izquierda abertzale por su presunta vinculación con ETA. Estas polémicas decisiones judiciales culminan con la ilegalización de Herri Batasuna, lo que supone un acontecimiento determinante para el futuro de los sujetos políticos ligados a la izquierda nacionalista.

Las actuaciones llevadas a cabo por parte de los organismos oficiales del Estado español, crean un ambiente y sensación de injusticia entre una gran parte de los nacionalistas vascos, similar en cierto modo al vivido un siglo antes tras la derogación de los Fueros. Las medidas tomadas por la justicia española son percibidas por muchos sujetos políticos vascos como un ataque injustificado que se traduce en un fortalecimiento de sus posturas nacionalistas e independentistas. También se multiplican las demostraciones públicas multitudinarias de carácter político en contra de las acciones llevadas a cabo por el Estado español y sus fuerzas policiales.

La derogación de los Fueros en 1876 creó un sentimiento de injusticia que con el tiempo se traduciría en el nacimiento del nacionalismo vasco y de los sujetos políticos nacionalistas. En cierta medida, las ilegalizaciones y actuaciones políticas, judiciales y policiales llevadas a cabo por el Gobierno del PP a partir de 1998, crearon, salvando las distancias entre ambos acontecimientos, un ambiente similar que se traduciría en un gran acuerdo nacionalista conocido como el Pacto de Lizarra. El día 16 de septiembre ETA declara por primera vez en su historia una tregua unilateral e indefinida.

El Pacto de Lizarra une tras décadas de desencuentros a la mayoría de las formaciones nacionalistas del País Vasco⁵⁵, en lo que se considera un rechazo a la filosofía defendida por el Estado español en la lucha contra ETA, y propone como método resolutivo una negociación política que culmine en un proceso de decisión de la ciudadanía vasca. En la Declaración de Lizarra propuesta el 12 de septiembre de 1998 se propone lo siguiente:

El contencioso vasco es un conflicto histórico de origen y naturaleza política en el que se ven implicados el Estado español y el Estado francés. Su resolución debe ser necesariamente política. Siendo distintas las concepciones que existen sobre la raíz y permanencia del conflicto, expresadas en la territorialidad, el sujeto de decisión y la soberanía política, estos se constituyen en el núcleo de cuestiones fundamentales a resolver (...) Ello conlleva que una negociación resolutiva no comporte imposiciones específicas, respete la pluralidad de la sociedad vasca, sitúe todos los proyectos en igualdad de condiciones de consecución profundice la democracia en el sentido de depositar en los ciudadanos de Euskal Herria la última palabra respecto a la conformación de su futuro y se respete la decisión, por parte de los Estados implicados. Euskal Herria debe tener la palabra y la decisión. (Martínez, 1999: 180)

En el texto se aprecian dos conceptos claves, por un lado el *sujeto de decisión* y por otro la *soberanía política*. El antagonismo existente durante medio siglo entre los dos grandes bloques nacionalistas vascos, determina la existencia de al menos dos tipos de sujetos nacionalistas en Euskadi. A pesar de que ambos cuentan con criterios políticos dispares (Demócrata Cristianos e Izquierda Abertzale), la causa nacionalista los une. La declaración de Lizarra incide en el concepto *sujeto de decisión*, que hace referencia a un nuevo sujeto político nacional que intentará representar al grueso del electorado nacionalista. Es un intento institucional desarrollado por los partidos nacionalistas para materializar lo que se defiende en política. Éste trata de ser un momento constitutivo de lo

⁵⁵ Las formaciones y asociaciones que firmaron el Acuerdo de Lizarra fueron: AB, HB, PNV, EA, IU, Batzarre, Zutik ELA, LAB, EHNE, ESK-CUIS, STEE-EILAS, Ezker Sindikala, Hiru, Gogoa, Amnistiaren Aldeko Batzordeak, Senideak, Bakea Orain, Elkarri, Egizan, Herria 2000 Eliza, Gernika Batzordea y Autodeterminazioaren Biltzarra.

político en el que se intenta articular una nueva identidad política nacional. No obstante, y como ocurre habitualmente en la arena de lo político, se trata de un contexto conflictual que debe solventarse mediante un proceso dialógico del que surgirán nuevas identidades políticas.

Los sujetos políticos vascos serán considerados en adelante como el resultado de un proceso de libre elección, por lo que serán definidos como *sujetos de decisión*. Se pretende lograr un nuevo estatus político que defienda la existencia de un sujeto de decisión con *soberanía política*. Este último concepto haría referencia a la voluntad del electorado nacionalista vasco de ejercer un posible derecho de decisión política no supeditado a la Constitución española.

La soberanía política deberá ser en palabras de los nacionalistas, la herramienta que los sujetos de decisión utilicen para articular la nueva nación. Este intento de articulación de nuevos sujetos políticos no se basa en una identidad reactiva, sino que trata de ser inclusiva. No obstante, el Estado español no se muestra dispuesto a permitir la creación del nuevo estatus político-jurídico propuesto por los nacionalistas vascos, ya que éste no tendría cabida en la Constitución española, y modificar ésta se antoja como un proyecto inviable. Desde posturas estatales se comienza a articular un nuevo proceso discursivo basado en retóricas dualistas, que presentan a los nacionalistas vascos como separatistas radicales que ponen en peligro la integridad de la nación española. Las elecciones autonómicas del 25 de octubre de ese mismo año, se desarrollan en un ambiente enrarecido por los discursos reactivos que dualizan más aun si cabe a la sociedad vasca.

Los resultados obtenidos por los partidos nacionalistas vascos en las elecciones denotan que la estrategia articulada por el nacionalismo español no ha obtenido los resultados deseados, ya que los primeros logran el 61% de los sufragios, un total de 755.000 votos. La izquierda abertzale representada por la formación Euskal Herriarrok, logra su record histórico con un total de 223.000 sufragios y 14 escaños. Estos resultados electorales impulsan a los nacionalistas vascos a intentar articular un proyecto de construcción nacional que se fundamente en los anteriormente citados sujetos de decisión y soberanía política. El 28 de diciembre de 1999 Euskal Herriarrok propone la creación de una asamblea de municipios vascos como primer paso en la vertebración institucional soberana del Euskal Herria. Esta asamblea será conocida con el nombre de Udalbiltza y estará compuesta por electos municipales (alcaldes y concejales) de las siete provincias de la nación vasca⁵⁶. Tras una primera reunión de 666

⁵⁶ El nacionalismo vasco defiende que la nación vasca está compuesta de siete provincias: Arava, Gipuzkoa, Bizkaia, Nafarroa, Lapurdi, Zuberoa y Behe Nafarroa

alcaldes y concejales en el cine Carlos III de Pamplona en febrero de 1999, la institución como tal, se constituye en el palacio Euskalduna de Bilbao el 18 de septiembre de 1999, con la asistencia de 1.778 cargos electos municipales procedentes de las siete provincias vascas. En dicha asamblea se decide por consenso iniciar una nueva andadura institucional en torno a cinco principios programáticos resumibles en dos. Por un lado la reivindicación de Euskal Herria como nación, y a toda su ciudadanía y a la nación en sí como sujetos de pleno derecho, y por otro, el fomento a través de la labor institucional de base municipal, de políticas comunes de desarrollo entre los municipios de todos los territorios vascos, en aras de cohesionar las políticas de las distintas provincias en áreas tales como la normalización lingüística, el desarrollo socioeconómico, la organización y planificación territorial, la defensa de los derechos democráticos, la enseñanza, el deporte o el fomento cultural. Los objetivos del nuevo organismo son expresados mediante su documento fundacional.

- . Afirmar la existencia de Euskal Herria como nación.
- . Coadyuvar a la estructuración política de Euskal Herria dando testimonio de su territorialidad y con la pretensión de englobar en un marco común a los representantes municipales de los seis territorios vascos.
- . Impulsar la construcción nacional de Euskal Herria, entendida como proceso dinámico y democrático y sustentado en la libre participación y decisión de todos los ciudadanos vascos⁵⁷.

Este intento de constituir nuevos sujetos políticos con derecho a decidir y con soberanía política, se topó en palabras de Casanova (2007) con el inmovilismo premeditado del Estado español que intentó boicotearlo haciendo uso de una serie de estrategias discursivas sustentadas en dinámicas reactivas relacionadas con la identidad nacional. Este supuesto inmovilismo es respondido con la convocatoria de una gran manifestación en las calles de Bilbao.

La respuesta a este paso insuficiente será la convocatoria de las fuerzas del Acuerdo de Lizarra de una manifestación el 9 de enero de 1999. La manifestación fue probablemente la mayor realizada en la historia de Euskal Herria. Las calles de Bilbao acogieron una auténtica marea humana que colapsó la ciudad y sus accesos. (Casanova, 2007: 439)

El inmovilismo institucional del Estado español derivó en el final de la tregua de ETA, ya que el 28 de noviembre de 1999 la organización anuncia que pone fin al alto el fuego.

⁵⁷ *Documento de la Asamblea de Electos Vascos*. Iruñea 6 de febrero de 1999. (Casanova, 2007: 439)

Paulatinamente los bloques nacionalistas unidos mediante el Pacto de Lizarra, comienzan a distanciarse y surgen nuevas estrategias políticas en ambas partes. El Gobierno español continúa ilegalizando formaciones ligadas a la Izquierda Abertzale, lo que incrementa la sensación de injusticia e indignación entre los simpatizantes de esta formación. La estrategia de ilegalización llevada a cabo en contra de la izquierda abertzale sigue adelante, y el 27 de junio de 2002 se aprueba la Ley Orgánica 6/2002, de 27 de junio, de Partidos Políticos, también conocida como Ley de Partidos.

La aprobación de esta ley debe situarse en un contexto global, ya que nueve meses antes habían sido perpetrados los ataques en contra de las Torres Gemelas del 11-S. Este suceso cambiaría decisivamente en el futuro el desarrollo y utilización de los discursos dualistas con fines políticos. Sucedería otro tanto con las dinámicas de poder en el seno de las relaciones internacionales. Liu Yongtao (2010: 100) señala que un Gobierno o Estado puede manipular los discursos políticos para literalmente “demonizar”, “criminalizar”, “destruir” o incluso “erradicar” otro Estado enemigo. En este sentido también afirma que la esencia de las relaciones internacionales reside no solamente en la lucha por los recursos y el poder físico, sino que la lucha por la dominación de los discursos se presenta como uno de los principales objetivos. Los Estados se encuentran inmersos en una lucha constante por hacerse con el control de las significaciones e interpretaciones políticas en el seno de las relaciones internacionales. Algunos Estados consiguen hacerse con la hegemonía sobre los discursos políticos, silenciando los *relatos* de otros Estados y grupos subalternos. De este modo, algunos Estados pueden articular y estructurar el funcionamiento de las políticas de intervención a nivel internacional. Yongtao (2010) indica que Bush acuñó el término “eje del mal”, mediante el que constituyó una estrategia global en contra del *terrorismo*⁵⁸. En palabras de Yongtao, el proceso de criminalización de un determinado Estado, Gobierno o sujeto político/nacional, sigue un determinado patrón. En primer lugar se articulan una serie de retóricas discursivas que establecen límites sustentados mediante la representación de imágenes binarias o dualismos entre “el mal o lo diabólico” y “el bien o civilización” (Yongtao 2010: 101). Estas retóricas no dejarían lugar a un espacio intermedio o neutral. En segundo lugar, las retóricas justifican la constitución de una serie de nuevos enemigos en el contexto de una *guerra contra el terror*. Este hecho supone que la comunidad propia se identifica con la civilización y el bien, mientras que el nuevo Estado, Gobierno o sujeto político enemigo se tacha de incivilizado y peligroso. En tercer y último lugar, se justifica y legitima la utilización de la fuerza (política y militar) en contra de los Estados y sujetos encuadrados en el mal. Las estrategias discursivas de este tipo son comunes tanto en las relaciones internacionales como

⁵⁸ En la *lista negra* que elaboró el Gobierno de George W. Bush, se incluyeron grupos terroristas, movimientos de resistencia e incluso Estados con los que los Estados Unidos no mantenía buenas relaciones diplomáticas, como son el caso de Irak o Corea del Norte.

en los asuntos domésticos o nacionales, ya que todas ellas siguen una misma lógica que se aplica al adversario político y/o nacional, habitualmente con la intención de criminalizarlo e incluso “eliminarlo” (Hage, 1995).

Como ya hemos señalado anteriormente, los atentados del 11-S tuvieron consecuencias significativas a nivel global, ya que la política internacional cambió de raíz, sobre todo en la gestión de los conflictos entre naciones centrales y periféricas. Agrupaciones como el PKK kurdo o ETA serían incluidas en la lista de grupos terroristas creada por los Estados Unidos a nivel internacional. El PP con José María Aznar a la cabeza, comenzó a utilizar una estrategia discursiva similar a la empleada por George W. Bush en los Estados Unidos. A partir del 2001 las retóricas dualistas comienzan a acaparar el protagonismo en el desarrollo de las relaciones internacionales.

Tras los ataques del 11-S los Estados Unidos declararían a nivel mundial su peculiar guerra al terrorismo. Las víctimas de esta guerra iban a ser principalmente los ciudadanos de Afganistán e Irak, pero también los derechos y libertades civiles a lo largo y ancho del planeta, tal y como desde entonces han denunciado reiteradamente organizaciones de defensa de los derechos humanos en todo el mundo. Para Aznar, la focalización de la atención internacional en la cuestión del terrorismo era una oportunidad para difundir sus tesis militaristas sobre el conflicto vasco y recabar apoyos para las políticas represivas en una comunidad internacional cada vez más insensibilizada con respecto al respeto de los derechos humanos. De hecho, serán muchos los países que empiecen a legislar de forma restrictiva para las libertades en aras de una concepción policial de la seguridad y de alguna manera el Estado español puede presentarse como pionero de nuevos y radicales enfoques en la legislación antiterrorista más agresiva. (Casanova, 2007: 461)

La izquierda abertzale se caracteriza por contar con una base militante joven en comparación a otros partidos políticos, y son éstos los más involucrados en los procesos políticos. Desde la década de los 80, las organizaciones juveniles ligadas a la izquierda abertzale muestran un nivel de actividad elevado, organizando eventos multitudinarios de carácter musical, cultural y sobre todo político, con la *Mendimartxa* o el *Topagunea*⁵⁹ como mejores ejemplos. En estos encuentros se reafirmaba la identidad política de los asistentes mediante la realización de actividades políticas y culturales, que ensalzaban a la cultura y la nación vasca.

Estos eventos y acciones organizados por los jóvenes próximos a la Izquierda Abertzale, pasarían a convertirse progresivamente en objetivo de las retóricas

⁵⁹ Ambos eventos organizados por la asociación juvenil *Jarrai*, reunían a decenas de miles de jóvenes. Cada Semana Santa se organizaba uno de estos eventos alternativamente, finalizando siempre con la asistencia al *Aberri Eguna* o día de la nación vasca.

dualistas articuladas por el Estado español, siendo posteriormente ilegalizados. Siguiendo la misma estrategia descrita por Liu Yongtao (2010), el Estado español pone en marcha un proceso de ilegalización que sigue un determinado patrón. En un primer momento se articulan una serie de retóricas discursivas que establecen fronteras entre los *enemigos de la democracia* y el *Estado de derecho*. Al equiparar estas asociaciones y formaciones políticas a ETA (que representa a su vez al mayor enemigo de la nación española), se crean una serie de nexos simbólicos entre ellos que se traducen en una asociación sinecdótica que lo impregnaría todo. Dicho de otra manera, el *mal* representado por ETA, se convierte en una categoría de definición estandarizada para la izquierda abertzale y los movimientos asociados a ésta. Las asociaciones y formaciones políticas ligadas a la izquierda abertzale comienzan a percibirse como peligrosas para España. No se permiten posiciones neutrales, fomentándose las retóricas de tipo “estas con nosotros o contra nosotros”. En tercer y último lugar, se legitima el empleo de todos los recursos del conocido como *Estado de derecho* para llevar a cabo ilegalizaciones de tipo político. Con el tiempo y ante la presión a la que están sometidos por parte del Estado español, los movimientos juveniles asociados a la izquierda abertzale deciden repensar y reconfigurar sus estrategias de acción política y social. La izquierda abertzale también comenzará un proceso mediante el que replanteará su estrategia política, más aun tras la escisión de Aralar en el año 2000.

Más de una década después del fracaso del Pacto de Lizarra y tras otro proceso de paz fallido, ETA declara el 20 de octubre de 2011 el cese definitivo de la actividad armada. Posteriormente surge un nuevo proyecto de construcción nacional que se fragua mediante una coalición múltiple entre varios partidos políticos⁶⁰ que logra unos resultados electorales históricos en el País Vasco. El nuevo proyecto nacionalista representa a un amplio grupo de sujetos políticos unidos por un mismo fin; la independencia de la nación vasca desde posturas de izquierda. Este proyecto nacerá bajo el nombre de Bildu. A pesar de los diversos intentos de ilegalización por parte del Estado español, en las elecciones forales y municipales del 2011 la formación política es la primera en número de concejales (953) y la segunda en votos (276.134 que supone el 25.45% de los sufragios)⁶¹. Bildu también logra hacerse con la Diputación de Gipuzkoa, hecho que da una especial relevancia al resultado, ya que permite a la formación *abertzale* contar con la posibilidad de dar a conocer institucionalmente su mensaje político de un modo más eficiente y con una mayor repercusión mediática, tanto a nivel local como a nivel estatal.

⁶⁰ Entre ellos la izquierda abertzale representada por Sortu, Aralar, EA y Alternativa, además de una serie de organizaciones políticas y culturales de carácter nacionalista.

⁶¹ Eustat. (2011). *Elecciones a Juntas Generales del 22 de mayo de 2011 en la C.A. de Euskadi*. Recuperado de <http://www.eustat.eus>

4.4) Nuevas estrategias discursivas del nacionalismo y retóricas de la identidad

Surgen con la irrupción de Bildu, nuevas estrategias discursivas que se alejan deliberadamente de las retóricas pretéritas, asociadas en opinión de muchos magistrados españoles a la violencia. Se fomentan en este momento otro tipo de estrategias discursivas que cuenten con una mayor aceptación a nivel local e internacional⁶².

Uno de los aspectos más relevantes de esta nueva estrategia, reside en el hecho de que la articulación y puesta en marcha de acciones simbólicas basadas en la desobediencia civil y alejadas claramente de antiguas posturas asociadas al uso de la violencia (*kale borroka*, etc.). La izquierda abertzale legítima de este modo ante su electorado la acción política que lleva a cabo. Además, consigue desprestigiar en cierto modo el uso de discursos dualistas por parte del Estado español, ya que éstos se basarían exclusivamente en antiguas retóricas que harían alusión constantemente a ETA y al *enemigo*. Se da además un cambio de perspectiva en cuanto a la percepción de la violencia de ETA el seno de la ciudadanía del Estado español. Los datos que anualmente publica el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) sobre las principales preocupaciones de los ciudadanos, así lo atestiguarían. En el último barómetro realizado por el CIS⁶³, las principales preocupaciones de los ciudadanos del Estado español eran las siguientes:

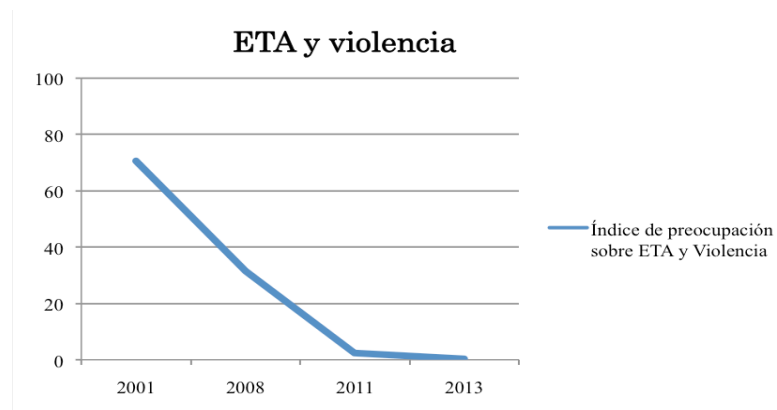
El paro.....	80.9%
La economía.....	38.9%
Los políticos en general y los partidos políticos	30.2%
El Terrorismo, ETA.....	0.3%

⁶² A partir del año 2012 surge por ejemplo, una nueva estrategia de desobediencia civil protagonizada mayormente por jóvenes ideológicamente cercanos a la Izquierda Abertzale, que se bautiza con el nombre de *Askegunea*. La estrategia consiste en formar un escudo humano con cientos de individuos para tratar de evitar (aunque sea simbólicamente) el arresto de una serie de individuos acusados por la judicatura española de pertenecer o colaborar con organizaciones ilegalizadas.

⁶³ Centro de Investigaciones Sociológicas - CIS. (2013). *Barómetro de diciembre 2013* (n° 3008). Recuperado de <http://www.cis.es>

Observamos que la organización armada ETA ya no es considerada por la mayoría de los encuestados como una de sus principales preocupaciones. Sin embargo, en el pasado este fenómeno se producía a la inversa, ya que ETA representaba habitualmente la mayor de las preocupaciones de la ciudadanía del Estado español. Comparando estos datos con los obtenidos en años anteriores por el barómetro del CIS, observaremos que los porcentajes estadísticos referentes a la violencia de ETA y el terrorismo en general como preocupaciones de los ciudadanos en el Estado español, habrían menguado considerablemente.

El barómetro (nº 2923) realizado por el CIS en 2011, muestra que el porcentaje de individuos encuestados que consideraban a ETA como su mayor preocupación era del 2.5%. El estudio realizado en 2008 (nº 2754) muestra que ETA suponía la mayor preocupación para el 31.4% de los encuestados, cifra que aumenta considerablemente en el estudio de octubre de 2001 donde un 70.6% de los encuestados opina que ETA constituye su mayor preocupación.



La información recogida en este gráfico resultaría relevante en varios aspectos. Por un lado, los datos estadísticos obtenidos por instancias y organizaciones de carácter gubernamental como el CIS, el CSIC o el INE⁶⁵,

⁶⁴ Fuente: Elaboración propia según datos obtenidos del Departamento de Interior, Justicia y Administración Pública del Gobierno Vasco. (10/5/2013). Recuperado de <http://www.euskadi.net>

⁶⁵ Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), Centro Superior de Investigación Científica (CSIC) e Instituto Nacional de Estadística (INE).

influirían en cierto modo en la articulación de los discursos políticos. Los políticos electos y sus asesores acuden habitualmente a este tipo de información para definir sus estrategias discursivas. Gitlin (1980) afirma que los dirigentes de la policía y del Gobierno pueden manipular las imágenes violentas, sacándolas de contexto y reinsertándolas en narrativas que presenten a ciertos sujetos políticos como criminales peligrosos o terroristas responsables de actos de violencia sin sentido.

Por otro lado, este descenso de la preocupación respecto a ETA y la violencia también se reflejaría en los medios de comunicación, que al igual que los electos y sus asesores, dejaría de articular en gran medida contenido relacionado con la violencia política. “Los medios de comunicación y las industrias del entretenimiento producen y difunden imágenes de violencia para captar audiencias” (Aijmer, 2000: 10). Esta situación sin embargo, podría revertirse según los intereses políticos y mediáticos de cada momento. Juris (2003) sugiere que los medios de comunicación estatales intentan separar a los movimientos implicando a los sectores moderados en la condena de la violencia militante, o bien asociando a todos los manifestantes con la violencia, para justificar así la represión física indiscriminada.

En numerosas ocasiones los medios de comunicación actúan como *altavoces* para las formaciones políticas en el poder, por lo que habitualmente el cambio en el discurso político es simultáneo en ambas. Por otro lado, Jeffrey S. Juris (2003) señala que los medios de comunicación tienen la habilidad para descontextualizar imágenes de violencia y reinsertarlas en marcos interpretativos alternativos, ya que este es un componente central en la lucha por la hegemonía. La manipulación o descontextualización de la *realidad* con fines políticos, no es un hecho aislado, y en determinadas ocasiones los medios de comunicación juegan un rol fundamental en este tipo de estrategias.

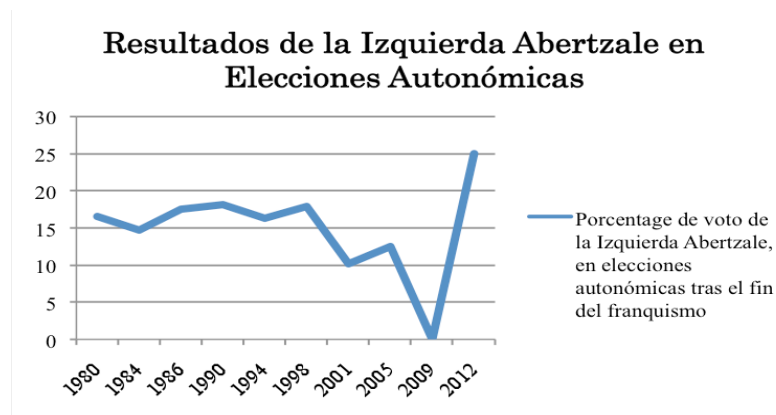
Herman y Chomsky (1988) señalan que las élites económicas y políticas modelan en gran medida el discurso mediático mediante la concentración de la propiedad de los medios, el sistema de entretenimiento, los vínculos con expertos del Gobierno y los negocios, y de forma más ocasional mediante la disciplina manifiesta y la censura. La influencia que los medios de masas tienen sobre la sociedad es evidente, y más aun en la era de la comunicación donde la información se da prácticamente a tiempo real y de un modo globalizado. Los medios están activamente comprometidos en la producción de la *realidad* social.

Los medios nombran las partes del mundo, certifican la realidad como realidad y cuando sus certificados son cuestionados o contestados, como sucede a menudo, son esos mismos certificados los que delimitan los términos de la contestación efectiva. Para decirlo en términos simples: los medios de

comunicación se han convertido en sistemas cardinales en la distribución de ideología. (Gitlin, 1980: 2)

La influencia entre medios de comunicación y sociedad es recíproca, y ha propiciado que en la última década los problemas que preocupan a la sociedad española se trasladen de la violencia de ETA a otros aspectos como el paro o la corrupción. Este hecho deriva en cierto modo, en la mengua del número de discursos dualistas empleados por los agentes políticos españoles en contra del movimiento nacionalista vasco, ya que éstos observan su falta de eficacia de cara a sus propios intereses electoralistas.

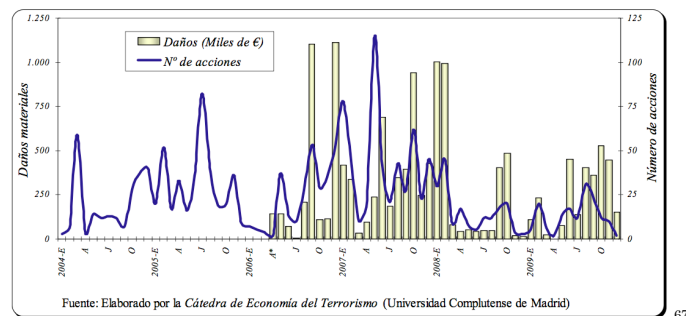
El cambio de estrategia política y la disminución del uso de retóricas dualistas por parte del Estado español, propician que una serie de actores políticos antes objeto de ilegalizaciones y de un constante acoso político, jurídico y policial, replanteen su postura política y opten por la constitución de un nuevo tipo de sujeto político basado en alianzas de diversas formaciones nacionalistas. Los nuevos sujetos políticos serán asociados cada vez en menor medida al uso de la violencia o a posiciones radicales del pasado, hecho que incide directamente en el aumento del apoyo que reciben de la sociedad vasca y que se materializa en un notable ascenso del número de votos obtenidos en las elecciones autonómicas del 2012.



66

⁶⁶ Fuente: Elaboración propia según datos obtenidos del Departamento de Interior, Justicia y Administración Pública del Gobierno Vasco. (10/5/2013). Recuperado de <http://www.euskadi.net>

El nuevo escenario político propicia la reconfiguración de las posturas de algunos sujetos políticos. Ésta se caracteriza por un cambio de estrategia política, ya que se percibe que el abandono de la violencia armada y la apuesta por la política para denunciar una situación que consideran injusta, aporta mayores beneficios en un posible proceso de construcción y emancipación nacional. Este cambio de estrategia se produce en diversos niveles y se manifiesta entre otros mediante el descenso en la actividad armada de ETA y de las acciones llevadas a cabo por la Kale Borroka. El siguiente gráfico sobre la incidencia de la Kale Borroka en número de acciones llevadas a cabo y en los daños materiales derivados de éstas que la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense elaboró en el año 2010 así lo atestiguaría.



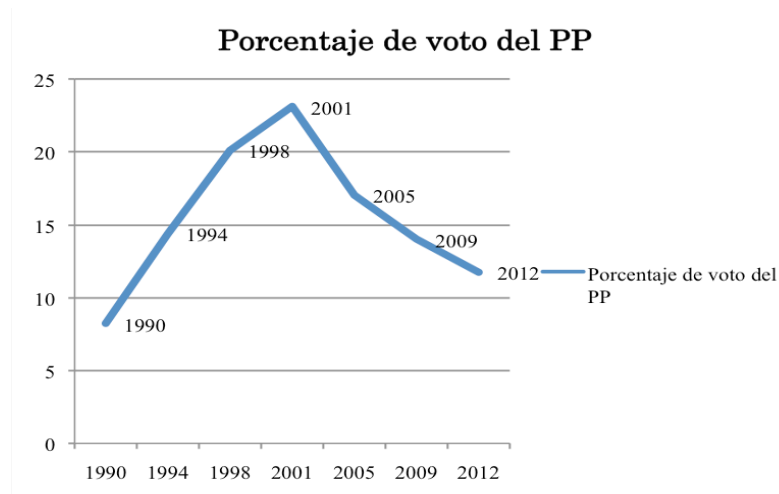
El Estado español continuará no obstante, aunque en menor medida, con el empleo de retóricas dualistas y sinécdoques⁶⁸ políticas mediante las que se intentará definir al conjunto del MLNV⁶⁹ como un movimiento terrorista ligado a ETA. Se dan en este periodo diversos procesos de carácter jurídico en contra de la

⁶⁷ Buesa, M. (2010). *Actualización del recuento estadístico de las actividades terroristas de ETA y de la política antiterrorista*. Madrid, España: Universidad Complutense de Madrid.

⁶⁸ Las estrategias políticas de los Estados hegemónicos se sustentan habitualmente en el uso de retóricas que buscan identificar al grueso de la comunidad que quieren derrotar tanto política como militarmente, con una pequeña parte de ésta (por lo general relacionada con el uso de la violencia) para así justificar sus propias tácticas político-militares. Este tipo de tácticas asociadas a sinécdoques identitarias serían en palabras de Liu Yong Tao (2010) mecanismos altamente efectivos orientados a la consecución de sus objetivos político-ideológicos. Jeffrey Juris (2003) también recuerda que los medios de comunicación estatales se afanan en equiparar a los sectores moderados con los manifestantes violentos para así justificar la violencia policial en contra del grueso de los manifestantes.

⁶⁹ Movimiento de Liberación Nacional Vasco.

izquierda abertzale de los que podríamos destacar la Ley Orgánica 6/2002 o la “ley de partidos políticos”. Sin embargo, la nueva estrategia de rechazo a la violencia articulada por la Izquierda Abertzale, consigue neutralizar en gran medida las posturas reactivas promovidas desde el nacionalismo español. Paralelamente, la ausencia de conflicto armado produce un notable descenso del apoyo al nacionalismo español más radical en el seno de la sociedad vasca. El descenso en el número de votos que el Partido Popular sufre, va acompañado de una mengua relativa a la preocupación de la sociedad española respecto a la violencia de ETA, como se certifica en el barómetro de opinión del CIS del 2011 (número 2923) anteriormente citado, y como demuestra la secuencia histórica aportada por Eustat con los datos estadísticos correspondientes a los comicios electorales.



70

La pugna política entre nacionalismo vasco y nacionalismo español en Euskadi, se ha manifestado durante décadas tanto en el seno de parlamentos, diputaciones y ayuntamientos, como en las calles de ciudades y pueblos. La

⁷⁰ Fuente: Elaboración propia según datos obtenidos del Departamento de Interior, Justicia y Administración Pública del Gobierno Vasco. (10/5/2013). Recuperado de <http://www.euskadi.net>

tensión política ha alcanzado por momentos límites preocupantes, no solo por la actividad armada de ETA, de los cuerpos de seguridad españoles y de las organizaciones paramilitares como el GAL, sino por qué en determinadas ocasiones las calles se han convertido en el escenario de enfrentamientos entre ciudadanos de ambas partes. La arena de lo político no se ha limitado a las instancias oficiales, sino que ha sido un fenómeno experimentado en el seno familiar, en los círculos de amistades, en el ámbito laboral y en espacios públicos. Un claro ejemplo de este extremo sucedió tras el asesinato a manos de ETA del edil del PP Miguel Ángel Blanco en julio de 1997. Multitudinarias muestras de repulsa y manifestaciones fueron organizadas por diversas asociaciones como *¡Basta Ya!* o el Foro de Ermua, que habían sido creadas con anterioridad para oponerse frontalmente a ETA. Miles de personas ávidas de venganza se desplazaron desde diversos puntos de la geografía española a Euskadi y tomaron parte en persecuciones, linchamientos públicos y ataques contra sedes de la Izquierda Abertzale. “Las manifestaciones de los días siguientes a la muerte de Blanco terminan en muchos casos en ataques a sedes y personas que portan símbolos o que son relacionadas con HB” (Casanova, 2007: 415).

Este rechazo hacia la violencia de ETA que había derivado en otro tipo de violencia de tipo discursivo, político e ideológico contra todo lo que estuviera relacionado con la Izquierda Abertzale, el independentismo y el nacionalismo vasco en general, fue alentado principalmente por el nacionalismo español más radical y por una serie de actores y de medios de comunicación afines a éste.

A partir de la muerte de Blanco se produce en Euskal Herria la mayor reacción contra ETA de la historia. De numerosos balcones cuelgan banderas blancas con crespones y en casi todas las localidades se organizan manifestaciones con una gran participación. Aunque muchas personas acuden simplemente desde la perspectiva de rechazar el indudable drama humano que acaban de contemplar casi en directo, el clamor mediático dirige la protesta y marca las consignas, exaltando los sentimientos, ya a flor de piel. Los medios de comunicación empiezan a competir por buscar la mayor beligerancia contra la izquierda abertzale. El *Mundo* (13-7-97) publica las fotos de los dirigentes de la Mesa Nacional y bajo ellas el titular “Ellos han apretado el gatillo”, ABC desgrana una batería de medidas para reprimir al independentismo entre las que destacan el endurecimiento de penas y la ilegalización de HB. Otros medios se esfuerzan en subrayar los aspectos más sensibles del drama humano buscando un acercamiento a lo sucedido desde una perspectiva emocional. La manifestación de repulsa en Madrid culminará con el célebre llamamiento realizado por la presentadora del acto: “A por ellos”. (Casanova, 2007: 414)

La izquierda abertzale también se organiza para la autodefensa de su electorado y de su capital político, articulando una serie de discursos reactivos en contra de los ataques de la prensa estatal y de la violencia física utilizada en su contra. Con el tiempo además se dan represalias contra personas que habían sido

identificadas en los ataques durante los días previos. En opinión de Casanova (2007), muchos de los asistentes a las protestas por la muerte de Blanco se desmarcarán posteriormente de este movimiento de protesta al percibir su proximidad con el nacionalismo español y por el carácter violento que había adquirido en ciertos lugares.

Tras este acontecimiento que podríamos definir como histórico y punto de inflexión para el propio nacionalismo vasco, las diversas partes radicalizan sus discursos políticos y se distancian notablemente. Durante los siguientes cuatro años el panorama político en la CAV cambia sustancialmente, ganando el nacionalismo español más radical adeptos entre los ciudadanos. Tras el asesinato de Blanco los discursos dualistas se multiplican y se radicalizan, hecho que con el tiempo provoca una importante fractura social e ideológica entre los vascos de diferente signo político.

Los retóricas dualistas de tipo, Nosotros los buenos y patriotas vs. Ellos los asesinos, se generalizan en ambas partes. La implementación del uso de este tipo de retóricas hizo que los partidos que no se encontraban en ninguno de los dos polos ideológicos, tuvieran que posicionarse, ya que no existía un lugar para la neutralidad. Liu Yongtao (2010) señala que en las retóricas políticas orientadas a crear “enemigos”, se constituyen una serie de imágenes binarias diametralmente opuestas, que no dejan lugar a espacios “grises” o neutrales.

A partir de 1997 el escenario político en el País Vasco cambia drásticamente, radicalizándose las posturas ideológicas de ambas partes. Los resultados electorales obtenidos tras las elecciones autonómicas de 1998 y 2001, muestran un notable ascenso tanto del PP como del PNV, mientras que la izquierda abertzale sufre un desgaste político derivado de la no condena de la violencia de ETA. No obstante, el ascenso que experimentan las dos formaciones democratacristianas (PNV y PP) comienza a menguar progresivamente a partir del año 2001. Este hecho sucede debido en parte a que los mensajes dualistas dejan de ser percibidos como beneficiosos por la ciudadanía vasca. La disminución del número de acciones violentas llevadas a cabo por ETA durante este periodo, sería otro aspecto a tener en cuenta.

Las dos fuerzas mayoritarias en el seno del nacionalismo vasco observaron con preocupación el ascenso electoral del PP, resultado obtenido en gran medida gracias a la radicalización de la política vasca. Ante el nuevo escenario político los partidos nacionalistas vascos darán inicio a un proceso de alianzas inédito hasta aquel momento que vendrá acompañado de la primera tregua unilateral e indefinida de ETA en toda su historia. Hablamos del ya mencionado Pacto de Lizarra.

El panorama está cambiando y el comienzo del curso político fue trepidante. El 3 de septiembre del 2008, se presentaría Euskal Herritarrok, proyecto conformado por HB, Zutik, Batzarre e independientes. El 12 de septiembre en la localidad Navarra de Lizarra las negociaciones realizadas en el marco del foro de Irlanda dan lugar a la firma de un documento histórico entre las fuerzas abertzales, HB, PNV, EA, junto con IU, la mayoría sindical y una veintena de colectivos sociales. Es el mayor acuerdo de la historia para defender el reconocimiento del derecho de Euskal Herria a decidir su futuro. Se ha abierto un nuevo ciclo político. (Casanova, 2007: 427)

Con el Pacto de Lizarra se da comienzo a un nuevo escenario político en el País Vasco. Por una parte finaliza el periodo de marginación política que la izquierda abertzale había sufrido durante los últimos años, y por otra las fuerzas nacionalistas vascas se embarcan en un ambicioso proceso de construcción nacional. Se trata de un intento de dar forma a la voluntad de los sujetos nacionalistas, que ven sus aspiraciones nacionales frustradas por las políticas centralistas del Partido Popular, al mismo tiempo que perciben con indignación los ataques que sufre la cultura vasca y el nacionalismo vasco en general.

Pronto el nacionalismo español afirmará que realmente su problema no son los medios sino los fines, es decir, que igual de rechazable que la lucha armada, o peor, les resulta el independentismo vasco. Se estaban poniendo las bases para un realineamiento del mapa político de alianzas en Euskal Herria. (Casanova, 2007: 417)

La violencia (de carácter simbólico, estructural y otros tipos) percibida como peligrosa para la comunidad propia, activa normalmente una reacción defensiva mediante la que se ponen en marcha una serie de estrategias discursivas y organizativas orientadas a la autodefensa de la comunidad (Bowman, 2003). Ante esta amenaza externa los partidos nacionalistas vascos activan una serie de estrategias defensivas orientadas a la constitución de la nación como espacio orientado a la defensa de la cultura, de la identidad nacional y de los sujetos políticos. El Pacto de Lizarra debe contextualizarse en este escenario de radicalización de las posturas y discursos políticos. Los movimientos nacionalistas son en palabras de Bowman (2001, 2003) estrategias de defensa y contestación en contra de las políticas y violencias representadas por el *enemigo* que intenta destruir la cultura e identidad nacional. De nuevo nos topamos con las categorías reactivas presentes en los discursos dualistas, que aluden a la virtud y honestidad patriótica ante la amenaza del enemigo incivilizado y antidemocrático. El Pacto de Lizarra podría entenderse como parte de una estrategia política defensiva ante los ataques percibidos por la comunidad nacional vasca en contra de su cultura e identidad. Este pacto podría entenderse además, como un intento de cambiar o superar el marco político y jurídico establecido tras la muerte de Franco mediante el Estatuto de Gernika.

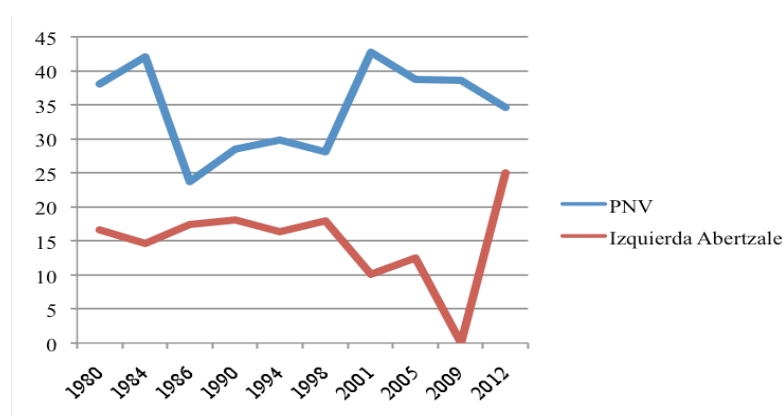
Después de veinte años de imposición del marco jurídico político español y de una década de intentos de aislar a la izquierda abertzale a través de mecanismos como el Pacto de Ajurienea, el mapa político vasco había dado un vuelco radical que se escenificó en septiembre de 1998. En estos momentos emerge una fuerza aparentemente unida, que es mayoritaria en el terreno político y sindical, para reclamar del Estado español el reconocimiento de los derechos políticos del pueblo vasco. (Casanova, 2007: 431)

A pesar de los intentos pronto se cayó en un inmovilismo por parte del Estado español que decidió mantener intactas las políticas penitenciarias. Por otro lado, la izquierda abertzale acusó al PNV de no dar pasos suficientemente claros hacia un proceso de construcción nacional. El nacionalismo español también atacó al PNV mediante la articulación de nuevas retóricas dualistas con las que le acusó de pactar con los *violentos* y los *terroristas*, en definitiva, con el *enemigo*. Ante el ya mencionado inmovilismo, ETA rompió la tregua y retomó la lucha armada, hecho que finiquitó definitivamente el proceso de construcción nacional puesto enmarca y dio al traste con el Pacto de Lizarra.

En septiembre del 2001 el *Lehendakari* Juan José Ibarretxe presentó su “Propuesta de Estatuto Político de la Comunidad de Euskadi”, en lo que fue otro intento de constitución de la nación vasca y de los sujetos políticos vascos. En enero de 2005 el Presidente del Parlamento Vasco entregó la propuesta de Estatuto al Presidente del Congreso para su debate y votación, siendo rechazado el 1 de febrero por 313 votos en contra (PSOE, PP, IU, CC y CHA), 29 a favor (PNV, ERC, CiU, EA, NaBai y BNG) y 2 abstenciones (ICV). Los partidos nacionalistas españoles y los republicanos votaron en contra, mientras que el grueso de los partidos nacionalistas (vascos, catalanes y gallegos) del Estado español dieron su voto a favor. Además de rechazar la propuesta, el Estado español retomó el uso de retóricas reactivas que derivaron en el enjuiciamiento del *Lehendakari* Ibarretxe y la ilegalización una vez más de la Izquierda Abertzale. La ilegalización de esta formación independentista junto con el pacto (inédito hasta aquel momento) entre las dos fuerzas políticas representativas del nacionalismo español en Euskadi (PP y PSE-EE), evitaron que la formación política con mayor respaldo electoral, el PNV, lograra reeditar su victoria en las urnas y se viese relegada a la oposición. El nuevo *Lehendakari*, Francisco López del PSE-EE, comenzaría entonces a erradicar un gran número de símbolos del nacionalismo vasco ya normalizados en el seno de las instituciones públicas, aunque la fuerte oposición que sufriría por parte de la mayoría social, sindical y política del País Vasco, le obligaría a adelantar las elecciones al año 2012.

En las elecciones autonómicas del 2012 se evidenció el desgaste político tanto de los socialistas vascos como del PP, ya que ambos perdieron gran parte de los apoyos electorales con los que contaron en citas anteriores. El PNV también sufrió, aunque en menor medida, el desgaste político y social, ya que empeoró los

resultados electorales previos. El Partido Nacionalista Vasco perdió terreno ante su rival *abertzale* más directo, la coalición de Bildu, que se erigió en la gran sorpresa de los comicios. El abandono definitivo de las armas por parte de ETA y el evidente posicionamiento independentista y nacionalista de la formación *abertzale*, influyó decisivamente el resultado de las elecciones. La apuesta por la paz y por una política orientada hacia la construcción nacional desde posturas de izquierda, puso fin a un ciclo electoral histórico en el que el nacionalismo tradicional se había impuesto claramente a un nacionalismo más contemporáneo y de izquierdas. El gráfico que presentamos a continuación mostraría en cierta medida esa posible fluctuación de los votos *abertzales* que se movilizarían en determinados momentos políticos entre las dos formaciones⁷¹.

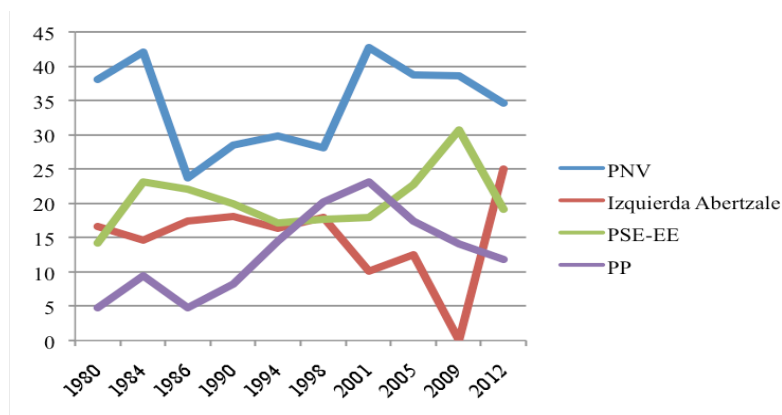


72

⁷¹ Este fenómeno resultará más evidente a partir de las elecciones autonómicas de 1990, donde el incremento de votos del PNV supone una mengua en el número de sufragios obtenidos por la izquierda abertzale y viceversa. Este hecho resulta relevante, ya que ambas formaciones presentan un proyecto político y nacional bien definido y diferenciado. En algunos aspectos sus programas electorales resultan antagónicos (debido en gran medida a que el ideario socialista y el demócratacristiano se oponen), entre ellos una serie de postulados de carácter económico e ideológico, sin embargo existirían también múltiples similitudes en aspectos relacionados con la identidad nacional.

⁷² Fuente: Elaboración propia según datos obtenidos del Departamento de Interior, Justicia y Administración Pública del Gobierno Vasco. (10/5/2013). Recuperado de <http://www.euskadi.net>

A modo de conclusión, sería aconsejable recordar que si bien el nacionalismo vasco en Euskadi, heredero directo de los postulados aranistas, se erigió en el referente político durante la primera mitad del siglo XX, la irrupción de ETA en 1958 y el posterior surgimiento de la de la izquierda abertzale en la década de los 70, cambiaría por completo el escenario político, ya que la hegemonía política del PNV se vería progresivamente contestada por una nueva alternativa *abertzale*. Ambas formaciones deberían compartir en el futuro un mismo espacio electoral. Por otro lado también se verían abocados a luchar por unos votos que fluctuarían como consecuencia directa de sus propuestas políticas. A partir de las elecciones del 2009 la lucha política se visibilizará de un modo más evidente, ya que el trasvase y fluctuación de votos que se viene dando desde la década de los 80, se agudizará en estos últimos comicios.



73

⁷³ Fuente: Elaboración propia según datos obtenidos del Departamento de Interior, Justicia y Administración Pública del Gobierno Vasco. (10/5/2013). Recuperado de <http://www.euskadi.net>

5) Violencia e identidad nacional

Definir la violencia de un modo holístico y homogéneo no es una tarea sencilla. Ésta ha sido históricamente abordada desde diversos campos científicos y perspectivas que han dado como resultado un ingente número de teorías que intentan describir, acotar y analizar un fenómeno universal muy presente en la política nacional e internacional. Existen múltiples tipos de violencia que deben además ser contextualizados espacial y temporalmente, ya que existe el peligro de que éstos sean tachados de actos sin sentido (Gitling, 1980). No obstante, la violencia no carece de sentido, ya que ésta se encuentra impregnada de la esencia simbólica y ritual que reside en las bases de las relaciones sociales. Anton Blok (2000) sugiere que en vez de definir a priori la violencia como un acto irracional, consideremos a ésta como una forma cambiante de interacción y comunicación social desarrollada a lo largo del tiempo de un modo cultural. La etiqueta *irracional* se derivaría en gran medida de una visión hegemónica occidental que tiende a descontextualizar el fenómeno y divorciarlo de su significación cultural, simbólica y ritual. En este sentido, un mismo acto violento ejercido por distintos actores puede ser percibido como una hazaña heroica o como un acto terrorista que amenaza la integridad de la nación.

La violencia ha sido tradicionalmente asociada al poder y a la hegemonía social y política. Göran Aijmer (2000) señala que la violencia es un fenómeno humano del mismo tipo que la sexualidad, la sociabilidad y la dominación. Es también un ingrediente necesario en la formación de la vida social, ya que ofrece una sólida base para la constitución de las relaciones de poder. Son estas últimas las que posibilitan y regulan las relaciones de hegemonía y subalternidad, que trasladadas al contexto que nos ocupa derivarían en la legitimación e deslegitimación del uso de la violencia. No es nuevo el debate sobre quien tiene la potestad de utilizar una violencia que tradicionalmente ha sido asociada a los órganos políticos, jurídicos y sobre todo policiales y militares de los Estados hegemónicos reconocidos internacionalmente. Esta forma de violencia es también empleada y legitimada por la sociedad internacional y sus aparatos militares entre los que podríamos destacar al Consejo de Seguridad de la ONU o la OTAN. Cualquier tipo de violencia que no encaje en los parámetros establecidos por los entes y órganos políticos, jurídicos o militares nacional e internacionalmente reconocidos, será calificada de anómala, ilegal y probablemente dualizada y contestada en términos de terrorismo.

Blok (2000) incide en el hecho de que la violencia ha sido monopolizada por los Estados. Es por esta razón que cualquier violencia que no sea ejercida por ellos, será tachada de irracional, disruptiva y carente de todo sentido. Este tipo de violencia es definida como el reverso del orden social, como la antítesis de la civilización y como algo que debe ser controlado (Aijmer & Abbink, 2000). El

hecho de decidir qué violencia es legítima y cuál no lo es, está estrechamente ligado al concepto de hegemonía que estudian tanto Gayatri Spivak⁷⁴ como Antonio Gramsci.

Antonio Gramsci (1978) entiende por hegemonía cultural, la dominación y el poder que ejerce un actor, grupo o comunidad para la persuasión de otro grupo sometido y minoritario, imponiendo sus propias creencias, valores e ideología que configuran y reproducen el sistema sociopolítico, con el fin de conseguir y perpetuar un estado de homogeneidad en el pensamiento y en la acción. Gramsci señala que la hegemonía existe cuando la clase dominante no sólo es capaz de obligar a una clase social subordinada a que satisfaga sus intereses, renunciando a su identidad grupal, sino que también se ejerce un control total sobre las formas de relación y de producción. Esta postura se aproxima en diversos aspectos a la idea de violencia simbólica estudiada por Pierre Bourdieu (1991, 1997), que se caracteriza a su vez por la instauración de un tipo de dominación a nivel íntimo, mediante el no-reconocimiento de las estructuras de poder por parte de los dominados, quienes colaboran en su propia opresión cada vez que perciben y juzgan el orden social a través de categorías que hacen que éste parezca natural y evidente por sí mismo.

Michel Foucault (1982) describe el poder como algo que no habita en una entidad determinada, sino que yace en la relación entre los dominantes y los dominados. Foucault señala que esta relación de poder se manifiesta en base a la existencia de dos fuerzas opuestas: *potentia* y *potestas*. La *potentia* representada por la ideología dominante, tiene como objetivo la supervivencia y la disciplina como criterios de verdad; la *potestas* contrarresta esta fuerza mediante el trabajo de resistencia a su influjo. Por lo tanto, siempre que la *potentia* actúa en un grupo sometido o susceptible de serlo, emerge la *potestas* para contrarrestarlo, por lo que el resultado de estas fuerzas define la relación de poder entre ambas.

El poder y la hegemonía se retroalimentan por lo tanto, del uso y de la legitimación de la violencia. No debemos obviar el hecho de que la violencia no se limita a un mero acto físico, sino que se trata de un fenómeno social poliforme y polisémico. La violencia puede adquirir y mostrar diversos significados y expresiones de tipo físico, psicológico o simbólico según el contexto en el que ésta

⁷⁴ Spivak (1999) se pregunta si desde la subalternidad los sujetos pueden verdaderamente representarse a sí mismos o éstos tan solo serían el producto de la propia representación producida y reproducida constantemente desde posturas hegemónicas. De este modo, el uso de la violencia sería legitimado desde una perspectiva puramente hegemónica y deslegitimado cuando el actor se encuadra en la subalternidad.

se dé. Plantear una definición cerrada de violencia no es por lo tanto una tarea sencilla.

Jon Abbink (2000: 24) subraya que se trata de una fuerza física dañina que busca la humillación del Otro, pero sobre todo incide en su carácter comunicativo.

Se trata del uso de una *fuerza física* altamente *controvertida* y *dañina* para el resto de los humanos (cf. Ritches 1991:295), que conlleva posibles consecuencias fatales e irreversibles, con el propósito de *humillar* a otros seres humanos. Por lo general, el uso de esta fuerza –o la amenaza de ser usada– está dirigida a la dominación de los otros. Esto se logra gracias a la *comunicación* física y simbólica de las intenciones y amenazas hacia los demás⁷⁵.

Al igual que Abbink, Anton Blok (2000) también señalaba que se trata de una forma cambiante de interacción y comunicación social. Este último aspecto es relevante, ya que un gran número de expertos entre los que podríamos destacar a Glenn Bowman (2001, 2003), destacan la importancia de la violencia en el desarrollo de las relaciones sociales, gracias a su capacidad comunicativa. Göran Aijmer (2000) apunta a que tanto la etnografía como la historia evidencian que la violencia es una manifestación social sin fin, que forma parte de la existencia del ser humano y que ofrece el *cemento* necesario en toda agregación social.

Aijmer (2000) afirma que la violencia es un elemento indispensable en el desarrollo de las relaciones sociales, ya que ésta ofrece unas sólidas bases para la constitución de los grupos y clases de poder. Brown (2000) indica que en el caso vasco este extremo resulta especialmente evidente, ya que el apoyo al nacionalismo, que es en palabras de Bowman (2003) una estrategia asociada a la violencia defensiva, surge de aquellas clases sociales que disfrutaban de una serie de privilegios en el seno de la sociedad tradicional, pero que se ven amenazadas por los cambios socioeconómicos surgidos desde una nación central. El nacionalismo vasco se constituiría por lo tanto, a partir del uso y percepción de la violencia en contra de la cultura en la que éste se gesta. Sin focalizar excesivamente nuestra atención en momentos históricos previos a la articulación del sentimiento nacionalista derivado de la derogación de los Fueros, sería conveniente considerar la existencia de una serie de acontecimientos exógenos a aquellos elementos etnosimbólicos que toda nación posee, que facilitan en un momento dado el desarrollo de una conciencia política vasca ligada a una identidad diferencial (que sería a su vez plasmada mediante los Fueros otorgados por los Reyes Católicos el 30 de julio de 1476).

⁷⁵ Traducción propia.

La violencia (real o imaginada) que se articula desde España y que es percibida por los vascos como peligrosa para su propia identidad política y cultural, es el detonante que deriva en la constitución de un nacionalismo vasco que entrará en conflicto directo con una nación española que se considera peligrosa y asimiladora. Este tipo de lógicas basadas en esquemas binarios y reactivos, han sido habituales en el conflicto político que los nacionalismos español y vasco han protagonizado durante más de un siglo. Las retóricas dualistas entre ambas ideologías han sido una constante a lo largo de la historia, posibilitando de este modo el surgimiento de una serie de violencias que han dejado miles de muertos en ambos bandos.

Las violencias que se gestan y se instauran en el seno de la sociedad vasca de un modo cuasi-endémico, serían en gran medida el resultado de las diversas *realidades* sociopolíticas locales derivadas de procesos y momentos históricos previos. Tratar de definir la violencia surgida, instaurada y casi perpetuada en el País Vasco como un elemento único y homogéneo, no permitiría entender las ramificaciones estructurales y cognitivo-simbólicas que han permitido su surgimiento y asimilación. Es por esta razón que intentaremos analizar cada una de las violencias surgidas del contexto sociopolítico vasco, para después insertarlas en un macro-contexto que nos permita comprender el porque del surgimiento de un *deseo nacional* asociado en parte al uso de la violencia.

5.1) Tipología de las violencias

A pesar de que habitualmente se intenta simplificar la violencia como buena o mala, ésta cuenta con múltiples tipologías e interpretaciones que expertos como Philippe Bourgois (2005), Carolyn Nordstrom (1995), Jeffrey S. Juris (2005) o Antonius Robben (1995) entre otros, han tratado y analizado. Los reduccionismos y simplismos que la retórica política emplea en este sentido, han sido a menudo criticados por la academia, ya que no hacen sino complicar el estudio de un fenómeno sociocultural ya de por sí extremadamente complejo. Los Estados que ostentan el control sobre la violencia legítima o legal, así como los grandes medios de comunicación que las presentan en público, no ayudan por lo general a comprender y gestionar el espectro completo de las diversas violencias, ya que éstas son directamente tachadas de actos ilógicos y sin sentido.

Más que definir *a priori* la violencia como algo irracional y sin sentido, debemos considerarla como una forma cambiante de interacción y comunicación, como un patrón cultural de acción significativa históricamente desarrollado. (Blok, 2000: 24)

Las *violencias* son en definitiva, fenómenos humanos que se encuentran en una constante evolución y cambio. Se trata de una serie de manifestaciones de tipo sociocultural que deben adaptarse continuamente a las condiciones sociopolíticas de cada momento.

Las violencias se encuentran en un proceso continuo de mutación. No se trata tanto de que hayan cambiado en su naturaleza, lo que también está ocurriendo en algunos casos, sino de que la tensión que existe en esta coyuntura histórica entre los actos, los usos, las representaciones y los análisis de la violencia ha transformado cada uno de estos espacios de acción social y, por ende, el conjunto global en el que se ejecutan, interpretan y analizan los actos violentos. Y es evidente que la plasmación de las violencias en los medios de comunicación es un elemento fundamental en este proceso, no solamente por lo que los medios muestran, sino también por lo que silencian, desvían u ocultan. (Ferrándiz & Feixa, 2005: 223)

La violencia es un fenómeno polisémico capaz de comunicar *realidades* profundamente diferentes dependiendo del punto de vista. Ésta puede además entenderse como un sistema de comunicación altamente performativo (Juris 2005) orientado a la búsqueda de unos objetivos simbólicos y materiales bien definidos. La violencia cambia de forma constantemente, es por ello que debemos hablar de *violencias* en plural y no limitarnos a ciertas acepciones estandarizadas en los discursos políticos, incapaces de abordar y definir objetivamente un fenómeno en continua evolución.

Incluso las violencias que en algún momento hemos llamado “tradicionales” se transnacionalizan, adquieren una nueva visibilidad, se tejen de formas novedosas con procesos sociales, históricos y de género, obligan a las autoridades locales garantes de la tradición a elaborar discursos justificativos ante una audiencia globalizada. (Ferrándiz & Feixa, 2005: 223)

Debido a lo expuesto anteriormente, nos vemos ante la necesidad de presentar una tipología de las diversas violencias, centrándonos mayormente en aquellas que se manifiestan en los procesos de construcción nacional. Los diversos sujetos nacionales, tanto los hegemónicos como los subalternos, sufren e infligen (aunque en mayor o menor medida) alguna de las violencias que veremos a continuación. No debemos obviar que éstas son parte esencial de los procesos de construcción nacional y de las relaciones internacionales (aunque en múltiples ocasiones sea tan solo como medida coercitiva). En la tipología de la violencia que presentaremos a continuación, analizaremos más profundamente la *violencia política directa*, la *violencia estructural*, la *violencia simbólica*, la *violencia cotidiana*, la *violencia performativa*, la *violencia constitutiva/defensiva*, y la *violencia ritual*.

a) Uno de los tipos de violencia más extendido en los procesos de construcción nacional, y sobre todo en aquellos que implican una lucha por el reconocimiento (Honneth, 1997), es la *violencia política directa*. Este es un tipo de violencia física ligada al uso del *terror*, que busca unos objetivos bien definidos (Bourgois, 2005). Puede ser ejercida tanto por las autoridades oficiales, como por aquellos grupos que se les oponen. La represión militar, la tortura policial y la resistencia armada son tan solo algunas de las expresiones más visibles de este tipo de violencia. El uso de la violencia política directa en Euskadi ha sido constante desde la instauración del régimen franquista, hasta el alto al fuego indefinido anunciado por ETA en 2011. Los principales actores de la violencia política durante ésta época en el País Vasco, fueron por un lado ETA, y las fuerzas armadas españolas (ejército, Guardia Civil y Policía Nacional) y los grupos paramilitares (GAL, Batallón vasco-español, etc.) por otro. Las víctimas de ambos bandos se contaron por millares. La violencia política ejercida por el régimen franquista en contra de cualquier insurgencia o disidencia ideológica representada por republicanos o por los nacionalismos periféricos, derivó en el surgimiento de una serie de contra-violencias defensivas de corte político.

La violencia, primero fundacional y después de supervivencia del código oficial, se instala en el centro de la definición social del Nosotros y de los Otros y constituirá uno de los aspectos más característicos del régimen franquista. La violencia fundacional, de supervivencia y contestataria, se enfrentan en un marco social, pequeño geográficamente y muy denso socialmente. La represión en el País Vasco va a adquirir una intensidad muy superior a la del resto del Estado, como lo demuestra el hecho de que de un total de once Estados de

excepción decretados por el régimen entre 1956 y 1975, diez de ellos van a afectar a Guipúzcoa y a Vizcaya o ambas a la vez. (Gurruchaga, 1985: 288)

La violencia política como respuesta defensiva articulada desde los sectores y comunidades que sufrieron las represalias del régimen franquista tras el fin de la guerra civil española, se caracterizó por la respuesta que ofreció a aquellos sujetos que sentían una sensación de angustia, terror e injusticia, pero también de rencor y necesidad de autodefensa. Estas estrategias derivarían con el tiempo en el surgimiento de una serie de grupos armados con ETA como máximo exponente.

Es evidente que ETA supera la propia fuerza del discurso político para entroncar con la vida colectiva de la sociedad del silencio. En este sentido, la imagen que la organización representa en la sociedad no procede de la racionalización del discurso político, sino de su rol como oposición que ataca ideológica y materialmente a las agencias de socialización estatal. No es extraño que para muchos actores vascos ETA represente la respuesta, desde los espacios del silencio, a la situación sociopolítica del País Vasco. (Gurruchaga, 1985: 248)

b) Sin embargo, la violencia política directa puede ser también el resultado de otro tipo de fenómeno más asociado a la esfera socioeconómica y a la *violencia estructural*. Carles Boix (2003) sugiere que en sociedades donde el capital se encuentra inmóvil y en manos de una oligarquía que impone una serie de procesos discriminatorios de tipo económico, la violencia política se manifiesta en forma de guerras civiles y revoluciones. La violencia estructural tendría por lo tanto la capacidad de activar la violencia política directa como instrumento para subvertir una situación de desigualdad social, económica o política.

Las estrategias de exclusión social articuladas por un determinado grupo hegemónico en contra de los sujetos subalternos, mediante la instauración de una serie de condiciones socioeconómicas y políticas abusivas, serían parte de esa *violencia estructural* a la que nos referimos. Se trata de un tipo de opresión político-económica crónica y de desigualdad social, enraizadas históricamente, que incluye desde acuerdos comerciales de explotación económica internacional, hasta condiciones de trabajo abusivas y altas tasas de mortalidad infantil (Galtung, 1990).

Este concepto fue introducido por primera vez en los debates académicos por Johan Galtung durante la década de los 70. La violencia estructural sería en palabras de Galtung, parte esencial de la violencia cultural. Ésta se “refiere a aquellos aspectos de la cultura, como la esfera simbólica de nuestra existencia – ejemplificada mediante la religión, la ideología, el arte o el lenguaje- que pueden

ser utilizados para justificar o legitimar el uso de la violencia simbólica o la violencia estructural⁷⁶ (Galtung, 1990: 291).

El término violencia estructural es aplicable en aquellas situaciones en las que se produce un daño en la satisfacción de las necesidades humanas básicas (supervivencia, bienestar, identidad o libertad) como resultado de los procesos de estratificación social, es decir, sin necesidad de formas de violencia directa. El término violencia estructural remite a la existencia de un conflicto entre dos o más grupos de una sociedad (normalmente caracterizados en términos de género, etnia, clase, nacionalidad, edad u otros) en el que el reparto, acceso o posibilidad de uso de los recursos es resuelto sistemáticamente a favor de alguna de las partes y en perjuicio de las demás, debido a los mecanismos de estratificación social. La utilidad del término violencia estructural radica en el reconocimiento de la existencia de conflicto en el uso de los recursos materiales y sociales y, como tal, es útil para entender y relacionarlo con manifestaciones de violencia directa (cuando alguno de los grupos quiere cambiar o reforzar su posición en la situación conflictiva por la vía de la fuerza) o de violencia cultural (legitimaciones de las otras dos formas de violencia, como, por ejemplo, el racismo, sexismo, clasismo o eurocentrismo). (La Parra & Tortosa, 2003: 57)

Quizás uno de los más claros exponentes de este tipo de violencia sea el de la nación palestina, avocada a un embargo casi total por parte de Israel. El Gobierno hebreo ha literalmente cercado mediante un gigantesco muro de hormigón casi todo el territorio palestino, impidiendo de esta manera el acceso de ayuda humanitaria y dificultando enormemente la creación de lazos diplomáticos internacionales. Este tipo de violencia es a menudo justificado con la excusa de la *guerra contra el terrorismo*, de manera que la comunidad internacional elude ocasionalmente manifestarse al respecto. La violencia estructural podría asociarse además a la violencia constitutiva que Bowman (2001, 2003), intuye está detrás del surgimiento del movimiento nacionalista palestino.

La violencia estructural puede manifestarse en las diversas esferas de la sociedad. Solano (1996: 36) señala en referencia a la esfera de la economía, que en las sociedades organizadas mediante el modo de producción capitalista, se observan procesos de diferenciación social que brotan de las relaciones de producción. En sus expresiones más extremas, la diferenciación social se muestra en los polos: de la riqueza por un lado, y de la miseria por otro.

Tras la derrota durante la guerra civil española por ejemplo, los nacionalistas vascos y los socialistas quedaron totalmente excluidos de las esferas de poder

⁷⁶ Traducción propia.

político, social y económico, y en múltiples ocasiones se vieron abocados a la pobreza y al hambre.

El triunfo del bando que defendió los intereses económicos de las oligarquías trajo como consecuencia un empeoramiento del reparto de la riqueza y de la renta que agravó la situación de amplias capas de la población española, que durante algunos momentos –sobre todo tras las malas cosechas de años como 1945– se vieron afectadas por el hambre. En el interior del País Vasco y en general en todo el Estado la situación de las clases populares se había degradado fuertemente. (Gurruchaga, 1985: 192)

La violencia estructural también puede manifestarse en la esfera de la política. Solano (1996) afirma que la violencia estructural muestra una gama de expresiones que va desde la existencia de la tortura y el genocidio institucionalizado, hasta las relaciones desiguales y el acceso limitado a las instancias del poder político (generalmente para los sectores sociales más desfavorecidos).

La violencia estructural que el régimen franquista puso en práctica en Euskadi, fue desmesurada, ya que este trató de castigar física, políticamente y simbólicamente a aquellos sujetos políticos que durante la guerra les había hecho frente.

El vencido es un actor estigmatizado por la derrota. Desde la posición de estigmatizado interpreta el código del vencedor como producto del acto fundacional de la nueva sociedad, donde el imperativo de la violencia militar instauro el orden institucional desde el vaciamiento normativo de la sociedad vencida. No parece extraño que el bloque derrotado adopte dos soluciones: una, el exilio forzado; otra, el refugio en los espacios del silencio social. (Gurruchaga, 1985: 172)

La violencia estructural puede ser además aplicada de un modo cultural, ya que por un lado la expansión de las relaciones capitalistas de producción a todo el planeta se ha acompañado de un proceso de aculturación en el cual se han ido disolviendo muchas culturas tradicionales que se han occidentalizado al acoger los valores propios de las sociedades capitalistas; y por otro porque en ocasiones los Estados en lucha contra los nacionalismos periféricos tratan por la fuerza de que los últimos asimilen un cultura ajena en detrimento de su propio capital etnocultural. El escenario de postguerra en Euskadi refleja fielmente la crudeza de este tipo de violencia.

El nuevo régimen decreta el cierre del espacio y disuelve las instituciones representativas. Las actividades sindicales y políticas quedan prohibidas y sustituidas por el partido único, el sindicato oficial y las organizaciones de

masas. El clero vasco, aliado de la legitimidad republicana y en conflicto con la legitimista jerarquía eclesiástica sufre penas de cárcel o el destierro. Se suprime el empleo del euskera en las instituciones, en la vida pública y en el sistema educativo. En 1937, las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, son proclamadas provincias traidoras y los Concierdos económicos abolidos. La literatura, el teatro y en general todas las expresiones culturales conocen el período más crítico de su historia. (Gurruchaga, 1985: 169)

Esta violencia de tipo ideológico que el régimen franquista articula en contra de los nacionalismos periféricos durante la postguerra, podría en parte ser descrita en los términos que Glatung (1990) establece, y según los cuales la violencia estructural puede operar, instaurando un discurso mediante el cual el Otro es deshumanizado y desposeído de sus derechos más básicos, para poder así legitimar su exterminación física o simbólica. Esta descripción de la violencia estructural de Galtung, se aproxima en gran medida a la propuesta por Hage (1995), quien asegura que los Estados y las naciones hegemónicas articulan en contra de sus Otros internos un tipo de violencia orientada a su “domesticación” y en el peor de los casos su “eliminación”.

El uso de la violencia estructural en Euskadi durante la época franquista, se materializa en las duras represalias políticas y culturales que el régimen dictatorial aplica en el territorio. Podríamos destacar entre estas últimas aquellas que van desde la estratificación social a favor de una oligarquía española, hasta la imposición de una clase política españolista que imposibilitaría la existencia de una alternativa social, cultural y sobre todo institucional vasca. En definitiva, cualquier tipo de *realidad* social, cultural o política pretérita vasca, sería negada por el nuevo régimen dictatorial.

Respecto a la negación oficial de la entidad vasca cabe destacar que esta se produce en todos los niveles de la realidad funcional del Estado, de forma que el País Vasco no cuenta con distrito propio, ni en el orden militar (Capitanía General), ni el judicial (Audiencia Territorial), ni el religioso (Archidiócesis), ni el educacional (distrito universitario). A ello hay que añadir que ni una sola de las divisiones administrativas supraprovinciales creadas por la Administración del Estado (divisiones regionales del Ministerio de Comercio, Jefatura de Transporte, Subsecretaría de Planificación del Desarrollo, etc.) considera como unidad propia el espacio geográfico vasco. (Gurruchaga, 1985: 289)

c) La violencia cultural que el franquismo emplea en contra de la sociedad vasca durante la dictadura, cuenta con otra dimensión ligada al uso de la *violencia simbólica* que resulta profundamente relevante para la contextualización de futuros acontecimientos sociopolíticos en la región. Ésta es definida por Bourdieu (1997) como el conjunto de las humillaciones y legitimaciones de desigualdad y jerarquía internalizadas, que incluyen desde el

sexismo y el racismo hasta las expresiones íntimas del poder de clase. La violencia simbólica se ejerce a través de la acción de la cognición y el desconocimiento, del saber y el sentimiento, con el consentimiento inconsciente de los dominados (Bourdieu, 2001).

Tras décadas de régimen franquista los resultados de la dura represión fueron evidentes, ya que tanto la sociedad, la cultura y sobre todo la lengua de los vascos sufrieron un drástico retroceso. Esta situación sin embargo, propició que con el tiempo se crearan una serie de estrategias de resistencia, articuladas desde la esfera de lo privado y desde el exilio.

La sociedad oficial expresa su victoria construyendo una malla legislativa y prohibiendo la difusión del euskera en los ámbitos competentes. La consecuencia de esta situación es que la lengua desaparece o se refugia en los espacios del silencio, donde cobra fuerza diferencial como representación colectiva de la situación de la sociedad vencida. En este sentido, la lengua cobra significatividad y se transforma en símbolo de la resistencia. (Gurruchaga, 1985: 393)

La violencia simbólica se instauró de tal modo en Euskadi que incluso muchos de los habitantes de las áreas rurales optaron por el uso del castellano como lengua vehicular en la arena de lo público, ya que se avergonzaban de su propia lengua materna, el Euskera, llegando incluso a considerar ésta inferior al castellano. En este sentido, la maquinaria propagandística y represiva del franquismo logró algunos de sus objetivos.

d) La *violencia cotidiana* no comenzó a manifestarse en Euskadi hasta pasado el franquismo, ya que con la llegada de las nuevas instituciones políticas y la apertura democrática surgen nuevas clases sociales y otras que ya existían se hacen visibles. Paralelamente al proceso post-franquista, nuevos tipos de violencia irrumpen en la esfera pública. La *violencia cotidiana* comprende una serie de prácticas y expresiones cotidianas de la violencia a un nivel micro-contextual, ya sea interpersonal, doméstica o delincuencial. Este concepto ha sido adaptado de la formulación de Scheper-Hughes (1993), para centrarse en una experiencia individual vivida, que normaliza las pequeñas brutalidades y terror de la comunidad y crea un sentido común o *ethos* de la violencia.

e) Jeffrey S. Juris (2005) define la *violencia performativa* como una forma cambiante de interacción social significativa mediante la cual los actores construyen *realidad* social basándose en los modelos culturales disponibles. Mediante el concepto de *performatividad*, Juris alude a una serie de representaciones de tipo ritual y simbólico en las que se da una interacción violenta que pone el énfasis en la comunicación y la expresión cultural. En el contexto de acción política, la violencia performativa puede verse como un modo

de comunicación a través del cual los activistas intentan hacer efectiva la transformación social mediante una confrontación simbólica basada en la “representación de relaciones de antagonismo y la ejecución de imágenes prototípicas de violencia” (Schroder y Schmidt, 2001: 10).

En el contexto vasco, la violencia performativa (principalmente ligada a comportamientos violentos juveniles) se encuentra estrechamente asociada al fenómeno de la *kale borroka* (Roman, 2009). Este movimiento mayoritariamente juvenil, estaría ideológicamente ligado a los postulados políticos de la *izquierda abertzale*⁷⁷ y se fundamentaría en gran medida en acciones relacionadas con la violencia política. Los sujetos que participan en la *kale borroka* se sirven de los modelos culturales disponibles y hacen uso de un tipo de violencia ritualizada orientada a mostrar un profundo antagonismo respecto a las instituciones políticas, policiales y jurídicas del Estado español. Generalmente las acciones llevadas a cabo por la *kale borroka* son tildadas de actos terroristas tanto por los medios de comunicación como por los agentes políticos y policiales del Estado.

Peteet reconoce que la justificación ritual del combate callejero, que puede parecer al observador externo una coartada moral de la agresión, se ve desde dentro como una vía para canalizar las tendencias autodestructivas en una situación límite. Juris muestra como la violencia "performativa" es una forma de interacción social significativa mediante la cual los actores construyen realidad social basándose en los modelos culturales disponibles. En la era de la información, el combate de los movimientos sociales se produce, en gran medida, a través de estas guerras mediáticas de interpretación simbólica. Que la policía no conozca todavía ese lenguaje no significa que los "displays" rituales no puedan servir para contener el potencial de explosión que toda manifestación pública comporta. (Ferrándiz & Feixa, 2005: 227)

No debemos obviar que otras violencias ligadas a la esfera de la *violencia política directa* y que se caracterizan por el uso de estrategias que habitualmente incluyen la tortura, los ajusticiamientos, los atentados o los asesinatos, pueden ser también definidas como *performativas*, ya que cuentan con algunos de los aspectos rituales no verbales, identitarios y comunicativos asociados a ésta.

Las performances violentas funcionan en gran medida a través de formas espectaculares, no verbales, de exhibición (display) icónica (Beeman, 1993; Zulaika y Douglass, 1996: 11-12). (Ferrándiz y Feixa, 2005: 189)

⁷⁷ Su traducción literal sería “lucha callejera”. Ésta es definida por los cuerpos policiales (y algunos agentes políticos) del Estado español, como un tipo de terrorismo de baja intensidad. En otros países de la órbita europea no obstante, este tipo de actos son calificados y sancionados por los cuerpos policiales y judiciales como desórdenes públicos y faltas menores.

f) Tanto la *violencia constitutiva* como la *violencia defensiva* son conceptos propuestos por Glenn Bowman (1993, 1994, 2001, 2003), para intentar explicar el surgimiento de ciertos movimientos nacionalistas como el palestino y el de las repúblicas de la extinta Yugoslavia. Teóricamente se basa en la idea de que los movimientos nacionalistas se constituyen a sí mismos, debido a que la comunidad de la que surgen percibe una violencia exterior injustificada que pone en peligro a la comunidad en cuestión y a su propio capital etnocultural. Como respuesta a ésta, la comunidad atacada articulará una serie de estrategias defensivas entre las que se incluirán la violencia defensiva y los propios movimientos nacionalistas. En la presente tesis doctoral se defiende la idea de que tanto la violencia constitutiva como la violencia defensiva propuestas por Bowman, fueron esenciales en el proceso de constitución del nacionalismo vasco.

g) La *violencia ritual* como tal, se manifiesta en varias de las violencias presentadas con anterioridad. Tanto la *violencia política directa*, como la *violencia performativa* o la *violencia constitutiva y defensiva*, cuentan con componentes asociados a la *violencia ritual* y a los ritos de paso. Gilmore (1990) señala que las *performances violentas* agresivas (asociadas a la *violencia performativa*), implican a menudo un tipo de comportamiento violento tradicionalmente asociado a los ritos de paso masculinos y a la consecución de identidades políticas en muchas partes del mundo. No obstante, el elemento ritual estaría especialmente asociado a la *violencia política directa*, ya que ésta cuenta con una serie de características simbólicas asociadas a las significaciones profundas (Zulaika, 1988) y a las metáforas violentas que se dan los procesos rituales.

La manera más adecuada para un acercamiento de tipo causa-efecto al fenómeno de la violencia política en el País Vasco, es situando esta en un contexto en el que la ritualidad predomina, y en el cual la interacción social no reside meramente en nexos racionales o instrumentales. (Zulaika, 1988: 291)

En palabras de Zulaika, la violencia política en el contexto vasco cuenta con una serie de componentes de tipo ritual y sagrado que pueden ser asociados a la categoría de la alteridad y la *liminalidad* ritual que analizaremos a continuación. Estos procesos rituales están orientados en la mayoría de los casos a constituir y fortalecer las diversas identidades culturales y políticas.

5.2) Violencia e identidad

Violencia e identidad son dos conceptos estrechamente ligados que se manifiestan con asiduidad en las dinámicas sociopolíticas de toda cultura, etnia o nación. La violencia resulta fundamental en la construcción de las identidades (políticas, culturales, de clase, de género, etc.), debido a que éstas se defienden o se contestan⁷⁸ por medio de esa misma violencia (aunque no necesariamente física). La violencia desempeña un rol crucial en la constitución de los nacionalismos y los sujetos políticos, ya que ofrece las categorías y condiciones necesarias para ello. Glenn Bowman (2001) sugiere que la violencia no es tan solo un fenómeno que se manifiesta mediante la destrucción de límites, sino que colabora en su constante construcción y reconstrucción. Ésta puede operar conceptualmente antes de manifestarse como tal, y sirve además para construir *integridades* e identidades que a menudo se encuentran sujetas a otros tipos de violencias. Bowman también señala que la violencia además de suponer un acto performativo en el que un sujeto, comunidad o Estado *viola* la integridad de otro, puede posibilitar la creación de nuevas identidades instaurando límites entre algo que potencialmente puede constituirse como un nuevo ente y lo que se encuentra a su alrededor.

La idea arriba expuesta, podría sustentarse en parte en los postulados estructuralistas de Claude Lévi-Strauss (1944, 1949 & 1951), quien considera que la naturaleza, y las sociedades humanas por extensión, se constituyen y rigen mediante una serie de estructuras y categorías contrapuestas. Las estructuras no serían en palabras del antropólogo francés, manifestaciones concretas de la *realidad*, sino que se trataría más bien de modelos cognitivos de la *realidad*. Como tales, las estructuras actuarán como modelos mentales que ayudarán a los humanos a desarrollar elementos tan imprescindibles como las lenguas, las religiones y sobre todo las relaciones sociales en las que se fundamenta toda comunidad. El estructuralismo de Lévi-Strauss sugiere que los procesos cognitivos humanos están detrás de toda alianza y conflicto, hechos que vienen a representar en definitiva la *realidad* de toda relación social e identitaria.

Clastres (1998) recuerda que los humanos (refiriéndose en particular a las sociedades primitivas), observan su propia estructura social más allá de los límites demográficos de las comunidades colindantes, consideradas como antagónicas y en ocasiones enemigas. El Nosotros en el que reside la identidad grupal, puede en ocasiones sentirse amenazado por la mera existencia de un grupo colindante que es considerado como antagónico y que propicia el contexto apropiado para el desarrollo de las diversas identidades étnicas. El antagonismo cultural percibido por estos grupos, es en palabras de Clastres, el elemento

⁷⁸ Por lo general desde posturas encuadradas en la subalternidad.

necesario para la constitución de las categorías Nosotros y Ellos, que derivarían a su vez en las beligerancias en contra de la amenaza externa (sea ésta real o imaginada). Bowman (2001) lleva más allá la idea de Clastres, ya que asume que la violencia que anteriormente sirvió para perpetuar la integridad e identidad de la comunidad estableciendo una serie de límites entre el Nosotros y el Ellos, se transforma a posteriori en un ente o estructura social bien delimitada. Ésta dispondrá de la sociedad en su conjunto, para organizar su defensa ante los enemigos externos (guerreros, ejércitos, policía, etc.). La violencia actúa para el grupo y en nombre del grupo, destacándose la figura de los líderes⁷⁹ que hacen uso de discursos y mensajes altamente *performativos*. Estas estrategias fundamentadas en el uso de la violencia, derivan en palabras de Bowman, en la formación de los Estados modernos donde algunos agentes se apropian del poder para utilizar la violencia de un modo performativo en contra de los peligros externos (los Otros), aunque también pueden hacerlo en contra de movimientos disidentes internos. La violencia legitimada y performativa (típica de los Estados) es también ejercida en contra de los grupos internos, ya que se encarga de reproducir y perpetuar las estructuras estatales.

Al igual que en la formación, desarrollo y defensa de los nacionalismos y las naciones, en este tipo de contexto se intentan mantener por la fuerza una serie de estructuras sociopolíticas y culturales que probablemente sean beneficiosas para una serie de grupos y clases encuadrados en la hegemonía económica y política. Estos procesos derivan además en la formación y estandarización de discursos que presentan a la violencia ejercida por la autoridad como necesaria para el bien de la comunidad y que responde en última instancia al “deseo del pueblo”⁸⁰. No obstante, la violencia *ilegítima* y *transgresiva* de los enemigos del Estado se considerará amenazadora para la integridad del Estado y para su propia población. Como señalábamos con anterioridad la amenaza podría también ser interna. Bowman indica que la violencia ejercida por el Estado es percibida por su población como un tipo de *violencia defensiva* que se articula para hacer frente a la violencia transgresiva del enemigo, y señala además que ésta es ejercida por personas e instituciones que representan al *deseo de la ciudadanía*. En numerosas ocasiones la amenaza que representa el Otro (enemigos nacionales, espías, criminales, minorías étnicas o religiosas, etc.) es magnificada o directamente inventada por los órganos del Estado para poder así expandir su poder sobre aquellos a los que dice proteger.

En la presente tesis doctoral se argumenta que la violencia es uno de los principales catalizadores en el surgimiento de los movimientos nacionalistas y

⁷⁹ En opinión de Bowman (2001) estos líderes pueden pertenecer a grupos religiosos, familias reales o ejércitos.

⁸⁰ Traducción propia de “will of the people” en Bowman (2001: 30).

por ende de las naciones. Anteriormente defendíamos a través de las aportaciones de Bowman (2001, 2003) y Clastres (1994, 1998), la idea de que la violencia se erige en un elemento esencial en toda construcción identitaria en un ámbito etnocultural y nacional. Argumentábamos también, que los movimientos nacionalistas se constituyen en gran medida gracias a la articulación de discursos y retóricas dualistas que esencializan el Nosotros en contraposición al Ellos. Estos antagonismos no hacen sino fomentar un contexto de hostilidad cultural, social y política que habitualmente deriva en confrontaciones que pueden llegar a ser de carácter bélico. Las beligerancias entre naciones han sido una constante desde prácticamente su nacimiento, ya que la lógica nacional exige en gran medida una exaltación de los valores patrios, contraponiendo éstos a los de las naciones vecinas.

Xavier Rubert (1994) y Francisco Letamendia (1997) coinciden a la hora de argumentar que tras todo nacionalismo existe una idea de pertenencia e identidad que se contrapone al de las naciones colindantes.

Existe un sentido de identidad o pertenencia individual y colectiva, tan básico como pueda serlo el impulso, el alimento o la procreación. Una conciencia de sí como individuo que brota cuando haya una resistencia; una percepción de sí como grupo que se refleja narcisistamente en el espejo de un *nosotros* y se define dialécticamente frente a los otros, de quienes exige su reconocimiento. (Rubert, 1994: 140)

Rubert también se muestra crítico con las etiquetas tradicionales impuestas a los nacionalismos periféricos o subalternos que históricamente han sido presentados como transgresores y “malos”, ya que estas acciones dificultan la tarea analítica del investigador.

Al *conflicto* que surge del contacto y solape entre estos nacionalismos, se suma la *confusión* resultante de llamarlos a todos nacionalismos sin distinguir su diferencia específica: sin ir más allá, en todo caso, de llamar *buenos* a los nacionalismos dominantes o consolidados y *malos* a los que aspiran a su reconocimiento. (Rubert, 1994: 148)

Las estrategias discursivas que articulan los movimientos nacionalistas centrales, buscan consolidar a sus naciones de referencia como proyectos políticos hegemónicos ante los que los movimientos nacionalistas periféricos quedan en notoria inferioridad. Los discursos políticos antagónicos se tornan en ocasiones en peligrosas armas ideológicas que pueden degenerar en *limpiezas étnicas* como las sucedidas durante la guerra de los Balcanes. Es por tanto, que categorizar a ciertos movimientos nacionalistas como inferiores, lleva intrínsecamente aparejada una voluntad de neutralizarlos y en el peor de los casos de eliminarlos. Estas mismas lógicas de eliminación del enemigo externo, son en palabras de

Bowman (2001, 2003) aplicadas en el seno de la nación mediante la creación de la categoría del enemigo interno. Ghassan Hage (1995) sugiere que toda nación busca la hegemonía étnica interna y subsecuentemente la homogeneidad cultural, con el fin último de eliminar –incluso físicamente– cualquier posible contra-voluntad nacional y cualquier centro de lealtad alternativo al centro nacional hegemónico. Toda diferencia deberá ser eliminada para llevar a cabo ese propósito. Mediante este proceso de eliminación de lo diferente (los enemigos internos), también se fortalecen los lazos de la comunidad nacional y se cohesionan la identidad cultural y política del grupo. La consolidación de los rasgos identitarios intragrupalmente lograda mediante el uso de la violencia (física, estructural o simbólica), supone en la práctica la subordinación de los *deseos* y aspiraciones de los sujetos nacionales periféricos, ante la superioridad (económica, social, cultural o militar) del nacionalismo hegemónico en el seno del Estado en cuestión. Las hostilidades dialécticas, políticas y militares surgidas entre nacionalismos enfrentados, son sin embargo a pesar de lo que podamos pensar, los elementos que más eficientemente reafirman la existencia y el fin mismo de los movimientos nacionalistas. En palabras de Joseba Arregi (1999), el “juego de espejos” que plantea Francisco Letamendia (1997) para referirse a los conflictos nacionales centro-periferia, muestra claramente las disputas dialécticas que surgen entre los nacionalismos hegemónicos y subalternos dentro de las lógicas estatales que habitualmente se encuadran en un esquema de acción-reacción.

La conformación de Estados-Naciones significa el establecimiento, la definición de un centro, que, como necesidad sistémica, crea estructuralmente periferias. La constitución del Estado-Nación como constitución simultánea de un centro y de una periferia, conlleva la creación de una tensión dialéctica entre el centro y la periferia, tensión que se desarrolla en torno al eje del poder, pero de un poder no reducido a sus formas estrictamente políticas o económicas, sino englobado en el contexto amplio de administración de las significaciones culturales, es decir, un concepto de poder que incluye las cuestiones de la identidad, de los símbolos, de los signos creadores de sentimientos colectivos de pertenencia. (Arregui, 1999: 560)

Las retóricas de poder y las tensiones dialécticas a las que hace mención Letamendia, se derivaría en múltiples ocasiones del uso de la violencia constitutiva (Bowman, 2001, 2003). Bowman sugiere que los sujetos políticos se constituyen como tales e inician procesos nacionalistas, debido a que perciben real o ficticiamente ataques externos que amenazan su propia existencia y su capital etnosimbólico. La violencia toma un rol fundamental en la constitución de los nacionalismos, ya que ésta es capaz de unir en un mismo proyecto político-nacional, a los sujetos que aun no se consideran parte de una misma unidad nacional. La violencia percibida induce a las posibles víctimas a constituirse en una nación independiente, ya que ésta es considerada como el único refugio

posible. En palabras de Bowman, la futura nación del imaginario nacionalista funciona como antídoto a la violencia que amenaza la supervivencia de las personas que no se concibieron así mismas miembros de una comunidad diferenciada y mucho menos de una nación en tiempos pretéritos. El simple hecho de constituirse como nación no es suficiente, debido en parte a que resulta necesario (como ya mencionábamos en anteriores capítulos), contar con el reconocimiento de los demás sujetos, grupos y naciones. Honneth (1997) sugiere que como consecuencia de la falta de reconocimiento, surgen las luchas sociales en busca de éste. La violencia puede ser una de las consecuencias directas de la falta de reconocimiento que todo sujeto político anhela.

5.3) La cognición en la identidad y la violencia

La violencia como fenómeno sociocultural y político ha sido estudiada desde diversos campos científicos, dándose en ocasiones interpretaciones análogas y fuertemente encontradas en otras. La Antropología Social y Cultural ofrece en este sentido una perspectiva que se centra en los componentes socioculturales de carácter cognitivo y simbólico que ayudan a comprender varios de los aspectos no apreciables a simple vista tras todo acto violento.

La violencia cuenta con una serie de elementos de tipo simbólico y ritual asociados a los ritos de paso. La *liminalidad* que predomina en este tipo de ritos resulta clave a la hora de comprender porque ciertos sujetos son susceptibles de pasar a formar parte de la *alteridad* social, política o nacional. Tanto el estadio liminal, como la violencia ritual (Zulaika, 1998) por la que algunos sujetos tienen que pasar en ciertos contextos nacionales, pueden ser además analizados desde la perspectiva de la Antropología Cognitivo-Simbólica. La categoría del Nosotros enfrentada al Otro (enemigo nacional), es constituida a partir de las estructuras cognitivas y simbólicas que nos ocupan. Éstas sirven para afianzar la identidad intragrupal por medio de la elaboración de categorías asociadas a la alteridad.

Mary Douglas (1973) trata de analizar la *realidad* cognitiva de los seres humanos desde el simbolismo sociológico y el estructuralismo. La autora considera que las sociedades necesitan instaurar límites que separen la comunidad en cuestión del exterior, ya que éste es habitualmente considerado como extraño, *contaminado* (en un sentido ritual) y peligroso. Douglas afirma que los individuos tienen la necesidad de ordenar y clasificar la vida social. Mediante los límites se hace tabú y se rechaza todo aquello que se considera peligroso y dañino. Glenn Bowman (2001, 2003) concibe los movimientos nacionalistas como estrategias de defensa de una determinada comunidad ante un peligro externo del que debe protegerse. Los límites que la nueva comunidad nacional establecerá (territorial, social, cultural o simbólicamente), protegerán a ésta de posibles peligros y *contaminaciones* externas. Bowman afirma que la categoría que el nacionalismo palestino adopta para diferenciarse del colonialismo sionista, está estrechamente ligada a la religión. El Islam marca los límites entre los palestinos *virtuosos* y *puros* y los sionistas *infieles* y ritualmente *contaminados*.

Josetxu Martínez (1999) sugiere que en el caso vasco la violencia en contra del Otro contiene una serie de connotaciones de carácter ritual y simbólico asociadas a un territorio nacional *sagrado* y una comunidad dualizada, que se traduce en un conflicto entre un Estado asimilador y una comunidad nacional que reivindica su independencia como única vía para la defensa de un capital etnocultural que ve en peligro.

La sacralización del espacio y su defensa ritual, no se da en la montaña sino en los valles, en las ciudades. El marco de la defensa de los límites se ha desplazado. Ahora se trata de un conflicto en el interior de un espacio que ha sido profanado y en el que la propia lengua y la propia casa son reducidas a ser meros indicadores de una curiosidad regional pero jamás un símbolo movilizador de conciencias en torno a un proyecto de diferenciación nacional. No pueden coexistir dos ritos con dos lenguajes y dos mitos en el interior de una misma comunidad nacional. La comunidad moral que es toda sociedad, exige la unidad en torno a una misma fidelidad. No se puede servir a la casa española y a la casa vasca. Por un lado, frente al peligro de segregación de una parte del territorio nacional, el Estado español, mediante los partidos estatalistas implantados en Euskal Herria, no deja de representar el proyecto nacionalista vasco como sinónimo de atraso, obstáculo para el desarrollo, fuente de violencia y enemigo de la democracia, no perdiendo ninguna oportunidad de atacar al euskera y a cualquier reivindicación de la identidad local, no a la folklorizada sino a la que tiene capacidad de generar conciencia de diferencialidad, como atavismo, tubalismo y demás “ismos” generadores de conflictos y desastres sociales. (Martínez, 1999: 83)

En palabras de Douglas (1973) los límites no solo separan el interior del exterior, sino que ayudan a afianzar y fortalecer los lazos internos de la comunidad. Podríamos deducir por extensión que la identidad nacional se constituye y fortalece mediante la diferenciación respecto al Otro, y por medio de la instauración de límites y fronteras tanto simbólicas como físicas que por lo general se fundamentan en la categoría de la alteridad. Gurruchaga también subraya la importancia de las lógicas inclusión-exclusión en el seno de los conflictos nacionales.

El conflicto nacional es siempre un conflicto sobre el Nosotros, en cuanto esta idea es la que vertebra los signos y símbolos a partir de los cuales los individuos interpretan su realidad. Las relaciones sociales son vividas, en el marco que define este conflicto, como relaciones exclusivas-inclusivas. Cada una de las definiciones usará rasgos diferenciales para la identificación y adscripción a la idea de comunidad respectiva. A medida que el conflicto se vaya profundizando, los rasgos diferenciadores se harán más exclusivos, porque la pretensión de una y otra definición es trazar una lógica de la diferencia, es decir, un espacio simbólicamente construido y socialmente interpretado donde las relaciones sociales de interacción se funden en la dinámica de exclusión-inclusión, ya que, lo que socialmente es significativo, es producir una diferenciación evidente y suficientemente exclusiva para facilitar la adscripción de cada uno de los grupos en conflicto, y permitir la recreación de una frontera que establezca límites a la relación Nosotros. (Gurruchaga, 1985: 45)

La cognición humana está estrechamente ligada a los *ritos de paso* que permiten a los sujetos cambiar de estatus y de rol en el seno de una comunidad. Tanto Douglas (1973) como Bourdieu (1985, 1987) consideran que la liminalidad

inscrita en los ritos de paso es esencial para la constitución de límites que refuercen la identidad interna de la comunidad en cuestión. Mientras que para Douglas el espacio liminal sirve para establecer continuidades y alianzas en el seno de una sociedad, para Bourdieu éste establece límites, ya que consagra precisamente esas diferencias. Este último también señala que los rituales no sirven para cruzar límites, sino que son utilizados para establecer diferencias y fronteras entre los diferentes estatus de ambos lados. El papel de la cognición y los rituales es por lo tanto la de separar y establecer límites entre lo permitido y lo prohibido, que se traducirá en última instancia en la creación y fundamentación de las categorías del Nosotros (permitido, limpio, puro, etc.) y del Otro (prohibido, contaminado, impuro, etc.). Todo elemento o sujeto que sea clasificado como anómalo, diferente, contaminado o peligroso, será susceptible de ser considerado tabú y por lo tanto prohibido, pasando directamente a un espacio liminal donde este ya no formará parte de la comunidad del Nosotros, pudiendo además ser eliminado tanto simbólicamente como físicamente. Por lo general, las retóricas identitarias de los movimientos nacionalistas hacen uso de este tipo de estrategias rituales y discursivas para crear la figura del Otro y poder así fortalecer la del Nosotros por oposición. Los discursos dualistas necesitan la figura del Otro como parte de una alteridad que representa un inminente peligro para la comunidad. El peligro reside en que la categoría del Otro étnico, cultural, político o nacional puede ser situada en un espacio liminal y por lo tanto eliminada dando pie a genocidios y limpiezas de tipo étnico. Bowman (1994, 2001, 2003) recuerda que en el conflicto de la antigua Yugoslavia las diversas comunidades étnicas crearon una serie de retóricas identitarias orientadas a la eliminación del enemigo interno. Bowman también señala que Milosevic creó una elaborada retórica nacionalista orientada a la eliminación de los albanos y los musulmanes de Bosnia, debido a que estos últimos, considerados además enemigos internos, impedían la constitución de la nación serbia. Mediante este tipo de estrategias discursivas dualistas, los líderes políticos son habitualmente capaces de reforzar la unidad interna de su propia comunidad nacional.

La lógica de la diferencia se funda en una estructura de comunicación, en el interior de la cual se producen mecanismos de integración social que reproducen la diferencia y recrean permanentemente la relación Nosotros. En este sentido, el núcleo de la diferencialidad es la estructura de comunicación, ya que desde ella se puede seguir creando y recreando la diferencia y por tanto los límites desde los cuales se piensa la relación Nosotros. Ahora bien, para que se mantenga el proceso de diferenciación de la minoría nacional necesita estar en continua tensión, mantener dicotómicamente el enfrentamiento Nosotros-Otros y fundar las relaciones sociales en la dinámica exclusión-inclusión. El enfrentamiento refuerza la propia diferencia al permitir delimitar una frontera en el interior de la cual “estamos nosotros” y fuera están “los Otros”. (Gurruchaga, 1985: 48)

Los ritos de paso son a menudo utilizados para la creación de la categoría del Otro tanto interno como externo. Esta alteridad ayuda a constituir el Nosotros por medio de un antagonismo u oposición basada en las diferencias identitarias y etnoculturales. Estos ritos de paso se encuentran en ocasiones ligados al uso de la violencia, tanto como parte esencial del rito en sí o como consecuencia de éste. Los ritos de paso pueden suponer la eliminación (ritual, simbólica o física) de los sujetos inmersos en ellos, ya que habitualmente son considerados como personas fuera de los límites de la comunidad (*outsiders*). La eliminación de estas personas no es considerada como un asesinato por parte de la comunidad en cuestión, ya que no se trataría de sujetos o personas sociales, ni pertenecientes a la comunidad. En cierto modo, los sujetos inscritos en este tipo de ritos de paso que buscan la constitución de la categoría de la alteridad, se deshumanizan y pierden sus derechos como tal. Arnold Van Gennep (2008) afirma que los individuos cambian de estatus mediante el paso de una serie de estadios a otros en el seno de los ritos de paso. El estadio liminal es un estadio de *muerte ritual*, que cuenta con unos espacios y tiempos que el sujeto en cuestión debe cruzar para que su situación y estatus cambien. Todo sujeto que se encuentre en el estadio liminal no existe en un sentido ritual, ya que ha dejado de ser lo *anterior* y aun no es lo *posterior*. Los sujetos que se encuentren durante un periodo relativamente largo en esta situación de liminalidad, pueden ser en opinión de Van Gennep, eliminados, ya que representan un peligro para la comunidad. Estos sujetos se caracterizarán por tres aspectos rituales que afianzan su condición liminal: la ambigüedad ritual (se encuentran en un estadio intermedio pero inexistente en un contexto ritual), la invisibilidad ritual (son invisibles porque no pertenecen a la estructura social de la comunidad) y carencia (estos sujetos carecen de cualquier derecho o privilegio social).

En palabras de Jeremy MacClancy (2007), la liminalidad y la ritualidad de carácter político es observable en diversas esferas de la vida social vasca. En opinión de este antropólogo inglés, los adultos (de cualquier signo político) que residen en áreas geográficas de Euskadi donde el nacionalismo vasco es hegemónico, organizan sus vidas evitando cierto espacios, lenguajes y hábitos, ya que estos pueden resultar tabú o estar políticamente *contaminados*.

Joseba Zulaika (1988, 1996) sugiere que en el caso de las acciones violentas de ETA, se adivina un cierto espacio liminal que debe ser interpretado a partir de un contexto altamente ritualizado. Las víctimas pasan a formar parte de una categoría ambigua que los sitúa fuera de lo social y de la comunidad. En este sentido el activista de ETA puede ser considerado como un criminal o como un héroe dependiendo de los diversos actores sociales, ya que la comunidad se encuentra dualizada en un contexto profundamente politizado y ritualizado.

En nuestra opinión mucho de lo que se define como terrorismo, bien podría ser considerado como un comportamiento ritual inserto en un contexto altamente simbólico, más que algo que funciona en términos de medios y finalidad. Está estrechamente ligado a una serie de ritos de iniciación personal o sacrificios rituales, más que a una imposición militar de tipo lógico o instrumental bien organizada. Se trata de una plenitud performativa, constituida a partir de un activismo cuasi-mágico, caracterizado por la presencia de componentes primordiales y no verbales, así como de tácticas de amenaza no referenciales. (Zulaika & Douglass, 1996)^{s1}

La ritualidad de la violencia en el caso vasco es evidente, ya que ésta se manifiesta en un contexto altamente performativo orientado a la defensa de los ideales morales y simbólicos de la nación. Todo ello sucede en un ambiente de *comuni3n* política que no hace sino reafirmar la opci3n adoptada. La eliminaci3n de los sujetos que se encuentran en la esfera liminal, es considerada como un acto ritual que refuerza la identidad intragrupal de la comunidad, ya que delimita claramente los límites que separan a los Otros del Nosotros. Es por tanto que la eliminaci3n de la alteridad que amenaza la existencia del Nosotros nacional, es considerada como un acto heroico por unos, y como un cruel asesinato por aquellos que se oponen a los primeros. Estas categorías funcionan de un modo altamente performativo y resultan muy efectivas a la hora de expresar y reforzar las diversas identidades en la arena de lo político y de la política vasca. Ander Gurruchaga (1985) señala que ETA y su lucha armada se erigen en este sentido en un símbolo que define y establece claramente las fronteras identitarias entre el Nosotros y el Otro.

La identificaci3n con ETA era efectiva y simbólica y la informaci3n se trasladaba por la sociedad del silencio, pero se producía una frontera, simbólicamente construida, que impedía el flujo de informaci3n hacia las estructuras oficiales. El proceso de identificaci3n tenía otra consecuencia: al funcionar ETA como centro afectivo permitía la reproducci3n de la definici3n colectiva del Nosotros, y por consiguiente, la tematizaci3n de la realidad vasca como diferencial, respecto a la imagen segregada desde las agencias de socializaci3n central. En este sentido, la pertenencia a los espacios del silencio y la identificaci3n con ETA representaba la garantía de compartir un código, pero a la vez de negar el otro, lo cual era indicio de transgresi3n, y la transgresi3n se transformaba en elemento aglutinador. Por ello mismo, situaciones (cárcel, exilio, etc.) consideradas –mal vistas– socialmente en otras circunstancias son definidas como signos de distinción y encubramiento para los agentes portadores. Así se explica, sobre todo en el postfranquismo, el recibimiento en sus pueblos de origen a los presos vascos, las continuas campañas pro-amnistía, la ayuda prestada por las personas individuales y organizaciones a los presos, etc. (Gurruchaga, 1985: 249)

^{s1} Traducci3n propia. Zulaika & Douglass (1996: 66).

La liminalidad a la que ciertos sujetos deben enfrentarse en contextos políticos, jurídicos, sociales o culturales donde el concepto *terrorismo* se hace hegemónico en las retóricas nacionalistas empleadas, no es un fenómeno limitado al caso vasco. El terrorismo es una categoría que habitualmente los Estados utilizan para constituir al Otro. Éste será considerado un enemigo de la comunidad nacional y la lucha contra él, afianzará más aun la identidad de la comunidad.

El Otro terrorista es considerado como el enemigo del Nosotros y los posicionamientos políticos deberán ser claros, ya que cualquier ambigüedad puede suponer la inclusión de los críticos en un espacio liminal. La retórica política es en palabras de Liu Yongtao (2010) un poderoso instrumento capaz de reconstruir las *realidades* sociales, ya que es capaz por sí misma de crear significado. En este sentido los discursos políticos cuentan con el *poder performativo* necesario para instituir las categorías antagónicas representadas por el Otro y el Nosotros. Los discursos y retóricas dualistas son por lo tanto poderosas armas utilizadas para la instauración de límites ideológicos, políticos, sociales y culturales entre los Otros, *terroristas* y *enemigos* de la nación, y el Nosotros de los *virtuosos* conciudadanos nacionales. Ghassan Hage (1995: 483) señala que en los procesos nacionales, las retóricas políticas presentan al Otro como un problema para la comunidad nacional, ya que éste amenaza su propia existencia y por lo tanto será considerado como un “virus” que debe ser “neutralizado” o “exterminado”. Los Estados hegemónicos y la violencia gubernamental por un lado, y las naciones periféricas y la violencia defensiva (Bowman, 2001, 2003) y performativa (Juris, 2003) por otro, son dos extremos que se retroalimentan en la constante creación de retóricas dualistas. La categoría del Nosotros no existiría sin un Otro que lo justificase, ya que éste es un concepto referencial que se constituye así mismo por oposición.

El conflicto de las minorías nacionales se funda, pues, en procesos socio-históricos que crean una lógica de la diferencialidad. Esta se apoya en una estructura de comunicación, en el interior de la cual se generan mecanismos de integración que permiten a los individuos adscribirse e identificarse en la relación exclusiva Nosotros frente a los Otros y, de esta forma, reproducir los límites fronterizos de la diferencia desde la cual pueden pensar su realidad como referencia. La relación entre el Estado y la minoría será siempre conflictiva, ya que esta, si quiere sobrevivir, tendrá que mantener una continua tensión y producir su propia visión de la realidad, es decir, producir su lógica de la diferencialidad. (Gurruchaga, 1985: 49)

Existen múltiples casos donde la liminalidad a la que se enfrenta el Otro enemigo y adversario político o militar, se justifica mediante conceptos como el terrorismo. Los sujetos políticos hechos prisioneros por ciertos Estados hegemónicos, se encuentran en un espacio liminal o *limbo* jurídico (en términos

legales) que no siempre es denunciado por la comunidad internacional. Los casos de los presos acusados de terrorismo yihadista en Guantánamo o los presos de ETA en el Estado español y francés, son claros ejemplos de este hecho, ya que algunos de éstos se encuentran en situaciones de incomunicación, dispersión o desamparo jurídico al que el resto de reos no deben enfrentarse. El estado liminal asociado a los presos acusados de terrorismo, permite que se empleen con la complacencia de la comunidad nacional, una serie de estrategias que de otro modo no serían aceptadas, todo ello porque se trata de una violencia de tipo ritual solamente contextualizable en un determinado marco sociopolítico. En palabras de Liu Yongtao (2010), la alteridad nacional de los Estados hegemónicos es habitualmente definida como “peligrosa”, “terrorista” y “diabólica”. El proceso de construcción de la categoría del Otro, se da a partir de nociones ideológicas dualistas que los Gobiernos de los Estados se encargan de difundir en el seno de las sociedades que gobiernan. Esto es posible gracias a la ayuda logística que les brindan los grandes medios de comunicación. Yongtao señala que en primer lugar los Estados establecen límites mediante la creación de imágenes binarias que contraponen a un “ente diabólico” (el Otro) y un mundo civilizado (Nosotros), impidiendo la existencia de una zona gris para aquellos que no se quieren posicionarse ideológicamente. En segundo lugar se crean enemigos bajo la excusa de la *guerra contra el terror*. En tercer lugar se justificará y legitimará el uso de la violencia en nombre de la civilización, ya que ésta se encuentra inmersa en una *cruzada* en contra de la “sinrazón terrorista”.

El *terrorista* representa una categoría asociada a la alteridad que ha sido constituida en gran medida a partir de discursos altamente performativos. Los Gobiernos hegemónicos se valen habitualmente de este término para clasificar y procribir las acciones, movimientos y personas que amenacen física, simbólica o ideológicamente sus estructuras políticas, jurídicas o militares. En palabras de Edelman (1985) existen en el ámbito jurídico dos tipos de conflictos profundamente diferentes que son definidos como *juego* y *dogma*. Lo que determina si estamos ante un tipo de conflicto u otro dependerá de su significado (simbólico e ideológico). Igor Filibi en referencia a los conceptos de Edelman, señala que éste;

Expone crudamente cómo existen diversas varas de medir los conflictos y las transgresiones de la ley. Incluso la vida puede ser relativizada en función de las circunstancias. Es posible transigir y relativizar la infracción porque se acepta el marco de reglas de juego –que hacen posible el propio “juego”-, y no se cuestiona su validez. Ahora bien, todo cambia cuando lo que se desafía es este marco de normas, cuando no se reconoce el acuerdo básico que sustenta la norma. Entonces nos encontramos ante la herejía, y debe imponerse con toda su fuerza el dogma. Ya no valen las medias tintas, no hay juego que jugar porque lo que está cuestionado es la propia noción de orden, el acuerdo legitimador inicial y fundador del orden jurídico moral. (Filibi, 2007: 301)

El *terrorista*, el insurgente o el revolucionario se convierten a menudo en los *chivos expiatorios* de los Gobiernos, ya que éstos últimos focalizan el interés social y nacional en la lucha contra los primeros. Las transgresiones en contra del *statu quo* nacional son percibidas como amenazantes para un orden social que ha sido dogmatizado, y éstas pasan a considerarse *herejías* (Edelman, 1985) que deben ser combatidas y eliminadas a toda costa.

¿Qué ocurre psicológicamente cuando la ley es aplicada como si fuera una orden en vez de una generalización virtuosa sobre la que se puede establecer un juego? En vez de una cuestión de habilidad se convierte en una cuestión de fuerza. Donde la ley se trata como un dogma, el desafío se convierte en herejía; y esta formulación expresa exactamente el cambio en los papeles sociales y en el juego simbólico que tiene lugar. Donde se aplica la ley como un juego, ninguno de los implicados pretende que la ofensa sea virtuosa; pero todos reconocen, mediante sus distintos papeles, que hay tensiones, que hay un interés compartido en resistirlas; y que, dentro de las reglas, los incumplidores atrapados bajo ciertas condiciones pagarán las sanciones especificadas.

Esta pauta de juego simbólico no ocurre en nuestra sociedad cuando están implicados ciertos tipos de crímenes políticos. Ahora los incumplidores sostienen que sus crímenes son virtuosos, y los administradores tratan la ofensa, no como una que deba penalizarse bajo las reglas, sino como una que debe ser exterminada a cualquier coste. Aquí se trata de una herejía. Quienes reclamen indulgencia deben ser demandados, en parte para asegurarse ritualmente de que todos los ofensores son eliminados, en parte para producir confusión y ambivalencia entre los heréticos requiriéndoles a que repitan una fórmula abstracta que ellos no pueden abrazar sinceramente.

El juramento de lealtad u otra forma de proclamar la virtud señala claramente la diferencia simbólica entre ambos modos de aplicar la ley. (Edelman, 1985: 147)

Es por ello que la *contaminación ritual* de la que hablábamos con anterioridad, es también aplicada al Otro terrorista que amenaza la integridad de la comunidad con sus *herejías*, debiendo ser apartado éste del grupo mediante normas solamente aplicables en un espacio ritual liminal. Claros ejemplos de ello podrían ser las ya anteriormente mencionadas medidas que los Estados toman contra los sujetos acusados de terrorismo (incomunicación, tortura, ejecución, etc.). La misma fórmula de eliminación de los sujetos que transgreden el *dogma* nacional (Edelman, 1985), es apreciable en las aportaciones teóricas de Ghassan Hage (1995) cuando éste afirma que el Otro es percibido como una contravoluntad nacional que debilita la esencia y fortaleza de la comunidad, y que por ello ha de ser “neutralizado” y “exterminado”.

5.4) Violencia y constitución nacional. Los casos de Palestina y la antigua Yugoslavia

Galtung (2000) señala que existen en el mundo unos doscientos Estados, además de aproximadamente unas dos mil comunidades nacionales que reivindican su independencia. Este hecho podría explicar en parte, la razón de la existencia de tantos conflictos políticos y armados a lo largo y ancho del planeta. Galtung incide en la importancia de la territorialidad a la hora de analizar este tipo de conflictos, ya que está profundamente relacionada con la soberanía de los Estados y con el monopolio del poder. De los doscientos Estados, ciento ochenta son multinacionales, y por lo general solo una de las naciones es la que ostenta el poder y la hegemonía. Resulta por lo tanto necesario prestar una especial atención al rol desempeñado por los conflictos y la violencia en muchos de los procesos de construcción nacional de los que somos testigos en el presente.

Glenn Bowman (2001, 2003) afirma que ciertas comunidades étnicas o culturales adoptan la idea de nación como estrategia defensiva ante la amenaza que supone la violencia articulada desde otras comunidades vecinas. Bowman sugiere que la identidad nacional es un constructo histórico que emerge de la reformulación de la relación de uno mismo con el contexto social. La existencia de un enemigo que amenaza la supervivencia de la comunidad etnocultural, es en definitiva lo que impulsa a los miembros de un grupo a constituirse en sujetos nacionales. La categoría del Otro (enemigo) es básica en el entramado dialéctico e ideológico que se encuentra tras toda construcción nacional. La identidad “surge de la identificación, y la noción nacional emerge de la fantasía del lugar utópico que ha de ser ocupado por aquellos que sufren la violencia articulada por el enemigo”⁸² (Bowman, 2003: 38). El imaginario nacional es parte de una estructura discursiva que nace de una particular interpretación de la violencia a la que se enfrentan los miembros de una posible futura nación. Bowman (2003: 39) afirma que el nacionalismo provee “soluciones *imaginadas*” a problemas reales, no obstante esas soluciones implican situaciones reales de violencia y guerra.

⁸² Traducción propia.

5.4.1) Palestina

Centrándonos en el caso palestino, Bowman (2001, 2003) recuerda que a principios del siglo XX no existían ni el pueblo ni la nación palestina. El territorio que los británicos conquistaron y trataron de unificar y bautizar como Palestina en 1917, acogía a varios grupos y culturas inconexas desde una perspectiva nacional. Existían además en la zona una serie de conflictos centenarios como el que enfrentaba a las culturas *Qai* y *Yemini*. En las ciudades también eran visibles las posturas encontradas y dualistas, sobre todo aquellas que se referían a árabes nacionalistas por un lado, y otomanistas por otro (Bowman 2003: 39). La multiplicidad y pluralidad de categorías identitarias derivadas de intereses sociales y económicos encontrados, se traducía en la existencia de una amalgama de grupos, etnias y culturas que impedían concebir al pueblo palestino como un ente político e institucional unido.

Por otro lado, durante los años 1881 y 1882 se dio una dura persecución antisemita en Rusia, que provocó un flujo migratorio de éstos hacia Palestina. Bowman afirma que entre los años 1881 y 1922, la población judía en la zona se triplicó pasando de 24.000 a 84.000 personas. El incremento de la población judía, unido a una serie de ataques en contra de la población árabe por parte de éstos durante algunas fechas señaladas (por lo general durante ciertas festividades religiosas judías), se tradujo en el surgimiento entre los árabes de una sensación de amenaza procedente del exterior. No obstante, los líderes árabes no fueron capaces de articular un discurso unificado que presentara al movimiento sionista como una amenaza. Por otra parte, la diplomacia británica convenció a la mayoría de los líderes árabes de que los judíos no suponían un peligro para su cultura.

De todos modos si existía un elemento de unión entre las tribus y grupos aparentemente inconexos palestinos, y ese punto de unión era el Islam. Johnson (1982: 57) afirma que el Islam ofrece las categorías necesarias para alentar y organizar una resistencia ante el movimiento sionista que se materializa mediante la *yihad* o guerra santa. La revuelta árabe se consolidó por lo tanto como un movimiento anticolonial basado en un claro antagonismo religioso que percibía una amenaza en los británicos y los sionistas. Este primer nacionalismo palestino no era en palabras de Bowman (2003), ni nacionalista ni palestino, ya que se basaba fundamentalmente en un sentimiento de oposición a algo externo, pero que carecía de aspiraciones nacionales en un sentido ortodoxo.

La primera revuelta palestina no contaba con claros líderes y se tuvo que enfrentar a un enemigo respaldado por un ejército bien organizado y profesionalizado. A pesar de la aplastante victoria que lograron los británicos, en mayo de 1948 éstos abandonaron la colonia debido en parte al gran desgaste que

habían sufrido tras seis años inmersos en la Segunda Guerra Mundial. Tras la salida del ejército colonial, árabes y sionistas se enzarzaron en un sangrienta guerra que en el plazo de un año acabó con la conquista del 73% del territorio por parte del Estado de Israel. Los palestinos bautizaron con el nombre de *nakbah* (catástrofe en árabe palestino) al proceso en el que perdieron la mayoría de las tierras que habían poseído durante siglos. La futura identidad palestina sería estructurada en adelante a partir de su relación antagónica con el pueblo judío, más que en referencia a una identidad etnocultural o política compartida. Esta nueva identidad creada en torno a un sentimiento de desamparo ante los ataques de un enemigo externo, dan como resultado la articulación de una resistencia política, social y cultural, y una contra-violencia de carácter defensivo que personifica la OLP (Organización para la Liberación Palestina), organización constituida en 1964. La dura derrota sufrida por los palestinos en 1967 no hizo sino reforzar la idea de una nación palestina unida en contra de un enemigo común. La OLP sirvió de icono y símbolo para la resistencia e identidad palestina, ya que ésta representaba a los diversos pueblos y culturas de la zona anteriormente separados, pero que ahora luchaban unidos en contra de un mismo enemigo; el sionismo. La idea del *hogar* nacional palestino comenzó a forjarse tan solo a partir de la figura antagónica del pueblo judío que los había despojado de sus tierras. Esas mismas tierras se percibían ahora en el imaginario nacional palestino como el refugio anhelado para defenderse de la violencia del enemigo sionista. La nación y la historia moderna palestina fueron por lo tanto constituidas a partir de los antagonismos que los enfrentaban al enemigo sionista que había robado el suelo sobre el que debería edificarse la futura nación palestina. Los pueblos y culturas anteriormente separados y enfrentados, tenían ahora un enemigo común contra el que luchar. Éste los uniría en adelante en una cruzada común; la *yihad*.

La idea de la subyugación y subalternidad árabe a manos de las fuerzas coloniales occidentales primero y del proyecto sionista después, es hábilmente recogida por Edward Said (1978) quien define por medio del concepto *orientalismo* la urdimbre de estrategias elaboradas para la dominación de Oriente a manos de Occidente. Said señala que el *orientalismo* es una categoría creada por las potencias europeas a partir de la figura del Otro, con la única finalidad de establecer una serie de relaciones de poder que permitan una dominación hegemónica constituida a partir de una serie de “mentiras” y “mitos”. La categoría del Otro sería por lo tanto una estrategia política y discursiva latente en ambos polos, la hegemonía y la subalternidad.

Las alianzas protagonizadas por grupos palestinos previamente opuestos pero que con la llegada del sionismo a la zona se unen ante un enemigo común, pertenecen a una categoría de fenómenos socioculturales y políticos ya estudiados con anterioridad. Evans-Pritchard (1940) inicialmente y después Shalins (1958)

refiriéndose al primero, analizaron el caso de los Nuer, una tribu que se sitúa mayoritariamente en Sudan del Sur y que responde en gran medida a las mismas estrategias de alianza que se manifiestan en el caso del nacionalismo palestino. Los Nuer se encuentran divididos en segmentos tribales que en gran medida se estructuran en torno a alianzas consanguíneas, pero que sin embargo ante ciertos acontecimientos (por lo general de carácter bélico) pueden ser repensados y reestructurados para crear alianzas en contra de un enemigo común. Algo similar sucede con las tribus palestinas que reestructuran sus alianzas ante la amenaza que representa el sionismo.

Entre los tiv y los nuer la sociabilidad segmentaria se materializa en la oposición complementaria, la masificación de segmentos equivalentes para la defensa o la prolongación de sus respectivos privilegios. En cualquier oposición entre los grupos A y B, todos aquellos más cercanamente relacionados con A que con B se unirán con A contra B, y viceversa. Los segmentos se oponen contra segmentos equivalentes: cualquier oposición entre grupos (o sus miembros) extiende automáticamente la oposición entre los linajes mayores de los que los contendientes son miembros respectivamente. El efecto masificador es tanto auto-limitante como autoexpansivo. Desaparece cuando grupos de hermanos están unidos porque los linajes equivalentes al linaje inclusivo contienen grupos de hermanos enfrentados, que están igualmente relacionados (o no relacionados) con los contendientes. (Shalins, 1958: 13)

Shalins (1958) incide en el hecho de que las tribus segmentarias tan solo se unen en momentos de conflicto, y que tras éstos las alianzas desaparecen para regresar a su estado inicial. De subsistir el conflicto en el tiempo, cabría pensar que también lo harían las alianzas, incluso de un modo permanente como sucede en el caso palestino, ya que el conflicto no ha sido subsanado. El pueblo Nuer cuenta con una serie de características estructurales que podrían ayudarnos a entender el carácter de las alianzas protagonizadas por los palestinos.

En la medida en que los pequeños segmentos tribales equivalentes tienden a ser económica y socialmente autosostenibles, iguales y autónomos, el estado político normal tiende hacia su desunión. No existe una confederación organizada permanente de estos segmentos. Los segmentos pequeños de una tribu se consolidarán, sin embargo, para enfrentar competencia externa. La naturaleza específica de la estructura tribal permite, desde luego, aumentar o disminuir el grado de consolidación en diferentes casos. Pero dejando de lado esto, por el momento, el nivel de consolidación política dentro de la tribu es generalmente proporcional a los requerimientos de la competencia externa. Pero una tribu regresará automáticamente al estado de desunión 'autonomía local' y permanecerá así mientras la competencia esté latente. (Shalins, 1958: 6)

Las estructuras dualistas Nosotros vs. Ellos, básicas en toda estructuración nacional, también se manifiestan entre los Nuer. Shalins (1958) hace hincapié en

el hecho de que la guerra ayuda a constituir y reforzar las identidades tribales, del mismo modo que Bowman (2001, 2003) afirma que la violencia (tanto constitutiva, como defensiva) posibilita en gran medida la creación de los movimientos nacionalistas y consecuentemente de las naciones.

La oposición complementaria no es peculiar de los tiv ni de los nuer —ocurre en mayor o menor extensión en todas partes—. La peculiaridad de la oposición complementaria tiv- nuer es que ése es su sistema político. La oposición complementaria crea la estructura: sin oposición no existen los segmentos más altos. Las masas no están organizadas por estructuras sociales, más bien, las organizaciones están hechas por masificación. Esto nos conduce a la característica final y definitiva del sistema de linaje segmentario, la relatividad estructural. Pero uno no puede abstenerse de notar de antemano las ventajas decisivas legadas por la oposición complementaria en la guerra intertribal. Los tiv y los nuer pueden librar eficazmente una guerra contra tribus vecinas, porque, aunque haya sido iniciada por un segmento pequeño, nos enfrenta a *todos nosotros* contra *ellos*. Más que eso, las sociedades atacadas no forman tales alianzas intertribales por lo tanto es normalmente *todos nosotros* contra *pocos de ellos*. (Shalins, 1958: 15)

La unificación del pueblo palestino en contra de un enemigo común que amenaza la supervivencia de su capital etnosimbólico, se plasma en el imaginario nacional que reivindica un espacio geográfico que protegerá un legado cultural compartido. La amenaza que supone el enemigo se percibe como un tipo violencia injustificada hacia unas gentes con las que se comparte la categoría de Nosotros. Esta violencia es definida por Bowman (2001, 2003) como constitutiva, ya que induce a la constitución de los movimientos nacionalistas y de las naciones por el riesgo que esta representa. Ante la violencia constitutiva la comunidad amenazada articula la violencia defensiva, que entre otros recursos utilizará la retórica nacionalista e incluso la violencia física. En el caso del pueblo palestino se hace una llamada a la *yihad* o guerra santa en contra del invasor sionista, que además de ocupar sus tierras y suponer una amenaza directa contra su capital etnocultural, representa un antagonismo de tipo religioso que amplía considerablemente la brecha entre el Nosotros y el Ellos. En este contexto de beligerancias, la *Intifada* como instrumento asociado a la violencia defensiva, representa una oportunidad para la creación de un Estado palestino. Las violencias protagonizadas por palestinos e israelíes no hacen sino retroalimentarse y *fundamentalizar* un conflicto ya de por sí complejo, pero que

con las variantes religión y fractura interna⁸³ no hace sino proyectarse en el futuro de un modo endémico.

5.4.2) Yugoslavia

Mientras que en el caso palestino la violencia se presenta como el principal detonante en la constitución del movimiento nacionalista y de la nación palestina, en el caso de la antigua Yugoslavia se puede observar como las políticas sobre un Estado ya existente, son transformadas discursivamente mediante la elaboración y divulgación de historias sobre la violencia ejercida por los que anteriormente eran considerados como vecinos connacionales (Bowman 2003).

La República Federal Socialista de Yugoslavia fue creada como un Estado explícitamente antinacionalista en respuesta a las crisis nacionales surgidas en la zona, antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Bowman señala que entre diciembre de 1918 y la invasión nazi en abril de 1941, existió una proto-Yugoslavia conocida como el “Reino de los eslovenos, croatas y serbios” en el seno de un mismo Estado. Esta unión era altamente inestable, ya que todos ellos contaban con elementos etnosimbólicos y políticos incompatibles. Cada una de las comunidades *deseaba* constituir una nación que cobijase a su propio Nosotros, dueño de una serie de peculiaridades culturales pero sobre todo lingüísticas. Durante los veintitrés años de reinado, los asesinatos y golpes de Estado se sucedieron hasta la irrupción de los nazis. Las consecuencias fueron trágicas, ya que en los campos de exterminio creados por la *Ustasa* junto con los *četnici*, se eliminaron miles de serbios, judíos, gitanos y comunistas croatas. En estos campos también fueron aniquilados miles de serbios y musulmanes. Por otro lado, los partisanos comunistas asesinaron a un gran número de *četnici* (serbios y croatas) y de eslovenos considerados traidores (Bowman, 2003: 46). Más de un millón de personas murieron a consecuencia de este conflicto, siendo el 80% de las muertes infligidas por yugoslavos a yugoslavos.

Tito, que formó parte de un movimiento de resistencia antifascista durante la guerra, se centró en la creación de una nación yugoslava unida que no debería tener enemigos internos. El enemigo externo ideado por Tito fue quien cimentó la unidad nacional yugoslava. Mediante la redistribución de la riqueza y el

⁸³ En el caso palestino entre la versión más dialogante como es *Al-Fatah* y la más dura representada por *Hamas*. En el bando israelí los polos estarían personificados por un lado por los ultraortodoxos más proclives a una invasión total, y por las voces más conciliadoras por otro.

reconocimiento de las diversas etnias en el seno de la República de Yugoslavia, se logró que las comunidades anteriormente antagónicas, fueran ahora parte de un mismo proyecto político. Tras el colapso económico de Yugoslavia y la muerte de Tito en 1980, la política antinacionalista que había mantenido unida a la nación yugoslava durante cuatro décadas, comenzó a tambalearse debido a que las diversas comunidades retomaron sus antiguas reivindicaciones políticas. Durante el periodo de unidad nacional las diversas comunidades étnicas se habían movido y asentado con libertad en el seno de la República sin preocuparse de si ahora pasarían a formar parte de una minoría étnica o no.

El cambio discursivo que posibilitó la visibilización y manifestación de los nacionalismos que durante largo tiempo se habían mantenido en un estado de latencia, se dio en gran medida debido a la intervención de los políticos republicanos que habían creado una plataforma nacional para reivindicar sus derechos nacionales ante un centro estatal que había perdido su hegemonía política tras la muerte de Tito. Slobodan Milosevic, un banquero que se convirtió en alcalde de Belgrado en 1984, antes de su meteórico ascenso hasta la presidencia Serbia en 1987, reutilizó la misma retórica de Tito para crear la figura del enemigo interno y reclamar así una hegemonía política serbia. Mediante la elaboración de un cuidado discurso político y una serie de retóricas de carácter étnico, consiguió convencer a sus conciudadanos de que Kosovo representaba un grave peligro para la población serbia. Milosevic creó una efectiva retórica basada en el dualismo Nosotros vs. Ellos, que presentaba a los albaneses de Kosovo como crueles asesinos que impedían a los serbios constituirse como nación y que deberían ser eliminados para poder llevar a cabo su propio proyecto nacional. Como resultado, Kosovo pasaría a considerarse un enemigo externo y una seria amenaza para el ideario etnocultural serbio, por lo que el uso de la violencia para una hipotética autodefensa quedaba legitimado. En opinión de Bowman (2003), uno de los mayores problemas residía en el hecho de que el 42% de los serbios vivían fuera de Serbia, por lo que para sus líderes poder agruparlos a todos bajo el amparo de una misma nación se tornó en una necesidad incuestionable.

Desde Croacia y Eslovenia se habían implementado las retóricas anticomunistas, alegando que el antiguo sistema político impedía la libre constitución de sus respectivas naciones. En el caso esloveno, las políticas económicas y sociales llevadas a cabo por los comunistas eran vistas como una amenaza para el Nosotros de la comunidad. El proyecto de construcción nacional esloveno era visto con buenos ojos por sus habitantes, entre otras razones debido a que éste ofrecía un refugio a los conciudadanos en peligro por la amenaza exterior. Con el estallido de la guerra de los Balcanes en 1991, la articulación de un Nosotros nacional pasó a convertirse en el elemento central de la política eslovena.

En el caso croata, los acontecimientos tomaron un camino similar al de Eslovenia, ya que el anterior sistema comunista yugoslavo era visto como una amenaza para la comunidad nacional. Éstos alegaron que desde la aparición de Tito en la década de los cuarenta, habían sido despojados de sus derechos y ansias nacionales. Los croatas asociaban al enemigo externo con una Yugoslavia dominada por los serbios, y es por esa razón que los croatas retomaron el programa *Ustasa* de sus predecesores. Los líderes croatas del HDZ defendían una reconquista de sus territorios históricos, que comprenderían gran parte de la vecina Bosnia Herzegovina. Las comunidades serbias en territorio croata (que eran una minoría étnica), también comenzaron a articular una serie de discursos y retóricas anti-croatas para hacer frente a la violencia constitutiva ejercida por sus enemigos.

Los serbios de Serbia, furiosos por la propaganda política y las retóricas manipuladas que presentaban un escenario de violaciones, torturas y asesinatos en contra de sus compatriotas serbios residentes en otras repúblicas, comenzaron a pensar en Serbia como un *hogar nacional* para la autodefensa de los suyos.

Los acontecimientos que siguieron a la constitución de los nacionalismos en el seno de la antigua Yugoslavia, son bien conocidos por todos, ya que se tradujeron en uno de los más graves casos de limpieza étnica de la segunda mitad del siglo XX.

Los nacionalismos de la región se constituyeron en un contexto de dualismos retóricos donde los que hasta ese momento habían sido considerados vecinos connacionales, pasaron a considerarse enemigos irreconciliables. Las historias (reales o inventadas) sobre ataques a sujetos connacionales, alentaron el surgimiento de movimientos nacionalistas que veían en la nación un espacio para la autodefensa de la comunidad nacional. La violencia constitutiva ejercida por el enemigo (imaginario o real), indujo a los sujetos étnicos a constituirse en sujetos nacionales. Éstos se verían obligados a construir una nación para proteger mediante el uso de la violencia defensiva a los miembros de su comunidad étnica. Liu Yongtao (2010) afirma que los discursos sobre inseguridad son construidos política y dialécticamente mediante “dramatizaciones” orientadas a la consolidación de una idea sobre seguridad nacional. En palabras de Yongtao, tanto los discursos sobre seguridad nacional, como los peligros que debe afrontar la comunidad étnica, pueden ser construidos en torno a estrategias discursivas e interpretaciones subjetivas, más que a partir de condiciones objetivas. Los Estados utilizan habitualmente el lenguaje como medio para elaborar una serie de estrategias diplomáticas y “actividades de seguridad”, que intentan lograr una serie de objetivos políticos y estratégicos para el bien del ente nacional.

Bowman (2013) sugiere que existe en los casos estudiados, una correlación directa entre la violencia ejercida por un enemigo nacional y el compromiso de solidaridad nacionalista. La identidad no es un elemento cerrado e inmutable, ya que ésta es susceptible de ser reformulada y reinterpretada según el contexto. La percepción de un peligro compartido por la comunidad, hace que los miembros de ésta reestructuren los discursos que definen su propia identidad, para adaptarlos a un nuevo escenario donde la amenaza externa y la autodefensa se convierten en asuntos de interés nacional. Las retóricas sobre identidad nacional serán más efectivas si existen una serie de sujetos a los que se pueda categorizar como el enemigo nacional, y que serán además los responsables de una violencia que pone en riesgo la existencia de la comunidad étnica. Con la aparición de la violencia constitutiva ejercida por el enemigo, la comunidad nacional hará uso de la violencia defensiva orientada en gran medida a la autodefensa, pero también a la reinterpretación de la identidad de uno mismo respecto a la del enemigo.

6) Violencia y constitución de la nación vasca

Como hemos visto anteriormente, la violencia se encuentra detrás del nacimiento de muchas de las naciones y Estados que conforman el panorama internacional del presente. Ésta puede ser articulada y experimentada de diversas maneras, aunque por lo general en la arena de lo político su uso está orientado a la consecución de una serie de objetivos bien definidos. Los sujetos nacionales pueden luchar por mantener su hegemonía mediante la negación del Otro nacional, o lo pueden hacer para huir de la subalternidad política y social mediante la resistencia ideológica, política e incluso armada. Los conflictos intranacionales precisan por lo general de la existencia de dos grupos bien diferenciados y opuestos étnica y culturalmente. Éstas diferencias serán las que legitimen en la mayoría de las ocasiones las reivindicaciones nacionales. No obstante, el problema de fondo suele ser habitualmente otro de tipo; económico, diplomático, etc.

Únicamente cuando nos encontramos en presencia de lo que B. Azkin denomina un Estado monoétnico, <<no hay un conflicto esencial ante valores básicos del Estado y los valores nacionales de su única o predominante nacionalidad, y ambas tienden a converger en la conciencia del pueblo>>. (Gurruchaga, 1985: 52)

La existencia de dos grupos bien diferenciados étnica y culturalmente fue esencial para que el nacionalismo de Sabino Arana contara con un notable éxito a finales del siglo XIX y principios del XX. La raíz del problema no se fundamentaba meramente en cuestiones etnoculturales, sino que iba más allá. Los intereses económicos de una serie de grupos o clases sociales, la violencia (de diverso carácter) en contra de la sociedad vasca empleada por los liberales, o la derogación de los derechos históricos de los vascos, los Fueros, otorgados por los Reyes Católicos en el siglo XV, fueron algunos de los detonantes del conflicto entre España y una nación vasca aun en plena configuración ideológica, social y política. La nación central representada por España y la periférica por Euskadi, entrarían entonces de lleno en un conflicto político que se ha extendido en el tiempo durante más de un siglo. La violencia simbólica, estructural y política han marcado el desarrollo y la constitución de las diversas identidades de los vascos, siempre inmersas en un esquema dualista que opone a un Nosotros heroico y un Otro inferior e impuro.

El conflicto nacional es siempre un conflicto sobre el Nosotros, en cuanto esta idea es la que vertebra los signos y símbolos a partir de los cuales los individuos interpretan su realidad. Si la relación Nosotros, dominante sobre el territorio estatal, es aquella organizada desde las agencias de la socialización central, y las minorías nacionales interpretan su realidad desde un óptica diferente, la

consecuencia es la manipulación del marco de referencia desde el cual se interpreta lo real. Ahora bien, esta manipulación es siempre conflictiva ya que el Estado, para mantenerse como evidencia social, necesita una integración exitosa, y la minoría cuestiona la evidencia social de la idea de comunidad segregada desde el Estado. Así pues, el conflicto se produce entre dos marcos de referencia, entre dos definiciones del Nosotros colectivo, dos ideas de comunidad. Una de ellas, la segregada del Estado-nación ya establecido; otra, producida por la minoría nacional. (Gurruchaga, 1985: 45)

La alteridad nacional existe tanto para la nación central (España) como para la periférica (Euskadi), y es por ello que ambos nacionalismos intentan crear una serie de retóricas dualistas en contra de su Otro. Tanto el uno como el otro son centros políticos con un funcionamiento similar, aunque su estatus político, militar o diplomático, sea profundamente dispar tanto cuantitativa como cualitativamente. Ambos necesitan la existencia de una contravoluntad (Hage, 1996) que legitime sus reivindicaciones políticas. En este sentido, resulta necesario que el Otro cuente con un poder político suficiente como para representar una amenaza asumible y controlable por la comunidad nacional (más claramente en el caso del Estado o nación que ostente la hegemonía política), ya que de esta manera las acciones defensivas de los Gobiernos quedarán justificadas a ojos de sus propios ciudadanos. El poder del Otro, así como su violencia, son *constitutivos* (Bowman, 2001, 2003) para la comunidad nacional. Éste poder justificaría su propia creación, defensa o implementación nacional. Sin embargo, el poder que ostenta el Otro nunca deberá ser superior al del Nosotros, ya que ésta sería una amenaza a la que no se podría hacer frente y representaría un peligro inminente para la comunidad nacional en cuestión. La contravoluntad del Otro nacional resultaría por lo tanto básica para la existencia de una voluntad nacional. Los diversos ataques en contra de la sociedad vasca en un principio (derogación de los Fueros, etc.) y de la nacionalismo posteriormente (sobre todo a partir de la instauración del régimen franquista), indujeron a los sujetos políticos vascos a desarrollar una voluntad nacional contrapuesta a la contravoluntad surgida del Estado español. Del mismo modo pero a la inversa, España se sirvió de la contravoluntad vasca que amenazaba la idea de una nación “grande y unida” para reivindicar su propia voluntad nacional. Es por esta razón que presumimos que el centro nacional necesita una periferia constitutiva que legitime su propia existencia.

El caso de los Estados Unidos y la guerra de Independencia resultan ilustrativos a la hora de analizar los conflictos entre centro y periferia nacional, ya que se evidencia la transcendencia del cambio en la balanza de poder. Durante el siglo XVIII las trece colonias de ultramar americanas que representaban a una periferia política del centro nacional situado en la gran urbe londinense, se valieron de la contravoluntad del Imperio Británico para iniciar un conflicto político y bélico, que derivaría en la Declaración de Independencia el 4 julio de

1776, y que concluiría en 1783 con una clara victoria de las colonias sobre la urbe. Éstas pasarían a ser en el futuro un nuevo centro nacional. Durante los años previos al inicio de la contienda, el descontento se extendió por las trece colonias debido a los altos impuestos establecidos por la urbe colonial sobre artículos como el vidrio, el papel o la pintura. Se organizó en Boston una gran manifestación a la que Inglaterra hizo oídos sordos, sucediéndose posteriormente diversos sabotajes en contra de los cargueros y la mercancía importada desde Inglaterra. Las trece colonias comenzaron un proceso de unidad nacional en contra del Otro opresor británico, alegando que la filosofía que sustentaba el proceso de independencia, abogaba por la igualdad entre los hombres y por el respeto de sus derechos inalienables, y que cualquier Gobierno podría ser disuelto en el momento que éste dejara de proteger el derecho del pueblo. En 1787 se redactó en Filadelfia una constitución americana que nombraría un único Gobierno federal encargado de defender los principios de igualdad y libertad (similar a los postulados de los ilustrados franceses). La independencia y el proceso constitutivo nacional de los Estados Unidos tuvo una gran influencia en los posteriores movimientos nacionalistas europeos, ya que la balanza de poder cambiaría una vez más las inestables relaciones diplomáticas entre imperios y potencias militares en el viejo continente. Francia y España por ejemplo, incidieron notablemente en el proceso de independencia americano ayudando militar y logísticamente a las trece colonias británicas. La transformación de una periferia nacional como la representada por las excolonias inglesas en un poderoso nuevo centro nacional, supuso el replanteamiento de muchas de las estructuras políticas que habían sido hegemónicas durante siglos en el continente europeo.

Los conflictos entre Estados centrales y periferias nacionales pueden ser categorizados y clasificados de diversas maneras. En este sentido, la complejidad del conflicto vasco ha propiciado el surgimiento de múltiples tipologías, aunque debido al ingente número intentaremos focalizar nuestro estudio en unas pocas.

6.1) Tipología y conflicto nacional

La estructuración y articulación del nacionalismo vasco es en algunos aspectos similar al de los casos de Palestina y de las ex-repúblicas yugoslavas. Son múltiples las interpretaciones sobre el origen del nacionalismo vasco y sobre su funcionamiento, aunque muchas de ellas obvian la relevancia e influencia de la violencia en dicho proceso. Analizaremos varias de las tipologías sobre el nacionalismo vasco compiladas hasta el presente por expertos para poder así cotejarlas posteriormente con varias de las hipótesis defendidas en la presente tesis doctoral.

Julen Zabalo (1998) elabora una tipología para el caso vasco que reúne seis tipos de nacionalismo diferentes.

a) El primero de ellos es el nacionalismo racial. Éste se basaría esencialmente en conceptos fenotípicos ligados a la raza del Nosotros superior a la de los Otros. Sugeríamos en apartados previos que el nacionalismo inicial de Sabino Arana mostraría diversos elementos y retóricas de este tipo.

Con la llegada del socialismo y sobre todo con la constitución de un polo socialista abertzale en Euskadi, los argumentos etno-nacionales perdieron fuerza en el seno del movimiento nacionalista vasco. Al igual que Zabalo (1998), Brown (2000) afirma que existe un acercamiento *primordialista* al fenómeno del nacionalismo vasco, que defiende una posible independencia identitaria y cultural de la nación sustentada en sus diferencias lingüísticas y genéticas. En este sentido, el autor sugiere que existió una solidaridad entre los vascos que nace de una base racial y cultural. No obstante, Brown aclara que las bases raciales pierden su valor progresivamente debido a un constante debilitamiento de los argumentos etno-raciales durante los procesos de urbanización e industrialización. Este hecho no debilita el poder del nacionalismo vasco, sino que lo intensifica con el paso del tiempo, logrando un apoyo de aproximadamente el 35% en los años 30, del 56% en los años 80 y del 60% en el presente. Este tipo de movimiento nacionalista fue muy efectivo a finales del siglo XIX y principios del XX, ya que posibilitó la creación de identidades reactivas a partir de elementos étnicos, que posteriormente derivarían en la constitución y fortalecimiento de las diversas naciones.

Los elementos étnicos y sobre todo los argumentos fenotípicos, ofrecieron a los sujetos políticos una excusa objetivable para denostar a sus enemigos nacionales. El dualismo Nosotros vs. Ellos, se implementa en esta época mediante el uso de retóricas y estrategias discursivas que presentan a las *razas* opuestas como inferiores y peligrosas para la pureza racial del grupo en cuestión. Este tipo de

estrategias políticas conllevan la utilización de diversos tipos de violencia como la estructural (por medio de la exclusión de las esferas de poder social, económico y político) o la simbólica (consiguiendo *naturalizar* en el seno de la subalternidad las diferencias sociales, económicas y políticas). Al igual que en los casos de Palestina y la antigua Yugoslavia, las diversas *violencias* en el contexto vasco se tornaron desde finales del siglo XIX hasta principios del siglo XX, en estrategias *constitutivas* y *defensivas* que posibilitaron el surgimiento de los movimientos nacionales en disputa. Del mismo modo que el nacionalismo inicial de Sabino Arana hizo hincapié en la peculiaridad de los rasgos culturales, raciales y lingüísticos distintivos que poseían los vascos mediante su exaltación en revistas, periódicos o mítines políticos, el nacionalismo español hizo lo propio durante los siglos XIX y XX, sobre todo tras la victoria lograda por los falangistas en la guerra civil española. Eduardo González Calleja y Fredes Limón (1988) afirman que la hispanidad fue constituida en gran medida sobre rasgos raciales que se difundieron eficazmente en el seno de la sociedad española de la época.

La exaltación de las cualidades inherentes a una colectividad es un lugar común de ciertas ideologías ultranacionalistas, y un recurso propagandístico habitual para cimentar la cohesión del grupo. En el ambiente ideológico y cultural de la zona franquista, las referencias a las supuestas excelencias de la raza hispana, de honda tradición rememorativa –recordemos los orígenes del 12 de octubre precisamente como fiesta de la raza–, será constante y no del todo homogénea: Mientras que la tónica general, impulsada por la ortodoxia falangista, será su identificación con cualidades, valores morales o, todo más, con memorables hechos históricos (conquista, colonización, evangelización), no faltarán explícitas menciones a cuestiones psicofisiológicas y étnicas de influjo nazi, o al fomento de una peculiar planificación racial siguiendo los moldes fascistas italianos.

La primera idea a fomentar es el *exclusivismo* de los valores de la raza, asimilados a los imperantes en la zona franquista, de suerte que el adversario es considerado en el mejor de los casos como extranjerizante, o se le identifica descaradamente con la Unión Soviética, antítesis de todos los valores de la raza. El correlato mitológico-histórico es forzado y maniqueo. (González y Limón, 1988:47)

b) En su segunda tipología del nacionalismo vasco, Zabalo incluye la variante territorio, ya que éste determina el espacio físico donde la raza en cuestión se establecerá con sus peculiaridades étnicas. Este aspecto también resulta relevante si retomamos la línea argumentativa de Bowman (2003), quien señala que la comunidad nacional que habitualmente comparte una serie de rasgos de carácter étnico y que se siente atacada por un enemigo externo, busca la obtención de un espacio físico al que llamar nación y que sirva de refugio ante los ataques externos. El territorio nacional ha de ser defendido por lo tanto por la comunidad que lo ocupa y reclama como propio, mediante el uso de la diplomacia, de la amenaza y en última instancia mediante el uso de la violencia. La violencia

ejercida por un grupo en contra de otro con la intención de anexionar un nuevo territorio que se considera como propio pero que por determinadas razones históricas (tratados, diplomacia, guerras, migraciones, etc.) se ha perdido, puede catalogarse como constitutiva, ya que el grupo que ocupa el territorio en cuestión, piensa que éste le pertenece, mientras que las agresiones externas no harán sino reforzar la unión entre territorio y nación. El grupo que ocupa un determinado territorio y es atacado por otro grupo externo, articulará la violencia defensiva para mantener la relación territorio nación y defender una serie de rasgos etno-simbólicos adscritos a él. No obstante, una determinada comunidad nacional puede interpretar que un territorio le ha sido sustraído ilegítimamente, por lo que el grupo lo considerará como un tipo de violencia constitutiva que ha de ser respondida mediante la reconquista del territorio en cuestión. Un claro ejemplo de este caso sería la guerra que Croacia llevó a cabo para hacerse con territorios en Bosnia Herzegovina durante la guerra de los Balcanes en la década de los 90. Bowman (2003) señala que la maquinaria propagandística croata articuló durante esta guerra una serie de consignas orientadas a la reconquista de territorios enclavados en Bosnia Herzegovina, que históricamente habrían pertenecido a un Estado independiente croata.

En el caso vasco, la importancia territorial es también evidente, ya que el nacionalismo local reivindica en primer lugar una emancipación tanto política como económica respecto a España, pero sobre todo demanda una desanexión de tipo territorial. Los nacionalistas vascos también exigirán la anexión a la Comunidad Autónoma Vasca (CAV) de los territorios que históricamente formarían parte de la *nación imaginada* (Anderson 1983; Bowman 2001, 2003) por el nacionalismo vasco; hablamos de la Comunidad Foral de Navarra y de las tres provincias vasco-francesas (Lapurdi, Behe Nafarroa y Zuberoa).

Las reivindicaciones territoriales realizadas mediante la elaboración de complejos discursos políticos y retóricas altamente preformativas, sirven para fortalecer de un modo efectivo la identidad político-nacional vasca. La defensa del territorio nacional es en definitiva un elemento básico en la creación y refuerzo de las identidades nacionales, ya que éste representa físicamente el *alma* de la nación imaginada.

c) La tercera de las posibles tipologías nacionalistas presentadas por Zabalo, alude a la variante lingüística. Ésta se deriva de una concepción etnocultural de la nación. El idioma es clave en los procesos de construcción nacional, ya que otorga a los sujetos políticos un elemento esencial en sus reivindicaciones político-culturales. Éste carácter lingüístico diferencial establecerá una considerable brecha respecto a su Otro nacional mediante la utilización de argumentos de tipo cultural, más aceptados en la esfera de las relaciones internacionales que aquellos que se fundamentan exclusivamente en aspectos fenotípicos o raciales.

La lengua es uno de los elementos fundamentales que conforman la dimensión vertical de los nacionalismos, aspecto que ya analizábamos en capítulos previos. Prácticamente todos los movimientos nacionalistas han hecho referencia durante sus procesos constitutivos a argumentos de carácter lingüístico, ya que éstos proporcionan elementos objetivos mediante los que diferenciarse de los grupos, comunidades o naciones vecinas. La lengua también resulta un elemento altamente eficiente en el caso de los nacionalismos periféricos a la hora de reivindicar un estatus etnocultural diferenciado, ya que ésta ofrece una serie de elementos unificadores para la comunidad en cuestión, que los diferenciará además de la nación central o hegemónica.

Bowman señala que la lengua fue utilizada tanto en el caso de la nación palestina como en el de los grupos étnicos envueltos en la guerra de los Balcanes, como arma ideológica y política para establecer diferencias de tipo identitario respecto a sus enemigos nacionales. Éste recuerda que los líderes políticos reivindicaron la creación de un Estado croata independiente, que recuperaría el territorio que históricamente les pertenecía. Los políticos croatas reclamaron a los miembros de su comunidad que purgaran la lengua croata de toda impureza lingüística serbia (Bowman, 2001, 2003). Las menciones a la pureza y superioridad de la lengua nacional es un fenómeno que se manifiesta a lo largo y ancho del planeta.

Uno de los elementos fundamentales del nacionalismo vasco es el euskera, lengua que da nombre a los propios vascos (*euskaldunak*) y que literalmente significa *el que posee el euskera*. Julen Zabalo (1998) indica que el euskera es el principal elemento diferenciador de los vascos respecto al resto de culturas y naciones. Zabalo también considera que el nacionalismo vasco tomó el euskera como base ideológica principal a partir de la década de los 50, y que desde entonces lengua nacional y política han ido de la mano, a pesar de que durante los últimos años este hecho también esté cambiando. Brown (2000) afirma que a partir del siglo XIX la extensión de la cultura castellana y el rápido crecimiento industrial despertaron una conciencia colectiva latente hacia un movimiento nacionalista organizado. La intensidad del nacionalismo vasco obedecería pues, a la distinción vasca y los ataques llevados a cabo en un primer momento por los liberales españoles y posteriormente por Franco, todos ellos dirigidos a eliminar la cultura y lengua vasca. Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco, aludía constantemente en sus escritos a la figura de la lengua española como una amenaza de la que el euskera debía ser protegido.

La diferencia del lenguaje es el gran medio de preservarnos del contacto de los españoles y evitar el cruzamiento de las dos razas. Si nuestros invasores aprendieran el euskera, tendríamos que abandonar este, archivando

cuidadosamente su gramática y su diccionario, y dedicándonos a hablar el ruso, el noruego o cualquier otro idioma desconocido para ellos. (Arana, 1965)

Los dualismos establecidos a partir de elementos lingüísticos marcan un claro distanciamiento entre el Nosotros y el Ellos, concedores y poseedores o no, de la lengua nacional. Josetxu Martínez (1999) señala que desde una perspectiva antropológica los elementos etnoculturales y en especial los lingüísticos, crean una noción de diferencialidad básica en la constitución de las identidades nacionales.

En el nacionalismo, los rasgos histórico-culturales son imbuidos de conciencia de diferencialidad, hecho que a nivel político se manifiesta sea en el patriotismo, cuando hay identificación entre estado y nación, sea en la reclamación de independencia política, cuando no la hay.

El nacionalismo y la etnicidad son pues fenómenos sociales que se enmarcan en la capacidad que, en un determinado momento histórico, tienen los rasgos culturales diferenciales de adquirir capacidad de movilización, de adherir a los individuos a valores colectivos propios de una nación frente a otros que los niegan o que los amenazan. (Martínez, 1999: 81)

La violencia puede además ejercerse a través de la lengua, no siempre de un modo físico, pero si mediante su imposición o negación (aunque ésta podría darse por medio de la violencia física). La lengua nacional puede por otro lado implicar el uso de la violencia simbólica, sobre todo en aquellos casos en los que se obliga a un sujeto a percibir su lengua nacional como inferior a la de la nación hegemónica. En cualquiera de los casos, la lengua implica el fortalecimiento de las identidades tanto políticas como nacionales, ya sea por defender ésta ante imposiciones o ataques externos, o bien por tratarse de un elemento etnosimbólico que reafirma per-se la cultura nacional.

d) La cuarta tipología de Zabalo incluye la variante lengua nacional y territorio. Esta definición que une lo etnocultural y lo político, se centra en la asociación de un determinado espacio físico con una lengua nacional. En el caso de Euskal Herria se da la paradoja de que en el mismo territorio nacional conviven tres lenguas oficiales mayoritarias, el euskera, el castellano y el francés. El nacionalismo vasco reivindica la utilización de la lengua ancestral de la comunidad nacional, el euskera, para la comunicación en las esferas política, social y cultural. Mientras que el nacionalismo vasco inicial aludía a la importancia de la raza y lo étnico para establecer límites entre el Nosotros y los Otros, a partir de la irrupción de un nacionalismo vasco más cívico y aperturista, los parámetros que asocian territorio y lengua nacional cobran paulatinamente una mayor relevancia.

El concepto de raza va unido al de sangre, y más en concreto al de pureza de sangre que es, según Greenwood (1978), otro elemento naturalista utilizado para explicar, legitimar y construir el orden social. Pero, si bien las simbologías son similares, el concepto de raza ha sido más utilizado y ha servido, en la mentalidad occidental, de principio clasificador antropológico y político tal como estamos viendo.

El nacionalismo de izquierdas (MLNV) que se forma después de la Guerra Civil española abandona estos postulados y trata de construir la nacionalidad desde otros más dinamizadores, en concreto, a partir de los conceptos de lengua y territorialidad. (Martínez, 1999: 39)

Los elementos lingüísticos van adquiriendo con el tiempo una importancia incluso mayor a la que tuvieron los elementos fenotípicos y raciales en épocas anteriores del nacionalismo vasco. El argumentario nacional asocia a partir de la década de los 50, nacionalismo y el aprendizaje, utilización y defensa de la lengua nacional, siempre como elemento diferenciador de un espacio geográfico que se caracteriza por su uso. Los dualismos lingüísticos se incrementan y radicalizan debido a la inclusión de la violencia en forma de imposición y prohibición. La represión y negación por medio de la fuerza y de la violencia de una *realidad* lingüística nacional, logra todo lo contrario a lo que se pretende. Las estrategias asimiladoras (en un sentido lingüístico y cultural) y represivas llevadas a cabo por el régimen franquista, dan como resultado la organización y defensa del Euskera, convirtiéndose éste en un símbolo condensado de la propia cultura vasca. La diferencialidad que aporta el euskera será considerada en adelante como una de las bases para la reivindicación de una identidad nacional vasca.

La prohibición del euskera va a ser percibida como una agresión directa al considerarlo principal componente diferencial del pueblo vasco... Euskadi se funda por la realidad simbólica de la lengua. La agresión a la matriz lingüística, su prohibición, etc., es interiorizada como una agresión al propio pueblo. La dramatización de la lengua dota a esta de significatividad, transformándose en representación simbólica de la diferencialidad. (1985: 395)

Josetxu Martínez (1999: 39) señala que “frente a la represión de los rasgos culturales diferenciales, característica de esta época, la conciencia nacional lejos de disolverse, se refugia en espacios como la familia, la iglesia y las cuadrillas”. Los ataques externos en contra de los elementos etnoculturales de una nación, rara vez logran sus objetivos, ya que los sujetos nacionales tienden a refugiarse en la esfera privada para su autodefensa, a la espera del momento adecuado en que realizar sus reivindicaciones culturales y políticas, pero sobre todo nacionales en una esfera pública. Ésta nueva situación de reivindicación nacional establecerá unos marcados límites entre las partes enfrentadas, de modo que la identidad intra-grupal quedará reforzada ante sus propios miembros. “Llega un momento en el que esa conciencia diferencial sale al espacio público, y lo hace

privilegiando la lengua como frontera del nosotros frente a los otros” (Martínez, 1999: 39).

La misma contra-reacción que generan los ataques represivos contra la lengua vasca, también se manifiesta mediante la violencia defensiva que Bowman (2001, 2003) asocia al caso palestino. Toda agresión en contra de los símbolos etnoculturales de una comunidad, es susceptible en palabras de Bowman, de derivar en la constitución de nuevos movimientos nacionalistas. La violencia que una determinada comunidad percibe como receptora y víctima, se traduce en una implementación de la unidad intragrupal que buscará la autodefensa por medio de la construcción nacional. Los ataques externos del Otro son percibidos aquí, como un tipo de violencia constitutiva que legitima al grupo atacado (Nosotros) a defenderse mediante la activación de recursos como la auto-reafirmación identitaria, la autodefensa de sus rasgos etnoculturales, y en última instancia mediante el uso de la violencia defensiva.

Las dos últimas tipologías nacionalistas propuestas por Zabalo hacen referencia a un nacionalismo territorial y a otro que incluye la variante del individuo:

e) En la primera se alude al hecho de que la nación se sustenta sobre un contrato voluntario entre individuos, por lo que todo sujeto que resida en el territorio nacional será miembro de la ésta. Desde esta perspectiva, residir en el territorio nacional y mostrar voluntad de querer ser partícipe de la nación, serían los únicos requisitos que se les exigirán a los sujetos nacionales. Las opciones políticas adoptadas por los sujetos serán determinantes en su categorización como miembros del nacionalismo vasco, español o francés. No obstante, en algunos casos los mismos sujetos reivindicarán posiciones políticas alejadas de las propuestas tradicionales. Las posturas ideológicas enfrentadas en la arena de la política vasca, se manifiestan mediante el uso de retóricas dualistas basadas en las categorías del Nosotros (amigo) y de los Otros (enemigo).

Algunos partidos *abertzales* defienden en el presente la idea de un territorio geográfico independiente, que acoja a una nación compuesta tanto por nacionalistas vascos como por nacionalistas españoles y franceses, además de por sujetos no-nacionalistas. El nacionalismo español sin embargo, defiende la idea de que el País Vasco es una Comunidad Autónoma que forma parte de la nación y del Estado español, y cuya independencia sería una quimera o utopía (además de un acto ilegal y anticonstitucional). Mientras que el nacionalismo vasco propone la creación de una nación y un Estado en el que convivan las diferentes ideologías nacionalistas y no-nacionalistas, el nacionalismo español niega toda posibilidad de un Estado Vasco. Este hecho ha derivado en la existencia de un conflicto político que ha existido durante más de un siglo, y otro armado que ha durado

más de cinco décadas. La violencia institucional y la contra-violencia ejercida por aquellos que se oponen a la primera, han propiciado que en el territorio vasco las retóricas dualistas hayan enfrentado durante décadas a *abertzales* y nacionalistas españoles. Como consecuencia, ambos movimientos han reforzado y en ocasiones dogmatizado sus propias identidades políticas y nacionales.

f) La última de las tipologías propuestas por Zabalo, defiende la idea de que la nación se basa esencialmente en la voluntad y libertad de decisión de los individuos. Desde esta perspectiva se optaría por la defensa de las diversas culturas del territorio, aunque predominaría la cultura vasca sobre el resto. La nación vasca se caracterizaría por lo tanto por su singularidad cultural respecto al resto de naciones, trasvasándose de este modo la relevancia de lo nacional a lo cultural. Zabalo señala que ningún partido político vasco ha optado aún por esta vía, por lo que la considera tan solo como una hipótesis.

Xavier Rubert (1994) destaca que existen cuatro factores fundamentales en el desarrollo de los movimientos nacionalistas; *factores primarios*, *factores inductores* o *generadores*, *factores inducidos* o *derivados* y *factores y efectos reactivos*. Estos factores no mostrarían incompatibilidades con las categorías del nacionalismo que propone Zabalo (1998) y que hemos analizado previamente. Todos ellos se manifiestan mediante la constitución de identidades políticas opuestas al resto, ya que este tipo de dinámicas esencializan y fortalecen al Nosotros nacional frente al enemigo exterior.

Los *Factores primarios* del sentimiento <nacionalista> son la comunidad de sangre, linaje, raza y etnia; el territorio, la lengua, así como las tradiciones, usos, costumbre y culto religioso. Los *Factores inductores* o *generadores* de un nacionalismo más amplio y difuso (basado ya en la participación e intercambio, y no sólo en la identidad o afinidad), son: el desarrollo de una red de comunicaciones y una economía mercantil, la formación de ciudades, de monarquías centralizadas y ejércitos modernos, es decir, los elementos que rompen con el orden comunal o feudal previo y que, según J. M. Mira, permiten hablar ya de una <nación>. Los *Factores inducidos* o *derivados* son los mismos factores que del nivel A o B cuando son ya utilizados como una superestructura orientada a la <nacionalización> de un territorio: burocracia centralizada, ejército profesional, lengua y educación nacionales. Ejemplos clásicos de ello serían el mercantilismo económico, el nebrijismo idiomático y la <acción paralela> cultural mediante la cual los nacionalistas hacen el Estado para que este acabe de hacer la nación. Los *Factores y efectos reactivos* son los que configuran el síndrome de rechazo, los reflejos defensivos y la búsqueda de anclajes primordiales que aparecen en las sociedades tradicionales frente a la modernización planificada por lo que Badie llama el <Estado exportado>. (Rubert, 1994: 148/149)

Los factores y efectos reactivos a los que Rubert hace mención, son similares a aquellos que Glenn Bowman (2001, 2003) define mediante la propuesta teórica de la violencia constitutiva y la violencia defensiva. Bowman incide en el hecho de que la irrupción de un enemigo externo en el territorio geográfico de la comunidad etnocultural, genera una reacción en contra que se traduce en un rechazo hacia éste y en la utilización de recursos de carácter defensivo incluyendo la violencia física y armada. Por otro lado, tanto los factores primarios como los factores y efectos reactivos propuestos por Rubert, se encontrarían también en la base teórica de la tipología del nacionalismo vasco que propone David Brown (2000), y que se caracteriza en gran medida por una lógica dualista y de confrontación con el Otro.

Brown (2000) propone tres tipos de tipologías, todas ellas derivadas de los tres principales argumentos que habitualmente se esgriman a la hora de analizar los diversos procesos nacionalistas. El autor afirma que los procesos nacionalistas tienden a explicarse desde la diferencia tribal o étnica, desde la disputa de intereses de clase y desde la construcción de nuevos mitos identitarios. Las tipologías que de la combinación de estos tres elementos se derivan, estarían condensadas en el acercamiento primordialista, en el acercamiento situacionista y en la aproximación constructivista, aunque Brown considera esta última la más adecuada a la hora de analizar el nacionalismo vasco. Varias de las tipologías sobre nacionalismo propuestas por Zabalo (1998), Brown (2000) y Bowman (2001, 2003), contienen un importante componente reactivo que se traduce en la mayoría de las ocasiones en la articulación de retóricas dualistas basadas en componentes de carácter étnico, y que habitualmente degeneran en conflictos políticos y/o armados. La violencia es un importante generador de identidades políticas y nacionales, ya que ésta es capaz de activar sentimientos y solidaridades latentes en el seno de una comunidad que necesitan de un acontecimiento violento o traumático para su estimulación. Jon Abbink (2000) afirma en este sentido, que la violencia es un componente humano universal que se encuentra tras toda formación social y política en forma de agresión interpersonal, amenaza física, asalto, asesinato o conflicto armado.

6.2) La violencia en la constitución de la identidad vasca

Las teorías sobre el surgimiento del nacionalismo vasco son muy variadas, no obstante hasta este momento tan solo hemos analizado algunas de ellas. Por lo general se acude a elementos de carácter étnico, histórico, cultural, político o social para explicar la constitución de un determinado movimiento nacionalista. La violencia es a menudo tratada de un modo transversal y en ocasiones marginal en este tipo de teorías. Blok (1999) señala que por lo general se enfatizan los aspectos más instrumentales de la violencia, obviando sus componentes culturales, idiomáticos, discursivos y de significación. En el presente apartado, y continuando con la línea argumentativa de Glenn Bowman (2001, 2003), se intentará analizar la violencia de un modo más global y como elemento determinante en la creación de los movimientos nacionalistas y por extensión de las naciones.

El rol de la violencia resultó determinante en la constitución del nacionalismo vasco, ya que ésta definió e instituyó las diferencias identitarias que se encontraban en la base de la nación vasca. La relevancia de la violencia (no necesariamente física) en la constitución del nacionalismo vasco resulta obvia, ya que proporciona a los sujetos nacionales las categorías políticas e identitarias necesarias (Nosotros y Ellos) para poder constituirse como tal. La violencia constitutiva (Bowman, 2001, 2003) ejercida por un ente invasor, propicia el caldo de cultivo necesario para el surgimiento de una identidad nacional de carácter reactivo con una finalidad claramente defensiva. La violencia ejercida por las naciones hegemónicas que actúan mediante una lógica colonialista, se topará con el paso del tiempo con una dura resistencia por parte de las naciones subalternas que reivindicarán su emancipación política.

Los Estados o Sistemas vencedores de las guerras civiles europeas creyeron que se podían dibujar y desdibujar impunemente los pueblos, jugar a <recortables> o hacer <corte y confección> con ellos. Lo que no previeron (o, si lo previeron, lo <despejaron al futuro> como hacen hoy con los efectos ecológicos) es que tras veinte, treinta o sesenta años de este juego de amputaciones y suturas, y por poco que se aflojara la tuerca, tenía que surgir con fuerza un *integrismo* de los pueblos como lógico rebote o reacción a la *desintegración* a que habían sido sometidos. (Ruvert, 1994: 182)

Xavier Rubert (1994) sugiere que en el caso vasco se da en primer lugar un relativo aislamiento respecto al resto de naciones, y que a posteriori éste experimenta un proceso, no de invasión, sino de progresiva asimilación por una estructura estatal ajena a una sociedad civil dinámica pero incapaz de constituir un Estado propio.

La modernización de los siglos XVII y XVIII, más rápida aquí que en el resto de la península, no alcanza sin embargo a <mutarse en Estado>, y en su lugar <se encuentra en Estado>, es decir, fecundada y estructurada por otro. (Rubert 1994: 185)

Rubert también incide en la importancia de los aspectos reactivos del nacionalismo vasco, que a pesar de constituirse a partir de elementos de carácter étnico, políticamente fueron utilizados de un modo efectivo por Sabino Arana para crear un movimiento nacionalista vasco moderno.

Es sabido que las guerras carlistas enfrentan al proteccionismo cultural de los campesinos y señores rurales con el proteccionismo económico de los comerciantes e industriales: no por casualidad el *casus belli* carlista (1830-1841) son las fronteras que unos quieren entre Euskadi y Castilla y los otros entre Euskadi y el hierro que viene de Suecia e Inglaterra. Ahora bien, el genio de Sabino Arana en su programa de 1894 consiste en insistir en lo que une (el proteccionismo) y no en lo que separa, y que solo deja fuera a los nobles, los funcionarios y el capitalismo financiero que nunca acabó de apoyar su proyecto. (Rubert, 1994: 186)

La principal estrategia de los nacionalismos es profundizar en los elementos que fortalecen la unidad interna del grupo en contraposición a los enemigos que suponen una amenaza externa. Durante las guerras carlistas protagonizadas por bandos antagónicos como son el tradicionalismo y el liberalismo, los dualismos políticos y sociales se radicalizaron derivando en una sangrienta contienda que no hizo sino fortalecer las posturas de ambos contendientes. Décadas después, el nacionalismo vasco se tornó, al igual que sucedió en el caso del pueblo palestino ante la irrupción del sionismo (Bowman, 2001, 2003), en la principal estrategia defensiva de la comunidad ante una amenaza externa. Este nacionalismo se erigiría con el tiempo, en el garante de una nueva identidad política orientada a la defensa del capital etnocultural, pero también de las esferas socioeconómica y política. Brown (2000) señala que existen diversas interpretaciones a la hora de analizar el surgimiento del nacionalismo vasco. En primer lugar, alude a la importancia que se asignó a las diferencias lingüísticas y genéticas, además de a las constantes invasiones llevadas a cabo por España. En segundo lugar, señala los intereses de tipo económico como elemento esencial en su constitución, ya que el apoyo al nacionalismo vasco habría procedido de aquellas clases sociales más amenazadas por los drásticos cambios económicos y por la presión política española. La tercera de las interpretaciones considera al nacionalismo vasco un mito ideológico inventado en el siglo XIX por clases marginales como respuesta a la integración española y a la rápida industrialización.

Muchas de las teorías propuestas en torno al surgimiento de los nacionalismos en general y al nacionalismo vasco en particular, son susceptibles de recibir la misma crítica que Glenn Bowman (2003) realiza en torno a la aportación teórica de Benedict Anderson (1993) sobre el surgimiento de los movimientos nacionalistas. Esta crítica reside en el carácter estático del concepto de *comunidad imaginada* acuñado por Anderson, ya que en palabras de Bowman, éste omitiría la importancia de la violencia y los antagonismos identitarios en el surgimiento de los movimientos nacional. Anderson considera que las naciones son en gran medida el resultado de una serie de procesos de carácter sociopolítico ligados al surgimiento de la imprenta en el seno de un sistema capitalista. Los nacionalismos europeos por otro lado, serían en palabras del autor, el resultado de procesos orientados a *copiar* en cierta medida estos nuevos sistemas políticos.

Mi punto de partida es la afirmación de que la nacionalidad, o la "calidad de nación" -como podríamos preferir decirlo, en vista de las variadas significaciones de la primera palabra-, al igual que el nacionalismo, son artefactos culturales de una clase particular. A fin de entenderlos adecuadamente, necesitamos considerar con cuidado cómo han llegado a ser en la historia, en qué formas han cambiado sus significados a través del tiempo y porqué, en la actualidad, tienen una legitimidad emocional tan profunda. Trataré de demostrar que la creación de estos artefactos, a fines del siglo XVIII, fue la destilación espontánea de un "cruce" complejo de fuerzas históricas discretas; pero que, una vez creados, se volvieron "modulares", capaces de ser trasplantados, con grados variables de autoconciencia, a una gran diversidad de terrenos sociales, de mezclarse con una diversidad correspondientemente amplia de constelaciones políticas e ideológicas. (Anderson, 1991; 21)⁸⁴

Mientras que Ernest Gellner (1983) señala que la expansión del nacionalismo se deriva de la industrialización de Europa Occidental, y Elie Kedourie (1993) la asocia a las ideas de la Ilustración, la Revolución francesa y el nacimiento del Estado centralizado francés; Anderson incide en que el Estado-nación europeo puede entenderse como la respuesta al nacionalismo de la diáspora colonial europea de ultramar, principalmente en América del Norte y del Sur. Anderson considera la construcción nacional como una acción *imitativa*, ya que las nuevas comunidades políticas copian en gran medida el modelo de Estado-nación de acuerdo a sus propios intereses. Aquí entraría en juego la categoría que analizábamos en apartados anteriores referente al canon o "template" nacional. La nación se convierte en esta época en un modelo sociopolítico de gran atractivo para el resto de comunidades, ya que ésta ofrece una serie de ventajas ideológicas y estructurales que se tornarían hegemónicas en un corto periodo de tiempo. Esta interpretación del nacionalismo se aproximaría en cierto modo al concepto de

⁸⁴ Versión traducida al castellano por L. Suárez (1991). Anderson, Benedict (1991). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, México.

juego de espejos que Francisco Letamendia (1997) utiliza para explicar el funcionamiento de un nacionalismo vasco, que se encuentra inmerso en una dinámica centro-periferia protagonizada generalmente por los nacionalismos hegemónicos y periféricos.

Anderson (1993) trata de comprender porque sujetos que jamás se conocerán entre sí están dispuestos a dar su vida por un ente político que los une moral e ideológicamente. Es por ello que define las naciones como *comunidades imaginadas* donde los individuos están dispuestos a luchar por una determinada ideología política, que en gran medida se constituye y se expande en el seno de un sistema capitalista, obedeciendo a unos determinados intereses de clase y por medio del uso de la imprenta y de los medios de comunicación. Sin embargo, desde una perspectiva cercana a los postulados teóricos de Bowman (2001, 2003), podríamos pensar que el nacionalismo surgido en los actuales Estados Unidos, estaría más relacionado con una violencia constitutiva ejercida por la urbe colonial (Inglaterra) mediante la imposición de impuestos, leyes y estructuras sociopolíticas injustas y ajenas para la población local, y con una violencia defensiva articulada por la diáspora americana en contra de la amenaza externa que representan los británicos.

Se imagina como *comunidad* porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal. En última instancia es esta fraternidad la que ha permitido, durante los últimos dos siglos, que tantos millones de personas maten, y sobre todo, estén dispuestas a morir por imaginaciones tan limitadas.

Estas muertes nos ponen súbitamente frente al problema central planteado en el nacionalismo: ¿Qué hace que las imágenes contrahechas de la historia reciente (escasamente más de dos siglos) generen sacrificios tan colosales? Creo que el principio de una respuesta se encuentra en las raíces culturales del nacionalismo. (Anderson, 1991: 15)⁸⁵

Bowman critica el contenido teórico del concepto *comunidad imaginada*, afirmando que el determinismo de Anderson se fundamenta básicamente en un sistema de comunicación e intercambio, que no explica en su totalidad la *realidad* de los movimientos nacionalistas. Bowman recuerda que los movimientos nacionalistas palestino y los derivados de la desintegración de la antigua Yugoslavia, no se constituyeron como tales, a pesar de contar con un importante sistema de comunicaciones y robustos sistemas económicos transregionales. Éstos no surgieron hasta que una serie de antagonismos entre varias de las

⁸⁵ Versión traducida al castellano por L. Suárez (1991). Anderson, Benedict (1991). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, México.

comunidades que ocupaban un mismo territorio dieron paso a conflictos de carácter político y militar. Bowman señala que a pesar de que los medios de comunicación pueden facilitar la unión entre los miembros de una comunidad que comparten una determinada lengua y un territorio, éstos no son capaces por sí mismos de explicar el surgimiento de una conciencia nacional.

La comunicación puede resultar suficiente para promover una idea abstracta de lo que es la comunidad, pero lo comunicado no es suficiente para transformar esa abstracción en algo con lo que identificarse y defender mediante la lucha. Para que surja el nacionalismo es vital que uno no solo vea su nexos con el resto de miembros de la comunidad, sino que perciba que su propia identidad se encuentra en peligro. (Ferrándiz & Roben, 2007: 118)⁸⁶

Bowman también critica que Anderson presuponga que en los procesos en los que se imagina a la comunidad, el simple hecho de que alguien imagine su propia situación pueda reproducirse en miles o millones de sujetos. A través de esta *extensión imaginativa* (Ferrándiz & Roben, 2007: 119), Anderson sugiere que un sujeto es capaz de concebir la nación de otros como la suya propia. No obstante, Bowman recuerda que en la antigua Yugoslavia la comunidad se imaginó a sí misma partiendo del hecho de que los sujetos también lo hacían de un modo más general. Lo hicieron además, teniendo en cuenta una serie de peculiaridades etnoculturales intensificadas a partir del uso e implementación de la violencia. La violencia sufrida por los miembros connacionales fue experimentada simbólica y emocionalmente en primera persona por la mayoría de los sujetos de la comunidad. Los relatos sobre la violencia que amenaza al grupo etnocultural propio, se extendieron rápidamente de los micro contextos individuales a un macrocontexto nacional. La violencia ejercida por el enemigo en contra de la comunidad, dio como resultado un fortalecimiento de la identidad intragrupal mediante la intensificación de las retóricas y estrategias discursivas nacionalistas.

La percepción de una violencia externa e injustificada, fue probablemente uno de los principales detonantes en el surgimiento de una identidad política vasca y de un movimiento nacionalista *abertzale*. Los elementos etnoculturales ancestrales de la comunidad, proporcionaron una sólida base ideológica al nacionalismo vasco para su constitución. No obstante, éste solo se activó al sentir la comunidad una serie de ataques y amenazas por parte de España en contra de su cultura, su idiosincrasia y sus derechos históricos (entre los que deberíamos destacar los Fueros).

⁸⁶ Traducción propia.

Anderson (1983) sugiere que algunas de las principales causas en el surgimiento de los movimientos nacionalistas se derivan de la reducción del acceso privilegiado a una serie de lenguas muertas como el latín, del movimiento para abolir las ideas del derecho divino de los reyes y la monarquía absoluta, así como del surgimiento de la imprenta bajo un sistema capitalista (*print-capitalism*). Bowman (2001, 2003) advierte que la existencia de unos determinados medios de comunicación no explicarían por sí solos el surgimiento de los movimientos nacionalistas.

A pesar de que los principales ideólogos del nacionalismo vasco, con Sabino Arana a la cabeza, se valieron eficazmente de los medios de comunicación para reivindicar y dar a conocer sus posturas, su uso no explicaría *per se* el surgimiento del nacionalismo vasco. Sus orígenes se remontan ideológicamente más allá de Sabino Arana y del Partido Nacionalista Vasco, por lo que necesitaríamos encontrar más argumentos que justifiquen su surgimiento y expansión. La violencia percibida por la comunidad, sería en este sentido un elemento extra que explicaría en cierto modo el surgimiento de un movimiento nacionalista vasco como estrategia defensiva ante una serie de ataques externos, como podría ser la derogación de los Fueros vascos materializada mediante la ley de Madrid de 21 de julio de 1876 y firmada por el rey Alfonso XII.

Anderson (1993) sugiere además, que las naciones europeas fueron constituidas de un modo cuasi mimético en respuesta al surgimiento de una serie de movimientos nacionalistas en algunas de las colonias de ultramar en América. El comportamiento *mimético* de los nacionalismos, así como su componente reactivo, es también analizado por Francisco Letamendia (1997), quien indica que el Estado-nación es el sistema político más extendido a lo largo del mundo y que éste tiene dos sistemas diferentes de funcionamiento. El primero se caracteriza por la adhesión a las movilizaciones que genera el centro con el fin de impulsar la revolución estatal nacional (como por ejemplo la Revolución Francesa). El segundo se da en forma reacción contra la anterior por parte de los grupos específicos étnicos, lingüísticos o religiosos (como por ejemplo el Nacionalismo Vasco), ya que son objeto de discriminación por parte del centro. Como resultado, la periferia reactiva mimetiza el concepto de comunidad defendido por el Estado-Nación. Estas reacciones pueden provocar contra-movilizaciones del centro en forma de nacionalismos centralistas. Letamendia define estas estrategias políticas como un *juego de espejos* entre el centro y la periferia de los Estados-nación. Estas dinámicas son además importantes potenciadores de las identidades nacionales, ya que las comunidades se autoorganizan institucional e ideológicamente para su autodefensa. Podemos percibir que los postulados teóricos de Anderson y los de Letamendia coinciden parcialmente en este aspecto, aunque el segundo se centra en el análisis del comportamiento de los nacionalismos como contrareacción a otros nacionalismos, mientras que el

primero trata de explicar su surgimiento desde argumentos relacionados con el sistema capitalista y con la irrupción en la sociedad de los medios de comunicación. El elemento mimético al que aluden ambos autores, ya ha sido tratado en el capítulo del canon nacional, donde afirmábamos que las naciones buscan en cierta medida copiar una serie de sistemas políticos estandarizados que proporcionen los mismos beneficios y recursos que al resto de naciones. El canon establece una serie de estructuras políticas nacionales estandarizadas que se extienden rápidamente a lo largo y ancho del viejo continente. Se trata de un modelo que se intenta imitar gracias al éxito que éste tiene en la consecución de sus intereses y objetivos políticos e ideológicos. Solo las estructuras sociopolíticas que se adapten al contexto histórico con éxito, serán susceptibles de ser copiadas por el resto de comunidades políticas.

La reacción que protagonizan los nacionalismos periféricos en contra de los nacionalismos hegemónicos o centrales, es en gran medida equiparable a la de los casos que Bowman (2001, 2003) analiza en sus estudios. La existencia de una violencia constitutiva (física, estructural o simbólica) que es percibida como amenazante para la comunidad nacional, activa una serie de estrategias de carácter defensivo que buscan la defensa de la comunidad por todos los medios necesarios. La mayoría de las estrategias utilizadas por ambas partes, conllevarán una radicalización y dogmatización de las identidades políticas y nacionales.

Los dualismos identitarios y la categoría de los enemigos nacionales tanto internos como externos, son habitualmente el elemento clave en la activación de los procesos de construcción nacional. Ghassan Hage (1996) también menciona la *otredad* como elemento fundamental en los procesos de construcción nacional. Hage afirma que el imaginario nacional surge de dos elementos interrelacionados: por un lado una *madre patria* que se caracteriza por representar el espacio nacional imaginario y la pertenencia al hogar nacional, y por otro un *suelo patrio* que se sustenta sobre las estructuras gubernamentales y soberanas de la nación. La otredad nacional (tanto interna como externa) es en cierto modo la excusa y el catalizador para que estos elementos interrelacionados se activen dando lugar al surgimiento y consolidación de la nación. Hage indica además, que “la construcción nacional no es más que un modo de gestionar la otredad nacional” (1996: 479).

En el caso vasco la otredad nacional fue meticulosamente construida e implementada por ambos bandos. En nacionalismo *abertzale* presentó a España como un gran peligro para la subsistencia de la ancestral comunidad vasca y de su capital etnocultural. El nacionalismo español sin embargo, presentó al nacionalismo vasco como un serio problema para la unidad de la nación española y su propia integridad territorial, de ahí que se enarbolaran conceptos que aún

perviven en la arena de la política como es la indisolubilidad de la nación española.

Es necesario recordar que el centro necesita una periferia nacional que le confiera legitimidad política a ojos de sus ciudadanos. Además este centro nacional debe presentar a la periferia como un sujeto o ente peligroso, que permita su constitución político-ideológica. La nación española necesitó a las diversas periferias nacionales (entre ellas Euskadi) para constituirse y legitimarse a sí misma. También debemos señalar, que éste es un proceso de retroalimentación donde la periferia se constituye a sí misma ante la alteridad nacional que representa el centro político. La negación de España deriva en la gestación del nacionalismo vasco y el simple hecho de nombrarlo lo constituye, ya que se oficializa una nueva *realidad* política⁸⁷. Del mismo modo que la nación hegemónica niega la nación periférica, la última es constituida y justificada mediante la misma lógica de negación-demanda. Ante una negativa de carácter político, la comunidad étnica reaccionará mediante la reclamación de una serie de derechos nacionales. Es necesario además señalar que muchas de las naciones en el presente, responden a la lógica colonizadora que trató de negarlas. La negación es en este sentido altamente performativa, ya que logra crear naciones allí donde no existían como tal. Basándose en el caso irlandés, Igor Filibi (2007: 137) sugiere que las potencias hegemónicas constituyeron las naciones periféricas involuntariamente, al definir las conceptualmente mediante cartografías inexistentes hasta aquel momento. Las grandes potencias necesitan definir y acotar geográficamente al Otro para poder así conquistarlo y dominarlo, sin embargo este último tomará una conciencia identitaria y política inexistente con anterioridad.

Con el proceso de expansión de las potencias europeas en el siglo XVI surge una nueva problemática, la de subyugar y gestionar el espacio conquistado, concebido como un container, que requería de una ocupación efectiva por el aparato central estatal.

Cuando, a mediados del siglo XVI el Estado isabelino comenzó la conquista de la isla de Irlanda, “Este expansionismo provocó nuevas formas de conocimiento que debieron afrontar la problemática de la conquista, delimitación y gestión del espacio. (...) Los mapas fueron también una parte crucial de la infraestructura técnica necesaria para la implantación y el Gobierno del espacio tomado por la Corona inglesa. Sin mapas, Irlanda era una superficie ilegible para los planificadores y administradores ingleses, un espacio desorientador que no era

⁸⁷ Desde los estudios postcoloniales se incide en la importancia del lenguaje como elemento clasificador de la *realidad*. El lenguaje es una herramienta de poder que actúa en la esfera de lo político y la política, y mediante la cual se establecen relaciones de tipo jerárquico. La *realidad* es manipulable mediante el lenguaje, ya que “nombrando algo se *apodera* de ello y de la *realidad* subyacente”. Ashcroft, B., Griffiths, G., & Tiffin, H. (2006: 260).

todavía un territorio. La función de la cartografía fue transformar el espacio del que se habían apoderado en un territorio imperial legible y ordenado.” (Ó TUATHAIL, Gearóid. *Critical geopolitics. The politics of writing global space.* London, Routledge, 1996; p. 4.)

Los aportes teóricos de los estudios postcoloniales y de autores como Igor Filibi (2007) o Ashcroft y Tiffin (2006), nos invitan a pensar que la acción de nombrar, definir y acotar las cosas y los territorios, supone en gran medida apoderarse de ellos. La autodefinition como sujeto político o nacional de uno mismo, de poco sirve si se es un sujeto subalterno, ya que la definición del sujeto hegemónico es casi con total seguridad la que perdurará en el tiempo. De este hecho latente en el seno de las relaciones de poder tanto intra-nacionales como internacionales, proviene la máxima que reza “la Historia la escriben los vencedores”. No obstante, y así lo atestiguan los procesos postcoloniales, existen alternativas para que el sujeto político subalterno pueda emprender procesos de auto-constitución política y nacional.

6.3) Actores, violencia e identidad

En términos generales, la influencia de la violencia en la constitución e implementación del nacionalismo vasco, no ha sido considerada por muchos autores como determinante. No obstante, abundan los sucesos de carácter histórico, social, cultural y político que así lo rubricarían. Analizaremos pues, algunos de los principales acontecimientos asociados al uso de la violencia y responsables en gran medida del surgimiento y desarrollo del nacionalismo vasco desde el siglo XIX hasta nuestros días.

Habitualmente se da como fecha oficial del nacimiento del movimiento nacionalista vasco el año 1895, aunque ésta se refiere más al surgimiento del PNV o Partido Nacionalista Vasco, que al propio movimiento en sí. Esto sucede debido a que el PNV fue el primer partido político defensor del nacionalismo vasco como tal. De todos modos, son múltiples los acontecimientos de carácter histórico, cultural y político previos a esta fecha que avalarían la existencia de un ente proto-nacional vasco. Desde que en el siglo VII, el cronista Fredegario citaría el término “Wasconum nationen” (a pesar de que el concepto nación de la época poco o nada tenga que ver con la acepción actual), pasando por Ioannes Leizarraga⁸⁸ que en el año 1571 afirma que, “Sin embargo, estando seguro de que los vascos, entre todas las demás naciones, no somos tan bárbaros que no podamos reconocer y alabar al Señor en nuestra lengua”, o Pedro de Axular que en 1643 especifica cuáles son los territorios que constituyen Euskal Herria, “Ceren anhitz moldez eta differenqui minçatcen baitira Euskal herrian, Naffarroa garayan, Naffarroa berrean, Çuberoan, Lapurdin, Bizcayan, Guipuzcoan, Alaba-herrian eta bertce anhitz leccutan” (Urquijo e Ibarra, 1912), han sido diversas las alusiones a la existencia de una nación vasca de un modo cultural, territorial o institucional. Manuel de Larramendi defendía ya en el siglo XVIII la existencia de una “nación vascongada” (Estomba, Arrinda y Castrejana, 1980).

“El Proyecto de las Provincias Unidas del Pirineo es sin duda magnífico y especioso (hermoso). República que se hará famosa con su Gobierno aristocrático o democrático, como mejor pareciere, tomando de las repúblicas antiguas todo lo que las hizo célebres y ruidosas en el mundo, y de las modernas todo lo que es conveniente para su duración y subsistencia”. (Larramendi, 1993)

Todas estas alusiones a la comunidad y a la nación vasca que vienen dándose sistemáticamente desde el siglo XVI (Ioanes Leizarraga), no se materializarán hasta finales del siglo XIX. La derogación de los Fueros en 1876 tras la derrota del bando carlista ante los liberales, fue probablemente el detonante para que

⁸⁸ En *Iesus Christ Gure Jaunaren Testamentu Berria* (1571).

años después el nacionalismo vasco institucional fuera fundado por medio del ensalzamiento y defensa de una serie de elementos de carácter cultural y étnico, que establecerían entre el Nosotros y el Otro, los límites identitarios necesarios para que ese proceso constitutivo nacional fuera posible. Esa alteridad será articulada en gran medida en torno a la figura de la violencia externa.

Algunos consideran que los rasgos marcadores de la diferencialidad grupal son aleatorios, secundarios, y que lo importante es el aspecto relacional en cuanto definidor de la identidad del *yo* frente al *otro*. La comunidad y la identidad serían constructos sociales en base a símbolos diferenciadores que se convierten en generadores de conciencia social, en portadores de significación movilizadora y en constitutivos de la *esencia nacional*.

Este planteamiento no admite dudas. El aspecto relacional de la vida social va creando espacios y contenidos de adscripción identitaria que nacen, se desarrollan y desaparecen. Pero, la revitalización de estos símbolos está condicionada socialmente. La alteridad es un proceso social de interacción y de respuesta simbólica a conflictos, a agresiones y, en definitiva, a una creciente conciencia de pérdida de valores emblemáticos. (Martínez, 1999:43)

Los ataques por parte de España hacia el sistema foral vasco fueron considerados como una amenaza hacia una comunidad que probablemente no poseería tal conciencia política (ni una sensación de unidad nacional tan marcada) en tiempos pretéritos. Brown (2000) señala que el nacionalismo vasco fue desarrollado durante el siglo XIX por juristas, curas y una pequeña burguesía rural que hacían de élites políticas en las Juntas. Éstos se sintieron amenazados por el Estado español al derogar éste el autogobierno provincial y los Fueros, dando lugar a una fuerte defensa por parte de los vascos de su estatus e intereses políticos y económicos. Brown también afirma que en 1890 algunos grupos marginados de la sociedad vasca entendieron que los Fueros eran atributos vascos, hecho que proporcionó además una base ideológica al nacionalismo *abertzale*.

Josetxu Martínez (1999) señala que al igual que ocurre en el caso vasco, los nacionalismos surgen por lo general como respuesta a las derrotas sufridas en contiendas bélicas, interpretación ésta, cercana a los postulados teóricos de Glenn Bowman (1994, 2001, 2003). Al igual que Brown, Martínez también destaca la derogación de los Fueros y la violencia contra el capital etnocultural de la comunidad, como elementos clave para la posterior activación del nacionalismo vasco.

En Euskal Herria, los nacionalismos surgen como respuesta a las derrotas militares, a las oleadas de gentes que son vistas como diferentes (maketos) y frente a un ataque a las instituciones que son consideradas como el alma del pueblo... El grupo humano que sufre estas derrotas responde creando una

elevada conciencia de diferencialidad, incluso la mitifica en base a la lengua, a los datos antropológicos y a la voluntad de construir un sistema político independiente. Simboliza lo que en cada momento aparece como más diferencial y movilizador; normalmente coincide con lo que es sentido como atacado y en riesgo de desaparición. El grupo humano que reclama esta diferencialidad se identifica como en cuanto pueblo a partir de estos elementos. (Martínez, 1999:43)

Señalábamos en capítulos anteriores que la conciencia nacionalista no surge espontáneamente con la irrupción en el panorama político de los postulados ideológicos de Arana, sino que éstos dan hábilmente forma a un sentimiento que venía gestándose en el seno de la comunidad vasca desde la derogación de los Fueros dos décadas antes. Este hecho supuso un duro golpe para la sociedad vasca, propagándose en su seno una sensación de injusticia infligida por una nación que comenzó a considerarse como extraña, hostil y para muchos antagónica. La derrota sufrida durante las guerras carlistas supuso que la sociedad vasca experimentara en primera persona la violencia armada del ejército liberal. No obstante, ésta también fue víctima de la violencia estructural y simbólica española al ser despojada de muchos de sus derechos políticos, jurídicos, sociales y culturales históricos.

No es aleatorio para el devenir de Euskal Herria que este pueblo perdiera las guerras carlistas y que se aliara con los vencidos en la guerra de 1936. Los símbolos utilizados hubieran sido muy distintos de haber salido vencedores. Así pues, los símbolos de construcción de la identidad nacional no son aleatorios. Están contextualizados por la historia, por la cultura y por la conciencia creciente o decreciente del papel que tienen en la defensa de los intereses grupales. (Martínez, 1999: 45)

Las represalias de tipo cultural, político y social impuestas a la sociedad vasca produjeron entre la mayoría de los ciudadanos una sensación de injusticia que derivó en una conciencia política nacional orientada a la defensa del capital etnocultural de la comunidad y de sus símbolos nacionales. La defensa que se articuló en torno a elementos de corte etnosimbólico, produjo a su vez la implementación de las categorías relacionadas con la alteridad que tacharían al enemigo español de peligroso para la subsistencia de la comunidad vasca. Sabino Arana hiló un elaborado y complejo discurso dualista en torno a una identidad vasca superior y antagónica a otra identidad española inferior que debería ser repudiada. El carácter reactivo de los discursos nacionalistas de la época, ayudó en gran medida a forjar las identidades políticas por oposición.

El sentido de pertenencia está ligado a ciertos elementos sociales, culturales y territoriales –lo parental, lo local, lo ecológico– que por sí mismos no tienen una capacidad natural de convertirse en límites de interacción entre el *yo* y el *otro*, pero que al haber nacido en un contexto de conflicto y aculturación se convierten en elementos de diferenciación. Si toda identidad se genera en la relación y

muchas veces, en el conflicto, es necesario conocer la historia de este conflicto y poder generar de identidad de la memoria histórica. (Martínez, 1999: 45)

Podríamos pensar que tanto el nacionalismo vasco como el nacionalismo palestino se constituyeron a partir de un antagonismo identitario producto de la utilización de la violencia constitutiva en su contra. Bowman (2001, 2003) recuerda que la comunidad y la historia palestina fueron creadas a partir de un enemigo antagónico que apropiándose del territorio nacional impedía la constitución de una nación que aun no había sido concebida. Josetxu Martínez (1999) afirma que en el caso vasco la nación es también constituida a partir de la alteridad y de la diferencialidad de la comunidad nacional ante el Otro.

La diferencialidad, además de relacional y contextual, es producto de la práctica social –las culturas no son, se hacen-. Se hace nación en este país no sólo pensando o sintiéndose como tal, sino actuando. La práctica ritual, territorial y cultural junto con el *otro* es, en Euskal Herria, tan importante como la delimitación relacional frente al otro. Se estarían primando los procesos de identificación a símbolos comunes y a postulados cohesionadores de algo que se ve como roto. (Martínez, 1999: 45)

Este proceso posibilitó el surgimiento de una serie de nuevos sujetos políticos que posteriormente se encargarían de la fundación y expansión del nacionalismo vasco. Tras unos comienzos titubeantes, el nacionalismo de Sabino Arana pronto se fortalece para convertirse en un movimiento hegemónico en el seno de la sociedad vasca. La alteridad del nacionalismo vasco se encuentra ahora tanto en el exterior (España y Francia), como el interior, ya que los *maketos* procedentes de España que buscan trabajo en la industria pesada de Euskadi, son considerados como portadores de unas costumbres y valores inferiores y peligrosos para la cultura local. Sabino Arana y el nacionalismo vasco primigenio incidieron constantemente en la peligrosidad e inferioridad del Otro español. Esta estrategia política reactiva no obstante, estaba muy extendida en el resto de movimientos nacionalistas del viejo continente.

La radicalización de los discursos dualistas durante esta época es un hecho normalizado, y como consecuencia más directa se constituyen nuevos enemigos para el recién nacido ente nacionalista vasco. Además de la nación española, la creciente inmigración es vista como un nuevo peligro para la comunidad y pasa a formar parte de la alteridad interna. Los representantes políticos más ligados a este proceso migratorio (PSOE), también comienzan a ser considerados como enemigos de la comunidad nacional, ya que representan en palabras del nacionalismo vasco una amenaza contra los valores lingüísticos, culturales y religiosos de los vascos. Brown (2000) señala que la identidad vasca reactiva articuló dos mitos diferentes sobre identidad. El mito cívico definía la comunidad vasca en términos de territorio y reclamación del autogobierno de los Fueros,

mientras que el mito etnocultural definía la comunidad vasca en términos de pureza racial. No obstante, Brown recuerda que la formulación nacionalista inicial no produjo hasta 1930 una fuerte unidad nacionalista frente a los trabajadores españoles. Dada la base fenotípica del nacionalismo etnocultural, la erosión de la pureza racial puso en peligro al propio movimiento nacionalista. Es más, la cuestión racial, en vez de unificar, exacerbó la rivalidad entre radicales y moderados (autonomistas y secesionistas) y pro o anti-industrialización. Estas rivalidades fueron mitigándose cuando la esencia de lo vasco se desplazó de lo racial hacia el compromiso por la lengua vasca. Este desplazamiento que comenzó en el año 1918 se dio lentamente. El euskera pasó a actuar como un símbolo de la actual cultura vasca y su autonomía cívica. Ser vasco no exigiría, en todo caso, hablar la lengua, sino mostrar un compromiso por su defensa y orgullo de su existencia. Brown (2000) afirma que en las elecciones generales de 1933, el nacionalismo centrado en la lengua (y la religión) movilizó al 41% en Bilbao, el 57% en Bizkaia, el 46% en Gipuzkoa y el 29% en Araba. En 1936 el Estatuto de Autonomía fue apoyado por el 84% de los votantes de las tres provincias vascas. Esta autonomía desaparecería sin embargo, tras la guerra civil española. El potencial unificador del nacionalismo vasco se mostró en las elecciones generales de 1933, durante las protestas de los trabajadores en 1947 y 1951 y durante el juicio de Burgos en 1970.

La esencia europeísta y aperturista del Partido Nacionalista Vasco quedó reflejada durante el *Alderdi Eguna* (o *Día del Partido*) celebrado en Donostia el 16 de abril de 1933, donde el lema principal fue “Euskadi-Europa”. El canon nacional que todo movimiento nacionalista de la época buscaba, también representó una parte esencial en la estrategia política del PNV. La dimensión europea es un aspecto básico en el cambio de discurso y de estrategia política de los abertzales, que debería contextualizarse en el proceso de integración europea que viene dándose desde principios del siglo XX.

La constitución de los sujetos políticos nacionalistas en Euskadi, es un proceso manifiestamente ligado a conflictos político-militares. Del mismo modo que entendemos que la primera conciencia nacional vasca moderna es en gran medida el resultado de la derrota sufrida durante las guerras carlistas por el bando carlista, también suponemos que las posteriores alianzas diplomáticas y derrotas militares afianzaron las diversas identidades políticas en el seno de la sociedad vasca. Tras la fundación del Partido Nacionalista Vasco en 1895, las identidades nacionales reactivas en Euskadi fueron radicalizándose en sus retóricas políticas. Los nacionalistas vascos articularon un discurso en torno a una supuesta superioridad etnocultural ante la llegada masiva de inmigrantes considerados como inferiores tanto cultural como moralmente. Estos últimos procedían además de la nación que estaba impidiendo a los vascos constituirse como ente nacional. Durante las tres siguientes décadas el PNV y su discurso dualista se afianzaron

en la arena de la política vasca (sobre todo en áreas rurales), mientras que los *maketos* se guetizaron en ciertas áreas urbanas e industriales donde la mano de obra inmigrante era necesaria para alimentar las demandas de una incipiente industria pesada que ofrecía unas condiciones laborales paupérrimas. Las luchas entre ambas partes se radicalizaron gradualmente, ya que mientras unos reivindicaban sus derechos etnonacionales, los otros demandaban sus derechos laborales.

Junto al obrerismo y la hostilidad hacia los partidos republicanos, el antinacionalismo fue uno de los rasgos básicos de la ideología y de la política del primer socialismo vizcaíno. Como señala Juan José Solozabal, *la oposición del socialismo vizcaíno al nacionalismo aranista fue abierta y completa desde un primer momento*. Difícilmente podía ser de otro modo, teniendo en cuenta el carácter de la ideología política del PSOE y la naturaleza y el significado del nacionalismo vasco en su versión aranista. Si los socialistas mantuvieron una actitud tan sectaria hacia los republicanos, con quienes tenían tantas coincidencias, mucho más conflictivas habrían de ser sus relaciones con el nacionalismo vasco tal y como entonces se definió: integrismo religioso, racismo y orientación derechista y reaccionaria. (Eguiguren, 1984: 103)

La Segunda República se instauró en España el 14 de abril de 1931 acabando con el sistema monárquico existente hasta ese momento. Este nuevo régimen político cambió en cierto modo la estructuración sociopolítica del momento, así como las relaciones entre el nacionalismo vasco y la política gestada en Madrid. La Segunda República Española finalizó el 1 de abril de 1939 con el golpe de Estado que protagonizó el general.

En diciembre de 1931 las Cortes encargaron a las Comisiones Gestoras provisionales de las Diputaciones, controladas por republicanos y socialistas, la elaboración de un nuevo Estatuto, que al final fue consensuado con el Partido Nacionalista Vasco. Una Asamblea de Ayuntamientos celebrada en Iruña en junio de 1932 aprobó el proyecto, pero los carlistas lo rechazaron por lo que al tener la mayoría en Navarra dejaron fuera del ámbito de la futura región autónoma a este territorio. Ello obligó a una nueva redacción del proyecto que excluyera a Navarra. Un nuevo obstáculo se planteó cuando al realizarse el preceptivo referéndum sobre el Estatuto de las Gestoras el 5 de noviembre de 1933, en plena campaña para las elecciones a Cortes, los votos favorables en Álava no alcanzaron la mayoría del censo, de nuevo por la oposición de los carlistas. Las diversas identidades políticas en el seno de la sociedad vasca continuaban afianzándose, pero la distancia entre ellas también seguía aumentando exponencialmente. *Abertzales*, nacionalistas españoles, socialistas, carlistas, republicanos y anarquistas luchaban en la arena de lo político y de la política intentando afianzar sus posturas ante un electorado que cada vez más, votaba en clave identitaria. Religión, nación o lucha obrera eran tan solo algunos

de los argumentos que los políticos de la época esgrimieron para atraer hacia sus filas nuevos adeptos dispuestos a dar la vida por la causa.

El 1 de abril de 1939 el bando franquista sale victorioso de la cruenta guerra civil española que había comenzado tres años antes. El nuevo régimen dictatorial comandado por el General Francisco Franco se mantendrá hasta el año 1975, periodo durante el que la represión política y militar es devastadora para los socialistas, los republicanos, los anarquistas, pero sobre todo para los nacionalismos periféricos como el vasco o el catalán. La represión se ceba con los movimientos nacionalistas subalternos e implanta una dura represión lingüística y cultural. La violencia estructural y simbólica ejercida por parte del régimen contra la cultura, la lengua y la sociedad vasca es brutal, siendo miles los disidentes apresados, torturados y asesinados por los falangistas. El aparato propagandístico del franquismo logró parte de sus objetivos en amplias zonas del territorio español, sin embargo en Euskadi, se fortalecieron y radicalizaron algunas de las posturas nacionalistas. Los simpatizantes del régimen en el País Vasco contarían con el apoyo de la cúpula franquista y de las Fuerzas de Seguridad españolas (ejército y Guardia Civil), mientras que los nacionalistas vascos gestarían gradual y silenciosamente un movimiento de resistencia desde la clandestinidad y el exilio.

La represión lingüística y cultural fue el primero de los detonantes para que en Euskadi se empezase a articular una resistencia que por el momento no haría uso de la violencia armada. En opinión de Ander Gurruchaga (1985) la represión lingüística fue percibida como una agresión injustificada para los vascos, hecho que fortalecería una ya existente conciencia nacional desde la derogación de los Fueros vascos en 1876. La identidad nacional es en gran medida el fruto de una *violencia constitutiva* que la comunidad sufre y percibe como injustificada y peligrosa para su propia supervivencia (Bowman, 2001, 2003). Ésta ejercerá entonces una contra-violencia (defensiva) que hará frente a los ataques externos protagonizados por el Otro/enemigo. Gurruchaga señala que “La prohibición del euskera va a ser percibida como una agresión directa al considerarlo principal componente diferencial del pueblo vasco” (Gurrutxaga, 1985: 394). Éste recuerda además que:

Euskadi se funda por la realidad simbólica de la lengua. La agresión a la matriz lingüística, su prohibición, etc., es interiorizada como una agresión al propio pueblo. La dramatización de la lengua dota a esta de significatividad, transformándose en representación simbólica de la diferencialidad. (Gurruchaga, 1985: 395)

Josetxu Martínez (1999) incide en el hecho de que lejos de disolverse, la cultura, la lengua y la identidad vascas se cobijan en espacios privados y en la

intimidad, afianzando su uso y desarrollando una identidad antagónica a la que se intenta implantar desde España. La alteridad y la violencia ejercida por ésta, no hacen sino fortalecer y legitimar la existencia y la autodefensa de la comunidad y de su capital etnosimbólico.

Frente a la represión de los rasgos culturales diferenciales, característica de esta época, la conciencia nacional lejos de disolverse, se refugia en espacios como la familia, la iglesia y las cuadrillas. Estas instituciones se convierten en generadores de códigos sociales transgresores. Son las estructuras de comunicación del silencio. Llega un momento en que esta conciencia diferencial sale al espacio público, y lo hace privilegiando la lengua como frontera del nosotros frente a los otros. Lo característico de esta nueva situación, que puede datarse en torno a mediados o finales de los años cincuenta, según Gurruchaga, es que se crea un movimiento que une la realidad cultural con la política: surgen las ikastolas, hay un renacimiento lingüístico y literario, con la aparición de nuevas editoriales y el inicio de un proceso de unificación del euskera literario. Es decir, la lengua pasa de ser considerada una reliquia, a ser símbolo estructurador de la nueva idea de nacionalidad. La sociedad del silencio habría encontrado un nuevo elemento movilizador, y lo que es más importante, identificador. (Martínez, 1999: 40)

El idioma es clave en los procesos de construcción nacional, ya que otorga a los sujetos políticos un elemento esencial en sus reivindicaciones político-culturales. Existe en Euskadi un carácter lingüístico diferencial que establece una considerable brecha respecto a su Otro nacional mediante la utilización de argumentos de tipo cultural. Brown (2000) señala que desde el siglo XIX, la expansión de la cultura castellana y el rápido crecimiento de la industrialización despertaron una conciencia colectiva latente hacia un movimiento nacionalista organizado. La intensidad del nacionalismo vasco obedecería pues, a la distinción vasca y a los ataques del régimen franquista dirigidos a eliminar la cultura y la lengua vasca.

No obstante, Brown incide en el hecho de que debería existir algún elemento extra para el posterior fortalecimiento del nacionalismo vasco, ya que con el debilitamiento de la diferencia genética, lingüística y etnocultural, cabría esperarse una erosión correlativa del apoyo nacionalista.

Brown señala que a lo largo de los siglos XIX y XX ese debilitamiento ha tenido lugar con fuerza a través de los procesos de urbanización e industrialización, sobre todo en el terreno de la lengua y de la cultura. Sin embargo, el apoyo al nacionalismo vasco ha sido particularmente fuerte en las regiones urbanas e industrializadas donde el euskera se hablaba menos. De hecho, se ha pasado de un apoyo del 35% de la población en la década de los 30, a un 43% en los 70, un 56% a partir de los 80, hasta el 60% de las últimas

elecciones celebradas el 21 de octubre del 2012. Este dato debería hacernos pensar en que existen diversos factores aparte de la violencia constitutiva y de los ataques en contra del capital etnocultural, que han incidido en el progresivo aumento del apoyo al nacionalismo vasco. Los datos muestran que el número de vascófonos activos⁸⁹ (32%) fue muy inferior al de los votos nacionalistas (60%) en las elecciones del año 2012, hecho que rubrica que la identidad nacional vasca va mas allá de una mera *performance* cultural y lingüística. No obstante, tampoco podemos olvidar que “la comunidad y la identidad son constructos sociales en base a símbolos diferenciadores que se convierten en generadores de conciencia social, en portadores de significación movilizadora y en constitutivos de la *esencia nacional*” (Martínez, 1999: 43). En este sentido, debemos recordar que la identidad nacional vasca no se constituye exclusivamente durante esta época mediante la utilización del euskera como lengua vehicular, sino que también se realiza a través de su defensa en la esfera pública y mediante movilizaciones masivas como la *Korrika*. Los ataques en contra del capital etnocultural llevados a cabo por el franquismo, derivaron en un refuerzo de la identidad vasca que se constituyó así misma como antagónica a la alteridad representada por España y los inmigrantes procedentes de ésta. Los portadores de la cultura *castellana* pasaron a considerarse como el Otro interno.

Los sujetos políticos vascos contaban ahora con un nuevo elemento para su propia constitución, la violencia injustificada en contra de su lengua, de su cultura y de su identidad. Josetxu Martínez (1999) señala que movimientos socioculturales como la *Korrika* evidencian un claro activismo a favor de la identidad vasca atacada por el franquismo.

La lucha no solamente sale a la calle, sino que la reivindicación de la lengua se suma a la de la territorialidad... Ya no se trata de elaborar una estrategia de autodefensa, sino de reivindicación social y cultural de la identidad nacional de un pueblo dividido desde el punto de vista de la lengua y del territorio. La *Korrika* es una carrera de relevos, a pie, celebrada cada dos años, cuyo protagonista es la lengua. Recorre todo el territorio de Euskal Herria. El testigo, que se pasa de mano en mano, es el símbolo de la lengua... La *Korrika* es un ritual profano, una especie de procesión cuyo santo es transportar el testigo. La lengua es venerada como símbolo de unidad. Frente al peligro de desaparición de la lengua vasca, este rito es un acto de protección y de apoyo. (Martínez, 1999: 40)

⁸⁹ Según un estudio elaborado en el año 2011 por el servicio estadístico del Gobierno Vasco EUSTAT, el número de ciudadanos mayores de 16 años bilingües en la Comunidad Autónoma Vasca era del 32%. El número de bilingües pasivos era del 17,20% y el de monolingües castellano-parlantes del 50,77%.

El ataque en contra de la cultura, la lengua y la identidad vasca durante la época franquista fue notorio y muy severo. El franquismo trató de instaurar un nacionalismo español homogéneo y hegemónico que sustituyera al resto de nacionalismos periféricos e ideologías políticas que no comulgasen con su doctrina político-religiosa. Eduardo González y Fredes Limón (1988) sugieren que el franquismo manipuló el término *hispanidad* para tratar de instaurarlo y legitimarlo en el seno de la sociedad española y en aquellas comunidades nacionales que deseaba anular lingüística y culturalmente.

Se percibe una completa y absoluta manipulación del término “hispanidad” e ideas adyacentes, siempre dentro de los esfuerzos propagandísticos del Nuevo Estado. Los ideales de “Imperio” y “Raza” se reactualizaron y aplicaron a la coyuntura bélica, y tanto éstos como los otros contenidos de la Hispanidad reaccionaria y fascista, pasaron a engrosar el acervo doctrinal del nacional-catolicismo en el proceso de formación del régimen franquista: la identidad entre la esencia nacional española y el catolicismo; la exaltación de la unidad política, cultural y espiritual frente a los separatismos o los materialismos plutocrático-materialista y colectivista-marxista; la referencia al pasado (Imperio romano, unidad cristiana medieval, Época Imperial española) como base de los valores de la España de la Cruzada (autoridad, jerarquía, aristocratismo, caudillaje, disciplina, servicio, sacrificio, violencia, espíritu religioso y de milicia) y la contraposición maniquea de éstos con los principios supuestamente antiespañoles de libertad, igualdad, democracia, derechos del hombre, liberalismo, ateísmo, judaísmo, masonería o comunismo. (González y Limón, 1988: 95)

La violencia constitutiva (Bowman, 2001, 2003) empleada por el franquismo en contra de la comunidad nacional vasca, originó una contra-reacción de carácter lingüístico, cultural y político en la esfera privada (ya que de ser detectados estos movimientos supondría para los promotores penas de cárcel, torturas e incluso la muerte). La violencia defensiva (Bowman, 2001, 2003) articulada por la comunidad nacional vasca, fue en un principio de carácter cultural, aunque con el paso del tiempo ésta se transformó en una resistencia armada que se trasladaría de la esfera privada al espacio público.

A partir de la década de los setenta, la vida colectiva que se ha forjado en la estructura de la comunicación, se hace pública a través de grandes movilizaciones en contra del aparato político y regresivo franquista y a favor de ETA. En este sentido, la calle se transforma en espacio de transgresión, espacio político en donde los actores del silencio expresan su código a través de signos y símbolos vascos. De tal forma que el código nacionalista se hace público y con él los símbolos de la diferencia. (Martínez, 1999: 40)

El nacionalismo vasco sufrió durante los años 1951 y 1952 una importante escisión que marcaría el futuro de la nación vasca. La fractura del nacionalismo

vasco en dos grandes bloques, degenera en un dualismo no solo de tipo político, sino también de carácter militar. Durante estos dos años se constituye en Bilbao el grupo Ekin debido a la “insatisfacción con respecto a las respuestas que el PNV ofrece en el terreno teórico y práctico al mundo nacionalista”. (Casanova, 2007)

Su motivación principal, al igual que medio siglo antes cuando se fundó el PNV, es la constatación de que la supervivencia de la nación vasca está en peligro si no se articula un potente movimiento de resistencia ante la agresión española. (Casanova, 2007: 21)

Esta primera escisión protagonizada por Ekin dará como resultado la fundación de ETA (Euskadi ta Askatasuna) en 1958. Sus miembros verán la necesidad de repensar los postulados del nacionalismo vasco y plantearán una serie de nuevas estrategias mediante las que articular una defensa de la comunidad nacional vasca en contra del franquismo. Bowman (2003) considera que el rol desempeñado por los antagonismos identitarios resulta fundamental en la eclosión de un imaginario nacional que se les oponga. La violencia ejercida por el enemigo nacional en contra de la comunidad del Nosotros, origina una serie de estrategias de carácter defensivo que Bowman asocia al surgimiento de los movimientos nacionalistas. La idea del Nosotros interno contrapuesto al antagónico Otro externo, es en palabras de Bowman básica para la constitución de los movimientos nacionalistas. ETA canalizará en opinión de muchos autores, el enfado de una importante parte de la comunidad nacional ante las injusticias que sufren sus conciudadanos, ya que perciben que las fuerzas políticas *abertzales* tradicionales no son capaces de articular una estrategia defensiva nacional.

La nueva organización emprenderá el camino de superación del nacionalismo histórico y lo hará a partir de una revisión en profundidad del mismo. El concepto de raza como núcleo de la identidad vasca será sustituido por la lengua y la cultura. La religión será separada de la política por la nueva organización que adoptará el aconfesionalismo. En materia social, ETA partirá desde las posiciones más izquierdistas del nacionalismo histórico para ir profundizando aún más en esa vía. Además, el nuevo movimiento tendrá la vocación de defender estos planteamientos de forma activa y enfrentarse a aquellos que nieguen los derechos del pueblo vasco por todos los medios necesarios, sin descartar el uso de las armas. (Casanova, 2007: 24)

Durante más de medio siglo ETA protagonizará una intensa contienda armada en contra de los aparatos policiales, militares y políticos españoles. Desde su fundación en 1958, hasta el último alto el fuego permanente anunciado por ETA el 5 de septiembre del 2010, la violencia performativa empleada por ésta ha influido profundamente en la constitución de las diversas identidades políticas en Euskadi. Los enemigos nacionales externos e internos se convierten en objetivos

de una violencia ritualizada (Zulaika, 1988) que busca la defensa a toda costa de la comunidad y de sus valores etnoculturales.

La necesidad de una estrategia defensiva en contra de un régimen totalitario que busca la eliminación de la comunidad nacional vasca y de su capital etnosimbólico, legitima a ojos de la población nacionalista en Euskadi la existencia de ETA. Además, éste es un periodo en el que los sujetos políticos tratan de constituirse a sí mismos y de tomar posiciones en la arena de lo político con vistas a un futuro en democracia. Tras la muerte de Franco y el posterior proceso de democratización, se abren progresivamente una serie de alternativas en la arena de la política, quedando la estrategia armada deslegitimada a ojos de algunos actores en el seno del nacionalismo vasco.

En todo caso, ETA y el franquismo habían estado retroalimentándose durante dos décadas, ya que la violencia constitutiva ejercida por España engendró y justificó la violencia defensiva de ETA a ojos de muchos *abertzales*. Brown (2000) recuerda que el Gobierno español vio en ETA y en la violencia vasca la causa y justificación para la represión política y militar, mientras que los vascos vieron en la represión española la causa del conflicto armado.

En el caso vasco, las dos categorías (enemigo interno y externo) se entremezclan, ya que mientras que España y sus estructuras políticas, judiciales, militares y policiales son consideradas como el enemigo externo, en el seno de la sociedad vasca también existe una parte de la población que es asociada al nacionalismo español. Tanto el PSE como el PP vasco y otros grupos de carácter estatal, se convertirán en los grandes enemigos de una parte del nacionalismo vasco y consecuentemente pasarán a ser objetivos directos de las acciones armadas de ETA (sobre todo a partir del asesinato del edil del PP vasco Gregorio Ordoñez en 1995).

Con la aparición de ETA una parte del nacionalismo vasco decide dar el paso de la resistencia lingüística y cultural en la clandestinidad a la lucha armada. Los sujetos inscritos y clasificados por medio de categorías asociadas a la alteridad, pasarán de ser señalados y discriminados, a correr el peligro de ser eliminados por medio de una violencia altamente ritualizada (Zulaika y William A. Douglass, 1988).

En nuestra opinión, mucho de lo que es considerado terrorismo, puede ser tipificado de un modo más efectivo como acto ritual en contextos altamente

simbólicos, más que como algo que funciona en términos de significado-finalidad⁹⁰.

La importancia de la ritualidad asociada a la violencia política en el contexto vasco, reside en su capacidad para insertar a los sujetos políticos considerados como parte de la alteridad, en un estadio liminal que puede acarrear su eliminación simbólico-ritual pero también física. Señalábamos con anterioridad que los sujetos inmersos en procesos rituales como los ritos de paso, deben superar diversos estadios durante los cuales adquirirán nuevos roles sociales. Existe no obstante, un estadio liminal en el cual los sujetos carecen de toda identidad, posición o rol social. Los sujetos inscritos durante un prolongado periodo de tiempo en este estadio, corren el riesgo de ser eliminados por la peligrosidad simbólica y ritual que representan para la comunidad. Durante las décadas de los setenta, ochenta y noventa, la violencia política en Euskadi llegó a sus niveles más elevados, y en este contexto bélico algunos sujetos sufrieron el riesgo de ser asociados a la figura del *chivato* y convertirse en objetivo directo de las acciones armadas de ETA. Todo ello se hacía en palabras de Zulaika (1988) mediante un elaborado código de símbolos y valores que situaba a la futura víctima en un peligroso estadio de liminalidad ritual.

La acusación de *chivato*, como la de brujería en tiempos más antiguos, acarrea graves consecuencias. El individuo, y su familia por asociación, quedaban segregados del trato ordinario de la comunidad. Una vez difundido el rumor de que alguien era un *chivato*, se convertía en probable objetivo de las amenazas de muerte de ETA, en el destinatario de actos tan odiosos como el de encontrarse con un gato negro ahorcado colgando de la puerta de casa... De manera muy similar a la idea de brujería, el complejo de *chivato* era una idea colectiva que exigía una purga. No era necesario que la comunidad local realizara directamente la acción: estaba ETA para proporcionar los medios de castigo. (Zulaika, 2005: 103)

Del mismo modo que sucedió en el caso palestino entre Hamas y Al Fatah, en Euskadi el nacionalismo vasco también sufrió diversas fracturas y escisiones. Bowman (2003) señala que el mayor escoyo entre las dos facciones palestinas radica en que Hamas fundamenta su estrategia política en la guerra santa y en la defensa de la *umma* (comunidad islámica), mientras que Al Fatah aboga por una vía más integradora. En el caso de Euskadi debemos hablar de nacionalismos vascos en plural, ya que a partir de la década de los setenta comienzan a darse las primeras grandes rupturas en la arena de la política vasca, sobre todo porque el gran enemigo, Franco, ha muerto, y las antiguas alianzas se ven truncadas ante la necesidad de posicionarse en el nuevo panorama político y optar así a la hegemonía en el seno de éste. En palabras de Brown (2000), el nacionalismo

⁹⁰ Traducción propia (Zulaika y Douglass, 1988: 66).

vasco se fracciona entre los setenta y los primeros noventa debido a que éste no es capaz de ofrecer un diagnóstico claro de la crisis económica y de las implicaciones de la transición. La crisis económica de 1973 golpeó al País Vasco con mucha fuerza. Los vascos contaban con dos diagnósticos simples. Ambos culpaban a España, pero mientras que el nacionalismo cívico de ETA identificó al capitalismo español como el gran enemigo, el nacionalismo etnocultural culpó a una inmigración española excesiva. Esto significaba que para unos los trabajadores inmigrantes eran víctimas y compañeros, mientras que para los otros eran el enemigo. Además los vascos tuvieron que decidir si admitían una constitución que les proporcionaría un Gobierno autónomo con el euskera como lengua cooficial. La oposición entre autonomistas e independentistas estaba abierta. Ander Gurrutxaga (1985) hace hincapié en este hecho sugiriendo que la defensa de posturas cercanas al socialismo por parte de ETA y de la Izquierda Abertzale, alejaron a éstas del nacionalismo más tradicionalista del Partido Nacionalista Vasco.

ETA trata de adaptar su teoría política al fuerte cambio social que se produce en el País Vasco durante las décadas 1950-60 y 1960-70. Desde el movimiento se intentará comprender esta nueva realidad social y actuar sobre ella; se intentaba a través de lo que generalmente se llamaba frente obrero. La interpretación del frente acababa normalmente por provocar una escisión de la izquierda, en términos políticos y de lucha de clases, la mayoría de las ocasiones utilizando el análisis marxista de la realidad. Esta escisión acababa por ser un partido de izquierda, en el que se mermaba la importancia relativa de la cuestión nacional, aunque no podía desprenderse de una cierta vinculación afectiva con ella. (Gurruchaga, 1985: 250)

La existencia de dos bloques opuestos en el interior del movimiento nacionalista vasco, derivó en una nueva categorización del Otro interno. Como consecuencia directa, algunas de las acciones armadas de ETA fueron en ocasiones dirigidas en contra de los que en tiempos pretéritos habían sido aliados nacionales. Un gran número de políticos *abertzales* pasaron a engrosar las listas de políticos amenazados por ETA, junto con muchos militantes de partidos estatales como el PSOE o el PP. Además, empresarios cercanos al PNV fueron secuestrados e incluso asesinados tras negarse a pagar el *impuesto revolucionario*⁹¹. La Ertzaintza (Policía Autónoma vasca) también pasó a ser objetivo de las acciones de ETA, sobre todo cuando se empezaron a detener a activistas del grupo armado. La lista de objetivos de ETA contaba ahora con un gran número de sujetos que con anterioridad habían compartido posturas políticas. Todos estos sujetos pasaron a formar parte de un espacio liminal que legitimaba su eliminación, ya que quedaban excluidos simbólicamente de la

⁹¹ Tasa que ETA obligaba a pagar a los empresarios para sufragar los gastos de la lucha armada a favor de la independencia del País Vasco.

comunidad nacional. Las dinámicas de eliminación del Otro interno son definidas por Ghassan Hage (1996) como procesos orientados a neutralizar la contravoluntad de éste durante los *momentos* de construcción y defensa nacional.

Tras el aumento de las acciones armadas en contra de políticos en Euskadi, la IA sufrió una nueva fractura interna durante el año 2000, escindiéndose esta vez una corriente claramente posicionada en contra de la violencia de ETA. El nuevo partido político se llamará Aralar, siendo en un principio sus componentes tildados de traidores y disidentes por muchos miembros de la IA. No obstante, en el año 2011, éstos se reunifican junto con otros partidos políticos vascos en una coalición denominada Bildu.

La idea de los dos nacionalismos vascos opuestos y del Otro interno, ha sido una constante desde la primera escisión a mediados de siglo entre el Partido Nacionalista Vasco y Ekin. Hasta el presente este dualismo político e ideológico tan solo se ha disipado en parte, durante una serie de periodos de construcción nacional conjunta como el denominado *Pacto de Lizarra* en el año 1998. Éste proceso se da porque las fuerzas *abertzales* ven la necesidad de reconstituir una unidad nacional ante los ataques cada vez más duros llevados a cabo desde el nacionalismo español, sobre todo a partir del polémico asesinato del edil del PP Miguel Ángel Blanco el año 1997⁹².

⁹² El asesinato de Miguel Ángel Blanco supuso una importante movilización en contra de ETA y por extensión de la Izquierda Abertzale, tanto por parte del nacionalismo español como por la del PNV y otras formaciones nacionalistas vascas. Tras su muerte se acuñó el término *Espíritu de Ermua* y se intentó marginar políticamente a la IA. Los ataques que en un principio parecían orientados hacia esta última, fueron en palabras de Casanova (2007) posteriormente utilizados para atacar al conjunto de la cultura vasca y por supuesto al nacionalismo vasco:

“Los cambios políticos que va a generar el secuestro y muerte de Miguel Ángel Blanco van a ser enormes, pero no en el sentido que proclamaban los defensores del Espíritu de Ermua, sino en uno bien diferente. Un nuevo enfoque de la situación vasca toma cuerpo en la derecha española, al atribuir la pervivencia de la lucha armada no ya a la existencia de la izquierda abertzale, sino a la de todo el nacionalismo vasco. Pero como el nacionalismo vasco tiene su existencia en la nación vasca, serán todos aquellos elementos constitutivos de la identidad nacional vasca los que deban ser eliminados. El ataque a la cultura, el folklore, el idioma y otros elementos importantes de la identidad vasca va a ser sostenido.” (Casanova 2007: 416).

7) El Poeta Nacional

Los vascos se han caracterizado tradicionalmente por contar con una serie de rasgos diferenciales que los alejan social y culturalmente de sus vecinos más próximos (España y Francia). El euskera, una lengua pre-indoeuropea cuyo origen se desconoce casi por completo, o los rasgos etnoculturales milenarios con que cuentan los habitantes de la región, son elementos a los que tradicionalmente los apologistas vascos han acudido para enaltecer y proteger la identidad de la comunidad a la que pertenecen. La diferencialidad lingüística, cultural y étnica vasca, resultó fundamental en el surgimiento y desarrollo del nacionalismo vasco, ya que ésta ofreció a finales del siglo XIX los elementos necesarios para la articulación de una nueva identidad enfrentada a las dos grandes potencias nacionales vecinas. En este proceso de construcción de la identidad nacional en torno a categorías reactivas, la figura del poeta nacional resultó básica, tanto por su labor divulgativa como por su capacidad para instituir nociones identitarias que a la postre darían como resultado el surgimiento de un movimiento nacionalista moderno, que cambiaría por completo el futuro político de la sociedad vasca.

Ante la pregunta, *¿Quién es el poeta nacional?*, necesitamos primeramente esclarecer una serie de elementos asociados a su figura. Nos encontramos ante una categoría simbólica que hace referencia tanto al poeta encargado de articular y dar forma al sentimiento de pertenencia e identidad latente en el seno de la comunidad, como al grupo de personas, por lo general carismáticas y representativas cultural y/o políticamente en el seno del grupo, que también colaboran en la construcción de la nación. El *poeta* en singular, se diferencia de la categoría de los sujetos carismáticos, en tanto en cuanto el primero dará forma a un deseo nacional latente en el seno del grupo etnocultural, mientras que los segundos colaborarán en el fortalecimiento y expansión de una identidad nacional ya forjada por el propio poeta.

Este poeta, más parecido a la figura del poeta romántico responsable del surgimiento de muchos de los movimientos nacionalistas europeos, toma una serie de elementos etnoculturales e identitarios a los que da forma llevando a cabo un acto de constitución política e identitaria. Éste puede *jugar* poética y retóricamente con los elementos etnoculturales compartidos por su propio grupo, con el fin de alentar una unión de carácter afectivo e ideológico y facilitar así el desarrollo de un posible proceso de construcción nacional. El poeta es además fundamental en el surgimiento de una *etnogénesis* nacional, ya que éste, o bien recupera, o bien ayuda a evocar, los elementos etnosimbólicos necesarios para ello. Debemos recordar que los procesos de construcción del Estado-nación surgidos en gran medida a partir de la Revolución Francesa, implican una

homogeneización cultural de los pueblos inscritos en el espacio nacional⁹³, mediante la implantación de una lengua única, la escolarización obligatoria, la constitución de un ejército nacional y otros aspectos que derivarán en una represión de carácter sociocultural, maquillada a menudo tras la excusa de la defensa de los derechos y los deberes del sujeto nacional como parte del Estado. Esta homogeneización y represión cultural la sufrirá especialmente el Otro subalterno que comparte un mismo territorio con la nación hegemónica.

Un Estado-nación es el fortalecimiento de una etnia dominante que controla los aparatos del Estado y domina, acultura o asimila a las demás. En muchos casos, sin embargo, han permanecido en su interior etnias y naciones, un grupo étnico con rasgos culturales diferenciados, un sentimiento de pertenencia basado en la conciencia de un pasado común, un proyecto común y un territorio, con un fuerte sentido de diferencialidad. Es el caso vasco. (Martínez, 1999: 122)

Con la llegada de la modernidad y sobre todo gracias a los procesos de descolonización, las comunidades nacionales subalternas resurgen con fuerza y se visibilizan. La tarea del poeta resulta esencial en este proceso, ya que éste lleva eficazmente a la arena de lo público el mensaje de los políticos y de los responsables ideológicos (burguesía, clero, etc.) en el auspicio de un posible proceso nacionalista.

⁹³ Los Estados-nacionales modernos instauran por lo general una hegemonía cultural que será impuesta por la fuerza al resto de culturas, pueblos y naciones subalternas, aludiendo reiteradamente a una cuasi-sagrada unidad nacional (González y Limón 1988).

7.1) Etnogénesis

El conflicto político y cultural (y ocasionalmente bélico) ha sido una constante entre las categorías del Otro y del Nosotros nacional. A partir del surgimiento de las primeras naciones modernas a finales del siglo XVIII y sobre todo durante el siglo XIX, una serie de estrategias político-ideológicas se estandarizaron y expandieron a lo largo y ancho del planeta convirtiéndose en hegemónicas; hablamos naturalmente de los procesos nacionalistas. Afirmábamos en capítulos anteriores, que la mayoría de las naciones comienzan a constituirse durante el siglo XIX, principalmente como consecuencia del establecimiento y expansión de un canon nacional. El canon nacional se refiere a una nueva forma de organización política que es susceptible de ser copiada por las ventajas organizativas que ofrece para una serie de reinos, imperios y comunidades políticas que ven la necesidad de adaptarse a los nuevos tiempos y estrategias institucionales. Del mismo modo que el canon se expande, las lógicas homogeneizadoras del Estado-nación también lo hacen. Esto supone que el capital etnocultural del Otro se margina y reprime en pos de la unidad nacional que la comunidad hegemónica quiere establecer a toda costa.

En las sociedades modernas, con la progresiva ruptura del orden de trascendencia y la secularización consiguiente de la vida social, el Estado se constituye centro político de lo social; desde aquí piensa la organización y vertebración del territorio que quiere dominar. Como indica Clastres: <El Estado se pretende y se autoproclama centro de la sociedad, el todo del cuerpo social, el señor absoluto de los diversos órganos de ese cuerpo. Se descubre así, en el corazón mismo de la sustancia del Estado, la potencia actuante de lo uno, la vocación de negación de lo múltiple, el horror a la diferencia>⁹⁴. (Gurruchaga, 1985: 38)

El afán unificador de los reinos, de los imperios y de las comunidades hegemónicas es sin embargo, anterior al surgimiento de las naciones modernas. Ya en el siglo XV los Reyes Católicos pusieron en marcha un proyecto asimilador mediante la creación de una gramática del castellano encargada a Antonio de Nebrija⁹⁵. Ese mismo año se dio el relevante descubrimiento de América a manos de Cristóbal Colón, encargo también realizado por Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla. La unión mediante matrimonio de los dos reinos supondría el comienzo de un proyecto político que podríamos considerar como un

⁹⁴ Clastres, P. (1981). *Investigaciones en antropología política*. Barcelona, Gedisa. (1981: 60).

⁹⁵ En 1492 redactó su principal obra, *la Gramática Castellana*. Posteriormente escribió una serie de trabajos también orientados a la unificación lingüística del reino regentado por los Reyes Católicos: el *Diccionario latino-español* (1492) y el *Vocabulario español-latino* en 1494. En 1517 escribió *Reglas de ortografía española*.

protonacionalismo español. Como consecuencia directa, se impondría una hegemonía de carácter político, militar, cultural y lingüístico al resto de culturas, grupos y comunidades consideradas ahora como parte del nuevo reino.

El proyecto del Estado nacional llevaba explícita e implícitamente estandarizar a todos los individuos que vivieran dentro de las fronteras del Estado por medio de unos “aparatos ideológicos” que tenían como objetivo convertirlos en ciudadanos. La escuela fue la institución más destacada en esta directriz, por medio de la escolarización masiva que agenciaron los Estados europeos en el siglo XIX, se construyeron los mitos fundacionales del origen estatal y étnico de los ciudadanos. Su objetivo: renovar de una generación a otra la lealtad y la cohesión hacia el Estado Nación. (Prado, 2004: 32)

Existen sin embargo, una serie de excepciones jurídicas y derechos específicos atribuidos a ciertas regiones. En el año 1457 Enrique IV jura los Fueros en la Casa de Juntas de Gernika, haciendo lo propio en 1476 Fernando V de Castilla. No obstante, el rol de Isabel la Católica fue fundamental en la aprobación de los Fueros vascos, ya que ésta los juró en diversas ocasiones como ya señalábamos en anteriores apartados.

La subyugación política y cultural de los pueblos subalternos peor preparados militarmente, es una *realidad* que se manifiesta a lo largo y ancho del planeta, sobre todo a partir de finales del siglo XV tras el descubrimiento de América. Las grandes potencias europeas lucharían por hacerse con nuevos territorios durante los siguientes siglos, aunque este proceso se acentuaría con el advenimiento de las naciones modernas. La colonización tanto interna (en el seno del continente europeo), como externa (realizada en otros continentes) deriva en la aniquilación de un gran número de culturas y en el mestizaje tanto genético como cultural. La invisibilidad y el silencio forzado al que se enfrentan los colonizados y las culturas subalternas, se superan siglos más tarde, gracias a los procesos de descolonización que posibilitarán el surgimiento de una etnogénesis nacional. Estos procesos de descolonización comienzan en América durante el siglo XVIII con la revuelta de las colonias de ultramar en contra del Imperio Británico, aunque más habitualmente se han asociado a los movimientos de liberación en África y Asia durante los siglos XIX y XX (sobre todo tras la Segunda Guerra Mundial).

El Estado como *realidad* homogénea comenzó a expandirse principalmente a partir de la Revolución Francesa y el posterior proceso constitutivo nacional galo, a través del cual se configura una comunidad de leyes y obligaciones que protege a los sujetos circunscritos dentro de sus fronteras. El proyecto nacional incluía además un proceso homogeneizador de tipo ideológico, destinado a eliminar la heterogeneidad cultural y étnica dentro del Estado.

El proyecto de homogeneización de los individuos sobre una identidad nacional, implicó que la presencia de grupos culturales diferentes a la cultura oficial, que estuviesen dentro de las fronteras del Estado nacional y fuesen leídos por los agentes del proyecto como pequeñas “naciones” que debían integrarse a la cultura mayor nacional. (Prado, 2004: 32)

La memoria nacional del subalterno también fue “domesticada” (Hage, 1995) y arrinconada para imponer la memoria homogénea del sujeto hegemónico. Las memorias étnicas locales fueron silenciadas mediante la imposición y el uso de la violencia física, bajo la excusa de lo que Gnecco (2000: 174) define como un “proyecto político de unidad nacional”.

Con la irrupción de la globalización en la esfera de lo político y la política, las que en tiempos pretéritos eran robustas estructuras sociales, comienzan a perder hermetismo y fuerza. Como consecuencia, algunas de las comunidades nacionales subalternas silenciadas previamente, emprenden un proceso de reivindicación de sus propios derechos nacionales.

En el momento que se construye la denominada cultura mundial, surgen al interior de varias naciones diversos movimientos promovidos por grupos sociales y étnicos tradicionalmente marginados u oprimidos que reclaman el derecho a su propia autodeterminación e inician un proceso de auto-reconocimiento e identidad diferente y alterna al del resto de la comunidad política del Estado Nacional, en el que se encuentran sujetos. Se trata de grupos minoritarios, que en un momento dado, habían sido considerados como asimilados por la cultura oficial o mayor de un país. (Prado, 2004: 33)

A lo largo y ancho del planeta comienzan a surgir voces subalternas que reivindican su *otredad* en el seno de los Estados asimiladores, aunque estos últimos por lo general ignoran toda reivindicación que ponga en tela de juicio sus políticas pretéritas y sobre todo su indisolubilidad nacional. Debemos preguntarnos sin embargo, por qué razón comienzan a surgir en un momento dado y no antes, una serie de movimientos nacionales que cuestionan la legitimidad del Estado hegemónico. Prado (2004) ofrece varias respuestas a esta pregunta, aunque siempre fundamentando éstas en argumentos ligados a la identidad cultural. En primer lugar afirma que la etnogénesis y la toma de conciencia identitaria y cultural que las comunidades subalternas promueven, es el resultado de una serie de estrategias defensivas en contra de las maniobras capitalistas que amenazan la supervivencia del capital etnocultural de la comunidad. Este hecho es equiparable en gran medida a los conceptos de violencia constitutiva y violencia defensiva propuestos por Glenn Bowman (2001, 2003) y que veíamos en capítulos anteriores. Mientras que Bowman afirma que la violencia (de cualquier tipo) ejercida en contra de una comunidad deriva en la articulación por parte de ésta de una serie de estrategias orientadas a la

autodefensa, principalmente mediante la construcción nacional, Prado (2004) señala que la amenaza que las estrategias capitalistas representan para las comunidades subalternas engendraría un tipo de etnogénesis nacional.

Las diversas confrontaciones que desarrolló el capital con comunidades humanas periféricas, marginadas y tradicionales, desembocaron en procesos de identidad, en donde el hecho cultural fue la base de dicha construcción y permitió reconocerse como diferentes al resto de una comunidad política a la que estaban sujetos.

La identidad fue el centro nodal en el cual se articularon razones históricas de no reconocimiento y de negación, contribuyendo a autoreconocerse como diferentes. Las situaciones de inferioridad social, subdesarrollo económico y exclusión política de cientos de grupos humanos en varios países les permitió legitimar su lucha y reivindicar su diferencia del resto de la comunidad política. (Prado, 2004: 33)

Ante la pregunta de por qué la etnogénesis no se manifiesta antes, o si el capital etnocultural se encuentra durante este largo periodo en un estado de hibernación, Prado (2004) señala que debido a la importancia que las élites otorgaban al proceso de construcción del Estado-nación, los movimientos de oposición al Estado son considerados como simples revueltas y rebeliones. El problema reside en que estos últimos obvian la importancia de los elementos culturales en las demandas de las comunidades subalternas.

La explicación de estos sucesos sustentados en un buen piso factual, aunque son válidos, desconoce elementos culturales que en muchos casos fueron los catalizadores para iniciar la resistencia contra el gobierno, que estaba violando prácticas sociales tradicionales, ejercidas inmemorialmente.

Por otra parte, esta omnubilidad de parte de las élites estuvo promovida por los intelectuales, que bajo el modelo paradigmático de una cultura de un Estado, los llevó a promover ideas esencialistas como la existencia de un pueblo procedente de un tronco común. En esas ideas no había cabida para ver que en el interior de lo que llamaban un pueblo único, existían unos matices culturales que no eran superficiales, sino de fondo. (Prado, 2004: 34)

Prado (2004) también señala que el fenómeno étnico hace aparición en un momento determinado a pesar de haber estado siempre presente, debido en parte a que los procesos de modernización han permitido que la conciencia étnica se recupere. Los grupos subalternos inmersos en estos procesos de concienciación étnica, comienzan además a realizar demandas al Estado central que tradicionalmente los mantuvo marginados. Los citados procesos incluyen por otro lado la constitución de la categoría de la alteridad, encarnada ahora por un Estado central que niega toda *realidad* nacional a la comunidad subalterna.

El desarrollo de la conciencia étnica (Etnogénesis) es y ha sido indudablemente el motor para el surgimiento de movimientos de resistencia contra el Estado, la modernización y el capital en el mundo contemporáneo. Ello significa que un grupo de seres humanos generan un proceso de “invención” de una nueva realidad, en este caso cultural, con el cual se establece una relación de diferencia con los “otros” que no forman parte de esa realidad cultural. De esta manera, el grupo comprometido en el proceso etnogénico produce una afirmación del Ego colectivo, al contraponerlo a otras personas, alteridad que se desprende ella misma de la alteridad que envuelve en No Yo en general. Además exige la construcción de unas tipologías a partir de oponer las actitudes, cualidades y actividades de los otros a aquellas del Ego, reforzando o redoblando eso que la alteridad tiene de positivo o negativo. De otra parte, el proceso que se encamina a la erección de una diferencia con los otros, inventa y funda símbolos, mitos, tradiciones, historias y recuerdos, y es en todos estos aditamentos en donde radica la conciencia étnica, el sentirse diferentes frente a otros y que permite reclamar una identidad y cultura alterna y hegemónica. (Prado, 2004: 35)

El desarrollo de símbolos condensados, valores, mitos y ritos nacionales contrapuestos a la alteridad representada por el Estado hegemónico que impide a la comunidad nacional constituirse como tal, posibilita el surgimiento de una etnogénesis orientada en la mayoría de los casos a la creación de un nuevo Estado. La comunidad nacional silenciada durante décadas e incluso siglos, necesita ahora reconstruir su propio mito nacional contrapuesto a aquel que le ha sido impuesto por la fuerza durante un largo periodo de tiempo. Muchos de los nacionalismos subalternos que comienzan a demandar mayores cuotas de autogestión, de reconocimiento y de libertad, son en palabras de Xavier Rubert (1994), antes ya constituidos que despiertan de un prolongado letargo o que se enfrentan a un sujeto hegemónico, más que movimientos surgidos de la nada. El mito nacional sería por lo tanto el despertar de una comunidad cultural y política latente.

Bersong sostenía que el mito no precede, sino que sucede al *logos* como <compensación> de sus efectos disolventes sobre la sociedad. Y en el mismo sentido hemos visto afirmar a Hobsbawm o Gellner que el despertar del sentimiento nacionalista no precede sino que sucede a la estandarización y estatificación de la sociedad moderna; que no es la pura emanación de una cultura tradicional sino también la reacción defensiva o <identitaria> frente a una sociedad individualista y burocrática. (Rubert, 2004: 151)

Los mitos y ritos nacionales buscan materializar una *realidad* cultural latente que aun no ha despertado o no se ha revuelto ante una opresión de la hegemonía política y cultural. Con la llegada de la modernidad los procesos adyacentes a la etnogénesis nacional también se llevan a cabo.

En el mundo contemporáneo juegan otras condiciones de orden educativo, político y económico que han permitido el desarrollo de una conciencia étnica. Requisitos que se encontraban ausentes en las sociedades “preindustriales”, las cuales no permitieron que ciertos movimientos alternativos ante políticas homogeneizadoras del Estado tuviesen una conciencia étnica lo suficientemente consistente como para manifestarse en su lucha. (Prado, 2004: 35)

Los mitos y los ritos nacionales preceden al surgimiento de las naciones modernas, ya que éstos han sido históricamente los que han aportado legitimidad (interna y externa) a las comunidades inmersas en procesos políticos constitutivos. Las nuevas comunidades que surgen a partir de proyectos ligados a la etnogénesis, necesitan construir y recuperar una serie de mitos nacionales similares a los que los Estados hegemónicos poseen. Éstas buscarían un reconocimiento ya estandarizado en el seno de la comunidad internacional, que se plasma mediante el canon nacional. El reconocimiento debe ser tanto interno (por parte de los miembros de la comunidad nacional) como externo (por parte del resto de comunidades nacionales y/o Estados reconocidos internacionalmente).

Los mitos nacionales se reafirman y escenifican mediante la puesta en práctica de una serie de ritos que por lo general pretenden lograr la comunión y participación activa de todos los miembros adscritos a la comunidad. Los mitos nacionales se manifiestan en la arena de lo público de un modo altamente performativo mediante la activación ritual. La antropología entiende el rito como una herramienta privilegiada que las sociedades utilizan para regenerarse y revitalizarse desde lo liminal. Los ritos son artefactos altamente simbólicos orientados a la construcción de lo social desde lo social. Victor Turner (1967) percibe los ritos y el espacio liminal como herramientas sociales fundamentales en la construcción de la identidad de la comunidad. Éste señala que en el seno de una sociedad, periodos continuados de liminalidad llevan a construir y desarrollar una serie de lazos y sentimientos de cohesión social entre los miembros de la comunidad. Durante estos procesos los individuos trascienden la estructura social para renovarla y reconstruirla. Esos tiempos y espacios crean además otros espacios de sentido en los cuales aparecen las formas de pensamiento y las representaciones colectivas. De este modo se convierten en *fijadores* de la experiencia, marcando paralelamente el orden social y perpetuando lo fundamental de la vida social para evitar cualquier anomalía o desorden ritual. Los rituales encargados de escenificar el mito nacional que las comunidades subalternas (y también las hegemónicas) articulan para reivindicar su identidad ante la alteridad del sujeto que los oprime tanto cultural como políticamente, son altamente performativos y por lo general necesitan ser llevados a cabo por sujetos reconocidos y elegidos por la propia comunidad. Los políticos, los miembros de órdenes religiosas, la realeza o los poetas nacionales

entre otros, serán habitualmente los *elegidos* para desarrollar este tipo de *performances* sociales orientadas a fortalecer la comunidad. Tanto John Langshaw Austin (1962) como Pierre Bourdieu (1985) coinciden en que los encargados de llevar a cabo el proceso ritual deben ser personas con un poder, un reconocimiento social y un carisma especial, que en la mayoría de las ocasiones se traduce por medio de una delegación social, o dicho en otras palabras, para que un ritual sea performativo, la persona encargada de ejecutarlo debe haber sido elegida por la comunidad.

Una de las hipótesis que se pretenden defender en la presente tesis doctoral, es la de que la figura del *poeta* representa a ese tipo de sujeto carismático encargado de llevar a cabo exitosamente el proceso ritual orientado a escenificar el mito nacional y fortalecer así los lazos internos de la comunidad. Tanto la nación *racionalista* representada por la Francia posrevolucionaria, como la nación romántica encarnada por la Alemania sajona, necesitan a los poetas nacionales para lograr sus fines políticos e ideológicos. Los poetas son sujetos carismáticos y representativos capaces de articular las virtudes del mito nacional que sustentará y legitimará al propio Estado. El mito nacional se encontrará además vinculado a una ardua defensa de los valores etnosimbólicos de la comunidad nacional.

Si bien en Francia la idea de nación se comprende desde la retórica contractualista y racionalista, en la Alemania de los teóricos precursores de la posterior explosión romántica, con Heder como paladín, ven en la nación una manera de ser, el espíritu de una fuerza natural, un instinto popular, el *volkgeist* que sitúa a la nación no solamente por encima de los monarcas e individuos, sino que es independiente de ellos mismos: se manifiesta por la lengua y las costumbres y se transmite inconscientemente por los mitos y canciones populares, a través de la memoria colectiva de las diversas generaciones populares. Es una visión que rompe el sentido racionalista y contractual de la Ilustración, situándose en una posición antirracionalista, antihistórica. (Gurruchaga, 1985: 32)

El surgimiento de los movimientos nacionalistas periféricos y subalternos, así como el del proceso etnogenético, se manifestarán por medio de mitos y ritos ligados a la historia, la cultura y la lengua de la nación. Éstos serán además compartidos mediante la articulación de lemas, canciones, poemas o relatos que el poeta se encargará de difundir en el seno de la comunidad nacional.

La figura del poeta nacional fue especialmente relevante en el surgimiento del nacionalismo vasco, ya que personajes carismáticos como Iparragirre se encargaron de alimentar y espolear el sentimiento nacional por medio de canciones y versos que aludían constantemente a la grandeza de la lengua, la cultura y la sociedad vasca.

7.1.1) La etnogénesis vasca

La Antropología Cultural estadounidense de la década de los 80 acuñó el concepto etnogénesis para definir en términos de identidad, cuáles eran los procesos mediante los cuales las comunidades surgidas de contactos entre grupos migrantes construían sus imágenes a partir de su historia y su autorreconocimiento como herederos de un patrimonio cultural común. Paralelamente, corrientes críticas en el seno de la Antropología que estudiaban la constitución de la alteridad cultural en contextos de hegemonía-subalternidad (basándose fundamentalmente en la experiencia de Latinoamérica), interpretaron la etnogénesis como un proceso de lucha por la reivindicación de la diferencia cultural en contra de una sociedad hegemónica que la estigmatizaba simbólicamente, al tiempo que la explotaba económicamente.

Desde una perspectiva más amplia, podríamos entender la etnogénesis como una suerte de *neo romanticismo* nacional o el *revival* cultural de una serie de comunidades subalternas, que tras un largo periodo de marginación y subyugación política, social, lingüística y cultural, reivindican sus derechos nacionales. En el caso vasco podríamos encontrar por lo menos dos etapas ligadas al fenómeno de la etnogénesis.

Tras la derogación de los Fueros en 1876 y el posterior periodo de imposiciones de carácter político y cultural, se crea el caldo de cultivo que dará origen a la primera de las etapas que podríamos asociar al término etnogénesis. A finales del siglo XIX y principios del XX, el nacionalismo vasco toma gradualmente mayor fuerza gracias a la existencia de una serie de individuos carismáticos como Iparragirre o el propio fundador del nacionalismo vasco, Sabino Arana, que recuperan ideológica y políticamente una lengua y una cultura

que durante décadas habían sido denostadas ante una supuesta superioridad de la cultura y de la lengua castellana⁹⁶.

Ya en el siglo XVI Bernat Etxepare escribe “Linguae Vasconum Primitiae”⁹⁷, la primera obra compuesta íntegramente en euskera, en la que además se hace una clara apología de esta lengua y se defiende arduamente su uso en la esfera pública. Durante siglos la lengua y la cultura de los vascos han sido defendidas por una serie de apologistas que consideraban que éstas habían sido marginadas y relegadas a una esfera privada en favor del castellano y el francés. A finales del siglo XIX la lengua y la cultura vascas se convierten en elementos identitarios que son utilizados para constituir la alteridad española y en menor medida la francesa. El etnonacionalismo de Arana y del Partido Nacionalista Vasco primigenio, tomaría como base para la elaboración de su retórica ideológica, aquellos elementos lingüísticos y culturales que habían sido ignorados y denostados deliberadamente por muchos de los habitantes de las urbes y grandes poblaciones vascas. Este *renacer* cultural se encontraría estrechamente asociado a una recuperación de la conciencia nacional olvidada previamente. Por lo general éste es un olvido forzado cultural y militarmente por la nación o comunidad hegemónica que oprime a la cultura del subalterno. Esta opresión se fundamentaría en gran medida en el uso de la violencia estructural y simbólica que los colonizadores emplean contra sus colonias y sus súbditos. Este olvido nacional podría interpretarse en cierto modo como una *diglosia* social y cultural que derivaría al igual que sucede con las lenguas minorizadas, en el empleo del capital etnocultural del opresor como seña de identidad del oprimido.

En el caso latinoamericano se perciben de igual manera ciertos niveles de conciencia étnica en las repúblicas decimonónicas. En ese periodo los recientes Estados surgidos a partir de un vacío de poder ocasionado por la invasión de la

⁹⁶ A principios del siglo XIX, Joan Antonio Mogel escribió la que sería en opinión de muchos la primera novela compuesta íntegramente en euskera, “Peru Abarka”. En ella se denunciaban vehementemente los constantes ataques dirigidos en contra de la lengua y de la cultura tradicional vascas. En esta novela se narra la historia de un *baserritarra* (campesino) de nombre Peru Abarka, aparentemente de intelecto inferior por su origen rural y vasco, pero que constantemente alecciona mediante la cultura popular y el euskera al barbero (Maisu Juan), que representa simbólicamente a la cultura urbanita y castellana. Ur Apalategi (2013) va más allá y sugiere que “Peru Abarka” representa al héroe proto-nacional del nacionalismo que encarna al *volksgeist* de Herder y que se sustenta sobre la distintividad cultural. No obstante, Apalategi también sugiere que esta obra queda descontextualizada en el siglo XIX, ya que ante el incipiente proceso modernizador llevado a cabo por el liberalismo, “Peru Abarka” se asocia a un “decadente” carlismo considerado anacrónico por los liberales.

⁹⁷ El título original completo de esta obra escrita en 1545 es: “Linguae Vasconum Primitiae per Dominum Bernardum Dechepare Rectorem sancti michaelis veteris”.

Península Ibérica por parte de las tropas francesas en 1808 y, posteriormente, al calor de las confrontaciones armadas se encaminaron en torno a un proyecto de Estado liberal, que implicaba la modernización de la sociedad, a partir de la imposición de nuevas relaciones entre los hombres que formaban parte de la comunidad política. Para ello era necesario eliminar las antiguas instituciones y relaciones sociales típicas del antiguo régimen y establecer unas nuevas acordes con el nuevo hombre que quería construir: el ciudadano. (Prado, 2004: 36)

Los cambios políticos y socioculturales que surgen en Latinoamérica durante el siglo XIX tienen además cierta relevancia en la sociedad del País Vasco, ya que la influencia de la diáspora vasca durante esta época no es meramente testimonial. El mismo Iparragirre vivió durante casi dos décadas en Argentina, llegando a formar una familia que abandonaría posteriormente para volver a Euskadi en 1877, exactamente un año después de la derogación de los Fueros. El cambio de modelo político que se da durante el siglo XIX, es evidente tanto en las colonias de ultramar como en el seno de las diversas sociedades europeas donde el liberalismo va adquiriendo progresivamente un mayor protagonismo.

La guerra que concluirá con la derogación de los derechos históricos de los vascos sin ir más lejos, se deriva de una lucha por el poder que enfrenta a liberales y tradicionalistas. Las guerras carlistas enfrentaron a los defensores de Isabel II como legítima heredera al trono dejado por Fernando VII, contra sus detractores que se alinearán con Carlos María Isidro de Borbón. Más allá de cuestiones asociadas a los problemas en la sucesión dinástica, la guerra contaba con un trasfondo de corte político relegado a un segundo plano; hablamos por supuesto de la lucha de poder que enfrentó a liberalismo y tradicionalismo o fuerismo. Como resultado de la confrontación bélica, se derogaron una serie de derechos históricos vigentes desde la Edad Media y jurados por los propios Reyes Católicos; hablamos de los Fueros Vascos. La eliminación de estos privilegios considerados por el grueso de la población vasca como propios e inmutables, degeneró en una sensación de injusticia y de agresión por parte de España, que con el tiempo tomó forma y concluyó con la articulación de un movimiento nacionalista vasco. Las teorías nacionalistas propuestas por los hermanos Arana en un primer momento, y la fundación del Partido Nacionalista Vasco posteriormente, pueden considerarse estrategias políticas e ideológicas que formarían parte de una maniobra defensiva orientada a la constitución de un nuevo ente político nacional vasco.

El movimiento nacionalista vasco podría considerarse como parte de una estrategia defensiva (Bowman, 2001, 2003) articulada por los tradicionalistas, los fueristas, la pequeña burguesía, el bajo clero y la población rural vasca, en contra de las imposiciones políticas, económicas y culturales de los liberales asociados a Madrid y al Estado español. Procedería de esta lógica organizativa pues, el carácter tradicionalista y etnocentrista del primer nacionalismo vasco, que

constituyó la alteridad del Otro español (inferior racial y culturalmente), para poder reivindicar un Nosotros nacional virtuoso y racialmente puro.

El mito nacional vasco será construido a partir de la idea de la superioridad genética y cultural de los vascos (elemento éste manifiesto en prácticamente todos los movimientos nacionalistas de la época, en los que constantemente se aludiría a la superioridad étnica y racial del Nosotros frente a los Otros). La *sangre*, la lengua, la cultura y la religión, pasan a considerarse como meta-símbolos de lo vasco, realizándose una defensa a ultranza de estos elementos cuasi-sagrados en la esfera de lo público y de lo privado.

La figura del poeta y su rol en la defensa y difusión de los valores etno-nacionales resulta esencial. A finales del siglo XIX los *bertso-paperak*⁹⁸ y las canciones populares escritas por éste, son casi tan efectivas política e ideológicamente como la prensa a la que muchas personas sobre todo en áreas rurales no tienen acceso, bien porque la prensa difícilmente llegará hasta ciertas áreas geográficamente remotas, o bien por el alto nivel de analfabetismo entre la población campesina. En este sentido debemos recordar la importancia de la cultura y la tradición oral de los vascos, que en multitud de ocasiones sustituye a la escrita. Es éste también un aspecto remarcable a la hora de considerar la trascendencia de la figura del poeta en la difusión del imaginario e ideario nacionalista.

El mito nacional se reproduce en la arena de lo público de un modo tangible mediante la ritualización cultural que el poeta lleva a cabo. Los ritos son la expresión visible y física del mito, siendo este último una idea o narración simbólica que debe ser materializada por el poeta. Las fiestas, las manifestaciones políticas o los actos públicos y religiosos entre otros, son momentos constitutivos en los que el poeta pone en práctica su poder performativo para hacer partícipes a los sujetos que forman parte de la comunidad, de los símbolos y valores que compartirán en una suerte de comunión nacional. Los *bertso-paperak* por ejemplo, eran versos y canciones que se cantaban en público y ante un gran número de asistentes, de tal manera que se incrementaba el componente simbólico y afectivo del mensaje político e ideológico transmitido por el poeta (tanto del *bertsolari* como del político). La defensa de los

⁹⁸ Entre las dos Guerras Carlistas (1839-1876) surgen los *Bertso paperak* u hojas de verso. En ocasiones estos versos se cantaban en concentraciones y fiestas multitudinarias, donde se ensalzaban la lengua, la cultura y la nación vasca. A esta época corresponden *bertsolaris* como Xepelar, Bilintx, Iparragirre o Etxahun. Desde 1876 hasta la Guerra Civil Española, los *Bertso-paperak* cobran gran importancia y se organizan juegos florales del estilo de aquellos articulados anteriormente por el romanticismo alemán, que derivarían posteriormente en el surgimiento de un movimiento nacionalista vasco.

Fueros a finales del siglo XIX, se convierte en una prioridad para los sujetos políticos vascos, pero sobre todo para los poetas como Iparragirre. Con la canción “Gernikako Arbola” escrita e interpretada por primera vez en 1853 en el café de San Luis en Madrid, Iparragirre hizo una clara defensa del sistema foral vasco y del viejo roble bajo el que habitualmente éstos eran jurados por la nobleza.

Llegados a este punto resulta preciso analizar el rol desempeñado tanto por Iparragirre como por Sabino Arana en la constitución del nacionalismo vasco. Un gran número de expertos entre los que podríamos destacar a Brown (2000) o MacClancy (2007), inciden en la figura de Sabino Arana como elemento fundamental en el surgimiento del nacionalismo y de la nación vasca. Si bien esta afirmación no es incierta, deberíamos realizar una serie de matizaciones al respecto, ya que existen diversos precedentes de carácter histórico, social y cultural que también deberían tenerse en cuenta.

El nacionalismo sabiniano se centró predominantemente en áreas urbanas de Bizkaia (pero también en ciertas zonas de Gipuzkoa) como respuesta a una serie de cambios socioeconómicos derivados de la industrialización que sufrió el País Vasco durante el siglo XIX. La *idea* nacional surge y se expande exitosamente por la geografía vasca, gracias a que Iparragirre es capaz de dar forma a un sentimiento e identidad vasca ancestral que se fundamenta en un capital etnosimbólico diferencial. Este último había sido históricamente materializado por medio de una serie de estructuras jurídico-políticas (los Fueros) y culturales, que España deroga tras las guerras carlistas. Como consecuencia de esta prohibición, surge entre muchos ciudadanos vascos un sentimiento de injusticia que Iparragirre consigue condensar por medio de sus canciones y poemas. Posteriormente y ante la amenaza política que representa el Gobierno de España por una parte, y la alarma etnocultural que motiva la inmigración procedente también de España, Sabino Arana lleva satisfactoriamente a la arena de lo político la herencia ideológica y simbólica que recibe de Iparragirre.

El origen del primer nacionalismo se explica por el profundo proceso de cambio en la sociedad vasca. Transformación que afecta a la estructura económica básica del país (agropecuaria), la crisis de la sociedad tradicional, y que se concentraría en la rápida industrialización de la cuenca del Nervión y algunas zonas de Guipuzcoa. Estas mutaciones generan un panorama diferente al conocido hasta entonces. La afluencia de importantes contingentes de trabajadores foráneos y la quiebra de un sistema de vida <<autóctono>> con las rupturas institucional y simbólica de los valores tradicionales, producen una situación peculiar en el país que permite el surgimiento de una doctrina sociopolítica y una organización que, apoyándose en elementos históricos y étnico-culturales diferenciados, estructuran políticamente a un sector importante de la población sobre todo en Vizcaya y Guipuzcoa. (Gurruchaga, 1985: 102)

Entre 1839 y 1876, coincidiendo con las derrotas que el bando carlista sufre frente a los liberales en las dos contiendas bélicas, Iparragirre lleva a cabo su función como poeta, escenificando públicamente el sentimiento de frustración e injusticia que una gran parte de la población vasca siente ante la derogación de una serie de derechos históricos de los que habían disfrutado durante siglos. Presumiblemente, durante estas dos fechas señaladas, surge un sentimiento protonacional alentado en parte por la labor ideológica y divulgativa de Iparragirre. El poeta realiza un acto de constitución nacional activando y dando forma a un capital etnosimbólico que ya existe de antemano. El político e ideólogo nacionalista Sabino Arana, retomará posteriormente este acto de constitución ideológico, para articular un movimiento nacionalista vasco moderno. Es por tanto Iparragirre, el poeta, quien prepara el terreno de lo simbólico e identitario para que el nacionalismo vasco que Arana⁹⁹ articula políticamente, sea tan exitoso a finales del siglo XIX y sobre todo a principios del XX.

Iparragirre articula en cierto modo, la idea de un *pueblo* garante de un determinado capital etnocultural, lingüístico e histórico, mientras que Sabino Arana constituye la nación, que adopta a su vez ese capital con la finalidad de crear una entidad política basándose en las estructuras y modelos sociopolíticos disponibles en ese mismo momento a nivel internacional. Mientras que la idea de pueblo atribuible a la labor divulgadora de Iparragirre, se asemeja más a aquella propuesta por los románticos alemanes como Johann Gottfried Herder¹⁰⁰ y la idea de *Volkgeist*; Sabino Arana acude a los modelos políticos internacionales contemporáneos y opta por el *canon nacional* que citábamos en capítulos anteriores. El canon establecerá una serie de pautas políticas estandarizadas para una nación. Éstas se extienden rápidamente por todo el planeta, ya que se trata de un modelo que se intenta imitar debido al éxito que tiene en la consecución de sus intereses y objetivos. Sabino Arana importa y aplica eficazmente este modelo o canon en un contexto político vasco convulso debido a los ataques llevados a cabo desde España en contra del fuerismo, y hace

⁹⁹ Pudiendo considerarse éste como uno de los sujetos carismáticos que componen el grupo de los *poetas* en plural (políticos, personas famosas, artistas, etc.), pero siempre diferenciándolo del poeta en singular que es Iparragirre.

¹⁰⁰ Herder señala que existen una serie de comunidades nacionales independientes y diferenciadas, cada cual con unos rasgos constitutivos de carácter cultural, lingüístico o étnico inmutables. Éstos serán ahistóricos, previos y superiores a los sujetos que forman la nación en un momento determinado.

de él un sistema altamente aceptado en cuestión de una década¹⁰¹. El nacionalismo de Arana busca en definitiva el reconocimiento de un Estado vasco cuya historia ha sido *olvidada* por sus propios miembros, fundamentando éste en un canon nacional ya muy extendido por toda Europa y por el continente americano.

Arana fundamenta su nacionalismo en la historia. En ella encuentra elementos diferenciados que le permiten estructurar su teoría nacionalista.

El punto de partida es el reconocimiento del Estado en el que se encuentra su patria. La advertencia que abre su trabajo *Bizkaya por su independencia*, es ya lamento de su país, su situación e ignorancia histórica. Ya antes en los *pliegos histórico-políticos*, Sabino Arana expresará la profunda decepción que siente por la situación de su país. (Gurruchaga, 1985: 104)

Sabino Arana tratará mediante la articulación de un movimiento nacionalista vasco, dotar a la comunidad etnocultural e histórica de la que forma parte, una base política con la que situar a ésta al mismo nivel del resto de naciones europeas. Todo ello fue en gran medida posible gracias al arduo trabajo que Iparragirre realizó en el periodo de entreguerras, reavivando la identidad cultural, lingüística, simbólica e identitaria del pueblo vasco. La figura y labor del poeta serían por lo tanto determinantes en la posterior articulación de una nación política vasca a manos de los grandes ideólogos, sujetos carismáticos y políticos vascos.

¹⁰¹ Desde que en 1893 Sabino Arana realiza su famoso “Juramento de Larrazabal” hasta su muerte en 1903, el nacionalismo vasco se extiende rápida y eficazmente por toda la geografía vasca. El denominado “Juramento de Larrazabal” recoge algunas de las primeras aportaciones de Arana al movimiento nacionalista como tal: “Y no atribuyáis a soberbia lo que sólo sería efecto del intenso dolor que me causaría el envilecimiento de los vizcaínos y la muerte de mi Patria; yo no quiero nada para mí, todo lo quiero para Bizkaya; ahora mismo, y no una sino cien veces, daría mi cuello a la cuchilla sin pretender ni la memoria de mi nombre, si supiese que con mi muerte había de revivir mi Patria”. (Arana, 1893)

7.2) El poeta

Los poetas han sido tradicionalmente considerados como los sujetos garantes del patrimonio cultural de la comunidad. Diversas corrientes sugieren que la poesía como género literario tiene sus raíces en la tradición de la literatura oral, pasando a convertirse ésta en escrita tras la creación y difusión de sistemas de escritura lo suficientemente complejos como para expresar el lenguaje poético mediante símbolos escritos.

La tradición literaria y cultural vasca ha sido predominantemente oral, hecho lógico teniendo en cuenta que hasta la revolución industrial durante el siglo XIX, la población del País Vasco vivía en su mayoría en áreas rurales. La tradición oral era básica en el seno de las comunidades campesinas para la comunicación, para la organización política, social y cultural, y por supuesto para el entretenimiento y para fortalecer la unidad interna de la propia comunidad. La trascendencia sociocultural y política de la tradición oral en el País Vasco, es claramente apreciable en campos como la religión, la mitología (que mezcla religión católica y elementos paganos) o el arte (música, poesía, etc.).

La mitología vasca ha sido empleada en multitud de ocasiones para la construcción del mito nacional que justifica la constitución de una nación etnocultural. La diferencialidad de sus narraciones mitológicas otorgaron a menudo a los vascos un carácter identitario específico que tanto los poetas como los políticos utilizaron para construir su retórica nacionalista.

En las zonas rurales la vida pública se organizaba en torno a tareas comunitarias y de vecindad (Martínez, 1999), como la *arta-zuriketa*¹⁰², en las que la oralidad era fundamental. Los miembros de la comunidad transmitían sus conocimientos de generación en generación gracias a la comunicación y tradición oral. La relevancia de la comunicación oral en la estructuración social, cultural y política de los vascos, resulta más evidente aun, cuando analizamos el fenómeno de los *bertsolaris* o poetas vascos. Los *bertsolaris* son sujetos que componen, cantan e improvisan versos en euskera (*bertsoak*). Éstos deben crear al momento sus versos siguiendo unas reglas de rima y métrica establecidas.

¹⁰² La traducción literal sería “limpia de espadas de la mazorca”, y se refiere al periodo en que predominantemente las mujeres de la comunidad se reunían para desgranar las mazorcas de trigo. El aspecto más interesante de esta actividad, es en palabras de etnógrafos como Gotxon Garate (2003), su carácter comunicativo y organizativo. Las mujeres transmitían y compartían información, símbolos y valores que repercutirían directamente en la cosmología de la comunidad. Este aspecto cobra aun más relevancia si tenemos en cuenta que en palabras de expertos como Andrés Ortiz-Oses (1988), la vasca es una cultura matriarcal.

Aunque prefiero esa definición, la del *bertsolari* como *hablante especial*, no puedo dejar de lado otras que lo equiparan al *poeta popular* o a un *autor de la literatura oral*; un autor capaz de una elaboración artística en la que -al ser la estrofa una improvisación- la invención, la disposición de los elementos y la expresión se realiza simultáneamente. (Atxaga, 1995: 9)

Durante las actuaciones de los *bertsolaris* denominadas *bertso-saioak*, a menudo el arte, la poesía y la cultura se entremezclan con la política. La implicación afectiva y psicológica del espectador con el *bertsolari* y su *bertso* es por lo general evidente, sobre todo cuando el primero repite casi de un modo inconsciente el mensaje articulado por el *poeta*. La repetición por parte del público (que representa simbólicamente a una comunidad si no política, cultural) de la última estrofa cantada por el poeta, denota a menudo la *comunidad* ideológica existente entre ambos. El componente político e ideológico de la *bertsolaritza* (o arte de cantar versos), se manifiesta claramente en las *bertso-txapelketak* (competiciones de *bertsolaris*) nacionales que se celebran cada cuatro años. En éstas se suelen incluir una serie de temas preestablecidos con los que los *bertsolaris* tienen que componer sus *bertsos*. La temática de la nación, la cárcel (haciendo referencia a los presos políticos vascos), la cultura o la lengua, son temas habitualmente recurrentes. Los *bertsos* sobre la cárcel o la nación, son a menudo los más aclamados por los más de 10.000 espectadores que suelen llenar el recinto donde se celebra la gran final de *bertsolaris*.

Tanto en el pasado como en el presente, los *bertsolaris* (o poetas) han contado con un gran prestigio en el seno de la comunidad vasca, ya que éstos reproducen mediante la poesía cantada e improvisada (aunque en el caso de los *bertso-paperak* ésta se transmite por medio de panfletos o partituras) una serie de nociones y categorías ideológicas y afectivas de gran relevancia para la propia comunidad. La cuestión nacional ha sido un elemento al que constantemente se ha aludido por parte de los *bertsolaris*, realizando éstos una notable aportación para su aceptación y difusión al interior de la comunidad. El carácter performativo de los enunciados que los *bertsolaris* y los poetas vascos articulan, parece pues evidente. Esta performatividad lingüística se evidencia en la aceptación, reproducción, legitimación y defensa del propio mensaje articulado por el poeta. Se trataría de mensajes y enunciados que como Austin (1962) señala, cuentan con la cualidad de *realizar* lo que dicen. Los mensajes articulados por el poeta favorecen además a la cohesión interna del grupo o comunidad, gracias a la performatividad con que éstos cuentan. La figura del poeta y del *bertsolari* en concreto, han sido fundamentales para que la comunidad nacional vasca pudiera ser imaginada y consecuentemente constituida. La cultura, la lengua o la sociedad han sido elementos recurrentes en sus actuaciones, sin embargo no debemos obviar la trascendencia de los mensajes políticos e ideológicos en la articulación de una cosmovisión orientada a la construcción de la nación vasca.

Desde que Iparragirre compusiera a mediados del siglo XIX “Gernikako Arbola” e hiciera así una clara apología del sistema foral y de los símbolos que defendían la existencia de una entidad política vasca, han sido muchos los poetas y *bertsolaris* que han articulado mensajes altamente performativos con un claro contenido político e ideológico en defensa de la nación vasca. El último vencedor de la *txapela*¹⁰³ en la gran final de *bertsolaris*, Amets Arzallus, aludió en una entrevista realizada para el diario Berria el 17 de diciembre del 2013, a la existencia de un componente político e ideológico del que el *bertsolari* no puede huir, ya que éste forma parte de su *realidad* cotidiana.

Durante la sesión matinal y el tema de la cárcel, nada más escuchar el tema propuesto, pensé inmediatamente en otro argumento. La política y el conflicto (vasco) me vinieron a la mente. La inercia de mis experiencias vitales y de mis preocupaciones me condujeron allí, y allí vi mi voz en ese mismo momento. La cuestión del conflicto apareció en forma de espectros bien diferentes. No quiero decir que nuestros versos deban ser utilizados para hacer política, ni mucho menos, pero si uno lo siente y le sale de dentro, es legítimo.

El *bertso* surge de tu interior y te esfuerzas en que llegue al interior de otro. Al final los cálidos aplausos son la respuesta y los que denotan que el *bertso* les ha llegado al interior. Aquel al que le ha llegado hasta el interior le dará probablemente unas cuantas vueltas. A algunos se les olvidará, o otros se les quedará sin darle mayor importancia, y otros tendrán en mente lo que has cantado. Esa es en mi opinión la mejor *txapela* que uno puede ganar.¹⁰⁴

Tanto la cuestión del conflicto vasco, la de la cárcel, la de los elementos de corte político que los *bertsolaris* del presente utilizan para crear sus *bertsos*, como la del árbol de Gernika al que Iparragirre compuso a mediados del siglo XIX una canción que marcaría en cierto modo el devenir de la cosmología de la comunidad nacional vasca, son símbolos con un perfil no meramente referencial, sino que tienen la capacidad de condensar valores, sentimientos y obligaciones. Este tipo de símbolos se denominan símbolos condensados, ya que son artefactos focalizadores de los valores representativos de una determinada sociedad. Una de las peculiaridades de este tipo de símbolos, es que cuentan con un notable poder performativo, ya que tienen la virtud de mostrar y ejemplificar el orden y estructura cosmológicos que son espejo de la propia sociedad. El *bertsolari* y el poeta utilizan de un modo altamente efectivo el lenguaje performativo, siendo

¹⁰³ El uso de la *txapela* o boina vasca está muy extendido en áreas rurales de Euskal Herria y es considerada en el presente como parte del capital cultural de los vascos. La obtención de ésta en competiciones deportivas y culturales como las *bertso-txapelketak* (competiciones de *bertsolaris*), representa simbólicamente a la victoria obtenida. La voz en euskera para decir vencedor es *txapeldun*, que literalmente significa *el que posee la txapela*.

¹⁰⁴ Traducción propia. Berria. (17 de diciembre del 2013). Amets Arzallus, *Bertso Txapelketa*. Recuperado de <http://www.berria.eus>

éste a menudo orientado a la constitución de una nación vasca en términos de comunidad cultural, lingüística e incluso política.

7.2.1) Aproximación teórica al lenguaje performativo, y su rol en la sociedad y en la política vasca

John Langshaw Austin propuso en 1962 su famosa teoría sobre el lenguaje performativo, mediante la cual considera que los seres humanos emplean dos tipos de enunciados para comunicarse entre sí: los *constatativos* y los *realizativos* o *performativos*. Austin critica el hecho de que hasta ese momento los lingüistas afirmasen que el único fin de las emisiones comunicativas fuera la de constatar hechos, por lo que éstos solo podrían ser falsos o verdaderos. También señala que existen otro tipo de enunciados como los juramentos o las fórmulas rituales ligadas al derecho o la religión, que contarían con la cualidad de hacer lo que dicen. Por lo general, el lenguaje performativo es utilizado durante los ritos que la comunidad pone en práctica para representar públicamente el mito que legitima ideológica y moralmente a la comunidad en cuestión. Son varios los autores que han estudiado la importancia de los enunciados performativos en la estructuración y cohesión social, pero nos centraremos principalmente en las aportaciones teóricas de J.L. Austin (1962), Pierre Bourdieu (1985), Maurice Bloch (1989, 1992, 1998) y Liu Yongtao (2010).

Cuando hablamos de performatividad ritual nos referimos a su efectividad, ya que el mero hecho de llevar a cabo el ritual, está provocando una serie de acciones y consecuencias de tipo simbólico y religioso (aunque no siempre), pero también social, cultural y político. Si el ritual cumple los requisitos necesarios, éste será socialmente efectivo y ayudará a renovar, purificar y fortalecer la esencia e identidad de la comunidad. Los rituales performativos, entre los que encuadramos los actos y acciones llevadas a cabo por el poeta nacional, cuentan con una serie de elementos y etapas que determinan los roles e identidades que los individuos adoptarán en el seno de la comunidad. Estos roles son susceptibles de ser renovados, cambiados o negados dependiendo de las necesidades de la comunidad en un determinado momento, o de las acciones que un determinado sujeto realice en contra o a favor del orden establecido.

Desde la perspectiva de los rituales, la vida social se transforma en tres espacios bien definidos. En primer lugar, éstos deben contar con una secuencia ritual mediante la cual se pueda *jugar* con el tiempo para mostrar la distancia entre espacios, momentos y roles. También resulta vital el rol de la memoria, ya que el pasado (la historia de la comunidad) legitima la vida y el orden social del presente. La condición del pasado y de los significados tradicionales, validan y

afianzan el presente¹⁰⁵. El tercer y último elemento que determina la estructuración, desarrollo y legitimación ritual de la vida social, es la anteriormente mencionada performatividad. La representación ritual y los propios enunciados performativos, muestran y reafirman el orden y estructura de la vida social de una comunidad. Los enunciados performativos tienen la virtud de lograr que se realice lo que enuncian.

La pregunta a la que debemos contestar es la siguiente; ¿Dónde radica la eficacia de los enunciados performativos y la del poeta que los articula?

Maurice Bloch (1992) señala que la eficacia ritual reside en la forma en que el lenguaje es utilizado. Se refiere en definitiva al estilismo ritual y a la simbología empleada. Pierre Bourdieu (1985) por su parte, sugiere que la eficacia ritual no radica en el lenguaje en sí, sino que lo hace en la *delegación social*. Las palabras serían eficaces, no por su forma o estilismo, sino por quien las pronuncia. El sujeto que emita los enunciados performativos debe estar autorizado por la comunidad, ya que se trata de una delegación social.

Afirmábamos anteriormente que J.L. Austin (1962) diferencia entre enunciados comunicativos y performativos. Austin plantea que ciertas expresiones no se limitan a comunicar, sino que realizan lo que expresan. Se trata de fórmulas que aparecen en campos como el derecho, la religión y otro tipo de ritos, y que van acompañados de una serie de palabras, herramientas¹⁰⁶, gestos o movimientos corporales que los convierten en performativos.

Los poetas deben seguir las normas establecidas para la correcta consecución de los ritos orientados al fortalecimiento interno de la comunidad. El lenguaje utilizado por el poeta es estereotipado y por ello ha de seguir una serie de normas que lo conviertan en performativo. Los *bertsolaris* sin ir más lejos, deben seguir unas pautas métricas y rítmicas a la hora de cantar sus *bertsos*. Cualquier fallo

¹⁰⁵ En 1882, Ernest Renan, uno de los grandes ideólogos del nacionalismo, señaló que una nación se conforma más por lo que olvida que por lo que recuerda. Este olvido consiste en la renuncia a recordar un pasado sangriento al que toda comunidad nacional tiene que enfrentarse, bien sea debido a episodios bélicos o por procesos de represión de las minorías subalternas. Por otro lado se podría interpretar que olvidar para la constitución del nuevo ente nacional, implica a menudo olvidar la lengua propia y adoptar la impuesta, significa también olvidar el origen étnico y asumir la concepción del ciudadano nacional, significa en definitiva olvidar los intereses particulares y abrirse al interés general de la nación hegemónica y del Estado.

¹⁰⁶ La Antropología Cultural considera que la cultura se divide en símbolos, valores y herramientas (Bohannan 1992). Estas últimas se refieren a cualquier instrumento físico, simbólico o ritual que los humanos puedan utilizar para mejorar su bienestar individual o colectivo.

en unos de estos dos requisitos implicará un *poto* (error métrico o rítmico que puede invalidar técnicamente el *bertso*, así como la performatividad que subyace del propio mensaje), el mayor de los temores de un *bertsolari* cuando canta ante su público.

La comunión que se da entre público y *bertsolari* con la repetición de la última línea (o verso) del *bertso*, también puede verse afectada si éste comete *poto* o si su mensaje no consigue conectar ideológica o afectivamente con la comunidad, ya que es en estos aspectos donde reside la performatividad del lenguaje empleado por el poeta. Por otro lado, deberíamos mencionar que muchas de las actuaciones de los *bertsolaris* se realizan durante almuerzos, comidas o banquetes (*bertso-bazkari* y *bertso-afari*). Este extremo es relevante, en cuanto que en palabras de un gran número de expertos entre los que podríamos destacar a Leví Strauss (1951), *lo que es bueno para comer también es bueno para pensar*, o dicho de otro modo, los alimentos pueden ser utilizados con una función social e ideológica clasificatoria, ya que éste es un sistema simbólico que determina la cosmología y los valores de la comunidad. Las reuniones en torno a la comida y el compartir los mismos alimentos, refuerzan los lazos internos de las comunidades y de las familias. Es por ello que los *bertsolaris* articulan sus mensajes en un escenario adecuado para que éstos logren ser representativos de la comunidad presente y puedan así expresar una serie de ideas y valores de un modo altamente performativo.

En ocasiones los *bertsolaris* también realizan sus actuaciones durante momentos con un importante componente liminal y una fuerte carga ritual, como podrían ser las grandes movilizaciones de carácter político organizadas por el movimiento nacionalismo vasco (por lo general la *Izquierda Abertzale*). Existen además en el contexto vasco una serie de rituales de bienvenida y de despedida¹⁰⁷ con una notable carga política, en los que ocasionalmente el poeta también suele estar presente reforzando los valores, las simbologías y las afinidades ideológicas de los sujetos integrantes de la comunidad política y nacional. No obstante, el poeta, entendiendo a éste como una figura carismática no solamente ligada a los *bertsolaris*, también articula sus mensajes performativos en otra serie de

¹⁰⁷ Por lo general cuando un preso político vasco o un miembro de ETA es excarcelado, a la llegada a su domicilio familiares y simpatizantes organizan un acto de bienvenida denominado en euskera *ongi-etorri*. Éste cuenta con un marcado carácter político e ideológico donde se produce una exaltación y reconocimiento del individuo, pero también del grupo o colectividad. Por el contrario, cuando un preso político o un simpatizante muere por una circunstancia derivada del conflicto armado, se organizan por parte de la comunidad política una serie de actos como el *borroka eguna* (jornada de lucha) o manifestaciones y concentraciones multitudinarias donde de nuevo se reivindicarán las demandas políticas del grupo, a la vez que tanto el fallecido como la comunidad serán exaltadas y legitimadas hacia el interior y el exterior de la propia comunidad.

escenarios con mayor alcance mediático como pueden ser grandes manifestaciones, mítines políticos o programas radiofónicos y televisivos.

Desde una perspectiva cercana a los postulados teóricos de Bourdieu (1985), el poeta podría ser cualquier sujeto en el que la comunidad delegue el poder performativo. Mientras que los *bertsolaris* son los sujetos receptores de la delegación social en los actos donde éstos acaparan la atención del grupo (*bertso saioak*, actuaciones culturales, etc.), en otros contextos otra serie de sujetos carismáticos y reconocidos por la comunidad deberán hacer uso de la mencionada delegación social. El prestigio, la fama o el carisma son tan solo algunas de las cualidades que el poeta deberá poseer si desea que su mensaje cuaje en el grupo y adquiera un carácter performativo. No escasean en el contexto sociopolítico vasco, los ejemplos donde sujetos ligados al mundo de la política o la cultura, pero también al deporte o los movimientos sociales, han sido los elegidos para hacer uso de esta delegación social con un claro objetivo político e ideológico orientado a fortalecer la comunidad nacional. En ocasiones éstos cuentan con la ventaja de tener un mayor acceso a los grandes medios de comunicación, a través de los cuales sus mensajes tendrán un mayor recorrido e impacto en el seno de la sociedad.

Bourdieu también señala que la efectividad de la fórmula ritual depende de quien la diga. En opinión de este autor, el lenguaje no tendría un poder performativo intrínseco, ya que es el locutor quien se lo confiere al haber sido éste elegido por la comunidad para comunicar un determinado mensaje o discurso al interior del grupo. El poder del lenguaje performativo reside en su institucionalización, ya que esa característica es extrínseca al lenguaje en sí. Es la institución delegada la que le confiere ese valor a los discursos performativos, debido a que ésta representaría al *deseo* de la comunidad. No debemos obviar sin embargo, que su eficacia depende de la posición social del locutor, ya que el poder que ostenta éste, es un poder investido o delegado. Mientras que Bloch (1992) señala que el lenguaje performativo está presente en la esfera de la religión y la política, Bourdieu (1985) recuerda que éste se encuentra inmerso en una crisis de legitimidad en los campos señalados. Del mismo modo que Bourdieu afirma que la iglesia como institución está perdiendo su capacidad legitimadora, al tiempo que la delegación social no surte los efectos deseados en el seno de la comunidad; Michel Maffesoli (2005) sugiere que la política también está perdiendo su poder performativo debido en parte a que los ciudadanos han dejado de sentirse representados por la clase política, porque asocian más a menudo política y corrupción. La política ha comenzado a perder su poder legitimador y como consecuencia está dejando de ser una institución válida para la resolución de los conflictos en el seno de la comunidad.

Bourdieu (1985) asocia en cierto modo rito y poder, y adopta el concepto de límite y espacio liminal de Victor Turner (1990) y Arnold Van Gennep (2008). El límite es en opinión de Bourdieu, una herramienta ritual de construcción de la jerarquía social, ya que éste crea e instituye *ex ni hilo* esencias sociales, estableciendo diferencias internalizadas que legitiman esa jerarquía. Por otro lado, Bourdieu afirma que gracias a los hábitos conductuales, la sociedad actúa sobre los individuos en cuanto a la incorporación de prácticas corporales, que en realidad suponen técnicas de dominación. Estas estructuras de dominación se interiorizarían por medio de la incorporación de esas técnicas corporales, ya que por lo general éstas se instituyen mediante una serie de pautas transponibles, que orientan el comportamiento de los sujetos adscritos a una determinada comunidad.

La teoría de Bourdieu puede resumirse en una serie de conceptos básicos. En primer lugar los rituales legitimarían un límite arbitrario, consagrando la diferencia y asignando propiedades de naturaleza social de modo que parezcan naturales. Este mismo proceso se pondría en marcha durante la articulación de retóricas identitarias que derivan en la constitución de la alteridad (tanto interna como externa). Esta legitimación social y política se denomina *eficacia simbólica* o *magia social*, ya que la consagración de las diferencias logra transformar a la persona consagrada (sus roles, su estatus y sus funciones en el seno del grupo) y cambiar la percepción que de él tienen el resto de miembros de la comunidad. Para que esta transformación sea posible y efectiva, el individuo objeto de la delegación social deberá ser capaz de articular el mismo lenguaje performativo con el que él ha sido investido. La performatividad ritual consiste en definitiva en la imposición de principios de naturaleza social sobre unos sujetos, allí donde no las hay, quedando socialmente investidos de una nueva esencia social que se percibe como natural. Debemos recordar por último, que la incorporación de las disposiciones adquiridas se hace por medio de prácticas corporales que son parte de la enculturación y que los sujetos tienen previamente internalizadas.

La constitución e institución del poder simbólico se realiza mediante la incorporación de hábitos y actitudes corporales que son la manifestación de una dominación social. Los signos incorporados funcionarán como reguladores del comportamiento en el interior del grupo. La vestimenta, los gestos y movimientos o el lenguaje denotarán la situación social, el rol y las funciones del individuo, ya que se trata de comportamientos estereotipados impuestos consciente e inconscientemente por la sociedad. Las prácticas corporales son el medio mediante el que la sociedad tiene la capacidad de manejar y dominar las conciencias individuales. Por ejemplo, la toga y la maza de un juez son símbolos con un alto valor performativo que el grueso de la sociedad asocia a un poder (judicial) investido por la comunidad ante el que hay que mostrar respeto y sumisión. Los enunciados estereotipados que este emite por otro lado, se

asemejan a los empleados en los ritos religiosos, ya que todos ellos *realizan* lo que dice (“yo os declaro marido y mujer”, “queda condenado a...”, “amén”, etc.). Este mismo lenguaje estereotipado es en ocasiones utilizado por los poetas y por los políticos durante los procesos de construcción nacional que analizábamos con anterioridad.

Bourdieu señala que los rituales¹⁰⁸ legitiman un límite arbitrario que consagra la diferencia de un modo naturalizado. Esta diferencia a la que se refiere el autor, afecta tanto al locutor o poeta como a los destinatarios de su mensaje. Mientras que el poeta adquiere una serie de roles y *poderes* (simbólicos, sociales y políticos) encuadrados dentro de lo que Bourdieu denomina la *magia social*, y que lo convierten en portavoz de la comunidad por voluntad expresa de esta última, los sujetos asociados a la otredad o la alteridad adquirirán (o perderán) también una serie de roles, funciones y derechos pero en un sentido negativo, ya que pueden ser excluidos del grupo e incluso ser eliminados. Este extremo ya lo considerábamos en apartados anteriores donde meditábamos sobre el fenómeno de la violencia como factor determinante en el desarrollo de los movimientos nacionalistas. Indicábamos entonces, que la constitución de la alteridad y la categoría del Otro, es a menudo utilizada para excluir a una serie de sujetos de la comunidad para poder así eliminarlos ritualmente. Hage (1996) también señala que en la lógica nacionalista cabe la estrategia de “domesticación” y “eliminación” del Otro nacional, que es a menudo excluido de la comunidad por medio de justificaciones y pretextos que van más allá de elementos estrictamente culturales, lingüísticos o políticos.

Las lógicas de eliminación del Otro, a menudo se manifiestan en contextos altamente simbólicos y ritualizados. Habitualmente, la víctima encuadrada en la otredad nacional, étnica o religiosa, es eliminada tanto simbólica como físicamente por un sujeto elevado por la comunidad a la categoría de héroe. Éste además cumplirá las mismas funciones del poeta. Por lo general, este proceso se materializa mediante la utilización de un lenguaje altamente ritual y performativo, aunque no siempre puramente verbal. Entre las funciones que este lenguaje ritual lleva a cabo, podríamos destacar aquellas relacionadas con las prácticas corporales mediante las que la sociedad tiene la capacidad de manejar y dominar las conciencias individuales. La obligación de vestirse de un determinado modo (reos encarcelados, prisioneros judíos en los guetos y campos de concentración alemanes, etc.), el infligir marcas corporales físicas (víctimas de flagelaciones o mujeres atacadas con ácido en países como Pakistán, etc.) o

¹⁰⁸ Dentro de los que podríamos situar los *bertso-saioak*, las fiestas populares, los conciertos del denominado *rock radical vasco*, las manifestaciones y actos políticos multitudinarios e incluso las acciones armadas llevadas a cabo por ETA

perpetrar acciones donde las víctimas son heridas, mutiladas o asesinadas por soldados, policía, bandas de delincuentes, cárteles de la droga o grupos armados revolucionarios; pueden ser algunas de las manifestaciones de la violencia que reflejan esa *magia social* de la que Bourdieu (1985) habla y que se manifiesta por medio de prácticas corporales. Las acciones militares de ETA sin ir más lejos, podrían considerarse como un tipo de lenguaje ritual y simbólico que cuenta con un alto poder performativo aunque no siempre verbal (estas acciones ritualizadas representarían a la voluntad política de una parte importante de la comunidad nacional). Joseba Zulaika (1988) recupera la historia de Carlos, un hombre de su Itziar natal, asesinado por ETA en un contexto altamente ritual y simbólico donde éste pasa a formar parte de una alteridad nacional constituida sobre el “desconocimiento” y el exilio interno en el seno de su propia comunidad. En palabras de Zulaika, mientras que Carlos es asociado a la otredad e incluso *animalizado* (al referirse a él antes de ser ejecutado como “txakurra”¹⁰⁹), los activistas encargados de llevar a cabo la acción armada que acabará con su vida, pasan a ser para la comunidad, “héroes patrióticos”.

Carlos fue el único en sobrellevar la condición animal de *txakurra* y la separación de la comunidad. La inhumanidad atribuida a Carlos era una condición para que sus ejecutores se convirtieran en héroes patrióticos. Su muerte venía exigida por la trama política de Itziar. (Ferrandiz y Feixa, 2005: 1008)

La construcción nacional se fundamenta a menudo en la categorización del Otro nacional como alguien a quien culpar de los problemas, rechazar y marginar e incluso “eliminar” (Hage, 1996). El sujeto inscrito en la alteridad nacional, es en definitiva, alguien en quien reflejarse para constituir el Nosotros nacional en contraposición. Este tipo de retóricas de la identidad y discursos dualistas, son más evidentes y visibles en contextos locales donde los sujetos no pueden cobijarse en el anonimato social, ya que se trata de micro-contextos donde habitualmente los miembros de la comunidad se conocen entre sí.

Para que el combate tenga sentido, enemigo y aliado deben defender causas diferentes; para justificar la muerte, el asesino y su víctima han de pertenecer a categorías diferentes; para que la enemistad sea perpetua, el distanciamiento de voluntades y pareceres es condición necesaria. Lo que muestra la historia reciente de Itziar es que la distancia categórica entre dos personas y el desconocimiento de, o la insensibilidad para, las condiciones de vida del otro, pueden darse en el seno tan sumamente íntimo de un pequeño pueblo. La intimidad entre asesino y víctima,

¹⁰⁹ Muchos de los miembros de ETA y de los sujetos que integran o que simpatizan ideológicamente con la Izquierda Abertzale, han utilizado tradicionalmente este término para referirse a los cuerpos de seguridad españoles y a los simpatizantes y colaboradores de éstos. La palabra “txakurra” significa literalmente perro, y de esta manera el Otro es asociado a una categoría animal carente de derechos y de roles humanos por lo que su eliminación resulta legítima y justificable a ojos de la comunidad.

entre héroe y villano, es llamativa en los casos ya mencionados tanto en vida como en la muerte. (Ferrandiz y Feixa, 2005: 108)

Los sujetos elegidos por la comunidad para ejercer la *magia social* mediante discursos y acciones performativas, necesitan contar en palabras de Bourdieu (1985) con una serie de elementos simbólico-rituales que los legitimen como representantes del grupo. La delegación social de la que hablábamos con anterioridad, se materializa mediante la asociación de una serie de elementos rituales y herramientas, con la figura del poeta que hace uso de éstos para escenificar el poder de representación social con el que cuenta. Del mismo modo que la corona y el cetro otorgan al rey un poder simbólico-ritual ante sus súbditos, o la toga y la maza hacen lo propio con el juez que se encuentra ante los asistentes a un juicio; la *txapela* que los *bertsolaris* se enfundan tras lograr imponerse en las *bertso-txapelketak*¹¹⁰, o la que los miembros de ETA utilizan para sus apariciones en público, son también elementos o herramientas que cuentan con un alto valor performativo, simbólico y ritual, capaz de condensar una serie de valores que representan en gran medida a la comunidad de la que forman parte y a la que representan. Las mascararas y capuchas que los miembros de ETA, los jóvenes que participan en la *kale borroka* y la *Ertzaintza* (Policía Autónoma vasca) utilizan, no tienen una finalidad exclusivamente estratégica en el sentido de preservar la identidad (cuando éstos realizan acciones que puedan conllevar represalias de tipo legal o venganzas personales y de la comunidad), sino que buscan en palabras de Begoña Aretxaga (2005), infundir un “terror” contextualizable en la arena de la violencia política vasca. Aretxaga sugiere que mediante el uso de las capuchas y las mascararas, tanto los activistas de la *kale borroka* como la *Ertzaintza* toman parte de una “realidad violenta fantástica” que es ilusoria y resultado de una patología social, donde lo visible se hace “espectral” debido a que el sujeto que actúa de un modo performativo no muestra rasgos humanos al mantener su rostro oculto.

En numerosas ocasiones los miembros de una determinada etnia, grupo, cultura o subcultura, hacen uso de elementos y ornamentos simbólico-rituales para reforzar la identidad y la estructura interna de la comunidad. El uso de mascararas, capuchas y algunas prendas de vestir asociadas a la *kale borroka*, podría entenderse en el contexto político vasco, como un comportamiento ritual orientado al fortalecimiento y reafirmación de la comunidad. Dick Hebdige (1979: 102) señala que ciertas subculturas pueden subvertir el uso de una serie de elementos y prendas convencionales, reposicionándolos y recontextualizándolos, para así crear una serie de nuevos usos ligados a nuevas significaciones de carácter simbólico y cultural. Hebdige retoma algunas de las aportaciones

¹¹⁰ Competiciones donde los *bertsolaris* luchan por llevarse la victoria. En ocasiones ésta es determinada por un jurado y en otras por el propio público.

teóricas de Leví Strauss (1966) y del estructuralismo antropológico, para señalar que las subculturas crean, refuerzan y exhiben su identidad grupal mediante un estilo que se basa en los conceptos de *bricolage* y *homología*. El término *bricolage* se refiere a los procesos en los que una serie de elementos son resituados en un nuevo contexto, adoptando así una nueva significación que buscará una serie de objetivos de carácter comunicativo y discursivo.

En el caso de las subculturas y las reinterpretaciones de objetos y prendas (en cierto modo también aplicables a los estereotipos estilísticos tanto de la *Kale Borroka* como de ETA), se yuxtaponen elementos aparentemente inconexos (Hebdige, 1979) pero que reorganizan sus significaciones de un modo altamente eficiente en un nuevo contexto. En el caso de ETA, la unión de la capucha con la *txapela* tradicional vasca puede parecer una analogía ilógica, sin embargo en el contexto de la lucha política, la reinterpretación y adaptación de los símbolos a este nuevo contexto hace que la unión entre ambos objetos cobre una significación altamente performativa para el grueso de la sociedad (y no solamente para los sujetos inscritos en la comunidad política que los defiende). Incluso para los sujetos ideológica y políticamente opuestos a ETA, esta simbología contará con una serie de valores y significaciones, que aunque fuertemente rechazados, odiados y temidos (Aretxaga, 2005), resultarán profundamente performativos por lo que representan y sobre todo por como lo representan. La asociación entre objetos aparentemente inconexos y su reinterpretación simbólica, está en palabras de Hebdige (1979: 113), estrechamente ligada al concepto de homología acuñado originalmente por Leví Strauss (1966). Hebdige afirma que la homología es el fenómeno mediante el que un determinado grupo crea una unión simbólica entre sus valores y su modo de vida. En opinión de Hebdige tanto el concepto de *bricolage* como el de homología se unen para constituir una asociación simbólica y altamente performativa entre una serie de elementos aparentemente carentes de lógica relacional, pero que debido a una reinterpretación contextual pueden pasar a representar, simbolizar y justificar un determinado comportamiento sociocultural. Las comunidades étnicas, culturales o nacionales, se valen en ocasiones de este tipo de asociaciones simbólicas para expresar un mensaje orientado esencialmente al interior de la comunidad, y fortalecer así el *Nosotros*. No obstante, el mensaje también se orienta hacia fuera, ya que instaurar límites simbólicos respecto al *Otro*, es también esencial para el fortalecimiento interno de la comunidad¹¹¹, así como para el establecimiento de fronteras y límites con el

¹¹¹ En cierto modo podríamos pensar que tanto los activistas de la *Kale Borroka* como los miembros de ETA, hacen uso de una serie de elementos asociados al *bricolage* y a la homología, para desarrollar patrones estéticos y semióticos ligados teóricamente tanto a la delegación social de Bourdieu (1995) como a la estereotipación performativa de Bloch (1998). Éstos estarán orientados a fortalecer la unidad e identidad interna del grupo o comunidad.

exterior. Los poetas nacionales serán aquellos sujetos especialmente diestros en la articulación de retóricas y discursos performativos orientados al fortalecimiento interno del grupo.

El carácter performativo de las herramientas simbólicas y de las acciones asociadas a los sujetos que mediante la delegación social representan a la voluntad de la comunidad en la esfera de lo político y la política, es básico a la hora de mantener y reforzar la unidad ideológica e identitaria del grupo. Mientras que Pierre Bourdieu (1985) señala que la performatividad ritual se manifiesta mediante una delegación o *magia social* que establece fronteras entre sujetos y grupos, o dicho de otro modo, entre el Nosotros y los Otros; Maurice Bloch (1989, 1992 & 1998) afirma que la performatividad del lenguaje ritual se fundamenta en la existencia de una serie de condiciones estructurales como la dramatización ritual. Bloch subraya que las características fundamentales de la performatividad lingüística y ritual serían la formalidad y los estereotipos. También sugiere que existen tres tipos de lenguajes en los procesos rituales. Describe en primer lugar, una oratoria formal que se caracterizaría al igual que muchos de los mítines políticos del presente, por su imprecisión, por su pobreza ritual y sobre todo por su carácter inflexible. El segundo tipo de lenguaje estaría asociado a la entonación y el tercer tipo al canto. Este último se referiría a los lemas, cánticos e himnos aprendidos de memoria por los miembros de una determinada comunidad. El lenguaje crearía en definitiva, un tipo de autoridad que no es cuestionada por los miembros de la comunidad, ya que esta formalización extrema del lenguaje estereotipado, legitimaría la tradición y la cosmología del grupo y además ayudaría a regenerarlas mediante el uso de rituales.

La repetición de lemas y eslóganes políticos, la articulación de himnos nacionales o la realización de pintadas y grafitis políticos en el contexto de la lucha política en Euskal Herria, podrían ser ejemplos perfectamente extrapolables a la teoría de Maurice Bloch sobre rituales y lenguaje performativo. El contexto sociopolítico y la forma en que éstos se articulan, hace que mensajes que de otro modo carecerían de tal significación social, ahora se conviertan en discursos altamente performativos, no solo por quien los articula (*delegación social*), sino por como los articula (*estereotipación*).

En palabras de Jeremy MacClancy (2007), las pintadas o grafitis políticos son el modo mediante el que los activistas transforman un espacio público en un espacio político. Más allá de la esencia individualista de las pintadas de un grafitero neoyorquino, en opinión de MacClancy, los grafitis políticos vascos evocan una *realidad* no exclusivamente individual sino también colectiva. Éste señala que mientras que para un grafitero perteneciente a una determinada subcultura, el hecho de realizar una pintada puede considerarse como un rito de

paso, en el caso vasco este extremo se multiplica exponencialmente, ya que realizar una pintada a favor de ETA podría considerarse como un rito de iniciación llevado a cabo para intentar formar parte del grupo. MacClancy percibe la acción de realizar una pintada política a favor de ETA y de la nación vasca, como un rito de paso tras el que el autor pasará a formar parte de la comunidad política y nacional, ya que éste habrá articulado un mensaje en defensa de la comunidad, arriesgando su propia integridad física y su libertad¹¹². Los himnos nacionales y los eslóganes políticos son también mensajes altamente performativos que se esencializan más si cabe, cuando éstos son articulados por el poeta nacional o por sujetos destinatarios de la delegación social (Bourdieu, 1985).

Existen además una serie de elementos como los *bertsos*, los *bertsopaperak*, los poemas (*Nire aitaren etxea* de Gabriel Aresti, etc.) o las canciones (*Gernikako Arbola* de Iparragirre, etc.), que en ocasiones han pasado a formar parte del imaginario nacional vasco y que serían equiparables en cierto modo por su poder performativo, a manifestaciones socioculturales y políticas mucho más estereotipadas como los himnos y los eslóganes políticos. Estos elementos discursivos y condensadores de la esencia de la comunidad, llegan en ocasiones a convertirse en símbolos condensados, mucho más trascendentales para el grupo que los símbolos meramente referenciales.

Los símbolos son unidades de significación que transmiten información en base a una relación analógica arbitraria y convencional. Las esferas del significante y significado interactúan para que el símbolo adquiera su esencia discursiva y performativa. Los símbolos son arbitrarios porque son capaces de representar cosmovisiones e ideas abstractas mediante objetos tangibles. El carácter arbitrario de los símbolos es esencial para que el poeta y su discurso calen entre los miembros de la comunidad a la que representa. Del mismo modo que para muchos *abertzales* la *txapela* representa una cosmovisión nacional y cultural, para otros muchos la imagen del hacha y la serpiente unidos¹¹³ puede

¹¹² Hacer pintadas a favor de ETA está considerado como apología al terrorismo y castigado con penas de hasta dos años de cárcel como recoge el artículo 578 de la *Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, del Código Penal Español*.

¹¹³ El anagrama de ETA muestra la unión simbólica de un hacha y una serpiente enroscada en torno a ésta. Una noticia publicada el por el diario digital El Correo, recogía la explicación de Mikel Albisu "Antza", acusado de ser el jefe del aparato político de ETA, acerca de este símbolo y su significación real: "Mikel Albisu, 'Antza', explicó ayer al tribunal de París que le juzga junto a otros nueve presuntos etarras el significado del hacha y la serpiente, el anagrama de ETA. «Hay que utilizar la fuerza con inteligencia, no la fuerza bruta», expuso tras puntualizar que la ideología inicial de la organización nacida hace medio siglo no era el marxismo-leninismo". El Correo. (25 de noviembre del 2010). Mikel Albisu, "Antza". *El Correo*. Recuperado de <http://www.elcorreo.com>

representar una amenaza de muerte encarnada por el Otro enemigo, o por el contrario puede representar una opción político-militar orientada a la defensa de la nación vasca. Estas asociaciones arbitrarias realizadas entre objetos tangibles, tienen la virtud de representar social y políticamente elementos, sentimientos y cosmovisiones abstractas o subjetivas de un modo muy eficaz. El poeta tiene la capacidad de crear nuevos símbolos de carácter político y cultural que pasarán a formar parte del imaginario de la comunidad nacional, pero éste también tomará símbolos ya existentes en el seno del grupo para reivindicarlos, reforzarlos o reinterpretarlos. Cuando José María Iparragirre compuso a mediados del siglo XIX la canción “Gernikako Arbola”, éste fue totalmente consciente de que el viejo roble bajo el que los señores feudales juraban los Fueros desde el siglo XIV, contenía un gran valor simbólico y afectivo para los vascos. La canción que defendía la existencia y pervivencia del sistema foral vasco mediante la exaltación de la figura simbólica del roble sito en la Casa de Juntas de Gernika, pasó a formar parte del imaginario nacionalista vasco, llegando con vigencia hasta nuestros días.

El aspecto relacional de la vida social va creando espacios y contenidos de adscripción identitaria que nacen, se desarrollan y desaparecen. Pero la revitalización de estos símbolos está condicionada socialmente. La alteridad no es un mero fenómeno del espíritu tal y como lo plantea A. P. Cohen (1989: 49). Es un proceso social de interacción y de respuesta simbólica a conflictos, a agresiones y, en definitiva, a una creciente conciencia de pérdida de valores emblemáticos. (Martínez, 1999: 43)

Otra de las características de los símbolos es su capacidad de representación, directamente ligada a la simbolización arbitraria que analizábamos con anterioridad. Debido a su carácter convencional, los símbolos se esencializan haciéndose cuasi-naturales, de tal modo que éstos adquieren un notable poder de influencia sobre los sujetos que forman parte de la comunidad, siendo además capaces de estructurar la cosmovisión de ésta. Los convencionalismos sociales son difícilmente erradicables y en ocasiones ni tan siquiera es posible su desaparición tras revoluciones o duras guerras. Tratar de eliminar símbolos mediante el uso de la fuerza, puede producir el efecto contrario al deseado, de tal modo que el símbolo atacado en ocasiones se refuerza, esencializa y dogmatiza. Este extremo se encontraría estrechamente ligado al concepto de violencia constitutiva articulado por Glenn Bowman (2001, 2003) que analizábamos con anterioridad. Los ataques en contra de una determinada comunidad o en contra de su capital etnocultural, así como de sus símbolos, serán percibidos por la comunidad atacada como una amenaza para su supervivencia, pasando a articular ésta una violencia defensiva que entre otras cosas protegerá y reforzará su identidad interna y sobre todo su simbología nacional.

La dura represión que el régimen franquista llevo a cabo en contra de la lengua y la cultura vasca, más allá de eliminarlas despertó una conciencia nacional, cultural y sobre todo lingüística que derivó en el radical aumento del número de hablantes en euskera (sobre todo tras la desaparición de la dictadura). El euskera se convirtió durante la época franquista en un símbolo condensado que representaría a la resistencia y la supervivencia de la nación vasca.

Las *ikastolas*¹¹⁴ desempeñaron un papel crucial en este proceso de resistencia cultural.

Las ikastolas serán un fenómeno singular, no sólo por lo que tiene de específico, en el panorama represor franquista, sino porque su actuación supera el objetivo inicial y se transforma en un elemento clave de la significación del Nosotros colectivo.

La ikastola es un centro de reproducción simbólica de la estructura de comunicación, e institución clave en la cultura vasca, <<con lo que ello supone de densidad relacional en la vida colectiva del grupo que aprende euskera. Las relaciones sociales, estructuradas al signo de transgresión (el euskera), la andereño como institución social, referente cultural, etc. En definitiva, la ikastola (<<los>> de la ikastola) se presentaba como síntesis operativa que realizaba prácticamente la cultura vasca en un momento de fuerte crisis en la definición de esta cultura y su significación social>>. (Gurruchaga, 1985: 259)

El euskera se transforma por lo tanto en un símbolo condensado representativo de una nación vasca amenazada por España y por el régimen franquista. Los poetas y los políticos *abertzales* se valdrían hábilmente de este símbolo ya insertado en el imaginario de los sujetos nacionales, para organizar y promover una serie de eventos de corte cultural y político que fortalecerían la estructura interna y la identidad de la comunidad nacional. Ander Gurruchaga (1985) sostiene que la lengua se constituye en el franquismo en matriz diferencial y en símbolo de resistencia:

La prohibición del euskera va a ser percibida como una agresión directa al considerarlo principal componente diferencial del pueblo vasco, Euskadi se funda por la realidad simbólica de la lengua. La agresión a la matriz lingüística, su prohibición, etc., es interiorizada como una agresión al propio pueblo. La dramatización de la lengua dota a ésta de significatividad, transformándose en representación simbólica de la diferencialidad. (Gurrutxaga, 1985: 394)

¹¹⁴ Centros escolares donde la docencia se imparte principalmente en euskera. Se trata en su mayoría de cooperativas donde los padres son los cooperativistas. Por lo general, éstas son el resultado de una militancia activa en defensa de la lengua vasca. Las primeras ikastolas surgidas durante el periodo franquista se crearon en la clandestinidad, ya que su existencia estaba prohibida y su actividad duramente castigada por el régimen dictatorial.

El euskera pasa de ser una lengua que encuentra cobijo en la esfera de lo privado (ya que ha sido prohibida y humillada por el franquismo), a salir a la arena de lo público y reivindicar un nuevo espacio que democráticamente le pertenece. En este convulso contexto, el euskera se convierte en el arma cultural, política e ideológica que el poeta utilizará para reivindicar la existencia de una nación vasca. La performatividad del euskera no residirá exclusivamente en su carácter diferencial/diferenciador o en la esencia simbólica que el poeta garante de la delegación y la magia social puedan inferirle, sino que ésta lo adquirirá debido en gran medida a que se ha convertido en el símbolo que dará fe de la existencia de una lengua, una cultura y una comunidad nacional vasca, que mediante la resistencia han conseguido sobrevivir a un injusto ataque llevado a cabo por el Otro. La performatividad que el euskera adquiere por el mero hecho de representar simbólicamente la cosmovisión de una comunidad y una cultura nacional que ha hecho frente con éxito a una violencia constitutiva (Bowman, 2001, 2003) ejercida por el régimen franquista, se materializa mediante manifestaciones públicas de carácter cultural y político como la *Korrika*¹¹⁵.

Del mismo que la *Korrika* se convierte en un rito o acción simbólica en defensa del euskera, este último se constituye en un elemento altamente performativo que establecerá límites identitarios de un modo muy efectivo en el seno de la sociedad vasca. Hablar, aprender y defender el euskera en público pasarán a considerarse acciones altamente simbólicas que instaurarán límites entre el Nosotros y el Otro nacional. Ejercer una postura de activismo y defensa respecto al euskera, será considerado como un acto de prestigio orientado a la construcción nacional. Una postura activa a favor de la lengua y de la cultura vasca, otorgará al sujeto en cuestión una posición de reconocimiento en el seno de la comunidad cultural y nacional. Jeremy MacClancy (2007: 28) afirma que ser *abertzale* no es algo que se logre de nacimiento, sino que se consigue mediante una *militancia performativa* activa. Un *abertzale* será aquel sujeto que luche activamente por la defensa de la lengua, la cultura y la nación vasca. En este sentido, los activistas de ETA y otros sujetos que luchan políticamente a favor de la independencia del País Vasco, serán considerados como héroes nacionales por

¹¹⁵ La *Korrika* es una carrera de relevos, a pie, celebrada cada dos años, cuyo protagonista es la lengua. Recorre todo el territorio de Euskal Herria. El testigo, que se pasa de mano en mano, es el símbolo de la lengua. La *Korrika* es un ritual profano, una especie de procesión cuyo santo a transportar es el testigo. La lengua es venerada como símbolo de unidad. Frente al peligro de desaparición de la lengua vasca, este rito es un acto de protección y apoyo. (Martínez, 1999: 40)

la comunidad a la que representan¹¹⁶, y contarán con un poder performativo y discursivo similar al ostentado por el poeta y la delegación social.

La identificación con ETA era afectiva y simbólica y la información se trasladaba por la sociedad del silencio, pero se producía una frontera, simbólicamente construida, que impedía el flujo de información hacia las estructuras oficiales.

El proceso de identificación tenía otra consecuencia: al funcionar ETA como centro afectivo permitía la reproducción de la definición colectiva del Nosotros y, por consiguiente, la tematización de la realidad vasca como diferencial, respecto a la imagen segregada desde las agencias de socialización central. En este sentido, la pertenencia a los espacios del silencio y la identificación con ETA representaba la garantía de compartir un código, pero a la vez de negar el otro, lo cual era indicio de transgresión, y la transgresión se transformaba en elemento aglutinador. Por ello mismo, situaciones (cárcel, exilio, etc.) consideradas <<mal vistas>> socialmente en otras circunstancias son definidas como signos de distinción y encubramiento para los agentes portadores. Así se explica, sobre todo en el postfranquismo, el recibimiento en sus pueblos de origen a los presos vascos, las continuas campañas pro-amnistía, la ayuda prestada por las personas individuales y organizaciones a los presos, etc. (Gurruchaga, 1985: 248)

Es por ello que en ciertas ocasiones los miembros de ETA pueden ser los destinatarios de una delegación social (Bourdieu, 1985) que los equiparará ideológica y afectivamente al poeta nacional. En este contexto ritualizado sus acciones resultan altamente performativas, siendo justificadas, defendidas y enaltecidas por la comunidad a la que representan. En cierto modo el activista de ETA se convierte en la encarnación simbólica del deseo nacional de la comunidad a la que pertenece.

Lo que está por detrás es la consideración del preso como héroe y representante de la sociedad del silencio, que establece sus canales de comunicación hasta en los lugares más apartados. En este sentido, los agentes sociales se representan colectivamente en aquellos sujetos oficialmente estigmatizados. (Gurruchaga, 1985: 249)

Los símbolos pueden convertirse en instrumentos de poder sobre todo en la arena de lo religioso y de lo político. Ese poder radica en parte en otra de las características del símbolo; la analogía. Los símbolos representan otro objeto o *realidad* mediante una relación analógica.

¹¹⁶ El apoyo a ETA ha variado considerablemente desde su nacimiento a mediados del siglo XX hasta nuestros días. Si bien durante la época franquista contaba con el reconocimiento de una gran parte de la población *abertzale*, con el paso del tiempo ese apoyo fue menguando hasta contar tan solo con el reconocimiento de una parte de la población mucho más localizada políticamente y limitada en número.

En palabras de Raimond Firth (1973), el símbolo es una herramienta de gran valor instrumental que se compone de cuatro facetas. El símbolo es un instrumento de expresión (aspecto estético), de comunicación (aspecto funcional), de conocimiento (aspecto cognitivo) y de control (aspecto político). El símbolo es por lo tanto una herramienta que sirve para estructurar una determinada cosmovisión en el seno de la comunidad, para darla a conocer y para apropiarse de ella y por extensión para acceder al poder político. Los aspectos cognitivos y políticos del símbolo están estrechamente ligados, ya que la cohesión social se fundamenta en gran medida en los procesos rituales que reconstruyen la esencia social y que priman el reconocimiento de lo arcano (los mitos y los orígenes). El símbolo es especialmente valioso en la esfera de la política y de la religión, ya que éste orienta eficazmente el comportamiento de los individuos. El poeta nacional deberá hacer un correcto uso de los símbolos para que su mensaje resulte performativo en el seno de la comunidad nacional a la que representa.

Los lemas políticos, ciertas canciones y poemas, o los himnos y banderas nacionales, pasan a formar parte de la dialéctica nacionalista del poeta que hace uso de este tipo de símbolos condensados para emitir eficazmente su retórica sobre identidad. La performatividad del discurso del poeta se fundamentará en el uso apropiado tanto de la delegación social (Bourdieu, 1985), como de los estereotipos rituales (Bloch, 1989) y de los símbolos condensados que representan a la sociedad. Los símbolos condensados aparecerán especialmente en determinados rituales como las fiestas nacionales y los actos en defensa de la comunidad nacional, así como en ceremonias de carácter religioso. Su principal función será la de condensar valores, sentimientos y obligaciones. Los símbolos condensados como las banderas o los himnos nacionales, se encuentran tan llenos de afectos que se convierten en obligaciones morales para los miembros de la comunidad. Éstos son capaces de orientar el comportamiento de los miembros del grupo, por lo que se convierten en una herramienta de poder que los poetas nacionales y los políticos a menudo utilizan para lograr sus fines ideológicos. Tan solo deberíamos recordar las palabras de Renan, uno de los grandes ideólogos del nacionalismo, para percatarnos de la importancia de los símbolos (y del mito nacional) y su poder para orientar moral y afectivamente las acciones de los sujetos inscritos en la comunidad nacional.

En el pasado, una herencia de gloria y de pesares que compartir; en el porvenir, un mismo programa que realizar; haber sufrido, gozado, esperado juntos, he ahí lo que vale más que aduanas comunes y fronteras conformes a ideas estratégicas; he ahí lo que se comprende a pesar de las diversidades de raza y de lengua. Yo decía anteriormente: “haber sufrido juntos”; sí, el sufrimiento en común une más que el gozo. En lo tocante a los recuerdos nacionales, los duelos valen más que los triunfos; porque imponen deberes; piden el esfuerzo en común. (Renan, 1988: 83)

En opinión de Ander Gurruchaga (1985), los autores, ideólogos y políticos nacionalistas se sirvieron hábilmente del complejo entramado narrativo histórico y mitológico vasco, para construir un discurso nacionalista, que parafraseando a Renan, serviría para recordar un pasado nacional común que conformaría el pegamento social del presente.

Si la socialización afectiva y simbólica se produce en el ambiente familiar nacionalista, los individuos, socializados en ese ambiente, tratarán de recuperar el discurso nacionalista, aunque la fundamentación de su discurso se basará en postulados ya clásicos dentro del marco nacionalista. En este sentido, por ejemplo, la suñción de la historia vasca se hace desde la producción teórica de autores nacionalistas de la preguerra, <<los cuales mantienen sin excepción los diversos dogmas históricos o mitos enraizados en la mente popular vasca y utilizados por el nacionalismo histórico como cobertura a sus posiciones ideológicas>>. (Gurruchaga, 1985: 239)

La performatividad del lenguaje y la de ciertos símbolos condensados, es un aspecto no solamente apreciable en la esfera nacional, sino que también estaría presente a nivel internacional. Liu Yongtao (2010) sostiene que las políticas de (in)seguridad percibidas como objetivas y naturales, son en realidad constructos sociales, políticos y discursivos constituidos e interpretados por los Estados-nacionales. Yongtao sugiere que los discursos y las significaciones que los políticos articulan, están detrás de los conflictos entre naciones. Éstos utilizarán instrumentalmente el lenguaje performativo para reconstruir socialmente ciertas *realidades* y cosmovisiones orientadas a la consecución sus propios intereses políticos. Esta misma estrategia discursiva internacional de la que habla Yongtao, estaría también presente en el seno de las comunidades nacionales (con y sin Estado) que presentan al Otro como contraposición del deseo nacional de la comunidad. En opinión de Yongtao la *realidad* no es neutral, ya que ésta es redefinida mediante procesos lingüísticos relacionados con la performatividad del lenguaje político que estarían influenciados por los diversos eventos históricos, sociales y culturales. En este sentido, el lenguaje no solo representaría significaciones, sino que también las produciría y reproduciría. Estaríamos ante un sistema simbólico por un lado, y ante una forma de control y poder social por otro. En palabras de Yongtao el lenguaje es capaz de constituir actos sociales y *realidades* orientados a instaurar relaciones de poder entre grupos y naciones.

Los poetas y los líderes carismáticos nacionales, ostentan un poder político, moral y movilizador que está estrechamente ligado al uso del lenguaje. Michael Foucault (1995: 194) interpreta que el discurso puede ser regulado y que mediante el objeto de conocimiento y la *verdad*, se podrían constituir relaciones de poder entre los miembros de una misma comunidad. Por extensión, el discurso político podría también ser controlado e incluso manipulado en un contexto de

relaciones de poder. El poder o delegación social que ostenta el poeta¹¹⁷, determina que puede ser y que no puede ser dicho en determinados contextos, pero también regula donde puede y donde no puede ser dicho. Yongtao (2010: 91) también incide en el hecho de que un discurso gestado en el contexto de las relaciones de poder, puede ayudar a construir y mantener un orden social que paralelamente incidirá tanto en la cohesión como en la fuerza interna de la comunidad nacional. En esta misma línea, debemos recordar las palabras de Pierre Bourdieu (1991: 170), quien señala que el poder performativo del lenguaje no podría entenderse simplemente desde una perspectiva lingüística, ya que éste debe ser contextualizado junto con la relación particular existente entre aquellos que exhortan el poder y aquellos que lo obedecen.

En definitiva, el poeta tiene la virtud de establecer relaciones de poder mediante el uso de un lenguaje performativo que se caracteriza tanto por la delegación social (Bourdieu, 1991, 1995), como por los estereotipos lingüísticos (Bloch, 1989), así como por el poder coercitivo y movilizador de los símbolos condensados. Este poder performativo puede ser orientado al logro de diversos fines (religiosos, culturales, políticos, etc.), aunque en el presente estudio nos hemos centrado exclusivamente en aquellos que buscan la constitución y fortalecimiento de la comunidad nacional.

¹¹⁷ Recordando que el poeta es en este estudio un concepto o categoría que hace alusión tanto al poeta en sí, como al sujeto carismático que ostenta el poder moral, político y movilizador en el seno de una determinada comunidad.

7.2.2) Lenguaje y construcción nacional

En cierto modo el nacionalismo puede entenderse como un proceso discursivo orientado a la consecución de una serie de objetivos beneficiosos para una determinada comunidad. Comentábamos en apartados previos que las comunidades políticas buscan la obtención de un canon nacional del que otras comunidades ya disfrutaban, debido a que se trata de un modelo estandarizado capaz de ofrecer una serie de ventajas de carácter ideológico, político, cultural o simplemente estratégico ante las comunidades vecinas y habitualmente rivales. Gracias a la figura del poeta nacional, las comunidades políticas son capaces de reproducir mensajes orientados al fortalecimiento moral e ideológico de la comunidad. La cohesión interna del grupo está directamente ligada a su constitución como nación, y es por ello que el poeta se afana en crear discursos y retóricas que unan a los sujetos adscritos a la comunidad mediante la creación y defensa de símbolos condensados como los mitos, los himnos o las lenguas nacionales. Conocer, defender, venerar o reproducir estos símbolos nacionales, puede marcar la diferencia entre pertenecer al Nosotros o al Otro nacional. Con la globalización y el consiguiente mestizaje cultural, los nacionalismos basados en la raza se han debilitado debido al creciente interculturalismo que las sociedades modernas han experimentado, cediendo su lugar a un nacionalismo que aunque aun etnocéntrico, otorga un mayor valor a los hechos culturales que a los raciales.

El legado moral, político e ideológico del poeta nacional, puede derivar en la fundamentación de una idea nacional que simbólicamente incluya o excluya a sujetos del grupo. En este tipo de contextos sociopolíticos surgen conceptos como la patria, que simbólicamente representa a la comunidad que ella misma cobija. Ghassan Hage (1995) hace hincapié en los conceptos de *matria* y *patria* como elementos que toda nación posee. Mientras que la *matria* se asocia a la maternidad y a la protección, al calor o a la seguridad emocional, la *patria* o suelo patrio se refiere a aspectos ligados a la ley y el orden. Hage sugiere que las normas y leyes asociadas a la patria parecen surgir desde arriba, impuestas mediante un deseo grupal. Este deseo derivaría en una construcción nacional que necesitaría de un Otro como elemento al que contraponerse. El imaginario e ideario nacional que el poeta proyecta hacia sus seguidores mediante el uso de simbologías y discursos performativos, se manifiesta mediante la constitución del Nosotros colectivo opuesto a la alteridad nacional. Hage (1995) afirma que los sujetos nacionales no preceden al imaginario nacional, sino que el proceso ocurriría a la inversa. Éste, también incide en el hecho de que el sujeto nacional es el producto de un lenguaje nacional. Se trataría de un lenguaje, que en nuestra opinión sería conscientemente articulado por los poetas nacionales. Los sujetos nacionales tan solo deberían asumir en este sentido, una serie de nociones ideológicas y políticas, y situarse de este modo en el seno de un imaginario nacional que ha sido social e históricamente creado. Durante este tipo de procesos

no solo se da una construcción de la nación, sino que los sujetos nacionales también serán insertos en un constante proceso de reconfiguración de su propio rol como “constructores nacionales” (Hage, 1995: 478). Hage también afirma que el reconocimiento nacional es el elemento más importante para los sujetos nacionalistas, ya que éste los legitimaría en los procesos de construcción nacional que llevan a cabo.

Hage (1985) sugiere que durante los procesos nacionalistas se exhorta constantemente de un modo simbólico a la dominación e incluso a la *exterminación* de la otredad nacional. El Nosotros nacional que el poeta anhela y al que alude directamente mediante su retórica nacionalista, establece sus bases ideológicas e identitarias tomando como punto de referencia una otredad étnica, cultural o nacional. Deberíamos recordar llegados a este punto, el carácter racial y reactivo del primer nacionalismo vasco articulado por los hermanos Arana, mediante el cual se constataba la existencia de un imaginario nacionalista que presentaba a los españoles como sujetos ritualmente contaminados, moral y culturalmente impuros, y sobre todo como una amenaza para la supervivencia de la lengua y cultura vasca. No debemos olvidar sin embargo, que la esencia etnocentrista del nacionalismo vasco es un aspecto manifiesto en el resto de movimientos nacionalistas de la época.

La continua alusión mediante retóricas dualistas a la inferioridad, peligrosidad e impureza de la otredad nacional, ayudó en la creación y fundamentación de un mito nacional vasco que cohesionaría más aun la comunidad nacional. Los actores políticos se tornarían consecuentemente en sujetos nacionalistas que tomarían una serie de posiciones y de roles en el seno de un imaginario y una estructura nacional, creada previamente por los poetas nacionales. La labor política e ideológica tanto de los poetas, como de los líderes carismáticos como Iparraguirre o Sabino Arana, posibilitó el surgimiento del nacionalismo vasco a finales del siglo XIX. Un nacionalismo éste, que ha perdurado hasta nuestros días.

7.3) La articulación ideológica e institucional de la nación vasca

Resulta complicado datar objetivamente el nacimiento de la comunidad política vasca, a pesar de contar con diversos datos de carácter histórico que ayudarían en esa tarea. La interpretación de estos datos es a menudo poco rigurosa, polémica e incluso manipulada en pos de la obtención de una serie de objetivos políticos.

Algunos historiadores niegan la existencia de la nación vasca como tal, otros sin embargo la asocian al Reino de Navarra donde la *lingua navarrorum* (el Euskera) era el buque insignia de una poderosa comunidad política y etnocultural. En ciertas ocasiones también se alude a la existencia de sistemas forales como los de las Encartaciones, las cofradías en Araba, o la proliferación de cartas pueblas a partir del Siglo XII, que darían fe de la existencia de un sistema político previo al de los Fueros vascos. En el presente se tiende a identificar nacionalismo vasco con la figura de Sabino Arana, aunque como señalábamos anteriormente sería además necesario prestar atención a otra serie de datos histórico y culturales que darían fe de una posible *realidad* nacional previa.

Tanto Gibbons como Hobsbawm enfatizan el papel de Sabino Arana, y en verdad es merecido este reconocimiento, pues “la fundación del nacionalismo vasco se le puede atribuir casi por entero”. Él inventó el término Euzkadi, no como el sinónimo de una entidad geográfica, como era el País Vasco, sino en el sentido de una comunidad colectiva (“racial”, en el lenguaje de la época) con un ‘plan político’; y esto era lo fundamental. (Filipi, 2007: 404)

Tanto el excelso patrimonio mitológico, histórico y simbólico-cultural, como el literario, representado por autores tan lejanos en el tiempo como Bernart Etxepare, Joanes Leizarraga o Pedro Axular, certificarían la existencia de esa *realidad* identitaria proto-nacional a la que nos referíamos previamente. Debemos tener en cuenta por otro lado, que las estructuras sociales, políticas y organizativas de los seres humanos no son estáticas y se encuentran inmersas en un continuo cambio. Partiendo del hecho de que el nacionalismo moderno es un fenómeno sociopolítico que cuenta con poco más de dos siglos de edad, parecería poco apropiado intentar analizar estructuras tan remotas en el tiempo mediante categorías y conceptos mucho más recientes, y a menudo imposibles de equiparar y asimilar. Ese salto temporal del que hablamos existe incluso entre personajes tan próximos en el tiempo como José María Iparraguirre y Sabino Arana, siendo considerado por muchos este último, un verdadero pionero de su propio tiempo y sociedad, a pesar de que el primero establecería en cierto modo las bases simbólico-ideológicas de las que Arana se serviría hábilmente para articular un movimiento nacionalista vasco a finales del siglo XIX y principios del XX. También deberíamos recordar la ardua tarea que los diversos autores literarios,

cronistas, periodistas y políticos de la época llevaron a cabo para que la identidad cultural en un principio, y posteriormente la nacional, irrumpieran en la arena de la política vasca de un modo tan efectivo.

A partir de la fundación en 1894 del Partido Nacionalista Vasco y sobre todo tras los buenos resultados electorales cosechados en las elecciones municipales de 1917 y 1919, el rol del nacionalismo institucional cobra una especial relevancia en la arena de la política vasca.

Durante el periodo dictatorial del Capitán General Miguel Primo de Rivera entre los años 1923 y 1930, las diversas instituciones democráticas del Estado español fueron ilegalizadas por la fuerza, y el nacionalismo vasco sufrió directamente las consecuencias. El golpe de Estado protagonizado por el General Francisco Franco en 1936, también conculcó los derechos democráticos e impidió la existencia de cualquier institución alternativa al franquismo y a la dictadura falangista hasta la muerte del dictador en 1975¹¹⁸. El régimen falangista fue además especialmente duro con el nacionalismo vasco y con el capital etnocultural que se asociaba a éste, intentando eliminar ambos a toda costa.

Con todo ello, el nacionalismo institucional vasco se mantuvo activo desde el exilio, primero encarnado en la figura del *lehendakari*¹¹⁹ José Antonio Agirre y posteriormente mediante la articulación de diversas estructuras políticas y diplomáticas representadas en gran medida por la diáspora vasca.

Podríamos sugerir que por lo general, los diversos *lehendakaris* y Gobiernos vascos (a excepción de los no-*abertzales*), se han afanado en la articulación de discursos y estrategias políticas orientadas a la legitimación y reafirmación del movimiento nacionalista vasco. Existe no obstante, una interpretación profundamente diferente proveniente de sectores del nacionalismo vasco de izquierda. Éstos estarían enfrentados históricamente al nacionalismo tradicional del PNV, al que acusan de connivencia con las políticas asimilacionistas del Estado español. La izquierda abertzale ha acusado tradicionalmente al Partido Nacionalista Vasco de ser un partido autonomista y no independentista, además de haber evitado institucionalmente la emancipación nacional de Euskadi.

Brown (2000) sugiere que el nacionalismo vasco se fracciona entre los 70 y los primeros 90 debido a que no es capaz de dar una respuesta satisfactoria a la crisis económica y a los prolegómenos de la transición. Brown señala además, que

¹¹⁸ A pesar de todo hasta el 15 de junio de 1977 no se celebraron las primeras elecciones democráticas. La denominada transición española por otro lado, no concluyó hasta 1982.

¹¹⁹ Nombre con el que se llama al presidente del Gobierno Vasco.

tras la dura crisis económica de 1973, las dos vertientes del nacionalismo vasco dan respuestas diferentes a las causas del problema. Mientras que el nacionalismo cívico de la izquierda abertzale achaca el problema a la oligarquía y al capitalismo español, el nacionalismo etnocultural representado por el PNV lo atribuye a una excesiva presión migratoria proveniente de España. Mientras que para los primeros, los trabajadores migrantes son compañeros oprimidos, para los segundos, éstos representan en palabras de Brown, a la otredad etnocultural que amenaza a la comunidad local. No obstante, en la década de los 90 las diferentes tendencias nacionalistas comenzaron a converger en una Comunidad Autónoma Vasca que proporciona un marco institucional adecuado para la promoción del progreso cultural y del desarrollo de una autonomía cívica. Este hecho derivó con el tiempo en la superación del nacionalismo de base reactiva.

Los reproches entre ambos sectores del nacionalismo vasco han sido constantes debido probablemente a que lo que está en juego es la hegemonía en el seno del propio movimiento. Sin embargo, los diversos acuerdos logrados conjuntamente por ambos, tales como el pacto de Lizarra-Garazi, han originado en el seno de los partidos estatales un claro rechazo.

El pacto de Lizarra-Garazi inicia la apertura de un nuevo marco de relaciones sociales y políticas en Euskal Herria, bien definido por F. Letamendia como "piedra angular de la futura construcción vasca": <<Hoy, los vascos estamos de enhorabuena. Múltiples iniciativas que se habían venido sucediendo en los últimos cinco años en el seno de la sociedad civil vasca –la cultura de consenso promovida por Elkarrri y la convergencia de los grupos pacifistas de ambos bandos a partir de Maroño; las propuestas de mediación de la Iglesia vasca; la unidad de acción de ELA-LAB y posteriormente de EHNE, con una apuesta decidida de la mayoría sindical a favor de la solución del conflicto– convergieron en una gran ola de fondo cuyo momento inicial de formación puede fecharse en el acto de ELA en Gernika de septiembre del año pasado. Tras algunas vacilaciones iniciales, el impulso de esta ola pasó a la sociedad civil, a la política. Su doble fruto lo tenemos a la vista: el pacto del 12-S, piedra angular de la futura construcción nacional vasca, y respondiendo a las demandas de los firmantes con una celeridad que nos ha maravillado a muchos, la declaración de ETA del 16-S de tregua indefinida>> (Martínez, 1999: 109)

Se da en este momento una respuesta conjunta desde el nacionalismo vasco ante la persecución política y judicial que sufre Herri Batasuna (Izquierda abertzale) a finales de la década de los 90. Surgen entonces dos frentes nacionalistas enfrentados, por una parte el español y por otra el vasco, ambos con proyectos políticos profundamente dispares.

Ante el peligro de instauración de un frente abertzale, los partidos nacionalistas españoles habrían contraatacado proponiendo un acto de acatamiento a la esencia del españolismo, es decir, a la constitución española.

Hay que recordar que el pueblo vasco rechazó hace veinte años tal constitución por no reconocer el derecho de autodeterminación de los pueblos que componen *su territorio*. (Martínez, 1999: 104)

A pesar de las profundas diferencias y de las duras confrontaciones de carácter ideológico y discursivo existente entre las dos grandes facciones del movimiento *abertzale*, el rol de ambas en el desarrollo y consolidación del nacionalismo vasco ha sido incuestionable. Esa labor habría sido especialmente manifiesta en una serie de eventos que presentaremos a continuación.

Desde que el 7 de octubre de 1936 con la sublevación falangista recién comenzada, José Antonio Aguirre y Lecube fuera nombrado en Gernika primer lehendakari de la historia del Gobierno Vasco, los esfuerzos del nacionalismo institucional vasco por legitimar cultural, social, política y diplomáticamente la nación vasca han sido constantes y cuantiosos.

Aguirre huiría a Francia tras la derrota sufrida ante las tropas franquistas. Éste mantendrá el Gobierno Vasco en el exilio de París hasta 1940. Tras la invasión nazi de Francia, huye hacia Bélgica y mediante la elaboración de un complicado plan para escapar de la Gestapo, viaja desde Dunquerque a Bruselas, pasando por Berlín, con una identidad falsa panameña, y desde allí se dirige a Suecia, donde embarca finalmente rumbo a América. Aún bajo identidad falsa, permanecerá varios meses en Brasil y Uruguay, hasta que el Gobierno de los Estados Unidos le autoriza a residir legalmente en su país. Tras la derrota de las fuerzas alemanas, regresa a Francia en 1946 y constituye nuevamente el Gobierno Vasco. Finalmente, el 22 de marzo de 1960 Aguirre fallece. Durante toda su vida, el primer *lehendakari* electo intentó infructuosamente desarrollar una serie de alianzas diplomática con las grandes democracias del momento (Inglaterra, Estados Unidos, etc.). Éstas sin embargo no fructificaron debido en parte a que España a pesar de estar sumida en una dictadura fascista, representaba una valiosa posición estratégica para las potencias occidentales en plena guerra fría.

La reestructuración del Gobierno Vasco, sus buenas relaciones con las potencias occidentales, especialmente con los EE.UU., no dejan ver la dependencia casi absoluta de las democracias europeas para cumplir su objetivo. Las consecuencias no tardarán mucho tiempo en producirse: la guerra fría y las mutaciones de la realidad interna harán fracasar la estrategia occidentalista, y con ella llegará la crisis del nacionalismo tradicional. (Gurruchaga, 1985: 178)

A pesar de que la labor política no alcanzó los objetivos deseados, gracias al trabajo desarrollado por las diversas organizaciones socioculturales en el exilio,

se logró salvaguardar gran parte del capital etnocultural gravemente amenazado por la dura represión falangista.

Las *euskal-etxeak*¹²⁰ distribuidas por todo el planeta, pero principalmente aquellas situadas en el continente americano, se tornaron en el referente cultural de una identidad vasca atacada, prohibida y marginada en su propio lugar de origen, Euskal Herria. En cierto modo, las *euskal-etxeak* lograron llenar el vacío institucional y cultural derivado de la represión franquista.

Quizá la mayor aportación del mundo del exilio sea el mantenimiento de un centro simbólico, en el cual se representa colectivamente la legitimidad de un código de funcionamiento social, imagen externa formalmente e interna como interiorización y mantenimiento de una realidad simbólica, que permite a los actores de la sociedad vasca reciclar su memoria colectiva y recuperar en sus espacios íntimos el sentido social de su propia realidad. (Gurruchaga, 1985: 188)

Sin embargo, también en Euskadi se logró salvaguardar la cultura y la lengua vasca por medio de lo que Ander Gurruchaga (1985) denomina “la sociedad del silencio”, a pesar de que éstas habían sido eliminadas de la arena de lo público.

Parece evidente que en una situación donde el poder tiene por sola función decretar lo que es legal e ilegal, donde sus efectos se limitan a la represión y desorganización de todo foco autónomo de socialización, no puede existir un espacio público. La prohibición de expresión pública de los códigos de funcionamiento social genera un desplazamiento de la intervención y comunicación hacia esferas profundas de la sociedad. En esta situación la integración social revierte a las esferas intersubjetivas, íntimas y el proceso de socialización sigue cauces transgresores, generando el sentido social por medio de una estructura de comunicación creada en el proceso mismo de transgresión. (Gurruchaga, 1985: 168)

A pesar de los duros esfuerzos realizados por la comunidad vasca en el exilio durante la dictadura franquista, los verdaderos gestos institucionales que podríamos considerar como altamente *performativos*, no surgen con claridad

¹²⁰ Las *euskal etxeak* son centros culturales vascos dispersos por todo el planeta, que conforman la columna vertebral de la diáspora vasca. Durante las últimas décadas los gobernantes vascos se han esforzado en inferirles un mayor protagonismo y participación política. La mayoría se encuentran situadas a lo largo y ancho del continente americano, a pesar de que también existen centros en el continente europeo e incluso en el asiático. Éstas fueron creadas por los inmigrantes vascos y resultaron fundamentales en su labor por preservar el capital etnocultural durante el franquismo, además de ayudar logísticamente a los miles de exiliados que huían de la dictadura falangista. Hoy en día continua siendo muy activa su producción cultural, existiendo incluso en Reno (Estados Unidos) uno de los más importantes centros sobre estudios vascos del mundo.

hasta la constitución de un marco político vasco oficial en pleno post-franquismo. La transición española trae consigo la legalización de los partidos de carácter estatal, pero también la de aquellos ligados a los nacionalismos periféricos que en tiempos pretéritos fueron duramente perseguidos y reprimidos. El surgimiento del autogobierno vasco podría ser considerado en este sentido como uno de los momentos constitutivos del nacionalismo institucional y de toda la simbología que de él se deriva. En 1979 se aprueba el Estatuto de Autonomía cuyo primer artículo especifica que;

El Pueblo Vasco o Euskal Herria, como expresión de su nacionalidad, y para acceder a su autogobierno, se constituye en Comunidad Autónoma dentro del Estado español bajo la denominación de Euskadi o País Vasco, de acuerdo con la Constitución y con el presente Estatuto, que es su norma institucional básica¹²¹.

Este autogobierno será liderado por el *lehendakari*, figura cuyos gestos políticos en democracia han sido altamente *performativos*, sobre todo durante los procesos constitutivos del movimiento nacionalista moderno. El *lehendakari* es en definitiva, un sujeto elegido por la comunidad que al igual que el poeta hace uso del lenguaje performativo para representar simbólicamente a la nación, y ayudar así a su fortalecimiento tanto político como ideológico. Se produciría aquí, la delegación social que Pierre Bourdieu (1985) asocia a los procesos constitutivos y ritualizados que las diversas comunidades llevan a cabo.

Resulta también necesario precisar que muchos de los discursos, acciones, normas, leyes o acuerdos articulados por los líderes políticos, y especialmente aquellos respaldados por el *lehendakari*, se han convertido en mensajes altamente performativos para una gran parte de la sociedad vasca, ya que éstos propiciarían el surgimiento de un proceso constitutivo nacional orientado a plasmar los *deseos* políticos de muchos de los actores afectados por el conflicto vasco. El Estatuto de autonomía o Estatuto de Gernika firmado en 1979, sería uno de esos acuerdos ligados al uso de discursos y retóricas performativas, que sin embargo en el presente habría perdido parte de su valor político y simbólico ante la constante negativa del Estado español por cumplirlo íntegramente. Por otro lado, un gran número de *abertzales* (sobre todo aquellos ligados política e ideológicamente a la Izquierda Abertzale) lo tacharán de insuficiente e históricamente superado. Este Estatuto se distingue de la mayoría de los estatutos de las autonomías españolas por el hecho de que la autonomía vasca se considera una actualización del régimen foral¹²² de las tres provincias vascas en el marco de la Constitución Española. Euskadi además de mantener las

¹²¹ Gobierno Vasco. (1979). *El Estatuto de Autonomía*. Recuperado de <http://www.euskadi.eus>

¹²² Régimen foral derogado por los liberales tras la victoria de estos ante los carlistas en 1876.

competencias sobre educación, cuenta con un procedimiento de financiación exclusivo basado en la actualización de los conciertos económicos establecidos tras la abolición de los Fueros en 1876. El concierto económico ha sido uno de los grandes baluartes de los diversos Gobiernos Vascos de la democracia, ya que éste ha sido tradicionalmente un elemento de gran valor político e ideológico a la hora de articular retóricas nacionalistas. Éstas incidirían principalmente en los beneficios de contar con una independencia económica, no obstante también se aludiría a su carácter histórico y jurídico diferencial.

La existencia de un cuerpo de policía propio y dependiente en exclusividad del Gobierno Vasco, podría considerarse también como un símbolo nacional constitutivo. A pesar de la permanencia de los cuerpos policiales y militares españoles en tierras vascas, el establecimiento de una policía autonómica, la *Ertzaintza*, aplacó en cierto modo las demandas de muchos de los ciudadanos vascos que reivindicaban la expulsión de unas fuerzas policiales y militares estatales, ligadas a la represión político-cultural llevada a cabo en tiempos pretéritos por el régimen franquista. No obstante, el devenir del conflicto político y armado hizo que la policía autonómica vasca fuera considerada como traidora por un importante sector de la población local. Josetxu Martínez (1999:100) sugiere además que desde posturas cercanas a la prensa estatal y al nacionalismo español, se aplaude la confrontación entre policía autonómica y ETA.

En este sentido es especialmente relevante el papel que la prensa y los medios de comunicación, especialmente los de ámbito estatal, con sede en Madrid, están cumpliendo en cuanto a criminalizadores de lo vasco, papel que llega a considerar cualquier acción contra ETA o sus posibles comandos como una acción de guerra en contra de la *barbarie*, el *fanatismo* y la *esquizofrenia*. Ante la acción de Ertzaintza en Gernika que causó la muerte de Ina Zeberio, el ABC señalaba que <<nos encontramos ante uno de los más brillantes y redondos éxitos alcanzados por la policía autónoma vasca en la lucha antiterrorista [...] a costa del riesgo y sacrificio de sus agentes, la Ertzaintza nos ha reconciliado con el gobierno regional al que sirve>>. ABC se lamentaba por último de que <<desgraciadamente hay que deplorar que un Ertzaintza resultase herido en el enfrentamiento>>. (EGIN, 10/6/98: 10)

Como defensor a ultranza de la Ertzaintza, el PNV se encontraría en una posición de enfrentamiento constante con la IA, ya que esta última consideraría a la Policía Autonómica vasca como un cuerpo policial a las órdenes del ideario político e ideológico del Estado español. No obstante, y debido en gran medida a la existencia de momentos de confrontación especialmente duros entre el nacionalismo español y el vasco, surgen ocasionalmente una serie de acuerdos políticos entre las fuerzas abertzales que buscarán la consecución de una serie de procesos constitutivos nacionales.

Además de las instituciones y de los acuerdos articulados por el nacionalismo vasco oficial tras el fin del régimen franquista, existen una serie de actos constitutivos articulados por los diversos partidos y colectivos, que contaron con un notable valor simbólico y *performativo* para que el nacionalismo y la nación vasca se consolidasen en el imaginario de una gran parte de la sociedad. Estos procesos asociativos se incrementarían cada vez que el nacionalismo vasco se siente atacado y percibe que su capital etnosimbólico es también objeto de una serie de ataques injustificados. Este hecho estaría en cierto modo ligado tanto al carácter asociativo derivado de la existencia de una violencia constitutiva exterior vista por la comunidad como peligrosa (Bowman, 2001, 2003), como a las estrategias asociativas llevadas a cabo por las sociedades segmentarias que también se unirían para luchar contra un enemigo común (Evans-Pritchard 1940).

A finales de la década de los 90 el nacionalismo vasco comienza a reforzarse ante los constantes ataques centralistas articulados desde un Gobierno Español liderado por el Partido Popular, que asocia la cultura vasca y el nacionalismo vasco en su conjunto, al conflicto armado y lo tacha de antidemocrático para así desvirtuarlo ante la opinión pública y afianzar la fidelidad de su propio electorado (tanto en España como en Euskadi). Observábamos en apartados anteriores que los discursos dualistas tienen una clara finalidad política que busca afianzar la identidad de la comunidad nacional, constituyendo un Nosotros *democrático* opuesto a un Otro *irracional y peligroso*.

El fondo de la cuestión está en la incapacidad de un estado *democrático* para resolver el conflicto creado por la existencia de sentimientos nacionales distintos al oficial en el interior de sus fronteras. El enquistamiento en el conflicto armado, su utilización para ganar votos y la identificación entre Estado y democracia, deslegitimada diariamente por las prácticas de tortura, la violación de derechos humanos y constitucionales, los ataques a la libertad de expresión y la connivencia pública entre el poder ejecutivo y legislativo, empieza a desmoronarse cuando el *enemigo interno* deja de ser *antidemocrático*. La palabra *democracia*, utilizada como un tótem que cohesionaba a los buenos, demócratas y tolerantes frente a la *barbarie*, puede convertirse en un *boomerang* que se vuelva en contra de los que la han inyectado en la conciencia colectiva y en la memoria de la ciudadanía con objetivos partidarios. (Martínez, 1999: 102)

Los diversos acuerdos y alianzas entre las fuerzas *abertzales* enfrentadas en tiempos pretéritos, se orientan en este momento a la defensa de lo que Josetxu Martínez (1999) denomina, la “casa vasca”, ya que éste concibe la nación vasca

como un ente político-cultural sustentado sobre la unidad más básica pero a la vez más trascendental de la esfera tradicional vasca, la casa¹²³.

La defensa de la “casa vasca” se manifiesta mediante los diversos acuerdos, pactos y alianzas gestadas en el seno del nacionalismo vasco. Estos pactos necesitan por lo general ser presentados en público y respaldados por agentes capaces de emitir discursos performativos con los que los ciudadanos se identifiquen política e ideológicamente. Los sujetos elegidos para reproducir mensajes en nombre de la comunidad a la que representan, se tornan en los mensajeros de un discurso que encarna a la propia nación y que además la exhorta, dando así lugar a una suerte de comunión rubricada por medio de acuerdos y pactos de carácter político pero también simbólico.

El Pacto de Lizarra-Garazi llevado a cabo el 12 de septiembre de 1998, en el que las grandes formaciones del nacionalismo vasco ratificaron su intención de trabajar conjuntamente por la nación vasca, vino precedido de otra serie de acuerdos en diversas áreas de la vida social y cultural del País Vasco que posibilitaron su consecución. Martínez (1999) sugiere que la Ley del Deporte vasco pudo ser uno de los catalizadores del futuro pacto nacional entre las diversas fuerzas *abertzales*.

La Ley del Deporte aprobada por el Parlamento Vasco con el apoyo del PNV, EA, HB e IU en junio de 1998, por la que Euskadi podrá participar como selección independiente en competiciones internacionales, fue duramente atacada por el PP, el PSOE y UA, no tanto por lo que suponía, pues se reconocía que era más simbólica que real, sino porque, por primera vez desde hacía varios años, los nacionalistas vascos lograban, unidos con el apoyo de IU, un acuerdo parlamentario. (Martínez, 1999: 104)

El Pacto de Lizarra es a menudo considerado como el resurgimiento de una unidad nacional vasca articulada para hacer frente a un Estado español cada vez más centralista que busca derrotar y marginar políticamente a las fuerzas

¹²³ La casa representa en la cultura vasca a la unidad de socialización más básica, y en torno a ésta se han construido tradicionalmente los relatos identitarios y por supuesto la cosmología nacionalistas. La casa vasca o *baserri*, trasciende su propia esencia como edificación para pasar al imaginario de la comunidad como elemento cosmológico central. Las relaciones sociales y vecinales se piensan a partir de la casa, e incluso los poetas han representado a ésta como la esencia nacional más pura. Grabiél Aresti (1963) mediante su poema “Nire aitaren etxea” (la casa de mi padre), realiza una clara apología a la comunidad nacional vasca constituida a partir de metáforas y sinédoques que se sitúan en torno a un poderoso símbolo condesado que se personifica en la casa. En el poema de Aresti, la casa por extensión metonímica representa a la cultura vasca en su totalidad. Se trata de una sinédoque (*pars pro toto*) mediante la que se invoca a la defensa de la *casa nacional*.

abertzales. Tras el asesinato el 13 de julio de 1997 del edil del Partido Popular de Ermua, Miguel Ángel Blanco, las fuerzas políticas asociadas al nacionalismo español en territorio vasco, con la ayuda de la clase política estatal, constituyeron el denominado *espíritu de Ermua*, mediante el que se comenzó a atacar directamente tanto al grueso del nacionalismo vasco como a las diversas esferas de la cultura vasca, utilizando la excusa de que éstas estaban ligadas de una u otra manera a la izquierda abertzale y por lo tanto a ETA. El nacionalismo español trata de articular en este momento una serie de discursos dualistas mediante la utilización de sinécdoques que representarán *realidades* parciales como un *todo abertzale* que deberá ser atacado. En palabras de Iker Casanova (2007: 417), “el nacionalismo español afirmará que realmente su problema no son los medios sino los fines, es decir, que igual de rechazable que la lucha armada, o peor, les resultaba el independentismo vasco”. Josetxu Martínez también se hace eco de la estrategia dualista articulada por el nacionalismo español que trata de marginar y deslegitimar al movimiento *abertzale*, esta vez mediante la representación de la disputa entre las dos casas.

Una vez más aparece la lógica de la casa y la anti-casa. Los miembros de HB no son ciudadanos con derechos constitucionales, son enemigos de la patria. Aplicarles las leyes a las que cualquier ciudadano tiene derecho sería un error. El conculcarlas no es visto como un delito. Las declaraciones de Felipe González y de Aznar en el caso de las escuchas del CESID y de los atentados a ediles del PP, respectivamente, se explican en este código. Cuando F. González dice que lo reprochable es no el haber realizado escuchas ilegales sino el haber sido descubiertos por imprudencias, está aplicando el código del familismo amoral¹²⁴. No hay leyes para el enemigo, hay represión. (Martínez, 1999: 89)

Una vez más nos encontraríamos ante la disyuntiva entre *juego* y *dogma* nacional (Edelman, 1985). En este caso el sujeto abertzale se considerará un transgresor del *statu quo* nacional español, por lo que sus actos políticos y constitutivos serán percibidos como amenazantes para un orden social que ha sido dogmatizado. Los actos políticos *abertzales* pasarán a considerarse *herejías* que deben ser combatidas y eliminadas cueste lo que cueste.

El Pacto de Lizarra marcó el inicio de un nuevo tiempo en la arena de la política vasca debido a que por una parte se constituía un nuevo agente político representado por medio de un frente nacional vasco unido, y por otro porque las diversas formaciones se vieron forzadas a tomar posiciones estratégicas ante su

¹²⁴ Banfield, E.C. (1958: 85) define el *familismo amoral*, afirmando que los Montegransesi (una familia italiana) actúan como si estuvieran siguiendo esta regla: elevar al máximo las ventajas materiales a corto plazo para uno mismo y suponer que todos los demás harán lo mismo. Alguien cuyo comportamiento se ciñe a esta regla podría ser calificado de familista amoral.

electorado. El pacto había nacido en gran medida gracias a las aportaciones y demandas de la sociedad civil. Este hecho forzó a los partidos a movilizarse ante una incipiente opinión pública que demandaba unidad política. La existencia de sujetos capaces de articular y difundir mensajes performativos orientados a reivindicar y reforzar la comunidad nacional, fue esencial en el éxito del momento constitutivo del nuevo espacio político vasco.

Mirando más de cerca los acontecimientos ocurridos desde la declaración de Lizarra-Garazi y la tregua de ETA hasta los comicios municipales de junio de 1999, podemos ver que el período se caracteriza por un avance significativo de las expectativas abiertas por el proceso, la construcción de un proyecto nacional vasco. (1999: 109)

Aprovechando la inercia del momento político y el poder de influencia que los mensajes performativos nacionalistas articulados por políticos y agentes de la cultura y la sociedad vasca tienen sobre la ciudadanía en general, se continúa articulando acuerdos y alianzas orientados a la defensa de la nación vasca ante los ataques provenientes del Gobierno español. En palabras de Iker Casanova, este nuevo proceso se da en parte gracias a un cambio de estrategia en el seno de la Izquierda Abertzale: “La recaracterización del escenario de resolución, expresada a través de la Alternativa Democrática, eliminaba algunos de los obstáculos técnicos que habían bloqueado anteriores intentos de diálogo, dando un papel primordial a la participación ciudadana” (Casanova, 2007: 432).

El 6 de febrero de 1999 se constituye un nuevo pacto *abertzale* altamente performativo tanto por el mensaje político que se transmite, como por el número y relevancia de los sujetos que lo ratifican. *Udalbiltza* o la *Asamblea de Electos Municipales de Euskal Herria* fue el enésimo intento del nacionalismo vasco en su afán por constituir una base política y legal que legitimase sus aspiraciones nacionalistas, tomándose en cuenta además la figura de la sociedad internacional.

El 6 de febrero de 1999, se reunieron en Iruña 666 alcaldes y concejales de Euskal Herria para firmar un texto que pone los pilares de la formación de una estructura (Asamblea de Electos Municipales de Euskal Herria) que reconozca la territorialidad e impulse la construcción nacional *entendida como proceso dinámico y democrático y sustentado en la libre participación de todos los ciudadanos vascos*. El documento fundamenta la existencia de Euskal Herria como nación y se compromete a proyectar su existencia internacional. Ésta declaración tiene un gran valor científico ya que aparece en ella una concepción de nación que nada tiene que ver con fundamentaciones esencialistas. La nación es una construcción libre y democrática, sin exclusivismos ni imposiciones. (Martínez 1999: 113)

El proceso de construcción nacional que se activa con la figura del *poeta* José María Iparraguirre a mediados del siglo XIX, y que continúa desarrollándose en el presente, podría considerarse como un proceso inacabado y en continua reformulación, en el que tanto los sujetos como las retóricas identitarias empleadas se han fundamentado en el poder performativo del lenguaje para lograr sus objetivos.

Tanto John Langshaw Austin (1962) como Pierre Bourdieu (1985), señalan que los procesos rituales (entre los que podríamos incluir muchas de las acciones y discursos políticos nacionalistas) deben ser llevados a cabo por personas con un poder de representación investido por el grupo, un carisma y un reconocimiento social tan notable, que les otorgue la legitimidad necesaria para que sus palabras y discursos se conviertan en actos *realizativos* y performativos. El hecho de que el sujeto encargado de emitir y difundir el mensaje performativo sea el adecuado, está estrechamente ligado al concepto de delegación social, ya que la comunidad autorizaría y legitimaría al sujeto *elegido* para hablar por y para ella. Tanto Iparraguirre, durante el acto fundacional de la idea de pueblo y nación, como posteriormente Sabino Arana, en el momento de constitución nacional, se valieron eficazmente de la performatividad discursiva y ritual que les ofrecía el lenguaje. La nación vasca (al igual que el resto de naciones) sería en este sentido el resultado de una serie de procesos dialécticos y discursivos que implicarían la existencia de un lenguaje específico, capaz de activar una performatividad lingüística y ritual basada en la formalidad y en los estereotipos (Bloch, 1989, 1992 & 1998), en unos actores carismáticos que posibilitarían que el mensaje sea asumido e incluso venerado por la comunidad (Austin, 1962) y en una delegación social (Bourdieu, 1985) que otorgaría al *poeta* (y al político) la capacidad de hablar en nombre de la comunidad.

Sería apropiado concluir el presente capítulo señalando que tanto la figura de Aguirre como poeta, como la de Arana como ideólogo y político, fueron fundamentales para el surgimiento y consolidación de un movimiento nacionalista vasco que continúa siendo a día de hoy tras más de un siglo de existencia, hegemónico en Euskadi.

8) El Deseo Nacional

Los elementos que hemos presentado y analizado hasta este momento son componentes esenciales del principal objeto de estudio de la presente tesis doctoral, que no es otro que el *deseo nacional*. Los sujetos, así como los movimientos nacionalistas, precisan de un motor, una fuerza interna o un *deseo* que los impulse a constituirse como tales, y que además los convide a luchar por su propio reconocimiento ante los demás. Autores como Hegel (1806) y Lacan (2004) entre otros, sugieren que el reconocimiento forma parte esencial del deseo, ya que sin el primero, el sujeto no podrá sentirse satisfecho en sus aspiraciones.

La existencia de un canon nacional que las diversas comunidades políticas quieren copiar por las ventajas estratégicas que ofrece, la defensa del capital etnosimbólico que compila los valores culturales del grupo así como los símbolos condensados o las tradiciones, la necesidad de supervivencia de los sujetos ante una violencia externa que amenaza a la comunidad en cuestión, o la irrupción del poeta que mediante la articulación de discursos *performativos* exalta al Nosotros frente al Otro, son requisitos indispensables para que el deseo nacional surja y se expanda eficazmente en el seno de la comunidad.

El deseo nacional como categoría de estudio, trata pues de traer a escena un compendio de los elementos que facilitan, sino posibilitan, el surgimiento de un determinado movimiento nacionalista; el vasco. Más allá de las teorías sobre el movimiento nacionalista vasco basadas exclusivamente en aspectos etnoculturales, jurídicos o históricos que numerosos expertos han expuesto previamente, el deseo nacional trata de mostrar la *esencia constitutiva*¹²⁵ forjada en la esfera de los sentimientos, de los símbolos y de los valores. Es necesario tener en cuenta que el resultado final de ese deseo que se manifiesta mediante los movimientos nacionalistas, será la constitución de la propia nación. Ernest Gellner (1997) afirma que el nacionalismo es el que engendra las naciones y no al revés.

El deseo como concepto teórico ha sido estudiado principalmente por la Filosofía, la Psicología y sobre todo por el Psicoanálisis, sin embargo nosotros hemos intentado también realizar una aproximación al término desde posturas próximas a la Antropología, disciplina por otra parte, más cercana a las ciencias políticas.

¹²⁵ Nos referimos aquí a la fuerza o empuje emocional que invita a los sujetos a formar parte de un determinado movimiento nacionalista. Se trata de una categoría gestada en la arena de lo emocional y de los valores de la comunidad nacional.

En opinión de Calvo Martínez (1978), Platón sugiere que el deseo explica el movimiento, ya que éste puede moverse contrariando al razonamiento. El razonamiento por el contrario, no podría moverse sin la presencia del deseo. En palabras de Gonzalo Hernández,

El deseo nos pone en obra, nos moviliza, nos empuja, nos dirige, nos coloca en la situación de búsqueda. El deseo es, en este sentido, el reconocimiento de la imperfección humana, de la falta, de la ausencia, de que carecemos de algo que nos resulta importante por algún motivo. (Hernández, 2002: 2)

Lacan (2004) también defiende la idea de que el deseo representa en última instancia, una ausencia de algo que el sujeto precisa para sentirse completo. En palabras de este autor, el deseo es algo que nunca puede ser satisfecho por completo.

El deseo nacional del que hablamos en el presente estudio, haría referencia pues, al anhelo de lograr un estatus, una identidad y una esencia nacional institucionalizada que contase con los mismos privilegios de aquellas naciones en posesión de un canon nacional plasmado mediante la constitución de un Estado soberano. Es la falta de un Estado reconocido que pueda acoger a la nación que ya existe o quiere existir, la que impulsa a los sujetos a desear algo que aun no poseen. Hernández (2002) afirma que el deseo produce malestar porque se intenta lograr algo que no se posee, a la vez que nos hace entrar en contacto con lo otro; con aquello que nos es ajeno y quisiéramos que nos fuera propio. Pero lo Otro no se limita a lo sustantivo, sino que también se refiere a la categoría del Otro como sujeto necesario en el deseo.

Lacan sugiere que el deseo es siempre el deseo del Otro, manifestándose este en dos dimensiones diferentes. Por un lado se desea que el deseo sea también deseado por el Otro, de manera que lo que se busca es un tipo de reconocimiento de uno mismo y de su propio deseo. Por otro lado, Lacan señala que lo que hace que una cosa sea deseable, es que ésta también sea deseada por el resto de sujetos. De este hecho se podría derivar en parte la idea referente a la asunción o adquisición individual de un deseo nacional, que además se experimenta grupalmente, ya que el sujeto como individuo independiente se sentiría atraído por aquello que también atrae al resto del grupo. Se podría sugerir en definitiva, que lo que desea el grupo es por extensión también deseable y deseado por el individuo. En este sentido, los individuos desearían ser sujetos nacionales, porque el resto de conciudadanos también lo desean. Sería por lo tanto necesaria, la existencia de un contexto ideológico y social favorable, que propiciara el surgimiento individual de los sujetos políticos. Ghassan Hage (1995) recuerda que el lenguaje nacional y el imaginario que lo engendra, preceden a la constitución del sujeto nacional y no a la inversa. Este imaginario nacional sería

el producto de la interacción político-cultural previa del grupo en cuestión, del que posteriormente se constituirían los sujetos políticos llamados a defenderlo e instaurarlo.

Este proceso puede darse sin embargo a la inversa en el caso del poeta nacional, ya que como representación simbólica y física de la voluntad de la comunidad (Bourdieu, 1985, 1987, 1991, 1997), tanto el grupo en su conjunto, como los sujetos de un modo individual, pueden percibir que el mensaje performativo transmitido por el poeta, representa a la voluntad de la comunidad, convirtiéndolo automáticamente en deseable para el resto de sujetos connacionales. Si anteriormente hablábamos de una irradiación del deseo desde lo grupal hacia lo individual, en el caso del poeta esta direccionalidad se daría de un modo inverso, ya que el poeta, a pesar de ser un único sujeto, representaría simbólicamente a la entidad grupal.

La angustia y la frustración que provoca la ausencia de lo deseado es lo que nos impulsa a la lucha por lograrlo, y es en esa lucha donde los sujetos deben articular estrategias que les ayuden a conseguir sus objetivos. Podríamos pensar por lo tanto, que los vascos articulan un movimiento nacionalista a finales del siglo XIX para lograr así satisfacer sus *deseos*, que en ese momento destacan por su carácter político, cultural y étnico. Político porque los vascos *desean* recuperar aquello que les ha sido usurpado; el sistema foral. Cultural porque los vascos *desean* salvaguardar aquello que los caracteriza, los diferencia del resto y sobre todo los une; una lengua y una cultura primigenia. Y étnico porque los vascos no *desean hibridizar* una *raza*, unos símbolos y unos valores que se han mantenido *puros* y han resistido los envites de los diversos imperios durante largos siglos.

El primer impulso lingüístico en Arana, en íntima conexión con el independentismo, está en relación directa con el mismo deseo de aislamiento respecto de España y los inmigrantes. Sabino cree que el euskera es un elemento útil para la resistencia y el ocultamiento, y la preservación por tanto de la religión y la moralidad autóctona, contra la invasión de las malas costumbres, la inmoralidad o la falta de fe española y liberal. (Lorenzo, 2006: 104)

Los movimientos nacionalistas podrían entenderse en este sentido como procesos constitutivos que se originan en gran medida como respuesta a un deseo que debe saciarse. Los nacionalismos serían en gran medida, estrategias políticas, culturales y discursivas orientadas a satisfacer los anhelos que el deseo plantea a los individuos en particular y a la comunidad en general. Cuando las colonias inglesas de ultramar se sublevaran ante la urbe británica a finales del siglo XVIII, éstas *desean* que Londres deje de subyugarlos, explotarlos y expoliarlos mediante la instauración de leyes e impuestos que consideran abusivos e injustos. El deseo de lograr un nuevo estatus político que los libere de

esa injusticia externa, derivará con el tiempo en la constitución de la nación norteamericana como estrategia defensiva ante una violencia británica que podríamos considerar como constitutiva (Bowman, 2001, 2003).

Cuando en 1789 (tan solo 6 años después de la firma del Tratado de Versalles por el cual se reconocían a los Estados Unidos de América como una nación independiente) en Francia se autoproclama la Asamblea Nacional, el *deseo* de los sujetos se orienta a establecer un sistema político fundamentado en los principios de libertad (política), igualdad (social) y fraternidad (entre los sujetos connacionales), que tendrá como máximo exponente a la soberanía popular.

El proceso constitutivo del movimiento nacionalista alemán, se distancia organizacional e ideológicamente de los nacionalismos norteamericano y francés. No obstante, estaría más próximo al primer movimiento nacionalista vasco, en cuanto en tanto ambos se fundamentan principalmente en elementos de carácter etnocultural como la lengua o las tradiciones. El movimiento romántico alemán *desea* constituir una nación de corte étnico que esté fundamentada en la idea de unos antepasados¹²⁶ y una lengua común. La nación alemana basada en el *Volk* (pueblo), tratará de saciar los anhelos lingüísticos, culturales y sobre todo étnicos que el *deseo* despierta en el seno del poeta y del sujeto político germano.

Hernández sugiere por otro lado que el deseo es en última instancia el instigador para que la historia siga su curso hacia adelante, ya que sin deseo el inmovilismo social y la conformidad reinarían por doquier.

El deseo como el lugar, como la fuerza que nos incita a ser, a desplegar nuestro ser, a realizar ese “nosotros mismos”, es decir, el deseo como el lugar de la libertad en la autoconstrucción como sujetos. Podríamos ver todos los productos de la cultura de la humanidad como un producto del deseo, con sus patologías incluidas. La Historia de la humanidad como una metáfora del deseo de los sujetos: deseo de tener, de saber, de poder, de deber. (Hernández, 2002: 6)

Ernest Renan también percibe un deseo tras toda nación, pero aleja a éste de cualquier dogmatismo racial o lingüístico, y difumina la importancia de la religión o la geografía. “Acabamos de ver lo que no basta para crear tal principio espiritual: la raza, la lengua, los intereses, la afinidad religiosa, la geografía, las

¹²⁶ La figura de los antepasados es un elemento recurrente en los discursos articulados desde el seno de los movimientos nacionalistas de la época. Sabino Arana también destacaba la importancia de los antepasados en la constitución de la comunidad contemporánea. “Dichosos aquellos antepasados nuestros que perdieron su vida por mantener incólume la independencia de Vizcaya.” (Arana, 1965)

necesidades militares. ¿Qué más, pues, hace falta?” (Renan, 1882: 10). La nación se sustentaría en palabras del filósofo e historiador francés, sobre un deseo de compartir un pasado y un futuro con el resto de los sujetos de la comunidad.

Una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas que no forman sino una, a decir verdad, constituyen esta alma, este principio espiritual. Una está en el pasado, la otra en el presente. Una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos; la otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de continuar haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa... Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente; haber hecho grandes cosas juntos, querer seguir haciéndolas aún, he ahí las condiciones esenciales para ser un pueblo. (Renan, 1882: 10)

Renan percibe en cierto modo la nación como un mito nacional anclado en el pasado, pero que influencia directamente tanto un presente como un futuro común de los sujetos de la comunidad que deben ser solidarios entre sí. La nación sería en definitiva el producto de un deseo de “vivir juntos” y de mantener en el tiempo la herencia de los antepasados.

Una nación es, pues, una gran solidaridad, constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y de aquellos que todavía se está dispuesto a hacer. Supone un pasado; sin embargo, se resume en el presente por un hecho tangible: el consentimiento, el deseo claramente expresado de continuar la vida común. (Renan, 1882: 11)

La concepción de Renan sobre lo que es una nación, contiene algunas de las características que en capítulos anteriores asociábamos a ésta. El pasado es fundamental en la constitución de las comunidades nacionales, ya que este proporciona una serie de elementos de carácter cultural, simbólico e ideológico basados en argumentos históricos (reales o ficticios), que propician además el surgimiento de una solidaridad entre los sujetos del grupo en cuestión. Del mismo modo que los mitos ayudan a recordar y cimentar el pasado, los ritos contribuyen a reforzar el presente y a construir el futuro. Los mitos y los ritos exaltan el capital etnocultural mediante la presentación de una serie de símbolos condensados que son capaces de orientar el comportamiento de los miembros de la nación. Todos estos elementos a los que nos referimos y que se sitúan en gran medida en la dimensión vertical de los nacionalismo (McCrone, 1998), serían en última instancia los encargados de fomentar la solidaridad nacional a la que Renan se refiere.

A pesar de que Renan es reacio a aceptar los componentes fenotípicos como fundamentales en el desarrollo de los movimientos nacionalistas, la verdad es que existen casos como el vasco o el alemán, en los que lo racial se ha tornado esencial en la articulación de las retóricas identitarias.

La consideración etnográfica, pues, no ha estado presente para nada en la constitución de las naciones modernas... La verdad es que no hay raza pura, y que hacer reposar la política sobre el análisis etnográfico es hacerla montar sobre una quimera. Los más nobles países –Inglaterra, Francia, Italia– son aquellos donde la sangre está mezclada. ¿Representa Alemania respecto de esto una excepción? ¿Es un país germánico puro? ¡Qué ilusión! (Renan, 1882: 6)

Deberíamos además destacar el rol que la lengua ha tenido en muchos de los procesos de construcción nacional como el vasco o el quebequés. En el caso vasco, el *euskera* ha sido un eficaz catalizador y conductor de la esencia nacional, sobre todo en momentos donde los elementos culturales y políticos se encontraban marginados, denostados e incluso prohibidos. La lengua además de herramienta de comunicación y símbolo nacional, es también un poderoso elemento performativo capaz de crear *realidades* ideológicas y políticas. Los discursos y las retóricas políticas son capaces de generar deseos, pero también pueden gestionarlos ante los miembros de la comunidad.

Existen en el seno de la dimensión vertical de los nacionalismos a la que nos referíamos anteriormente, una serie de componentes como la lengua, la cultura, la tradición, la historia o lo étnico, que se encuentran en una esfera profundamente influenciada por la existencia de un deseo compartido. Esta última es otra de las cuestiones que se nos presentan a la hora de analizar un concepto tan abstracto.

¿Es el deseo una expresión del Yo, o por el contrario representa una *realidad* plural de la comunidad? Desde el Psicoanálisis y la Filosofía se considera que el deseo responde a cuestiones individuales del ser humano, y no tanto a demandas del grupo o comunidad. Desde la Psicología social y la Antropología Social y Cultural, el deseo podría ser interpretado como un acto social, que sin embargo a menudo se expresa de un modo individual.

Es más, podríamos encontrar multitud de expresiones de carácter psicológico protagonizadas por los sujetos, que responderían a cuestiones meramente socioculturales¹²⁷.

Existen además otra serie de aspectos relacionados con el deseo en el seno de nuestras sociedades, que consideramos también como inherentes al sujeto pero que se constituyen en el seno de un contexto sociocultural. Desear poseer poder económico y político, o contar con un notable prestigio social, son al igual que los aspectos relacionados con el deseo nacional, *realidades* que precisan de un contexto sociocultural donde adquieran sentido. ¿De qué serviría por ejemplo, ser millonario en una sociedad donde el dinero no tiene valor? El deseo en un sentido político, social y cultural, no es por lo tanto un simple hecho individual, sino que responde a cuestiones grupales y socioculturales que en la mayoría de las ocasiones están orientadas por cánones de comportamiento estandarizados en el seno de las sociedades y grupos humanos. Del mismo modo que los estándares de belleza no son los mismos en culturas distintas, tampoco lo son los deseos que en ellas se gestan y asimilan. El deseo nacional es en este sentido, dual, ya que responde a una *realidad* individual relacionada con la aceptación y con el prestigio social, aunque por otro lado ésta debe interpretarse en un contexto de acción política empapado de significaciones altamente simbólicas y performativas. Al igual que el resto de manifestaciones socioculturales humanas, la política es una *realidad* grupal. Para que exista lenguaje, desarrollo social y

¹²⁷ Enfermedades como la anorexia se derivarían de presiones, modelos y cánones de conducta establecidos social y culturalmente. Este tipo de enfermedades que se han convertido en graves problemas psicológicos, son el resultado de un *deseo* incontrolado por conseguir unos cánones sociales y culturales relacionados con el aspecto físico. Inmaculada Jáuregui (2006) sugiere que este tipo de trastornos a pesar de considerarse individuales, se gestan y desarrollan culturalmente. "Más que trastornos biofisiológicos o mentales del organismo, los trastornos modernos de la alimentación son malestares culturales que afectan a la condición humana, denotando así un profundo sufrimiento, que tiene que ver más con la construcción de la habitación humana que con el metabolismo y la dietética. No se trata de un cuerpo biológico que solo necesita nutrirse con proteínas, lípidos y glúcidos, sino un cuerpo humano que necesita alimentarse además de la relación comunitaria con los otros. Desde esta perspectiva, los trastornos de alimentación no conciernen exclusivamente a la dietética sino también a la dimensión cultural y simbólica de la relación humana". (Jáuregui, 2006: 6)

En estas patologías el *deseo* parece derivarse de lo psicológico, y en parte es así, sin embargo su verdadero origen se sustenta en una serie de estructuras de tipo social y cultural que afectan en mayor medida a mujeres jóvenes occidentales. Mediante este ejemplo queremos sugerir que el *deseo* cuenta con una dimensión doble, ya que por una parte se experimenta individualmente, pero por otra responde a cuestiones socioculturales.

cultural, símbolos o política entre otros, es preciso que también exista una interacción entre al menos dos sujetos.

La RAE¹²⁸ define el deseo como un “movimiento afectivo hacia algo que se apetece”, aspecto que como ya mencionábamos anteriormente hace alusión a un cambio o evolución que parte de la situación actual, a otro escenario deseado y por lo tanto diferente. También recordábamos previamente que este movimiento hacia lo deseado es dual, ya que cuenta con una dimensión individual relacionada con el prestigio y la aceptación social de uno mismo, y otra dimensión que se sitúa en la arena de lo social. Es esta dimensión social y comunitaria en la que nos centraremos en adelante.

Clifford Geertz (1992) sugiere que la cultura es una urdimbre de significaciones mediante la que los seres humanos interpretan su experiencia y orientan su acción. La estructura social sería la forma que toma esa acción. En opinión de Geertz, la Antropología Simbólica, también denominada interpretativa o hermenéutica, se encargaría de la comprensión de los hechos sociales desde la perspectiva de los actores y de su intencionalidad. Durkheim (1982) y los estructuralistas, entre los que podríamos destacar también a Lévi Strauss (1972, 1973) o Mary Douglas (2003, 2013), tenderían sin embargo a explicar la esfera de lo social desde la Antropología Sociologista y Estructuralista. Mientras que Geertz prima la esfera psicológica de las manifestaciones sociales del individuo, Douglas y Lévi Strauss inciden en la relevancia de las normas y las leyes sociales que regulan y guían el comportamiento del individuo.

Los antropólogos sociologistas como Durkheim sugieren que la vida social es una comunidad moral y un sistema de valores. Esos valores aparecerían en representaciones sociales como la religión, que no serían sino maneras de representar la pertenencia a esa comunidad. Las sociedades humanas cuentan con una serie de símbolos que aglutinan significados, y que son además unidades condensadas de conocimiento y de emoción. La *realidad* social estaría construida desde símbolos que transmiten valores, significados y mensajes, que vehiculan sentimientos y emociones, y que invitan a la acción social. Los símbolos serían por lo tanto, poderosas herramientas de orientación política. Desde esta perspectiva, el *deseo nacional* que una persona manifiesta en público, estaría orientado a mostrar una *comunidad* ideológica con el grupo, para en última instancia afianzar su propio estatus social. Esta comunidad ideológica sería en parte el resultado de una influencia cohesiva y coercitiva de los símbolos condensados, bien sean éstos de carácter político, religioso o cultural. Durkheim sugiere que la vida social está compuesta de valores compartidos que aparecen en

¹²⁸ Real Academia Española. (2014). Recuperado de <http://www.rae.es>

los símbolos, mostrándose éstos de forma privilegiada durante los rituales. El deseo nacional se expresaría en su dimensión social mediante la participación pública en rituales religiosos, culturales y políticos orientados a la construcción nacional. La reproducción y defensa de los símbolos condensados nacionales como la lengua, algunas expresiones culturales o los himnos y banderas nacionales entre otros, representaría en cierto modo, una acción social del sujeto orientada al seno de la comunidad nacional. Ésta sería además considerada como un acto patriótico que ayudaría en gran medida a reforzar y cohesionar al grupo. En este contexto de acción simbólico-ritual, el sujeto participaría de un deseo nacional colectivo, percibido como parte de una comunidad moral que comparte un código de valores (Durkheim, 1998). Turner y Douglas también coincidirían en este aspecto, ya que ambos opinan que las representaciones colectivas como los rituales nacionales (himnos, desfiles militares o discursos entre otros), serían las que mantendrían unidas a las sociedades. En este sentido, los símbolos y rituales (entre ellos aquellos relacionados con el deseo nacional), podrían entenderse como herramientas privilegiadas de representación de la estructura y de los valores sociales, que cohesionan, estructuran y regeneran la vida social. En opinión de estos dos autores estructuralistas, la cultura sería la encargada de organizar el mundo exterior en base a una serie de categorías. Los grupos humanos asignarían significados a símbolos, convirtiendo a estos en estandartes de la comunidad nacional. El deseo nacional estaría pues, regulado por una serie de códigos y signos que adquirirían significado por oposición a otros símbolos¹²⁹. De este tipo de interpretaciones duales de la *realidad*, surgirían las categorías antagónicas del Nosotros y el Ellos, de lo *sagrado* y lo *profano*, o del *amigo* y del *enemigo*. El deseo nacional sería en definitiva una representación social de lo sagrado y del Nosotros, y la patria sería por extensión aquel sacro territorio orientado a cobijar al Nosotros nacional. Glenn Bowman (2001, 2003) concibe el nacionalismo como un proceso orientado a constituir la nación; un espacio imaginado y por lo tanto deseado, en el que proteger todo aquello a lo que representa el deseo nacional¹³⁰. La patria es sagrada porque representa los valores supremos de la comunidad, bien sean éstos de carácter cultural, político o religioso. Bowman recuerda que la nación palestina se constituye a partir de una categoría sagrada, el Islam, que proporciona los elementos necesarios para articular una resistencia nacional ante la invasión sionista. El deseo nacional se fundamentaría en este contexto, en un deseo orientado a defender y mantener

¹²⁹ Leví Strauss (1945, 1951, 1966 y 1973) sugiere que las cosas *significan* porque se relacionan y oponen. Los códigos culturales copiarían a los naturales mediante las herramientas de la metáfora (semejanza) y la metonimia (contigüidad), paradigma y sintagma. Es así como se establecerían por lo tanto las oposiciones y las relaciones.

¹³⁰ Los movimientos nacionalistas podrían considerarse en cierto modo, como representaciones tangibles del deseo nacional.

una identidad cultural ligada directamente a la religión. Lo sagrado no obstante va más allá de lo religioso, ya que es una categoría que representa a aquellos elementos rituales pero sobre todo simbólicos que sustentan la cosmología de la propia comunidad. Del mismo modo que para Bowman la religión (lo sagrado) se erige en el caso palestino, como elemento diferencial que establece fronteras entre el Nosotros y el Ellos, para Mary Douglas (1970, 1973, 2003 y 2013) lo sagrado se basa en la dualidad *limpio* y *contaminado* (en un sentido ritual), que separa además al Otro del Nosotros. El deseo de la comunidad se orienta a mantener su esencia interna ritualmente limpia, denostando todo elemento que amenace las normas y límites establecidos. El deseo nacional también podría ser interpretado desde esta perspectiva, ya que los sujetos nacionales establecen una serie de normas y límites que señalan qué es nacionalmente aceptable y qué no. Del mismo modo que ondear una bandera española en un lugar mayoritariamente *abertzale* sería considerado como un gesto provocador y por lo tanto ritualmente contaminado, cualquier amenaza en contra de la cosmología ideológica, simbólica o moral de la comunidad será denunciada, atacada y desterrada¹³¹.

Mary Douglas considera que la cognición humana es la que establece en última instancia, cuales son las reglas de juego en el seno de una comunidad. Los sujetos establecen límites que indican que es aceptable y que es tabú, y por lo tanto peligroso. Tanto Mary Douglas como Pierre Bourdieu (1972, 1985, 1987, 1991, 1997 y 1999) consideran que los límites que establecen ritualmente los humanos, contienen un espacio liminal que más que para cruzar límites, sirven para consagrar la diferencia y por lo tanto evitar que esos límites sean traspasados. Lo ritualmente puro estaría en la parte del límite correspondiente al Nosotros, lo contaminado y peligroso por el contrario, estaría al otro lado, siendo considerado el hábitat natural del Otro. El deseo nacional establecería mediante esta lógica, lo que es permitido, puro y sagrado, y lo que está ritualmente contaminado y debe excluirse de la comunidad. Los movimientos nacionalistas han establecido tradicionalmente este tipo de límites y espacios liminares para segregar, marginar, expulsar e incluso eliminar al otro nacional. Glenn Bowman (2001, 2003) señala que en el caso de la antigua Yugoslavia, las retóricas nacionalistas se orientaron a una constitución nacional, que se fundamentó en esa imagen de lo puro ligada al Nosotros, y lo impuro asociado al Otro, que

¹³¹ La conocida como “ley de símbolos” aprobada por el Gobierno Español en 1981 (ley 39/1981, de 28 de octubre), es un claro ejemplo de este hecho, ya que la imposición de la bandera nacional española en municipios, sedes gubernamentales y edificios públicos vascos regidos en su mayoría por organizaciones políticas *abertzales*, ha creado en el pasado y continúa creando en el presente una gran polémica y rechazo por parte de la ciudadanía y los partidos políticos mayoritarios. No han sido pocas las demandas, protestas y manifestaciones en contra de esta ley, ya que muchos la consideran como una imposición de España al autogobierno vasco y un acto en contra de la nacionalidad vasca.

debería ser eliminado por la peligrosidad que su mera existencia representa. Lo impuro y peligroso se materializa en el trabajo de Bowman mediante la existencia de una violencia constitutiva que en numerosas ocasiones es imaginada, pero que casi siempre deriva en la articulación de una violencia defensiva que constituye al propio movimiento nacionalista. Bowman señala que existe una necesidad de contar con un enemigo nacional que justifique la solidaridad nacional, y por lo tanto el deseo nacional. Este deseo se constituye en tanto en cuanto se percibe amenazado por la existencia de un Otro nacional. Ghassan Hage (1995) también intuye la existencia de unos límites impuestos por los sujetos nacionales, para excluir al Otro nacional, ya que este no forma parte de su deseo nacional. En este caso se justifica diciendo que no es un sujeto *natural* de la Patria. El Otro nacional estaría separado del Nosotros y del deseo nacional por su origen. Este estaría además en palabras de Hage, en peligro de ser “domesticado” o “exterminado”. Hage también señala que mientras los sujetos nacionales son constituidos a partir del concepto de deseo o voluntad nacional, el Otro sería constituido y representado como una contra-voluntad nacional que simbolizaría un grave peligro para la propia comunidad nacional, ya que este se situaría más allá de las normas y de los límites establecidos. Tanto Bowman como Hage aluden a la existencia de límites relacionados con el espacio liminal que estudia Mary Douglas, establecidos por lo general para separar lo sagrado de lo impuro, y que también separarían el deseo nacional de la contra-voluntad nacional.

Todas las anomalías que amenacen la existencia de un orden moral, social o político, se anomizarán y colocarán fuera de la comunidad siendo susceptibles de ser eliminadas. Los sujetos y los comportamientos impuros o anómalos pueden *tabuizarse*, marginarse e incluso eliminarse, ya que existen una serie de normas establecidas por la comunidad, que tipifican qué se puede hacer y qué no, y por lo tanto qué está a un lado del límite ritual y qué está al otro. Las categorías dualistas asociadas a las identidades políticas y nacionales, se constituyen en gran medida a partir de este tipo de clasificaciones. Las *violencias* nacionales por otro lado se encargarán de eliminar ideológica o físicamente al Otro nacional, ya que éste representa a lo impuro y por lo tanto se considerará un grave peligro para la pervivencia de la comunidad nacional. Del mismo modo que los nazis eliminaron a millones de judíos y gitanos durante la Segunda Guerra Mundial porque supuestamente éstos representaban una anomalía racial y una impureza ritual que amenazaba al deseo nacional germano, el régimen franquista acabó con cientos de miles de comunistas, anarquistas, republicanos y *abertzales* durante y tras la guerra civil española, porque éstos también representaban para el dictador, una amenaza en contra de la pureza moral (en un sentido puramente religioso) e ideológica de la nación española. La exterminación del Otro nacional a la que hacen referencia tanto Hage como Bowman, es un fenómeno que se manifiesta tanto en el seno de la comunidad hegemónica como en la del

subalterno. Zulaika (1996) sugiere que los asesinatos que ETA lleva a cabo durante más de cinco décadas en contra de policías, militares, políticos o *chivatos*, se producen de un modo altamente ritual en el que éstos también son separados de la comunidad tanto moral como afectivamente (hasta el punto de animalizarlos)¹³². Éstos se situarían al otro lado del límite que la comunidad nacional ha establecido como puro y moral, y por lo tanto se considerarán sujetos que llevan a cabo acciones anómalas e impuras y que deben por lo tanto ser eliminados. Este tipo de violencia política asociada directamente a la violencia defensiva que Bowman estudia, se interpretará como garante del deseo nacional, y su puesta en escena será considerada por la comunidad nacional como legítima y necesaria. Los sujetos que la inflijan, serán además tratados y recordados por la comunidad como patriotas y héroes nacionales.

A pesar de que estas acciones violentas sean en la mayoría de ocasiones contrarias a los planteamientos cívicos del presente y pongan además en tela de juicio su carácter ético-moral, en muchos casos logran unir y cohesionar a la comunidad nacional que las lleva a cabo de un modo muy efectivo, ya que la constitución de un enemigo del que defenderse y al que atacar, fortalece al Nosotros que se le opone ideológica y/o militarmente. Glenn Bowman (2001, 2003) recuerda en este sentido que la nación palestina es constituida a partir de la alteridad que representa el sionismo, encarnado en la figura de unos colonos impuros y peligrosos tanto militar como ritualmente. También incide en la figura del Otro nacional (en este caso interno) para explicar el surgimiento de los diversos movimientos nacionales en el seno de la antigua Yugoslavia. El Otro nacional se torna a menudo en una categoría asociada a la alteridad y a lo liminal, esencial durante los procesos constitutivos de la nación, ya que se establecen simbólicamente una serie de límites que decretan que es lo virtuoso (Nosotros) y que es lo anómalo (los Otros).

Hage (1995) señala que los nacionalismos necesitan construir simbólica y discursivamente un otro *nacional* para poder así constituirse a sí mismos en contraposición. Éste recuerda además, que en el caso de Bosnia, a ojos de los serbios, lo que se exterminó fue una contra-voluntad nacional representada por el Otro nacional, que impedía a la propia nación serbia constituirse como tal. La violencia política ejercida en contextos nacionales, es en palabras tanto de Hage como de Bowman, un recurso que las comunidades políticas utilizan para cohesionar y reforzar sus propios lazos internos, además de para establecer una

¹³² El término *txakurra* (perro en euskera) ha sido habitualmente utilizado para acusar y marginar a aquellos sujetos que se consideraban enemigos de la nación vasca. Era utilizado especialmente en contra de los miembros de las Fuerzas Armadas españolas y de los *chivatos* o colaboradores.

serie de límites que separen al Nosotros del Otro. Estas acciones conllevan en la mayoría de los casos una consolidación de las relaciones intergrupales, que se manifiestan mediante la exaltación de gestas militares patrióticas reproducidas constantemente mediante ritos nacionales (discursos, desfiles...). Si bien estas gestas patrióticas contemporáneas se reproducen mediante ritos altamente performativos, las sociedades también necesitan un capital histórico asociado a victorias militares pretéritas que se escenifican mediante la puesta en escena de diversos mitos nacionales. El deseo nacional estaría personificado en ambos, ya que tanto los ritos como los mitos aludirían a la esencia nacional del deseo patriótico. Los ritos y los mitos asociados a este deseo nacional que se basa a menudo en acciones patrióticas con un alto valor simbólico, se escenifican mediante fiestas nacionales como el *Cuatro de Julio* en los Estados Unidos, el día de la Constitución en España o el *Aberri Eguna* (día de la patria vasca) en Euskadi.

El deseo nacional estaría ligado en gran medida al uso de la violencia (no necesariamente física o militar), tanto para articular una autodefensa de lo deseado, como para atacar a aquello que lo amenaza. La violencia constitutiva (Bowman, 2001, 2003) convierte en deseo aquello que previamente no lo era. En palabras de Bowman, la violencia constitutiva que entra en escena en un determinado contexto cultural, religioso o político, provoca que los sujetos atacados necesiten constituir un nuevo ente nacional para su propia autodefensa. Durante este proceso, el capital etnocultural mutará en deseo nacional, ya que la comunidad atacada considerará necesario comenzar un inminente proceso de construcción nacional para su autodefensa. Los razonamientos y justificaciones para ello pueden ser de carácter cultural, lingüístico, político o religioso, pero el producto final tiende a ser siempre el mismo: la nación. La comunidad considerará necesario en estos casos, el establecimiento de un canon nacional que ofrezca las garantías necesarias para su propia supervivencia (y la de su capital etnocultural). Sabino Arana consideró a finales del siglo XIX que era necesario constituir en Euskal Herria un nuevo movimiento político moderno y estandarizado internacionalmente, que defendiese los intereses políticos y el capital etnocultural de los vascos de los ataques provenientes desde España, sobre todo tras la derogación de los Fueros en 1876. Arana comprendió que lograr el reconocimiento de otras naciones, así como establecer contactos internacionales, era fundamental para la consecución de su proyecto político.

La actuación de Arana en el campo internacional estará representada en la serie de planes sobre contactos y telegramas enviados a diversos destinatarios con motivos de apoyo o felicitaciones nacionalistas. En todas ellas se trasluce una mal disimulada estima por Inglaterra, que serviría para entender uno de los planes más espectaculares atribuido a los hermanos Arana: la posibilidad de cambiar el estatus vasco, dependiente de España, por un protectorado británico que no fuera dominación, como primer paso para la independencia. (Espinosa, 2006: 110)

Mientras que la dimensión social del deseo nacional se fundamenta en gran medida en una cognición humana que establece límites sociales de carácter ritual e implementa la utilización de retóricas identitarias basadas en discursos dualistas, a la vez que infiere protagonismo al lenguaje performativo, la dimensión individual o psicológica de este deseo, funciona de un modo diferente. Hablábamos anteriormente de la importancia del poder y del prestigio social durante los procesos en los que los sujetos adquieren individualmente sus propios roles y definen sus estrategias asociativas y discursivas. Este comportamiento se fundamentaría en gran medida en esa dimensión psicológica del deseo nacional a la que nos referíamos anteriormente. El deseo nacional trasladado a esta esfera psicológica, se reflejaría directamente en los patrones de comportamiento de los sujetos así como en sus prácticas habituales. Clifford Geertz (1992) señala que los hechos sociales, son por encima de todo, valores e intencionalidades que se encuentran insertos en la práctica cotidiana. Es la manifestación de un *ethos* profundo que debería analizarse de un modo contextualizado. A pesar de que Geertz comparte la idea de Durkheim de que las culturas se componen de símbolos y representaciones colectivas compartidas, éste entiende la relación sociedad-cultura de un modo muy diferente. Para Geertz la intencionalidad que orienta el comportamiento y la acción de los sujetos, forma parte de la cultura, por lo tanto la esfera psicológica estaría en cierto modo ligada a la esfera social del deseo nacional. Es evidente que en cualquier contexto lo psicológico se retroalimenta de lo social, ya que las pautas de comportamiento de los sujetos se forjan en unos determinados contextos socioculturales. Sin embargo, es posible observar una intencionalidad individual en las acciones de los sujetos, ya que por lo general éstos buscan su propio beneficio social bien sea en forma de poder, de prestigio, de seguridad o de alianza. Entendemos por lo tanto, que el deseo nacional de los sujetos tendría dos dimensiones, una psicológica orientada a su propio bienestar individual, y otra social que se caracteriza por una parte porque reafirmaría los intereses del sujeto en el seno del grupo, y por otra porque invitaría al sujeto a la acción social y política. En el seno de esta última podríamos además encuadrar, elementos como el patriotismo que Hage (1995) considera como parte esencial de los procesos constitutivos nacionalistas.

Geertz considera que la cultura (y por lo tanto la sociedad) es un mundo de significaciones profundas que deben ser analizadas. Los sujetos experimentan una serie de emociones, impulsos y experiencias que orientan su comportamiento. Desde la Antropología interpretativa y desde la Hermenéutica no obstante, estas no se consideran simples estructuras cognitivas, sino que estarían más relacionadas con estructuras de significación profundas. Lo verdaderamente relevante en la dimensión individual del deseo nacional, es la relación existente entre acción y significado. El lenguaje tendría un rol fundamental en esta dualidad acción-significación que se manifestaría por medio del deseo nacional. Las acciones de los sujetos deben contextualizarse en torno a su significación, y es

aquí donde el rol del lenguaje se torna fundamental, ya que se trata de un entramado constituido a partir de complejas estrategias discursivas.

El deseo nacional se plasma en la arena de lo social y de lo político por medio de la utilización de discursos y retóricas que buscan cohesionar y unir ideológicamente a los sujetos que componen la comunidad. En este proceso, el lenguaje performativo que articulan los poetas y los sujetos con un especial carisma social, se torna esencial debido a su capacidad para representar simbólicamente a la comunidad. Los límites rituales a los que nos referíamos anteriormente, además de establecer diferencias entre lo *sagrado*¹³³ y lo anómalo, se caracterizan por su eficacia ritual a la hora de asignar roles a los sujetos. El lenguaje que se utiliza para establecer estos límites ritualizados, contiene además una serie de peculiaridades que lo diferencian del lenguaje convencional. El lenguaje performativo tiene la capacidad de convertir enunciados comunicativos en expresiones performativas que invitan a la acción social y que tienen la capacidad de *realizar* lo que expresan (Austin, 1966). El poeta nacional se vale hábilmente de esta capacidad del lenguaje performativo para articular y difundir el deseo nacional en el seno de su propia comunidad. El deseo nacional precisa ser ensalzado y divulgado para que el grueso de la comunidad lo perciba como algo propio. El lenguaje performativo se basa en gran medida en la utilización de símbolos condensados que tienen la capacidad de condensar valores, sentimientos y obligaciones (Sapir, 1921) en el seno de la comunidad. Este tipo de lenguaje es orientado por lo tanto a la performativización del objeto nacional por parte del sujeto nacional. Podemos sugerir por lo tanto, que el deseo nacional se basa en gran medida en la utilización por parte de los poetas del lenguaje performativo y de una serie de símbolos condensados, que posibilitan la articulación de la nación simbólica, ritual e ideológicamente.

La figura del centenario roble situado en la Casa de Juntas de Gernika, se convierte en manos del poeta Iparragirre, en un poderoso símbolo condensado que es capaz de representar la cosmovisión de la comunidad vasca de la época. El árbol condensa los valores y los afectos de los vascos, de manera que éste se convierte en una metáfora del deseo nacional, que es además consecuencia directa de un nuevo sentir identitario derivado de los ataques políticos provenientes de España. Sabino Arana no hace sino dar carácter institucional a un sentimiento nacional que previamente se ha constituido bajo la atenta mirada del poeta nacional. El deseo nacional surge del pueblo, pero necesita de un

¹³³ Al utilizar el concepto *sagrado*, no nos referimos exclusivamente a elementos ligados a la religión, sino que hacemos alusión a todos aquellos elementos representativos, que la comunidad considera inmutables e irreductibles. Éstos pueden ser de carácter étnico, cultural, lingüístico o político.

instigador que lo alente y difunda de un modo efectivo. El poeta es el encargado de llevar a cabo esta acción, y lo hace gracias a que utiliza el poder performativizador de los símbolos condensados y del lenguaje político y religioso. El poeta logra hacer deseable su propio mensaje en el seno de los sujetos connacionales, que lo ven como alguien a quien seguir y respetar, y en quien delegar el poder ideológico y moral del grupo (Bourdieu, 1991), ya que representa simbólicamente a la voluntad de la comunidad. El deseo del poeta se convierte en este sentido en el deseo del compatriota nacional, debido a que “en la medida que el sujeto acepta el don que le ofrece el Otro en su demanda, se hace deseante del deseo que allí se cuele” (Sanmiguel, 2010: 62). Pío Eduardo Sanmiguel también señala en este sentido, que el sujeto se apodera en cierto modo del deseo del otro¹³⁴ (en este caso del poeta), ya que éste le indica cual debe ser el camino a seguir: “El sujeto toma el Deseo del Otro como si fuera propio. El Otro le dicta los caminos de la pulsión” (Sanmiguel, 2010: 62).

A pesar de que tanto el poeta, Iparragirre, como el ideólogo, Sabino Arana, dan forma afectiva, ideológica, simbólica e institucional al deseo nacional de los vascos, éstos no logran que la nación se constituya por completo, ya que el canon nacional tan solo alcanzará su plenitud al contar con una estructura estatal reconocida internacionalmente, que sea capaz de dar cobijo al propio deseo nacional.

Las relaciones internacionales se fundamentan en gran medida en los procesos diplomáticos que se establecen entre las diversas naciones. Es además requisito indispensable en la mayoría de los casos, que éstas cuenten con un entramado institucional estatal reconocido internacionalmente. Existen no obstante, casos como el de los Estados de facto que analizábamos en capítulos anteriores, que no contarían con estructuras tan formalizadas como el de los Estados reconocidos internacionalmente, pero que de un modo u otro tomarían parte de sus relaciones.

Hegel (1806) considera que el deseo se fundamenta en gran medida en el reconocimiento. El sujeto desea el reconocimiento del Otro, ya que ésta sería la única vía para lograr un estado de satisfacción total. Las ideas que Hegel emplea para desvelar el entramado psicológico de los sujetos, en lo que a las relaciones de

¹³⁴ Debemos advertir, para evitar equívocos teóricos, que Sanmiguel (2010) utiliza aquí el concepto del Otro en un sentido totalmente diferente al que hemos venido haciéndolo nosotros durante la presente tesis doctoral. Mientras que nosotros nos referimos mediante este concepto a la alteridad etnocultural y nacional, Sanmiguel se refiere a una entidad independiente del Yo. Mientras que nosotros utilizamos el concepto en términos antropológicos, Sanmiguel lo hace en términos psicológicos y filosóficos.

hegemonía y subalternidad se refiere, son extrapolables en cierta medida a las relaciones de poder que se manifiestan en la esfera internacional. El deseo se convierte en este sentido en un elemento transponible a ambas dimensiones, en parte debido a que Hegel es partidario de considerar el deseo como un fenómeno social al mismo tiempo que psicológico. Hegel propone además la existencia de un juego de poder entre el *amo* y el *esclavo*, en cierta medida equiparable al juego de espejos que Letamendia (1997) utiliza metafóricamente para referirse a las relaciones jerárquicas establecidas entre naciones centrales y periféricas, y que hace referencia de un modo indirecto a la figura de la hegemonía y la subalternidad en el seno de las relaciones sociales, culturales y políticas.

Las naciones subalternas no constituidas en los términos que el canon nacional establece, se quedan en proyectos inconclusos a pesar de ser el fruto de procesos idénticos al de las Estados-nacionales hegemónicos (ambos serían el resultado del deseo nacional). Las naciones precisan de un reconocimiento internacional y de una estructura estatal que les permita tomar parte de las relaciones internacionales, y es por ello que naciones subalternas como la palestina, la escocesa, la vasca o más recientemente la catalana, intentan llevar a cabo procesos de auto-constitución (en ocasiones unilateralmente como es el caso de Kosovo) ante la negativa de los Estados hegemónicos que las gobiernan y controlan. Hage (1995: 481) sugiere que en los procesos de constitución “patriótica”, las naciones aspiran a ser transformadas en un sujeto colectivo que les permita tomar parte en el sistema simbólico internacional. Como cualquier otro proceso de transformación simbólica de los sujetos, éste es un proceso que precisará del reconocimiento del resto de sujetos. Tan solo cuando la recién nacida comunidad logre constituirse como sujeto nacional y entrar en el orden simbólico internacional, podrá considerarse a sí misma como un Nosotros nacional. En este mismo sentido, Hegel (1806) considera esencial, que ante la negativa del *amo* en reconocer al sujeto subalterno (el *esclavo*) como sujeto de pleno derecho, este último comience un proceso de transformación que trascienda su propio *yo* mediante la constitución de una nueva entidad que constatare y logre ese reconocimiento tan *deseado*. Cuando en 1876 los Fueros vascos son abolidos por un sujeto hegemónico (el *amo*), el sujeto subalterno se ve ante la tesitura de trascender cultural y políticamente aquello que es pero que no le deja ser, para pasar a ser aquello que tanto ansía y *desea*. La nación será la consecución de ese deseo, el modo en que el sujeto hace sustantivo aquello que antes tan solo era capaz de imaginar¹³⁵.

¹³⁵ Glenn Bowman (2001, 2003) señala que la nación palestina se convierte en el recipiente objetivable que recoge el producto del imaginario nacional. Es la constatación física y simbólica de aquello que los sujetos quieren ser para trascender su situación política y cultural actual, y poder así constituir aquello que imaginan y a la vez desean.

El deseo nacional es pues, un elemento inexorablemente ligado al producto de la Historia y del capital etnocultural de la propia comunidad. Todo lo que la sociedad desea ser, se deriva en parte de lo que ya es, aunque no se haga conscientemente. Cuando los palestinos desean ser una nación que tan solo pueden imaginar, lo hacen desde categorías que ya existen, aunque no se piense aun en un sentido nacional o institucional (Bowman, 2001, 2003). Lo mismo sucede con los vascos a finales del siglo XIX, sin embargo en este caso el deseo nacional es la respuesta a un sentimiento de injusticia derivado de una serie de ataques políticos externos a la comunidad (al igual que el caso palestino), aunque lo que se intenta hacer ahora es transformar una estructura política relativamente estable que ya existía, en otra más moderna que respondería a los criterios de un canon nacional instaurado internacionalmente. La nación es en este sentido, el producto de un deseo nacional que surge de un capital etnocultural primigenio que es activado en clave nacional ante una violencia constitutiva que procede del exterior de la comunidad. La violencia defensiva que se articula ritual, simbólica y sobre todo dialécticamente, da como resultado el surgimiento de un deseo nacional que el poeta debe difundir por medio del lenguaje performativo y de los símbolos condensados. No obstante, todo este proceso ha de darse en el seno de un contexto internacional en el que el canon nacional prima como referente ideológico. Las comunidades que sean capaces de orientar su propio deseo nacional hacia una lógica internacional en la que el canon nacional instituye los estándares a seguir, y lograr así un reconocimiento del resto de comunidades y sujetos, conseguirán exitosamente formar parte del sistema internacional que asegure su viabilidad política y sociocultural como Estado-nación.

Los Estados-naciones del presente fueron constituidos en el pasado a partir de sus propias comunidades nacionales. Estas últimas serían en definitiva, el producto de un deseo nacional que surge de estructuras políticas, símbolos y *realidades* que ya existirían con anterioridad. Hage (1995: 478) indica que como cualquier otro sujeto simbólico, el sujeto nacional no precede al imaginario nacional. Como cualquier otro lenguaje, el lenguaje nacional y el imaginario que este dibuja, preceden al surgimiento del sujeto nacional. El sujeto que ha sido social e históricamente construido (junto con el capital etnocultural que lleva consigo mismo), asumirá un rol que ya existe en el seno de su propia comunidad nacional, para poder constituirse a sí mismo como sujeto nacional. En palabras de Hegel (1806), el sujeto tan solo será capaz de satisfacer su propio *deseo*, trascendiendo la esfera personal e identificándose con un ente grupal superior como la familia, la cultura, la religión o la nación. El deseo tan solo será satisfecho cuando éste trascienda la esfera individual y pase a ser colectivo y compartido. El deseo nacional responderá por lo tanto a una *realidad* dual; la individual y la colectiva.

Cuando en 1882 Ernest Renan define *qué es una nación* mediante su famoso discurso, éste afirma que las naciones se caracterizan porque los sujetos que éstas acogen “han hecho juntos grandes cosas en el pasado y quieren hacerlas aún en el porvenir”. De esta célebre frase podríamos deducir que Renan alude en primer lugar a la existencia de un *deseo nacional* pretérito que quedaría plasmado mediante la Historia y el capital etnocultural, pero que además surgiría de éstos. En segundo lugar se referiría a la voluntad de proyectar ese deseo en el tiempo de un modo colectivo. El *deseo nacional* daría pues origen a los movimientos nacionales y a las naciones, pero también contendría la clave para su pervivencia en el tiempo más allá del presente.

Deberíamos concluir recordando que del mismo modo que sucede con la Historia, las naciones son erigidas y derrocadas, interpretadas y reinterpretadas al antojo del poderoso y de la hegemonía social y política. Pero no debemos olvidar que los recuerdos oprimidos pueden mutarse en deseo, y este deseo es inalienable e irreductible.

Si contra los pronósticos de quienes hayan elegido la comodidad de creer en los mapas terminados, alguna vez este pueblo es libre, debemos estar seguros de que para quienes hayan creído en ello, durante ese tiempo y esas luchas, habrá merecido la pena vivir plena y fugazmente la inmensa brevedad de una parte de esta historia. (Espinosa, 2006: 313)

9) Reflexiones finales

Al analizar fenómenos sociales, culturales y políticos tan complejos como los movimientos nacionalistas, nos surgen por lo general un gran número de preguntas de difícil respuesta. En la presente tesis doctoral hemos tratado de contestar algunas de ellas, sobre todo aquellas directamente ligadas a los aspectos emocionales que se sitúan en la base constitutiva de los movimientos nacionales. No obstante, el carácter predominantemente teórico del presente estudio, limitaría en cierto modo la posibilidad de una interpretación cuantitativa y cerrada de las hipótesis planteadas.

La cuestión crucial no sería, pues, la plausibilidad científica de la definición nacional, su falsedad o veracidad, sino su aceptabilidad, éxito y evidencia sociales. (De la Encina, 2004: 234)

Las limitaciones existentes a la hora de aportar cifras y datos puramente matemáticos o estadísticos que certifiquen la veracidad de nuestras propuestas teóricas, representarían tan solo una de las dificultades añadidas que implican habitualmente los estudios sobre aspectos tan subjetivos como las emociones y la cognición humana. Hablar de verificaciones exactas y de conclusiones definitivas se antoja arriesgado cuando tratamos de analizar conceptos tan abstractos y volátiles como el *deseo*, la voluntad política o la identidad nacional. Realizar tal acto sería como mínimo aventurado, ya que podría hacernos incurrir en graves errores analíticos y teóricos. Cabe sin embargo, la posibilidad de obtener respuestas relevantes de estudios fundamentalmente teóricos como el presente, siempre que éstas sean contextualizadas e interpretadas de un modo adecuado.

El principal objetivo de la presente tesis doctoral era el de estudiar una serie de elementos fundamentales que se manifestarían durante los procesos políticos constitutivos ligados a todo acto de construcción nacional. Para analizar adecuadamente la heterogeneidad estructural y funcional de este tipo de movimientos sociopolíticos, hemos considerado preciso adaptarnos al objeto de estudio mediante la utilización de diversas estrategias analíticas como la elaboración de un estudio interdisciplinar que diera una visión global y particular a la vez, de un fenómeno tan polisémico y heterogéneo como es el nacionalismo. Es por ello que hemos intentado desvelar parte de la *magia social* (Bourdieu, 1985) que se encontraría tras el *deseo nacional*, acudiendo a campos científicos tan diversos como la antropología, la filosofía, la sociología, la psicología o la historia.

Hemos tratado en primer lugar, de argumentar y visualizar la importancia de la influencia de las relaciones y de los sistemas internacionales en la constitución y en el devenir de las naciones tanto en el pasado como en el presente, sin olvidar

además que esta influencia se proyecta también hacia el futuro. Durante la elaboración del presente estudio hemos intentado mostrar la relevancia e influencia de un *canon nacional* que por su esencia mimética (Letamendia, 1997) y gracias a los beneficios que aporta, se habría extendido a lo largo y ancho del planeta en poco más de dos siglos. Se ha concluido además, que la influencia de la esfera internacional resulta básica en el surgimiento de los movimientos nacionales, tanto por el modelo estandarizado que se exporta y se copia por las ventajas logísticas e ideológicas que ofrece, como por el componente reactivo y distintivo que exhorta tanto al interior como al exterior de las comunidades, y que ayudará en su propia constitución como ente nacional. Las naciones ya constituidas que cuenten con un Estado mediante el que participar en las relaciones internacionales, habrán conseguido un objetivo político *deseado* tanto por los Estados de facto (Peg, 1998) como por las naciones sin Estado, que a menudo pondrán en marcha procesos constitutivos enmarcados en la arena de lo político. Una arena ésta, que se caracterizará por su carácter conflictual y por su esencia inacabada, no cerrada (Mouffe, 1985, 1999, 2007), donde las identidades políticas deberán ser negociadas mediante procesos dialógicos.

Además de certificar la existencia de un canon nacional que fomentaría el surgimiento de comunidades nacionales allí donde no las había anteriormente, también hemos tratado de demostrar que los procesos de construcción nacional articulados desde la subalternidad, siguen una serie de patrones y cánones que se rigen y estructuran en torno a la existencia de componentes ligados a un capital etnocultural nacional, a unas determinadas condiciones materiales (políticas, económicas, etc.), a la figura de un *poeta nacional* y al rol de la violencia.

La segunda de nuestras hipótesis defiende la idea de que las dos dimensiones que se encuentran en el seno de todo movimiento nacionalista (McCrone, 1998), una vertical relacionada con los elementos etnosimbólicos y otra horizontal que se refiere a las condiciones materiales del momento, se activarían, por un lado debido a la existencia de una violencia externa protagonizada por el Otro que amenaza a la comunidad (Bowman, 2001, 2003), y por otro gracias a la función divulgadora del poeta nacional. La importancia del capital etnosimbólico que englobaría aspectos tan relevantes como la lengua, la cultura o la simbología de una comunidad, sería manifiesta durante los procesos de construcción nacional, ya que éstos pasarían de un estado de latencia a un *momentum* de activación y visibilización, dando pie a procesos de construcción de la identidad política, básicos para el surgimiento de las naciones. Los detonantes para que esta activación se dé son múltiples, aunque aquellos relacionados con la dimensión vertical, se fundamentarían en un orgullo por la singularidad etnocultural del grupo por un lado, y en la figura antitética de la alteridad nacional por otro.

También defendíamos en la presente tesis doctoral, la idea de que la influencia de las condiciones materiales como la política o la economía, serían básicas en el surgimiento de las identidades y de los movimientos nacionalistas. Éstas se fundamentarán a menudo en la figura del Otro, hecho que derivará a su vez, en la articulación de un determinado movimiento nacionalista orientado a la defensa de los intereses materiales tanto de los individuos como de la comunidad. Según esta idea, pues, el nacionalismo vasco sería una respuesta defensiva que ciertas clases sociales darían ante unas determinadas condiciones materiales y políticas procedentes e impuestas desde el exterior, que amenazarían a su propio estatus en el seno de la comunidad (Brown, 2000).

Los seres humanos estructuran su vida diaria en torno a símbolos, valores y herramientas (Bohannon, 1992, 2001) que definen, qué debe hacerse y qué no. La cognición social determinará que conductas deben aceptarse o rechazarse en pos de lograr un *statu quo* en el seno de la comunidad, aunque los intereses individuales entrarán eventualmente en conflicto con los intereses del grupo. Las sociedades tienen mucho de cuerpo orgánico en el sentido de que cada elemento deberá cumplir su función o rol para que la entidad en cuestión sobreviva. Al igual que el cuerpo biológico, el cuerpo social precisa de una materia o pegamento (Durkheim, 1982) que mantenga unidos a todos sus miembros de un modo efectivo. En la presente tesis también hemos defendido la idea de que las comunidades orientarán sus acciones coercitivas hacia el establecimiento de unos límites rituales que establezcan que comportamientos políticos serán aceptados como legítimos y cuales serán marginados y repudiados por la comunidad nacional. Las anomalías que tal entidad sufra, serán consideradas dañinas e incluso herejías (Edelman, 1985), por lo que como si de una enfermedad se tratase, se extirparán y eliminarán de un modo físico o simbólico (Hage, 1995).

El eterno conflicto entre el Otro y el Nosotros étnico, cultural o político, se manifestaría con especial virulencia en los escenarios nacionales anteriormente descritos. Deducimos también que la figura del Otro resulta clave en el surgimiento de los movimientos constitutivos nacionales, así como en el de las diversas identidades políticas. Los humanos constituirán su propia cosmología individual a partir de las nociones sociales que adquieran del grupo al que pertenecen. La cognición humana establece límites infranqueables para definir tanto al individuo y su rol, como al grupo en general. Cualquier comportamiento anómalo será tachado de impuro y ritualmente contaminado (Douglas, 1970, 1973, 2003), ya que lo que no pertenece al Nosotros, lo hará a la alteridad (Liu Yongtao, 2010). La categoría del Otro estaría en la base de la siguiente de nuestras hipótesis, ya que éste encarnaría a los peligros de tipo étnico, cultural, político o militar, que amenazarían la supervivencia de la comunidad, y que derivarían en la activación de una serie de procesos orientados a la construcción nacional (Bowman, 2001, 2003). La violencia constitutiva protagonizada por el

Otro nacional, así como la violencia defensiva activada como respuesta a ésta, darían como resultado el surgimiento de una comunidad nacional que reivindicaría un determinado espacio geográfico, destinado a proteger tanto al grupo como al nuevo proyecto nacional. La violencia estaría también tras la activación de ciertos elementos como el capital etnocultural que derivarían a su vez en su implementación y en su defensa. Esta defensa se daría por parte tanto de la comunidad como de un poeta y de una serie de sujetos carismáticos, que harían uso de una delegación social otorgada por una comunidad que los consideraría como representantes y líderes nacionales. Estos poetas serían los activadores y los garantes del *deseo nacional* de la sociedad a la que pertenecen.

Argumentábamos también que la *etnogénesis* que se encuentra tras muchos de los procesos de descolonización del siglo XX que darán como resultado el resurgir de cientos de comunidades nacionales, se derivaría directamente del *deseo* del Nosotros subalterno, por constituirse como sujeto político y poder así llevar a cabo su propio *deseo nacional*. Estos cambios también serían el producto directo de los procesos constitutivos que se sitúan entre la indefinición de lo político y la consolidación de la política (Laclau & Mouffe, 2004). La lucha por el reconocimiento que se desata en la arena de lo político, estaría además directamente ligada a las retóricas reactivas sobre identidad basadas en la utilización de discursos dualistas y del lenguaje performativo, que el *poeta nacional* emplea para sus propósitos nacionales. El poeta nacional es capaz de articular mensajes y retóricas de la identidad para activar un capital etnosimbólico, unos valores y unos símbolos nacionales, que derivarán en la constitución de una cosmología de la comunidad orientada a la articulación de un proceso de construcción nacional.

Por otro lado, hemos intentado demostrar que los movimientos nacionalistas no preceden al *deseo nacional*, sino que son el resultado de éste. Del mismo modo que el imaginario y el lenguaje nacional preceden al sujeto nacional (Hage, 1995), el *deseo nacional* representaría a la fuente de sentimientos, voluntades y deseos constitutivos, de los que los sujetos nacionales se nutren para articular un determinado movimiento nacionalista orientado a la constitución de una nación que salvaguarde su capital etnocultural y sus intereses personales, pero que también haga lo propio con los de la comunidad. El sujeto nacional se adapta, en definitiva, a un contexto socio-histórico previo, asumiendo un determinado rol dentro del imaginario nacional existente y expresándose en consecuencia. La figura del poeta nacional resulta básica en la compilación y difusión de ese lenguaje nacional preciso para que los sujetos adquieran una conciencia nacional que los conmine a *desear* formar parte de una nación, bien sea porque ésta representa un espacio de protección ante ataques externos (Bowman, 2001, 2003), porque ofrece una serie de ventajas de tipo material (McCrone, 1998), porque representa un modelo o canon estandarizado a nivel global (Filipi, 2007), o porque

exhorta a la defensa y sublimación de un determinado capital etnosimbólico (Gurruchaga, 1985; Martínez, 1999).

Finalmente, hemos tratado de constatar que el *deseo nacional* sería en gran medida el producto de la historia y del capital etnocultural de la propia comunidad (Hage, 1995), y que por lo tanto todo lo que el sujeto nacional desearía ser, se derivaría en parte de lo que ya es, aunque éste no sea aún consciente de ello. El *deseo nacional* será, en definitiva, un deseo de expresar hacia afuera lo que ya se es por dentro, aunque sea preciso que se materialice por la inclusión de algún factor externo que provoque su activación. Los movimientos nacionalistas, y las naciones por extensión, serían la expresión de un deseo orientado al enaltecimiento de un Yo, pero sobre todo de un Nosotros, poseedor de un determinado capital etnosimbólico, de una cosmología social, de unos valores compartidos y sobre todo de una necesidad de ser reconocido ante el resto de sujetos y de comunidades. El rol del poeta nacional será fundamental en esa tarea, ya que éste activará y dará forma a un capital nacional ya existente, y además orientará comportamientos hacia un fin determinado, la articulación y difusión de una nación que proteja al grupo y a su legado etnocultural de los peligros y las amenazas que representa la alteridad nacional.

El aspecto más grave de la abolición foral <<fue el dejar un pueblo inconstituido>>, el pueblo vasco, con el pretexto de construir otro llamado España. (Lorenzo Espinosa, 2006: 29)

La principal de nuestras reflexiones finales, trataría de evidenciar, pues, que el *deseo nacional* que se encuentra tras el surgimiento del movimiento nacionalista vasco, se derivaría en gran medida de un fuerte sentimiento de unidad grupal, de una serie de identidades políticas compartidas y de unas condiciones materiales, que no harían sino despertar y activar un capital etnosimbólico ya existente, orientándolo hacia la constitución de un espacio nacional internacionalmente reconocido, en el que proteger a los conciudadanos nacionales así como a su legado étnico, social y cultural. El encargado de realizar dicha acción es el poeta nacional, un sujeto carismático que es elegido por la comunidad para defender y difundir un *deseo nacional* que sublime la cosmología y singularidad etnosimbólica de la comunidad.

Limitaciones del Estudio

Durante la presente tesis doctoral nos hemos topado con una serie de obstáculos de diverso carácter que hemos ido salvando sobre la marcha. No obstante, nos hemos visto ante la necesidad de plantearnos la conveniencia de realizar futuros estudios que sean más específicos y exhaustivos en algunos de los aspectos que hemos ido tratando.

La primera de las limitaciones que esta tesis doctoral podría presentar, estaría directamente ligada a su carácter esencialmente teórico. Existen ciertas limitaciones desde una perspectiva analítica y de investigación participativa, ya que no se han refrendado algunos de los datos teóricos con otros obtenidos de un posible trabajo de campo. Existen dos vertientes en los estudios antropológicos, que aunque fundamentándose en los mismos criterios científicos, obtienen la información e interpretan ésta de un modo diferente. Existe por un lado, una perspectiva *etic* de carácter puramente teórico, y otra perspectiva *emic* que primaría los estudios de campo donde el investigador entraría en contacto directo con su objeto de estudio. Cada una de las dinámicas de investigación tendría sus pros y sus contras. La falta de una observación participante sería una de esas limitaciones que deberíamos tener en cuenta para futuros estudios sobre este tema.

Otras de las posibles limitaciones de la presente tesis doctoral ha sido la de centrarse principalmente en un caso de estudio, el vasco, ya que a pesar de haber citado y analizado otros casos de movimientos nacionalistas, no se ha realizado un estudio comparativo intensivo como tal, salvo en algunos apartados muy específicos como aquellos referentes al uso de la violencia y al de la constitución de las identidades nacionales. Los inconvenientes derivados de la ausencia de un análisis sistemático entre dos o más casos de estudio, se han tratado de solventar mediante la exposición de múltiples ejemplos comparados de carácter más específico y reducido en determinados apartados del este estudio.

Futuras líneas de investigación

En la presente tesis doctoral se han intentado analizar y describir una serie de fenómenos enmarcados en la dimensión de los sentimientos, de los valores y de las emociones, que estarían tras la constitución de los movimientos nacionalistas. Hemos tratado de estudiar estos elementos desde una serie de campos científicos que nos han ayudado a comprender su funcionamiento, sus lógicas constitutivas y sus modos de difusión. No obstante, también nos hemos percatado de que existe

en el seno de estos movimientos culturales, sociales y políticos, una esfera psicológica del individuo que debería tenerse muy en cuenta para futuros estudios. La sociología y la historia se ven a menudo inmersas en un tipo de estudio que se centraría exclusivamente en el análisis de los comportamientos del grupo. La filosofía y la antropología podrían adaptarse más adecuadamente a un tipo de estudio que se centrara en el grupo, pero también en el individuo. No obstante, para llevar a cabo investigaciones que se centren exclusivamente en la dimensión interna de las emociones, de los valores e intereses propios del sujeto nacional, convendría acudir a un campo científico tan especializado como la psicología. Sería aconsejable por lo tanto, la realización en el futuro de un estudio que prime un acercamiento psicológico al sujeto portador del *deseo nacional*, ya que de este modo lograríamos descubrir y comprender el surgimiento y funcionamiento de una serie de impulsos, estrategias y emociones que los sujetos experimentan a nivel interpersonal, pero que conformarían el entramado sobre el que se constituirán a posteriori los movimientos nacionalistas de los que derivará el surgimiento de la nación.

Señalábamos anteriormente que una de las limitaciones de la presente tesis doctoral ha sido la no realización de un trabajo de campo exhaustivo que recogiera datos sobre el objeto de estudio de un modo participante. Pues bien, otro aspecto a tener en cuenta para futuros estudios sobre el deseo nacional, sería el de optar por un tipo de investigación participativa asociada habitualmente a la antropología social y cultural, pero que en este caso debería trabajar conjuntamente con conceptos, nociones y estrategias de investigación provenientes de otro campo como es la psicología.

Por otro lado, también sería aconsejable acudir a un campo tan especializado dentro de la psicología, como es la psicología social, ya que ésta entiende el comportamiento humano como resultado de la interacción de estados mentales y situaciones sociales inmediatas. Hablamos de un campo científico interdisciplinar que salvaría el espacio entre la psicología y la sociología, y que se centraría en el estudio de una conciencia colectiva, sobre la que en nuestra opinión podría sustentarse el origen e implementación del *deseo nacional*. Nuestro objetivo para un futuro estudio sería, pues, plasmar la correlación de fuerzas existente entre la psicología de la comunidad y los intereses personales del individuo durante los procesos de construcción nacional.

Introduction

In the era of the global village, nations have not lost the legitimacy they held decades ago. These remain to be the hegemonic political systems of yesteryear, and still continue to guide the socio-political reality of our societies, as well as the reality of international relations.

Maybe the economic, cultural and migratory flows resulting from globalization have hybridized (Young, 1995) some of our customs, certain habits and even values and beliefs we considered immutable. However, we continue to structure our world by cognitive and symbolic categories that constantly feed on nationalism.

Sport, culture, art and virtually all the other areas related to our daily life, are imbued with the national spirit that our parents and grandparents have also known. The nation, its essence and influence, change and mutate, but do not dissipate or disappear. The nation continues to constitute political identities that are articulated by elements with an ethno-symbolic character. These elements remain in a latency state waiting for some external factors to activate them. We talk about a decisive momentum where feelings and those elements shape us as individuals but also as part of a community (language, beliefs or values), take a special relevance and begin to guide our behaviour towards other subjects.

But, what are the forces that drive people to feel part of a national community? Why are they proud of the achievements and victories of the community they are apart of? Why do they wish to join that invisible but real entity called nation? Why do they require the national recognition from others?

Renan considered that having a past and common obligations is what induces a company to act as a nation, and therefore " with regard to national memories, mourning is worth more than victories; because they impose duties; they ask for a common effort. " (Renan, 1988: 83)

German romanticism understood the concept of a nation as the union of individuals around a cultural and linguistic community built around the concept of *Volksgeist* or spirit of the people. For these, the nation was the awakening, the resurgence of an ethno-symbolic capital that had been ignored for a long period of time.

More contemporary authors, however, believe that nations are the result of a series of material conditions and class interests (Brown, 2000), which will aim to achieve their own objectives. These would be no more than imagined

communities (Anderson, 1983) capable of binding destinations towards the articulation of a national body to safeguard a series of individual interests, but shared at a time.

On the contrary, authors like Glenn Bowman (2001, 2003) will be critical of this type of interpretation, calling them static and accusing them of giving explanations to be fulfilled per se, also ignoring such important elements as the role of nationalist violence. The role of violence to which we refer to, will guide much of our study.

Whatever the different interpretations of nationalist movements and the emergence of nations are, we must point out that this is a modern and standardized political canon that has effectively spread across the globe in just over two centuries. This also would have overtones that will diminish their influence both on an individual and on a social level in the short term.

There are many questions but even more answers that arise and emerge from the studies referring to the rise, standardization and expansion of nationalist movements and nations. In this thesis we try to answer some of these questions, for which we have proposed a kind of mainly theoretical study that will analyze each of the elements that we consider essential in the activation process of a national consciousness, which will eventually result in the articulation of a given nationalist movement. Our case of study will be the Basque nationalist movement and by extension the Basque nation, a nation that, although lacking of a State to represent it in the complex web of international relations, is well known by the international community for developing a remarkable political and paradiplomatic activity and for having had the last active armed conflict in Europe until recently.

The main theoretical concept that will guide the development of this study will be the national desire, a category of analysis that we think would be behind all activation process and national constitution both in the past and in the present.

As we advanced previously, this is a predominantly theoretical study, so we will not have a specific section as such. Notions and theoretical concepts we use will be applied in a concrete way in each of the chapters that will try to reveal the emergence, operation and dissemination of the Basque nationalist movement. We could suggest, therefore, that we face a study where an analytic transversal prevails, and the theoretical contributions will soak each of the chapters geared to the specific study of the various triggers of the emergence of nationalist movements.

The first chapter of this study will focus on the analysis of international relations and the international society, as they largely regulate the framework of relations established between the nations themselves, to avoid possible political or military conflicts through the use of politics and diplomacy (Yongtao, 2010). We will also try to define and analyze the national canon, a category that will be copied by other nations, due to logistical, structural and ideological advantages. The nation as a political structure would propagate, as it is a standardized model that will offer a number of advantages to political communities, to which they can't resign, because doing so would leave them disadvantaged against other communities.

In the second chapter we will talk about the influence that the two dimensions of nationalism have on the national constituent processes (McCrone, 1998). The vertical dimension will be associated with ethno-symbolic elements, and the horizontal dimension will be linked to the material conditions of the moment. Without the proper socio-historical conditions that create the propitious environment and without a cultural and symbolic capital to provide an objective base on which to build something new, the emergence of nations would not be possible. The language, the culture, the religion, the history, the politics and the economics are just some of the elements associated with the two dimensions of nationalism. We can't ignore the importance that the ethno-symbolic features have in the ideological articulation of nationalist cosmologies that will eventually result in the creation of entities as solid and apparently as old as nations. Ethno-cultural features, as the community shares them, can have a constitutive power oriented to the building of the nation; nevertheless they will require a number of external factors that will activate them.

The features of the group identification are only made objective when they are provided with a social meaning. This is the proper ideological, subjective and politic moment of the nationalism, that is, which makes the cultural components of the nation symbolizing them and mythologizing them beyond their empirically objectified content. (De la Encina, 2004: 266)

In the third and fourth chapter we will try to clarify and define the elements that differentiate the political from the politics, both basic aspects in the process of nation building. Nations are formed from something that already exists, an ethno-cultural capital, common values, and a history. However, these elements must be *performativized* (Bourdieu, 1985) to acquire the needed relevance that allows them to start a process of national construction. These constituent processes will initially be contextualized in a space linked to the political, a space of claims and constant conflicts and negotiations, from where a recognized national body must be born. Once the training process is completed, we will discuss politics, a necessary tool to manage, protect and promote the nation.

Violence is often a factor not taken into account in the process of nation building. However, in this thesis we argue that violence is a decisive factor in the emergence of nations. In chapter five we will analyze various types of violence that we presume are at the base of the emergence of nationalist movements. The violence articulated by the Other national, will help building an Us that will oppose to it (Bowman, 2001, 2003), through the articulation of a counter-violence of defensive nature. On the other hand, it will be a sublimation of a differential ethno-cultural capital to be presented as superior and immutable.

Although there are a number of external elements to the community that are essential in the activating processes oriented to the building of a nation and the awakening of a national consciousness based on ethno-symbolic elements of the community. In chapter six we argue that for this process to be possible, it is necessary to have the figure of a national poet; a poet who gathers and disseminates the ethno-symbolic feel of the community, so that it carries out a process of a national construction. When the mid-19th century Iparragirre wrote his famous song " Gernikako Arbola ", he was probably not aware that he was laying the ideological, moral and emotional foundations which decades later made the Basque nationalist movement arise with great force within the Basque society.

In the last chapter of this thesis, we will make a compilation of the elements and theoretical concepts previously exposed, to try to shape what is the epicenter of our research; the national desire. In this seventh chapter we analyze and reveal the role of the impulses and notions of emotional, cognitive and symbolic nature that would guide the behavior of individuals into a dynamic of nation building. The aspect of desire is essential in the processes of political or national constitution. Without desire and ambition, there is little hope that encourages individuals to strive for being part of a group. It would be of little use to have a cultural capital and a shared symbolic, if this doesn't become the desired ideological reference of the community.

Finally, it would be convenient to clarify that this thesis will be developed within the parameters required to achieve international mention. For that reason, some of it will be written and discussed in English. This process will use three different languages. The ancestral language of the Basque people, Euskera, should have a privileged place in this thesis, however, for various reasons of logistics and analytical nature, it only will be used in a privileged way in the section of the acknowledgments. However, because we are doing a study that focuses heavily on the analysis of Basque nationalism, the language that is ideologically associated will constantly appear in this thesis as historical allusions, quotations or concepts associated with culture, language and ultimately to the Basque nation. The other two languages that will be used for

the realization and defense of this study will be Castilian and as we mentioned earlier, English.

The national desire

The elements, which we have now presented and analyzed are essential components of the first study object of this dissertation, which is none other than the *national desire*. The subjects/individuals such as the national ones, need a motor, an internal force or a *desire* which impulses and invites them to fight for their own recognition before the Other. Authors such as Hegel (1806) and Lanca (2004) among others, suggest that recognition is an essential part of the desire, as without the first one the subject/individual cannot feel satisfied in his aspirations.

The existence of a national canon that the various political communities want to copy because of the strategic advantages it offers; the defense of the ethno-symbolic capital compiles the cultural values of the group and the condensed symbols or traditions, the needs for survival of the subjects against an external violence that threatens the community in this matter, or the emergence of the poet who, by articulating *performative* discourses, exalts the Us facing the Other, and requires that the national desire emerges and expands effectively within the community.

The national desire as a research field, aims to highlight the elements, which facilitate, if not even make possible, the emergence of a certain national movement: the Basque. Beyond the theories of the Basque nationalist movement, which are based exclusively on ethno-cultural, legal or historical aspects that have been stated previously by many experts, the national desire tries to show the *constitutive essence* forged in the sphere of feelings, symbols and values. It is necessary to keep in mind that the final outcome of the national desire stated by the national movements, is the construction of the nation itself. Ernest Gellner (1997) argues that nationalism is the one that conceives nation and not the other way around.

The desire as a theoretical concept has been studied mainly in philosophy, psychology and especially by psychoanalysts. However, we have also tried to carry out an approach to the term from an anthropological standpoint, a discipline that is moreover closer to political science.

According to Calvo Martínez (1978), Plato suggests that the desire explains the movement since it can move into the opposite direction than the reasoning. The reasoning by contrast could not move itself without the presence of the desire. In the words of Gonzalo Hernández,

The desire puts us to work; it moves us, pushes us, guides us, and motivates us to search. Desire is, in this sense, a recognition of human imperfection, the lack, the absence of something that we find important for some reason. (Hernandez, 2002: 2)

Lacan (2004) also stands up for the idea that desire represents the notion of the last resort; a lack of something that the subjects require to feel complete. In the words of this author, desire is something that can never be completely satisfied.

The national desire we are talking about in this study will therefore make reference to the wish to achieve status, an identity and a nationally institutionalized essence that could count on the same privileges of those nations in possession of a national canon reflected by the establishment of a sovereign state. It is the lack of a recognized state which could embrace the existing nation or that wants to exist which impulses the subjects to desire something which they do not yet possess. Hernández (2002) affirms that desire produces discomfort because it tries to achieve something that one doesn't possess and at the same time it enables us to get in touch with the Other; The Other which is foreign to us and that we wish it would be ours. But the Other doesn't limit itself to the substantive but also refers to the category of the Other as a subject, which is necessary within the desire.

Lacan suggests that desire is always the desire of the Other, displayed in two different dimensions. On one hand it is true that desire would also be wanted from the Other, which is the search of a kind of recognition of oneself and of the own desire. On the other hand Lacan states that what makes something desirable is that it is also desired by the other subjects. From this fact we could partially derive the referring idea of regarding the assumption or individual acquisition of a national desire that also is experimented in groups since the subject as an independent individual would be attracted to what also appeals to the group. One might definitely suggest that what is wanted by the group is also desirable and desired by the individual. In this sense, individuals wish to be national subjects, because the rest of the citizens desire the same. Therefore, the existence of a favorable ideological and social context would be necessary to favour the individual emergence of political subjects. Ghassan Hage (1995) reminds that the national language and the imaginary that it engenders precede the construction of the national subject and not the contrary. This national imagination would be the product of the previous political-cultural interaction of the group, and therefore the political subjects who subsequently called to defend and to establish would be constituted.

This process could be reversed in the case of the national poet as a symbolical and fiscal representation of the goodwill of the society (Bourdieu, 1985, 1987, 1991, 1997). In addition, the group as a whole or as individual subjects can perceive the performative message that is transmitted by the poet which represents the will of the community converting it automatically to be desired by the rest of the co-national subjects. If we previously talked about an irradiation of the desire from the group to the individual, in the case of the poet this would be given directionality in a reverse mode, as the poet, despite being a single subject, symbolically represents the group entity.

The anxiety and frustration, which provokes the absence of the desired, is what pushes us to fight to achieve it and it is this fight where the subjects should articulate their strategies, which help them to achieve their aims. Therefore we could think that the Basques articulate a nationalist movement at the end of the 19th century to satisfy their *desires*, which are in this moment emphasized by its political, cultural and ethnic character. It is political because the Basques *desire* to recover what has been stripped from them; the *foral* system. It is cultural because the Basques *desire* to protect what characterizes them, the difference from the rest and especially what unites them: a language and an original culture. Finally, it is ethnic because the Basques do not *desire to hybridize a race*, symbols and values, which have been preserved in a pure form and which have resisted several attempts of different empires throughout the centuries.

The first linguistic impulse from Arana, an intimate connection with the independence movement has a direct relation with the *desire* of isolation from Spain and the immigrants. Sabino thinks that euskera is a useful element to resist and to hide, and therefore for the preservation of the religion and the autochthon morality against the invasion of bad habits, immorality or the missing faith of Spanish liberals (Lorenzo, 2006: 104).

In this sense, the nationalist movements could be understood as a constitutive process, which emerge to a large extent as an answer towards a desire to satisfy. The nationalisms would be largely guided by political strategy, culturally and discursively orientated to satisfy the wish that the desire puts into the individuals and the community in general. Once the English colonies overseas rose up against the British metropolis in the end of the 18th century, they *desired* not to be subjugated anymore by London, not to be exploited and plundered by laws and taxes, which they considered abusive and unfair. The wish to place a new political status that freed them of this external injustice emerged in a time when the constitution of the North American nation used a defensive strategy towards a violent British one that we could consider as constitutive (Bowman, 2001, 2003).

In 1789 (only 6 years after signing the Versailles treaty in which the United States were recognized as an independent nation) in France the national assembly proclaims itself, the *desire* of the subjects head to establish a political system based on the principles of (political) liberty, (social) equality and (among the conational subject) fraternity where popular sovereignty is its strongest indicator.

The constitutive process of the German national movement distinguishes itself in its ideology and its organization from the North American and the French nationalisms. It's however even more close to the first Basque national movement in which both are based mainly in ethno-cultural elements such as the language or traditions. The German Romantic Movement *desires* to create a nation within an ethnic framework, which is based in the ancestral idea and a common language. The German nation, based on Volk (people), tries to satisfy the linguistic, cultural and especially ethnic aspirations which the *desire* awakens the German poet and the Germanic political subject.

On the other hand, Hernandez suggests that desire is after all the instigator for why history continues, because without desire, social immobility and conformity would rule everywhere.

The desire as a place, and as a power that encourages us to be, to unfold our being, to realize this "We", that is the desire as a space of freedom within the auto-construction as subjects. We could see the outcomes of the culture of humanity as a metaphor of the desire of the subjects: the desire to have, to know, to do. (Hernández, 2002: 6).

Ernest Renan also perceives a desire behind every nation but distances it from any racial or linguistic dogmatism and obliterates the importance of religion or geography. "We have seen that it just has not been enough to create such a spiritual principle: race, language, interested, religious affinity geography, military needs. What else is needed?" (Renan, 1882: 10). With the words of the French philosopher and historian, the nation sustains a desire to share a past and a future with the rest of the subjects of the community.

A nation is a soul, a spiritual principle. Two things, which in truth are but one, constitute this soul or spiritual principle. One lies in the past, one in the present. One is the possession in common of a rich legacy of memories; the other is present-day consent, the desire to live together, the will to perpetuate the value of the heritage that one has received in an undivided form... To have common glories in the past and to have a common will in the present; to have performed great deeds together, to wish to still perform more - these are the essential conditions for being a people. (Renan, 1882: 10).

Renan notices somewhat the nation as a national myth tied to the past but influences directly as well as the common present and future of the subjects of the community that should be supportive among each other. The nation would definitely be a product of a desire to “live together“ and to maintain this kind of heritage of the ancestors.

A nation is therefore a great solidarity constituted by the feeling of sacrifices made and the ones still disposed to make. It presupposes a past but is reiterated in the present by a tangible fact: consent, the clearly expressed desire to continue a common life. (Renan, 1882: 11).

According to Renan, the concept of what a nation is contains some of the characteristics to which we referred to in the previous chapters. The past is fundamental for the constitution of the national communities as this already divides a series of elements of symbolic and ideological cultural character based on historic (real or fictional) arguments which drive the emergence of solidarity among the subjects of the questioned group. Just as the myths help to remember and to cement the past, the rites contribute to strengthen the present and to construct the future. The myths and the rites exalt the ethno-cultural capital through the presentation of a series of condensed symbols, which are capable to guide the behavior of the members of the nation. All these elements to which we refer to, can be found to a large degree in the vertical dimension of the nationalisms (McCrone, 1998) and would ultimately be up to those in charge to encourage the national solidarity to which Renan refers.

Although Renan is reluctant to accept the phenotypic components as fundamental in the development of nationalist movements, there are in fact cases such as the Basque or German, in which the racial component has become essential in the articulation of identity rhetoric.

The truth of the matter is that there are no pure races; making politics depend on ethnographic analysis, and have it repose on a chimera. The most noble countries — England, France, and Italy — are those in which blood is the most mixed. Is Germany in this respect an exception? Is it a purely Germanic country? What an illusion! (Renan, 1882: 6)

We should further highlight the role, which has had the language in many processes of national construction such as Basque. In the Basque case, *euskera* has been an efficient catalyst and disposer of national essence, especially in times where cultural and political elements were marginalized, reviled and even prohibited. Languages, besides being a communication tool, are also a powerful performative element capable of creating ideological and political *realities*. The

discourses and rhetoric politics are capable of generating desires but they can also manage the members of the community.

Within the vertical dimension of nationalisms to which we referred, there are components such as language, culture, traditional history or ethnicity, which are in this sphere deeply influenced by the existence of a shared desire. The latter is another issue that we face when analyzing such an abstract concept.

Is the desire an expression of the Me or otherwise does it represent a plural *reality* of the community? Psychoanalysis and Philosophy consider that the desire responds to individual issues of the human being rather than demands of the group or the community. Social Psychology and Social and Cultural Anthropology consider that the desire could be interpreted as a social act, which however is often expressed in an individual way.

Moreover, we could find many psychological expressions featured by the subjects that merely respond to socio-cultural issues.

There are also a number of other aspects linked with the desire within our societies, which we also consider as inherent to the subject but which constitute within a socio-cultural context. Wanting to possess economic and political power or to have a remarkable social prestige are like the aspects of national desire. These are realities that require a cultural context where it acquires a meaning. For example, what would be the role of a millionaire in a society where money had no value? The desire in a political, social and cultural sense isn't therefore a simple individual fact but responds to group and socio-cultural issues, which in most cases are guided by standards of behavior within societies, and human groups. In the same way that the standards of beauty are not the same in different cultures, neither are the desires that are conceived and assimilate through them. The national desire is in this sense dual and as it responds to an individual *reality* related to social acceptance and prestige also should be interpreted in the context of political action filled with highly symbolic and performative meanings. Like the rest of socio-cultural human manifestations, politics are a group *reality*. For there to exist language, social and cultural development, among other symbols or politics there must also be an interaction between at least two subjects.

RAE defines the desire as an "affective movement toward something wanted", which, as mentioned earlier, refers to a change or evolution of the current situation to another desired and therefore different scenario. We also remembered previously that this movement towards desire is twofold since it has an individual dimension related to the prestige and social acceptance of oneself

and another dimension, which lies in the social arena. It is this social and community dimension that we will further focus on.

Clifford Geertz (1992) suggest that culture is a warp of meanings through which human beings interpret their experience and guide their action. The social structure would be then the way how to take that action. According to Geertz, Symbolic Anthropology, also called interpretative or hermeneutics is responsible for the understanding of social facts from the perspective of the actors and their intentions. Durkheim (1982) and the structuralists, including Levi Strauss (1972, 1973) or Mary Douglas (2003, 2013) however tend to explain the social sphere from sociological and structuralist anthropology. According to Geertz, Symbolic Anthropology, also it called interpretative or hermeneutics, is responsible for the understanding of social facts from the perspective of the actors and their intentions. Durkheim (1982) and the structuralists, including Levi could also highlight Strauss (1972, 1973) or Mary Douglas (2003, 2013), however tend to explain the social sphere from sociological anthropology and structuralism. While Geertz highlights the psychological sphere of the social manifestations of the individual, Douglas and Levi Strauss emphasize the relevance of social norms and laws that regulate and guide the behavior of the individual.

Anthropologists sociologists such as Durkheim, suggest that social life is a moral community and a system of values. These values appear in social representations such as religion but this wouldn't be a way to represent the belonging to that community. Human societies have a number of symbols that bind together meanings and that are also units of condensed knowledge and emotion. Social *reality* would be built on symbols that transmit values, meanings and messages that convey feelings and emotions and that invite social action. The symbols would be therefore powerful tools of political guidance. From this perspective the *national desire* that a person manifests in public would be orientated/guided to show an ideological *communion* with the group in order to strengthen their own social status. This ideological communion would be partly the result of a cohesive and coercive influence of condensed symbols whether they are political, religious or cultural. Durkheim suggests that social life consists of shared values, which appear, in symbols, highlighting them in a privileged way during rituals. The national desire is expressed in its social dimension through public participation in religious, cultural and political rituals aiming towards the nation building. Reproduction and defense of national condensed symbols such as language, some cultural expressions or anthems and national flags represent among others something of a social action of the subject orientated within the national community. This would be also considered as a patriotic act that would help to a large extent to strengthen and unite the group. In this context of symbolic ritual action, the subject would participate in a collective national desire, perceived as part of a moral community that shares a code of values

(Durkheim, 1998). Turner and Douglas would also coincide in this regard as both believe that the collective representations and national rituals (anthems, military parades and discourses among others) would be the factor that would keep societies together. In this sense, symbols and rituals (including those related to the national desire) could be seen as privileged tools of representation of the structure and social values that unite, that structure and regenerate social life. In the opinion of these two structuralist authors, culture would be in charge of organizing the world outside based on a series of categories. Human groups would assign meanings to symbols turning them into the national community standards. The national desire would therefore be regulated by a series of codes and signs, which acquire meanings as an opposition to other symbols. This type of dual interpretations of the *reality* would arise from the antagonistic categories of the We and the They, the *sacred* and the *profane*, the *friend* and *foe*. The national desire would ultimately be a social representation of the sacred and the We and the fatherland would be by extension this sacred territory orienting in order to shelter the national We.

Glenn Bowman (2001, 2003) conceived nationalism as a process orientated in order to build a nation; a space imagined and therefore desired in which everything is protected, which represents the national desire. The fatherland is sacred because it represents the highest values of the community, whether they are of cultural, political or religious nature. Bowman reminds that the Palestine nation is constituted from a sacred category, Islam, which provides the necessary elements to articulate a national resistance against the Zionist invasion. The national desire would be based in this context as a desire to defend and maintain cultural identity linked directly to religion. However, the sacred does not go beyond religion, as it is a category that represents some rituals but mostly symbolic elements that support the cosmology of the community.

Just as for Bowman religion (the sacred) stands in the Palestinian case for a differentiator that sets boundaries between the Us and Them the sacred is for Mary Douglas (1970, 1971, 2003 and 2013) is based on the clean and contaminated duality (in a ritual sense) which also separates the Other from Us. The desire of the community aims to maintain its internal essence clean, reviling any element that threatens the established rules and limits. The national desire also could be interpreted from this perspective as national subjects establish a set of rules and limits that indicate what is nationally acceptable and what not. Just as waving a Spanish flag in a largely *abertzale* place would be considered a provocative gesture and therefore ritually polluted, a threat against the ideological, symbolic or moral cosmology that will be denounced, attacked and banished by the community.

Mary Douglas believes that human cognition is what establishes ultimately what the rules of the games in the space of a community are. The subjects set limits, which indicate what is acceptable, and what is taboo and therefore dangerous. Both Mary Douglas as Pierre Bourdieu (1972, 1985, 1987, 1991, 1997 and 1999) believe that the limits set ritually by humans contain a laminar space more than only to cross boundaries serve to enshrine the difference and therefore avoid that those limits are transferred. The ritually pure would be in the from the limit part of what is the We, the contaminated and dangerous on the other side, which would be considered the natural habitat of the Other. The national desire would establish by this logic what is permitted, pure and sacred, and what is ritually contaminated and should be excluded from the community. Nationalist movements have traditionally established such limits and liminal spaces to segregate, marginalize, expel or even eliminate the other national. Glenn Bowman (2001, 2003) indicates that in the case of former Yugoslavia, nationalist rhetoric orientated to a national constitution, which was based on that image of purity linked to the We/Us and the unclean associated with the Other, which should be eliminated for the danger that its mere existence represents. The impure and the dangerous embodied in Bowman's work by the existence of a constitutive violence, which is often imagined but almost always leads to the articulation of a defensive violence that constitutes the nationalist movement itself. Bowman indicates that there is a need for a national enemy to justify national solidarity and therefore the national desire. This desire emerges when once long there emerges a feeling of being threatened by the existence of an Other national.

Ghassan Hage (1995) also suspects the existence of limits imposed by national subjects, to exclude the Other national since it is not part of their national desire. In this case it is justified to stay that it is not natural subject of the Fatherland. The Other national would be separated from the Us and the national desire for its origin. This would additionally, in the words of Hage, be in danger of being "domesticated" or "exterminated". Hage also notes that while national subjects are constituted from the concept of national desire or national goodwill, the Other would be constituted and represented as a national counter-will who symbolizes a grave danger to the national community. As well as Bowman, Hage alludes to the existence of the limits related to the liminal space that has been studied by Mary Douglas and usually established to separate the sacred from the impure, and that also would separate the national desire for national anti-will national. All anomalies that threaten the existence of a moral, social or political order will be categorized as dangerous, and therefore will be removed and placed outside the community (either in a symbolic or even a physical form). The subjects and impure or bizarre behavior may be *tabooed*, marginalized or even eliminated, as there is already a number of standards set by the community, which define what can be done and what cannot be done, and therefore what is on one limit, the

ritual limit, and what it is on the other. The dualistic categories associated with political and national identities derive from a large extent from such classifications. National violence on the other side shall ensure the ideological or physically elimination of the Other national as it represents the impure and therefore be considered a serious threat to the survival of the national community. Just like the Nazis eliminated millions of Jews and Gypsies during World War II because supposedly they represented a racial anomaly and ritual impurity that threatened the German national desire, the Franco regime finished with hundreds of thousands of communists, anarchists, republicans and *abertzales* during and after the Spanish Civil War, because they also represent to the dictator a threat against the moral and ideological purity (in a purely religious sense) of the Spanish nation.

The extermination of the Other nation to which refer both Hage and Bowman is a phenomenon that occurs both within the hegemonic community and the subaltern. Zulaika (1996) suggests that ETA homicides carried out for more than five decades against the police, the military, politicians or *squealers* are performed in a highly ritualistic way in which they are also separated from the moral community as affectively (to the point of being animalized). These would be placed beyond the limit that the national community has established itself as pure and moral and therefore will be considered subjects to perform abnormal and impure actions and should therefore be eliminated. This kind of political violence directly associated with the defensive violence Bowman studies shall be interpreted as a guarantor of national desire, and carrying it out will be considered by the national community as legitimate and necessary. The subjects that inflict it should be well-treated and remembered by the community as patriots and national heroes.

Although these violent acts are in most cases contrary to the civic approaches of today and also puts into question their ethnic-moral character, they fail in many cases to unite themselves. Thus, the national community that carried them out in a very effective way as the constitution of an enemy to defend and to attack strengthens the Us that it opposes ideologically and / or militarily. Glenn Bowman (2001, 2003) reminds in this context that the Palestinian nation is formed from the otherness represented by Zionism, embodied in the figure of some impure and dangerous in a military and ritual way. It also affects the national figure of the Other national (in this case internally) to explain the emergence of the various national movements in the former Yugoslavia. The Other national is often being transformed into a category associated with otherness and the liminal, essential for the nation building as it symbolically establishes a series of limits that decree is virtuous (We) and what is abnormal (the others).

Hage (1995) points out that nationalism symbolically and discursively need to build an Other national to build himself or herself in opposition to it. This also reminds that in the case of Bosnia, from the standpoint of the Serbs, what was and who were exterminated was a national anti-will displayed by the Other national, that prevented the Serbian nation in its own nation-building. The political violence carried out within national contexts is, to say it with Bowman's and Hage's words, a 'resource that political communities use to unite and strengthen its own internal links and also to establish a set of boundaries that separate the Us of the Other.' These actions will lead in most cases to a consolidation of intergroup relations, manifested by the exaltation of patriotic military heroic deeds constantly reproduced through national rites (speeches, parades, etc.). Although these contemporary patriotic deeds reproduce by highly performative rituals, societies also need a historical capital associated with former military victories that are staged by the presentation of various national myths. The national desire would be personified in both, the rites and myths, which allude to the national essence of patriotic desire. The rituals and myths associated with this national desire are often based on patriotic actions with a high symbolic value like national holidays such as the Fourth of July in the United States, the Constitution Day in Spain or Aberri Eguna (Day of the Basque Fatherland) in Euskadi.

The national desire would be linked largely to the use of violence (not necessarily physical or military), both to articulate a desired self-defense and to attack what it threatens. The constitutive violence (Bowman, 2001, 2003) becomes a desire that it hasn't been previously. In the words of Bowman, the constitutive violence that emerges in a particular cultural, religious or political way causes that the attacked subjects need to form a new national entity for its own self-defense. During this process, the ethno-cultural capital mutates into national desire, as the attacked community considers it necessary to begin an immediate process of nation building for its self-defense. The arguments and justifications for it can be of cultural, linguistic, political or religious character but the final product tends to be always the same: the nation. In these cases, the community considers the establishment of a national canon offering the guarantees necessary for his own survival (and your ethno-cultural capital) necessary. Sabino Arana considered in the late nineteenth century that it was necessary to form a new modern political movement in Euskal Herria which was internationally standardized and that would defend the political interests and the ethno-cultural capital of the Basques being attacked from Spain, especially after the abolition of the Fueros in 1876. Arana realized that gaining recognition from other nations and to conclude international agreements was fundamental for the achievement of his political project. Arana's action on the international level will be represented in a series of plans for contacts and telegrams sending to various addressees with the cause of support or nationalistic wishes. In all of

them, we notice a pretend estimation for England that would serve to understand one of the most spectacular plans attributed by the Arana brothers: the possibility of changing the Basque status, dependent on Spain, towards a British protectorate that wouldn't be a dominion, as first step towards independence (Espinosa, 2006: 110).

While the social dimension of the national desire is based largely on human cognition that establishes social limits of a ritual character and implements and the use of identity rhetoric based on dualistic discourses and at the same time when prominence procures to performative language, the individual or psychological dimension of this desire, works differently. We talked earlier about the importance of power and social prestige for the processes in which subjects acquire their own individual roles and define their associative and discursive strategies. This behavior would be based largely on the psychological dimension of the national desire to which we referred to above. The national desire moved to the psychological sphere is directly reflected in the patterns of behavior of individuals as well as their practices. Clifford Geertz (1992) states that social facts are especially values and intentions that are embedded in everyday practice. It is the manifestation of a profound ethos that should be analyzed in a contextualized way. Although Geertz shares Durkheim's idea that cultures are made up of symbols and shared collective representations, he understands society-culture relationships very differently. For Geertz it is intentionality that guides the behavior and action of the individuals, as it forms part of the culture, so the psychological sphere would be somehow linked to the social sphere of the national desire. However, it is possible to observe an individual intent in the actions of the subjects, usually because they seek their own social benefit in the form of power, prestige, security or alliance.

Therefore we understand that the national desire of the subjects would have two dimensions, a psychologically oriented one to its own individual welfare, and another social one that is characterized on one hand because the subject reaffirms interests within the group, and on the other that it would invite the subject to social and political action. From the last statement we could frame elements such as patriotism that Hage (1995) considers as an essential part of the constituent processes nationalists.

Geertz believes that culture (and therefore society) is a world of deep significance that should be analyzed. Subjects experience a range of emotions, impulses and experiences that guide their behavior. However, from the point of view of interpretive anthropology and Hermeneutics, they are not considered simple cognitive structures, but would be more related to structures of deep significance. The truly relevant in the individual dimension of the national desire is the relationship between action and meaning. The language would have a key

role in this action-meaning duality, which is manifested by the national desire. The actions of the subjects should be contextualized around its significance and this is where the role of language becomes crucial, as it is a structure made of complex discursive strategies.

The national desire is reflected in the Social and Political field by the use of discourses and rhetorics, which seek to rally and unite ideologically subjects that make up the community. In this process, the performative language articulated by poets and subjects with a special social charisma becomes essential due to its ability representing symbolically the community. The limits of the rituals to which we referred above are, in addition to differentiate between the *sacred* and the anomalous, characterized by their ritual effectiveness in assigning roles to subjects. The language used to establish these ritualized limits also contains a number of features that differentiate it from conventional language. The performative language has the ability to convert communicative statements in performative expressions that invites social action and which have the ability to do what they express (Austin, 1966). The national poet skillfully uses this ability of performative language to articulate and disseminate the national desire within his own community. The national desire needs to be uplifted and spread so that the community perceives it as its own. Performative language is based largely on the use of condensed symbols that have the ability to condense values, feelings and obligations (Sapir, 1921) within the community. This type of language is therefore aimed at the performativity of the national object by the national subject. We suggest, therefore, that the national desire is based largely on the use of performative language by the poets and a series of condensed symbols, which allow the articulation of the symbolic, ritual and ideological nation.

The picture of the old oak located in the Casa de Juntas in Gernika becomes a powerful condensed symbol by the poet Iparraguirre, which is able to represent the worldview of the Basque community of the time. The tree condenses the values and feelings of Basques so that it becomes a metaphor for the national desire, which is also a direct result of a new sense of identity derived from political attacks from Spain. Sabino Arana doesn't create, but gives an institutionalized character to a national sentiment that has previously been constituted under the watchful eye of the national poet. The national desire arises from the people, but needs an *instigator* who encourages and disseminates it in an effective way. The poet is responsible for carrying out this action and does so by using the power of performativity, condensed in the symbols and political and religious language. The poet achieves to make his message desirable among the compatriot subjects who see him as someone to follow and to respect and who delegates the ideological and moral group (Bourdieu, 1991) as he symbolically represents the will of the community. The desire of the poet becomes in this sense the desire of the national compatriot, because of the extent that the subject

accepts the gift offered by the Other in its application, desiring the desire that blows there is" (Sanmiguel, 2010: 62).

Pío Eduardo Sanmiguel also notes that in this regard the subject somehow seizes the desire of the other (in this case of the poet), since he indicated what way it should be followed: "The subject takes over the other's desire as his own. The Other dictates the ways to follow" (Sanmiguel, 2010: 62).

Although both poet Iparraguirre as the ideologue and Sabino Arana as the emotionally, ideologically, symbolically and institutionally shape the national desire of Basques, they fail to constitute the nation completely, as the national canon only achieves its fullness to have an internationally recognized state structure, being capable of giving shelter to the own national desire.

International relations are largely based on diplomatic processes that are established between the various nations. It is also in most cases an indispensable requirement as they have an internationally recognized institutional state framework.

Hegel (1806) believes that the desire is largely based on recognition. The subject wants recognition from the Other, as this would be the only way to achieve a state of total satisfaction. The ideas that Hegel uses to reveal the psychological framework of the subjects, in which the relationships of hegemony and the subordinated are concerned, can be extrapolated to some extent to the relations of power that manifest themselves on the international scene. The desire becomes in this sense a transposable element to both dimensions, partly because Hegel is in favor of considering the desire as a social phenomenon and at the same time as a psychological one. Hegel also proposes the existence of a game of power between the *master* and the *slave*, something that is to some extent comparable to the game of mirrors that Letamendia (1997) used metaphorically to refer to the hierarchical relationships established between central and peripheral nations and which refers indirectly to the figure of hegemony and the subordinated one within the social, cultural and political relations.

The subordinated, not constituted nations in the terms of an established national canon stay in unfinished projects despite being identical to the product of the hegemonic nation-state process (both were the result of the national desire). The nations require international recognition and a state structure that allows them to take part in international relations, and that is why subordinated nations like the Palestinian, the Scottish, the Basque or the Catalan recently trying to carry out processes of self-constitution (sometimes unilaterally as is the

case in Kosovo) facing the refusal of the hegemonic states that govern and control.

Hage (1995: 481) suggests that in the process of "patriotic" constitution, the nations aspire to be transformed into a collective subject that allows them to take part in an international symbolic system. Like any other symbolic transformation process of subjects, this is a process that requires recognition from the other subjects. Only when the newborn community achieves to establish itself as a national subject and enter the international symbolic order, it may consider itself as an *Us* national. In this sense, Hegel (1806) considers it essential that the refusal of the *master* to recognize the subordinated (the *slave*) as a subject of right, the subordinated begins then a process of transformation that transcends of itself through the creation of a new entity that finds and achieves the much desired recognition. When in 1876 the Basque Fueros were abolished by a hegemonic subject (*the master*), the subordinated saw itself in the position to transcend culturally and politically what it is but which doesn't let it be to become what it has been so anxious about and desires.

The nation will achieve that desire the way in which the subject was able to imagine. The national desire is therefore an element inextricably linked to the product of history and ethno-cultural capital of the community. Everything that society wants to be derives partly already from what it already is but not yet aware of. When the Palestinians want to be a nation, which they only can imagine, they do so in categories that already exist, although they do not even think in a national or institutional sense (Bowman, 2001, 2003). The same occurs to the Basques in the late nineteenth century, however in this case the national desire is the answer to a sense of injustice derived from a number of external political attacks on the community (like in the Palestinian case), although what is tried now to do is to transform a relatively stable political structure that existed in to an even more modern one that meets the criteria of a national canon which is established internationally. The nation is the product of a national desire that comes from a primordial ethno-cultural capital that is activated in national code confronted with a constitutive violence that comes from outside the community. Defensive violence that articulates itself in a ritual, symbolic and especially dialectically way has as a result the emergence of a national desire that the poet should spread through performative language and condensed symbols. However, this process has to be given within an international context in which the national canon comes first as an ideological reference. The communities that are capable of conducting their own national desire towards an international logic in which the national canon establishes the standards to follow and achieves recognition of other communities and subjects, successfully gets part of the international system to ensure its viability as a political and cultural nation-state. The present nation-states were formed in the past from

their own national communities. Those communities would be the product of a national desire arising from political structures, symbols and *realities* that already existed before. Hage (1995: 478) indicates that like any other symbolic subject, the national subject does not precede the national imagination. Like any other language, the national language and imagery this draws, precedes the emergence of the national subject. The subject that has been socially and historically constructed (with the ethno-cultural capital that it already incorporates) will assume a role that already exists within their own national community in order to constitute itself as national subjects. In the words of Hegel (1806), the subject will only be able to satisfy his own *desire* transcending the personal sphere and identifying with a higher being as the family, culture, religion or the nation. The desire will only be satisfied when it transcends the individual sphere and becomes a collective and shared one. The national desire therefore responds to a dual *reality*; individual and collective.

When in 1882, Ernest Renan defines in his famous speech *what is nation*, he said that nations are characterized by the subjects they include because "have made great things together in the past and wishing to make them again". From this famous phrase we could deduce that Renan first alludes to the existence of a former national desire, which would be reflected by history and the ethno-cultural capital, but would also arise from these. Secondly, it would refer to the intention of showing that desire in a collective mode. The national desire would then rise to national movements and nations, but would also contain the key to its survival over time after the present. We should conclude by recalling that just like what happens with history, nations are built and overthrown, interpreted and reinterpreted by the whim of the powerful, social and political hegemony. But we must not forget that the oppressed memories can mutate into desire, and this desire is inalienable and irreducible.

If against the forecasts of those who chose the comfort to believe in finished maps, once the people are free we can be sure that those who have believed in it during that time and those struggles, will deserve to live fully and glimpse the immense brevity of a part of this history. (Espinosa, 2006: 313)

Final Reflections

In analyzing such complex social, cultural and political phenomena as nationalist movements, many questions with difficult answers emerge. In this thesis we have tried to answer some of them, especially those directly linked to the emotional aspects that can be found at the constitutive basis of national movements. However, the predominantly theoretical nature of this study somewhat limits the possibility of a quantitative and closed interpretation of the hypotheses.

The crucial question wouldn't be then the scientific plausibility of the definition of the national, if its truth or falsehood, but its acceptability, its success and its social evidence. (De la Encina, 2004: 234)

When it comes to provide figures and purely mathematical or statistical data certifying the veracity of our theoretical proposals, the existing limitations represent just one of the added difficulties that usually imply studies of subjective aspects such as emotions and human cognition. Speaking about exact verification and definitive conclusions seems risky when trying to discuss such abstract concepts and volatile as the desire, political will and national identity. Realizing such an act would be at least as risky as it might make us incur serious analytical and theoretical errors.

There is however the possibility of obtaining relevant answers from fundamental theoretical studies like the present one once those would always be contextualized and interpreted in an appropriate way.

The main objective of this thesis was to study a number of key elements that manifest during the constituent political processes linked to all acts of nation building. To properly analyze the structural and functional heterogeneity of these types of socio-political movements, we considered it necessary to adapt to the object of study using various analytical strategies such as developing an interdisciplinary study that would give a global and particular vision at the same time of such a polysemic and heterogenic phenomenon, as is nationalism. That is why we tried to unravel part of the *social magic* (Bourdieu, 1985) that can be found behind the national desire, attending such diverse scientific fields as anthropology, philosophy, sociology, psychology or history.

We tried first to argue and visualize the importance of the influence of relations and international systems in the construction and the development of nations as well as in the past and in the present, not forgetting that this influence extends also to the future. While elaborating this study we have tried to

show the relevance and impact of a *national canon* that its by its mimetic essence (Letamendia, 1997) and thanks to the benefits that it brings, would have spread to all over the world in just over two centuries. Furthermore it has been concluded that the influence of the international sphere is basic in the rise of national movements. Therefore the standardized model that is exported and the distinctive logistical and ideological advantages, such as reactive component and the desire to be copied, urges both within and outside the communities and will help in its constitution as a national entity. The nations that have already established a State by which they participate in international relations have achieved a desired political objective by De-facto States (Peg, 1998) as by stateless nations, which often put in place constitutive processes framed in the political arena. An arena, which is characterized by its conflictual nature and essence unfinished in its essence, not closed (Mouffe, 1985, 1999, 2007), where political identities should be negotiated by dialogic processes.

In addition, to certify the existence of a national canon that encourages the emergence of national communities where none existed previously, we have also tried to show that the process of national construction articulated from the subordinated one, follows a series of patterns and canons that work and structure around the existence of a national component linked to ethno-cultural capital to some material conditions (political, economic, etc.), to the figure of a national poet and the role of violence.

The second hypotheses defends the idea that the two dimensions that exist within every nationalist movement (McCrone, 1998), one vertical and one horizontal related to ethno-symbolic elements that refer to the material conditions of the moment, are on one hand activated due to the existence of an external violence carried out by the Other that threatens the community (Bowman, 2001, 2003), and on the other hand by the disclosing function of the national poet.

The importance of ethno-symbolic capital would include aspects such as language, culture and symbolism of a community, it would appear during the process of nation building, once they would turn from a dormant state to a momentum of activation and visibility, giving rise to the building processes of political identity which is basic for the emergence of nations. The triggers for this activation given are many, although those related to the vertical dimension would be based on a pride of ethno-cultural uniqueness of the group on the one hand, and the antithetical picture of national otherness on the other.

The thesis also defends the idea that the influence of material conditions such as politics or economics would be basic in the rise of identities and nationalist movements. These are often based on the figure of the Other, a fact that in turn

will result in the articulation of a certain nationalist movement, orientated at the defense of the material interests of both individuals and the community. In this view, the Basque nationalism would be a defensive response to certain social classes would give facing a certain material and political conditions and imposed from the outside, which would threaten their own status within the community (Brown, 2000).

Humans structure their daily life around symbols, values and tools (Bohannon, 1992, 2001) that define what should be done and what not. Social cognition determines what behaviours should be accepted or rejected in pursuit of achieving the *status quo* within the community, although individual interests eventually may face a conflict with the interests of the group. The societies have a lot of the organic body in the sense that each element must fulfil its function or role for the entity in order to survive. Like the biological body, the social body requires a material or adhesive (Durkheim, 1982) holding effectively together all its members. In this thesis we have also defended the idea that communities will focus their compelled actions towards establishing ritual limits that establish political behaviour, such that will be accepted as legitimate and such that will be marginalized and rejected by the national community. Anomalies such as the suffering of the entity will be considered harmful and even heretic (Edelman, 1985), as if they were a disease, that would be removed and disposed in a physical or symbolic mode (Hage, 1995).

The eternal conflict between the Other and the We ethnic, cultural or political is manifested with particular virulence in national scenarios as described above. We also conclude that the figure of the Other results crucial in the emergence of national constituent movements and in the various political identities. The humans form their own individual cosmology from the social notions they acquire by the group to which they belong. Human cognition sets insurmountable limits to define both the individual and its own role and as of the group in general. Any abnormal behaviour will be dismissed as ritually impure and polluted (Douglas, 1970, 1973, 2003), because what does not belong to the Us belongs to the otherness (Liu Yongtao, 2010). The category of the Other would be on the basis of the following of our hypotheses, as it would embody the dangers of ethnic, cultural, political or military type which threaten the survival of the community, and that would in the activation of a series of processes aimed at nation building (Bowman, 2001, 2003). The constitutive violence displayed by the Other national and the activated defensive violence in response to it, would have as result the emergence of a national community that would vindicate a specific geographical area, designed to protect both the group and the new national project. Violence would also beyond the activation of certain elements such as the ethno-cultural capital, which derives in turn in its implementation and in its defense. This defense would be given by both the community and a poet and a series of

charismatic individuals who would use a social delegation granted by a community that would be regarded as representatives and national leaders. These poets would be activators and the guarantors of the *national desire* of the society to which they belong.

We argued also that the *ethno-genesis* which can be found behind many of the decolonization processes of the twentieth century have as a result revived hundreds of national communities which directly subordinate to the *We desire* in order to be constituted as a political subject and to truly perform its own national desire.

These changes would also be the direct product of the constituent processes that can be found among the uncertainty of the political and the consolidation of politics (Laclau & Mouffe, 2004). The struggle for recognition that is unleashed in the political arena is also directly linked to reactive rhetorics on identity based on the use of dualist discourses and performative language that the national poet used for national purposes. The national poet is able to articulate messages and rhetorics of identity to activate an ethno-symbolic capital, some values and some national symbols, which will result in the creation of a cosmology of the community oriented towards articulating a nation-building process.

On the other hand, we have tried to show that the nationalist movements do not precede the national desire, but are the result of it. The same way as the imaginary and the national language precede the national subject (Hage, 1995), the *national desire* represents the source of feelings, will and constitutive desires from which the national subjects nourish themselves in order to articulate a certain nationalist movement heading to the building of a nation which safeguards its ethno-cultural equity and personal interests, but also does the same with those of the community. The national subject adapts itself ultimately, to a previous socio-historical context, assuming a particular role within the existing national imagination and expressing accordingly. The figure of the national poet is basic in the compilation and dissemination of that very national language so that individuals acquire a national consciousness that urges them to *desire* to be part of a nation, either because it represents a place of protection from external attacks (Bowman, 2001, 2003), because it offers a number of advantages such as material ones (McCrone, 1998), because it represents a model or globally standardized canon (Filipi, 2007), or because it urges the defense and sublimation of a particular ethno-symbolic capital (Gurruchaga, 1985; Martinez, 1999).

Finally, we tried to verify that the *national desire* is largely the product of history and ethno-cultural capital of the community itself (Hage, 1995) and that therefore everything the national subject is, would result in part of it already,

even if the subject is not even aware of it. The *national desire* will be ultimately a desire to express to the outside what is already inside, but it is necessary to be materialized by the inclusion of some external factor that causes its activation. Nationalist movements, and nations by extension, would be the expression of a desire-oriented enhancement of a Me, but especially a We, a holder of capital ethno-symbolism, a social cosmology, of shared values and especially a need to be recognized before the rest of the subjects and communities. The role of a national poet will be crucial in this task, as he activates and gives shape to an existing national capital, and also guides the behaviours towards a particular purpose; the articulation and the dissemination of a nation in order to protect the group and its ethno-cultural legacy from the dangers and threats posed by the national otherness.

The most serious aspect of the abolition of the Fueros << was leaving a people unconstituted >> a people, the Basque people, under the pretext of building another called Spain. (Lorenzo Espinosa, 2006: 29)

The principal one of our final reflection tries to show that the *national desire* that lies beyond the emergence of the Basque nationalist movement would derive largely from a strong sense of group unity, a set of shared political identities and material conditions, that wouldn't be created but that would awake and activate an existing capital ethno-symbolism orienting towards the establishment of an internationally recognized national space, which protects national citizens and their ethnic, social and cultural legacy. Responsible for carrying out such action is the national poet, a charismatic man who is elected by the community to defend and disseminate a *national desire*, which sublimates the ethno-symbolic cosmology and the uniqueness of the community.

Limits of the study

In this thesis we have encountered a number of obstacles of different nature we have been avoiding as facing them. However, we have seen the need to ask for the desirability of conducting future studies that are more specific and thorough in some of the aspects that we have been trying to deal with.

The first limitation in that this thesis could present would be directly linked to the own essentially theoretical character. Although, there are certain limitations from an analytical perspective and participatory research, as some of the theoretical data obtained from a possible working field have not been endorsed. There are two aspects in anthropological studies, although based on

the same scientific criteria, both obtain information and interpret it differently. On one hand, there is an *etic* perspective, which is purely theoretical, and on the other hand there is another *emic* perspective, that gives priority to field studies where the researcher gets directly in touch with the object of study. Each of those research dynamics have their pros and cons. The lack of a participant observation would be one of those limitations that should be considered for future studies on this topic. Other possible limitations of this thesis has been focusing mainly on a case study, the Basque, because despite having quoted and discussed other cases of nationalist movements, there has been an intensive comparative study as such except in some very specific sections as those concerning the use of violence and the creation of national identities. The difficulties associated with the absence of a systematic analysis between two or more case studies have been tried to be solved by exposing multiple comparative examples of more specific and limited character in certain sections of this study.

Guidelines for future investigation

In this thesis we have tried to analyze and describe a series of phenomena framed in the dimension of feelings, values and emotions, which would exist after the formation of nationalist movements. We have tried to study these elements from a number of scientific fields that have helped us to understand how they work, their constitutive logic and their ways of dissemination. However, we have also noticed the existence within these cultural, social and political, movements a psychological sphere of the individual that should be taken into account for future studies. Sociology and history are often embedded in a type of study that would focus exclusively on the analysis of the behaviour of the group. Nevertheless, philosophy and anthropology might more properly fit a type of study that focuses on the group, but also in the individual. However, to carry out investigations that focus exclusively on the internal dimension of emotions, values and interests of the national subject should be carried out in a scientific field as specialized as psychology. It would be therefore advisable, the future realization of a study that gives priority to a psychological approach to the subject carrying the *national desire*, as in this way we would give path to discover and understand the emergence and operation of a series of pulses, strategies and emotions which the subjects experience at the interpersonal level, but that would shape the framework on which subsequently nationalist movements are constituted from where derives the emergence of the nation.

We noted earlier that one of the limitations of this thesis has been the failure to undertake an exhaustive fieldwork that would collect data on the study object in a participative way.

Another aspect to consider for future studies on the national desire would be to opt for a kind of participatory research usually associated with social and cultural anthropology, but which in this case should work with concepts, ideas and strategies of research from other areas such as psychology.

On the other hand, it would be also advisable to turn to such a specialized field within psychology, such as social psychology, as it understands human behaviour as a result of the interaction of mental states and immediate social situations. We speak of an interdisciplinary scientific field that would save the space between psychology and sociology, and that would focus on the study of a collective conscience, which in our opinion could sustain the origin and the implementation of the *national desire*. Our objective for a future study would therefore capture the correlation of forces between the psychology of the community and the personal interests of the individual during the process of nation building.

Bibliografía

- Aijmer, G. & Abbink, J. (2000). *Meanings of violence: a cross cultural perspective*. Oxford, Inglaterra: Berg.
- Anderson, B. (1983). *Imagined communities: reflections on the origin and spread of Nationalism*. London, Inglaterra: Verso.
- Anderson, B. (1991). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F, México: Fondo de Cultura Económica.
- Apalategi, U. (2013). La evolución romanesca del sujeto vasco: negociaciones literario-ideológicas entre la estrategia de diferenciación y el deseo de homologación. *Revista Electrónica de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*. Recuperado de <http://www.452f.com>
- Appadurai, A. (1996). *Modernity at large: cultural dimensions of Globalization*. Minneapolis, Estados Unidos: University of Minnesota Press.
- Arana, S. (1965). *Obras completas*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sabindiar-Batza.
- Arendt, H. (1996). *La condición humana*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Aretxaga, B. (2005). *States of terror*. Reno, Estados Unidos: Centre for Basque Studies-University of Nevada.
- Arregi, J. (1998). Mediatika, Cuadernos de medios de comunicación Donostia. *Eusko Ikaskuntza, (No 6)*, 21-35.
- Ashcroft, B., Griffiths, G., y Tiffin, H. (2006). *The Postcolonial studies reader*. Oxford, Inglaterra: Routledge.
- Atxaga, B. (1995). *Alfabeto sobre la cultura vasca*. Irun, Euskadi: Orain.
- Austin J.L. (1982). *Cómo hacer cosas con palabras: Palabras y acciones*. Barcelona, Catalunya: Paidós.

- Austin, J.L. (1962). *How to do things with words*. Oxford, Inglaterra: Oxford University Press.
- Baldasua, P. (1953). *El libertador vasco. Sabino de Arana y Goiri*. Buenos Aires, Argentina: Ekin.
- Banfield, E.C. (1958). *The moral basis of a Bakward society*. Glenve, Estados Unidos: The Free Press.
- Barri, B. (1993). From International System to International Society: Structural realism and Regime Theory meet the English School. *International Organization*, 47 (Nº3), 327-352.
- Beeman, W.O. (1993). The Anthropology of Theater and Spectacle. *Annual Review of Anthropology* (Nº 22), 369-393.
- Bloch, M. (1975). *Political language, oratory and traditional society*. London, Inglaterra: Academic Press.
- Bloch, M. (1989). *Ritual, history, and power: Selected papers in anthropology*. London, Inglaterra: Athlone.
- Bloch, M. (1992). *Prey into hunter: The politics of religious experience*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.
- Bloch, M. (1998). *How we think they think: Anthropological approaches to cognition, memory, literacy*. Oxford, Inglaterra: Westview Press.
- Blok, A. (1999). The Enigma of Senseless Violence. En Aijmer, G., y Abbink, J. (Ed.), *Meanings of violence, across cultural perspective*. Oxford, Inglaterra: Berg.
- Bohannon, P. (1992). *Para raros nosotros*. Madrid, España: Akal.
- Bohannon, P., y Glazer, M. (2001). *Antropología; Lecturas*. Madrid, España: Mc Graw-Hill.
- Boix, C. (2003). *Democracy and redistribution*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.

- Bourdieu, P. (1972). *Outlines of a theory of practice*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.
- Bourdieu, P. (1985). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid, España: Akal.
- Bourdieu, P. (1987). *Cosas dichas*. Barcelona, Catalunya: Editorial Gedisa.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Catalunya: Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.
- Bourdieu, P. (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona, Catalunya: Anagrama.
- Bourdieu, P., y Passeron, J.C. (2001). Fundamentos de una teoría de la violencia simbólica. En Bourdieu, P., y Passeron, J.C. (Ed.), *La Reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza* (8-15). Madrid, España: Editorial Popular.
- Bourdieu, Pierre (1991). *Language and symbolic power*. Massachusetts, Estados Unidos: Harvard University Press.
- Bourgois, P. (2005). Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde el Salvador. En Ferrándiz, F., y Feixa, C. (Ed.). *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia* (11-34). Barcelona, Catalunya: Anthropos Editorial.
- Bowman, G. (1993). Nationalizing the sacred: shrines and shifting identities in the Israeli-occupied territories. *Man: The Journal of the Royal Anthropological Institute*, (Nº 28), 431-460.
- Bowman, G. (2001). The violence in identity. En Schmidt, B., y Schroeder, I. (Ed). *Anthropology of Violence and Conflict* (25-46). Londres, Inglaterra: Routledge. 2001.
- Bowman, G. (2003). Constitutive violence and the rethorics of identity: a comparative study of nationalist movements in the Israel-occupied territories and former Yugoslavia. *Social Anthropology*. XI (3), 37-58.

- Bowman, G., y Hudson, R. (1994). *After Yugoslavia: Identities and politics within the successor States*. Hampshire, Inglaterra: Palgrave MacMillan.
- Brown, D. (2000). *Contemporary Nationalism. Civic, ethnocultural and multicultural politics*. Londres, Inglaterra: Routledge.
- Bruhl, L. (2003). *El alma primitiva*. Barcelona, Catalunya: Península.
- Buesa, M. (2010). *Actualización del recuento estadístico de las actividades terroristas de ETA y de la política antiterrorista*. Madrid, España: Universidad Complutense de Madrid.
- Buzan, B. (1993). From International System to International Society: Structural realism and Regime theory meet the English School. *International Organization*. 47 (3), 327-52.
- Calvo, T. (1978). *Acerca del alma*. Madrid, España: Gredos.
- Casanova, I. (2007). *ETA 1958-2008, Medio siglo de historia*. Tafalla, Navarra: Editorial Txalaparta.
- Chomsky, N. (1988). *Language and Politics*. Montreal, Canadá: Black Rose.
- Clastres, P. (1981). *Investigaciones en antropología política*. Barcelona, Catalunya: Gedisa.
- Clastres, P. (1994). *Archeology of violence: war in primitive societies*. Nueva York, Estados Unidos: Semiotext.
- Clastres, P. (1998). *Chronicle of the Guayaki Indians*. Nueva York, Estados Unidos: Zone Books.
- De la Encina, R. (2004). *Poder y comunidad. Una sociología del nacionalismo*. Iruña, Navarra: Pamiela.
- Dick, H. (1993). *Subculture: The meaning of style*. Londres, Inglaterra: Routledge.
- Dirlik, A. (1997). *The postcolonial aura: Third World criticism in the age of Global Capitalism*. Boulder, Estados Unidos: Westview Press.

- Douglas, M. (1970). *Símbolos naturales*. Madrid, España: Alianza.
- Douglas, M. (1973). *Pureza y Peligro. Un análisis de los conceptos de pureza y tabú*. Madrid, España: S. XXI.
- Douglas, M. (2003). *Purity and Danger: An Analysis of Concepts of Pollution and Taboo*. Londres, Inglaterra: Routledge.
- Douglas, M. (2013). *Risk and Blame: Essays in Cultural Theory*. Londres, Inglaterra: Routledge.
- Dummers, J. (2007). New wars and diasporas: suggestions for research and policy. *Journal of Peace, conflict and development Issue* (11), 72-95. Recuperado de <http://www.peacestudiesjournal.org.uk>
- Durkheim, E. (1982) *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia*. Madrid, España: Akal.
- E. Valentine, D. (1997). Suffering Nation and Alienation. En Kleinman, A., Das, V., y Lock, M. (Ed.). *Social Suffering* (309-358). Berkeley, Estados Unidos: University of California Press.
- Edelman, M. (1964). *The symbolic uses of politics*. Chicago, Estados Unidos: University of Illinois Press.
- Edensor, T. (2002). *National identity, popular culture and everyday life*. Oxford, Inglaterra: Editorial offices.
- Edkins, J. (1999). *Poststructuralism and International relations*. Londres, Inglaterra: Lynne Rienner.
- Eguiguren, J. M. (1984). *El PSOE en el País Vasco*. Donostia, Euskadi: Haranburu Editor S.A.
- Espinosa, P. y López, E. (1993). *Hertzainak. La confesión radical*. Vitoria, Euskadi: Aianai.
- Estomba, M., Arrinda, D., y Castrejana, L. (1980). *Historia General del País Vasco*. Bilbao, Euskadi: La Gran Enciclopedia Vasca.

- Etxepare, B. (1995). *Linguae Vasconum Primitiae*. Bilbo, Euskadi: Euskaltzaindia.
- Evans-Pritchard E.E. (1940a). The nuer of the Southern Sudan. En Fortes, M. y Evans-Pritchard, E.E. (Ed.), *African Political Systems*. Londres, Inglaterra: Oxford University Press.
- Evans-Pritchard, E. E. (1940). *The Nuer*. Oxford, Inglaterra: Clarendon Press.
- Feixa, C., y Ferrandiz, F. (2005). *Jóvenes sin Tregua: Culturas y políticas de la violencia*. Barcelona, Catalunya: Anthropos.
- Feixa, C., y Nilan, P. (2006). *Global youth?* New York, Estados Unidos: Routledge.
- Feldman, A. (1991). *Formations of violence: the narrative of the body and political. Terror in Northern Ireland*. Chicago, Estados Unidos: University of Chicago Press.
- Ferrándiz, F., y Robben, A. (2007). *Multidisciplinary perspectives on peace and conflict research: A view from Europe*. Bilbao, Euskadi: University of Deusto.
- Fichte, J. G. (1971). Reden an die deutsche Nation. En Varela, M.J., y Acosta, L. (Ed.) *Discursos a la nación alemana* (259-499.). Madrid, España: Tecnos.
- Fichte, J.G. (1978). *Reden an die deutsche Nation*. Hamburgo, Alemania: Meiner.
- Filibi, I. (2003). *La dimension exterior de la autonomía vasca: apuntes socio-jurídicos sobre las Euskal Etxeak*. Inédito.
- Filibi, I. (2007). *La Unión política como marco de resolución de los conflictos etnonacionales europeos: un enfoque comparado*. Leioa, Euskadi: UPV-EHU.
- Filibi, I. (2010). Democracia postsoberana: gobernanza o el retorno de lo político. En Montiel, C., y Patricia, L.E. (Ed.), *Gobernanza global y democracia*. (107-128). Mexicali, Estados Unidos: Editorial Porrúa.
- Fink, B. (2004). *Lacan, A selection*. Nueva York, Estados Unidos: W. W. Norton & Company.

- Firth, R. (1973). *Symbols: public and private*. Nueva York, Estados Unidos: Cornell University Press.
- Forgasc, D. (1999). *The Antonio Gramsci Reader*. Londres, Inglaterra: Lawrence and Wishart Limited.
- Foucault, M. (1982). The subject and power. *Critical Inquiry*, 8, (4). Recuperado de <http://www.jstor.org>
- Foucault, M. (1995). *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. Nueva York, Estados Unidos: Vintage Book.
- Foucault, M. (2011). *El gobierno de sí y de los otros*. Madrid, España: Akal.
- Galtung, J. (1969). *Sobre la Paz*. México D.F., México: Editorial Fontamara.
- Galtung, J. (1990). Cultural violence. *Journal of Peace Research*, Vol. 27, (Nº 3), 291-305.
- Galtung, J. (2000). *Searching for peace. The road to transcend*. Londres, Inglaterra: Pluto Press. London.
- Galtung, J. (2004). *Transcend and transform. An introduction to conflict work*. Londres, Inglaterra: Pluto Press.
- Galtung, J. (2005). *Pax Pacifica. Terrorism, the Pacific Hemisphere, Globalisation and Peace Studies*. Londres, Inglaterra: Pluto Press.
- Garate, G. (2003). *Euskarazko tradizioa eta molde berriak*. Bilbao, Euskadi: Gero.
- Geertz, C. (1992). *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Catalunya: Gedisa.
- Gellner, E. (1983). *Nations and Nationalism*. Nueva York, Estados Unidos: Cornell University Press.
- Gilmore, D. (1990). *Manhood in the making: Cultural constructions of masculinity*. New Haven, Estados Unidos: Yale University Press.

- Gitlin, T. (1980). *The whole World is watching : Mass media in the making and unmaking of the new left*. Berkeley, Estados Unidos: University of California Press.
- Gnecco, C., y Zambrano, M. (2000). *Memorias hegemónicas, memorias disidentes del pasado como política de la historia*. Bogotá, Colombia: Universidad del Cauca / ICAH.
- González Calleja, E., y Limón, F. (1988). *La hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la Prensa franquista durante la Guerra Civil española*. Madrid, España: C.S.I.C.
- Gould, A. (1933). Isabel la Católica y su juramento so el Árbol de Guernica. *Revista Internacional de Estudios Vascos; Revue Internationale des Etudes Basques* (24), 654-659.
- Gramsci, A. (1978). *El concepto de Hegemonía en Gramsci*. México D.F., México. Ediciones de Cultura Popular.
- Gurruchaga, A. (1985). *El código nacionalista vasco durante el Franquismo*. Barcelona, Catalunya: Anthropos.
- Hage, G. (1995). *The spatial imaginary of national practices: dwelling-domesticating / being-extermimating*. Sydney, Australia: Sydney University.
- Hall, R. (1999). Collective identity and epochal change in the international system. En Yamamoto, Y. (Ed.). *Globalism, regionalism and nationalism. Asia in search of its role in the twenty-first century* (45-69). Oxford, Inglaterra: Blackwell.
- Hall, S. (1991). The Local and the Global: globalization and ethnicity. En King Anthony D. (Ed.), *Culture globalization and the World-System. Contemporary Conditions for the Representation of Identity* (19-39). Binghamton, Estados Unidos: Macmillan-State University of New York at Binghamton.
- Hall, S. (2006). New Ethnicities. En Ashcroft, B., Griffiths, G., y Tiffin, H. (Ed.). *The Postcolonial Studies Reader* (199-203). Oxford, Inglaterra: Routledge.
- Hebdige, D. (1979). *Subculture. The meaning of style*. Londres, Inglaterra: Routledge.

- Hegel, G. (1967). *Phenomenology of mind*. Londres, Inglaterra: Harper & Row.
- Herman, E.S., y Chomsky, N. (1988). *Manufacturing consent: The political economy of the Mass Media*. Nueva York, Estados Unidos: Pantheon Books.
- Hernan, F. (2011). Las esferas de reconocimiento en la teoría de Axel Honnet. *Revista de Sociología*, (Nº26), 45-57.
- Hernández, G. (2002). Del deseo como lugar del sujeto. *Revista de filosofía*. (Nº 19), 1-7.
- Honnet, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Barcelona, Catalunya: Editorial Crítica.
- Igartua, E. (2008). *El debate nacionalista. Sabino Arana y sus herederos*. Murcia, España: Editum.
- Igartua, F. (1995). *Euskadi y su imagen*. Vitoria-Gasteiz, Euskadi: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- Igartua, F. (2000). América y las euskaletxeak. *Euskonews & media*, (nº 72). Recuperado en <http://www.euskonews.com>
- Jauregui, G. (1988). *Contra el Estado-nación. En torno al hecho y la cuestión nacional*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Jauregui, G. (1997). *Los Nacionalismos minoritarios y la Unión Europea*. Barcelona, Catalunya: Editorial Ariel.
- Jenkins, R. (1992). *Pierre Bourdieu. Revised edition*. Oxon, Inglaterra: Routledge.
- Johnson, N. (1982). *Islam and the politics of meaning in palestinian nationalism*. Londres, Inglaterra: Kegan Paul International.
- Juris, J. (2003). *Transnational activism and the movement for Global resistance in Spain: An anthropological approach*. Berkeley, Estados Unidos: University of California.
- Juris, J. (2003). Violencia representada e imaginada. Jóvenes activistas, el Black Bloc y los medios de comunicación en Génova. En Ferrandiz, F., y Carles

- Feixa. (Ed.), *Jóvenes sin tregua: culturas y políticas de la violencia (185-208)*. Barcelona, Catalunya: Anthropos Editorial.
- Juris, J. (2008). *Networking futures. The movements against corporate Globalization*. Londres, Inglaterra: Duke University Press.
- Keating, M. (1988). *The city that refused to die, Glasgow: the politics of urban regeneration hardcover*. Aberdeen, Reino Unido: Aberdeen University.
- Kedourie, E. (1993). *Nationalism*. Oxford, Inglaterra: Blackwell Scientific Publications.
- Ker-Lindsay, J (2012). *The foreign policy of counter secession: preventing the recognition of contested states*. Oxford, Inglaterra: Oxford University Press.
- Kroner, R. (1971). *El desarrollo filosófico de Hegel*. Buenos Aires, Argentina: Kairós
- Kundera, M. (1978). *The Book of Laughter and Forgetting*. Londres, Inglaterra: Harper Perennial Modern Classics.
- La Parra, D., y Tortosa, J.M. (2003). *Violencia estructural: una ilustración del concepto*. Alicante, España: Universidad de Alicante.
- Laclau, E., y Mouffe, C. (1985). *Hegemony and socialist strategy: towards a radical democratic politics*. Londres, Inglaterra: Verso.
- Laclau, E., y Mouffe, C. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Larramendi, M. (1983). *Sobre los Fueros de Guipuzcoa*. Donostia, Euskadi: Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones.
- Leach, E. (1976). *Culture and communication: the logic by which symbols are connected*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.
- Lefort, C. (1991). *Ensayos sobre lo político*. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara.

- Leizarraga, I. (1990). *Iesus Christ gure iaunaren testamentu berria ; Othoitza ecclesiasticoen forma ; Catechismea ; Kalendrerera ; ABC edo Christinoen instructionea*. Bilbao, Euskadi: Euskaltzaindia.
- Letamendia, F. (1997). *Juego de espejos: conflictos nacionales centro-periferia*. Madrid, España: Editorial Trotta.
- Leví-Strauss, C. (1944). The social and psychological aspects of chieftainship in a primitive tribe: The Nambikura. *Transactions of the New York Academy of Sciences, Series II*, VII, (N. 1) 16-32.
- Leví-Strauss, C. (1945). L'analyse structural en linguistique et en anthropologie. *Word*, I, (N° 1), 33-53.
- Leví-Strauss, C. (1949a). Historie et ethnologie. *Revue de métaphysique et de morale*, LIV, (N. 3-4), 363-391.
- Leví-Strauss, C. (1949b). *Les structures élémentaires de la parenté*. Paris, Francia: Press universitaires de France.
- Leví-Strauss, C. (1951). Language and the analysis of social laws. *American Anthropologist*, LIII, (N. 2), 155-163.
- Leví-Strauss, C. (1966). *The Savage Mind*. Chicago, Estados Unidos: University of Chicago Press.
- Lévi-Strauss, C. (1972). *The Savage Mind*. Londres, Inglaterra: Weidenfeld & Nicolson.
- Leví-Strauss, C. (1973). *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*. México D.F., México: Siglo XXI.
- Linklater, A. (2010). The English School Conception on International Society: Reflections on Western and non-Western Perspectives. *Ritsumeikan Annual Review of International Studies*. Vol.9, 1-13.
- Little, R. (2008). The expansion of the International Society in Heeren's account of the European states-system. *SPAIS*, (N. 07-08), 1-20. Recuperado de <http://www.bristol.ac.uk>.

- Lorenzo Espinosa, J.M. (2006). *Historia de Euskal Herria. El nacimiento de una nación*. Tafalla: Editorial Txalaparta.
- MacClancy, J. (2007). *Expressing identities in the basque arena*. Oxford, Inglaterra: Sar Press.
- Mack Smith, D. (1994). *Mazzini*. New Haven, Estados Unidos: Yale University Press.
- Maffesoli, M. (2005). *La transformación de lo político. La tribalización del mundo postmoderno*. México D.F., México: Editorial Herder.
- Martinez, J. (1999). *La construcción nacional de Euskal Herria. Etnicidad, política y religion*. Donostia, Euskadi: Ttartalo Argitaletxea
- Marx, K. (1977). *El capital. Crítica de la economía política*. Madrid, España: Akal.
- Mata, José Manuel (1993). *El nacionalismo vasco radical. Discurso, organización y expresiones*. Bilbao, Euskadi: Serv. Editorial UPV-EHU.
- McCrone, D. (1998). *The sociology of nationalism. Tomorrow's ancestors*. Londres, Inglaterra: Routledge.
- Melucci, A. (2001). *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información*. Madrid, España: Editorial Trotta.
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político*. Barcelona, Catalunya: Paidós.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Muguerza, F. (1999). Qué es la Federación de Entidades Vasco Argentinas. En Douglass, W.A., Urza, C., White, L. Y., y Zulaika, J (Ed.). *The Basque Diaspora. La diáspora vasca* (94-107). Reno, Estados Unidos: University of Nevada.
- Nordstrom, C. y Robben, A. (1995). *Fieldwork under fire. Contemporary studies of violence and survival*. Londres, Inglaterra: University of California Press.

- Ó Broin, E. (2004). *Matxinada. Historia del movimiento juvenil radical vasco*. Tafalla, Navarra: Editorial Txalaparta.
- Ó Tuathail, G. (1996). *Critical geopolitics. The politics of writing global space*. Londres, Inglaterra: Routledge.
- Ortiz de Urbina, E. (2005). Autrigones, caristios, várdulos y berones. Contribuciones hitoriográficas (1983-2003) relativas a su evolución en época prerromana y romana. *Cuadernos de Historia-Geografía*, (34), 47-88. Recuperado en <http://www.hedatuz.euskomedia.org>
- Ortiz Oses, A. (1988). *El matriarcalismo vasco: reinterpretación de la cultura vasca*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Pascual, J. (1987). El Punk: De England a Euskadi Bailando un Pogo. *Inguruak*, (Nº 3), 41-52.
- Paúl, J. (1978). *Historia del País Vasco*. Donostia, Euskadi: Editorial Luis Haramburu.
- Pearce R., y Stiles A. (2006). *The unification of Italy*. Londres, Inglaterra: Hodder Murray.
- Peck, J. (1987). *The Chomsky reader*. Nueva York, Estados Unidos: Pantheon.
- Pegg, S. (1998). De Facto States in the International System. *Institute of International Relations*, No. 21, 1-23. Recuperado de <http://www.liu.xplorex.com>
- Prado, L. (2004). Etnogénesis: el cuestionamiento del Estado Nacional en el mundo contemporáneo. *Reflexión Política, Vol 6*, (Nº 11), 30-38. Recuperado de <http://www.redalyc.org>
- Renan, E. (1988). *¿Qué es una nación? Cartas a Straus*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Retamozo, M. (2009). Lo político y la política: los sujetos políticos, conformación y disputa por el orden social. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. LI, (núm. 206), 69-91.

- Robertson, R. (1995). *Glocalization*. London, Inglaterra: Sage.
- Roman, G. (2009). *La Guerra de los símbolos* (Tesina de Master). Universidad de Deusto, Bilbao.
- Roman, G. (2009). The war of the symbols: Performative violence within the Black Bloc and Kale Borroka. En Duarte Lopes, P., y Ryan, S. (Ed.), *Rethinking peace and security. New dimensions, strategies and actors* (83-92). Bilbao, Euskadi: University of Deusto.
- Roman, G. (2011). *El Deseo Nacional: Retóricas sobre violencia e identidad* (Tesina de Master). EHU-UPV, Leioa.
- Rubert, X. (1994). *Nacionalismos: El laberinto de la identidad*. Madrid, España: Editorial Espasa Calpe.
- Rushdie, S. (1991). *Imaginary homelands: Essays and criticism, 1981-1991*. Londres, Inglaterra: Granta Books.
- Said, E. (1978). *Orientalism*. New York, Estados Unidos: Random House.
- Sapir, E. (1921). *An introduction to the study of speech*. New York, Estados Unidos: Harcourt, Brace and Company.
- Scheper-Hughes, N. (1993). *Death without weeping: the violence of everyday life in Brazil*. Berkeley, Estados Unidos: University of California Press.
- Scheper-Hughes, N. (2004). *Violence in war and peace: an anthology*. Londres, Inglaterra: Basil Blackwell.
- Schmidt, B., y Schroder, I. (2001). *Anthropology of violence and conflict*. Oxon, Inglaterra: Routledge.
- Schmitt, C. (1998). *El concepto de lo político*. Madrid, España: Alianza.
- Schroder, I.W., y Schmidt, B.E. (2001). Introduction: violent imaginaries and violent practices. En Schroder, I.W., y Schmidt, B.E (Ed.), *Anthropology of Violence and Conflict*. Oxford, Inglaterra: Routledge.

- Shalins, D. (1958). *Social Stratification in Polynesia*. Seattle, Estados Unidos: University of Washington Press.
- Shalins, M. (1958). *Evolution and Culture*. Oxford, Inglaterra: Clarendon Press.
- Smith, A. (1999). *Myths and memories of the nation*. Oxford, Inglaterra: Oxford University Press.
- Smith, A. (2000). *Nacionalismo y modernidad*. Madrid, España: Istmo.
- Solano, M. (1996). Aportaciones de la sociología clásica para la comprensión de la violencia estructural. *Revista Reflexiones*, (N. 42), 35-49.
- Spengler, O. (1962). *The decline of the West*. Nueva York, Estados Unidos: Random House.
- Spivak, G. (1999). *Toward a history of the vanishing present*. Cambridge, Inglaterra: Harvard University Press.
- Turner, V. (1967). *The forest of symbols*. Nueva York, Estados Unidos: Ithaca.
- Turner, V. (1969). *The ritual process*. Nueva York, Estados Unidos: Ithaca.
- Turner, V. (1980). *La selva de los símbolos*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Turner, V. (1990). Símbolos en el ritual Ndembu. En Turner, V. (Ed.), *La selva de los símbolos*, (21-52). Madrid, España: S. XXI.
- Valencia, J. (2011). *La ternura de los pueblos*. *Euskal Herria Internacionalista*. Tafalla, Navarra: Editorial Txalaparta.
- Van Gennep, A. (2008). *Los ritos de paso*. Madrid, España: Alianza.
- Villa, I. (2006). *Historia Breve del País Vasco*. Madrid, España: Silex.
- Weldes, J. (1996). Constructing the national interest. *European Journal of International Relations*, Vol.2 (Nº 3), 275-318.

- Yongtao, L. (2010). *Discourse, meanings and IR studies: taking the rhetoric of "Axis of Evil" as a case*. Guadalajara, México: Fudan University.
- Young, R. (1995). *The Cultural Politics of Hybridity*. Londres, Inglaterra: Routledge.
- Zabalo, J. (1998). Euskal Nazionalismo Motak Nazio Ikuskeraren Arabera. *Uztaro*, (N. 26), 27-46.
- Zulaika, J & Douglass, W. (1996). *Terror and taboo; the follies, fables, and faces of terrorism*. Nueva York, Estados Unidos: Routledge.
- Zulaika, J. (1988). *Basque violence: metaphor and sacrament*. Reno, Estados Unidos: University of Nevada Press.
- Zulaika, J. (2005). La tragedia de Carlos. Los vericuetos de la violencia vasca. En Ferrandiz, F., y Feixa, C. (Ed.), *Jóvenes sin tregua: culturas y políticas de la violencia* (95-112). Barcelona, Catalunya: Anthropos.

Otras fuentes

Documentación

- BOE. (1981). Ley 39/1981, de 28 de octubre (núm. 271). Recuperado de <http://www.boe.es>
- Centro de Investigaciones Sociológicas - CIS. (2011). *Nota de investigación sobre el estudio cualitativo: "Representaciones políticas y 15M"*. Estudio nº 2921. Recuperado de <http://www.cis.es>
- Centro de Investigaciones Sociológicas - CIS. (2008). *Barómetro de febrero 2008* (nº 2754). Recuperado de <http://www.cis.es>
- Centro de Investigaciones Sociológicas - CIS. (2011). *Barómetro de diciembre 2011* (nº 2923). Recuperado de <http://www.cis.es>
- Centro de Investigaciones Sociológicas - CIS. (2013). *Barómetro de diciembre 2013* (nº 3008). Recuperado de <http://www.cis.es>
- EAJ-PNV. (2012). Programa Electoral – Parlamento Vasco 2012 – Compromiso Euskadi. Recuperado de <http://www.eaj-pnv.eus>
- Euskaltzaindia / Real Academia de la Lengua Vasca. (2004). *Informe sobre el término "Euskal Herria"*. Recuperado en <http://www.euskaltzaindia.net>
- Eustat. (2001). *Evolución de la población de 16 y más años en Euskal Herria por territorio y grupo de edad según competencia lingüística 1991*. Recuperado de <http://www.eustat.es>
- Eustat. (2011). *Elecciones a Juntas Generales del 22 de Mayo de 2011 en la C.A. de Euskadi*. Recuperado de <http://www.eustat.eus>
- Gobierno Vasco. (1979). *El Estatuto de Autonomía*. Recuperado de <http://www.euskadi.eus>

- Gobierno Vasco. (1979). *Estatuto de Autonomía del País Vasco*. Recuperado de <http://www.euskadi.net>
- Gobierno Vasco. Departamento de Interior, Justicia y Administración Pública. (2013). *Resultados Electorales Parlamento Vasco 1990*. (P90). Recuperado de <http://www.euskadi.net>
- Gobierno Vasco. Departamento de Interior, Justicia y Administración Pública. (2013). *Resultados Electorales Parlamento Vasco 1994*. (P94). Recuperado de <http://www.euskadi.net>
- Gobierno Vasco. Departamento de Interior, Justicia y Administración Pública. (2013). *Resultados Electorales Parlamento Vasco 1998*. (P98). Recuperado de <http://www.euskadi.net>
- Gobierno Vasco. Departamento de Interior, Justicia y Administración Pública. (2013). *Resultados Electorales Parlamento Vasco 2001*. (P01). Recuperado de <http://www.euskadi.net>
- Gobierno Vasco. Departamento de Interior, Justicia y Administración Pública. (2013). *Resultados Electorales Parlamento Vasco 2005*. (P05). Recuperado de <http://www.euskadi.net>
- Gobierno Vasco. Departamento de Interior, Justicia y Administración Pública. (2013). *Resultados Electorales Parlamento Vasco 2009*. (P09). Recuperado de <http://www.euskadi.net>
- Gobierno Vasco. Departamento de Interior, Justicia y Administración Pública. (2013). *Resultados Electorales Parlamento Vasco 2012*. (P12). Recuperado de <http://www.euskadi.net>
- Gobierno Vasco. Departamento de Interior, Justicia y Administración Pública. (1979). *El Estatuto de Autonomía*. Recuperado de <http://www.euskadi.eus>
- Udalbiltza. (1999). *Declaración política aprobada en la Asamblea de Electos de Euskal Herria*. Recuperado de <http://www.filosofia.org>

Medios de comunicación

- Berria. (17 de diciembre de 2013). Amets Arzallusi egindako elkarrizketa jaso du BERRIAk, igandean bota zituen bertso guztiekin batera. *Berria*. Recuperado de <http://www.berria.eus>
- El Correo. (25 de noviembre del 2010). Mikel Albizu, "Antza". *El Correo*. Recuperado de <http://www.elcorreo.com>
- Bikandi, A. (11 de mayo de 2013). Historia de los vascos, sucesos de Usansolo 1933. *DEIA*. Recuperado de <http://www.deia.com>
- El País. (12 de septiembre de 2013). Corea del Norte ha encendido un reactor nuclear. *El País*. Recuperado en <http://www.elpais.com>
- El País. (17 de septiembre de 2013). La ONU dice que Corea del Norte vulnera los derechos humanos. *El País*. Recuperado en <http://www.elpais.com>
- Europa Press. (23 de abril de 2014). Amaiur cree que PNV "cae en la trampa del Estado" con su "deriva autonomista" porque "la relación bilateral no existe". *Europa Press*. Recuperado de <http://www.europapress.es>
- Iturribarria, F. (25 de noviembre de 2010). El significado del hacha y la serpiente. *El Correo*. Recuperado de <http://www.elcorreo.com>
- Olivares, F. (4 de abril de 2013). El Gobierno sirio acusa a EEUU y a Jordania de entrenar a terroristas. *El Universal*. Recuperado de <http://www.eluniversal.com>
- Urtiaga, O. (23 de abril de 2014). Entrevista a Rafa Larreina. *EITB*. Recuperado en <http://www.eitb.com>
- Oppenheimer, W. (6/12/2012). Una Escocia independiente saldría de la UE. *El País*. Recuperado de <http://www.elpais.com>
- EITB. (10/1/2013). CiU y ERC pactan una declaración de soberanía para ser Estado. *EITB*. Recuperado de <http://www.eitb.eus>

Otros

Aresti, G. (1963). *Nire aitaren etxea*. Recuperado de <http://www.basquepoetry.net>